

Riotous Assembly

Reunión tumultuosa

by

de

Tom Sharpe

Tom Sharpe

5

Pan Books, 1971
ISBN: 0 330 23423 4
10 ABEB Version: 3.0
Created: 2003/1/15 @ 21:59
An mdf Scan & Proofread.

tr. de J.M. Alvarez Flórez

Anagrama, Barcelona,
España, 1989, 2000

Digitalizado por kamparina y rhul47
para Biblioteca—irc en Enero de 2.004

15

For all those members of the South African Police Force whose lives are dedicated to the preservation of Western Civilization in Southern Africa

Para todos aquellos miembros de las Fuerzas de Policía Sudafricanas que consagran su vida a preservar la Civilización Occidental en Sudáfrica.

20

25

Chapter 1

1

Piemburg is deceptive. Nothing about it is entirely what it seems to be. **Huddled** among the foothills of the Drakensberg and crouching at the feet of a great flat-topped hill it has few of the marks of a capital city. Travellers whose trains to Johannesburg stop, if they bother, beneath the rusting sheet-metal gingerbread of its station roof, or who whisk past on the National Highway, glimpse a tiny town that seems to have died and been embalmed. For Piemburg is by popular accounts quite dead. Sleepy Hollow they call it, and an American visitor is reported to have looked at Piemburg and said, "Half the size of New York Cemetery and twice as dead." And certainly at a first glance the city's lack of animation seems complete. It lies curled in its valley under the African sun and sleeps. Its red iron roofs and wrought-iron balconies bespeak a distant age of long-forgotten enterprise. Its roads are lined with jacarandas and its gardens are lush with flowering dark verandahs. Everything grows immediately and just as immediately stands still. Time and the climate both combine to growth and growth's suspension.

Piemburgo engaña. Nada de cuanto a ella se refiere es enteramente lo que parece ser. **Encogida** en las faldas de los Drakensberg y agazapada a los pies de un gran cerro de cumbre plana, apenas posee las características de una capital. Los viajeros cuyos trenes a Johannesburgo paran, si se molestan en hacerlo, bajo la cursilada de plancha metálica en oxidación del tejado de su estación, o aquellos que pasan veloces por la carretera nacional, vislumbran un pueblecito que parece muerto y embalsamado. Porque Piemburgo es, según el dicho popular, una ciudad muerta del todo. Agujero Dormido, lo llaman, y dicen que un visitante norteamericano contempló Piemburgo y dijo: «Es como la mitad del cementerio de Nueva York en tamaño y el doble de muerta.» Y desde luego, a primera vista, la ciudad parece carecer por completo de animación. Yace enroscada en su valle bajo el sol africano y duerme. Los tejados rojizos de hierro y los balcones de hierro forjado hablan de una remota época de objetivos ya hace mucho olvidados. Se alinean en sus calles los Jacarandas y abundan en sus jardines las oscuras enramadas floridas. Todo crece inmediatamente y con la misma rapidez se queda inmóvil. Tiempo y clima se unen para producir el crecimiento y la suspensión del crecimiento.

And Piemburg grew with the garrison, and with the garrison's departure died. Or fell asleep. The capital of Zululand, it sprang up with the British Empire's conquest of the Zulu nation. In the first flush of that resounding victory, Piemburg was transformed from a tiny settlement

Y Piemburgo creció con la guarnición y murió al marcharse ésta. O está dormida. Capital de Zululandia, surgió al conquistar el Imperio Británico la nación zulú. En el primer ardor de aquella victoria memorable, Piemburgo dejó de ser un pequeño asentamiento abandonado por sus fundadores afrikaaners para convertirse en

long deserted by its Afrikaaner founders into a capital city. Civic buildings multiplied in a rash of colonnade and red Victorian brick. The Governor's mansion
 5 bloomed with Italian marble floors, Venetian glass and all the trimmings of Imperial splendour. The railway station, a paragon of metal fretwork and faience, provided a suitable staging post for the
 10 Viceroyal trains that passed through Piemburg on their way to farther and less attractive Imperial dominions in the hinterland of Africa. And as the great steam engines blustered up the winding gradient to Empire View, the hill above Piemburg,
 15 carrying with them their august burden to an early death by tsetse fly or malarial mosquito, monocled and moustached men would gaze serenely down on the capital of Zululand and murmur, "A gem, a gem set in a green and yellow ring," and then
 20 turn back to study the wholly inaccurate survey maps of their new territories.

Piemburg would salute their passing with a Governor's greeting on the station
 25 platform and an exchange of statesmanlike admonitions made inaudible by the military band playing under the iron roof. And Piemburg would pay its respects a few months later when the Viceroyal coffin borne in a carriage draped in black and
 30 drawn by a locomotive adorned with wreaths halted a moment while the band played a death march with a gusto that made once more inaudible the Governor's condolences to the Aide-de-camp. And in
 35 the intervals between Imperial progress and Imperial retreat, the capital of Zululand would adorn itself with new bandstands and botanical gardens and the amusement of a tiny metropolis. In Fort Rapier the great
 40 parade ground would echo to the bellowed commands of sergeant-majors. Thousands of putteed legs would stamp or turn about, and the glittering bayonets would eddy to and fro across the brilliant square.

45 In the town itself the streets were prickly with waxed moustaches. Blanco and brass polish stood high on the list of life's necessities. In the Imperial Hotel the mornings and afternoons were liquid
 50 among potted plants and wicker chairs with the music of a Palm Court orchestra. Sam Browne belts and whalebone waistpinchers restrained the officers and their wives who listened to the whine of the violins and recalled the shires and parishes
 55 of England with thankful melancholy. Many would never return and those who stayed and were not buried in the military cemetery in Fort Rapier would build their houses as close to the Governor's mansion
 60 as their seniority and overdrafts allowed.

capital. Se multiplicaron los edificios públicos en una erupción de columnatas y de rojo ladrillo Victoriano. La mansión del gobernador lució suelos de mármol italiano, cristal veneciano y todos los artilugios del esplendor imperial. La estación de ferrocarril, todo un modelo de relieves metálicos y de loza fina, proporcionó un puesto de estacionamiento adecuado para los trenes virreinales que cruzaban Piemburgo camino de otros dominios imperiales más lejanos y menos atractivos del interior de África. Y mientras las grandes locomotoras de vapor subían resoplando la tortuosa cuesta hacia Empire View, el cerro que domina Piemburgo, llevando su augusta carga camino de una muerte prematura por la tsé—tsé o el mosquito de la malaria, hombres de monóculo y mostacho miraban serenos hacia abajo, contemplaban la capital de Zululandia y murmuraban, «Una gema, una gema engastada en un anillo amarillo y verde», y luego le volvían la espalda y se ponían a estudiar unos mapas totalmente inexactos de sus nuevos territorios.

Piemburgo saludaba su paso con una recepción del gobernador en el andén de la estación y un intercambio de consejos políticos que la banda militar, tocando bajo el techado de hierro, hacía inaudibles. Y Piemburgo rendía también honores unos meses más tarde, cuando el ataúd virreinal colocado en un vagón tapizado de negro y arrastrado por una locomotora adornada con guirnaldas y coronas de flores, paraba un momento y la banda interpretaba una marcha fúnebre con un vigor que una vez más hacía inaudibles las condolencias del gobernador al ayudante de campo. Y en los intervalos entre avances imperiales y retrocesos del Imperio, la capital de Zululandia se adornaba con nuevos quioscos de música y jardines botánicos y con todas las atracciones de una pequeña metrópoli. La gran zona de desfile de Fort Rapier resonaba con las órdenes que gritaban los sargentos. Miles de piernas empolainadas daban taconazos, giraban, y las relumbrantes bayonetas remolineaban a un lado y a otro por la deslumbrante plaza.

En la ciudad propiamente dicha las calles estaban llenas de bigotes encerados. El betún y el blanco España figuraban en lugar prominente en la lista de necesidades vitales. En el Hotel Imperial las mañanas y las tardes eran fluidas y plácidas entre plantas enmacetadas y sillas de junco, al compás de la música de una orquesta de Palm Court. Las cananas en bandolera y las ballenas enfajaban a los oficiales y a sus esposas, que al oír el gemir de los violines recordaban con agradecida melancolía condados y aldeas de Inglaterra. Muchos jamás volverían, y los que se quedasen y no recibiesen sepultura en el cementerio militar de Fort Rapier, construirían sus casas lo más cerca de la mansión del gobernador que les permitiesen su categoría y sus sobregiros bancarios.

While the garrison stayed Piemburg prospered. Piemburg was even, briefly, gay. The Garrison Theatre was made brilliant by performances of plays and revues that bred one great English actor and playwright and charmed the Governor and his wife. Bazaars and garden parties were bright with the parasols and bustles of wives who had been swept from the terraced suburbs and semi-detached houses of South London to the grandeur of the lawns and shrubberies of Piemburg by the surprising good fortune of having married husbands whose mediocrity won for them the reward of being posted to this distant sliver of the Empire. The taste of the Victorian lower middle class imposed itself indelibly upon Piemburg and has stayed there to this day. And with the taste there came an immutable sense of hierarchy. Viceroy, governors, generals, vice-governors, colonels, down the ranks swept, broadening as they went, through nuances too subtle to enumerate, where schools and wives' fathers' professions and a dropped aspirate or one retained 'g' could cause a major to step in an instant up above a lieutenant-colonel. At the bottom of the scale came private soldiers in the pay corps. Below these pariahs there was nothing left. Zulus competed with Ponds, Coloureds with Indians. What happened down there was simply nobody's concern. All that one had to know was that somewhere even lower than the loyal Zulus and the treacherous Ponds there were the Boers. And so it went until the war. Boers didn't wash. Boers were cowards. Boers were stupid. Boers were an excrescence that blocked the way to Cairo. Piemburg ignored the Boers.

And then came the Boer War and as the Boers shot the monocles out of the eyes of the officers of Fort Rapier, waiting deliberately for a semaphore reflection of the sun to signal a suitable monocled target, a new respect was born in Piemburg. The Boer could shoot straight. The Boer was cunning. The Boer was now the enemy.

And but a moment later the Boer was the enemy no more. The obstacle to Cairo and the gold mines quite removed, Piemburg began its swift decline. As the garrison departed and the bands played Goodbye Dolly Gray for the last time, Piemburg fell asleep. Like a replete puff-adder **coiled** and bloated it lay under the African sun and dreamt of its brief days of glory. Only a sense of

Piemburgo prosperó mientras permaneció la guarnición. Piemburgo fue incluso, brevemente, alegre. El teatro Garrison floreció con las representaciones de obras dramáticas y revistas que engendraba un gran actor y dramaturgo inglés y que encantaban al gobernador y a su esposa. Las tómbolas benéficas y las fiestas campestres eran muy brillantes, llenas de sombrillas y poliones de las esposas que habían sido desplazadas de los suburbios con terraza y las casas semindependientes del sur de Londres a la majestuosidad de los prados y frondas de Piemburgo por la sorprendente buena suerte de haberse casado con maridos cuya mediocridad les otorgaba la recompensa de un puesto en aquel rincón lejano del imperio. El gusto de la clase media baja victoriana se impuso de modo indeleble en Piemburgo y se ha mantenido hasta el presente. Y con ese gusto se impuso también un sentido inmutable de la jerarquía. Virreyes, gobernadores, generales, subgobernadores, coroneles, y así hacia abajo, ensanchándose las filas a medida que se baja, con matices demasiado sutiles para que puedan enumerarse, en un contexto en el que los colegios y las profesiones de los padres de las esposas y una vocal aspirada o una g retenida podían hacer que un comandante se situase en un instante por encima de un teniente coronel. Al final de la escala se hallaban los soldados del cuerpo de pago. Por debajo de tales parias no había nada. Los zulúes competían con los pondos, los *coloureds* con los hindúes. Lo que pasaba por allá abajo era algo que no le preocupaba sencillamente a nadie. Lo único que había que tener en cuenta era que en algún nivel situado más abajo incluso que los zulúes leales y los pondos traidores, se hallaban los boers. Y así continuaron las cosas hasta la guerra. Los boers no se lavaban. Los boers eran cobardes. Los boers eran estúpidos. Los boers eran una excrescencia que bloqueaba el camino hacia El Cairo. Piemburgo ignoraba a los boers.

Y luego vino la guerra de los boers, y los boers les volaron el monóculo de los ojos a tiros a los oficiales de Fort Rapier, esperando parsimoniosamente a que un reflejo semafórico del sol revelase un objetivo monocular propicio, y nació entonces en Piemburgo un respeto nuevo. Los boers tenían buena puntería. Los boers eran astutos. Los boers eran ahora el enemigo.

Y sólo un momento después el boer ya no fue el enemigo. Eliminado por completo el obstáculo que impedía llegar hasta El Cairo y las minas de oro, Piemburgo inició su rápida decadencia. Cuando partió la guarnición y las bandas tocaron por última vez «*Good by Dolly Gray*», Piemburgo se quedó dormida. Lo mismo que una víbora del desierto ahíta yacía **enroscada** e hinchada bajo el sol africano soñando con sus breves días de gloria. Persistió sólo un

precedencia 1. f. Anterioridad, prioridad de tiempo. 2. f. Anteposición, antelación en el orden. 3. f. Preeminencia o preferencia en el lugar y asiento y en algunos actos honoríficos. 4. f. Primacía, superioridad.

precedence preferencia, prioridad *to take precedence*, tener prioridad [over, sobre]: *our son's education takes precedence over our other expenses*, la educación de nuestro hijo tiene prioridad sobre cualquier otro gasto

precedence remained to multiply in the luxuriant climate of its own mediocrity. The houses stood and gazed at the ring of hills and on their stoeps the sons and grandsons of the sergeant-majors, quartermaster sergeants and warrant officers pretended to a grandeur their ancestors had never known. In Piemburg time stood still, marked only by the dust that gathered on the heads of the stuffed lions that mouldered in the Alexandra Club and by the drip of snobbery. Piemburg's mediocrity was venomous and waited gently on events.

sentimiento de **prioridad** que se multiplicó en el clima fecundo de su propia mediocridad. Las casas se erguían contemplando el anillo de cerros y en sus *stoeps* los hijos y nietos de los sargentos mayores, de los sargentos de intendencia y de los suboficiales fingían una grandeza que jamás conocieron sus ancestros. En Piemburgo el tiempo se mantenía inmóvil, sólo indicaba su paso el polvo que se acumulaba en las cabezas de los leones disecados que se pudrían en el Club Alexandra, y el goteo de la presunción. La mediocridad de Piemburgo era ponzoñosa y esperaba gentil acontecimiento.

15

20

Chapter 2

2

Kommandant van Heerden had few illusions about himself and a great many about everything else. And it was thanks to his illusions that he found himself in charge of the Police station in Piemburg. It was not a very onerous position. Piemburg's mediocrity was not conducive to more than petty crime and it had been felt at Police Headquarters in Pretoria that, while Kommandant van Heerden's appointment might push the city's crime rate up, it would at least serve to lower the waves of violence and theft that had followed his posting to other more enterprising towns.

El *Kommandant* van Heerden se hacía pocas ilusiones sobre él mismo y muchas sobre todo lo demás. Y por sus ilusiones se hallaba al cargo de la comisaría de policía de Piemburgo. No era un cargo muy oneroso. La mediocridad de Piemburgo no engendraba más que delitos menores, y en la jefatura de policía de Pretoria habían pensado que, si bien el nombramiento del Kommandant van Heerden podría elevar el índice de delincuencia de la ciudad, dicho nombramiento aplacaría al menos la oleada de violencia y robos que habían seguido a su actuación en otras poblaciones más emprendedoras.

Besides, Piemburg deserved the Kommandant. As the one town in the Republic still to fly the Union Jack from the Town Hall, Piemburg needed to be taught that the Government could not be challenged without taking some revenge.

Además, Piemburgo se merecía al Kommandant. Era la única ciudad de la República en que aún ondeaba la bandera inglesa en el ayuntamiento, y necesitaba enterarse de que no se podía desafiar así por las buenas al gobernador, sin que ello acarrearía consecuencias.

Kommandant van Heerden knew that his appointment was not due to his success in the field of criminal investigation. He fondly imagined it had come to him because he understood the English. It was in fact due to the reputation of his grandfather, Klaasie van Heerden, who had served under General Cronje at the Battle of Paardeberg and had been shot by the British for refusing to obey the order of his commanding officer to surrender. He had instead stayed put in a hole in the bank of the Modder River and shot down twelve soldiers of the Essex Regiment who were relieving themselves there some forty-eight hours after the last shot had been fired. The fact that Klaasie had been fast asleep throughout the entire

El Kommandant van Heerden sabía que su nombramiento no se debía a su éxito en el campo de la investigación criminal. Se imaginaba afablemente que se debía al hecho de que entendía el inglés. Pero en realidad se debía a la reputación de su abuelo, Klaasie van Heerden, que había servido a las órdenes del general Cronje en la batalla de Paardeberg y a quien habían abatido los ingleses por negarse a obedecer la orden de rendirse dada por su superior jerárquico. En vez de rendirse, se había apostado en un agujero en la orilla del río Modder y liquidado a doce soldados del regimiento de Essex que se estaban solazando allí unas cuarenta y ocho horas después del cese de las hostilidades. El hecho de que Klaasie hubiera estado dormido como un tronco durante toda la batalla y no se hubiera enterado

devotion lealtad, dedicación, deberes

battle and had never heard the order to cease fire was discounted by the British during his trial and by later generations of Afrikaans historians. Instead he was accounted a hero who had been martyred for his **devotion** to the Boer Republics and as a hero he was revered by Afrikaans Nationalists all over South Africa.

It was this legend that had helped Kommandant van Heerden to his present rank. It had taken a long time for his incompetence to live down the reputation for cunning that had been bequeathed him by his grandfather, and by that time it was too late for Police Headquarters to do anything about his inefficiency except put him in command of Piemburg.

Kommandant van Heerden imagined that he had got the post because it was in an English town and certainly it was just the post he wanted. The Kommandant believed that he was one of the few Afrikaansers who really understood the English mind. In spite of the treatment the British had meted out to his grandfather, in spite of the brutality the British had shown to the Boer women and children in the concentration camps, in spite of the sentimentality the British wasted on their black servants, in spite of everything, Kommandant van Heerden admired the British.

There was something about their blundering stupidity that appealed to him. It called out to something deep within his being. He couldn't say exactly what it was, but deep called to deep and, if the Kommandant could have chosen his place of birth, its time and nationality, he would have plumped for Piemburg in 1890 and the heart of an English gentleman.

If he had one regret, it was that his own mediocrity had never had the chance to express itself with anything like the degree of success that had attended the mediocrity and muddle-headedness of the rulers of the British Empire. Born an English gentleman in Victorian Britain he might well have risen to the rank of field-marshal. His military ineptitude would surely have been rewarded by constant and rapid promotion. He was certain he could have done as well as Lord Chelmsford, whose forces had been massacred by the Zulus at Isandhlwana. Stormberg, Spion Kop, Magersfontein, might have been even more appalling disasters had he been in command. Kommandant van Heerden had been born

de la orden de cese el fuego no lo tuvieron en cuenta durante el juicio los ingleses ni las generaciones posteriores de historiadores afrikaaners. Se le consideró, por el contrario, un héroe que había padecido martirio por su **lealtad** a las repúblicas boers, héroe reverenciado por los nacionalistas afrikaaners de todo Sudáfrica.

Había sido esta leyenda la que había ayudado al Kommandant van Heerden a alcanzar el rango que ostentaba. Había sido necesario mucho tiempo para que su incompetencia eclipsase la reputación de astucia e inteligencia que le había legado su abuelo, y cuando llegó el momento en que su incompetencia se hizo evidente era ya demasiado tarde para que los altos cargos pudieran hacer más para defenderse de ella que ponerle al mando de las fuerzas policiales de Piemburgo.

El Kommandant van Heerden creía que había conseguido el puesto por tratarse de una ciudad inglesa y esto era, desde luego, exactamente el puesto que él quería. El Kommandant creía ser uno de los pocos afrikaaners que entendía realmente la mentalidad inglesa. Pese al tratamiento que los ingleses habían dado a su abuelo, pese a la brutalidad que habían mostrado con las mujeres y niños boers en los campos de concentración, pese al sentimentalismo que mostraban los ingleses con sus criados negros, pese a todo, el Kommandant van Heerden admiraba a los ingleses.

Había algo en la increíble estupidez de los ingleses que al Kommandant van Heerden le resultaba atractivo. Apelaba a algo profundamente enraizado en su propio ser. No podía decir exactamente qué era, pero lo profundo llamaba a lo profundo, y si el Kommandant hubiera podido elegir su lugar de nacimiento, la época y la nacionalidad, sin duda habría elegido Piemburgo, el año mil ochocientos noventa, y el corazón de un caballero inglés.

Si había algo que lamentara, era que su propia mediocridad nunca había tenido oportunidad de expresarse con nada parecido al nivel de éxito que habían logrado la mediocridad y la estupidez de los gobernantes del Imperio Británico. Si hubiera nacido caballero inglés en la Inglaterra victoriana, podría haber alcanzado muy bien el rango de mariscal de campo. Su ineptitud militar habría sido recompensada, sin duda, con el ascenso rápido y constante. Estaba seguro de que podría haberle ido tan bien como a Lord Chelmsford, cuyas fuerzas habían liquidado a los zulúes en Isandhlwana. Stormberg, Spion Kop, Magersfontein, podrían haber sido desastres muchísimo más impresionantes si hubiera estado él al mando de las tropas. Al nacer, el Kommandant van Heerden se había equivo-

out of nation, time and place.

The same could not be said of the Kommandant's second-in-command, Luitenant Verkramp, nor of Konstabel Els. That they should never have been born at all, or, if their births could not have been aborted, that their nation, place and time should have been as distant as possible from his own, was Kommandant van Heerden's most fervent and frequent wish.

Luitenant Verkramp hated the English. His grandfather had not suffered as had the Kommandant's for the sake of the Boer Republics. Instead he had proclaimed peace and friendship for the British Empire from the pulpit of his church in the Cape and had made a small fortune on the side by supplying the British Army with the Basuto ponies it needed for its mounted infantry. Verkramp's childhood had been spent in the shadow of that pulpit and little Verkramp had inherited a marked eschatological bent from his grandfather and a hatred for all things English from his father who had spent his life trying to live down the name of "traitor" which had clung to the Verkramp family long after the Boer War. Luitenant Verkramp brought both inheritances with him to his work. He combined his inquisitorial tendencies with his antipathy for the English by becoming head of the Security Branch in Piemburg, a post which allowed him to send reports on the political reliability of the citizens of Piemburg to his superiors in BOSS, the Bureau of State Security in Pretoria. Even Kommandant van Heerden was the subject of Luitenant Verkramp's suspicions and the Kommandant had taken good care to read the reports about himself that Verkramp had submitted. In one of these he had detected the innuendo that he was insufficiently active in pursuit of Communist cells.

In the week following, the Kommandant had sought to rebut the accusation by a series of lightning raids on likely Communist groups. A playreading of Shaw's *Arms and the Man* at the Piemburg Amateur Dramatic Society had been interrupted by the entrance of the Kommandant and his men who confiscated all copies of the play and took the names of all present. *Black Beauty* had been removed from the shelves of the Public Library on the Kommandant's orders. The showing of the film *The African Queen* had been banned at the local cinema, as had an article on weather forecasting in the Piemburg News entitled "Red Sky at Night".

All in all the Kommandant felt

cado de nación, de época y de lugar.

No podía decirse lo mismo del segundo del Kommandant, el Luitenant Verkramp, ni del Konstabel Els. El que no hubieran nacido jamás o, de no poderse abortar sus nacimientos, el que su nación, lugar y época hubiesen quedado lo más lejos posible de los suyos, eran el deseo más frecuente y fervoroso del Kommandant van Heerden.

El Luitenant Verkramp odiaba a los ingleses. Su abuelo no había sufrido como el del Kommandant por las repúblicas boers. Había proclamado, por el contrario, paz y amistad para el Imperio Británico desde el púlpito de su iglesia de El Cabo y al mismo tiempo había hecho una pequeña fortuna suministrando al ejército británico los caballos basutos que necesitaba para su infantería montada. La niñez de Verkramp había transcurrido a la sombra de aquel púlpito, y el pequeño Verkramp había heredado una notable tendencia escatológica de su abuelo, y un odio por todo lo inglés de su padre, que se había pasado la vida intentando borrar el baldón de «traición» que había pesado sobre la familia hasta mucho después de la guerra de los boers. El Luitenant Verkramp incorporó ambas herencias a su trabajo. Fundió sus tendencias inquisitoriales con su antipatía hacia los ingleses convirtiéndose en jefe del Departamento de Seguridad de Piemburgo, cargo que le permitía enviar informes sobre la honestidad política de los ciudadanos de Piemburgo a sus superiores del Departamento de Seguridad del Estado de Pretoria. Hasta el Kommandant van Heerden despertaba las sospechas del Luitenant Verkramp, así que el Kommandant tenía buen cuidado de leer los informes que le entregaba Verkramp sobre él. En uno de ellos había detectado la insinuación de que no se mostraba lo bastante activo en la persecución de células comunistas.

La semana siguiente, el Kommandant había intentado desmentir la acusación mediante una serie de rápidas redadas dirigidas contra grupos posiblemente comunistas. Una lectura de la obra dramática de Shaw *Arms and the Man* en la Asociación Dramática de Aficionados de Piemburgo se había visto interrumpida por la irrupción del Kommandant y sus hombres, que confiscaron todos los ejemplares de la obra y anotaron los nombres de todos los presentes. *Belleza negra* había sido retirado de las estanterías de la biblioteca pública por órdenes del Kommandant. Se había prohibido la proyección de la película *La reina africana* en el cine local, y también se prohibió un pronóstico meteorológico de *Piemburg News* titulado «Cielo rojo de noche».

En conjunto, el Kommandant se sentía sa-

satisfied that he had made significant moves to combat the spread of Marxism in Piemburg and the public outcry that followed would, he felt, go a long way to convince BOSS that he was not as soft on Communists as Luitenant Verkramp's report had suggested. Besides he had Verkramp's report on Konstabel Els to fall back on.

10 The gulf that separated fact from fiction in all the Luitenant's reports on political life in Piemburg widened to a cosmic abyss in the report he had submitted on Konstabel Els. In it Els was described as a regular attendant at the Dutch Reformed Church, an ardent member of the Nationalist Party and a determined opponent of "liberalistic and communistic tendencies to pollute racial purity by social, economic and political methods of integration". Since Els neither went to church nor belonged to the Nationalist Party and was a living exponent of mixed sexual **intercourse**, Kommandant van Heerden felt that he had Luitenant Verkramp's reputation for accuracy by the short hairs.

intercourse 1 trato, relaciones, communication or dealings between individuals, nations, etc. 2 sexual intercourse, acto sexual, coito. 3 communion between human beings and God.

With Konstabel Els matters stood rather differently. For one thing Els constituted no sort of threat to the Kommandant though a very considerable one to nearly everyone else in Piemburg. His natural aptitude for violence and particularly for shooting black people was only equalled by his taste for brandy and his predilection for forcing the less attractive parts of his person into those parts of African women legally reserved for male members of their own race. Kommandant van Heerden had had to speak quite severely to him about the illegality of this last tendency on several occasions, but he had put Els' taste for black women down to the undoubted fact that the Konstabel was of mixed race himself.

45 No, Konstabel Els had his virtues. He was conscientious, he was an excellent shot and he knew how to operate the electrical-therapy machine which had proved such a boon in extracting confessions from suspects. Luitenant Verkramp had brought it back from one of his visits to Pretoria and Els had immediately made himself extraordinarily proficient with it. It had originally been intended for political suspects only, but Luitenant Verkramp's efforts to find any saboteurs or Communists in Piemburg to try the gadget out on had failed so hopelessly that Els had finally had to arrest a native boy he had caught early one morning with a bottle of milk in his hand. The fact that Els knew him to be the

tisfecho porque consideraba que había realizado esfuerzos significativos para combatir la expansión del marxismo en Piemburgo y las protestas públicas que seguirían convencerían, creía él, al Departamento de Seguridad del Estado de que no era tan blando con los comunistas como había sugerido el informe del Luitenant Verkramp. Además, siempre podía recurrir al informe de Verkramp sobre el *Konstabel Els*.

El abismo que separaba lo real de lo imaginario en todos los informes del Luitenant sobre la vida política de Piemburgo se ampliaba hasta adquirir dimensiones cósmicas en el informe que había presentado sobre el *Konstabel Els*. En dicho informe se describía a Els como asiduo feligrés de la Iglesia Reformada Holandesa, miembro ferviente del Partido Nacionalista, y decidido adversario de que «las tendencias liberales y comunistas contaminen la pureza racial mediante métodos sociales, económicos y políticos de integración». Como Els ni iba a la Iglesia ni pertenecía al Partido Nacionalista y era un vivo exponente de las **relaciones** sexuales interraciales, el Kommandant van Heerden creía tener pruebas suficientes de que el Luitenant Verkramp no era muy fidedigno en sus informes.

Con el *Konstabel Els* las cosas eran muy distintas. Els no constituía, por un lado, ninguna amenaza para el Kommandant, aunque sí lo fuese, y muy considerable, para casi todos los demás habitantes de Piemburgo. Su aptitud innata para la violencia y en especial para disparar contra los negros sólo era equiparable a su afición al coñac y a su predilección por forzar la entrada de las partes menos atractivas de su persona en aquellas partes de las mujeres africanas legalmente reservadas a los miembros masculinos de su propia raza. El Kommandant van Heerden había tenido que hablarle muy severamente sobre la ilegalidad de esta última tendencia suya en varias ocasiones, pero había atribuido la afición de Els por las mujeres negras al hecho indudable de que el propio *Konstabel* era de sangre mestiza.

Pero en fin, el *Konstabel Els* tenía sus virtudes. Era concienzudo, tenía muy buena puntería, y sabía manejar muy bien la máquina de terapia eléctrica que tan buenos resultados había dado en la obtención de confesiones a sospechosos. El Luitenant Verkramp había vuelto con ella de una de sus visitas a Pretoria, y Els había adquirido en seguida un dominio extraordinario de la máquina. En principio, estaba destinada sólo a los sospechosos de delitos políticos, pero las tentativas del Luitenant Verkramp de localizar saboteadores o comunistas en Piemburgo para probar con ellos la máquina habían fracasado tan estrepitosamente, que Els había acabado por detener a un chico nativo al que había agarrado por la mañana muy temprano con una botella de leche en la mano. El hecho de que Els

milk-delivery boy hadn't prevented the Konstabel proving the efficacy of electric-**shock** therapy and after five minutes' treatment the boy readily confessed that he had stolen the milk, while after ten minutes he admitted administering poisoned milk to fifty European households that very morning. When Els proposed transferring the terminal from the boy's toe to his penis, the suspect admitted to being a member of the Communist Party and agreed that he had been trained in milk sabotage in Peking. At that point Luitenant Verkramp confessed himself satisfied with the experiment and the milk-delivery boy was charged with being out without a Pass, obstructing the police in the course of their duties and resisting arrest, which charges got him six months hard labour and satisfied the magistrate that his injuries were justified if not actually self-inflicted. Yes, Els had his virtues, not the least of which was a deep if obscure sense of devotion to his commanding officer. Not that Kommandant van Heerden was in the least interested in Konstabel Els' regard for him, but it made a change from the abiding dislike that emanated from Luitenant Verkramp.

All in all Kommandant van Heerden felt well satisfied with life in Piemburg. Things would go on as they had in the past and he would have time to continue his private hobby, the intellectual puzzle of trying to understand the English, a puzzle he knew to be impossible to solve but for that very reason endlessly fascinating.

If Piemburg was the garden of Kommandant van Heerden's soul where he could wander happily dreaming of great men and great deeds done, Miss Hazelstone of Jacaranda Park was the key plant, the corner tree of this interior landscape. Not that she was young or beautiful or charming or even in any sense likeable. She was old, ugly, **garrulous** and abrupt to the point of rudeness. Hardly alluring qualities but to the Kommandant they were filled with extraordinary attractions. These were all the attributes of the English. To hear Miss Hazelstone's voice, high-pitched, loud and utterly unself-conscious, was to hear the true voice of the British Empire. To be chided, nay, trounced by Miss Hazelstone for infringing his authority by cautioning her chauffeur for driving at 80 mph through a built-up area in a 1936 Hudson Terraplane with defective brakes was a pleasure almost too great to be borne. He treasured her refusal to grant him any tide. "Van Heerden," she would snarl from the back of the sedan, "you

garrulous gárrulo, locuaz, hablador, charlatán, verboso.

supiera que se trataba del chico que repartía la leche no impidió que el Konstabel comprobase con él la eficacia de la terapia del **electrochoque**. Tras cinco minutos de tratamiento, el muchacho confesó que había robado la leche, y a los diez minutos admitió haber llevado leche envenenada a cincuenta hogares europeos aquella misma mañana. Cuando Els propuso transferir los apliques del dedo gordo del pie del muchacho al pene, el sospechoso admitió pertenecer al Partido comunista y confesó que había sido adiestrado en envenenamiento lácteo en Pequín. Entonces, el Luitenant Verkramp se confesó satisfecho con el experimento y acusó al chico de la leche de andar por la calle sin pase, de obstaculizar a la policía en el cumplimiento de sus tareas y de ofrecer resistencia a la autoridad, acusaciones por las cuales fue condenado a seis meses de trabajos forzados, tras declarar ante el magistrado que las heridas estaban justificadas, si es que no se las había producido él mismo, en realidad. Sí, Els tenía sus virtudes, y no era la menor de ellas un profundo aunque oscuro sentido de la lealtad hacia su jefe. No era que el Kommandant van Heerden se interesase lo más mínimo por la actitud del Konstabel Els hacia su persona, pero constituía un cambio frente al odio continuo que emanaba del Luitenant Verkramp.

En conjunto, el Kommandant van Heerden estaba bastante satisfecho de su vida en Piemburgo. Las cosas seguían como en el pasado y el Kommandant podía seguir con su afición particular: el rompecabezas intelectual de intentar comprender a los ingleses. Rompecabezas sin solución posible, y él lo sabía, pero que resultaba, por la misma razón, infinitamente fascinante.

Si Piemburgo era el jardín del alma del Kommandant van Heerden, por el que podía vagar feliz soñando con grandes hombres y grandes hazañas, la señorita Hazelstone de Jacaranda Park era la planta clave, el árbol angular de su paisaje interno. No es que fuera joven o bella, o simpática, o incluso agradable en algún sentido. No, nada de eso. Era vieja, fea, **parlanchina** y brusca hasta el punto de la grosería. Cualidades nada atractivas, pero que al Kommandant le resultaban de un atractivo extraordinario. Constituían todos los atributos del inglés. Oír la voz de la señorita Hazelstone, una voz aguda y destemplada, totalmente inconsciente de sí misma, era oír la verdadera voz del Imperio Británico. El que la señorita Hazelstone le regañase, aún más, le vapulease, por excederse en su autoridad al amonestar a su chofer por conducir a ciento veinte kilómetros por hora por una zona poblada al volante de un Terraplane Hudson de 1936 con los frenos defectuosos, era un placer casi insoportable. El Kommandant atesoraba la negativa de la señorita Hazelstone a asignarle un título.

—Van Heerden —gruñó desde la parte de atrás del sedán—, se excede usted en su

exceed your authority. Driver, proceed”, and the car would drive off leaving the Kommandant marvelling at her *savoir-faire*.

5 Then again on the rare occasions that he could find an excuse to visit Jacaranda House, Miss Hazelstone would receive him, if she deigned to see him at all, at the servants' entrance and would dispatch him
10 with an economy of incivility and an abundance of implicit contempt that left the Kommandant breathless with admiration.

With Luitenant Verkramp she was even
15 ruder, and when the Kommandant could endure the Security Branch man's insolence no longer he would invent reasons for him to call at Jacaranda House. Luitenant Verkramp had made the mistake
20 on his first visit of addressing Miss Hazelstone in Afrikaans and ever since she had spoken to him in Kitchen Kaffir, a pidgin Zulu reserved only for the most menial and mentally retarded black servants. Luitenant Verkramp returned
25 from these penitential trips speechless with rage and vented his spleen by submitting security reports on the Hazelstone family accusing the old woman of subversion and of fomenting civil disorder. These
30 memoranda he sent to Pretoria with the recommendation that Miss Hazelstone's activities be brought to the attention of the State Attorney.

The Kommandant doubted that the
35 reports enhanced Verkramp's reputation for accuracy or for political reliability. He had forgotten to tell his second-in-command that Miss Hazelstone was the only daughter of the late Judge
40 Hazelstone of the Supreme Court who was known in the legal world as Breakneck Bill and who, in a Minority Report of the Commission on Traffic Congestion, had advocated that flogging
45 be made mandatory for parking offences. With such antecedents, it seemed unlikely to the Kommandant that BOSS would question Miss Hazelstone's
50 patriotism. English she might be, subversive and criminal never.

It came therefore as all the more of a
55 **shock** when he heard Konstabel Els answer the phone in the outer office and the strident tones of Miss Hazelstone vibrating from the receiver. Interested to see how Els would suffer at her hands, the Kommandant listened to the conversation.

Miss Hazelstone was telephoning to report that she had just shot her Zulu
60 cook. Konstabel Els was perfectly

autoridad. Chofer, siga usted.

Y el coche había seguido dejando al Kommandant maravillado ante el *savoir-faire* de la dama.

Además, en las raras ocasiones en que el Kommandant había dispuesto de una excusa para visitar Jacaranda Park, la señorita Hazelstone le recibía, si se dignaba verle, en la entrada de los criados y le despachaba con una descortesía seca y una abundancia de desprecio implícito que dejaba al Kommandant mudo de admiración.

Con el Luitenant Verkramp, la señorita Hazelstone era aún más grosera, y cuando el Kommandant ya no podía soportar más la insolencia del Luitenant, inventaba motivos para enviarle a Jacaranda Park. El Luitenant Verkramp había cometido en su primera visita el error de dirigirse a la señorita Hazelstone en afrikaans, y desde entonces la señorita Hazelstone le hablaba siempre en café de cocina, un zulú corrompido reservado únicamente a los criados negros más serviles y mentalmente retrasados. El Luitenant Verkramp regresaba de estos viajes penitenciales mudo de cólera y desahogaba su bilis con informes confidenciales sobre la familia Hazelstone, en los que acusaba a la anciana de subversión y de fomentar el desorden civil. Estos memorándums los enviaba a Pretoria con la recomendación de que se comunicasen las actividades de la señorita Hazelstone al fiscal del Estado.

El Kommandant dudaba de que los informes favorecieran la reputación de exactitud y fiabilidad política de Verkramp. La verdad es que el Kommandant se había olvidado de decirle a su segundo que la señorita Hazelstone era la única hija del difunto juez Hazelstone, magistrado del Tribunal Supremo, al que se conocía en el mundo del foro como Bill Rompecuellos y que, en un informe de la comisión que estudiaba los problemas del tráfico, había propuesto que se introdujera la flagelación para las infracciones de aparcamiento. Con tales antecedentes, al Kommandant le parecía muy poco probable que el Departamento de Seguridad del Estado pusiera en entredicho el patriotismo de la señorita Hazelstone. Inglesa podría ser, subversiva y criminal jamás.

Así pues, fue una **sorpresa notable** para él oír que el Konstabel Els contestaba al teléfono en el despacho exterior y vibraban en el aparato los tonos estridentes de la voz de la señorita Hazelstone. El Kommandant, interesado por ver cómo sufría Els a manos de la señorita Hazelstone, escuchó la conversación.

La señorita Hazelstone telefoneaba para informar que acababa de matar a su cocinero zulú. El Konstabel Els podía hacerse cargo perfecta-

shock 1 (*emotional*) conmoción *f*, golpe *m*, impresión *f*; (= *start*) susto *m*; **the shock killed him** la impresión le mató; **to come as a shock** resultar sorprendente *or* asombroso, causar estupefacción; **to get a shock** llevarse *or* pegarse un susto **2** (= *impact*) sacudida *f*; (= *shake-up*) choque *m*, sacudida *f*; **shock resistant** antichoque; **it was a shock to the establishment** sacudió el sistema, fue un serio golpe para el sistema **3** (*Elec*) descarga *f*; **she got a shock from the refrigerator** la nevera le dio una descarga *or* un calambre **4** (*Med*) shock *m*, postración *f* nerviosa; **to be suffering from shock** **G be in (a state of) shock** estar en estado de shock, padecer una postración nerviosa

capable of handling the matter. He had in his time as a police officer shot any number of Zulu cooks. Besides there was a regular **procedure** for dealing with such reports. Konstabel Els went into the routine.

“You wish to report the death of a kaffir,” he began.

“I have just murdered my Zulu cook,” snapped Miss Hazelstone.

Els was **placatory**. “That’s what I said. You wish to report the death of a coon.”

“I wish to do nothing of the sort. I told you I have just murdered Fivepence.”

Els tried again. “The loss of a few coins doesn’t count as murder.”

“Fivepence was my cook.”

“Killing a cook doesn’t count as murder either.”

“What does it count as, then?” Miss Hazelstone’s confidence in her own guilt was beginning to wilt under Konstabel Els’ favourable diagnosis of the situation.

“Killing a white cook can be murder. It’s unlikely but it can be. Killing a black cook can’t. Not under any circumstances. Killing a black cook comes under self-defence, justifiable homicide or garbage disposal.” Els permitted himself a **giggle**. “Have you tried the Health Department?” he inquired.

giggle reírse nerviosamente, con disimulo; soltar una risita tonta, ahogada o entre dientes; twist laughingly, laugh in silly (bobalicona) manner.
titter : to laugh in a nervous, affected, or partly suppressed manner or in a furtive or restrained way

It was obvious to the Kommandant that Els had lost what little sense of social deference he had ever possessed. He pushed Els aside and took the call himself.

“Kommandant van Heerden here,” he said. “I understand that there has been a slight accident with your cook.”

Miss Hazelstone was adamant. “I have just murdered my Zulu cook.”

Kommandant van Heerden ignored the self-accusation. “The body is in the house?” he inquired.

“The body is on the lawn,” said Miss Hazelstone. The Kommandant sighed. It was always the same. Why couldn’t people shoot blacks inside their houses where they were supposed to shoot them?

mente del asunto. Como agente de policía, también él había matado a tiros en sus tiempos a muchos cocineros zulúes. Además, había ya un procedimiento establecido para resolver estas cuestiones. El Konstabel Els inició la fórmula rutinaria.

—Usted quiere informar de la muerte de un cafre —comenzó.

—Acabo de asesinar a mi cocinero zulú —gruñó la señorita Hazelstone.

—Eso fue lo que dije —dijo Els, **conciliatorio**—. Que quiere usted informar de la muerte de un negro.

—Yo no quiero hacer nada de eso. Le he dicho que acabo de asesinar a Cinco Peniques.

Els lo intentó de nuevo.
—La pérdida de cinco peniques no constituye un asesinato.

—Cinco Peniques era mi cocinero.

—Matar a un cocinero tampoco constituye un asesinato.

—¿Qué es entonces un asesinato? —la seguridad de la señorita Hazelstone en su propia culpa comenzaba a tambalearse ante el diagnóstico favorable de la situación del Konstabel Els.

—Matar a un cocinero blanco puede ser asesinato. Es improbable, pero puede ser. Pero matar a un cocinero negro no. Bajo ninguna circunstancia. Matar a un cocinero negro se considera defensa propia, homicidio justificado o eliminación de basura —Els se permitió una **risilla**—. ¿Ha probado usted a llamar al Departamento de Higiene? —preguntó.

Era evidente para el Kommandant que Els había perdido el poco sentido del decoro social que pudiera tener. Le apartó del teléfono y lo cogió él mismo.

—Aquí el Kommandant van Heerden —dijo—. Al parecer ha tenido usted un pequeño accidente con su cocinero.

—Acabo de matar a mi cocinero zulú —dijo implacable la señorita Hazelstone.

El Kommandant van Heerden ignoró la autoacusación.

—¿El cadáver está en la casa? —preguntó.

—El cadáver está sobre el césped —informó la señorita Hazelstone.

El Kommandant suspiró. Siempre igual. ¿Por qué la gente no mataría a los negros dentro de la casa, que era donde tenían que hacerlo?

"I will be up at Jacaranda House in forty minutes," he said, "and when I arrive I will find the body in the house."

5 "You won't," Miss Hazelstone insisted, "you'll find it on the back lawn."

Kommandant van Heerden tried again.

10 "When I arrive the body will be in the house." He said it very slowly this time.

Miss Hazelstone was not impressed.
15 "Are you suggesting that I move the body?" she asked angrily.

The Kommandant was appalled at the suggestion.
20 "Certainly not," he said. "I have no wish to put you to any **inconvenience** and besides there might be fingerprints. You can get the servants to move it for you."

inconvenience no es *inconveniencia*, sino *molestia*, *estorbo*, *inconveniente*, *incomodidad*, mientras que *inconveniencia* es **impropriety**, **inadvisability**, **unsuitability**, **rude remark** [*disparate*], **impoliteness**. Como adjetivo, **inconvenient** traduce *molesto*, *incómodo* / *difícil*, *inoportuno* / *mal escogido* [tiempo], *poco práctico* [arreglo], mientras que *inconveniente* es **unsuitable**, **improper** / **impolite**, **inadvisable**, **rude** / **coarse** [grosero]; por otra parte, *inconveniente* es un sustantivo para **objection**, **disadvantage**, **obstacle** / **difficulty** / **trouble**.

El verbo **to inconvenience** es *molestar*, *estorbar*.
To mind / be all right = *tener inconveniente*.
To have no objection = *no tener inconveniente*.
Excuse the inconvenience = *disculpe la molestia*.

25 There was a pause while Miss Hazelstone considered the implications of this remark. "It sounds to me as though you are suggesting that I should tamper with the evidence of a crime," she said slowly and menacingly. "It sounds to me as though you are trying to get me to interfere with the course of justice."

30 "Madam," interrupted the Kommandant, "I am merely trying to help you to obey the law." He paused, groping for words. "The law says that it is a crime to shoot kaffirs outside your house. But the law also says it is perfectly permissible and proper to shoot them inside your house if they have entered illegally."

35 "Fivepence was my cook and had every legal right to enter the house."

40 "I'm afraid you're wrong there," Kommandant van Heerden went on. "Your house is a white area and no kaffir is entitled to enter a white area without permission. By shooting your cook you were refusing him permission to enter your house. I think it is safe to assume that."

45 There was a silence at the other end of the line. Miss Hazelstone was evidently convinced.

50 "I'll be up in forty minutes," continued van Heerden, adding hopefully, "and I trust the body—"

55 "You'll be up here in five minutes and 60 Fivepence will be on the lawn where I shot

—Tardaré unos cuarenta minutos en llegar ahí —dijo—. Y cuando llegue, encontraré el cadáver en la casa.

—No señor —insistió la señorita Hazelstone—. Lo encontrará usted en el césped, en la parte de atrás.

El Kommandant van Heerden volvió a intentararlo:

—Cuando yo llegue, el cadáver estará dentro de la casa —dijo, muy despacio esta vez.

Pero la señorita Hazelstone no parecía impresionada.
—¿Acaso insinúa usted que debo cambiar de lugar el cadáver? —preguntó furiosa.

El Kommandant se quedó sobrecogido ante la sugerencia.

—Desde luego que no —dijo—. No tengo el menor deseo de causarle **molestias** a usted, y además, podría haber huellas dactilares. Puede mandar usted a los criados que lo hagan.

Hubo una pausa, mientras la señorita Hazelstone consideraba las implicaciones de aquel comentario.

—Me da la impresión de que está usted sugiriéndome que altere las pruebas de un delito —dijo, lenta y amenazadora—. Me da la impresión de que intenta usted convencerme de que obstaculice la acción de la justicia.

—Señora —interrumpió el Kommandant—, yo sólo intento ayudarle a cumplir la ley.

El Kommandant se detuvo, buscando las palabras.

—La ley dice —continuó— que es un delito matar cafres fuera de casa. Pero la ley dice también que es perfectamente admisible y adecuado matarlos dentro de casa si han entrado ilegalmente.

—Cinco Peniques era mi cocinero y tenía todos los derechos legales a entrar en la casa.

—Me temo que en eso se equivoca usted —continuó el Kommandant van Heerden—. Su casa es zona blanca, y ningún cafre tiene derecho a entrar en una zona blanca sin permiso. Al disparar contra él le negó usted el permiso para entrar en su casa. Yo creo que puede enfocarse la cosa de ese modo sin problema.

Hubo un silencio al otro extremo de la línea. Era evidente que la señorita Hazelstone se había convencido.

—Llegaré ahí dentro de unos cuarenta minutos —prosiguió van Heerden, añadiendo esperanzado—: y confío en que el cadáver...

—Vendrá usted en un plazo de cinco minutos y Cinco Peniques estará en el césped, que es

him," snarled Miss Hazelstone and slammed down the phone.

The Kommandant looked at the receiver and sighed. He put it down wearily and turning to Konstabel Els he ordered his car.

As they drove up the hill to Jacaranda Park, Kommandant van Heerden knew he was faced with a difficult case. He studied the back of Konstabel Els' head and found some consolation in its shape and colour.

If the worst came to the worst he could always make use of Els' great gift of incompetence and if in spite of all his efforts to prevent it. Miss Hazelstone insisted on being tried for murder, she would have as the chief prosecution witness against her, **befuddled** and besotted, Konstabel Els. If nothing else could save her, if she pleaded guilty in open court, if she signed confession after confession, Konstabel Els under cross-examination by no matter how half-witted a defence attorney would convince the most biased jury or the most inflexible judge that she was the innocent victim of police incompetence and unbridled perjury. The State Attorney was known to have referred to Konstabel Els in the witness box as the Instant Alibi.

donde lo maté —gruñó la señorita Hazelstone, al tiempo que colgó el teléfono.

El Kommandant contempló el aparato y suspiró. Colgó cansinamente y, volviéndose al Konstabel Els, le ordenó que preparase un coche.

Mientras subía la cuesta camino de Jacaranda Park, el Kommandant van Heerden sabía que se enfrentaba con un caso difícil. Contempló el cogote del Konstabel Els y su forma y color le proporcionaron un cierto consuelo.

En el peor de los casos, podría recurrir siempre a la gran capacidad de incompetencia de Els, y si, a pesar de todos sus esfuerzos por impedirlo, la señorita Hazelstone insistía en que la juzgasen por asesinato, tendría como principal testigo de la acusación contra ella, **confuso** y desconcertado, al Konstabel Els. Si alguna otra cosa podía salvarla, si ella se declaraba culpable ante el tribunal, y firmaba una confesión tras otra, el Konstabel Els bien interrogado por un defensor, aunque el defensor fuera medio tonto, convencería, hasta al jurado más adverso, o al juez más inflexible, de que la señorita Hazelstone era la víctima inocente de la incompetencia policial y del perjurio más desenfrenado. El fiscal del Estado llamaba al Konstabel Els, cuando se sentaba en el banquillo de los testigos, la «Coartada Instantánea».

befuddle v. 1 confuse, throw, fox, fuddle, bedevil, confound, discombobulate *be confusing or perplexing to; cause to be unable to think clearly; «These questions confuse even the experts»; «This question completely threw me»; «This question befuddled even the teacher»* 2 fuddle make stupid with alcohol

fuddle confundir

35

Chapter 3

3

40

It was with these thoughts in mind that Kommandant van Heerden drove down the drive to Jacaranda House. They interrupted only briefly the aesthetic pleasure he always felt in the presence of relics of the British Empire, for Jacaranda House was pure Cecil Rhodes and Bishop Colenso.

Agobiado por tales pensamientos, el Kommandant van Heerden bajaba por el camino de coches en dirección a la mansión de los Hazelstone. Pensamientos que interrumpieron sólo brevemente el placer estético que siempre experimentaba en presencia de las reliquias del Imperio Británico, pues la mansión de los Hazelstone era puro Cecil Rhodes y puro Obispo Colenso.

50

Rambling and stuccoed, the massive edifice had been jerry-built to last. In style it managed to combine elements of both East and West. In Jacaranda House the twain had met. At first sight it looked as though Windsor Castle had been used for the artificial insemination of the Brighton Pavilion and from its **crenellated** gables to its tiled and columned verandah it succeeded with an eclecticism truly English in bringing more than a touch of the durbah to a

El enorme edificio irregular y cubierto de estuco había sido construido chapuceramente en toda su extensión. Desde el punto de vista estilístico, lograba combinar elementos de Oriente y Occidente. Ambos se habían fundido en la mansión de los Hazelstone. Parecía, a primera vista, como si se hubiera utilizado el Castillo de Windsor para inseminar artificialmente Brighton Pavilion y desde los gabletes almenados a las barandas azulejadas con columnas, lograba introducir, con un eclecticismo verdaderamente inglés, algo más que un toque de *durbah* a un

crénélé:
crénélé (en conchyliculture) pp adj
crenelated
crénélé (en électronique) pp adj serrated
crénélé (feuille crénélée) pp adj crenate
crénélé (garni de créneaux) pp adj **crenellated**
crénélé (médecine dentaire) pp adj toothed

crenelated crenellated ??? **A adjective** 1 battlemented, castellated, castled, (of a building) having turrets and battlements in the style of a castle 2 embattled, indented having repeated square indentations like those in a battlement; «a crenelated molding»
denticular con forma de dientes, almenadas

60

building as functionally efficient as a gents. Whoever had built Jacaranda House might not and almost certainly did not know what he was doing, but he must have been a positive genius even to have known how.

unwarranted infundado

As the police car drew up, the great Gothic front door was opened by an Indian butler, wearing white gloves and a red sash, who led the Kommandant and his assistant through a vast hall whose walls were patinaed with the mouldering heads of one wart-hog, sixteen buffaloes, ten lions and numerous lesser fauna, which heads the late Judge Hazelstone had purchased at an auction to sustain his totally **unwarranted** reputation as a big-game hunter. To add to the impression that they were in the jungle a profusion of potted plants and ferns reached their dusty fronds up to the plaster fan-vaulting. The corridor and the great sitting-room through which they passed were similarly decorated with the portraits of long-dead Hazelstones, and when at last they came out on to the verandah at the back of the house, Kommandant van Heerden's regard for Imperial Britain had **increased by leaps and bounds**.

Miss Hazelstone had chosen the scene of her crime with a sense of propriety and occasion which belonged to a distant and leisurely age. The body of Fivepence lay on an immaculate lawn and was huddled in a suitably obese rigour at the foot of a pedestal on which had stood the bust of Sir Theophilus Hazelstone, GCR, GCSI, GCIE, DSO, and one-time Governor of Zululand and Viceroy of Matabeleland; which bust had been erected at the conclusion of the Zulu Rebellion to commemorate Sir Theophilus' victory at Bulundi over seventeen thousand unarmed Zulus who had misguidedly assumed that Sir Theophilus had invited them there for an indaba as the representative of the Great White Queen. The ensuing massacre was noted in military history as the first occasion on which ten-inch naval guns had been fired at the point-blank range of twelve yards with the resultant deaths by shrapnel of half their gun crews. In later stages of the battle this mistake had been rectified and the naval guns had been used at long range to decimate the fleeing Zulus to such good effect that they had destroyed four farmhouses and a British blockhouse on the Tugela River some seven miles beyond the actual battlefield. These innovations in the art of military strategy had earned Sir Theophilus his knighthood and a bar to his DSO, not to mention the

edificio tan funcionalmente eficiente como un retrete público de caballeros. Quizás el que había construido la mansión de los Hazelstone no supiese lo que estaba haciendo, casi seguro que no, pero tenía que haber sido un auténtico genio para poder hacer aquello.

Cuando el coche policial llegó a la entrada, abrió la gran puerta gótica de la mansión un mayordomo indio, de guantes blancos y faja roja, que condujo al Kommandant y a su ayudante a través de un inmenso vestíbulo cuyas paredes estaban cubiertas con las cabezas polvorientas de un jabalí verrugoso, dieciséis búfalos, diez leones y numerosos ejemplares de fauna menor, cabezas que el difunto juez Hazelstone había adquirido en una subasta para sostener su reputación, totalmente **infundada**, de gran cazador de caza mayor. Para añadir un elemento más a la impresión de que se hallaban en la selva, una profusión de plantas y helechos enmacetados alzaban sus frondas polvorientas hasta la bóveda en abanico de yeso. El pasillo y el gran salón que cruzaron, estaban asimismo decorados con los retratos de Hazelstone muertos hacía ya mucho, y cuando salieron al fin a la galería de la parte trasera, había **umentado de modo perceptible** el respeto del Kommandant van Heerden hacia la Inglaterra Imperial.

La señorita Hazelstone había elegido el escenario de su crimen con un sentido de la oportunidad y de la corrección que correspondía a una época lejana en la que no había prisa. El cuerpo de Cinco Peniques yacía sobre un césped immaculado y hallábase encogido en un *rigor monis* adecuadamente respetuoso a los pies de un pedestal en el que se había alzado el busto de Sir Theophilus Hazelstone, GCR, GCSI, GCIE, DSO y en tiempos gobernador de Zululandia y virrey de Matabelelandia; busto que se había erigido al concluir la rebelión zulú para conmemorar la victoria que obtuvo Sir Theophilus en Bulundi contra diecisiete mil zulúes desarmados que habían supuesto erróneamente que Sir Theophilus les había invitado para una *indaba* como representante de la Gran Reina Blanca. La matanza que siguió se registró en la historia militar como la primera ocasión en que se dispararon cañones navales de diez pulgadas a quemarropa, a una distancia de quince metros, hecho que tuvo como consecuencia el que muriesen la mitad de los propios artilleros alcanzados por la metralla. En posteriores etapas de la batalla, se había rectificado este error y se habían utilizado cañones navales para fuego de larga distancia a fin de diezmar a los zulúes en fuga, con lo que habían resultado destruidas cuatro granjas y un fortín británico en el río Tugela a unos diez kilómetros de distancia del campo de batalla. Tales innovaciones en el arte de la estrategia militar habían proporcionado a Sir Theophilus el título de caballero y una barra

admiration of his surviving officers and men, and had added to his reputation for scrupulous honesty and fair play among the tribesmen who, maimed and mutilated, managed to survive the holocaust. During his reign as Governor, Zululand knew a decade of untroubled peace and on his death a generation of Zulu widows came out of mourning.

It was on the reputation of such heroes as Sir Theophilus that Kommandant van Heerden's admiration for the British and their Empire had been formed. Reputation, it seemed to the Kommandant, was all that remained to Sir Theophilus. Certainly his bust had disappeared from its pedestal and lay fragmented over half an acre of otherwise spotless lawn. Beyond the lawn the trunks of the gum trees were gashed and splintered and the azalea bushes looked as though they had been the subject of the concentrated attention of some very large and desperately hungry animal. Branches and leaves lay scattered and torn in a gap some twenty yards across.

For a moment the Kommandant drew fresh hope that Fivepence's sudden death must have been the result not of any human agency but of some natural cataclysm in the order of a freak tornado which had passed without a shadow of a doubt well noticed through Jacaranda Park but unremarked in the rest of Piemburg. This brief spasm of optimism died almost as soon as it was born. It was all too obvious that whatever other gifts Miss Hazelstone had inherited from her illustrious Imperial forebears, Sir Theophilus had left her with a marked propensity for enormous firearms and their use at quite unnecessarily close range.

She sat, a thin, angular, almost frail, elderly lady dressed in dark chiffon with lace to her throat, in a frail, elderly wicker chair complete with an unnecessary antimacassar and cradled in her lap lay a weapon which startled Kommandant van Heerden and even Konstabel Els and which explained all too readily the scene of devastation that lay beyond the contorted figure of Fivepence and the bustless pedestal. It was a four-barrelled rifle, some six feet in length and its bore was of a diameter so large that it suggested one of Sir Theophilus' favourite weapons, the ten-inch naval gun. Kommandant van Heerden's experienced eye told him immediately that this was no standard firearm licensed for self-defence.

"This is the murder weapon," said Miss Hazelstone, evidently reading his thoughts.

más a su DSO, aparte de la admiración de los soldados y oficiales supervivientes, fortaleciendo además su reputación de honradez escrupulosa y juego limpio entre los tribenos que, lisiados y mutilados, lograron sobrevivir al holocausto. Durante su reinado como gobernador, Zululandia conoció una década de paz absoluta y su muerte alivió el luto de toda una generación de viudas zulúes.

Había sido la fama de héroes como Sir Theophilus la que había engendrado aquella admiración del Kommandant van Heerden a los británicos y a su imperio. Su fama, se dijo el Kommandant, lo único que le quedaba a Sir Theophilus. Desde luego, su busto había desaparecido del pedestal y yacía fragmentado por medio acre de césped, por lo demás impecable. Más allá del césped, los troncos de los árboles gomíferos estaban mordidos y astillados y las matas de azaleas parecían haber sido objeto de las atenciones obstinadas de algún animal muy grande y desesperadamente hambriento. Ramas y hojas yacían esparcidas y rotas por un radio de unos veinte metros.

Durante un instante, el Kommandant se sintió esperanzado ante la posibilidad de que la muerte súbita de Cinco Peniques se debiese no a un agente humano sino a algún cataclismo natural como, por ejemplo, un extraño tornado que hubiera pasado sin sombra de duda, de modo manifiesto, por Jacaranda Park, pero que no hubiera afectado siquiera al resto de Piemburgo. Este breve espasmo de optimismo murió casi tan rápido como había nacido. Era demasiado evidente que aparte de otros dones que la señorita Hazelstone pudiera haber heredado de sus ilustres antepasados imperiales, Sir Theophilus le había legado una notable afición a las armas de fuego enormes y a hacer uso de ellas a una distancia innecesariamente corta.

La encontró sentada; una señora de edad, delgada, angulosa, casi frágil, que vestía un traje de chifón oscuro con encaje al cuello, en un sillón frágil y antiguo de mimbre con una funda de protección innecesaria, y en el regazo tenía un arma que dejó sorprendido al Kommandant van Heerden, e incluso al Konstabel Els, y que explicaba con toda claridad la escena de devastación que había tras el cuerpo encogido de Cinco Peniques y el pedestal sin busto. Era un rifle de cuatro cañones, como de uno ochenta de longitud, y con un ánima de un diámetro tan grande que hacía recordar una de las armas favoritas de Sir Theophilus, el cañón naval de diez pulgadas. Los ojos expertos del Kommandant van Heerden percibieron de inmediato que no se trataba de un arma de fuego normal permitida para defensa personal.

—Ésta es el arma homicida —dijo la señorita Hazelstone, leyendo evidentemente sus pen-

She patted the four barrels and van Heerden noted that she was obviously determined to leave no part of the gun free of fingerprints.

⁵ The Kommandant eyed the rifle cautiously. "What is it?" he inquired at last.

"It's a magazine-loaded multi-barrelled elephant gun," Miss Hazelstone replied. "It was designed by my father, the late Judge Hazelstone and made to his own specifications. Its rate of fire is forty bullets a minute and it can incapacitate a charging elephant at a thousand yards."

¹⁵ Van Heerden volunteered the opinion that it seemed unnecessary to kill elephants at a thousand yards. He couldn't bring himself to use the word "incapacitate". It seemed inappropriately modest. Evaporate ²⁰ seemed more likely.

"My father was a lousy shot," Miss Hazelstone continued. "Besides, he was a dreadful coward."

²⁵ "No man who fired that gun could be called a coward," said the Kommandant both gallantly and truthfully. He was beginning to find the interview quite relaxing. Murder had evidently brought a ³⁰ new touch of humanity to Miss Hazelstone. She was treating him with unaccustomed civility. The Kommandant decided that the time had come to resume his defence of Miss Hazelstone's innocence.

³⁵ "That rifle is far too heavy for a woman ... I beg your pardon ... for a lady to use," he said and regretted the remark almost as soon as it was made. It was evident that ⁴⁰ Miss Hazelstone would respond to any challenge. She rose from her chair and aimed the great rifle into the garden.

The Kommandant had discounted any possibility that she might fire the thing. ⁴⁵ Konstabel Els, for once, acted with greater resourcefulness and threw himself to the ground. That the ground he chose was already occupied by a large Dobermann Pinscher and that the dog chose to dispute ⁵⁰ the right of Konstabel Els to lie prone on it and that in any case all South African dogs are trained to bite persons of Negro extraction and that Konstabel Els was of sufficiently mixed blood to justify biting on suspicion, all this was lost to ⁵⁵ Kommandant van Heerden as Miss Hazelstone, aiming now at the ground and now at the sky, pulled the trigger.

⁶⁰ The Kommandant, who was standing some eighteen inches to the right of the four

samientos. Y tras decir esto, dio unas palmaditas al rifle de cuatro cañones y van Heerden se dio cuenta de que estaba claramente decidida a no dejar ni una parte del arma sin huellas dactilares.

El Kommandant miró cautelosamente el rifle. —¿Qué es? —preguntó al fin.

—Es un rifle para cazar elefantes de cuatro cañones con recámara de carga —contestó la señorita Hazelstone—. Lo diseñó mi padre, el difunto juez Hazelstone, y se construyó según sus instrucciones. Tiene un ritmo de fuego de cuarenta proyectiles por minuto y puede inhabilitar a un elefante en pleno ataque a mil metros.

Van Heerden expuso la opinión de que parecía innecesario matar elefantes a mil metros. No fue capaz de utilizar el término «inhabilitar». Parecía de una modestia impropia. Evaporar parecía un término más propio.

—Mi padre era muy mal tirador —continuó la señorita Hazelstone—. Además, era un cobarde espantoso.

—No puede llamarse cobarde a alguien capaz de disparar un arma así —dijo, galante y veraz, el Kommandant. La entrevista empezaba a resultar completamente tranquilizadora. El asesinato había añadido un toque nuevo de humanidad a la señorita Hazelstone. Estaba tratándole con una urbanidad insólita. El Kommandant decidió que había llegado el momento de reanudar su defensa de la inocencia de la señorita Hazelstone.

—Ese rifle es demasiado pesado para una mujer... permíteme usted... para una dama —dijo y lamentó el comentario casi en el instante mismo de hacerlo. Era evidente que la señorita Hazelstone afrontaría cualquier reto. Se levantó de su asiento y apuntó con el gran rifle al jardín.

El Kommandant no había tenido en cuenta siquiera la posibilidad de que ella pudiera disparar aquel chisme. El Konstabel Els actuó, por una vez, con mayor resolución y se arrojó al suelo. El que el sector de suelo que eligió estuviera ya ocupado por un gran doberman pinscher y que el perro decidiera disputar el derecho del Konstabel Els a echarse en él y el que, en realidad, todos los perros de Sudáfrica estén adiestrados para morder a personas de extracción negra y que el Konstabel Els era lo bastante mestizo para justificar la mordedura por sospecha, todo esto se lo perdió el Kommandant van Heerden cuando la señorita Hazelstone, apuntando ya al suelo ya al cielo, apretó el gatillo.

El Kommandant, que estaba de pie a metro y medio a la derecha de los cuatro caño-

sensible se refiere a *cuerto, razonable, acertado* [gusto, idea, plan], *sensato, módico* [precio], *prudente, lógico, consciente, práctico / cómodo* [ropa, calzado], mientras que el español *sensible* traduce **sensitive, feeling, sentient, regrettable, noticeable / marked, sizable, deplorable, tender, sore** [adolorido]. **Sensibility** es *sensibilidad*, en el sentido de *habilidad de sentir, receptividad*, en el mundo personal, y además *precisión*, en el mundo mecánico; el plural *sensibilities* se usa para *susceptibilidad, sentimientos delicados, delicadeza*; a su vez, *sensibilidad* traduce *sensitivity*, como *percepción* por los sentidos, radio, TV, foto.

barrels and almost level with their muzzles and who, but an instant before, had been a rational-thinking human being in full possession of his senses, found himself as it seemed to him, in a vast and rapidly expanding bubble of flame. The **sensible** world of garden, sky, twittering birds, even the screams of Els being savaged by the Dobermann, all disappeared. Kommandant van Heerden knew only the absolute silence at the still heart of an enormous explosion. There was no pain, no anxiety, no thought, only the certain realization, not that the end of the world was at hand, but that it had already been irremediably accomplished. For one brief, illuminating moment Kommandant van Heerden experienced the highest form of mystical understanding, total bodily dissolution. It was some time before he returned to the world of physical sensation and too late for him to hear anything of the thunderclap that volleyed forth from Jacaranda Park in the direction of the Drakensberg Mountains. With the glazed eyes of an awakened sleepwalker and the singed moustache that comes from standing too close to an enormous gun barrel, he looked at the scene around him. It was not one to reassure a man doubtful of his own sanity.

Konstabel Els' contretemps with the Dobermann had been exacerbated, to put it mildly, by the broadside. It was doubtful which of the two animals had been more maddened by the roar of the elephant gun. The dog, which had at first bitten Konstabel Els' ankle to the bone, had transferred its attentions to his groin and once there had developed all the symptoms of **lockjaw**. Els, conservative as ever, and having nothing else to bite on except the Dobermann's backside, was applying his knowledge, gained in several thousand interrogations of Africans, of what he cheerfully called "ball-bashing" but which in the autopsy reports on some of his patients was termed severe contusions to the testicles.

Kommandant van Heerden turned what remained of his attention away from this unpleasant spectacle and tried to look at Miss Hazelstone who lay stunned but satisfied in the wicker chair where the kick of the rifle had thrown her. Through his singed eyelashes the Kommandant could partially see that she was addressing him because her lips were moving but it was some minutes before he recovered his hearing sufficiently to be able to make out what she was saying. Not that he found her remarks at all helpful. It seemed positively gratuitous to repeat, "There you are. I told you I

nes y casi al nivel de sus bocas y que, sólo un instante antes, había sido un ser humano racional en plena posesión de sus sentidos, se halló en lo que le pareció un burbujeo de llamas enormes y en rápida expansión. El mundo **delicado** del jardín, el cielo, los pájaros gorjeantes, incluso los chillidos de Els asediado por el doberman, desaparecieron todos. El Kommandant van Heerden experimentaba sólo ese silencio absoluto que hay en el corazón quieto de una explosión enorme. No había ni dolor ni ansiedad ni pensamiento, sólo la certeza absoluta, no de que estaba próximo el fin del mundo sino de que se había producido ya, irremisiblemente. Durante un instante breve e iluminador el Kommandant van Heerden experimentó la forma más elevada de comprensión mística, la disolución corporal total. Tardó un rato en volver al mundo de la sensación física, y cuando lo hizo ya no podía oír nada del trueno que estalló en Jacaranda Park y se expandió en dirección a los montes Drackensberg. Con los ojos vidriosos del sonámbulo despertado y el bigote chamuscado que resulta de situarse demasiado cerca de un gran cañón, contempló la escena que le rodeaba. No era una escena que pudiera tranquilizar a un hombre que dudaba de su propia cordura.

Los problemas del Konstabel Els con el doberman se habían exacerbado, por decirlo delicadamente, con la andanada. Era dudoso a cuál de los dos animales había enloquecido más el estruendo del rifle. El perro, que había mordido en un principio al Konstabel Els en el tobillo hasta el hueso, había transferido sus atenciones a la entrepierna del dicho Konstabel Els, y una vez allí había manifestado todos los síntomas del **tétano**. Els, conservador como siempre, y no teniendo nada más que morder que el trasero del doberman, estaba aplicando sus conocimientos, obtenidos en los interrogatorios de varios miles de africanos, de lo que él alegremente denominaba «rompehuevos», pero que en los informes de las autopsias de algunos de sus pacientes se denominaba contusiones graves en los testículos.

El Kommandant van Heerden apartó la poca capacidad de atención que le quedaba de este desagradable espectáculo e intentó observar a la señorita Hazelstone, que estaba conmocionada pero satisfecha en el sillón de mimbre al que la había arrojado el retroceso del rifle. A través de las pestañas chamuscadas, el Kommandant podía ver parcialmente que la señorita Hazelstone se dirigía a él, porque movía los labios, pero tardó unos minutos en recuperar la audición lo suficiente para poder captar lo que estaba diciendo. No era que los comentarios de la señorita Hazelstone le ayudasen precisamente. Parecía gratuito, sin duda, repetir: «Ahí tiene usted. Ya le dije que podía

trismo contracción tetánica de los músculos maseteros, que produce la imposibilidad de abrir la boca.

lockjaw (not in technical use) = trismus *n. Med.* a variety of tetanus with tonic spasm of the jaw muscles causing the mouth to remain tightly closed.

bash 1 *tr.* a strike bluntly or heavily. **b** (often foll. by *up*) *colloq.* attack violently. **c** (often foll. by *down, in, etc.*) damage or break by striking forcibly. 2 *intr.* (foll. by *into*) collide with.

— *n.* 1 a heavy blow. 2 *sl.* an attempt (*had a bash at painting*). 3 *sl.* a party or social event.

bashing 1. Hitting someone or something hard. 2. Giving someone a going over, beating them up. 3. Criticising or insulting, in a derogatory manner, something which you don't like. Usually refers to different cultures or countries.

could fire the gun," and the Kommandant began to wonder if he had not been a trifle unjust to Luitenant Verkramp. Miss Hazelstone was after all a woman who would stick at nothing.

Her second firing had destroyed what remained of the pedestal on which Sir Theophilus' bust had stood and, being aimed at ground level, had almost obliterated all traces of Fivepence's recently obeisant corpse. Almost but not entirely, for the fragmentary and dispersed remains of Sir Theophilus' bust had been joined on their widely separated patches of lawn by the no less fragmentary and dispersed remains of the late Zulu cook, while patches of black skin had attached themselves limpet-like to the **blasted** trunks of the gum trees that fringed the once-immaculate lawn. Kommandant van Heerden couldn't bring himself to focus on the round black object that kept trying to draw attention to itself by swinging wistfully from a branch in the upper reaches of an otherwise attractive blue gum. Down the centre of the lawn the elephant gun had cut a straight trench some eight inches in depth and fifteen yards long from whose serrated edges arose what the Kommandant despairingly hoped was steam.

Feeling that the afternoon's work and his recent transcendental experience had released him from the standards of politeness he had previously maintained in Miss Hazelstone's company, the Kommandant sat down uninvited in a chair well outside any likely arc of fire from the terrible elephant gun, and watched Konstabel Els' gladiatorial conflict with the Doberman with the air of a connoisseur.

On the whole he thought they were pretty well matched both in physique and in intellectual grasp of the situation. Certainly Els suffered the disadvantage of a smaller jaw and fewer teeth, but what he lacked in biting power he made up for in concentration and experience in castration. The Kommandant did think, momentarily, of intervening but Miss Hazelstone had already acted with that decisiveness he had always found so admirable in persons of her class. She sent the Indian butler into the house and a moment later he returned with a bottle of ammonia and a large wad of cotton wool.

"The best way of separating dogs," she shouted above the growls and groans, "is to hold a pad of cotton wool soaked with ammonia over their muzzles. They gasp for air and you pull 'em apart,"

disparar el rifle», y el Kommandant empezó a preguntarse si no habría sido un poquito injusto con el Luitenant Verkramp. La señorita Hazelstone era, desde luego, una mujer que no se detenía ante nada.

La segunda andanada había destruido los restos del pedestal que había sustentado el busto de Sir Theophilus y, al ir dirigida la descarga hacia el suelo, había borrado casi todo rastro del recientemente reverente cadáver de Cinco Peniques. Casi pero no del todo, pues a los restos fragmentarios y dispersos del busto de Sir Theophilus se les habían unido, en toda la extensión que ocupaban, los restos no menos fragmentarios y dispersos del difunto cocinero zulú, mientras trozos de piel negra se habían adosado como lapas a los **agostados** troncos de los árboles gomíferos que bordeaban aquel césped antes immaculado. El Kommandant van Heerden no lograba fijar los ojos en aquel objeto negro y redondo que intentaba atraer la atención hacia sí columpiándose en una rama de la parte más alta de un eucalipto, bello por lo demás. Por el centro del césped, el rifle había formado una trinchera recta de unos veinte centímetros de profundidad y unos quince metros de longitud, de cuyos bordes aserrados brotaba lo que el Kommandant albergaba desesperadamente la esperanza que fuera vapor.

Considerando que el trabajo de la tarde y su reciente experiencia trascendental le habían liberado de las normas de corrección a que se había atenido siempre en presencia de la señorita Hazelstone, el Kommandant se sentó sin que le invitaran a hacerlo en una silla bien separada de cualquier posible trayectoria de fuego de aquel rifle terrible, y pasó a observar con aire de especialista el conflicto gladiadoresco del Konstabel Els con el doberman.

En conjunto, pensaba que estaban bastante igualados en el dominio físico e intelectual de la situación. Ciertamente Els sufría la desventaja de una mandíbula más pequeña y de menos dientes, pero lo que le faltaba en capacidad mordedora lo compensaba en concentración y en experiencia castradora. El Kommandant pensó por un momento en intervenir, pero la señorita Hazelstone había actuado ya con esa resolución de las personas de su clase, que al Kommandant siempre le había parecido admirable. Envió al mayordomo indio a la casa, y al cabo de un momento el mayordomo regresó con una botella de amoníaco y un paquete grande de algodón.

—La mejor forma de separar perros —gritó la señorita Hazelstone por encima de gruñidos y lamentos— es ponerles en el hocico un algodón empapado en amoníaco. Se ahogan y abren la boca y entonces puedes separarlos.

blast

- 1 explosión
- 2 onda expansiva: the blast could be felt for miles, la explosión se sintió en varias millas a la redonda
- 3 (*de viento*) ráfaga
- 4 (*de bocina, trompeta*) toque
- 5 at full blast, a todo volumen
- II verbo transitivo
- 1 (*hacer saltar, barrer, arrasar*) volar: they blasted open the door, volaron la puerta
- 2 arremeter contra, arrasar
- III excl blast (it)!, ¡maldita sea!

and so saying she clamped the wad over Konstabel Els' already purple face. The Kommandant wondered at her choice of Els as the first to be forced to release his grip, but he put it down to the English love of animals and, to be fair to Miss Hazelstone, he knew her to be particularly fond of the Dobermann.

It was immediately apparent that the method was remarkably efficacious. With a muffled scream and all the symptoms of imminent asphyxia, Els released his grip on the dog's reproductive organs and was assisted in discontinuing the struggle by the Indian butler who, hanging on to his ankles, attempted to drag the Konstabel away.

Unfortunately for Els the Dobermann was less intimidated by the threat of death by suffocation, or else it had developed an immunity to ammonia and it took several minutes to persuade the beast not to pursue the advantage it naturally assumed it had won by the intervention of its mistress. It may well have thought that Miss Hazelstone had joined it on the ground because Konstabel Els had transferred his quite appalling mandible attentions to her, which would at least have been more natural although, considering her age and lack of physical charm, not altogether understandable. Whatever the reasons for the Dobermann's continuing attachment to Els' groin, the interval allowed the Kommandant to concentrate his attention, interrupted only by the agonized screams of his assistant, on the case he had been forced to investigate.

By the time peace and tranquillity had once more been restored to Jacaranda House and Miss Hazelstone had sent Oogly, the Indian butler, to serve tea in the drawing-room, Kommandant van Heerden had sufficiently recovered his faculties to begin the investigation of the case. But first he ordered Konstabel Els to retrieve the remains of Fivepence from the lawn and from what was clearly an unscalable blue gum, an order which the Konstabel tended to dispute on the grounds that he was in need of immediate and prolonged hospital treatment for multiple and severe dog bite, not to mention battle fatigue and shell **shock**.

In the end the Kommandant was able to resume his interrogation of Miss Hazelstone to the accompaniment of an old-fashioned tea with smoked-salmon sandwiches and cream scones and the almost equally enjoyable observation of Konstabel Els suffering severe vertigo some forty feet up the blue gum.

Y tras decir esto, plantó el algodón en la cara ya púrpura del Konstabel Els. El Kommandant se preguntó por qué habría elegido a Els primero para que soltara su presa, pero lo atribuyó al amor de los ingleses a los animales, y, para ser justo con la señorita Hazelstone, sabía que ésta le tenía un cariño especial al doberman.

Se puso de manifiesto en seguida que el método era de una eficacia notable. Con un grito ahogado y todos los síntomas de la asfixia inminente, Els soltó su presa en los órganos reproductores del perro y fue ayudado a abandonar la lucha por el mayordomo indio que, asiendo al Konstabel por los tobillos, tiró de él con firmeza para apartarle del perro.

Por desgracia para él, al doberman le intimidaba menos, al parecer, la amenaza de muerte por asfixia, o bien se había hecho inmune al amoníaco, e hicieron falta varios minutos para persuadirle de que no se aprovechara de la ventaja que el animal suponía razonablemente que había ganado por intervención de su ama. Quizá pensase que la señorita Hazelstone se había unido a él en la lucha porque el Konstabel Els hubiese transferido a ella sus sobrecogedoras atenciones mandibulares, lo cual habría sido más natural al menos aunque no del todo comprensible, considerando su edad y su falta de atractivo físico. Fuera cuales fuesen las razones para que el doberman mantuviese con aquella tenacidad su presa en la entrepierna de Els, el intervalo permitió al Kommandant concentrar su atención, interrumpida sólo por los gritos agónicos de su ayudante, en el caso que se había visto obligado a investigar.

Restauradas de nuevo la paz y la tranquilidad en el jardín y después que la señorita Hazelstone mandase a Oogly, el mayordomo indio, servir el té en el salón, el Kommandant van Heerden había recuperado suficientemente sus facultades como para iniciar la investigación del caso. Pero primero ordenó al Konstabel Els que recuperase los restos de Cinco Peniques que estaban esparcidos por el césped y por lo que era un eucalipto claramente inescalable, orden que el Konstabel se mostró inclinado a discutir so pretexto de que necesitaba tratamiento hospitalario inmediato y prolongado a causa de múltiples y graves mordeduras de perro, además de fatiga de combate y **conmoción**.

Por fin el Kommandant logró reanudar su interrogatorio de la señorita Hazelstone con el acompañamiento de un té a la antigua con emparedados de salmón ahumado y bollos de crema y la contemplación casi igual de placentera del Konstabel Els padeciendo vértigo grave a unos doce metros de altura, encastrado en el eucalipto.

- “Now about this cook,” the Kommandant began. “Can I take it that you were dissatisfied with his cooking?”
- 5 “Fivepence was an excellent cook,” Miss Hazelstone declared emphatically.
- “I see,” said the Kommandant, though
10 he didn’t, either literally or metaphorically. He had been having difficulty with his vision ever since he had been enveloped in that ball of flame. It sort of came and went and his hearing was behaving erratically
15 too.
- “Fivepence was a culinary expert,” Miss Hazelstone went on.
- 20 “Was he indeed?” The Kommandant’s hopes were raised. “And when did he do this?”
- “Every day of course.”
- 25 “And when did you first discover what he was up to?”
- “Almost from the word ‘Go’.”
- 30 The Kommandant was amazed. “And you allowed him to go on?”
- “Of course I did. You don’t think I was going to stop him, do you?” Miss
35 Hazelstone snapped.
- “But your duty as a citizen—”
- “My duty as a citizen fiddlesticks. Why
40 in the name of heaven should my duty as a citizen oblige me to sack an excellent cook?”
- The Kommandant groped in the recesses of his shell-**shocked** mind for a
45 suitable answer.
- “Well, you seem to have shot him for it,” he said at last.
- 50 “I did nothing of the sort,” Miss Hazelstone snorted. “Fivepence’s death was a crime passionelle.”
- Kommandant van Heerden tried to
55 imagine what a Cream Passion Nell looked like. Fivepence’s death had looked more like an exploded blood pudding to him and as for the portions that Konstabel Els was still attempting to dislodge from the blue gum, even a dog butcher would have been
60 hard put to it to think of an adequate
- En cuanto al cocinero —comenzó el Kommandant—, ¿he de interpretar que estaba usted descontenta con su forma de cocinar?
- Cinco Peniques era un cocinero excelente —declaró enfáticamente la señorita Hazelstone.
- Ya veo —dijo el Kommandant, aunque no veía, ni literal ni metafóricamente. Llevaba teniendo dificultades con la visión desde que le había envuelto aquella bola de fuego. Se le iba y se le venía la vista y también el oído se comportaba de modo caprichoso.
- Cinco Peniques era un verdadero especialista culinario —continuó la señorita Hazelstone.
- ¿De veras? —las esperanzas del Kommandant aumentaron—. ¿Y cuándo hacía eso?
- Todos los días, por supuesto.
- ¿Y cuándo descubrió usted por primera vez lo que se proponía?
- Casi desde el primer momento.
- ¿Y le permitió usted seguir? —preguntó asombrado el Kommandant.
- Por supuesto que sí. No pensaré que iba a impedirselo, ¿no? —masculló la señorita Hazelstone.
- Pero su deber como ciudadana...
- Pamplinas mi deber como ciudadana. ¿Por qué demonios había de obligarme mi deber como ciudadana a despedir a un excelente cocinero?
- El Kommandant hurgó entre los recodos de su mente **conmocionada** por la explosión, buscando una respuesta aceptable.
- Bueno, al parecer, le ha disparado usted por eso —dijo al fin.
- Yo no hice nada de eso —masculló la señorita Hazelstone—. La muerte de Cinco Peniques fue un *crime passionel*.
- El Kommandant van Heerden intentó imaginar lo que podía ser un Creme Pasión Nell. La muerte de Cinco Peniques se parecía más, en su opinión, a la explosión de una morcilla. Y en cuanto a las porciones que el Konstabel Els intentaba desprender aún del eucalipto, hasta a un carnicero de perros le habría resultado difícil dar con una descrip-

description for them.

“A Cream Passion Nell,” he repeated slowly, hoping that Miss Hazelstone would come to his rescue with a more familiar term. She did.

“A crime of passion, you fool,” she snarled.

Kommandant van Heerden nodded. He had never supposed it to have been anything else. Nobody in his right mind would have inflicted those appalling injuries on Fivepence in cold blood and without some degree of feeling being involved.

“Oh I can see that,” he said.

But Miss Hazelstone had no intention of allowing him to remain under this comforting misapprehension. “I want you to understand that my feelings for Fivepence were not those which normally obtain between mistress and servant,” she said.

Kommandant van Heerden had already reached that conclusion off his own bat. He nodded encouragingly. Miss Hazelstone's old-fashioned and formal way of expressing her thoughts delighted him. Her next remark had quite the opposite effect.

“What I am trying to tell you,” she continued, “is that I was in love with him.”

It took some time for the full implications of this statement to sink into the Kommandant's overloaded mind. By comparison his experience of bodily dissolution at the muzzle of the elephant gun had been a mere sighing of the breeze in distant meadow grass. This was a bombshell. Speechless with horror he gazed unfocused in Miss Hazelstone's direction. He knew now what the face of madness looked like. It looked like a frail elderly gentlewoman of illustrious and impeccable British descent sitting in a winged-back armchair holding in her delicate hands a china teacup on which in gilt transfer the crest of the Hazelstones, a wild boar **rampant**, was underlined by the family motto “Baisez-moi”, and openly confessing to an Afrikaans policeman that she was in love with her black cook.

Miss Hazelstone ignored the Kommandant's stunned silence. She evidently took it for a mark of respect for the delicacy of her feelings.

ción adecuada de ellos.

—Un Creme Pasión Nell —repitió lentamente, con la esperanza de que la señorita Hazelstone acudiera en su ayuda con un término más familiar. Lo hizo.

—Un asesinato pasional, imbécil —masculló.

El Kommandant van Heerden cabeceó. No había supuesto en ningún momento que pudiera haber sido otra cosa. Nadie en su sano juicio habría infligido aquellas heridas sobrecogedoras a Cinco Peniques a sangre fría y sin que mediasen sentimientos de algún género.

—Oh, comprendo, comprendo —dijo.

Pero la señorita Hazelstone no tenía intención alguna de permitirle mantenerse al abrigo de aquel cómodo malentendido.

—Quiero que entienda usted que mis sentimientos hacia Cinco Peniques no eran los que suelen prevalecer entre señora y criado —dijo.

El Kommandant van Heerden había llegado ya a esa conclusión por su cuenta. Cabeceó alentadoramente. Aquel modo anticuado y formal que tenía la señorita Hazelstone de expresar sus pensamientos, le encantaba. La declaración siguiente de la señorita Hazelstone tuvo el efecto absolutamente contrario.

—Lo que pretendo explicarle —continuó—, es que yo estaba enamorada de él.

La mente agobiada del Kommandant tardó cierto tiempo en asimilar todas las implicaciones de aquella revelación. Por comparación, su experiencia de disolución corporal ante la boca del rifle de cazar elefantes, había sido un mero suspirillo del viento en la yerba en un prado lejano. Esto era un obús. Mudo de horror miró sin poder centrar la vista en la dirección de la señorita Hazelstone. Ahora ya sabía cómo era el rostro de la locura. Era una dama frágil y anciana de ilustre e impecable ascendencia británica sentada en una butaca de mimbre de alto respaldo sosteniendo en sus manos delicadas una tacita de porcelana en la que, en calcomanía dorada, la enseña de los Hazelstone, un jabalí rampante, quedaba orillada por el lema de la familia «Baisez—moi», y confesando abiertamente a un policía afrikaaner que estaba enamorada de su cocinero negro.

La señorita Hazelstone ignoró el perplejo silencio del Kommandant. Lo consideraba, evidentemente, un signo de respeto por la delicadeza de sus sentimientos.

rampant *adj.* 1 (*personas*) furioso, desenfrenado, agresivo 2 (*crecimiento*) desenfrenado, exhuberante, lozano 3 (*crimen, enfermedad*) to be rampant, proliferar 4 (*inflación*) galopante 5 (*heráldica*) rampante

rampant *adj.* 1 (placed after noun) *Heraldry* (of an animal) standing on its left hind foot with its forepaws in the air (*lion rampant*). 2 unchecked, flourishing excessively, desenfrando (*rampant violence*). 3 violent or extravagant in action or opinion (*rampant theorists*). 4 rank, luxuriant.

rampant 1. violent in action or spirit; raging; furious: a rampant leopard. 2. growing luxuriantly, as weeds. 3. in full sway; prevailing or unchecked: a rampant rumor. 4. (of an animal) standing on the hind legs; ramping. 5. Heraldry. (of a beast used as a charge) represented in profile facing the dexter side, with the body upraised and resting on the left hind leg, the tail and other legs elevated, the right foreleg highest, and the head in profile unless otherwise specified: a lion rampant. 6. Architecture. (of an arch or vault) springing at one side from one level of support and resting at the other on a higher level.

rampante 1. *adj.* Se dice del león o de otro animal cuando está en el campo del escudo de armas con la mano abierta y las garras tendidas en ademán de agarrar o asir. 2. *adj.* Ganchudo, como las uñas del león **rampante**. 3. *adj.* Trepador, ambicioso sin escrúpulos. 4. *adj.* Ascendente, creciente. 5. *adj. Arq.* Dicho de una bóveda: En rampa, con las impostas oblicuas o a distinto nivel.

“Fivepence and I were lovers,” she went on. “We loved one another with a deep and undying devotion.”

5 Kommandant van Heerden’s mind reeled. It was bad enough having to try, however hopelessly, to comprehend what, in God’s name, Miss Hazelstone could have found in any way attractive in a black cook, let alone trying to
10 imagine how a black cook could be in love with Miss Hazelstone, but when to crown it all, she used the expression “undying devotion” while what was left of Fivepence was splattered over an acre
15 of lawn and shrubbery or hung sixty feet up a blue gum tree as a direct result of his lover’s passion for him, then Kommandant van Heerden knew that his mind was seriously in danger of utter
20 derangement.

“Go on,” he gasped involuntarily. He had intended to say, “For God’s sake shut up,” but his professional training got the better of him.

25 Miss Hazelstone seemed happy to continue.

30 “We became lovers eight years ago and from the first we were delightfully happy. Fivepence understood my emotional needs. Of course we couldn’t marry, because of the absurd Immorality Act.” She paused and held up a hand as if to silence the Kommandant’s **shocked** protest. “So we had to live in sin.” Kommandant van Heerden was past shock. He goggled at her. “But if we weren’t married,” Miss
35 Hazelstone continued, “we were happy. I must admit we didn’t have much of a social life, but then by the time you reach my age, a quiet life at home is all one really wants, don’t you think?”

40 Kommandant van Heerden didn’t think. He was doing his best not to listen. He rose unsteadily from his chair and closed the french doors that led out on to the stoep. What this ghastly old woman was telling him must on no account reach the ears of Konstabel Els. He was relieved to note that the redoubtable Konstabel had finally made it to the top of the tree, where he seemed to
45 be stuck.

50 While Miss Hazelstone mumbled on with her catalogue of Fivepence’s virtues, the Kommandant paced the room, frenziedly searching his mind for some
60 means of hushing the case up. Miss

—Cinco Peniques y yo éramos amantes — continuó—. Nos amábamos con una lealtad profunda e imperecedera.

Al Kommandant van Heerden le daba vueltas la cabeza. Ya era bastante tremendo tener que intentar comprender, aunque sin esperanza, qué demonios podría haber hallado la señorita Hazelstone en un cocinero negro que pudiera resultar atractivo de algún modo, no digamos ya intentar imaginar cómo un cocinero negro podía estar enamorado de la señorita Hazelstone; pero cuando, para coronarlo todo, ésta utilizó la expresión «lealtad imperecedera», cuando lo que quedaba de Cinco Peniques se hallaba esparcido por un acre de césped y fronda, o colgaba a doce metros de altura de un eucalipto como resultado directo del amor apasionado de su amante, entonces el Kommandant van Heerden se dio cuenta de que su razón corría grave peligro de desintegración total.

—Continúe —balbució involuntariamente. Su propósito era decir «Cállese, por amor de Dios», pero su adiestramiento profesional le hizo contenerse.

La señorita Hazelstone parecía feliz de poder continuar.

—Nos hicimos amantes hace ocho años y fuimos muy felices desde el principio. Cinco Peniques comprendía mis necesidades sentimentales. Por supuesto, no podíamos casarnos, debido a esa absurda Ley de Inmoralidad.

La señorita Hazelstone hizo una pausa y alzó una mano como para silenciar la protesta del **escandalizado** Kommandant.

—Así que teníamos que vivir en pecado.

El Kommandant van Heerden estaba ya más allá de la conmoción. La miraba con ojos desorbitados.

—Pero aunque no estuviéramos casados —continuó la señorita Hazelstone—, éramos felices. He de admitir que no hacíamos mucha vida social, pero cuando se llega a mi edad, lo único que una quiere es hacer vida tranquila en casa, ¿no piensa usted igual?

El Kommandant van Heerden no pensaba. Hacía todo lo posible por no escuchar. Se levantó torpemente de su asiento y cerró las puertaventanas que conducían al *stoep*. Lo que aquella vieja espantosa estaba diciéndole no debía llegar de ninguna manera a oídos del Konstabel Els. Percibió con alivio que el temible Konstabel había logrado al fin llegar a la cima del árbol, donde parecía estar inmovilizado.

Mientras la señorita Hazelstone seguía mascullando su catálogo de las virtudes de Cinco Peniques, el Kommandant paseaba por la estancia, intentado frenéticamente dar con un medio de echar tierra al asunto. La señori-

shock¹ VT 1 (= *startle*) sobresaltar, asustar 2 (= *affect emotionally*) (= *upset*) conmover, chocar; (= *offend*) escandalizar; **easily shocked** que se escandaliza por nada; **shocked corn** a stack or bundle of bound or unbound corn piled upright for curing or drying

^c CPD ã **shock absorber** N (Aut) amortiguador *m* ã **shock jock*** N *presentador(a) polémico/a de coloquios radiofónicos abiertos al público* ã **shock tactics** NPL (*fig*) provocación *f* ã **shock therapy, shock treatment** N (*Med*) (*also electric shock treatment*) tratamiento *m* por electrochoque ã **shock troops** NPL guardias *mpl* de asalto ã **shock wave** N onda *f* de choque

shock 1 (*emotional*) conmoción *f*, golpe *m*, impresión *f*; (= *start*) susto *m*; **the shock killed him** la impresión le mató; **to come as a shock** resultar sorprendente *or* asombroso, causar estupefacción; **to get a shock** llevarse *or* pegarse un susto 2 (= *impact*) sacudida *f*; (= *shake-up*) choque *m*, sacudida *f*; **shock resistant** antichoque; **it was a shock to the establishment** sacudió el sistema, fue un serio golpe para el sistema 3 (*Elec*) descarga *f*; **she got a shock from the refrigerator** la nevera le dio una descarga *or* un calambre 4 (*Med*) shock *m*, postración *f* nerviosa; **to be suffering from shock** G **be in (a state of) shock** estar en estado de shock, padecer una postración nerviosa

Hazelstone and Jacaranda House were practically national institutions. Her column on refined living and etiquette appeared in every newspaper in the country, not to mention her frequent articles in the glossier women's journals. If the doyenne of English society in Zululand were known to have murdered her black cook, or if falling in love with black cooks was to come into the category of refined living and the fashion spread, as well it might, South Africa would go coloured in a year. And what about the effect on the Zulus themselves when they learnt that one of their number had been having it off with the granddaughter of the Great Governor, Sir Theophilus Hazelstone, in Sir Theophilus' own kraal, Jacaranda Park, freely, practically legally, and at her insistence? Kommandant van Heerden's imagination swept on from wholesale rape by thousands of Zulu cooks, to native rebellion and finally race war. Luitenant Verkramp had been right in his reports to Pretoria after all. He had shown astonishing perspicacity. Miss Hazelstone and her Zulu bloody cook were indeed capable of ending three hundred years of White Supremacy in Southern Africa. Worse still he, Kommandant van Heerden, would be held responsible.

At last, after gazing long and prayerfully into the face of a moth-eaten hyena which, in his **distracted** state of mind, he assumed to be a portrait of Sir Theophilus in his younger days, the Kommandant mustered his last remaining faculties and turned back to his tormentor. He would make one last attempt to make the old bitch see her duty as a lady and a white woman and deny that she had ever entertained anything more lethal or passionate than mildly critical thoughts towards her Zulu cook.

Miss Hazelstone had completed her catalogue of Fivepence's virtues as a sentimental and spiritual companion. She had begun to describe the cook's attributes as a physical and sensual lover, a sharer of her bed and satisfier of her sexual appetites which were, the Kommandant was to discover to his disgust, prodigious and, in his view, perverse to the point of enormity.

"Of course, we did have our little difficulties to begin with," she was saying. "There were little incompatibilities in our attitudes, not to mention our physical attributes. A man of your experience, Kommandant, will

ta Hazelstone y Jacaranda Park eran casi como instituciones nacionales. La columna que escribía la señorita Hazelstone sobre vida refinada y normas de etiqueta aparecía en todos los periódicos del país, por no hablar ya de sus frecuentes artículos en las publicaciones femeninas más famosas. Si se sabía que la decana de la sociedad inglesa de Zululandia había asesinado a su cocinero negro, o si enamorarse de cocineros negros pasaba a figurar en la categoría del vivir refinado y se extendía la moda, como muy bien podría ser, Sudáfrica sería mestiza en un año. ¿Y qué decir del efecto sobre los propios zulúes cuando se enterasen de que uno de los suyos había estado haciéndolo con la nieta del Gran Gobernador, Sir Theophilus Hazelstone, en el propio *craal* de Sir Theophilus, en Jacaranda Park, libremente, casi legalmente, y a instancias de la dama? El Kommandant van Heerden pensó de pronto en una violación generalizada por parte de miles de cocineros zulúes, de ahí paso a pensar en la rebelión de los nativos y, por último, en la guerra racial. El Luitenant Verkramp en realidad había tenido razón en los informes que había enviado a Pretoria. Había mostrado una perspicacia verdaderamente asombrosa. La señorita Hazelstone y su maldito cocinero zulú eran capaces, sin duda, de poner fin a trescientos años de Supremacía Blanca en Sudáfrica. Y lo peor de todo era que le considerarían a él, al Kommandant van Heerden, el responsable del desastre.

Por fin, tras contemplar prolongada y devotamente la cara de una hiena apolillada que, en su estado **distraído y absorto**, tomó por un retrato de Sir Theophilus en sus años mozos, el Kommandant agrupó las últimas facultades que le quedaban y volvió a centrar la atención en su torturadora. Haría una última tentativa para lograr que aquella vieja zorra comprendiese cuál era su deber como dama y como mujer blanca y negase haber albergado jamás hacia su cocinero zulú algo más mortífero o apasionado que pensamientos suavemente críticos.

La señorita Hazelstone había concluido su catálogo de virtudes de Cinco Peniques como compañero espiritual y sentimental. Había empezado a describir los atributos del cocinero como amante físico y sensual, como compañero de lecho y como la persona que satisfacía sus apetitos sexuales que, como el Kommandant iba descubriendo para su disgusto, eran prodigiosos y, según su punto de vista, perversos hasta el punto de la enormidad.

—Por supuesto, tuvimos nuestros problemillas al principio —decía la señorita Hazelstone—. Existían pequeñas incompatibilidades en nuestras actitudes y también, claro, debido a nuestros diferentes atributos físicos. Un hombre de la experiencia de usted, Kommandant,

distracted 1 : mentally confused, troubled, or remote
2 : maddened or deranged especially by grief or anxiety
1 confuso, perplejo, aturdido, 2 desconsuelo [distress], turbado,

naturally know what I mean.”

The Kommandant, whose experience of sex was limited to an annual visit to a brothel in Lourenço Marques on his summer holiday, but whose experience of Zulus was fairly extensive, thought that he knew what she meant and hoped to hell that he didn't.

“To begin with Fivepence suffered from ejaculatio praecox,” Miss Hazelstone continued clinically. For a brief, all too short moment the Kommandant's lack of Latin and his limited knowledge of medicine spared him the full implications of this remark. Miss Hazelstone hastened to explain.

“He used to have emissions prematurely,” she said, and when the Kommandant ventured to suggest incomprehendingly that, in his humble opinion, Fivepence could not have gone to mission prematurely enough considering his filthy habits in later life, Miss Hazelstone stooped to the level of the stable and explained in language the Kommandant was forced, however unwillingly, to recognize as all too intelligible.

“He used to ejaculate almost as soon as I touched him,” she continued remorselessly, and mistaking the Kommandant's look of **abject** horror for an indication that he still didn't grasp her meaning, she administered the coup de grâce to his dumbfounded sensibilities.

“He used to come before he could get his prick into me,” she said, and as she said it, the Kommandant seemed to be aware, as in some ghastly nightmare, that the corners of Miss Hazelstone's mouth turned upwards in a slight smile of happy remembrance.

He knew now that Miss Hazelstone was clean out of her mind. He was about to say that she had blown her top, but the phrase, being all too reminiscent of Fivepence's disgusting propensity, not to mention his ultimate fate, was throttled on the threshold of his consciousness.

“In the end we got over the problem,” Miss Hazelstone went on. “First of all I got him to wear three contraceptives, one on top of the other, to desensitize his glans penis and that was quite satisfactory from my point of view though it tended to restrict his circulation a teeny bit and he did

sabría, naturalmente, a qué me refiero.

El Kommandant, cuya experiencia sexual se limitaba a una visita anual a un burdel de Lourenco Marques en las vacaciones de verano, pero cuya experiencia con los zulúes era bastante amplia, pensó que sabía lo que quería decir ella aunque hubiera preferido no saberlo.

—En primer lugar, Cinco Peniques padecía *ejaculatio praecox* —prosiguió clínicamente la señorita Hazelstone.

Durante un instante, demasiado breve, la falta de conocimientos de latín del Kommandant y su limitada cultura médica le ahorraron todas las implicaciones de este comentario. Pero la señorita Hazelstone se apresuró a explicarlo.

—Padecía de emisiones prematuras —dijo, y cuando el Kommandant se aventuró a sugerir, sin entender, que, en su humilde opinión, Cinco Peniques no debería haber ido tan prematuramente a la misión, considerando sus detestables hábitos en su vida posterior, la señorita Hazelstone bajó de nivel y explicó lo que quería decir en un lenguaje que el Kommandant, pese a su resistencia, estaba obligado a reconocer como demasiado inteligible.

—Eyaculaba casi en cuanto le tocaba —continuó la señorita Hazelstone lánguidamente y, malinterpretando la expresión de espanto **abyecto** del Kommandant y considerándola indicio de que aún no había entendido lo que quería decirle, administró el golpe de gracia a su sensibilidad embotada.

—Se corría antes de poder llegar a metérmela —dijo. Y cuando lo dijo, el Kommandant creyó percibir, como en una horrible pesadilla, que las comisuras de los labios de la señorita Hazelstone se alzaban en una leve sonrisa de evocación feliz.

El Kommandant van Heerden comprendió entonces que la señorita Hazelstone había perdido el juicio. Estaba a punto de decir que se le había ido el juicio, pero la frase, al recordar con demasiada claridad la repugnante tendencia de Cinco Peniques, por no mencionar su destino final, quedó ahogada en el umbral de la conciencia.

—Al final conseguimos resolver el problema —continuó la señorita Hazelstone—. En primer lugar, le hice ponerse tres preservativos, uno encima del otro, para insensibilizar el *glans penis* y resultaba muy satisfactorio desde mi punto de vista, aunque tendía a dificultarle un poco la circulación a él y se quejaba de que no podía sentir gran cosa. Al cabo de una hora, le permitía qui-

abject 1 miserable, wretched. 2 degraded, self-abasing, humble. 3 despicable.
1 (*estado*) muy miserable, lamentable; 2 (*co-bardía, disculpa, etc*) abyecto

complain that he couldn't feel very much. After an hour I would get him to take one off and that helped him a bit and finally he would take the second
 5 off and we would have a simultaneous orgasm." She paused and wagged a finger mischievously at the stupefied Kommandant who was desperately trying to raise enough energy to call a halt to these appalling disclosures. "But
 10 that wasn't the end of it," she went on. "I want you to know that I finally arrived at an even better solution to dear Fivepence's little trouble. I was having my six-monthly check-up at the
 15 dentist and Dr Levy gave me an injection of local anaesthetic to deaden the pain." She hesitated as if ashamed to confess to a weakness. "Of course in the old days we never bothered with such nonsense. A little pain never hurt
 20 anyone. But Dr Levy insisted and afterwards I was so glad I had had it. You see I suddenly realized how I could stop Fivepence being overcome by the intensity of his feelings for me." She
 25 paused. There was indeed no need for her to continue.

Kommandant van Heerden's lightning intellect had raced ahead and had grasped the point quite firmly. Besides he was
 30 beginning to understand, though only fitfully, the train of thought that Miss Hazelstone was bound to follow.

At this moment he visualized the scene
 35 in court which would follow the disclosure that Miss Hazelstone had made it a habit to inject her black cook's penis with a hypodermic syringe filled with novocaine before allowing him to have sexual
 40 intercourse with her. He visualized it and vowed that it would never happen, even if it meant he had to kill her to prevent it.

Despairingly his gaze wandered round the assembly of long-dead
 45 Hazelstones adorning the walls of the drawing-room and he hoped they appreciated the sacrifices he was prepared to make to save their family name from the shame that Miss
 50 Hazelstone seemed hell-bent on bestowing on it. The bit about the novocaine injections was an innovation in sexual techniques of such a bizarre nature that it wouldn't just hit the national headlines. The newspapers of the world
 55 would splash that **titbit** in foot-high letters across their front pages. He couldn't begin to think how they would actually word it, but he had every confidence in their editors' abilities to
 60 make it sensational. He tried to imagine

tarse uno, y eso le aliviaba un poquito. Por último, le quitaba el segundo, y teníamos un orgasmo simultáneo.

La señorita Hazelstone hizo una pausa y blandió malévolamente un dedo hacia el estupefacto Kommandant, que intentaba desesperadamente reunir energías suficientes para interrumpir aquellas revelaciones sobrecogedoras.

—Pero ése no fue el final del asunto —continuó la señorita Hazelstone—. Quiero que sepa usted que llegué al final a una solución aún mejor para solventar este problemilla de Cinco Peniques. Fui al dentista a hacerme la revisión que me hago cada seis meses y el doctor Levy me puso una inyección de anestesia local para amortiguar el dolor.

La señorita Hazelstone vaciló como si se avergonzara de confesar una debilidad.

—En fin, en mis tiempos no nos preocupábamos tanto por esas cosas. Un poco de dolor no le importaba a nadie. Pero el doctor Levy insistió y después me alegré de habérmela puesto. En fin, comprendí de pronto cómo podía impedir que a Cinco Peniques le desbordase la intensidad de sus sentimientos hacia mí.

La señorita Hazelstone hizo una pausa. No había ninguna necesidad, en rigor, de que continuara.

El intelecto iluminado, del Kommandant van Heerden se había lanzado a la carrera y se había asido con toda firmeza a la cuestión. Además, empezaba a comprender, aunque sólo intermitentemente, la línea de pensamiento que tenía que seguir la señorita Hazelstone.

En este momento, el Kommandant imaginó la escena del juicio que seguiría a la revelación de que la señorita Hazelstone había adquirido la costumbre de inyectarle novocaína en el pene con una jeringuilla hipodérmica a su cocinero negro antes de permitirle realizar el **acto sexual** con ella. Lo visualizó y se juró que no sucedería nunca, aunque tuviera que matar a la señorita Hazelstone para impedirlo.

La mirada del Kommandant van Heerden vagaba desesperadamente por la serie de Hazelstones muertos hacía mucho y que adornaban las paredes del salón. El Kommandant pensó que ojalá supieran apreciar los sacrificios que él estaba dispuesto a hacer por salvar el honor de la familia de la vergüenza que la señorita Hazelstone parecía decidida a arrojar sobre ella. Lo de las inyecciones de novocaína era una innovación de las técnicas sexuales de tan extraño carácter que no sólo ocuparía los titulares de todos los periódicos de la nación. Los periódicos del mundo entero lanzarían aquella **golosina** en letras enormes en sus primeras páginas. No quería ponerse siquiera a pensar cómo llegarían a redactar concretamente la noticia, pero tenía absoluta confianza en la capacidad de los directores para conseguir que resultase un titular sensacionalista. Intentó imaginar qué tipo de sensa-

intercourse 1 trato, relaciones, communication or dealings between individuals, nations, etc. 2 sexual intercourse, acto sexual, coito. 3 communion between human beings and God.

titbit *n.* 1a choice morsel of food; a dainty morsel; golosina *a small tasty bit of food* 2 fig. chisme; *a choice or pleasing bit* (as of information); a piquant item of news

what sort of sensation Fivepence had found it to be and reached the conclusion that the cook's death at the muzzle of that awful elephant gun must have seemed a relatively comfortable release from the continual practice of Miss Hazelstone plunging the needle of her hypodermic syringe into the top of his cock. The Kommandant wondered idly if Fivepence had had a foreskin. It was a fact that they would never be able to ascertain now.

The thought caused him to glance out of the window to see how Konstabel Els was getting on. He noted, with what little astonishment Miss Hazelstone's confession had left in him, that Els had regained his head for heights, not to mention Fivepence's, and had somehow managed to reach the ground where he was busily seeking promotion by kicking the Indian butler into collecting the scattered remains of the Zulu cook and putting them into a pillowcase. Els was, as usual, the Kommandant thought, being a bit optimistic. They didn't need anything as large as a pillowcase. A spongebag would have done just as well.

30

35

Chapter 4

4

Behind him Miss Hazelstone, evidently exhausted by her confession, sat back silent in her armchair and gazed happily into her memories. Kommandant van Heerden slumped into a chair opposite her and gazed with less satisfaction into his immediate future. What Miss Hazelstone had revealed to him he had no doubt she would reveal to the world if he gave her half a chance and at all costs those revelations had got to be stopped in their tracks. His own career, the reputation of Zululand's leading family, the whole future of South Africa clearly depended on Miss Hazelstone's silence. His first duty was to ensure that no word of the afternoon's events leaked out of Jacaranda Park. Kommandant van Heerden had little faith in his own **ability** to prevent that leak. He had none whatsoever in Els'.

The Kommandant knew from bitter experience that Konstabel Els was incapable of keeping anything, money,

ción experimentalría Cinco Peniques y llegó a la conclusión de que su muerte por obra de aquel horroroso rifle de cazar elefantes debía haberle parecido al cocinero una liberación relativamente cómoda de la práctica continua de la señorita Hazelstone de clavarle la aguja de su jeringuilla hipodérmica en la punta de la polla. El Kommandant se preguntó lánguidamente si Cinco Peniques tendría o no prepucio. Era un hecho que ya no podrían comprobar de ningún modo.

Este pensamiento le empujó a mirar por la ventana para ver cómo le iba al Konstabel Els. Advirtió, con el escaso asombro que le había dejado la confesión de la señorita Hazelstone, que Els había recuperado la cabeza de Cinco Peniques y se las había arreglado para llegar al suelo, donde acumulaba afanosamente méritos para el ascenso, obligando a puntapiés al mayordomo indio a recoger los restos desparramados del cocinero zulú y a meterlos en la funda de una almohada. Els se mostraba, como siempre, pensó el Kommandant, un poco optimista. No necesitaban nada tan grande como la funda de una almohada. Una bolsita de esponja habría servido de sobra.

Detrás de él, la señorita Hazelstone, evidentemente exhausta por la confesión, seguía sentada en silencio y rememoraba feliz sus recuerdos. El Kommandant van Heerden se desmoronó en otro sillón frente a ella y contempló menos feliz su futuro inmediato. Lo que le había revelado a él la señorita Hazelstone, no le cabía la menor duda de que lo revelaría también al mundo si se le concedía la menor oportunidad, y había que impedir a toda costa tales revelaciones. La carrera del propio Kommandant, la reputación de la primera familia de Zululandia, todo el futuro de África del Sur, dependían claramente del silencio de la señorita Hazelstone. El primer deber del Kommandant era cerciorarse de que no se filtrase ni una sola palabra de los acontecimientos de aquella tarde fuera de Jacaranda Park. El Kommandant van Heerden tenía poca fe en su propia **capacidad** para impedir tal filtración, y ninguna en absoluto en la de Els.

El Kommandant sabía por amarga experiencia que el Konstabel Els era incapaz de guardarse nada, dinero, esposa, pene, pre-

ability no es exactamente *habilidad*, sino *capacidad*, *inteligencia*, aptitud, talento, ingenio de una persona. La voz inglesa supone mental capability, mientras que la voz española hace hincapié en la *destreza manual* [manual skill] Buena traducción de *habilidad* es skill, dexterity, expertise. El plural abilities traduce *talento, ingenio, dotes*.

wife, penis, prisoners, let alone gossip, to himself. And what Miss Hazelstone had to recount wasn't in the nature of mere gossip. It was political, racial, social, you name it,
5 dynamite.

It was just at this point in his musings that the Kommandant caught sight of Konstabel Els approaching the house. He had the air of a good dog that has done its
10 duty and expects to be rewarded. Had he possessed a tail he would undoubtedly have been wagging it. Lacking that appendage he dragged behind him a terrible substitute which, Kommandant van Heerden noted
15 thankfully, he had the decency not to wag. What remained of Fivepence were not things that anybody, not even Els, would wish to wag.

20 Kommandant van Heerden acted swiftly. He stepped out on to the stoep and shut the door behind him.

"Konstabel Els," he commanded. "These are your orders." The
25 Konstabel dropped the pillowcase and came to attention eagerly. Tree-climbing and body-snatching he could do without, but he loved being given orders. They usually
30 meant that he was being given permission to hurt somebody.

"You will **dispose of** that ... that thing," the Kommandant ordered.

35 "Yes sir," said Els thankfully. He was getting tired of Fivepence.

"Proceed to the main gate and remain there on guard until you are relieved. See
40 that nobody enters or leaves the grounds. Anybody at all. That means Europeans as well. Do you understand?"

"Yes sir."

45 "If anyone enters you are to see that they don't get out again."

"Can I use firearms to stop them, sir?" asked Els.
50

Kommandant van Heerden hesitated. He didn't want a bloodbath up at the main gateway to Jacaranda Park. On the other
55 hand the situation was clearly such a desperate one and one word to the Press would bring hordes of newspapermen up - that he was prepared to take drastic measures.

60 "Yes," he said at last. "You can shoot." And then remembering the fuss there had

60 sos, y no digamos ya cotillees, para sí. Lo que tenía que contar la señorita Hazelstone no entraba en la categoría de simple cotilleo. Era dinamita política, racial, social, lo que se quisiera.

Y precisamente en este punto de sus cavilaciones el Kommandant advirtió que el Konstabel Els se acercaba a la casa. Tenía el aire de un perro bueno que ha cumplido con su deber y espera la recompensa. Si hubiera tenido cola estaría meneándola, sin duda. Al carecer de dicho apéndice, llevaba detrás un terrible sustituto que, según pudo apreciar agradecido el Kommandant van Heerden, tenía la decencia de no menear. Lo que quedaba de Cinco Peniques no eran cosas que nadie, ni siquiera él, quisiera menear.

El Kommandant van Heerden actuó con rapidez. Salió hasta el *stoep* y cerró la puerta al salir.

—Els —ordenó—. Sus órdenes son las siguientes.

El Konstabel dejó caer la funda de la almohada y escuchó atentamente. Subir a los árboles y recoger fragmentos de cadáveres eran actividades de las que podía prescindir sin esfuerzo, pero lo de que le dieran órdenes era algo que le llegaba al alma. Significaba generalmente que se le concedía permiso para hacerle daño a alguien.

—**Deshágase** usted de esa... esa cosa —ordenó el Kommandant.

—Sí señor —dijo Els, agradecido. Estaba cansándose ya de Cinco Peniques.

—Dirjase a la entrada principal y quédese allí de guardia hasta que le releven. Encárguese de que no entre ni salga nadie del recinto. Nadie en absoluto. Eso significa tampoco europeos. ¿Entendido?

—Sí señor.

—Si entra alguien, tiene usted que cerciorarse de que no vuelve a salir.

—¿Puedo utilizar armas de fuego para detenerles, señor? —preguntó Els.

El Kommandant van Heerden vaciló. No quería un baño de sangre en la entrada principal de Jacaranda Park. Por otra parte, no había duda de que la situación era desesperada y que una palabra a la prensa atraería a hordas de periodistas... Así que estaba dispuesto a tomar medidas drásticas.

—Sí —dijo al fin—, puede usted disparar. Y luego, recordando el lío que se había orga-

dispose (to) y **disponer** significan *colocar, ordenar, acomodar*, pero cada voz tiene otras denotaciones: **to dispose of** traduce *tirar, arrojar, desechar, eliminar, librarse de, despachar [asunto], resolver, emplear / ocupar [tiempo], ceder [derechos], consumir / comerse, terminar / concluir, traspasar [propiedad], matar / liquidar, vencer [en pelea, boxeo], derribar [avión]*. A su vez, **disponer** tiene sus propios usos, como **to have available, make use of [utilizar], order, command, y disponerse** equivale a **to prepare I make ready to; disponer de** sugiere **to have available, own, y disponerse** a traduce **to prepare, get ready**. El adjetivo **disponible** se usa para *desechable, para tirar*, y **disposal** traduce *eliminación [de basura]* y, como adjetivo, *de basura*.

been when a wounded reporter had been taken to Piemburg Hospital, he added, "And shoot to kill, Els, shoot to kill." Complaints from the morgue were easier
5 to refute.

Kommandant van Heerden went back into the house and Konstabel Els started off to guard the main gate. He hadn't gone very far when the thought crossed his mind
10 that the elephant gun would certainly ensure that nothing larger than a cockroach got out of Jacaranda Park alive. He turned back and collected the gun from the stoep and then, after adding several packets of
15 revolver ammunition from the police car, set off up the drive with a light heart.

Back in the house Kommandant van Heerden was glad to see that Miss Hazelstone was still in her stupor in the
20 armchair. At least one problem had been solved. No word of the injections would reach Konstabel Els. The thought of what would follow should Els get wind of that diversion had been haunting the
25 Kommandant's mind. There had been enough complaints lately from local residents about the screams that came from the cells in Piemburg Police Station without Konstabel Els practising penal injections
30 on the prisoners. Not that Els would have been content to use novocaine. He would have graduated to nitric acid before you could say Apartheid.

With Els out of the way, the
35 Kommandant decided on his next step. Leaving Miss Hazelstone in her chair, he made his way to the telephone which **lurked** in the potted jungle in the hall. He made two calls. The first was to Luitenant Verkramp at the Police Station.

lurk merodear, estar al acecho
1 [person] (= *lie in wait*) estar al acecho, merodear; (= *hide*) estar escondido; *I saw him lurking around the building* lo vi merodeando or al acecho por el edificio
2 [danger] acechar; [doubt] persistir

In later life Luitenant Verkramp was to recall that telephone conversation with the shudder that comes from recalling the first
45 omens of disaster. At the time he had merely wondered what the hell was wrong with his Kommandant. Van Heerden sounded as though he were on the brink of a nervous breakdown.

50 "Verkramp, is that you?" his voice came in a strangled whisper over the phone.

"Of course it's me. Who the hell did you think it was?" Verkramp couldn't hear the answer but it sounded as if the
55 Kommandant was trying to swallow something very unpleasant. "What's going on up there? Is something wrong with you?" Verkramp inquired hopefully.

60 "Stop asking stupid questions and

nizado cuando habían tenido que llevarse a un periodista herido al hospital de Piemburgo, añadió:

—Y tire usted a matar, Els, tire a matar — era más fácil refutar las quejas del depósito de cadáveres.

El Kommandant van Heerden volvió a entrar en la casa y el Konstabel Els se dirigió a la entrada principal dispuesto a montar guardia. No había andado mucho cuando cruzó su pensamiento la idea de que el rifle de cazar elefantes aseguraría sin duda plenamente el que nada mayor que una cucaracha saliera vivo de Jacaranda Park. Volvió, pues, sobre sus pasos y cogió el rifle del *stoep* y luego, tras coger varias cajas de munición de revólver del coche policial, se lanzó camino adelante, con el corazón alegre.

El Kommandant van Heerden, tras entrar de nuevo en la casa, se alegró al ver que la señorita Hazelstone seguía aún allí sentada en su pasmo. Por lo menos, se había resuelto un problema. El Konstabel Els no se enteraría jamás de lo de las inyecciones. La idea de lo que pasaría si Els se enteraba de aquella diversión acongojaba en grado sumo al Kommandant. Ya había habido quejas suficientes últimamente de los ciudadanos por los gritos que se oían en las celdas de la comisaría de policía de Piemburgo sin necesidad de que el Konstabel Els aplicase inyecciones penales a los presos. Y, claro está, Els no se habría contentado con inyectar novocaína. Se habría graduado con ácido nítrico antes de dar tiempo siquiera a decir «*Apartheid*».

Eliminado Els, el Kommandant decidió el paso siguiente. Dejó a la señorita Hazelstone en su sillón y se dirigió hacia el teléfono **que sobresalía** en la selva enmacetada del vestíbulo. Hizo dos llamadas. La primera al Luitenant Verkramp, a la comisaría de policía.

Posteriormente, el Luitenant Verkramp recordaría aquella conversación telefónica con ese escalofrío que nos asalta cuando recordamos los primeros presagios del desastre. De momento, se había preguntado sólo qué demonios le pasaría a su Kommandant. Parecía como si van Heerden se hallara al borde de un ataque de nervios.

—¿Es usted, Verkramp? —su voz llegó en un susurro estrangulado.

—Claro que soy yo. ¿Quién diablos creyó usted que era? —Verkramp no pudo oír la respuesta, pero parecía que el Kommandant intentara tragarse algo muy desagradable—. ¿Qué es lo que pasa ahí? ¿Tiene usted algún problema? —inquirió esperanzado Verkramp.

—Deje de hacer preguntas tontas y es-

listen,” the Kommandant whispered authoritatively. “I want you to assemble every single officer in Piemburg at the police barracks.”

⁵ Luitenant Verkramp was appalled. “I can’t do that,” he said, “the rugby match is on. There’ll be a riot if-”

“There’ll be a fucking riot if you don’t,” the Kommandant snarled. ¹⁰ “That’s number one. Second, all leave including sick leave is cancelled. Got that?”

¹⁵ Luitenant Verkramp wasn’t sure what he had got. It sounded like a frantic Kommandant.

“Assemble them all at the barracks,” ²⁰ continued the Kommandant. “I want every man jack of them fully armed up here as soon as possible. Bring the Saracens too, and the guard dogs, oh and bring the searchlights too. All the barbed wire we’ve got, and bring those rabies signs we used ²⁵ in the epidemic last year.”

“The rabies signs?” Luitenant Verkramp shouted. “You want the guard dogs and the rabies signs?”

³⁰ “And don’t forget the bubonic plague signs. Bring them too.”

Luitenant Verkramp tried to visualize the desperate outbreak of disease that had ³⁵ broken out at Jacaranda Park that necessitated warning the population about both rabies and bubonic plague.

“Are you sure you’re all right?” he ⁴⁰ asked. It sounded as if the Kommandant was delirious.

“Of course I am all right,” snapped the Kommandant. “Why the hell shouldn’t I be ⁴⁵ all right?”

“Well, I just thought-”

“I don’t care a stuff what you thought. You’re not paid to think. You’re paid to ⁵⁰ obey my orders. And I’m ordering you to bring every bloody sign we’ve got and every bloody policeman and every bloody guard dog ...” Kommandant van Heerden’s catalogue continued while Verkramp desperately searched his mind for the ⁵⁵ reasons for this emergency. The Kommandant’s final order trumped the lot. “Come up here by a roundabout route. I don’t want to attract any public attention.” And before the Luitenant could inquire how ⁶⁰ he thought it possible to avoid public

cuche —cuchicheó autoritario el Kommandant—. Quiero que reúna usted a todos los agentes de Piemburgo en el cuartel de policía.

El Luitenant Verkramp quedó sobrecogido. —No puedo hacerlo —dijo—, ha empezado ya el partido de rugby. Habrá un motín si...

—Habrá un motín, sí, si no lo hace —masculló el Kommandant—. Eso en primer lugar. En segundo, quedan cancelados todos los permisos, incluidos los permisos por enfermedad. ¿Me ha entendido usted?

El Luitenant Verkramp no estaba seguro de lo que había entendido. Le daba la sensación de que el Kommandant estaba frenético.

—Reúnales a todos en el cuartel —prosiguió el Kommandant—. Les quiero a todos armados y aquí lo antes posible. Que traigan los blindados Saracens, y los perros. Ah, y que traigan también los focos. Y todo el alambre de espinos que haya y también esos carteles de la rabia que utilizamos en la epidemia del año pasado.

—¿Los carteles de la rabia? —gritó el Luitenant Verkramp—. ¿Quiere usted los perros policía y los carteles de la rabia?

—Y no se olviden los carteles de la peste bubónica. Tráiganlos también.

El Luitenant Verkramp intentó imaginar el estallido desesperado de una epidemia en Jacaranda Park, que exigía advertir a la población del peligro de la rabia y de la peste bubónica.

—¿Está usted seguro de que se encuentra bien? —preguntó. Parecía que el Kommandant estuviera delirando.

—Claro que estoy bien —masculló el Kommandant—. ¿Por qué demonios no iba a estarlo?

—Bueno, yo sólo pensé...

—No me importa nada lo que pensara usted. No se le paga a usted para pensar. Se le paga para que obedezca mis órdenes. Y estoy ordenándole que traiga todos los carteles que tenemos y todos los policías y todos los perros...

El catálogo del Kommandant van Heerden continuó mientras Verkramp escudriñaba desesperadamente su pensamiento buscando las razones de aquella emergencia. La orden final del Kommandant fue la coronación:

—Venga aquí dando un rodeo. No quiero atraer la atención pública.

Y, antes de que el Luitenant pudiera preguntar cómo creía él posible eludir la

attention with a convoy of six armoured cars, twenty-five lorries and ten searchlights, not to mention seventy guard dogs, and several dozen enormous billboards announcing the outbreak of bubonic plague and rabies, the Kommandant had put down the phone.

Kommandant van Heerden's second call was to the Commissioner of Police for Zululand. Standing among the flora and fauna of the hall, the Kommandant hesitated some time before making his second call. He could see a number of difficulties looming up ahead of him when he made his request for Emergency Powers to deal with this situation, not the least of which was the sheer disbelief that was certain to greet his considered opinion as a police officer that the daughter of the late Judge Hazelstone had not only murdered her Zulu cook but that prior to this act had been fornicating with him regularly for eight years after **rendering** his reproductive organs totally numb and insensitive by intramuscular injections of massive doses of novocaine. Kommandant van Heerden knew what he would do to any subordinate officer who rang him up in the middle of a hot summer afternoon to tell him that sort of cock-and-bull story. He decided to avoid going into the details of the case. He would stress the likely consequences of a murder case involving the daughter of an extremely eminent judge who had, in his time, been the country's leading exponent of capital punishment, and he would use Luitenant Verkrap's report to Pretoria on Miss Hazelstone's subversive activities to justify his need for Emergency Powers. Plucking up courage, Kommandant van Heerden picked up the telephone and made his call. He was surprised to find the Commissioner raised no objections to his request.

"Emergency Powers, van Heerden? Of course, help yourself. You know what you're doing. I leave the matter entirely in your hands. Do what you think best."

Kommandant van Heerden put down the phone with a puzzled frown. He had never liked the Commissioner and he suspected that the feeling was reciprocated.

The Commissioner in fact nourished the ardent hope that one day Kommandant van Heerden would perpetrate an error so unforgivable that he could be summarily reduced to the ranks and it seemed to him now from the Kommandant's hysterical manner on the phone that his day of vengeance was at hand. He immediately cancelled all appointments for the next

atención del público con un convoy de seis coches blindados, veinticinco camiones y diez focos, aparte de setenta perros policía y varias docenas de enormes carteles que anunciaban el estallido de la peste bubónica y la rabia, el Kommandant ya había colgado el teléfono.

Luego, el Kommandant van Heerden llamó al comisario general de policía de Zululandia. Allí, entre la flora y la fauna del vestíbulo, el Kommandant vaciló un rato antes de hacer su segunda llamada. Podía ver alzarse ante él una serie de dificultades cuando solicitase Poderes Especiales para afrontar aquella situación, una de las cuales, y no precisamente la menor, era la pura incredulidad que sin duda alguna acogería su considerada opinión como funcionario de policía de que la hija del difunto juez Hazelstone no sólo había asesinado a su cocinero zulú sino que, previamente a tal acto, había estado fornicando con él de modo regular durante ocho años, tras insensibilizar y dejar totalmente inertes sus órganos reproductores mediante inyecciones intramusculares de grandes dosis de novocaína. El Kommandant van Heerden sabía muy bien qué le haría él a cualquier funcionario subordinado que le llamara en mitad de una cálida tarde de verano para contarle aquella historia absurda. Decidió, pues, evitar entrar en detalles sobre el caso. Subrayaría las consecuencias probables de un caso de asesinato en que estaba complicada la hija de un juez de lo más eminente, que había sido, en su época, el principal exponente en el país de la defensa de la pena capital, y utilizaría el informe del Luitenant Verkrap a Pretoria sobre las actividades subversivas de la señorita Hazelstone para justificar su necesidad de Poderes Especiales. Reuniendo todo su valor, el Kommandant van Heerden descolgó el teléfono e hizo la llamada. Ante su sorpresa, el comisario general no planteó ninguna objeción a su solicitud.

—¿Poderes Especiales, van Heerden? Por supuesto, lo que quiera. Usted ya sabe lo que hace. Dejo el asunto enteramente en sus manos. Haga lo que juzgue mejor.

El Kommandant van Heerden colgó el teléfono con el ceño fruncido de desconcierto. Nunca le había gustado el comisario general, y sospechaba que el sentimiento era recíproco.

El comisario general alimentaba, de hecho, la ardiente esperanza de que el Kommandant van Heerden perpetrara algún día un error tan imperdonable que permitiera degradarlo sumariamente a la condición de simple agente. Y por la actitud histérica del Kommandant por teléfono, le pareció que ya había llegado el día de su venganza. Canceló de inmediato todos sus compromisos del mes

render hacer inútil, resultar, dejar (ciego), presentar, dar, rendir (cuentas), prestar (ayuda), enlucir, interpretar, traducir, verter
render v.tr. 1 cause to be or become; make (*rendered us helpless*). 2 give or pay (money, service, etc.), esp. in return or as a thing due (*render thanks; rendered good for evil*). 3 (often foll. by *to*) **a** give (assistance) (*rendered aid to the injured man*). **b** show (obedience etc.). **c** do (a service etc.). 4 submit; send in; present (an account, reason, etc.). 5 **a** represent or portray artistically, musically, etc. **b** act (a role); represent (a character, idea, etc.) (*the dramatist's conception was well rendered*). **c** Mus. perform; execute. 6 translate (*rendered the poem into French*). 7 (often foll. by *down*) melt down (fat etc.) esp. to clarify; extract by melting. 8 cover (stone or brick) with a coat of plaster. 9 *archaic* **a** give back; hand over; deliver, give up, surrender (*render to Caesar the things that are Caesar's*). **b** show (obedience).

month and took his annual holiday on the south coast, leaving orders that he was not to be disturbed. He spent the next week lying in the sun in the certain knowledge that he had given van Heerden enough rope
5 with which to hang himself.

Armed now with Emergency Powers that made him the arbiter of life and death over 70,000 Piemburgers and gave him
10 authority to suppress newspaper stories and to arrest, detain and torture at leisure all those he disapproved of, the Kommandant was still not a happy man. The events of the day had taken their toll of him.

15 He turned for relief from his problems to a full-length portrait of Sir Theophilus Hazelstone in the full panoply of his regalia as Knight of the Royal Victorian Order and Viceroy of Matabeleland that hung at the
20 foot of the great staircase. Sir Theophilus stood, robed in ermine, his scarlet uniform **encrusted** with jewelled stars and the medals of disastrous campaigns, each medal representing the deaths through their
25 General's incompetence of at least ten thousand enlisted men. The Viceroy's left hand rested arthritically upon the hilt of a sword he was far too pusillanimous ever to have withdrawn from its scabbard, while
30 his right hand held the thonged leash of a wild boar which had been specially imported from Bohemia to share the honour of representing the Hazelstone family in this great work of art. Kommandant van Heerden was particularly
35 struck by the wild boar. It reminded him of Konstabel Els and he was not to know that the poor beast had had to be strapped to an iron frame before the Viceroy would enter the same room as the animate family
40 emblem, and that only after being cajoled by the artist and the administration of half a bottle of brandy. All this escaped the Kommandant and left him free to hold firmly to his faith in the great qualities of the Imperial statesman whose
45 granddaughter he had made it his mission to save from the consequences of her own folly. Spiritually resuscitated by his perusal of this portrait and a similar one of the late Judge Hazelstone looking as remorseless
50 as the Kommandant could remember him to have looked in court on the day he had sentenced eleven Pondo tribesmen to death for stealing a goat, the Kommandant slowly ascended the staircase to look for somewhere to rest until Luitenant Verkramp
55 arrived with reinforcements.

Once the Park had been isolated from the outside world, he would set about the
60 business of convincing Miss Hazelstone that she had never murdered her cook and

siguiente e inició sus vacaciones anuales en la costa sur, dejando órdenes de que no le molestasen. Pasó la semana siguiente tumbado al sol, con la absoluta certeza de haberle
dado a Van Heerden cuerda suficiente con la que ahorcarse.

Armado ya con los Poderes Especiales, que le convertían en arbitro de la vida y la muerte de setenta mil piemburgueses y le concedían auto-
ridad para prohibir artículos de prensa y para arrestar, detener y torturar a todos aque-
llos que no le pareciesen bien, el Kommandant no se sentía aún feliz del todo. Los acontecimientos del día pesaban sobre él.

Recurrió, buscando alivio a sus problemas, a un retrato de cuerpo entero de Sir Theophilus Hazelstone con toda la panoplia de sus galas como Caballero de la Orden de la Reina Victoria y virrey de Matabelelandia que colgaba al pie de la gran escalera. Sir Theophilus estaba allí erguido, engalanado de armiño, el uniforme escarlata **incrustado** de las estrellas enjovadas de las medallas de sus desastrosas campañas, medallas que representaban cada una la muerte de diez mil soldados, por lo menos, por incompetencia de su general. La mano izquierda del virrey descansaba artrítica sobre la empuñadura de una espada que él era demasiado pusilánime hasta para desenvainar, mientras que la derecha sujetaba con una correa de cuero trenzado a un jabalí que había sido especialmente importado desde Bohemia para compartir el honor de representar a la familia Hazelstone en aquella gran obra de arte. Al Kommandant van Heerden le asombraba en especial lo del jabalí. Le recordaba al Konstabel Els y no sabía además que al pobre animal habían tenido que atarle a un armazón de acero para que el virrey aceptase entrar en la misma estancia que el emblema familiar viviente, y sólo después de que el pintor le persuadiera con halagos y de la administración de media botella de coñac. Pero el Kommandant no sabía nada de esto y, por ello, podía aferrarse y sostenerse con firmeza en su fe en las grandes cualidades del estadista imperial, a cuya nieta había asumido él la misión de salvar de las consecuencias de su propia locura. Espiritualmente resuscitado por su detenido examen de aquel retrato y de uno similar del difunto juez Hazelstone, que parecía tan implacable como le recordaba el Kommandant el día que había condenado a muerte a once tribeños pondos por robar una cabra, el Kommandant subió despacio las escaleras para buscar algún sitio donde descansar hasta que llegara el Luitenant Verkramp con los refuerzos.

Una vez aislado el parque del mundo exterior, iniciaría la tarea de convencer a la señorita Hazelstone de que jamás había asesinado a su cocinero y de que había in-

that she had invented the whole business of the injection needle and the love affair. He felt sure that he could bring the old lady to see reason and if that failed the
 5 Emergency Powers entitled him to hold her indefinitely and without recourse to a lawyer. If need be he would invoke the Terrorist Act and keep her incommunicado for the rest of her life, which life could be shortened by suitable treatment and a
 10 regimen of necessary harshness. It was hardly the method he would like to have applied to a lady of her descent but for the moment he could think of nothing better.

15 He paused at the top of the staircase to regain his breath and then made his way along the gallery that ran the length of Jacaranda House. If the hall downstairs had been filled with stuffed heads and
 20 portraits, the gallery walls were likewise lined with trophies of past battles. On either side of him the Kommandant was startled to find weapons of all shapes and sizes, weapons of all ages and types,
 25 united by only one common feature as far as the Kommandant could make out, that they were all in perfect working order and lethal to a degree he found positively hair-raising. He stopped and examined a machine pistol. Well-oiled and complete,
 30 it hung beside an ancient **blunderbuss**. Kommandant van Heerden was amazed. The gallery was a positive arsenal. Had Miss Hazelstone not telephoned to acknowledge her contretemps with
 35 Fivepence and had she decided to defend Jacaranda House, with these weapons at her disposal, she could have held the entire Piemburg police force at bay for weeks. Thanking his lucky stars for her
 40 cooperation, Kommandant van Heerden opened one of the doors that led off the gallery and looked inside.

As he had expected, it was a bedroom and was furnished with a sense of taste
 45 and delicacy appropriate to the home of South Africa's leading expert in soft furnishings. Chintz curtains and a matching bedspread gave to the whole room a gay and floral air. What lay on the
 50 bed had the opposite effect. There was nothing tasteful or delicate about it at all and nobody could call it furnished. For there, its incongruity emphasized by the daintiness of the other appointments, lay
 55 the body of a large, hairy and completely naked man. Worse still, for the Kommandant's disturbed state of mind, the body bore all the signs of having only recently bled to death. It was practically coated with blood.

ventado todo el asunto de la inyección y de la relación amorosa. Estaba seguro de que podría hacer entrar en razón a la dama y, si no lo conseguía, los Poderes Especiales le permitían retenerla indefinidamente y sin que pudiera recurrir a un abogado. En caso necesario, invocaría la Ley Antiterrorista y la mantendría incomunicada durante el resto de su vida, vida que podría acortarse mediante un tratamiento adecuado y un régimen lo bastante duro. No era un método que le gustase aplicar, ni mucho menos a una dama de su linaje, pero, por el momento, no se le ocurría nada mejor.

Se detuvo en lo alto de las escaleras para recuperar el aliento y continuó luego por la galería que recorría toda la extensión de la casa. Si el pasillo de abajo estaba lleno de cabezas disecadas y retratos, las paredes de la galería también estaban cubiertas de trofeos de antiguas batallas. El Kommandant descubrió a ambos lados de él armas de todas las formas y tamaños, armas de todas las épocas y de todos los tipos, unidas por el único rasgo común, por lo que podía ver el Kommandant, de que se hallaban todas en perfecto estado de funcionamiento y eran todas mortíferas hasta un grado que al Kommandant le parecía absolutamente horripilante. Se detuvo y examinó una pistola ametralladora. Bien engrasada y completa, colgaba al lado de un antiguo **trabuco**. El Kommandant van Heerden estaba asombrado. La galería era un auténtico arsenal. Si la señorita Hazelstone no hubiera telefonado para comunicar sus contratiempos con Cinco Peniques y hubiera decidido defender la mansión con las armas que tenía a su disposición, podría haber mantenido a raya durante semanas a todas las fuerzas policiales de Piemburgo. Dando las gracias a su buena estrella por el hecho de que la señorita Hazelstone hubiera decidido cooperar, el Kommandant van Heerden abrió una de las puertas de la galería y miró lo que había tras ella.

Tal como esperaba, era un dormitorio amueblado con un sentido del buen gusto y de la elegancia propios del hogar de la principal especialista en mobiliario distinguido de toda Sudáfrica. Las cortinas de zaraza y un cobertor a juego daban a toda la estancia un aire alegre y florido. Lo que yacía en la cama, producía el efecto contrario. Nada tenía de fino ni de delicado y no podía considerarse propiamente mobiliario. Porque allí, subrayada su incongruencia por la delicadeza del conjunto, yacía el cuerpo de un hombre grande, peludo y completamente desnudo. Y, peor aún, para el estado mental confuso en que se hallaba el Kommandant, el cuerpo mostraba todos los indicios de haber sido asesinado recientemente. Estaba prácticamente cubierto de sangre.

blunderbuss *n. hist.* a short large-bored gun firing balls or slugs.

1. a short musket of wide bore with expanded muzzle to scatter shot, bullets, or slugs at close range. 2. an insensitive, blundering person.

Shaken by the appalling discovery of yet another corpse, the Kommandant staggered into the gallery and leant against the wall. One body in an afternoon he could
5 just about cope with, particularly if it was black, but two, and one of them white, filled him with despair. Jacaranda House was taking on the qualities of an abattoir. Worse still, this second corpse destroyed any chances of hushing the case up. It was one
10 thing to persuade Miss Hazelstone that she hadn't murdered her black cook. The disappearance of Zulu cooks was a routine matter. The murder of a white man would simply have to be made public. There
15 would have to be an inquest. Questions would be asked and one thing would lead to another until the full story of Miss Hazelstone and her Zulu cook came out into the open.

20 After a moment's agonizing thought, Kommandant van Heerden recovered his nerve sufficiently to peer round the door into the murder room again. The corpse was still there, he noted miserably. On the other
25 hand it had certain attributes which Kommandant van Heerden found unique in his experience of corpses. One quality in particular struck his attention. The corpse had an erection. The Kommandant
30 peered round the door again to confirm his suspicion, and as he did so the corpse stirred and began to snore.

For a moment Kommandant van Heerden was so relieved by this evidence
35 of life, that he felt inclined to laugh. The next moment he realized the full importance of his discovery and the smile died on his face. He had no doubt at all that the man whose body lay before him
40 on the bed was the true murderer of Fivepence. The Kommandant peered down at the figure on the bed and as he did so he became aware of the smell of brandy in the air. A moment later his foot banged against
45 a bottle lying on the floor. He reached down and picked it up. Old Rhino Skin brandy, he noted with disgust. It was a brandy that Konstabel Els was **partial** to and if anything was needed to confirm his suspicion that the fellow on the bed was a
50 dangerous criminal it was the knowledge that if he shared one of Konstabel Els' depraved tastes, he was almost certain to share others even more **vicious**.

55 With the bottle still in his hand Kommandant van Heerden tiptoed from the room. Outside in the passage he tried to consider how this discovery affected his plans. That the man was a murderer, he had no doubt. That he was now drunk to the
60 world, no doubt either. What remained a

Conmocionado por el asombroso hallazgo de otro cadáver, el Kommandant salió a la galería tambaleándose y se apoyó en la pared. Un cadáver en una tarde era algo que podía asimilar, sobre todo si era negro, pero dos, y uno de ellos blanco, era algo que le llenaba de desesperación. La mansión empezaba a adquirir características de matadero. Peor aún, aquel segundo cadáver eliminaba toda posibilidad de echar tierra al asunto. Una cosa era convencer a la señorita Hazelstone de que no había asesinado a su cocinero negro, pues la desaparición de cocineros zulúes era algo rutinario, pero el asesinato de un blanco no habría más remedio que hacerlo público. Tendría que iniciarse una investigación. Habría que hacer preguntas y una cosa llevaría a otra hasta acabar saliendo a la luz toda la historia de la señorita Hazelstone y su cocinero zulú.

Tras cavilar angustiado durante unos minutos, el Kommandant van Heerden recuperó la serenidad lo suficiente como para volver a echar otro vistazo a la habitación del crimen. El cadáver seguía allí, según pudo comprobar tristemente. Por otra parte, tenía ciertos atributos que al Kommandant van Heerden le parecieron únicos en su experiencia de cadáveres. Había un detalle en concreto que le sorprendió especialmente. El cadáver tenía una erección. El Kommandant volvió a mirar al interior del cuarto para confirmar su sospecha y, cuando lo hizo, el cadáver se estremeció y luego empezó a roncar.

El Kommandant van Heerden se sintió, por unos instantes, tan aliviado por tal evidencia de vida, que le entraron ganas de reírse. Pero pronto comprendió toda la importancia de que su descubrimiento tenía y se le murió la sonrisa en los labios. No tenía ya duda alguna de que el hombre cuyo cuerpo yacía en la cama ante él era el verdadero asesino de Cinco Peniques. El Kommandant contempló al individuo que estaba echado en la cama y, al hacerlo, percibió el intenso olor a coñac del ambiente. Un instante después su pie tropezó con una botella que había en el suelo. Se agachó y la recogió. Coñac Old Rhino Skin, comprobó con repugnancia. Era un coñac que le **gustaba** al Konstabel Els, y si hacía falta algo para confirmar sus sospechas de que el individuo de la cama era un peligroso criminal, era la certeza de que si compartía alguno de los gustos depravados del Konstabel Els, era casi seguro que compartiese otros más **pérfidos** aún.

El Kommandant van Heerden salió de puntillas de la habitación con la botella aún en la mano. Fuera ya, intentó determinar en qué sentido afectaba aquel descubrimiento a sus planes. No había duda alguna de que aquel hombre era un asesino. No había duda tampoco de que en aquel momento estaba borracho y aje-

partial Los adjetivos *partial* y *parcial* comparten la idea de *incompleto* y, en sentido ético, *injusto*, *prejuiciado*, pero *partial* se usa además para *aficionado*, *affectionate*, *fond*, *kind*, *attached*.

vicious no es vicioso, sino feroz / fiero [*perro*, *animal*], *bad-tempered*, *spiteful*, furioso, de mil de demonios [*temperamento*], *despiadado* / *sanguinario*, con saña [*criminal*], *virulento*, fuerte [*dolor*], *arisco* [*caballo*], *malicioso*, *rencoroso*, *malsano*, *nocivo*, *atroz* / *horrible* [*crimen*], *malintencionado*, y se usa para describir personas, animales o cosas. En cambio *vicious* solo se aplica a personas para *licentious*, *depraved* / *perverted* y, en tono menos serio, *defective*, *faulty*, *habit-forming*, *spoiled* [*mimado*] y, refiriéndose a bosque o jungla, *luxuriant* / *lush* / *thick* [*frondoso*].

mystery was why Miss Hazelstone had confessed to a crime she had never committed. More of a mystery still, why she had embroidered her confession with the gratuitous filth that she had been sleeping with her Zulu cook and injecting him with novocaine. Kommandant van Heerden's head reeled with possibilities and, not wishing to remain in the vicinity of a dangerous killer, he made his way along the passage to the landing at the top of the stairs. He wished now that he hadn't sent Els off to guard the main gateway and at the same time he began to wonder when Luitenant Verkramp would arrive with the main force. He leant over the balustrade and stared down on the tropical mausoleum in the hall. Hard by him the head of a stuffed rhinoceros peered myopically into eternity. Kommandant van Heerden peered back and wondered which of his acquaintances it reminded him of, and as he did so he had the sudden insight into the true meaning of Miss Hazelstone's confession which was to alter his life so radically.

He had suddenly realized that the face of the murderer on the bed reminded him of someone. The realization sent him stumbling down the stairs to stare up at the great portrait of Sir Theophilus. A moment later he was back in the bedroom. Tiptoeing to the edge of the bed Kommandant van Heerden peered cautiously down at the face on the pillow. He saw there what he had expected to find. In spite of the gaping mouth and the bag-bottomed eyes, in spite of years of **dissipation** and sexual over-indulgence and gallons of Old Rhino Skin brandy, the features of the man on the bed bore an unmistakable resemblance to those of Sir Theophilus and to the late Judge Hazelstone. He knew now who the man was. He was Jonathan Hazelstone, Miss Hazelstone's younger brother.

With new understanding dawning on him, Kommandant van Heerden turned to leave the room. As he did so the murderer stirred again. The Kommandant froze in his tracks and watched with a mixture of fear and disgust as a bloodstained hand groped up the man's hairy thigh and grasped the great erection. Kommandant van Heerden waited no longer. With a gasp he dashed from the room and hurried along the corridor. A man who could put away a bottle of Old Rhino Skin and still survive in no matter how comatose a state was undoubtedly a maniac, and if on top of all that he could lie there with an erection while his body fought off the appalling injuries being inflicted on it by the brandy, he was undoubtedly a sex fiend whose

no al mundo. Lo que continuaba siendo un misterio era por qué la señorita Hazelstone había confesado un delito que no había cometido. Pero más misterioso aún resultaba el hecho de que había adornado su confesión con la infamia gratuita de que había estado acostándose con su cocinero zulú e inyectándole novocaína. Bullían en la cabeza del Kommandant van Heerden numerosas posibilidades y, no queriendo permanecer cerca de un asesino peligroso, se dirigió hasta las escaleras. Pensaba ahora que ojalá no hubiera enviado a Els a hacer guardia en la entrada principal del parque y, al mismo tiempo, empezaba a preguntarse cuándo llegaría el Luitenant Verkramp con el grueso de las fuerzas. Se apoyó en la balaustrada y miró hacia abajo, hacia el mausoleo tropical del vestíbulo. Cerca de él, la cabeza disecada de un rinoceronte atisbaba miope la eternidad. El Kommandant van Heerden la contempló y se preguntó a qué persona conocida le recordaba y, mientras hacía esto, tuvo la revelación súbita de cuál era el verdadero sentido de la confesión de la señorita Hazelstone, que iba a alterar tan radicalmente la vida del Kommandant.

Había caído de pronto en la cuenta de que el rostro del asesino tumbado en la cama le recordaba a alguien. Al caer en la cuenta de quién era bajó torpemente las escaleras y se plantó ante el gran retrato de Sir Theophilus. Instantes después estaba de nuevo en el dormitorio. Y, acercándose de puntillas al borde de la cama, contempló con cautela aquella cara que descansaba en la almohada. Allí vio lo que había esperado hallar. Pese a la boca abierta y a las bolsas debajo de los ojos, pese a los años de **disipación** y de libertinaje sexual, y a los litros y litros de coñac Old Rhino Skin, los rasgos del hombre que estaba en la cama tenían una semejanza innegable con los de Sir Theophilus y los del difunto juez Hazelstone. El Kommandant ya sabía quién era aquel hombre. Era Jonathan Hazelstone, el hermano menor de la señorita Hazelstone.

Iluminado por aquel descubrimiento, el Kommandant van Heerden volvió a salir de la habitación. Cuando lo hacía, el asesino se agitó de nuevo. El Kommandant se quedó inmóvil, observándole, en una mezcla de miedo y repugnancia, y vio cómo una mano tinta en sangre se alzaba del muslo peludo de aquel hombre y así la gran erección. El Kommandant van Heerden no esperó más. Con un jadeo, salió raudo de la habitación y corrió por la galería. Un hombre capaz de beberse una botella de aquel coñac y sobrevivir, pese al estado comatoso en que se hallaba, era sin lugar a dudas un maníaco, y si encima de todo eso podía estar allí tumbado con una erección mientras su cuerpo se defendía de los daños terribles que le había causado el coñac, era sin lugar a dudas un maníaco sexual cuyos apeti-

Dissipation es *disipación* como *dispersión, derroche, desvaheamiento, desperdicio*, pero a veces se degrada a *libertinaje [debauchery]*.

sexual appetite must be of such an intensity as to leave nothing safe. Kommandant van Heerden remembered Fivepence's posture at the foot of the pedestal and he began to think he knew how the Zulu cook had died and in his calculations there was no place for the elephant gun.

Without a moment's hesitation he hurried down the stairs and left the house. He must fetch Konstabel Els before he tried to arrest the man. As he strode up the drive, he understood why Miss Hazelstone had made her outrageous confession and with this understanding there grew in the Kommandant's breast a new and deeper respect for the old family ties of the British.

"Chivalry. It's pure chivalry," he said to himself. "She is sacrificing herself to protect the family name." He couldn't quite see how confessing to murdering your black cook was saving the family name, but he supposed it was better than having your brother confess to having bugged the said cook into an early grave. He wondered what the sentence for that sort of crime was.

"Deserves to be hanged," he said hopefully, and then remembered that no white man had ever been hanged for murdering a black. "Buggery's different," he thought. Anyway they could always get him for "actions calculated to excite racial friction", which crime carried with it ten strokes of the heavy cane, and if bugging a Zulu cook wasn't calculated to excite racial friction, then he for one didn't know what was. He would have to ask Konstabel Els about it. The Konstabel was more experienced in that sort of thing than he was.

45

50

Chapter 5

At the main gateway to Jacaranda Park, Konstabel Els was not finding the afternoon as enjoyable as he had expected. Nobody had tried to enter or leave the Park and Els had had very little to shoot at. He had taken a pot shot at a native delivery boy on a bicycle, but the boy had recognized Els

tos libidinosos debían ser de tal intensidad que no habría ante ellos nada seguro. El Kommandant van Heerden recordó la postura de Cinco Peniques al pie del pedestal y empezó a pensar que sabía cómo había muerto el cocinero zulú y no había lugar en sus cálculos para el rifle de matar elefantes.

Sin un instante de vacilación siquiera, bajó rápido las escaleras y salió de la casa. Tenía que buscar al Konstabel Els antes de que éste intentara detener al nombre. Cuando subía por el camino de coches, comprendió por qué la señorita Hazelstone había hecho aquella terrible confesión y, tras comprenderlo, el Kommandant sintió un nuevo y más profundo respeto hacia los viejos lazos de familia de los británicos.

—Hidalguía. Es pura hidalguía —se dijo—. Está sacrificándose para proteger el buen nombre de la familia.

No podía entender muy bien cómo el confesar haber asesinado al cocinero negro podía salvar el buen nombre de la familia, pero consideró que eso era mejor que el que tu hermano confesase que había tenido relaciones sexuales con dicho cocinero y abusado de él hasta causarle la muerte. El Kommandant se preguntó qué pena estaría asignada a un delito de aquel género.

«Se merece la horca», dijo esperanzadamente, y luego recordó que jamás se había ahorcado a un blanco por asesinar a un negro.

«En caso de mariconería es distinto», pensó. De todos modos, siempre podían agarrarle por «acciones destinadas a fomentar la fricción racial», delito que se castigaba con diez golpes de la caña pesada, y si violar a un cocinero zulú no era algo que fomentaba la fricción racial, ¿qué otra cosa podía pensarse mas propiamente que lo hiciera? Tendría que preguntarle al Konstabel Mis. El Konstabel tenía más experiencia que él en esas cosas.

5

Al Konstabel Els no le estaba resultando la tarde tan placentera como había esperado en la entrada principal de Jacaranda Park. Nadie había intentado entrar al parque ni salir de él, y Els había podido disparar muy poco. Le había tirado unos tiros a voleo a un repartidor nativo que iba en bici, pero el muchacho había reconocido a Els a tiempo y se había arrojado a una zanja

in time and had thrown himself into the ditch before Els had time to take proper aim. Missing the native hadn't improved Els' temper.

5 "Miss one and you miss the fucking lot" he said to himself, and it was certainly true that once word got round that Kaffir-Killer Els was in the district, white housewives could scream blue murder at their servants
10 and threaten them with every punishment in the book, and still no sane black man would venture out of the house to water the lawn or fetch the groceries.

15 So, for want of anything better to do, Els had explored the area round the gateway and had closed and **bolted** the great wrought-iron gates. In the course of his explorations he made the exciting
20 discovery that what he had at first sight taken to be a well-clipped square privet hedge concealed in fact a concrete blockhouse. It was clearly very old and just as clearly very impregnable. It dated in fact
25 from the days of Sir Theophilus who had ordered its construction after the Battle of Bulundi. The Governor's victory on that occasion had done nothing to diminish his natural cowardice and the accusations of
30 treachery levelled against him by the Zulus and by the next of kin of the officers killed by their own shells had turned what had been previously natural anxiety into an
35 obsessive phobia that thousands of vengeful Zulus trained in the use of ten-inch naval guns by the surviving members of his old regiment, the Royal Marines Heavy Artillery Brigade, would storm
40 Jacaranda Park one awful night. Faced with this imaginary threat, Sir Theophilus had begun the collection of weapons that had so startled Kommandant van Heerden in
45 the gallery of Jacaranda House, and also the construction of a series of formidable blockhouses around the perimeter of the Park, all of which had been designed to withstand a direct hit from a ten-inch naval shell fired at point-blank range.

It was a tribute to the Governor's skill as a military engineer that the blockhouses were still standing. Judge Hazelstone, as
50 great a coward as his father but more convinced of the deterrent effect of capital punishment, had once employed a demolition firm to remove the blockhouses. After blunting scores of drills, the
55 demolition crew had decided to try blasting, and conscious that the bunker was no ordinary one they had practically filled it to the roof with dynamite before lighting the fuse. At the inquest that followed the
60 survivors of the demolition crew described the resulting explosion as being like four

antes de que a Els le diera tiempo de apuntarle como es debido. El que se le escapara aquel nativo no había contribuido a mejorar el humor de Els.

«Fallas con uno y fallas ya con todos», se dijo, y era verdad, sin duda, pues una vez que se propagó la noticia de que por la zona andaba Els Matacafres, las amas de casa blancas podían chillarles a sus criados y amenazarles con todos los castigos del libro, que ningún negro cuerdo se aventuraba a salir de casa a regar el césped ni a ir a comprar comestibles.

Así, pues, a falta de algo mejor que hacer, Els había explorado la zona que rodeaba la entrada del parque y había cerrado las grandes verjas de hierro forjado. En sus exploraciones realizó el emocionante descubrimiento de que, lo que había tomado a primera vista por un bien cuidado seto cuadrado de aligustre, ocultaba en realidad un bunker de hormigón. Se veía claramente que era muy antiguo y se veía, con idéntica claridad, que era inexpugnable. Data de los tiempos de Sir Theophilus, que había mandado construirlo después de la Batalla de Bulundi. La victoria del gobernador en aquella ocasión nada había hecho por disminuir su cobardía natural, y la acusación de traición que esgrimieron contra él los zulúes y los familiares de los oficiales que perecieron por efecto de sus propios proyectiles, había convertido lo que había sido hasta entonces sólo angustia natural, en la fobia obsesiva de que miles de zulúes vengativos, adiestrados en el uso de cañones navales de diez pulgadas por los supervivientes de su antiguo regimiento, la brigada de artillería pesada de la infantería de marina de Su Majestad, irrumpirían en Jacaranda Park una noche fatídica. Enfrentado a esa amenaza imaginaria, Sir Theophilus había iniciado la colección de armas que tanto había conmovido al Kommandant van Heerden en la galería de la mansión, y también la construcción de una serie de formidables búnkers rodeando el perímetro del parque, todo lo cual había sido diseñado de forma que aguantase el impacto directo de un obús naval de diez pulgadas disparado a quemarropa.

Era un tributo a la habilidad del gobernador como ingeniero militar el que los bunkers siguieran aún en pie. El juez Hazelstone, tan cobarde como su padre, pero más convencido de los efectos disuasorios de la pena capital, había empleado en cierta ocasión a una empresa de derribos para que eliminara los bunkers. Tras despuntar muchas brocas y barrenas, el equipo de derribos había decidido intentar la voladura y, sabiendo que el bunker no era un bunker normal, lo habían rellenado prácticamente hasta el techo de dinamita antes de encender la mecha. En la investigación que siguió, los supervivientes del equipo de demolición describieron la explosión resultante como

unsightly unpleasant to look at, ugly, eyesore, horrible.

Feo, disforme, antiestético, repulsivo

gigantic tongues of flame issuing from the gun ports of the blockhouse and the noise had been heard in Durban thirty-five miles away. In view of Judge Hazelstone's legal standing the firm had replaced, free of charge, the gateway their zeal had destroyed, but had refused to continue the work of demolishing the blockhouse. They suggested hiding the **unsightly** building by planting a privet hedge round it as being a less costly way of getting rid of the thing, and contributed to the cost of the operation as a tribute to the men they had lost in the dynamite explosion.

Konstabel Els knew nothing of all this, but having found the doorway to this impregnable fortress, amused himself by mounting the elephant gun in a gun port and aiming it down the road. He wasn't optimist enough to suppose that anything worthy of the fearful weapon was likely to try to enter the Park, but the tedium of his duties persuaded him that there was no harm in being prepared for the most unlikely eventualities.

He had no sooner done this than he spotted an Alsatian dog which had stopped for a pee against one of the gateposts. Konstabel Els was not one to miss opportunities and besides he was still feeling the effects of his encounter with the Dobermann Pinscher. One well-aimed revolver shot and the Alsatian lost all interest in the events of the afternoon. Other people in the neighbourhood of Jacaranda Park were not so fortunate. Five plainclothes detectives whom Luitenant Verkramp had sent straight up to Jacaranda Park, and who were walking with the utmost discretion and at intervals of twenty-five yards between them, heard the shot, consulted together and began to approach the main gate with drawn revolvers and a degree of furtiveness calculated to excite the suspicions of Konstabel Els in the blockhouse.

Kommandant van Heerden, trudging happily up the drive, also heard the shot, but he was so engrossed in calculating the exact number of strokes Jonathan Hazelstone would receive before being hanged that the sound of one shot coming from Els' direction hardly penetrated his consciousness. He had besides never solved a case before with such rapidity and he had just discovered fresh reasons for justifying his assumption that Jonathan Hazelstone was the murderer. He had recalled that Luitenant Verkramp's report on the Hazelstone family had included the information that Miss Hazelstone's brother had a criminal record involving

algo parecido a cuatro gigantescas lenguas de fuego brotando por las troneras del bunker y el ruido se había oído en Durban, a más de cincuenta kilómetros de distancia. Dado el prestigio social del juez Hazelstone, la empresa había repuesto, sin cargos, el portón de la verja de entrada que había destruido por su celo, pero se había negado a continuar los trabajos de demolición del bunker. Propusieron ocultar la _____ edificación plantando alrededor de ella un seto de aligustre, medio menos costoso de librarse de él, y colaboraron en los costes de la operación como tributo a los hombres que habían perdido al explotar la dinamita.

El Konstabel Els no sabía nada de todo esto, pero tras hallar la entrada de aquella fortaleza impenetrable, se dispuso a divertirse montando el rifle de cazar elefantes en una tronera y apuntando con él hacia la carretera. No era tan optimista como para suponer que fuese probable que intentara penetrar en el parque algo digno de aquella terrible arma, pero lo tedioso de su misión le persuadió de que nada tenía de malo estar preparado para las eventualidades más insólitas.

Tan pronto como hizo esto, localizó a un perro alsaciano que se había parado a mear en una de las columnas del portón de la verja. No era propio del Konstabel Els perder oportunidades, y, además, aún sentía los efectos de su encuentro con el doberman pinscher. Un tiro de revólver bien dirigido, y el alsaciano perdió todo interés por los acontecimientos de la tarde. Otra gente que estaba por los alrededores de Jacaranda Park no fue tan afortunada. Cinco detectives de paisano a los que el Luitenant Verkramp había enviado directamente a Jacaranda Park, y que caminaban con la mayor discreción, separados entre sí a intervalos de veinticinco metros, oyeron el tiro, evacuaron consultas entre sí e iniciaron la aproximación a la entrada principal revólver en mano y con un grado de furtividad muy adecuado para exacerbar las sospechas del Konstabel Els en su bunker.

El Kommandant van Heerden, que subía muy satisfecho por el camino de coches, también oyó el tiro, pero estaba tan ensimismado en sus cálculos del número exacto de golpes que recibiría Jonathan Hazelstone antes de que le ahorcaran, que el ruido de un disparo procedente de la dirección de Els no penetró apenas en su conciencia. Nunca había resuelto, además, un caso con tanta rapidez y acababa de descubrir nuevas razones que justificaban su suposición de que el asesino era Jonathan Hazelstone. Había recordado que en el informe del Luitenant Verkramp sobre la familia Hazelstone se incluía la información de que el hermano de la señorita Hazelstone tenía antecedentes pe-

embezzlement and fraud, and that the family had paid him to live in a remote part of Rhodesia.

5 It was only when the Kommandant heard a volley of shots ring out from the direction of the gate, followed by the screams of wounded men, that he began to suspect that Els was exceeding his instructions. He hurried on in an attempt
10 to reach the gate before the situation got wholly out of hand, but the density of the firing had by that time reached such dangerous proportions and its aim was so wild that he was forced to take cover in a
15 hollow beside the drive. Lying there out of sight Kommandant van Heerden began to regret that he had given Els permission to shoot to kill. The agonized screams suggested that Els was having at the very
20 least some moderate degree of success. As stray bullets ricocheted overhead, the Kommandant racked his brains to imagine who on earth was trying to shoot it out with his assistant.

25 In the blockhouse Konstabel Els was faced with the same problem. The five sinister figures who had crept round the corner of the road with revolvers in their hands had been so clearly bent on entering the Park illegally that he had shot the first
30 two without hesitation. The answering spatter of bullets through the privet hedge had seemed fully to justify his action and, safe within the blockhouse, Konstabel Els broke open the ammunition packs and
35 prepared for a long battle.

After ten minutes the plain-clothes men were reinforced by a dozen more and Els settled down to the business of defending
40 the gateway with a relish that fully justified his early expectations that the afternoon would prove interesting.

Luitenant Verkramp had been having his own troubles. In trying to put into effect
45 Kommandant van Heerden's orders he had run into a host of problems. It had been difficult enough to marshal the entire complement of the Piemburg Police force, including the sick and the walking
50 wounded, at the barracks on their rugby afternoon. But when that had been accomplished he was faced with the problem of explaining where they were going and why, and since Kommandant van Heerden had omitted to explain the purpose
55 of the expedition he was left to draw his own conclusions. The only two certain facts he had gleaned from the Kommandant's
60 **garbled** instructions were that an outbreak of rabies at Jacaranda Park had coincided with the appearance of bubonic plague, a

nales por desfalco y malversación, y que la familia le pasaba un tanto para que viviera en un remoto lugar de Rhodesia.

El Kommandant sólo empezó a sospechar que Els se estaba excediendo en sus instrucciones cuando oyó una andanada de disparos en la misma dirección de la entrada del parque, seguida de gritos de hombres heridos. Aceleró el paso, intentando llegar al portón antes de que la situación resultase totalmente incontrolable, pero la densidad del tiroteo había alcanzado por entonces proporciones tan peligrosas y los que disparaban lo hacían tan al azar y tan a voleo, que se vio obligado a buscar protección en un hueco junto al camino. Tumbado allí y oculto, el Kommandant van Heerden comenzó a lamentar haberle dado permiso a Els para tirar a matar. Los gritos agónicos parecían indicar que Els estaba teniendo, como mínimo, cierto grado de éxito. Mientras silbaban las balas, el Kommandant se estrujaba los sesos intentando adivinar quién demonios se estaría tiroteando con su ayudante.

Dentro del bunker, el Konstabel Els se enfrentaba con el mismo problema. Aquellos cinco individuos siniestros que habían aparecido furtivamente doblando la curva de la carretera revólver en mano se proponían tan claramente penetrar de modo ilegal en Jacaranda Park, que había disparado sobre los dos primeros sin vacilar. La andanada de respuesta que salpicó el seto de aligustres parecía justificar plenamente su acción, y, seguro dentro del bunker, el Konstabel Els abrió los paquetes de municiones y se preparó para una larga batalla.

Al cabo de diez minutos, los individuos de paisano recibieron los refuerzos de una docena más, y Els se dispuso a defender la entrada con una satisfacción que justificaba plenamente sus primeras esperanzas de que la tarde resultase interesante.

El Luitenant Verkramp había tenido también sus problemas. Al intentar poner en práctica las órdenes del Kommandant van Heerden, había tropezado con un montón de problemas. Había sido ya bastante difícil reunir en el cuartel a todas las fuerzas policiales de Piemburgo, incluidos los enfermos y los heridos que podían caminar, en su tarde de partido de rugby. Pero una vez logrado esto, había tenido que enfrentarse al problema de explicar a dónde iban a ir y por qué; y como el Kommandant van Heerden no se había molestado en explicar el objetivo de la expedición, el Luitenant Verkramp se vio obligado a sacar sus propias conclusiones. Los dos únicos hechos ciertos que había entendido de las **farfulladas** instrucciones del Kommandant era que había coincidido un brote de rabia en Jacaranda Park con la aparición de la peste

garble v.tr. 1 unintentionally distort or confuse (facts, messages, etc.). tergiversar, embrollar 2 **a** mutilate in order to misrepresent. **b** make (usu. unfair or malicious) selections from (facts, statements, etc.)
60 *adj.* incomprendible, indescifrable, confuso, farfullado, enrevesado

combination of disease so lethal that it seemed positively insane to send six hundred healthy men anywhere near the place. Far better in his opinion to send them
 5 in the opposite direction. Nor could he understand why six armoured cars were necessary to help abate the outbreak unless it was that the Kommandant thought they might be useful to control the riot that would certainly break out when the news
 10 became public knowledge. The order to bring the searchlights added to the Luitenant's confusion and he could only suppose that they were to be used to search out any infected animals at night so that
 15 they could be hunted across country by the armoured cars.

The speech that Verkramp finally made to the assembled policemen was not one to inspire them with any confidence in their
 20 own futures and it was only after he had stamped out several incipient signs of mutiny that the column of lorries and the expedition finally got under way. As it was the entire force, headed by six armoured
 25 cars bedecked with signs announcing the epidemic of bubonic plague and the rabies outbreak, wound its way slowly along side roads and through the country town of Vlockfontein exciting a degree of attention
 30 exceedingly gratifying to the policemen crowding the lorries, but hardly achieving the purpose Kommandant van Heerden had hoped for.

The bubonic plague signs caused a
 35 degree of alarm in Vlockfontein only surpassed by the rabies billboards which immediately preceded the lorries containing the untrained German guard dogs, one of which in the excitement broke
 40 loose and leapt from the lorry to bite a small boy who had been pulling faces at it. In the panic that ensued the guard dog went berserk, bit a number of other people, several other dogs and finally disappeared
 45 up a back alley in pursuit of a cat. Within minutes the convoy had been halted at the request of the Mayor who had insisted that the dog be shot before it could infect anyone else. Verkramp's assurances that the animal was perfectly healthy
 50 convinced no one and there was a delay of some twenty-five minutes until it was finally shot by an irate householder on the other side of town.

By that time its desperate search for
 55 safety had driven it through back gardens and across lawns, and for almost all the time it had managed to stay out of sight so that its pursuers could only judge its probable whereabouts by the barks and
 60 snarls of the dogs belonging to the

bubónica, una combinación de enfermedades tan mortíferas que parecía una verdadera locura enviar a seiscientos hombres sanos a cualquier sitio próximo al lugar. Mucho mejor, en su opinión, enviarlos en dirección contraria. Ni podía entender por qué hacían falta seis coches blindados para colaborar en la eliminación del brote, a menos que el Kommandant pensara que pudieran ser útiles para controlar el motín que sin duda estallarían cuando las noticias fueran del dominio público. La orden de llevar los focos aumentaba la confusión del Luitenant y éste sólo podía suponer que se utilizarían para localizar a animales infectados de noche, para que los coches blindados pudieran cazarlos por el campo.

El discurso que Verkramp hizo al fin a los policías reunidos no fue un discurso que les inspirase confianza en su propio futuro y la expedición no pudo iniciarse hasta que Verkramp ahogó varios signos incipientes de motín. Tras ello, se pusieron en marcha las columnas de camiones y se inició la expedición. Por fin todas las fuerzas policiales, precedidas por seis coches blindados cargados con letreros que anunciaban la epidemia de peste bubónica y el brote de rabia, iniciaron lentamente su andadura por carreteras secundarias y cruzaron el pueblecito de Vlockfontein atrayendo mucha atención, atención muy gratificante para los que iban apretujados en los camiones, pero que no coincidía precisamente con los objetivos que se había marcado el Kommandant van Heerden.

Los carteles de la peste bubónica despertaron una alarma en Vlockfontein sólo superada por la que produjeron los carteles de la rabia, que precedían inmediatamente a los camiones en los que iban los perros lobos alemanes, uno de los cuales se soltó con el nerviosismo y saltó del vehículo y mordió a un niño pequeño que se había puesto a hacerle muecas. En el pánico que siguió, el perro policía perdió el control, mordió a muchas más personas, a varios perros más, y por último desapareció por una calleja detrás de un gato. Unos minutos después, el convoy se había detenido a petición del alcalde, que había insistido en que había que liquidar al perro antes de que pudiera contagiarse a otros. La insistencia de Verkramp en que el animal estaba absolutamente sano no convenció a nadie y, al cabo de veinticinco minutos, el animal fue abatido a tiros por un airado cabeza de familia al otro extremo del pueblecito.

Por entonces, su búsqueda desesperada de seguridad le había conducido a través de jardines traseros y céspedes, y había logrado mantenerse oculto durante casi todo el tiempo de modo que sus perseguidores sólo pudieron sospechar su situación probable por los ladridos y gruñidos de los perros que pertenecían a los padres

householders of Vlockfontein. It was therefore not altogether surprising that the notion gained ground that the guard dog had infected the entire canine population of the town, a belief that was confirmed
 5 beyond any shadow of doubt by the strange behaviour of the Vlockfontein dogs who, sharing in the general excitement, yelped and barked and strained at their leashes and in general behaved in just that unusual
 10 manner that the rabies notices had warned people to look out for.

As the police convoy moved out of Vlockfontein the afternoon quiet was
 15 punctuated by the sound of shots as the massacre of the entire dog population began, while the boy who had caused the whole business was testifying to the extremely painful nature of the anti-rabies
 20 injections by adding his screams to those of the dying dogs. The discovery later that evening of several dead rats, which had been killed by dogs desperately trying to prove their utility, only added to the general
 25 sense of impending disaster among the Vlockfonteiners. Dead rats, they had learnt from the bubonic plague notices, were the first sign that the Black Death had arrived. By nightfall Vlockfontein was a ghost town
 30 littered with the corpses of unburied dogs while the roads into Piemburg were jammed with cars whose drivers were exhibiting all the symptoms of mass hysteria. It was clear that the aim that
 35 Kommandant van Heerden had hoped to achieve by the detour was not being realized.

The same thing could hardly be said of Konstabel Els. His aim, always accurate, had by this time become
 40 positively unerring. The casualties among the plain-clothes men were mounting so rapidly that they fell back from their more advanced positions and huddled in the hedgerow trying to think of some way of
 45 circumventing the **deadly privet bush** which was obstructing them so successfully in the course of their duty. Finally while some of them crept into the thick bushes that covered the hillside
 50 directly facing the gateway and far enough away to ensure the deadly revolver couldn't reach them, others decided to try to outflank the murderous bush.

To Konstabel Els it was beginning to become fairly clear that this was no
 55 ordinary gun-battle, but something quite new in his experience as an upholder of law and order. He listened with quiet confidence to the hail of bullets that flattened themselves against the walls of
 60 the blockhouse. Every now and again he

de familia de Vlockfontein. No fue, en consecuencia, tan sorprendente el que se impusiese la idea de que el perro policía había infectado a toda la población canina de la localidad, creencia que fue confirmada por encima de cualquier
 5 duda por la extraña conducta de los perros de Vlockfontein que, compartiendo el nerviosismo general, aullaban y ladraban y tiraban de sus correas y se comportaban, en general, exactamente de aquel modo insólito que los letreros de la rabia habían indicado a la gente que era síntoma demostrativo de la enfermedad.

Mientras el convoy policial salía de Vlockfontein, la tranquilidad de la tarde se vio salpicada por ruido de disparos, al iniciarse la
 15 matanza de toda la población canina de la localidad, y el chico que había provocado todo el asunto daba testimonio de la naturaleza extremadamente dolorosa de las inyecciones
 20 antirrábicas añadiendo sus aullidos a los de los perros agonizantes. Al descubrirse después, aquella misma tarde, varias ratas muertas, que habían matado los perros, en un intento desesperado de demostrar su utilidad, no hizo sino
 25 aumentar la sensación general de desastre inminente entre los habitantes del pueblo. Las ratas muertas, según habían aprendido de los letreros de la peste bubónica, eran el primer indicio de que había llegado la Muerte Negra. Al caer la
 30 noche, Vlockfontein era un pueblo fantasma salpicado de cadáveres de perros sin enterrar, mientras las vías que llevaban a Piemburgo se hallaban atestadas de coches cuyos conductores mostraban todos los síntomas de la histeria colectiva. Era evidente que no se estaba logrando el
 35 objetivo que se había propuesto el Kommandant van Heerden.

No podía decirse lo mismo del Konstabel Els. Els sí estaba consiguiendo sus objetivos, pues su puntería, siempre buena, había pasado
 40 por entonces a ser casi infalible. Las bajas entre aquellos hombres de paisano crecían tan de prisa, que los invasores hubieron de abandonar sus posiciones más avanzadas y agruparse a cubierto
 45 intentando idear algún medio de bordear aquel **mortífero seto de aligustre** que con tanto éxito estaba bloqueando el camino que habían de seguir para cumplir con su deber. Por último, mientras algunos de ellos se adentraban en la espesura que cubría la falda de la ladera, que quedaba
 50 justo frente a la entrada y lo suficientemente lejos para estar seguros de que no podía alcanzarle aquel revólver mortífero, otros decidieron intentar bordear el seto asesino.

Para el Konstabel Els empezaba a estar bastante claro que no se trataba de un enfrentamiento a tiros ordinario, sino de algo completamente nuevo en su experiencia como defensor de la ley y el orden. Escuchaba con
 55 tranquila confianza las andanadas que se aplastaban contra los muros del

deadly fatal, pérfido, absoluto, mortífero, funesto

peered out of the gun port that overlooked the Park to make sure that no one had worked his way round behind him, but the Park was clear. He need not have worried. Sir Theophilus had prepared for such an eventuality by constructing an extremely deep ditch which ran between the blockhouses that fringed the Park. As with so many of the Governor's devices this defensive hahā was unexpectedly treacherous and so well camouflaged that anyone approaching it from the road was quite unaware of its existence until he was already impaled on the terrible iron spikes that lined its concrete bottom. The plain-clothes men lost two of their number in the hahā before they gave up the attempt to outflank the concealed blockhouse.

The screams that followed this attempt heartened Konstabel Els who imagined that he had scored two new hits in what he had no doubt were extremely painful portions of the human anatomy. He was a little surprised at his success as he had not fired for several minutes and certainly not in the direction from which the screams came. He decided to check his rear again, and peering out of the gun port that overlooked the Park was just in time to see Kommandant van Heerden leave his hollow and scuttle towards the house with an astonishing turn of speed for a man of his age and sedentary habits. Kommandant van Heerden had also heard the screams that came from the hahā and had reached the frantic conclusion that the time had come to leave the security of his hollow at no matter what cost to life and limb and return to Jacaranda House to try to find out what had happened to the cretinous Luitenant Verkramp.

Whatever the Kommandant's reasons, and they were unknown to Konstabel Els, the sight of his only possible ally scuttling away and leaving him in the lurch convinced the desperate Els that the time had come to use the elephant gun if he were not to die alone and deserted at the hands of the desperados down the road. He could see movement in the bushes on the hillside opposite him and he decided to try a volley there. He mounted the great multi-barrelled rifle in the gun port, aimed at the bushes concealing the plain-clothes men and gently pulled the trigger.

The detonation that followed was of an intensity and had about it a seismic quality which came, when he could pick himself off the floor of the blockhouse where the recoil had thrown him, as a complete surprise to Konstabel Els. Not that he hadn't heard it before, but on that

bunker. De vez en cuando, atisbaba por la tronera que dominaba el parque para cerciorarse de que nadie había logrado dar un rodeo y situarse detrás, pero el parque estaba despejado. Como tantos de los artilugios del gobernador, aquel foso defensivo era inesperadamente traicionero y estaba tan bien camuflado que cualquiera que se aproximase a él desde la carretera no se daba cuenta de su existencia, hasta que ya estaba empalado en las terribles estacas puntiagudas de acero que se alineaban en su fondo de hormigón. Dos de los policías de paisano cayeron allí antes de desistir de su tentativa de bordear el bunker oculto por un flanco.

Los gritos que siguieron a esta tentativa animaron al Konstabel Els, que supuso que había hecho otros dos blancos en lo que estaba seguro que eran partes extremadamente dolorosas de la anatomía humana. Estaba un poco sorprendido de su éxito, pues llevaba varios minutos sin disparar y, desde luego, no lo había hecho en la dirección de la que llegaban los alaridos. Decidió comprobar de nuevo en retaguardia y, mirando por la tronera que dominaba el parque, pudo ver al Kommandant van Heerden abandonar su agujero y dirigirse hacia la casa a una velocidad asombrosa en un hombre de su edad y de sus hábitos sedentarios. El Kommandant van Heerden también había oído los alaridos procedentes del foso y había llegado a la frenética conclusión de que había llegado el momento de abandonar la seguridad del agujero en que se encontraba, costase lo que costase, y volver a la mansión para intentar descubrir qué le había pasado al cretino del Luitenant Verkramp.

Fueran cuales fuesen las razones del Kommandant, y para el Konstabel Els eran desconocidas, el ver a su único aliado posible escapar corriendo y abandonarle en plena lucha, convenció al desesperado Els de que había llegado el momento de utilizar el rifle de cazar elefantes si no quería morir solo y abandonado a manos de aquellos forajidos de la carretera. Veía movimiento entre la espesura, al pie de la ladera, frente a él, y decidió disparar con el rifle en aquella dirección para ver qué pasaba. Montó el gran rifle de cuatro cañones en la tronera, apuntó hacia la espesura donde se ocultaban aquellos individuos de paisano, y apretó el gatillo suavemente.

La detonación subsiguiente fue de una intensidad y tuvo un carácter tan sísmico, que resultó una absoluta sorpresa para el Konstabel Els, en cuanto pudo serenarse y levantarse del suelo del bunker a donde le había arrojado el retroceso. No era que no lo hubiera oído antes, pero había estado un

lurch¹ a) *n* sacudida, tumbo; (*Naut*) bandazo; to give a lurch dar una sacudida or un tumbo b) *vi* [*person*] tambalearse; [*vehicle*] (*continually*) dar sacudidas, dar tumbos; (*once*) dar una sacudida, dar un tumbo; (*Naut*) dar un bandazo; *he lurched in/out* entró/salió tambaleándose; *the bus lurched forward* el autobús avanzó dando tumbos/dando un tumbo

distracted 1 : mentally confused, troubled, or remote
 2 : maddened or deranged especially by grief or anxiety
 1 confuso, perplejo, aturdido, 2 desconsuelo [distress], turbado,

occasion he had been slightly **distracted** by the attentions of the Dobermann. This time he could appreciate the true qualities of the weapon.

5 With a white face and with his eardrums reverberating quite astonishingly, he peered through the gun port and observed his handiwork with a sense of satisfaction that he had never known before, not even on
 10 the day he had shot two kaffirs dead with the same bullet. That had been a triumph. This was a masterpiece.

The four barrels of the elephant gun
 15 erupting simultaneously had opened up a vista before him he would never have believed possible. The great wrought-iron gates of Jacaranda Park lay a twisted and reeking heap of partially molten and totally
 20 unidentifiable metal. The stone gateposts had disintegrated. The boars rampant sculpted in granite that had surmounted the posts would ramp no more, while the roadway, itself bore witness to the heat of
 25 the gases propelling the shells in the shape of four lines of molten and gleaming tarmac which pointed down to what had once been the thick bushes that had obscured his view of his adversaries. Konstabel Els had no
 30 need now to complain that he couldn't see what he was shooting at.

The cover his enemies had used was quite gone. The hillside was bare, barren and scorched and it was doubtful if it would ever regain its original look.
 35 There was no such doubt about the five objects that remained littering the ground. Bare, barren and horribly mutilated, the five plain-clothes policemen who had sought cover from
 40 Els' fire in the bushes needed far more cover now than mere bushes could provide. Dying instantaneously, they had in some sense been luckier than their surviving comrades, some of whom, Els
 45 noted with satisfaction, were wandering about naked and blackened and clearly in a state of mental confusion. Els took advantage of their defenceless and
 50 **shocked** state to wing a couple with his revolver and wasn't very surprised that they seemed to take little notice of these new wounds which were obviously an anti-climax after the ravages of the
 55 elephant gun. The rest of the plain-clothes men who had been spared the effects of the volley, having dragged their naked and **bemused** colleagues out of the way of Els' gratuitous target practice, fell
 60 back down the hill and awaited the arrival of the main convoy before resuming their attack on the privet bush.

shock¹ VT 1 (= *startle*) sobresaltar, asustar 2 (= *affect emotionally*) (= *upset*) conmover, chocar; (= *offend*) escandalizar; **easily shocked** que se escandaliza por nada;

bemused 1 desconcertado, perplejo, stupefied, bewildered, aturdido, absorto, pasmado; 2 planted with a profusion of,

tanto **distraído** en aquella ocasión, a causa de las atenciones del doberman. Esta vez pudo apreciar mejor las verdaderas cualidades del arma.

Con la cara blanca y con los tímpanos reverberando sobrecogedoramente, atisbo por la tronera y contempló su obra con una satisfacción que no había sentido nunca, ni siquiera cuando había liquidado a dos cafres con la misma bala. Aquello había sido un triunfo. Esto era una obra maestra.

Los cuatro cañones del rifle en erupción simultánea habían despejado ante él una vista que jamás el Konstabel Els habría creído posible. El gran portón de la entrada de Jacaranda Park yacía convertido en un montón retorcido y repugnante de metal absolutamente inidentificable y parcialmente fundido. Los pilares de piedra se habían desintegrado. Los jabalíes rampantes esculpidos en granito que coronaban los pilares habían dejado de serlo, mientras que la propia carretera daba testimonio del calor de los gases que impulsaban los proyectiles en forma de cuatro rayas de asfalto fundido y relumbrante que apuntaban hacia lo que eran antes espesas frondas que ocultaban al Konstabel Els la visión de sus adversarios. El Konstabel Els ya no tenía motivos para quejarse de que no podía ver contra qué disparaba.

La protección que habían utilizado sus enemigos, había desaparecido por completo. La ladera de la colina estaba desnuda, yerma y agotada, y era dudoso que volviese a recuperar alguna vez su aspecto primitivo. No había las mismas dudas respecto a los cinco objetos que estaban esparcidos por el suelo. Desnudos, yermos, y horriblemente mutilados, los cinco policías de paisano que habían intentado protegerse del fuego de Els en la espesura, necesitaban cubrirse ya con mucho más que con meras ramas y matorrales. Al morir instantáneamente, habían tenido en cierto modo más suerte que sus camaradas supervivientes, algunos de los cuales, según pudo apreciar satisfecho Els, vagaban por allí desnudos y ennegrecidos y en un manifiesto estado de confusión mental. Els se aprovechó de su indefensión y de su estado de **conmoción** para liquidar a un par de ellos con el revólver y no le sorprendió gran cosa el que parecieran no darse cuenta apenas de las nuevas heridas, que eran, evidentemente, algo inapreciable después de los estragos del rifle de cazar elefantes. El resto de los individuos vestidos de paisano que se habían librado de los efectos de la andanada, tras colocar a sus desnudos y **pensativos** colegas fuera del alcance de las prácticas de tiro de Els, volvieron a situarse al pie de la colina para aguardar la llegada del convoy principal antes de reanudar su ataque contra aquella mata de aligustre.

Standing in the turret of the leading armoured car, Luitenant Verkramp had heard the enormous explosion and had immediately jumped to the conclusion that the magazine at the police barracks had been blown up by saboteurs. Coming as it did in the wake of the chaos and panic that had marked the progress of the convoy through the countryside, it came as no great surprise. But looking down over the town he could see nothing to support this supposition. Piemburgo lay in its quiet and peaceful hollow under a cloudless and azure sky. The only unusual feature he could spot through his binoculars was an unbroken chain of cars moving slowly along the main road from Vlockfontein.

“Funeral down there,” he muttered to himself, and, puzzled by the enormous length of the cortège, wondered what great man had died. It was only when he turned the next corner and saw the tiny group of naked and hysterical plain-clothes men that he realized for the first time that Kommandant van Heerden’s frantic instructions had not after all been unwarranted. Whatever was going on at Jacaranda Park deserved the extraordinary show of force the convoy presented.

He held up his hand and the task force ground to a halt. “What the hell has been going on?” he asked. There was no need to ask what had been coming off. Naked and blackened, the little group of plain-clothes cops presented a pitiful sight.

“Something has been shooting at us,” one of them managed to blurt out at last.

“What do you mean, something?” Verkramp snarled.

“It’s a bush. A bush up by the gateway. Every time anyone goes anywhere near it, it shoots them.”

“A bush? Someone hiding behind a bush you mean. Why didn’t you fire back at them?”

“What the fuck do you think we’ve been doing? And it’s not anyone behind a bush. I’ll take my oath on that. We’ve pumped hundreds of rounds into that fucking bush and it still goes on firing back. I tell you it’s bloody well bewitched, that bush.”

Luitenant Verkramp looked up the road uncertainly. He certainly wasn’t going to fall for any crap about bewitched bushes but on the other hand he could see that something pretty extraordinary had

El Luitenant Verkramp, en lo alto de la tórrela del primer coche blindado, había oído la enorme explosión y había sacado de inmediato la conclusión de que unos saboteadores habían volado el arsenal del cuartel de la policía. Este nuevo suceso, al llegar en la estela del caos y el pánico que habían caracterizado el avance del convoy a través del campo, no constituía ninguna sorpresa. Pero al mirar hacia la ciudad no pudo ver nada que justificase su suposición. Piemburgo yacía allí abajo, en su quieto y pacífico agujero bajo un cielo azul y despejado. Lo único insólito que pudo localizar con los prismáticos fue una cadena ininterrumpida de vehículos que avanzaban lentamente, saliendo por la carretera principal de Vlockfontein.

—Debe haber un funeral allá —murmuró, y, desconcertado por la enorme longitud del cortejo, se preguntó qué gran hombre habría muerto. Pero entonces dobló ya la curva siguiente y vio el pequeño grupo de hombres de paisano desnudos e histéricos y comprendió por primera vez que las instrucciones frenéticas del Kommandant van Heerden tenían, después de todo, causas justificativas. Pasase lo que pasase allá en Jacaranda Park, estaba justificada sin duda aquella extraordinaria exhibición de fuerza que constituía el convoy.

El Luitenant Verkramp alzó la mano y el convoy se detuvo.

—¿Qué diablos ha sucedido? —preguntó.

—No había ninguna necesidad de preguntar qué había sucedido. Desnudos y ennegrecidos, el grupito de policías de paisano presentaba un aspecto lastimoso.

—Algo ha estado disparándonos —logró balbucir al fin uno de ellos.

—¿Qué quiere decir usted con lo de *algo!* —farfulló Verkramp.

—Es un matorral. Un matorral grande que hay junto a la entrada. Cada vez que se acerca alguien, le dispara.

—¿Un matorral? ¿Alguien parapetado en él, querrá decir? ¿Y por qué no abren también fuego ustedes?

—¿Qué diablos se cree que hemos estado haciendo? Y no hay nadie detrás del matorral. Lo juro. Hemos disparado cientos de tiros contra ese matorral maldito y él sigue disparando. Le aseguro que ese matorral está embrujado.

El Luitenant Verkramp alzó la vista hacia la carretera, vacilante. No iba a creerse, desde luego, aquel cuento de matorrales embrujados, pero, por otra parte, comprendía que algo muy extraordinario había

reduced the men to their pitiful condition. It was on the tip of his tongue to say, "You're out of your minds," but since they were out of just about everything else he thought it better not to. The question of morale was important and it had been at the back of his mind ever since they had left the station. One false move now and there would be a panic in the convoy. He decided to set the men an example.

"I want two volunteers," he told Sergeant de Kock and while the Sergeant went off to dragoon two mentally retarded Konstabels into volunteering, Luitenant Verkramp turned back to the plain-clothes men.

"Where is this bush?" he asked.

"Just inside the gateway. You can't miss it." they told him, adding, "And it won't miss you either."

"We'll see about that," muttered the Luitenant and clambering off the Saracen he began to prepare for the reconnaissance. Luitenant Verkramp had attended an antiguerrilla course at Pretoria and was well versed in the art of camouflage. By the time he had finished the three men who began crawling up the ditch towards Konstabel Els' privet bush resembled nothing so much as three small bushes themselves. They were not so well trimmed, it was true, and certainly not so bullet-proof, but whatever else their camouflage served to conceal it was quite impossible to tell even at close range that here were three uniformed men of the South African Police.

40

45

Chapter 6

Kommandant van Heerden had just paused for breath under an oak tree in the middle of Jacaranda Park and was trying to pluck up courage to return to the house when Konstabel Els fired the elephant gun. In the wake of the detonation that followed the Kommandant had his mind made up for him. For one thing a vulture which had been waiting with evident prescience in the branches above him was startled into flight by the roar of the gun and flapped horribly up into the sky. For another the Kommandant readied the immediate conclusion that the company

reducido a sus hombres a una penosa condición. Estuvo a punto de decir «han perdido ustedes el juicio», pero como habían perdido casi todo lo demás, creyó preferible no hacerlo. La cuestión de la moral era importante y lo tenía presente en un rincón de su cerebro desde que habían salido de la comisaría. Un movimiento en falso en aquel momento y se apoderaría el pánico del convoy. Decidió darles un ejemplo.

—Quiero dos voluntarios —le dijo al sargento de Kock; mientras el sargento se fue a obligar a dos konstabels retrasados mentales a que se ofrecieran voluntarios, el Luitenant Verkramp se volvió a los policías de paisano.

—¿Dónde está ese matorral? —preguntó.

—Nada más entrar. Se ve muy bien —le dijeron, añadiendo—: Y también él le verá muy bien a usted.

. —Eso ya lo veremos —murmuró el Luitenant y, saliendo del coche blindado, comenzó a preparar la operación de reconocimiento. El Luitenant Verkramp había hecho un curso antiguerrilla en Pretoria y estaba muy versado en el arte del camuflaje. Cuando terminó, los tres hombres que empezaron a gatear por la zanja hacia el matorral de aligustre del Konstabel Els, parecían, también, ni más ni menos que otros tres matorrales pequeños. No estaban, desde luego, tan bien podados, y no eran, desde luego, inmunes a las balas, pero, prescindiendo de todo lo demás que su camuflaje pudiera ocultar, era absolutamente imposible apreciar, aun a corta distancia, que eran tres hombres uniformados de la policía sudafricana.

6

El Kommandant van Heerden acababa de parar a tomar aliento bajo un roble en medio de Jacaranda Park, e intentaba reunir valor suficiente para volver a la casa, cuando el Konstabel Els disparó el rifle de cazar elefantes. En la estela de la detonación que siguió, el Kommandant se vio forzado a tomar una decisión. Por una parte, un buitre que había estado esperando, con evidente presciencia, encima, en las ramas, se asustó y se lanzó al vuelo por el estruendo del disparo y ascendió aleteando horriblemente hacia el cielo. Por otra, el Kommandant llegó a la inmediata conclusión de que la compañía de Jonathan Hazelstone era

of Jonathan Hazelstone was infinitely less murderous than the holocaust Konstabel Els was generating at the main gate. He left the cover of the tree and raced
5 ponderously towards the house, looking for all the world like the maddened pachyderm the elephant gun had been designed to incapacitate.

Behind him the silence of recent death
10 hung sombrely over Jacaranda Park. Ahead he could just make out the tall elegant figure of Miss Hazelstone standing on the stoep. She was looking **tentatively** up into the cloudless evening sky. As the Kommandant plunged past her into the drawing-room he heard her say, "I thought I heard a clap of thunder just now. I do believe it's going to rain." It was good to be back in a world of sanity, the Kommandant thought, as he dropped limp
20 and exhausted into an easy chair.

Presently Miss Hazelstone turned from her study of the sunset and entered the room. She carried with her an atmosphere
25 of tranquillity and an acceptance of life as it came to her unique, or so it appeared to Kommandant van Heerden, among the people who were living through the events of the afternoon at Jacaranda Park. The same could hardly be said of Konstabel Els.
30 Whatever life was coming his way he certainly wasn't accepting with anything faintly approaching tranquillity. The only consolation Kommandant van Heerden could find was the thought that by the sound
35 of it Els had blown himself and half the neighbouring suburb up.

Miss Hazelstone moved pensively and with an air of gentle melancholy to her
40 wing-backed armchair and seating herself in it turned her face with a look of the profoundest reverence towards a painting that hung above the fireplace.

"He was a good man," she said at last
45 in a low voice.

Kommandant van Heerden followed her gaze and studied the painting. It portrayed a man in long robes and carrying
50 a lantern in his hand at the door of a house, and the Kommandant supposed it to be yet another portrait of Sir Theophilus, painted this time, to judge by the robe he was wearing, while the great man had been serving in India. It was entitled, "The Light
55 of the World", which even the Kommandant for all his admiration of the Viceroy, thought was going a bit far. Still he felt called upon to say something.

60 "I'm sure he was," he said

extraordinariamente menos asesina que el holocausto que estaba organizando en la entrada del parque el Konstabel Els. El Kommandant dejó el abrigo del árbol y corrió pesadamente hacia la casa, pareciéndole al mundo entero el paquidermo enloquecido para cuya incapacitación había sido diseñado aquel rifle de cazar elefantes.

Colgaba tras él sobre Jacaranda Park un silencio de muerte reciente. Delante, pudo divisar la alta y elegante silueta de la señorita Hazelstone, de pie, plantada allí en la *stoep*. La señorita Hazelstone miraba **calculadoramente** el cielo despejado del anochecer. El Kommandant, al pasar como una exhalación para entrar en el salón, la oyó decir: «Me pareció oír hace un momento un trueno. Creo que va a llover.» El Kommandant, mientras se desplomaba exhausto en un sillón, pensó que era agradable volver al mundo de la cordura.

La señorita Hazelstone abandonó su examen del ocaso y entró en la casa. La rodeaba una atmósfera de tranquilidad y aceptación de la vida tal como era para ella, que resultaba única, o al menos así se lo parecía al Kommandant van Heerden, entre las personas que vivían la experiencia de los acontecimientos de aquella tarde en Jacaranda Park. Mal podía decirse lo mismo del Konstabel Els. Fuese lo que fuese lo que la vida le ofrecía, él no estaba aceptándolo, desde luego, con nada que se aproximase vagamente siquiera a la tranquilidad. El único consuelo que podía hallar el Kommandant van Heerden, era pensar que, por el estruendo, Els debía haber perecido también en la explosión junto con la mitad del suburbio contiguo.

La señorita Hazelstone se dirigió pensativa, y con un aire de lánguida melancolía, a su sillón de orejas y, sentándose en él, volvió la cara, con una expresión de profundo respeto, hacia un cuadro colgado sobre la chimenea.

—Fue un hombre bueno —dijo al fin, con voz apagada.

El Kommandant van Heerden siguió su mirada y examinó el cuadro. En él se veía a un hombre de largas vestiduras con una linterna en la mano, a la puerta de una casa, y el Kommandant supuso que se trataba de otro retrato de Sir Theophilus, en esta ocasión pintado, a juzgar por la indumentaria que llevaba, cuando el gran hombre había estado sirviendo en la India. Se titulaba «La luz del mundo», lo cual hasta el Kommandant, pese a toda la admiración que sentía por el virrey, consideraba que era excederse un poco. Aún así, se sintió obligado a decir algo.

—Estoy seguro de que lo fue, sí —

tentative 1 vacilante, cauteloso, incierto, indeciso 2. provisorio, provisional
tentative 1 done by way of trial, experimental. 2 hesitant, not definite (*tentative suggestion; tentative acceptance*).

sympathetically, “and a very great man too.”

Miss Hazelstone looked at the
5 Kommandant gratefully and with new respect.

“I had no idea,” she murmured.

“Oh, I practically worship the man,”
10 the Kommandant continued, adding as an afterthought, “He knew how to handle the Zulus all right,” and was surprised when Miss Hazelstone began to sob into her handkerchief. Taking her tears to
15 be a further indication of her devotion to her grandfather, van Heerden ploughed on.

“I only wish there were more of his
20 sort about today,” he said, and was gratified to notice Miss Hazelstone once more gazing at him gratefully over her handkerchief. “There wouldn’t be half the trouble there is in the world today if he were back.” He was about to say,
25 “He’d hang them by the dozen,” but he realized that hanging wasn’t a tactful subject to bring up considering the likely fate of Miss Hazelstone’s own brother, so he contented himself by adding, “He’d
30 soon teach them a thing or two.”

Miss Hazelstone agreed. “He
would, oh, he would. I’m so glad,
Kommandant, that you of all people
see things his way.”
35

Kommandant van Heerden couldn’t quite see the need for her emphasis. It seemed only natural that a police officer would want to follow Sir Theophilus’
40 methods of dealing with criminals. After all, Judge Hazelstone hadn’t sucked his known preference for hanging and flogging out of his thumb. Everyone knew that old Sir Theophilus had made it his duty to see that young William
45 early developed a taste for corporal punishment by inflicting it on the boy from the day he was born. The thought of duty recalled the Kommandant to his own distasteful task, and he realized that
50 this was as good a moment as any to break it to her that he knew that Fivepence had been murdered not by her, but by her brother Jonathan. He rose from his chair and relapsed into the formal jargon of his office.
55

“I have reason to believe...” he began, but Miss Hazelstone wouldn’t let him continue. She rose from her chair and gazed up at him enraptured, a reaction van
60 Heerden had hardly expected and certainly

dijo afablemente—. Y un gran hombre, además.

La señorita Hazelstone miró al Kommandant agradecida y con nuevo respeto.

—No tenía idea —murmuró.

—Oh, yo adoro prácticamente a ese hombre —continuó el Kommandant, añadiendo, como coletilla—: Sabía muy bien cómo hay que manejar a los zulúes.

El Kommandant se quedó sorprendido al ver que la señorita Hazelstone comenzaba a gemir en el pañuelo. Creyendo que las lágrimas eran un indicio más de la devoción que sentía por Su abuelo, Van Heerden prosiguió:

—Ojalá hubiera más personas como él en estos tiempos —dijo, y le gratificó apreciar que la señorita Hazelstone le miraba de nuevo agradecida por encima del pañuelo—. Si estuviera él aquí, no habría ni la mitad de los problemas que hay en el mundo moderno.

El Kommandant había estado a punto de decirle «los ahorcaría a docenas», pero comprendió que mencionar la horca no era correcto considerando el probable destino que le aguardaba al propio hermano de la señorita Hazelstone, así que se contentó con añadir:

—Les enseñaría cuatro cosas, sí, si estuviera vivo.

La señorita Hazelstone se mostró de acuerdo con esto.

—Sí que lo haría, oh, sí. Me alegra tanto, Kommandant, que usted precisamente vea las cosas de ese modo...

El Kommandant van Heerden no podía entender del todo por qué la señorita Hazelstone insistía en esto. Parecía muy natural que un funcionario de policía deseara seguir los métodos de Sir Theophilus para tratar a los delincuentes. Después de todo, el juez Hazelstone había aprendido de su propio padre, y de ese aprendizaje procedía su preferencia por la horca y la flagelación como medidas penales. Todos sabían que el viejo Sir Theophilus había considerado su deber procurar que el joven William adquiriese un gusto por el castigo corporal infligiéndoselo desde el día mismo de su nacimiento. Al pensar en el deber, el Kommandant se acordó de su propia y desagradable tarea, y consideró que aquél era un buen momento para decirle a la señorita Hazelstone que él sabía que Cinco Peniques no había sido asesinado por ella, sino por su hermano Jonathan. El Kommandant se levantó de su asiento y recurrió de nuevo a la jerga oficial de su profesión.

—Tengo motivos para creer... —comenzó, pero la señorita Hazelstone no le permitió seguir. Se levantó de su asiento y le miró extasiada, una reacción que Van Heerden no esperaba, ni mucho menos, y que no podía, desde luego, ad-

couldn't admire. After all, the fellow was her own brother, and only an hour before she had been willing to confess to the murder herself just to shield him.

5 He began again, "I have reason to believe—"

"Oh, so have I. So have I. Haven't we all?" and this time Miss Hazelstone gathered the Kommandant's large hands into her own tiny ones and gazed into his eyes. "I knew it Kommandant, I knew it all the time."

15 Kommandant van Heerden needed no telling. Of course she had known about it all the time, otherwise she wouldn't have been covering up for the brute. To hell, he thought, with formalities. "I suppose he's still upstairs in the bedroom," he said.

The expression on Miss Hazelstone's face suggested a certain wonder which the Kommandant assumed must be due to her sudden recognition of his talents as a detective.

"Upstairs?" she gasped.

30 "Yes. In the bedroom with the pink floral bedspread."

Miss Hazelstone's astonishment was obvious. "In the pink bedroom?" she stammered, backing away from him.

35 "He's not a very pleasant sight, I'm afraid," the Kommandant went on. "He's as drunk as a lord."

40 Miss Hazelstone was verging on hysteria. "As the Lord?" she managed to gasp at last.

"Soused," continued the Kommandant. "Blind drunk and covered with blood. Guilt's written all over him."

Miss Hazelstone could stand no more. She made for the door but Kommandant van Heerden was there before her.

50 "Oh no you don't. You're not going upstairs to warn him," he said. "He's got to take what's coming to him." Kommandant van Heerden had private doubts if the fellow was still upstairs. Even a blind drunk must have been jerked awake by that explosion. Still the man was a maniac and one never knew with lunatics. Their actions were likely to be unpredictable. There were symptoms too, he now noticed, of irrationality and

mirar. Después de todo, el tipo era su propio hermano y hacía sólo una hora que se había mostrado dispuesta a confesarse autora del delito sólo para protegerle.

El Kommandant empezó de nuevo: —Tengo razones para creer...

—Oh, yo también. Yo también las tengo. ¿Acaso no las tenemos todos? —y esta vez la señorita Hazelstone cogió entre sus manos pequeñas las enormes del Kommandant y le miró a los ojos—. Lo sabía, Kommandant, lo supe desde el principio.

El Kommandant van Heerden no necesitaba aclaraciones. Por supuesto que ella lo había sabido todo desde el principio. Porque de lo contrario, no habría encubierto a aquel animal. Al diablo las formalidades, pensó.

—Supongo que sigue aún arriba, en el dormitorio —dijo.

La expresión de la señorita Hazelstone indicaba cierto asombro, que el Kommandant supuso debido a que de pronto reconocía el talento de él como detective.

—¿Arriba? —balbució ella.

—Sí. En el dormitorio del cobertor de flores rosas.

El asombro de la señorita Hazelstone era patente. —¿En el dormitorio rosa? —balbució, retrocediendo y alejándose de él.

—No es un espectáculo muy agradable, me temo —continuó el Kommandant—. Allí está borracho perdido el señor.

La señorita Hazelstone bordeaba la histeria. —¿El Señor? —logró balbucir al fin.

—Cargado, sí —continuó el Kommandant—. Borracho perdido y cubierto de sangre. Sangre que proclama su culpabilidad.

La señorita Hazelstone ya no pudo soportar más. Se dirigió hacia la puerta, pero el Kommandant van Heerden llegó allí antes que ella.

—Oh no, no subirá usted a prevenirle —dijo—. Tendrá que aceptar el castigo que se merece.

El Kommandant van Heerden dudaba interiormente de si el tipo estaría aún arriba o no. Hasta un individuo borracho perdido tenía que haberse despertado violentamente a consecuencia de la explosión. Aún así, aquel tipo era un maníaco y con los lunáticos nunca se sabe. Sus reacciones debían ser, sin duda impredecibles. Había síntomas, además, como ahora se daba cuenta, de irracionalidad e

unpredictability in Miss Hazelstone's behaviour, and signs that she could behave in a manner neither sweet nor gentle.

5 "Come, come, my dear Miss Hazelstone. There are some things we must learn to accept," he said reassuringly, and as he said it, Miss Hazelstone knew only one thing for certain, that nothing on God's earth would persuade her to come
10 anywhere within striking distance of this fat perspiring policeman who thought that Jesus Christ was lying dead drunk and covered with blood upstairs in the pink floral bedroom. There might be, she
15 conceded generously, certain irrational tendencies in her own psyche, but they were as nothing to the inescapable symptoms of insanity that the Kommandant was displaying. She sprang back from him white and gibbering and, seizing an ornamental
20 scimitar that hung on the wall, held it above her old grey head in her two hands.

Kommandant van Heerden was taken totally by surprise. One moment he had
25 been confronted by a dear old lady who held both his hands in hers and gazed tenderly up into his face, and the next she had turned herself into a dancing **dervish** evidently intent on slicing him in half with a terrible knife.

"Now, now," he said, unable to adjust his pattern of speech to his new and terrifying predicament. A moment later it was clear that Miss Hazelstone had taken
35 his "Now, now" as an indication that he wanted his death to be immediate. She was moving crablike towards him.

Miss Hazelstone was, in fact, trying to reach the door into the hall. "Stand aside,"
40 she ordered, and the Kommandant, anxious to avoid causing her the slightest pretext for bifurcating him with the scimitar, leapt to one side, colliding as he went with a large Chinese pot which toppled from its stand
45 and crashed to the floor. For a second time the expression on Miss Hazelstone's face **demonstrated** that capacity for rapid change the Kommandant had already noticed. Now she was
50 clearly mad with rage.

"The Ming! The Ming!" she yelled and brought the scimitar crashing down from above her head. But Kommandant van Heerden was no longer there. He was
55 charging across the room leaving in his wake the shattered art treasures of several millennia of Chinese history.

As he plunged across the verandah he
60 could still hear Miss Hazelstone screaming

impredicibilidad en la conducta de la señorita Hazelstone, e indicios de que podría comportarse de un modo ni amable ni dulce.

—Vamos, vamos, mi querida señorita Hazelstone. Hay ciertas cosas que debemos aprender a aceptar —dijo, tranquilizadora— mente; y, al decirlo, la señorita Hazelstone sólo supo una cosa segura, que nada de este mundo la convencería de que se acercase a aquel policía gordo y sudoroso que creía que Jesucristo estaba borracho perdido y cubierto de sangre en el dormitorio rosa de flores. Podría haber, concedía ella generosamente, ciertas tendencias irracionales en su propia psique, pero no eran nada comparadas con los innegables síntomas de locura que manifestaba el Kommandant. La señorita Hazelstone retrocedió apartándose de él de un salto, pálida, farfullando, y asiendo una cimitarra ornamental que colgaba en la pared, la blandió por encima de su cabeza canosa con ambas manos.

Esto cogió desprevenido del todo al Kommandant van Heerden. "Unos momentos antes aquella dama encantadora le había cogido las manos y le había mirado tiernamente a los ojos y ahora, de pronto, se convertía en un **derviche** danzante que se proponía, evidentemente, partirle por la mitad con un terrible cuchillo.

—Vamos, vamos —dijo, incapaz de ajustar su lenguaje a aquella situación nueva y aterrador. Al cabo de unos instantes, era evidente que la señorita Hazelstone había tomado aquel «vamos, vamos» como indicación de que deseaba una muerte inmediata. La señorita Hazelstone avanzaba hacia él lentamente.

La señorita Hazelstone pretendía, en realidad, llegar a la puerta que daba al vestíbulo.

—Apártese —ordenó, y el Kommandant, que no quería proporcionarle pretextos alguno para bifurcarlo con la cimitarra, se hizo a un lado de un salto, tropezando al hacerlo con un gran jarrón chino colocado sobre un pedestal, que cayó al suelo hecho añicos. La expresión de la señorita Hazelstone **demonstró**, por segunda vez, esa capacidad para el cambio rápido que había apreciado ya el Kommandant. Ahora la señorita Hazelstone estaba claramente enloquecida de cólera.

—¡El Ming! ¡El Ming! —gritó blandiendo y esgriemiendo la cimitarra. Pero el Kommandant van Heerden no estaba ya allí. Corría cruzando la habitación y dejando en su estela los fragmentados tesoros artísticos de varios milenios de historia china.

Mientras recorría la galería, pudo oír aún a la señorita Hazelstone gritándole a

dervish *an ascetic Muslim monk; a member of an order noted for devotional exercises involving bodily movements*

derviche. m. Entre los mahometanos, especie de monje.

1 : a member of a Muslim religious order noted for devotional exercises (as bodily movements leading to a trance) **2** : one that whirls or dances with or as if with the abandonment of a dervish

to her brother.

“The Ming! The Ming!” she yelled and judging the Ming to be some indescribably powerful weapon hanging ready to hand on the wall of the gallery, the Kommandant raced across Jacaranda Park yet again, but this time in the direction of the sound of renewed gunfire at the gate, a sound he now welcomed as indications of normal healthy violence. And as he ran, he thanked his lucky stars that dusk was already turning into night, to obscure the path of his flight.

smirk I *n.* 1 sonrisa llena de suficiencia o afectación *n.* an affected, conceited, or silly smile; mueca burlona. *v.intr.* put on or wear a smirk or a smirk silly.

The first indication that Konstabel Els, still **smirking** at the effects of his marksmanship, had that several new factors had entered the little patch of Western civilization he was defending so manfully, came as dusk began to fall over the Park's contorted gates. He was just having a swig of Old Rhino Skin brandy to keep out the night chill, when he heard a strange scratching noise outside. He thought at first that a porcupine was scratching itself against the armoured door of the blockhouse, but when he opened it there was nothing outside, while the sounds were getting closer. They seemed to emanate from a hedge down the road, and he had just begun to think that they could only be explained by supposing that a rhinoceros suffering from impetigo was seeking relief from its irritation by rolling in a thorn tree when he saw three remarkably agile agglomerations of vegetable matter scuttle across the road. Evidently the next attack was about to begin.

Konstabel Els sat back and considered the position. He had repelled one attack with his revolver. He had decimated a second with the elephant gun. It was time, he felt, to go over to the offensive. In the deepening dusk Konstabel Els left the shelter of the blockhouse, and clutching his revolver crawled silently towards his attackers, whose polyphonic progress drowned any slight noises he might make.

By the time Luitenant Verkramp and his two volunteers had crawled three-quarters of a mile to the top of the hill, Verkramp had begun to wish that he had come up in the armoured car after all, and to doubt the value of the whole exercise. It was already so dark that while he might not be able to miss the bush that was giving so much trouble, he probably wouldn't be able to see it. His hands were scratched and torn, and he had come within spitting distance of two puff-adders and a cobra, which had been an undoubted tribute to his skill in

su hermano.

—¡El Ming! ¡El Ming! —gritaba y, juzgando que el Ming debía ser algún arma indescribiblemente potente, que colgaba en la pared de la galería, el Kommandant se lanzó a la carrera por Jacaranda Park una vez más, pero ésta en dirección al estruendo de tiroteo renovado que llegaba de la entrada, sonido al que ahora daba la bienvenida como indicio de una violencia sana y natural. Y, mientras corría, daba gracias a la buena suerte que tenía de que el anochecer estuviera ya convirtiéndose en noche, y que oscureciese la ruta de su fuga.

El primer indicio que tuvo el Konstabel Els, que aún sonreía satisfecho ante los efectos de su puntería, de que se habían introducido varios factores nuevos en la pequeña parcela de civilización occidental que tan virilmente estaba defendiendo, le llegó cuando comenzaba a caer la oscuridad sobre las cancelas retorcidas del parque. Estaba tomando en aquel momento un trago de coñac Old Rhino Skin para combatir el fresco de la noche, cuando oyó fuera un ruido rasposo y extraño. Al principio, pensó que era un puercoespín que se estaba rascando contra la puerta blindada del bunker, pero luego la abrió y no había nada fuera, y, sin embargo, los sonidos persistían, acercándose además. Parecían proceder de un seto que había al fondo de la carretera, y había empezado a pensar que sólo podían explicarse suponiendo que un rinoceronte que padeciese impétigo intentase aliviarse de su irritación rozándose contra un espino, cuando vio tres aglomeraciones notablemente ágiles, de materia vegetal que cruzaban la carretera. Evidentemente, estaba a punto de iniciarse el ataque siguiente.

El Konstabel Els se sentó y consideró la situación. Había rechazado un ataque con el revólver. Había diezmado un segundo con el rifle de cazar elefantes. Era hora, creía, de pasar a la ofensiva. En la oscuridad, cada vez más intensa, el Konstabel Els dejó el cobijo del bunker y, revólver en mano, se arrastró sigilosamente hacia sus atacantes, cuyo polifónico avance ahogaba cualquier leve ruido que pudiera hacer él.

Cuando el Luitenant Verkramp y sus dos voluntarios habían recorrido a rastras unos quinientos metros, hasta llegar a la cima del cerro, Verkramp había empezado a pensar que ojalá se hubiera subido al vehículo blindado y a dudar del valor real de toda aquella operación. Estaba ya tan oscuro que, aunque no podría perder de vista el matorral que tantos problemas estaba causando, probablemente no sería capaz de verle. Tenía las manos llenas de cortes y arañazos, y había estado a punto de pisar dos víboras y una cobra, lo cual había sido un tributo indudable a su capacidad de camuflaje, pero sin el que

camouflage, but one that he could well have done without. He had never realized before what a profusion of wild life there was in the hedgerows of Piemburgo.

5 The spider that had bitten him on the nose as he tried to disentangle himself from its web had been of a size and malevolence he would never have believed possible if he hadn't seen it with
10 his own one eye, the other being obscured by the spider's three feet which it had fastened there to give it a good foothold while it injected 50 cc of toxic venom into his left nostril. He had almost turned back
15 at that point because the poison spread so fast and with such evident effect that even after the giant spider had been good enough to let go of his cornea he still couldn't see out of it. That side of his face
20 was pulsating alarmingly and his sinus appeared to be filled with some caustic liquid. Realizing that the expedition must proceed with some urgency before his breathing apparatus seized up for good, Luitenant Verkramp and his two men
25 crashed on through the infested undergrowth towards their quarry.

Konstabel Els, crawling with less haste and more anonymity, had, in the meantime, discovered Sir Theophilus' terrible haha
30 and had observed with considerable satisfaction its effects on its latest victims. Els lay back in the grass and debated some further means of satisfying the clearly insatiable appetite of this offspring of Sir
35 Theophilus' anxiety. The sounds reaching him from the hedgerow seemed to indicate that his enemies were already suffering some trepidation. To the sounds of breaking twigs that had accompanied their progress
40 were now added the occasional whimper and what appeared to be chronic catarrh. Konstabel Els waited no longer. Crawling soundlessly he avoided the murderous haha and stationed himself in the grass beside the road.
45

To Luitenant Verkramp crawling doggedly in the hedge nothing seemed ominous or unusual. His nose was giving him trouble, it was true, and the spider's
50 venom had spread alarmingly so that now his eyes were playing him up and now his ears, but if his interior world was full of flashing lights and strange drumming noises, outside all seemed peaceful and quiet. The night was dark, but overhead
55 the stars shone and the lights of Piemburgo in the valley below gave to the sky an orange glow. The lights of Jacaranda House twinkled invitingly across the Park. Crickets sang and the distant
60 murmur of traffic wafted gently to him

habría podido pasar perfectamente. Nunca había caído en la cuenta de la profusión de vida salvaje que había en los setos vivos de Piemburgo.

La araña que le había picado en la nariz cuando intentaba librarse de su tela era de un tamaño y una malevolencia que jamás habría creído posibles si no lo hubiera visto con su propio ojo, pues el otro lo tenía bloqueado por las tres patas de la araña, que ésta había posado allí para tener un buen asidero mientras le inyectaba en la fosa nasal izquierda cincuenta centímetros cúbicos de veneno. Había estado a punto de dar la vuelta y retroceder en ese momento, porque el veneno se expandió tan rápido y con efecto tan evidente que, incluso después de que la araña gigante fuera lo bastante bondadosa como para apartarse de su córnea, aún le resultaba imposible ver. Aquel lado de la cara le palpitaba alarmantemente y era como si tuviera la fosa nasal llena de un líquido cáustico. Dándose cuenta de que la expedición debía avanzar con cierta urgencia antes de que se le atascara definitivamente el sistema respiratorio, el Luitenant Verkramp y sus dos hombres continuaban recorriendo estrepitosamente la maleza infectada hacia su presa.

El Konstabel Els, arrastrándose con menos prisa y más anonimato, había descubierto, en el ínterin, el terrible foso de Sir Theophilus y había contemplado, con notable satisfacción, sus efectos en sus últimas víctimas. Els yacía de espaldas en la yerba y rebatía posteriores medios de satisfacer el apetito claramente insaciable de aquella consecuencia del nerviosismo y la angustia de Sir Theophilus. Los sonidos que llegaban a él del seto vivo, parecía indicar que sus enemigos sufrían ya cierto azoramiento. A los sonidos de las ramitas quebrándose que habían acompañado su avance se añadían ahora el gimoteo intermitente y lo que parecía catarro crónico. El Konstabel Els no esperó más. Arrastrándose en silencio, evitó el foso asesino y se situó en la yerba junto a la carretera.

Para el Luitenant Verkramp, que se arrastraba tenazmente por el seto, nada parecía amenazador ni insólito. La nariz le planteaba problemas, cierto, y el veneno de la araña se había extendido alarmantemente, de modo que ahora le bailaba la vista y también le jugaba malas pasadas el oído, pero aunque su mundo interior estuviera lleno de luces relampagueantes y extraños sonidos y tamborilees, fuera todo parecía pacífico y tranquilo. La noche estaba oscura, pero arriba, en el cielo, brillaban las estrellas, y abajo, en el valle, brillaban las luces de Piemburgo, dando un extraño brillo anaranjado al cielo. Las luces de la mansión de Jacaranda Park parpadeaban invitadoras al fondo del parque. Cantaban grillos y el lejano murmullo del tráfico de la ca-

from the Vlockfontein road. Nothing in the world prepared Luitenant Verkramp for the horror that was to strike him so suddenly.

5 Not that anything struck him physically. It was worse than that. There was an almost spiritual quality about the scream that exploded in his damaged ear, and about the appallingly crooked and malignant shape
10 that suddenly loomed above him. He couldn't see what it was. He knew only its disgusting breath and with it a banshee yell, malignant beyond belief, and coming, he had no doubt at all, from the very depths
15 of hell. Any doubts Luitenant Verkramp had entertained about the story of the bewitched bush disappeared in a trice, and in another trice Verkramp, hurling himself sideways, dropped into the very pit of hell he suspected the scream came from.

20 Lying impaled on the iron spikes at the bottom of the haka, his screams echoing across the Park, Luitenant Verkramp, half dead with fear and
25 pain, stared upwards and knew himself eternally damned. In his delirium he saw a face peer down into his grave, a face diabolically satisfied: the face was the face of Els. Luitenant
30 Verkramp passed out.

His two companions had by that time reached the foot of the hill. They had fled, leaving behind them not only the Luitenant but a trail of leaves, branches, helmets, and
35 all the impedimenta of their profession. They need not have hurried. The news of the encounter had preceded them. Konstabel Els' yell, terrible even
40 diminishing, had wafted like some fearful confirmation of doom to the cars that still jammed the Vlockfontein road.

The policemen **lounging** by the lorries and armoured cars grew rigid at its **import**. Men who had been erecting some of the rabies and bubonic
45 plague billboards stopped work and stared into the darkness trying to make out what new horror had sprung from the deadly bush. Even the guard dogs cringed at the sound.
50 And in the middle of Jacaranda Park, Kommandant van Heerden, in terror of his life from the Ming, halted involuntarily at the sound. No one who heard that scream was ever likely to forget it.

55 If Konstabel Els had been astounded at the effect of the elephant gun, he was even more astounded at the results of his experiment in psychological warfare. His imitation of the awakened dead had borne
60 fruit among his vegetable enemies to an

rretera de Vlockfontein llegaba flotando suavemente hasta él. Nada del mundo preparaba al Luitenant Verkramp para el horror que iba a caer sobre él tan bruscamente.

No es que le golpease nada materialmente. Fue peor que eso. El chillido que estalló en su oído dañado y aquella silueta maligna y asombrosamente retorcida que se perfiló de pronto sobre él tenían una cualidad casi espiritual. El Luitenant Verkramp no podía ver lo que era. Sólo pudo apreciar su aliento repugnante y con él le llegó un aullido espectral, de increíble malevolencia, y que procedía, no le cabía duda alguna, de las profundidades mismas del infierno. Cualquier duda que pudiera haber albergado sobre la historia del matorral embrujado se esfumó instantáneamente e, instantáneamente también, Verkramp cayó de costado en el pozo mismo del infierno del que sospechaba que procedía el chillido.

Empalado en las puntiagudas estacas de acero que había en el fondo de la fosa, sus gritos retumbando por el parque, el Luitenant Verkramp, medio muerto de miedo y dolor, miró fijamente hacia arriba sabiéndose eternamente condenado. Vio en su delirio un rostro que atisbaba contemplando su tumba, un rostro que tenía una expresión de satisfacción diabólica: y era el rostro de Els. El Luitenant Verkramp perdió el conocimiento.

Sus dos compañeros habían llegado por entonces al pie de la colina. Habían huido, dejando atrás no sólo al Luitenant sino un rastro de hojas, ramas, cascos y toda la impedimenta de su profesión. No tenían por qué haberse apresurado tanto. Las noticias del choque les habían precedido. El grito del Konstabel Els, terrible e incluso en *diminuendo*, había llegado como confirmación temible de fatalidad hasta los coches que aún seguían atascados en la carretera de Vlockfontein.

Los policías que **haraganeaban** junto a los camiones y los coches blindados, se pusieron tensos **pensando en lo que podía significar**. Los hombres que habían estado colocando los carteles de la rabia y de la peste bubónica dejaron de hacerlo y miraron hacia la oscuridad, intentando ver qué nuevo espanto había surgido de aquel matorral mortífero. Hasta los perros policía se encogieron al oírlo. Y en medio de Jacaranda Park, el Kommandant van Heerden, aterrado por el Ming, se detuvo involuntariamente al oírlos. Era poco probable que quienes oyeron aquel grito lo olvidasen un día.

Si el Konstabel Els se había quedado perplejo ante los efectos del rifle de cazar elefantes, se quedó aún más perplejo ante los resultados de sus experimentos en guerra psicológica. Su imitación de los muertos resucitados había dado fruto entre sus

lounging indolente
lounge 1 recline comfortably and casually; loll, repantigarse. 2 stand or move about idly. Holgazanear, gandulear, zascandilear

import what is implied, sense, importance, meaning, purport, transcendence

grin : mueca o contorsión del rostro 1 a facial expression characterized by turning up the corners of the mouth; usually shows pleasure or amusement
 2 to draw back the lips and reveal the teeth, in a smile, grimace, or snarl.
 1 *intr.* a smile broadly, showing the teeth, smiled toothily, unrestrained, or stupid smile.
 2 *tr.* express by grinning (*grinned his satisfaction*). Sonreír abiertamente: *the little boy grinned from ear to ear*, el pequeño sonreía de oreja a oreja.
Sonreír con algún tipo de una mueca (desdenosa, burlona, etc.)

extent he wouldn't have believed possible, but as he stood listening to the ebbing screams from the ditch, a momentary shadow of doubt crossed his mind. There was something about those screams, something about their tone that was vaguely familiar. He went over to the haha and peered down, and was just able to make out through the foliage that covered it, a face, and again there was something familiar about the face. If it hadn't been for the bulbous nose and the puffed-up cheeks, he might have thought it was Luitenant Verkramp down there. He **grinned** to himself at the thought of the Luitenant lying on those spikes. Serve the bastard right if he had been down there for keeping him hanging around all night when he should have been relieved hours ago, he thought as he entered the blockhouse.

He took another swig of brandy and was just putting the bottle back in his hip pocket when he heard a sound that sent him hurrying to the gun port. Something was coming up the road. Some vehicle, and a touch of familiarity caught his ear. It sounded for all the world like a Saracen armoured car. "About bloody time too," Els thought, as the headlights swung round the corner and lit up for a second the bodies lying on the hillside opposite. A moment later a fresh light was thrown on the scene. A searchlight probed through the night and turned the privet hedge into one brilliant spot in an otherwise dark world.

"All right, you bastards, enough's as good as a fucking feast," Els yelled into the night, and before he could say more the privet hedge began to disintegrate around his shelter. As the bullets tore into the blockhouse walls and the gun port was aflame with tracer bullets, Els knew that he was about to die. This wasn't the relief he expected. In one last desperate move to avert tragedy, Konstabel Els aimed the elephant gun at the armoured car. He held his fire until the Saracen was only ten yards from the gate and then pulled the trigger. Again and again he fired, and with a mixture of awe and satisfaction saw, silhouetted against the searchlight, the great armoured vehicle **grind** to a halt and begin to disintegrate. Its guns were silenced, its tyres were shreds of rubber and its occupants trickled gently but persistently through a hundred holes drilled in its sides. Only one man was even capable of trying to leave the thing and as he emerged convulsively from the turret-top, Els saw with appalling clarity the familiar uniform and cap of the South African Police. The body slumped back inside the turret, and Els, understanding dimly for the first time

enemigos vegetales hasta extremos que él no habría creído posibles, pero mientras estaba allí escuchando los aullidos manguantes que llegaban del foso, cruzó su pensamiento una momentánea sombra de duda. Había algo en aquellos gritos, algo en su tono, que era vagamente familiar. Se asomó al foso y miró, y a través del follaje que lo cubría, pudo distinguir un rostro, y también en aquel rostro había algo familiar. De no haber sido por la nariz bulbosa y los carrillos hinchados, podría tratarse perfectamente del Luitenant Verkramp. **Sonrió** ante la idea del Luitenant empalado allá al fondo del foso. Se lo merecía, el muy cabrón, por hacerle andar trajinando por allí toda la noche cuando debería haber estado libre de servicio hacía ya horas, pensó, mientras entraba en el bunker.

Bebió otro trago de coñac y estaba guardándose la botella de nuevo en el bolsillo, cuando oyó un ruido que le hizo asomarse a toda prisa a la tronera. Algo subía por la carretera. Un vehículo, y su oído captó un ruido familiar. Parecía, sin lugar a dudas, un coche blindado Saracen. «Ya era hora, demonios», pensó Els, cuando los faros rodearon la curva e iluminaron por un segundo los cuerpos que yacían en la ladera opuesta. Al cabo de un momento iluminó la escena una luz nueva. Un foco escudriñaba la noche convirtiendo el seto de aligustre en un punto brillante, en un mundo por lo demás oscuro.

—Está bien, cabrones, ahora veréis lo que es bueno —gritó Els en la noche, y antes de que pudiera decir más, el seto de aligustre comenzó a desintegrarse alrededor de su refugio. Mientras las balas mordían los muros del bunker y la tronera se inflamaba de balas trazadoras, Els se dio cuenta de que estaba a punto de morir. Aquello no era el relevo que esperaba él. En un último intento desesperado de eludir la tragedia, el Konstabel Els apuntó al coche blindado con el rifle de cazar elefantes. No disparó hasta que el coche estuvo a sólo diez metros de la entrada; entonces apretó el gatillo. Disparó una y otra vez y vio, con una mezcla de asombro y satisfacción, que el gran vehículo blindado, perfilado a la luz del foco, se detenía _____ y empezaba a desintegrarse. Sus cañones enmudecieron, los neumáticos se convirtieron en harapos de goma y los ocupantes se escurrieron suave y persistentemente a través de un centenar de agujeros practicados en sus costados. Sólo un hombre fue capaz aún de intentar abandonar el vehículo, y cuando emergió convulsivamente por la tórrela, Els vio con asombrosa claridad el uniforme familiar y la gorra de la policía sudafricana. El cuerpo cayó de nuevo al interior de la torreta y Els, comprendiendo confu-

the enormity of his offences, knew himself but a stone's throw from the gallows. He fired his last shot. The searchlight exploded into darkness and Els, with desperate energy, gathered up all evidence of his recent occupation and stumbled out of the blockhouse and dragging his awful accomplice, sneaked off across the Park.

Behind him the armoured colander burst into flames and as Els hurled himself towards Jacaranda House the night sky was bright with the flames and the delicate tracery of exploding ammunition.

15

20

Chapter 7

7

In Jacaranda House, Jonathan Hazelstone was singing in his bath. He was wearing a rubber bathing-cap to protect his delicate ears from the water, and partly because of the cap and partly because he was rather deaf, he was singing rather more loudly than he imagined. As a result he heard nothing of the noises of battle that accompanied his rendering of Onward Christian Soldiers. Around him the pink water eddied and **swirled**, assuming strange intricate patterns as the percussion of the elephant gun reached it. But Jonathan Hazelstone had no time for observing such trifles. His mind was preoccupied with his own **shortcomings**. Shame and a guilty pride at his own achievement mingled in his thoughts and over them both there hung the awful remembrance of things past.

He tried to put the dreadful business out of his mind but it came back insistently. Still, in spite of his remorse he had to smile to himself a little. After all, he thought, there couldn't be many men still alive who could say that they had done what he had and got away with it. Not that he was given to boastfulness, and he certainly was not going to go about broadcasting his deed. On the other hand he had been provoked quite horribly, and in the event he felt that his action had to some extent been excusable. "Old Rhino Skin", he thought, and shuddered, and was about to remind himself that he must tell the cook never to use the **beastly** stuff for cooking again, when he remembered that there was in fact no cook to tell.

samente por primera vez la enormidad de sus acciones, se vio de pronto al borde de la horca. Disparó el último tiro. El foco estalló en la oscuridad y, con desesperada energía, Els recogió todas las pruebas de su reciente ocupación y salió tambaleante del bunker y, arrastrando a su terrible cómplice, se lanzó a cruzar furtivamente el parque.

Tras él estalló en llamaradas el colador blindado y, mientras Els corría a toda prisa hacia la casa, el cielo de la noche se iluminó con las llamas y las delicadas tracerías de las municiones que estallaban.

En la mansión de Jacaranda Park, Jonathan Hazelstone estaba cantando en la bañera. Llevaba un gorro de goma para proteger sus oídos delicados del agua, y, debido en parte al gorro y en parte a su considerable sordera, cantaba bastante más alto de lo que él creía. En consecuencia, no oyó nada del estruendo bélico que acompañó a su interpretación de *Adelante soldados cristianos*. El agua rosada remolineaba y **se agitada a su alrededor** y adoptaba extrañas formas intrincadas cuando le alcanzó la onda del rifle de cazar elefantes. Pero Jonathan Hazelstone no tenía tiempo para pararse en tales naderías. Tenía el pensamiento centrado en sus propias **faltas**. La vergüenza y un orgullo culpable por su propio triunfo se mezclaban en sus pensamientos y pesaba sobre ambos el espantoso recuerdo de lo que había pasado.

Intentaba quitarse de la cabeza aquel horrible asunto, pero volvía insistente. Aun así, a pesar del remordimiento, tuvo que sonreír un poco para sí. Después de todo, pensaba, no podía haber muchos hombres aún vivos que pudieran decir que habían hecho lo que él sin que les sucediera nada. No es que fuese dado a la presunción, y, desde luego, no iba a andar pregonando su hazaña. Por otra parte, había sido provocado de un modo horrible, y en realidad consideraba su acción excusable, en cierta medida. «Oíd Rhino Skin», pensó, y se estremeció y ya estaba a punto de recordarse que debía decirle al cocinero que no utilizase nunca aquel líquido **espantoso** para cocinar, cuando recordó que en realidad no había ya ningún cocinero al que decírselo.

swirl vi. [*water, dust, mist*] arremolinarse; [*person*] dar vueltas, girar
v.intr. & tr. move or flow or carry along with a whirling (dando vueltas) motion.
swirl n. (=movement) remolino, torbellino
it disappeared in a swirl of water desapareció en un remolino de agua
the swirl of the dancers' skirts el girar or el movimiento de las faldas de las bailadoras

shortcoming deficiencia

beastly 1 *colloq.* objectionable, unpleasant, **horroroso**. 2 like a beast; atroz, brutal, asqueroso. *adv. colloq.* very, extremely.

bestial 1. adj. Brutal o irracional. *Deseo, apetito bestial*. 2. adj. *colloq.* De grandeza desmesurada, extraordinario. 3. m. desus. Bestia vacuna, mular, caballar o asnal.

He looked sadly at the pink ring on the sides of the bath and then hurriedly got out and emptied the water. He sluiced the bath clean, refilled it and added bath salts and then lay down in the hot water to consider what to do next to erase the effects of the afternoon's events. He was faced, he knew, with a terrible problem. True, his sister had promised to make a full confession to the police and that was all right as far as it went, but it wasn't going to help him to escape scot-free. There were bound to be repercussions, and the whole episode was hardly calculated to help his career. It was a ghastly business altogether. Not that he had a great fund of sympathy for that damned cook. If it hadn't been for him, none of this would have happened. Besides, there were some things that Jonathan Hazelstone could never forgive. Perversion was one of them.

Kommandant van Heerden would have shared all these sentiments had he known about them, but by this time his faculties were all focused on one simple realization, that his career as a police officer and probably as a free man had almost certainly been ended by his handling of the Hazelstone Case. The explosion that heralded the end of the armoured car had made that clear as daylight to him. **Disgraced**, cashiered and convicted of being an accessory before, during, and after the murder of the policeman who had undoubtedly fallen before Els' tornado of gunshot at the main gate, he would share the rest of his life in prison with men who bore him debts of ingratitude no amount of suffering would ever repay. The day he entered Piemburg Prison might not be his last, but it would undoubtedly be his worst. Too many men had signed confessions after being tortured by Konstabel Els in the cells of Piemburg Police Station for him to relish the prospect of their company in prison.

After a brief spell of sobbing Kommandant van Heerden tried to think of some way out of the mess Els had got him into. Only one thing could save him now and that was the successful capture of the murderer of Miss Hazelstone's Zulu cook. Not that he placed much hope in that achievement and it wouldn't help to explain the bloodbath Els had initiated. No, Els would have to stand trial for wholesale murder and there was just a chance that he could be persuaded to plead insanity. Come to think of it, there was no need for the bastard to have to plead. He was obviously insane. The facts spoke for themselves.

Contempló con tristeza la orla rosada que se marcaba en la bañera y luego, rápidamente, salió del agua y soltó el tapón. Limpió bien la bañera, volvió a llenarla, añadió sales de baño y luego se metió en el agua caliente dispuesto a considerar lo que tenía que hacer ahora para borrar los efectos de los acontecimientos de la tarde. Sabía que se enfrentaba a un problema terrible. Era cierto que su hermana había prometido hacer una confesión completa a la policía y que no había problema a ese respecto, pero eso no iba a ayudarlo a él a escapar incólume. Aquello tendría, inevitablemente, sus repercusiones, y era muy poco probable que el episodio le ayudara en su carrera. Era un asunto verdaderamente horroroso. No es que él sintiese una gran simpatía por aquel maldito cocinero. De no haber sido por él, no habría sucedido nada de aquello. Además, había ciertas cosas que Jonathan Hazelstone nunca podría perdonar. Y una de ellas era la perversión.

El Kommandant van Heerden habría compartido todos estos sentimientos si los hubiera conocido, pero en aquel momento tenía todas sus facultades centradas en una sencilla consideración, la de que su carrera como policía y seguramente como ciudadano libre era muy probable que tocara a su fin debido a su manejo del caso Hazelstone. La explosión que pregonó la destrucción del vehículo blindado lo había dejado tan claro como la luz del día. **Caído en desgracia**, destituido y convicto de complicidad antes, durante y después del asesinato del policía que indudablemente había caído ante el tornado del disparo de Els en la entrada principal del parque, compartiría la cárcel durante el resto de sus días con hombres con quienes tenía deudas de ingratitud que ninguna cuantía de sufrimiento compensaría jamás. El día que ingresase en la cárcel de Piemburgo quizá no fuera el último de su vida, pero sería, sin lugar a dudas, el peor. Habían firmado confesiones demasiados hombres después de que el Konstabel Els les torturase en las celdas de la comisaría de policía de Piemburgo para que al Kommandant le complaciese la perspectiva de disfrutar de su compañía en la cárcel.

Tras unos breves momentos de gimoteo, el Kommandant van Heerden intentó dar con algún medio de salir del lío en que le había metido Els. Sólo una cosa podía salvarle ya, y era la captura del asesino del cocinero zulú de la señorita Hazelstone. No tenía muchas esperanzas de lograrlo y, de todos modos, no ayudaría a explicar el baño de sangre que había iniciado Els. No, Els tendría que ser juzgado por crimen al por mayor. Sólo existía la posibilidad de que lograra persuadirle para que alegase locura. Bien pensado, no había ninguna necesidad de que aquel cabrón lo alegase. Era evidente que estaba loco. Los hechos hablaban por sí solos.

Urged forward by this faint hope and certainly not by the exploding ammunition in the once-mobile incinerator, Kommandant van Heerden reached the Park gates. Clambering over the pile of contorted metal the Kommandant stood and looked about him. A pall of black smoke darkened the night sky. It poured from the open turret of the Saracen and issued from the holes in its sides. Even the **distracted** Kommandant was aware of its smell. It smelt like nothing on earth. Taking a deep breath of the disgusting stuff, Kommandant van Heerden bellowed into the night.

distracted 1 : mentally confused, troubled, or remote 2 : maddened or deranged especially by grief or anxiety
1 confuso, perplejo, aturdido, 2 desconsuelo [distress], turbado,

“Konstabel Els,” he yelled, “Konstabel Els, where in fuck’s name are you?” and recognized the stupidity of the question as soon as it was uttered. Els was hardly likely to come forward at this juncture. More likely he would consign his commanding officer to eternity with the same relish he had employed on his other comrades. After a moment’s silence punctuated only by the bang and **whizz** of bullets ricocheting round the interior of the Saracen the Kommandant shouted again.

whiz(z) n. 1 zumbido 2 *fam (persona)* genio [at, de] v.i. 1 silbar 2 *to whiz by/past*, pasar zumbando; *move along very quickly*; *make a soft swishing sound*; *“the motor whirred”*; *“the car engine purred”*

“This is your commanding officer, I order you to cease fire.”

Down the road the sound of Kommandant van Heerden’s strange order puzzled the men in the convoy and brought a warm glow of admiration to their hearts. The Kommandant was up there by the gates and had evidently captured the maniac who had been slaughtering them. They were amazed at this development, for the Kommandant was not known for his physical courage. Slowly but surely in little groups they made their way hesitantly up the road towards him.

Konstabel Els was making off in quite a different direction and racking his brains for a way of getting out of the mess he was in. First of all he had to conceal the elephant gun and then he would have to concoct an alibi. Considering the size of the gun he wasn’t sure which was going to be the more impossible task, and he was just debating whether or not to put it back on the stoep, where he had found it, when he ran across another privet hedge. His recent experience of privet hedges had taught him that they were ideal places for hiding things in. In this case the privet hedge hid a swimming-bath. Els peered round the hedge, and after reassuring himself that the swimming-bath was what it **purported** to be and not yet another of Sir Theophilus’ little traps, he stole into the enclosure and across to a small and elegant pavilion which stood at one end. He groped round in the dark for a

purport 1. to present, esp. deliberately, the appearance of being; profess or claim, often falsely: a document purporting to be official. 2. to convey to the mind as the meaning or thing intended; express or imply.
1. the meaning, import, or sense: the main purport of your letter. 2. purpose; intention; object: the main purport of their visit to France.
purported reputed or claimed; assumed, alleged: We saw no evidence of his purported wealth.

Impulsado por esta débil esperanza y no, desde luego, por la explosión de municiones en el incinerador otrora móvil, el Kommandant van Heerden llegó a la entrada del parque. Cruzando torpemente sobre el metal retorcido, el Kommandant se detuvo y miró a su alrededor. Una nube de humo negro oscurecía el cielo de la noche. Brotaba de la torreta abierta del Saracen y de los agujeros que tenía en los costados. Hasta el **distraído** comandante percibió el olor. Era un olor como ningún otro. Tras una buena bocanada de aquel aire repugnante, el Kommandant van Heerden lanzó un grito en la noche.

—Konstabel Els —gritó—. Konstabel Els, ¿dónde cono se ha metido? —y percibió lo estúpido de la pregunta nada más hacerla. Era muy poco probable que Els se presentase en aquel trance. Era más probable que enviara a su superior a la eternidad con la misma complacencia con que había enviado a sus otros camaradas. Tras un momento de silencio salpicado sólo por el esallar y **silbar** de proyectiles que rebotaban por el interior del Saracen, el Kommandant gritó de nuevo:

—Le habla su superior, cese el fuego inmediatamente.

Al fondo de la carretera, el ruido de la extraña orden del Kommandant van Heerden desconcertó a los hombres del convoy y despertó en ellos una cálida admiración hacia su jefe. El Kommandant estaba allá arriba junto a la entrada, y, evidentemente, había capturado al maníaco que había estado liquidándoles. Aquella evolución de los acontecimientos les desconcertaba, pues el Kommandant no era precisamente famoso por su valor físico. Poco a poco, en pequeños grupos, se acercaron a él subiendo vacilantes por la carretera.

El Konstabel Els caminaba en una dirección completamente distinta e iba estrujándose los sesos buscando un medio de salir de aquel lío en que estaba metido. En primer lugar, tenía que esconder el rifle de cazar elefantes y luego tendría que preparar una coartada. Considerando el tamaño del rifle, no estaba seguro de qué tarea iba a resultar más imposible, y estaba dudando de si dejarlo o no otra vez en el *stoep*, donde lo había encontrado, cuando se tropezó con otro seto de aligustre. Su reciente experiencia con setos de aligustre le había enseñado que eran lugares ideales para esconder cosas. En este caso, el seto de aligustre ocultaba una piscina. Els atisbo por el borde del seto, y después de asegurarse de que la piscina era una piscina de verdad y no otra trampa más de Sir Theophilus, traspasó el seto y entró en el recinto y lo cruzó hasta un elegante y pequeño pabellón que se alzaba a un extremo. Tanteó

moment and then struck a match. By its light he saw that the pavilion was a changing-room with pegs along its wall for hanging clothes. To his horror he saw that
 5 one of the pegs was being put to good use. A suit of dark clothes was hanging there.

Els doused the match and peered out at the pool. The owner of the black suit must be out there watching him, he thought. But
 10 the surface of the swimming-bath was unbroken by anything more sinister than reflections of the stars and a new moon which had just begun to rise. The edges of the pool held no unaccountable shadows
 15 and Els knew himself to be alone with a suit of dark clothes, an elephant gun, and the need to concoct an alibi.

“Privet hedges seem to bring me luck,”
 20 he said to himself and promised himself to plant one in his front garden if he ever got out of this scrape alive.

He lit another match and examined the clothes. He thought at first that he might
 25 be able to use them as a disguise but the trousers were much too large for him, while the jacket which he tried on would have done as a winter coat. He was a little puzzled by the black waistcoat with no buttons on it until he spotted the attached
 30 dog-collar. Konstabel Els gave up all thought of using the clothes as a disguise. He had too much respect for religion to profane the garments with his own person. Instead he used them to wipe the elephant
 35 gun clean of his fingerprints. An expert in removing vital evidence, by the time he had finished there was nothing to connect him with the gun.

40 Twenty minutes later Konstabel Els stepped jauntily out of the pavilion and sauntered cheerfully across the Park towards Piemburgo. Behind him he had left everything that connected him with the massacre at the main gate. The elephant gun
 45 was concealed under the clergyman's clothes. In a back pocket of the trousers was his revolver while the jacket pockets bulged with the empty cartridge cases he had carefully collected from the floor of
 50 the blockhouse. Each and every article had been meticulously polished. No fingerprint expert could prove that they had been used by Konstabel Els. Finally, and with a touch of whimsy, he had put the half-bottle of Old Rhino Skin into the inside breast pocket of
 55 the jacket. It had been quite empty and he had no use for empty bottles anyway.

It was while he was shoving the bottle into the pocket that he made another useful
 60 discovery. The pocket contained a wallet

en la oscuridad un momento y luego encendió una cerilla. A la luz de la cerilla vio que el pabellón era un vestuario con perchas alineadas en la pared para colgar ropa. Vio horrorizado que una de las perchas estaba en
 uso. Colgaba de ella un ropaje negro.

Els apagó la cerilla y miró la piscina. El propietario de la ropa negra debía estar allí fuera observándole, pensó. Pero la superficie de la piscina estaba inmóvil y no había en ella nada más siniestro que los reflejos de las estrellas y de una luna nueva que había empezado a salir en aquel momento. No se veían sombras sospechosas por los bordes del agua, por lo que Els llegó a la conclusión de que estaba solo con aquel ropaje negro, un rifle de cazar elefantes y la necesidad de inventar una coartada.

«Los setos de aligustre parecen traerme suerte», se dijo, y se prometió plantar uno en el jardín de su casa si alguna vez salía vivo de aquel trance.

Encendió otra cerilla y examinó las ropas negras. Pensó en un principio que quizá pudiera utilizarlas como disfraz, pero los pantalones le quedaban demasiado largos, mientras que la chaqueta que se probó, le habría quedado bien como abrigo de invierno. Le desconcertó un poco el chaleco negro sin botones, hasta que vio que tenía cuello eclesiástico. El Konstabel Els desistió de la idea de utilizar aquella ropa como disfraz. Tenía demasiado respeto a la religión para profanar aquellos hábitos con su persona. Así que en vez de ponerse la ropa aquella, la utilizó para limpiar de huellas dactilares el gigantesco rifle. Especialista en eliminar pruebas vitales, cuando terminó no había nada ya que le relacionara con el rifle.

Veinte minutos después, el Konstabel Els salía animosamente del pabellón y cruzaba alegre el parque hacia Piemburgo. Había dejado atrás todo lo que le relacionaba con la matanza de la entrada. El rifle de cazar elefantes estaba oculto bajo las ropas de clérigo. En un bolsillo de atrás del pantalón quedaba el revólver y los bolsillos de la chaqueta estaban llenos de cajas vacías de municiones, que el Konstabel Els había recogido cuidadosamente del suelo del bunker. Cada uno de estos objetos había sido limpiado meticulosamente. Ningún especialista en huellas dactilares podría demostrar que los había utilizado el Konstabel Els. Finalmente, y para añadir un toque extravagante, había colocado la media botella de Oíd Rhino Skin en el bolsillo interior de la chaqueta. Estaba ya completamente vacía, y el Konstabel Els no quería para nada una botella vacía.

Al meter la botella en el bolsillo de la chaqueta, hizo otro descubrimiento útil. Había allí una cartera y un peine.

and comb. Konstabel Els searched the other pockets and found a handkerchief and several other objects.

5 “Nothing like doing a job properly,” he thought, pocketing the things and set off for the blockhouse for one final visit. By the time he reached it his confidence had returned. Policemen were wandering around looking at the burning Saracen and
10 no one took any notice of the Konstabel who **nipped** for a second behind the privet hedge before strolling off down the road in the direction of Piemburg. On the way he stopped to read a notice which was being
15 hammered into place by a group of policemen.

nip Brit. colloq. go nimbly or quickly

20 An hour later, foaming at the mouth and exhibiting all the symptoms of rabies, Konstabel Els presented himself at the casualty department of Piemburg Hospital. Before they could get him into bed he had bitten two nurses and a doctor.

25 At the entrance to Jacaranda Park Kommandant van Heerden was exhibiting similar symptoms to the men who gathered round him under the pall of smoke. The disappearance of Luitenant Verkramp particularly incensed him.

30 —“Missing? What do you mean missing?” he yelled at Sergeant de Kock.

35 —“He came up here to reconnoitre, sir,” answered the Sergeant.

40 —“Any chance he came in that?” asked the Kommandant more hopefully, looking at the burnt-out Saracen.

—“No sir. In disguise.”

—“In what?” yelled the Kommandant.

45 —“He was disguised as a bush, sir.”

Kommandant van Heerden couldn't believe his ears. “Disguised as a bush? What sort of bush?”

50 —“Difficult to say, sir. Not a very big one.”

55 Kommandant van Heerden turned to the men. “Any of you men seen a small bush round here?”

A hush fell over the policemen. They had all seen a small bush round there.

60

El Konstabel Els buscó en los otros bolsillos y encontró un pañuelo y otros objetos.

«No hay nada como hacer bien las cosas» pensó, guardándose todos aquellos objetos, y saliendo camino del bunker para una última visita. Cuando llegó, había recuperado la confianza. Había policías contemplando el Saracen ardiendo, pero nadie cayó en la cuenta de la presencia del Konstabel, que **atisbó** durante unos segundos desde detrás del seto de aligustre antes de enfilarse carretera adelante en dirección a Piemburgo. En el camino, se paró a leer un cartel que estaban colocando unos policías.

Al cabo de una hora, echando espuma por la boca y mostrando todos los síntomas de la rabia, el Konstabel Els se presentó en la Sección de bajas del hospital de Piemburgo. Antes de que pudieran meterle en la cama, mordió a dos enfermeras y a un médico.

A la entrada de Jacaranda Park, el Kommandant van Heerden mostraba síntomas similares a los hombres que se agrupaban a su alrededor bajo la nube de humo. La desaparición del Luitenant Verkramp le enfurecía especialmente.

—¿Desaparecido? ¿Qué quiere usted decir con eso de desaparecido? —le gritaba al sargento de Kock.

—Subió aquí a inspeccionar, señor —contestó el sargento.

—¿Existe alguna posibilidad de que estuviera ahí dentro? —preguntó el Kommandant más esperanzadamente, mirando el destrozado Saracen.

—No señor. Disfrazado.

—¿Qué? —gritó el Kommandant.

—Iba disfrazado de matorral, señor.

El Kommandant van Heerden no podía creer lo que oía.
—¿Disfrazado de matorral? ¿Qué tipo de matorral?

—Es difícil de decir, señor. Uno no muy grande.

El Kommandant van Heerden se volvió a los hombres.
—¿Ha visto alguno de ustedes por aquí un matorral pequeño?

Cayó el silencio sobre el grupo de policías. Todos habían visto por allí un matorral pequeño.

“There’s one just behind you, sir,” a konstabel said.

The Kommandant turned and looked at what remained of the privet hedge. It was obviously nothing like Verkramp disguised or not. “Not that you fool,” he snarled. “A walking fucking bush.”

“I don’t know about that bush fucking, sir,” said the konstabel. “And I daresay it can’t walk, but I do know the bloody thing can shoot straight.”

“What the hell are you talking about?” snapped the Kommandant as a nervous **giggle** ran round the crowd.

giggle reírse nerviosamente, con disimulo; soltar una risita tonta, ahogada o entre dientes; twist laughingly, laugh in silly (bobalicona) manner.
titter : to laugh in a nervous, affected, or partly suppressed manner or in a furtive or restrained way

Sergeant de Kock enlightened him. “The fellow who knocked out the Saracen took cover behind that bush.”

A moment later Kommandant van Heerden was peering through the doorway into the blockhouse. The interior was still filled with the fumes of burnt powder, but even so Kommandant van Heerden’s olfactory nerve could detect a **pervasive** familiar smell. The blockhouse stank of Old Rhino Skin. On the floor there was further evidence. A wallet, a comb, and a handkerchief lay in the middle of the bunker. The Kommandant picked them up and gingerly held them to his nose. They were practically soaked in brandy. He opened the wallet and saw stamped in gold letters a name he was also familiar with, “Jonathan Hazelstone”.

Kommandant van Heerden wasted no more time. Leaving the bunker, he gave his orders. The Park was to be surrounded. Road blocks were to be set up on all roads in the vicinity. Searchlights were to illuminate the entire area of the Park. “We’re going in to get him,” he said finally. “Bring up the other Saracens, and the guard dogs.”

Ten minutes later the five remaining Saracens, a hundred men armed with Sten guns and the sixty-nine tracker dogs were assembled at the Park gates ready for the assault on Jacaranda House. Kommandant van Heerden climbed aboard a Saracen and addressed the men from its turret.

“Before we start,” he said, “I think I had better warn you that the man we are after is a dangerous criminal.” He paused. The policeman who had seen the burnt-out armoured car and the corpses littering the hillside needed no telling. “The house is practically a fortress,”

—Hay uno justo detrás de usted, señor —dijo un konstabel.

El Kommandant se volvió y miró lo que quedaba del seto de aligustre. No se parecía nada, evidentemente, a Verkramp, disfrazado o sin disfrazar.

—Eso no, imbécil —masculló—. Un matorral ambulante.

—No sé nada de ese matorral que usted dice, señor —dijo el konstabel—. Y yo creo que andar no puede, pero sé que el muy maldito puede disparar, y bien.

—¿Pero de qué demonios está hablando? —replicó el Kommandant mientras recorría el grupo una **risilla** nerviosa.

El sargento de Kock le ilustró.

—El tipo que deshizo el Saracen estaba oculto detrás de ese matorral.

Un instante después, el Kommandant van Heerden se asomaba a la puerta del bunker. El interior aún estaba lleno de humos de pólvora quemada, pero aún así el nervio olfativo del Kommandant van Heerden pudo detectar un olor **penetrante** y familiar. El bunker apestaba a Oíd Rhino Skin. En el suelo había más pruebas aún. Había una cartera, un peine y un pañuelo allí en el medio del bunker. El Kommandant lo recogió todo y se llevó el pañuelo cautelosamente a la nariz. Estaba prácticamente empapado de coñac. Abrió la cartera y vio estampado en letras de oro un nombre que conocía también, «Jonathan Hazelstone».

El Kommandant van Heerden no perdió más tiempo. Salió del bunker y dio órdenes. Había que rodear el parque. Había que establecer controles en todas las carreteras de los alrededores. Los focos debían iluminar toda el área del parque.

—Vamos a entrar a por él —dijo por fin—. Que suban los otros Saracens y los perros policia.

Diez minutos después, los cinco Saracens restantes, un centenar de hombres armados con Stens y los sesenta y nueve perros rastreadores se agruparon ante la entrada del parque para el asalto a la mansión. El Kommandant van Heerden subió a bordo de un Saracen y se dirigió a sus hombres desde la torreta.

—Antes de que empecemos —dijo— creo que será mejor que les advierta que el hombre al que perseguimos es un peligroso criminal.

Hizo luego una pausa. Los policías que habían visto el coche blindado calcinado y los cadáveres esparcidos por la ladera no necesitaban que les explicara nada.

—La casa es prácticamente una fortaleza—

continued the Kommandant, "and he has at his disposal an armoury of lethal weapons. At the first sign of resistance you have my permission to open fire. Are there any questions?"

"What about the Black Death?" Sergeant de Kock asked anxiously.

"The black's death? Oh yes, caused by gunshot wounds," replied the Kommandant enigmatically, and disappearing inside the turret slammed the lid. The convoy moved off cautiously down the drive to Jacaranda House.

za —continuó el Kommandant—. Y él tiene a su disposición un arsenal de armas mortíferas. Al primer indicio de resistencia, tienen permiso mío para abrir fuego. ¿Hay alguna pregunta?

—¿Qué pasa con la Muerte Negra? —preguntó angustiado el sargento de Kock.

—¿La muerte del negro? Oh sí, causada por heridas de rifle —contestó el Kommandant enigmáticamente y desapareciendo por la torreta, cerrando con estrépito la tapa. Él convoy se puso cautamente en marcha, enfilando el camino de coches hacia la mansión.

Chapter 8

8

Jonathan Hazelstone's musings on his next sermon had taken his mind off the tragic death of Fivepence. He had just decided on the title, "The Rhinos of Wrath are Whiter than the Horses of Destruction", for a peroration on the evils of alcohol and was drying himself after his bath when he remembered he had left his clothes in the bathing-pavilion. Still **groggy** from the effects of the brandy he wandered absent-mindedly downstairs wearing the bathing-cap and wrapped only in a voluminous towel. On the steps of the front door he stopped and took a deep breath of cool night air. Headlights were moving slowly down the drive.

"Visitors," he thought to himself. "Mustn't be caught like this," and wrapping the towel more firmly round himself trotted across the drive and disappeared behind the privet hedge as Kommandant van Heerden's convoy approached the house. He went into the bathing-pavilion and a moment later came out again feeling worse than ever. The smell of Old Rhino Skin in the pavilion sent a wave of nausea over him. Standing on the edge of the swimming-pool, he uttered a silent prayer to the Almighty to help him by no matter what drastic methods to avoid the repetition of his wickedness, and a moment later the Bishop of Barotseland plunged through the moon's reflected image into the cool water of the bath. He swam the length of the pool underwater, surfaced momentarily and then swam back and forth along the bottom of the swimming-pool and as he swam it

Las cavilaciones de Jonathan Hazelstone sobre su próximo sermón le habían quitado de la cabeza la trágica muerte de Cinco Peniques. Acababa de decidir el título: «Los rinocerontes de la cólera son más blancos que los caballos de la destrucción», de una perorata sobre los males del alcohol, y estaba secándose después del baño cuando recordó que se había dejado la ropa en el vestuario de la piscina. **Grogui** aún por los efectos del coñac, bajó al piso de abajo distraído, sin quitarse el gorro de baño y envuelto sólo en una voluminosa toalla. En las escaleras de la entrada principal se detuvo y respiró el aire fresco de la noche. Se veían bajar por el camino faros que avanzaban lentamente.

«Visitantes», pensó. «No deben cogerme así», y, ciñéndose más la toalla, cruzó corriendo el camino y desapareció tras el seto de aligustre mientras el convoy del Kommandant van Heerden se aproximaba a la casa. Jonathan Hazelstone entró en el vestuario de la piscina y, un momento después, salió de nuevo sintiéndose peor que nunca: el olor a Oíd Rhino Skin era tan intenso dentro del vestuario, que le entraron náuseas. Plantado allí al borde de la piscina, murmuró una oración silenciosa al Todopoderoso pidiéndole que le ayudara, por cualquier medio, aunque fuese drástico, a no incurrir de nuevo en el pecado y, un momento después, el obispo de Barotselandia se zambullía quebrando la imagen reflejada de la luna en el agua fría de la piscina. Nadó toda la longitud de la piscina por debajo del agua, salió un instante a la superficie y luego volvió a nadar

groggy atontado por el cansancio o por otra causas físicas o emocionales, amuermado, aturdido

seemed to the Bishop that the Lord was calling to him. Faintly, very faintly it was true, but with a distinctness he had never before experienced he heard through his bathing-cap the voice of the Lord,
 5 “Jonathan Hazelstone, I know you are there. I don’t want any resistance. Give yourself up quietly,” and six feet beneath the surface of the water the Right Reverend Jonathan Hazelstone knew for the first time
 10 that he was truly destined for great things. The call he had waited so long to hear had come at last. He turned on his back and gave himself up quietly and without any resistance to meditation under the night sky.
 15 He knew now that he had been forgiven his lapse of the afternoon.

“O Lord, thou knowest I was provoked,” he murmured, as he floated on the still surface of the pool, and a sense of
 20 peace, sweet forgiving peace, descended on him as he prayed.

Peace had not descended on the rest of Jacaranda House. Ringed by one
 25 hundred armed men who crouched in the shadows of the garden fingering the triggers of their Sten guns, by sixty-nine German guard dogs snarling and slobbering for a kill and by five Saracen armoured cars which had been driven
 30 heedlessly over flowerbeds and lawns to take up their positions, Jacaranda House stood silent and unanswering.

Kommandant van Heerden decided to
 35 have one more go at getting the brute out without trouble. The very last thing he wanted was another gun-battle. He peered out of the turret and raised the loudhailer again.

40 “Jonathan Hazelstone, I am giving you one last chance,” his voice amplified a hundred times boomed into the night. “If you come out quietly you will be safe. If not, I am coming in to get you.”

The Bishop of Barotseland, lying on his back meditating quietly and staring up into the night sky where a great bird drifted slowly above him, heard the
 50 words more distinctly than before. God manifested Himself in many mysterious ways, he knew, but vultures he had never thought of. Now the Almighty had spoken again and more clearly,
 55 much more clearly.

The first part of the message had been quite unequivocal. “Come out quietly and you will be saved,” but the second part had been much less easy to interpret; “If
 60 not, I am coming in to get you.” Jonathan

por el fondo, y mientras nadaba le pareció al obispo que estaba llamándole el Señor. Débilmente, muy débilmente, sí, pero con una claridad como nunca había experimentado, oía a través del gorro de baño la voz del Señor: «Jonathan Hazelstone, sé que está ahí. No ofrezca resistencia. Entregúese» y, casi a dos metros por debajo de la superficie del agua, el buen reverendo Jonathan Hazelstone supo por primera vez que estaba verdaderamente destinado a grandes cosas. La llamada que tanto tiempo había esperado oír, había llegado al fin. Se giró y afloró a la superficie y se dispuso a meditar sin ninguna resistencia bajo el cielo de la noche. Ahora sabía que se le había perdonado su falta de la tarde.

—Oh señor, tú sabes bien que se me provocó —murmuró, flotando en la superficie quieta de la piscina; y caía sobre él mientras rezaba una sensación de paz, una paz de dulzura y perdón.

La paz no había descendido sobre el resto de la mansión de Jacaranda Park. Rodeada por cien hombres armados que se acuclillaban en las sombras del jardín con el dedo en el gatillo de los Stens, por sesenta y nueve perros policías que gruñían y babeaban con ansia de matar, y por cinco coches blindados Saracen que habían sido conducidos desprecupadamente por entre setos de flores y césped para tomar posiciones, la mansión de Jacaranda Park se alzaba en la noche silenciosa e indiferente.

El Kommandant van Heerden decidió intentar una vez más que aquel pedazo de animal saliese sin problemas. No deseaba, en modo alguno, otra batalla a tiros. Asomó la cabeza por la torreta y alzó el megáfono,

—Jonathan Hazelstone, le doy a usted una última oportunidad —atronó su voz amplificada cien veces en la noche—. Si sale usted pacíficamente, no le pasará nada. De lo contrario, entraré yo a sacarle.

El obispo de Barotselandia, que estaba de espaldas meditando silenciosamente y mirando fijo al cielo de la noche donde un ave grande volaba despacio sobre él, oyó las palabras con más claridad que antes. Sabía que Dios se manifestaba de muchas formas misteriosas, pero nunca había pensado que pudiera manifestarse en la forma de un buitre. El Todopoderoso había hablado otra vez, con más claridad, con muchísima más claridad.

La primera parte del mensaje había sido absolutamente inequívoca. «Si sale pacíficamente, no le pasará nada», pero la segunda parte era mucho menos fácil de interpretar: «De lo contrario, entraré yo a sacarle.» Jonathan

Hazelstone swam to the edge of the pool and climbed out quietly as instructed. Then pausing to look back at the water to see if the Lord had even begun to get
5 in to fetch him out, he noticed the vulture turn and flap horribly away over the blue gums.

“He chased me down the nights and down the days,” he murmured incorrectly, remembering the Hound of Heaven, and he knew that he had been witness that night not only to the voice of God but to his shape as well. If God could come as Doves and Hounds why not as a Vulture? And
10 murmuring another poem his grandfather had taught him as a child, one which he had never understood until these last few minutes, he began to dry himself.

“The harbingers are come. See, see their mark;
20 Black is their colour, and behold my head.
But must they have my brain? Must they dispart
Those sparkling notions, which therein were bred?
Must dulnesse turn me to a clod?
Yet have they left me. Thou art still my God.”

It was called “The Forerunners”, by George Herbert, and while old Sir Theophilus had revised it by changing white to black in the second line, and had
30 assumed that “sparkling notions” referred to his murderous haha, the Bishop now saw that it applied perfectly to the vulture and was grateful to note that the harbinger had indeed left him. With a silent prayer to the Lord to assume a less ominous form in
35 future, the Bishop of Barotseland entered the pavilion to fetch his clothes.

Fifty yards away Kommandant van Heerden was making up his mind to
40 give the order to storm the house, when Miss Hazelstone appeared in the main entrance.

“There’s no need to shout,” she said demurely. “There is a bell, you know.”

The Kommandant wasn’t in the mood for lessons in etiquette. “I’ve come for your brother,” he shouted.

“I’m afraid he’s busy just at the moment. You’ll have to wait. You can come in if you wipe your boots and promise not to knock anything over.”

The Kommandant could imagine just
55 how busy Jonathan Hazelstone must be and he had every intention of knocking things over if he had to come into the house. He glanced uneasily at the windows on the upper floor.

60

Hazelstone nadó hasta el borde de la piscina y salió pacíficamente, según las instrucciones. Luego, se detuvo a mirar hacia atrás, al agua, para ver si el Señor había empezado a entrar ya para sacarle, y vio que el buitre giraba y aleteaba horriblemente alejándose por encima de los eucaliptos.

«El me perseguía noche y día», murmuró, recordando el Perro del Cielo, y se dio cuenta de que aquella noche había sido testigo no sólo de la voz del Señor sino también de su forma. Si Dios podía aparecerse en la forma de una paloma o de un perro, ¿por qué no podía hacerlo en forma de buitre? Y murmurado otro poema que le había enseñado su abuelo de niño, un poema que nunca había entendido hasta aquellos últimos minutos, empezó a secarse.

*Llegan los heraldos. Ved, ved, su señal;
Negro es su color, y avistan mi cabeza.
Pero ¿deben tener mi cerebro? ¿Deben apagar
Esas chispeantes ideas, que se engendraron allí dentro?
¿Debe el torpor convertirme en un zote?
Pero me han dejado. Tú aún eres mi Dios.*

Se titulaba «Los precursores», y era de George Herbert, y aunque el viejo Sir Theophilus lo había revisado cambiando negro por blanco en el segundo verso, y había supuesto que «chispeantes ideas» se refería a su mortífero foso asesino, el obispo se daba cuenta ahora de que podía aplicarse perfectamente al buitre y advertía agradecido que el precursor le había dejado realmente. Con una oración silenciosa al Señor, para que asumiese en el futuro una forma menos lúgubre, el obispo de Barotselandia entró en el vestuario a recoger la ropa.

A unos cincuenta metros de distancia de allí, el Kommandant van Heerden intentaba decidirse a dar la orden de invadir la casa, cuando apareció en la entrada principal la señorita Hazelstone.

—No hay necesidad de gritar —dijo **púdicamente**—. Hay un timbre, sabe usted.

El Kommandant no estaba de humor para lecciones de urbanidad.

—He venido a por su hermano —gritó.

—Lo siento, pero creo que en este momento está ocupado. Tendrá que esperar. Puede entrar usted, si se limpia las botas y me promete no tirar nada.

El Kommandant entendía perfectamente lo ocupado que debía estar Jonathan Hazelstone y tenía el firme propósito de tirar cosas si tenía que entrar en la casa. Miró inquieto hacia las ventanas de la primera planta.

demure (= *modest*) recatado; (= *coy*) tímido y algo coqueto

demure *adj.* 1 composed, quiet, and reserved; modest, *comedia*. 2 affectedly shy and quiet; *coy*. 3 decorous (*a demure high collar*). RECATADO, pundoroso, discreto

demur 1 (often foll. by *to, at*) raise scruples or objections. 2 *Law* put in a demurrer. 3 *Objetar, poner reparos*
— *n.* (usu. in *neg.*) 1 an objection (*agreed without demur*). 2 the act or process of objecting.

“What is he so busy about?” as though there was any need to ask.

Miss Hazelstone didn't like the Kommandant's tone of voice.
5 “He's about his ablutions,” she snapped, and was about to turn away when she remembered the breakage. “About that Ming...” she began. With a slam of the turret-top Kommandant van Heerden
10 disappeared. From inside the armoured car came the muffled sound of his voice.

“Don't talk to me about the Ming,” he yelled. “You go in and tell your brother to
15 unblute the fucking thing and come out with his hands up.”

Miss Hazelstone had stood as much as she could take. “How dare
20 you speak to me like that,” she snarled. “I'll do no such thing,” and turned to re-enter the house.

“Then I will,” screamed the Kommandant, and ordered his men into the
25 house. “Get the bastard,” he yelled, and waited for the roar of the deadly Ming. He waited in vain. The men and dogs pouring over Miss Hazelstone's prostrate body encountered no further resistance. The
30 Doberman, knowing now what lack of foresight it had shown by disputing its patch of lawn with Konstabel Els, lay on the drawing-room floor pretending to be a rug. Around it policemen and dogs charged, searching the house for their quarry. There
35 was no human obstacle to the policemen who dashed upstairs and along corridors into bedrooms in search of the killer. Disconsolate, they reported to the Kommandant who was still cowering in the
40 Saracen.

“He's not there,” they yelled.

“Are you **absolutely** certain?” he asked before opening the lid. They were,
45 and the Kommandant **clambered out**. He knew there was only one thing left to do, one slim chance of capturing Jonathan Hazelstone that night.

“The dogs,” he ordered frantically. “Bring the tracker dogs,” and dashed
50 despairingly into the house and up the stairs followed by the pack of breathless and eager Alsatians. The pink floral bedroom was just as the Kommandant had seen it last - with the notable exception of the
55 naked man. Grabbing the bedspread from the bed he held it out to the dogs to smell. As the dogs sniffed the cloth and passed off down the corridor they read its message
60 loud and clear. The thing reeked of Old

—¿Y en qué está tan ocupado? —como si hubiera necesidad de preguntarlo.

A la señorita Hazelstone no le gustó el tono de voz del Kommandant.

—Está con sus abluciones —replicó, y ya iba a marcharse cuando recordó el destrozo—. Respecto a ese Ming... —comenzó.

El Kommandant van Heerden desapareció con un estruendoso golpe de la tapa de la torreta. Del interior del coche blindado llegó el sonido apagado de su voz.

—No me hable del Ming —gritó—. Entre en la casa y dígame a su hermano que deje ese maldito trasto y salga con los brazos en alto.

La señorita Hazelstone había aguantado ya todo lo que podía aguantar.

—¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo? —gritó—. No haré tal cosa —y se volvió para entrar de nuevo en la casa.

—Entonces lo haré yo —gritó el Kommandant, y ordenó a sus hombres entrar en la casa—. Saquen de ahí a ese cabrón —gritó, y esperó el estruendo del mortífero Ming.

Esperó en vano. Hombres y perros se abalanzaron sobre el cuerpo postrado de la señorita Hazelstone sin encontrar resistencia. El doberman, dándose cuenta ahora de la falta de previsión que había mostrado al disputar su sector de césped con el Konstabel Els, yacía en el suelo del salón fingiéndose alfombra. A su alrededor, irrumpían policías y perros, registrando la casa en busca de su presa. Los policías, que se lanzaron al piso de arriba y recorrieron pasillos y habitaciones buscando al asesino, no encontraron ningún obstáculo humano. Desconsolados, informaron al Kommandant que aún seguía metido en el Saracen.

—No está aquí —gritaron.

—¿Están ustedes **absolutamente** seguros? —preguntó antes de abrir la tapa de la torreta. Lo estaban, y entonces el Kommandant **salió**. Sabía que sólo le quedaba por hacer una cosa, que sólo tenía una remota posibilidad de capturar a Jonathan Hazelstone aquella noche.

—Los perros —ordenó frenético—. Traigan a los perros rastreadores —e irrumpió desesperadamente en la casa y subió las escaleras seguido por el grupo de jadeantes y ávidos alsacianos. El dormitorio rosa de las flores estaba exactamente igual que lo había visto el Kommandant la última vez: con la notable excepción del hombre desnudo. El Kommandant cogió el cobertor y se lo echó a los perros para que lo olieran. Los perros lo olieron e interpretaron claramente el mensaje, saliendo del

absolute es un adjetivo de moda en EEUU que no solo traduce *absoluto* [*independiente, decisivo, ilimitado, terminante, categórico*], sino otros conceptos más o menos similares, como *total, completo, verdadero, pleno, perfecto, rotundo, incondicional, indiscutible, auténtico*. El adverbio **absolutely** es *absolutamente*, y sigue los pasos del adjetivo en frecuencia y en significados.

An absolute idiot = un perfecto idiota.

An absolute goddess = toda una diosa.

Absolute nonsense = pura tontería.

This cathedral is an absolute jewel. = Esta catedral es una verdadera joya.

The newlyweds enjoy absolute happiness. = Los recién casados gozan de completa felicidad.

You can rely on my absolute support. = Cuenta con mi apoyo incondicional.

He's an absolute coward. = Es un perfecto cobarde.

clamber over/up sth climb with hands and feet, esp. with difficulty or laboriously; trepar sobre algo, subir gateando sobre algo

Rhino Skin brandy. Ignoring the odour of bath salts on the stairs the dogs bounded down into the hall and out on to the drive. A moment later they had picked up the trail
 5 Konstabel Els had left and were off across the Park towards the blockhouse.

Behind them in the privacy of the pavilion the Bishop of Barotseland was having some difficulty in getting dressed.
 10 For one thing his clothes seemed to have wrapped themselves round some heavy metallic object and when at last the Bishop had disentangled the thing and had carried it out into the moonlight to see what it was, he was so **distressed** by its associations with the murder of Fivepence that in his agitation he dropped it and the great gun splashed into the pool and disappeared. Consoling himself with the thought that it could do no more harm down there, he went
 20 back into the pavilion to put on the rest of his clothes.

He had some more difficulty with his trousers. There was something large and
 25 heavy in his back pocket, and it took him some time to get it out.

“Ah well.” he said to himself as he struggled to pull the revolver loose, “these things are sent to try us,” and was trying to
 30 imagine how on earth the weapon could have found its way into his trouser pocket when he became aware that he was no longer alone.

With the departure of the dogs in pursuit of Konstabel Els, Kommandant van Heerden found himself with time on his hands. His mood of melancholy had returned with the disappearance of the
 40 murderer and, not wishing to share what promised to be his lonely vigil with an irate and unpredictable Miss Hazelstone, he left his hostess still recovering from the novel experience of being used as a doormat by
 45 two hundred hobnailed boots and two hundred and seventy-six paws and wandered miserably out into the garden. As the Kommandant sauntered about the lawn viciously kicking the pieces of Sir Theophilus' shattered bust, he came near
 50 to cursing the great hero of his yesteryears for having spawned the line of progeny that had brought his career crashing to the ground as effectively as they had the bust of Sir Theophilus himself.

He was just considering what the Viceroy would have done had he found himself in a similar situation when his attention was drawn to one of the blue gums. An odd sort of knocking and ripping
 60 sound was coming from its trunk.

cuarto y lanzándose por el pasillo. El cobertor apestaba a coñac Oíd Rhino Skin. Los perros, ignorando el olor a sales de baño de las escaleras, habían cogido el rastro que había dejado el Konstabel Els y cruzaban el parque hacia el bunker.

Detrás de ellos, en la intimidad del vestuario, el obispo de Ba—rotselandia tenía ciertas dificultades para vestirse. Por una parte, sus ropas parecían haberse enrollado solas en un objeto metálico y pesado y, cuando al fin el obispo logró sacarlo y llevarlo a la luz de la luna para ver de qué se trataba, se sintió tan **desasosegado** por las asociaciones del objeto con el asesinato de Cinco Peniques, que en su nerviosismo lo dejó caer y el gran rifle chapoteó en la piscina y desapareció en el agua. Consolándose con el pensamiento de que allá abajo no haría ya daño a nadie, volvió al vestuario para acabar de vestirse.

Tuvo algunas dificultades más con los pantalones. Había algo grande y pesado en el bolsillo de atrás, y le llevó cierto tiempo sacarlo.

—Vaya, vaya —dijo mientras se esforzaba por sacar el revólver—, estas cosas nos son enviadas para probarlos.

Y estaba intentando imaginar cómo demonios podría haber llegado hasta el bolsillo del pantalón aquel arma, cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

Al alejarse los perros en persecución del Konstabel Els, el Kommandant van Heerden se encontró con que quedaba libre de momento. Volvía a invadirle la melancolía con la desaparición del asesino y, no deseando compartir lo que prometía ser su vigilia solitaria con una señorita Hazelstone impredecible y airada, dejó que su anfitriona siguiera recuperándose de la novedosa experiencia de verse utilizada como felpudo por doscientas botas claveteadas y doscientas setenta y seis pezuñas de perro y se puso a andar muy triste por el jardín. Mientras deambulaba por el césped dando malévolas patadas a los fragmentos del destrozado busto de Sir Theophilus, estuvo a punto de maldecir al gran héroe de antaño por haber engendrado aquel linaje que había destrozado su carrera tan eficazmente como había destrozado el busto del propio Sir Theophilus.

Estaba considerando precisamente lo que habría hecho el virrey si se hubiera encontrado en una situación similar, cuando atrajo su atención algo que había en uno de los eucaliptos. Llegaba de su tronco un ruido extraño, una especie de sonido de llamada y como un

distress n. 1 (*pain*) dolor; (*anguish*) angustia, congoja, aflicción; *to be in great distress* estar sufriendo mucho 2 (*danger*) peligro; *to be in distress* [ship] estar en peligro 3 (*poverty*) miseria; *to be in financial distress* pasar apuros económicos
 v. (*physically*) doler; (*mentally*) afligir, angustiar; (*Med*) agotar, fatigar, alterar, inquietarse
distressing angustiante, inquietante, (*causing anxiety*) ansioso, angustioso, inquietante, alarmante, preocupante.

Kommandant van Heerden peered into the gloom. Something strange was moving there. By bending down so that the creature was silhouetted against the orange glow that coloured the night sky, the Kommandant could make out its shape. In imitation of a woodpecker, the great vulture hung to the trunk of the tree and contented itself with scraps of the late Zulu cook.

For the second time that night the vulture brought a message to a watcher in the garden of Jacaranda House, but if the Bishop of Barotseland had mistaken the bird for the shape of God, Kommandant van Heerden made no such error. What he had seen of the scavenger's hooked profile reminded him too closely for **comfort** of several prisoners in Piemburg gaol who would welcome his arrival there with just such relish. The Kommandant shuddered and turned hastily away from this vision of his future. And as he turned away he heard a loud splash coming from the back of the house. Loud **splashes** played no part in the régime he had imposed on Jacaranda Park. There was something, he felt, positively sinister in loud splashes at this time of night, a view which was evidently shared by the vulture which flapped away from its hors d'oeuvres to see if its next course was going to be something drowned.

Kommandant van Heerden followed it less optimistically and found himself beside a privet hedge on the other side of which he could hear something going about some grim business. Whatever was busy behind the hedge was reciting to itself as it worked, work which necessitated the dropping of large heavy objects, weighted no doubt, into deep water. The Kommandant couldn't hear much of the song because from behind him across the Park there came the sound of running feet and a slobbering and snuffling noise which gained intensity from moment to moment. He glanced over his shoulder and saw racing towards him the pack of tracker dogs and dozens of policemen. A few seconds later they were on him and, pinned to the hedge, he watched the tide of animals and men wash past him and round the corner. He sighed with relief and followed in their wake.

The Bishop of Barotseland was less fortunate. His poor hearing and the fact that he was still wearing the bathing-cap prevented him hearing the approach of the dogs. One moment he was standing by the pool looking down at the revolver, and reciting from his grandfather's favourite poem, and the next he was engulfed in dogs. Muzzles raised, fangs bared, with slobbering jowls they came, and the

desgarramiento. El Kommandant van Heerden atisbo en la oscuridad. Algo extraño se movía allí. Inclinandose de forma que la criatura se perfilase frente al brillo anaranjado que coloreaba el cielo de la noche, el Kommandant pudo distinguir su forma. A imitación de un pájaro carpintero, el gran buitres estaba colgado del tronco del árbol, consumiendo los restos del difunto cocinero zulú.

Por segunda vez aquella noche, el buitres transmitía un mensaje a un observador en el jardín de la casa de Jacaranda, pero si el obispo de Barotselandia había tomado al ave por una forma de Dios, el Kommandant van Heerden no cometió tamaño error. Lo que él había visto del ganchudo perfil del ave carroñera le recordaba, demasiado para que se sintiese **cómodo**, a varios presos de la cárcel de Piemburgo que acogerían su ingreso en ella exactamente con la misma satisfacción. El Kommandant se estremeció y se apartó precipitadamente de aquella visión de su futuro. Y, al alejarse, oyó un sonoro chapoteo que venía de la parte de atrás de la casa. Los **chapoteos** sonoros no jugaban ningún papel en el régimen que él había impuesto en Jacaranda Park. Creyó percibir algo claramente siniestro en aquellos sonoros chapoteos a aquella hora de la noche, punto de vista que evidentemente compartía el buitres, que se alejó aleteando de sus entremeses para ver si el plato siguiente podía ser algo ahogado.

El Kommandant van Heerden le siguió, con menos optimismo, y se vio junto a un seto de aligustre al otro lado del cual pudo oír que pasaba algo, algo desagradable. La persona que estaba trajinando tras el seto canturreaba para sí, al tiempo que trajinaba, dedicado a una tarea que exigía arrojar objetos grandes y voluminosos, y sin duda pesados, a aguas profundas. El Kommandant apenas podía oír la canción, porque de detrás le llegaba el rumor de rápidas pisadas de alguien que corría y un ruido de jadeos y olisqueos cuya intensidad crecía por instantes. Miró por encima del hombro y vio, corriendo hacia él, al grupo de perros rastreadores y a docenas de policías. Unos segundos después, estaban sobre él y, aupado tras el seto, vio cómo la marea de animales y hombres le pasaba y doblaba la esquina. Suspiró con alivio y echó a andar tras ellos.

El obispo de Barotselandia tuvo menos suerte. Como oía mal y como aún llevaba puesto el gorro de baño, que le tapaba las orejas, no pudo oír el ruido de los perros al acercarse. Estaba de pie junto a la piscina contemplando el revólver y recitando un fragmento del poema favorito de su abuelo, y se vio de repente rodeado de perros. Venían hacia él con los hocicos alzados, enseñando los colmillos, babeando, y el obispo, abrumado

Bishop, overwhelmed by their rush, fell backwards into the swimming-pool, still clutching the revolver. As he went he involuntarily pulled the trigger and a single shot disappeared harmlessly into the night sky. The Bishop surfaced in the middle of the pool and looked around him. The sight was not one to reassure him. The pool was filled with struggling Alsatians and, as he watched, others launched themselves from the edges and joined the hordes already in the water. A particularly ferocious hound just in front of him opened its mouth and the Bishop had just enough time to take a gulp of air and disappear before the dog bit him. He swam the length underwater and surfaced. A dog snapped at him and he swam back. Above him paws thrashed the water into foam as the Bishop pondered this new manifestation of the Almighty. Evidently he had not got out of the pool quietly enough the first time, and God had come in to get him in the shape of dozens of dogs and he was just wondering how this collective appearance could be reconciled with the notion that God was one and indivisible when his arm was seized and he was dragged out of the pool by several policemen. Thankful for this deliverance and too bewildered to wonder how policemen fitted into this spectacle of divinity he stared back at the water. Hardly a foot of the surface of the pool was free of dogs.

The next moment his wrists were handcuffed behind him and he was swung round.

“That is the swine all right. Take him into the house,” said the Kommandant, and the Bishop was frogmarched by several konstabels across the drive and into the family home. Naked and wet, Jonathan Hazelstone stood among the potted plants in the great hall still wearing the bathing-cap. From a great distance and far beyond the frontiers of sanity he heard the Kommandant whisper, “Jonathan Hazelstone, I charge you with the wilful murder of one Zulu cook and God knows how many policemen, the wilful destruction of Government property and being in unlawful possession of weapons calculated to harm life and limb.”

He was too dazed and too deaf to hear the Kommandant tell Sergeant de Kock to take him down into the cellar and keep him safely under guard until morning.

“Wouldn't he be safer down at the police station?” the Sergeant suggested.

por su arremetida, cayó hacia atrás en la piscina, con el revólver aún en la mano. Al caer, apretó involuntariamente el gatillo y una bala solitaria desapareció inofensiva en el cielo nocturno. El obispo afloró en medio de la piscina y miró alrededor. Lo que vio no le resultó tranquilizador. La piscina estaba llena de afanosos alsacianos y, mientras él miraba, otros se lanzaban desde la orilla y se sumaban a las hordas que había ya en el agua. Un perro particularmente feroz, que estaba justo delante de él, abrió la boca y el obispo tuvo el tiempo justo para aspirar una bocanada de aire y desaparecer antes de que le mordiese. Nadó por debajo del agua a lo largo de la piscina y luego salió a la superficie. Otro perro le lanzó un mordisco, y él volvió a sumergirse. Sobre él, patas y más patas agitaban el agua y alzaban espuma, y el obispo cavilaba sobre aquella nueva manifestación del Todopoderoso. Era evidente que no había salido de la piscina todo lo pacíficamente que debería haberlo hecho la primera vez, y Dios había venido a él en la forma de docenas de perros y se preguntaba cómo podía conciliarse aquella aparición colectiva con la idea de que Dios era uno e indivisible, cuando le cogieron por el brazo y le sacaron de la piscina varios policías. Agradecido por esta liberación y demasiado desconcertado para preguntarse qué pintaban los policías en aquella visión de la divinidad, miró de nuevo hacia el agua. No había ni un centímetro de la superficie de la piscina libre de perros.

Y, de pronto, le esposaron las manos a la espalda y le hicieron darse vuelta.

—Éste es el cerdo, sí. Llévenle a la casa —dijo el Kommandant, y se lo llevaron entre varios policías, sujeto por brazos y piernas, por el camino, hacia la casa. Mojado y desnudo, Jonathan Hazelstone se quedó plantado entre la vegetación enmacetada del gran vestíbulo, el gorro de baño aún puesto. Desde una gran distancia y desde mucho más allá de las fronteras de la cordura, oyó cuchichear al Kommandant:

—Jonathan Hazelstone, le acuso a usted del asesinato **intencional** de un cocinero zulú y Dios sabe de cuántos policías, de la destrucción intencionada de propiedad del gobierno y de la posesión ilegal de armas destinadas a herir y matar.

El obispo estaba demasiado desconcertado y demasiado sordo para oír al Kommandant decirle al sargento de Kock que llevara al detenido al sótano y lo tuviera allí bajo custodia hasta la mañana.

—¿No estaría más seguro en la comisaría de policía? —sugirió el sargento.

wilful *adj.* (US **willful**) 1 (of an action or state) intentional, deliberate (*wilful murder*; *wilful neglect*; *wilful disobedience*) alevoso (perfidious), premeditado. 2 (of a person) obstinate, headstrong. Unruly, headstrong.

wilful, willful 1 (= *obstinate*) testarudo, terco 2 (= *deliberate*) intencionado, deliberado, premeditado; [*murder etc*] premeditado, alevoso

But Kommandant van Heerden was too exhausted to leave Jacaranda House and besides he was looking forward to spending the night in a house renowned throughout South Africa for refined living.

“The place is ringed with men,” he said, “and besides, we’ve been having complaints from the neighbours about the screams from the cells. Up here nobody will hear him when he yells. I’ll cross-examine him in the morning.”

And as the Bishop of Barotseland was led down into the cellar of Jacaranda House, Kommandant van Heerden wearily climbed the staircase to find himself a nice comfortable bedroom. He chose one with a blue bedspread on an enormous double bed, and as he stepped naked between the sheets, he considered himself a lucky man.

“To think that I can commandeer the house that once belonged to the Viceroy of Matabeleland,” he said to himself and turning on his side between the remarkably smooth sheets, promptly fell asleep.

30

35

Chapter 9

9

Few other people in Piemburgo dropped off to sleep so easily that night. Too many disturbing things were happening around them for their sleep to be anything but fitful. In Upper Piemburgo the searchlights swung slowly to and fro around the perimeter of Jacaranda Park, illuminating with quite astonishing brilliance the great hoardings that announced the arrival of death by two of its most awful means. Designed originally for the Army before being turned over to the police force, the searchlights did a great deal more than that. As they traversed the Park, the neighbouring suburbs and the city itself, they turned night into brilliant day with some remarkable results, particularly in the case of a number of chicken farms whose battery hens were driven to the verge of nervous breakdown by finding their already short nights suddenly diminished to something like four minutes.

Families which had taken the precaution of locking their dogs in the backyard and of sprinkling their sheets

Pero el Kommandant van Heerden estaba demasiado exhausto para abandonar la mansión y estaba deseando además pasar la noche en una casa famosa en toda Sudáfrica por su elegancia y distinción.

—El lugar está rodeado de hombres —dijo—. Y, además, hemos recibido quejas de los vecinos por los gritos que salen de las celdas. Aquí nadie le oirá cuando grite. Ya le interrogaré yo por la mañana.

Y, mientras conducían al obispo de Barotselandia al sótano de la mansión de Jacaranda Park, el Kommandant van Heerden subía las escaleras, para buscarse un dormitorio cómodo y agradable. Eligió uno que tenía un cobertor azul sobre una enorme cama doble, y cuando se metió desnudo entre las sábanas, se consideró un hombre afortunado.

«Pensar que puedo mandar en la casa que perteneció al virrey de Matabelelandia», se dijo y, poniéndose de lado, entre aquellas sábanas tan suaves, se quedó dormido en seguida.

Pocas personas más de Piemburgo se quedaron dormidas tan fácilmente aquella noche. Sucedían a su alrededor demasiadas cosas inquietantes para que su sueño no fuera un sueño inquieto. En la parte alta de Piemburgo giraban despacio los focos siguiendo el perímetro de Jacaranda Park, iluminando con una claridad absolutamente asombrosa los grandes carteles que anunciaban la llegada de la muerte por dos de sus medios más sobrecogedores. Los focos, destinados en principio al ejército y entregados luego a la policía, hacían bastante más que eso. Al atravesar el parque, los suburbios contiguos y la propia ciudad, convertían la noche en un día claro con ciertos resultados notables, particularmente en el caso de una serie de granjas de pollos cuyas gallinas ponedoras se encontraban al borde de la crisis nerviosa al descubrir que sus ya cortas noches disminuían de pronto hasta ser más o menos de unos cuatro minutos.

Familias que habían tomado la precaución de cerrar a sus perros en el patio de atrás y de rociar las sábanas con DDT, y cuyos dormito-

with DDT and whose bedrooms lay in the path of the searchlights found dawn break upon them with a rapidity and brilliance they had never before experienced, to be succeeded by a duskless night, and the process repeated endlessly while they tossed and turned in their itching beds. Outside along the roads rumbled the armoured cars and trucks of the police and bursts of firing interrupted the silence of the night, as the crews followed the Kommandant's instructions to shoot any small bush resembling Luitenant Verkramp.

The switchboard at the Piemburg Hospital was deluged with calls from agitated callers who wanted to know the symptoms of bubonic plague and rabies and how to treat the diseases. In the end the frantic telephonist refused to take any more calls, a **dereliction** of duty that had fatal results in two cases of heart attack.

dereliction abandono, negligencia **1** *deliberate, conscious, or willful negligence* **2** *delinquency, willful neglect a tendency to be negligent and uncaring; "he inherited his delinquency from his father"; "his derelictions were not really intended as crimes"; "his adolescent protest consisted of willful neglect of all his responsibilities"*
derelict *adj (edificio)* abandonado, en ruinas; **1** : abandoned especially by the owner or occupant; *also* : RUN-DOWN **2** : lacking a sense of duty : NEGLIGENT

Only Konstabel Els slept soundly in the isolation hospital. Occasionally he twitched in his sleep but only because he was dreaming of battle and sudden death. On the Vlockfontein road families whose cars had broken down in the long queue trudged towards Piemburg. It was a hot night and as they walked they sweated.

Kommandant van Heerden sweated too but for a rather different reason. He had been too exhausted when he climbed into bed to take much notice of his surroundings. He had noticed that the sheets felt peculiar but he had put their smoothness down to the fact that Miss Hazelstone's bed linen would naturally be of the finest quality and unlike his own ordinary sheets.

Kommandant van Heerden slept like a babe for an hour. When he awoke it was to find the bed dripping with moisture. He climbed out of bed horribly embarrassed.

"It isn't as though I've been on the booze," he muttered as he grabbed a handtowel from the washbasin and began to mop the bed out, and wondered how he was going to explain the mishap to Miss Hazelstone in the morning. He could imagine the sort of caustic comments she would make.

"Thank heaven the sheets seem to be waterproof," he said and climbed back into bed to dry them out. "It's a terribly hot night," he thought tossing and turning. He just couldn't make himself comfortable. As he drifted off

rios se hallaban en la trayectoria de los focos, se encontraron con que el amanecer caía sobre ellos con una rapidez y una claridad que jamás habían visto, y que le sucedía una noche sin oscuridad, y que el proceso se repetía interminablemente mientras ellos se agitaban y daban vueltas en sus lechos. Fuera, por las carreteras, trajinaban los coches blindados y los camiones de la policía y las andanadas de las armas de fuego quebraban el silencio de la noche, mientras las fuerzas policiales seguían las instrucciones del Kommandant de disparar contra cualquier pequeño matorrall que se pareciese al Luitenant Verkramp.

La central telefónica del hospital de Piemburgo estaba desbordada por las llamadas de preocupados ciudadanos deseosos de saber cuáles eran los síntomas de la peste bubónica y de la rabia y cómo había que tratar ambas enfermedades. Al final, la telefonista, frenética, se negó a atender más llamadas, un **abandono** del deber que tuvo fatales consecuencias en dos casos de ataque cardíaco.

Sólo el Konstabel Els durmió profundamente en el hospital de cuarentena. De vez en cuando se estremecía en el sueño, pero sólo porque soñaba con batallas y muerte súbita. En la carretera de Vlockfontein las familias cuyos coches se habían averiado en la larga caravana caminaban lentamente hacia Piemburgo. Era una noche calurosa y, mientras caminaban, sudaban.

El Kommandant van Heerden sudaba también, aunque por una razón muy distinta. Cuando se metió en la cama estaba demasiado agotado para fijarse bien en el entorno. Se había dado cuenta de que las sábanas tenían una textura peculiar, pero había atribuido su suavidad al hecho de que la ropa de cama de la señorita Hazelstone tenía que ser, naturalmente, de la mejor calidad y distinta a las sábanas corrientes del propio Kommandant.

El Kommandant van Heerden durmió como un bendito durante una hora. Cuando se despertó, se encontró con que la cama rezumaba humedad. Se levantó embarazadísimo.

«Es como si hubiera estado dándole al trago», murmuró mientras cogía una toallita del lavabo y comenzaba a secar la cama preguntándose cómo podría explicarle aquel hecho a la señorita Hazelstone por la mañana. Se imaginaba ya el tipo de comentarios cáusticos que haría la señorita Hazelstone.

«Gracias a Dios las sábanas parecen impermeables», dijo, y volvió a meterse en la cama, para secarlas. «Es una noche verdaderamente sofocante», se dijo moviéndose y dando vueltas. No había forma de estar cómodo allí. Se adormiló un poco y despertó de nuevo y volvió a adormilarse

and woke again and drifted off he gained the definite impression that the bed was getting no dryer. If anything it was getting wetter. He could feel the sweat running down his back as he
5 slithered from side to side in the infernally slimy sheets.

He began to wonder if he had fallen sick with a fever brought on by the strain of the day. He certainly felt feverish and his
10 thoughts bore all the marks of delirium. Uncertain whether he was dreaming or recalling what had actually happened, pursued by elephant guns, Miss Hazelstone with a scimitar, Mings and a demented
15 Konstabel Els, Kommandant van Heerden thrashed on through the night in a froth of agitation.

At two in the morning he took the
20 blankets off the bed. At three he mopped the bed out again. At four, convinced that he was dying in a raging fever and with a temperature of one hundred and ten he stumbled to the bathroom in
25 search of a thermometer. He had begun to think that he had shown remarkable foresight in ordering the plague notices to be put up round the Park. Whatever disease he had caught he had no doubt
30 it must be both infectious and fatal. But when he took his temperature he found it to be subnormal.

“Odd,” he thought. “Very odd,” and after drinking several pints of water out of
35 a tooth-mug went back to his room and climbed back into bed. At five o’clock he gave up all idea of sleeping and went along to the bathroom and had a cold bath. He was still debating what was wrong with him
40 as he began to dress. He noticed that the room had a funny sort of smell about it, and for a moment he looked suspiciously at his socks. “It isn’t that sort of smell,” he said to himself and crossing to the windows
45 pulled back the curtains.

Outside the sun was up and the jacaranda trees bright with flowers in the morning light. But Kommandant van Heerden wasn’t interested in the view from
50 his window. He was much more concerned with the curtains. They felt just like the sheets. He felt them again. “The bloody things stretch,” he thought, and found that the sheets were elastic too. He smelt them
55 closely and recognized the smell now. The sheets and the curtains were made of latex. Everything in the room was made of thin blue rubber.

He opened the wardrobe and felt the
60 suits and dresses that hung there. They too

y llegó un momento en que tuvo la clara impresión de que la cama no estaba más seca.

En realidad, estaba cada vez más húmeda. Notaba cómo le corría el sudor por la espalda mientras se movía de un lado a otro y daba vueltas en aquellas sábanas diabólicamente pegajosas.

Empezó a preguntarse si no habría caído enfermo con fiebres producidas por la tensión del día. Desde luego, se sentía febril, y sus pensamientos mostraban todos los indicios del delirio. Sin saber bien si soñaba o recordaba lo que había pasado concretamente, perseguido por rifles de cazar elefantes, por la señorita Hazelstone con una cimitarra, por Ming, y por un Konstabel Els enloquecido, el Kommandant van Heerden trajinaba en la noche envuelto en una espuma de agitación.

A las dos de la mañana apartó las sábanas de la cama. A las tres, volvió a secar el lecho. A las cuatro, convencido de que estaba muriéndose de una fiebre atroz y de que tenía una temperatura de cuarenta y cinco, entró en el baño tambaleante en busca de un termómetro. Había empezado a pensar que había demostrado una notable previsión al ordenar que instalaran alrededor del parque los carteles de la peste. Fuera cual fuese la enfermedad que había contraído, no le cabía duda de que debía ser infecciosa y mortal al mismo tiempo. Pero cuando se tomó la temperatura, descubrió que era inferior a la normal.

«Qué extraño», pensó. «Muy extraño, sí», y después de beber varios vasos de agua, volvió a su habitación y se metió otra vez en la cama. A las cinco abandonó toda idea de dormir y volvió al cuarto de baño y se dio un baño de agua fría. Aún estaba intentando descubrir qué era lo que le pasaba cuando empezó a vestirse. Percibió entonces que la habitación olía un poco raro y, por un momento, se miró receloso los calcetines. «No es ese tipo de olor», se dijo y, acercándose a las ventanas, descorrió las cortinas.

Fuera, el sol estaba ya alto y los Jacarandas relumbraban llenos de flores a la luz matutina. Pero el Kommandant van Heerden no sentía interés alguno por la vista que podía contemplarse desde la ventana. Le preocupaban más las cortinas. Tenían la misma textura que las sábanas. Las palpó de nuevo. «Esos malditos chismes se estiran», pensó, y descubrió que las sábanas eran también elásticas. Las olió detenidamente y reconoció entonces el olor. Las sábanas y las cortinas estaban hechas de caucho. Todo lo que había en la habitación estaba hecho de una goma azul fina.

Abrió el armario ropero y palpó los trajes y vestidos que había colgados dentro.

were made of rubber. Kommandant van Heerden sat down on the bed astonished. He had never run across anything like this in his life. Certainly his annual acquaintance with latex had hardly prepared him for this encounter, and as he sat there he began to think that there was something definitely sinister about the room. Finally he examined the contents of the chest of drawers and found the same thing there. Shirts, pants, and socks were all made of rubber. In one small drawer he found several latex hoods and two pairs of handcuffs. Very definitely the room had a sinister purpose, he thought and went downstairs to have breakfast.

“How’s the prisoner?” the Kommandant asked Sergeant de Kock when he had finished his toast and coffee.

“Looks insane to me. Keeps talking about animals all the time. Seems to think God is a guard dog or a vulture or something,” said the Sergeant.

“Won’t do him much good. How many men did we lose yesterday?”

“Twenty-one.”

“Twenty-one and a Zulu cook. Say twenty-one and a quarter. No man who shoots twenty-one policemen can plead insanity.”

Sergeant de Kock wasn’t convinced. “Any man who shoots twenty-one policemen and leaves his wallet behind at the scene of the crime sounds insane to me.”

“We all make mistakes,” said the Kommandant, and went upstairs to begin his cross-examination.

Down in the cellar the Bishop of Barotseland had spent the night chained to a pipe. He had slept even less than the Kommandant and had been guarded by four konstabels and two dogs. During the sleepless hours he had wrestled with the intellectual and moral problem implied by his predicament and had finally come to the conclusion that he was being punished for not getting out of the swimming-bath fast enough. For a while he had even considered the possibility that what was apparently happening to him was a symptom of *delirium tremens* brought on by drinking a bottle of bad brandy neat. When finally he was dragged to his feet and taken upstairs and down the corridor to his father’s study he was certain that he was having hallucinations.

También estaban hechos de goma. El Kommandant van Heerden se sentó en la cama, atónito. Nunca en toda su vida se había topado con algo semejante. Desde luego, su relación anual con el caucho no le había preparado precisamente para aquel encuentro, y allí sentado empezó a pensar que aquella habitación tenía algo claramente siniestro. Examinó por fin el contenido del mueble de cajones y descubrió lo mismo. Camisas, calzoncillos y calcetines eran todos de goma. En un cajoncito encontró varios gorros de goma y dos pares de esposas. Era evidente que la habitación tenía una finalidad siniestra, pensó, mientras bajaba al piso de abajo a desayunar.

—¿Qué tal el preso? —preguntó el Kommandant al sargento de Kock una vez terminó su café con tostadas.

—A mí me parece que está loco. No hace más que hablar de animales todo el rato. Al parecer, cree que Dios es un perro guardián o un buitre, o algo así —dijo el sargento.

—No le ayudará mucho. ¿Cuántos hombres perdimos ayer?

—Veintiuno.

—Veintiuno y un cocinero zulú. Digamos, veintiuno y un cuarto. Ningún hombre que liquide a veintiún policías puede alegar locura.

El sargento de Kock no parecía muy convencido.

—Un hombre que mata a veintiún policías y se deja olvidada la cartera en el escenario del crimen, yo creo que tiene que estar loco.

—Todos cometemos errores —dijo el Kommandant, y subió al piso de arriba a iniciar el interrogatorio.

Abajo, en el sótano, el obispo de Barotselandia se había pasado la noche encadenado a una tubería. Había dormido aún menos que el Kommandant y habían estado custodiándole cuatro policías y dos perros. Durante aquellas horas insomnes se había debatido con el problema intelectual y moral que implicaba su situación, y al fin había llegado a la conclusión de que se le estaba castigando por no salir con la suficiente rapidez de la piscina. Durante un rato, había considerado incluso la posibilidad de que lo que parecía estar sucediéndole fuese un síntoma de *delirium tremens* provocado por el hecho de haberse bebido una botella entera de coñac barato. Cuando por fin le pusieron de pie y le subieron al piso de arriba y le llevaron por el pasillo hasta el despacho de su padre, estaba ya absolutamente seguro de que todo aquello era una alucinación.

* * *

Kommandant van Heerden had not
 5 chosen Judge Hazelstone's study for
 interrogating the prisoner by accident. His
 unerring sense of psychology had told him
 that the study, redolent with judicial
 severity and the associations of childhood,
 would prepare Jonathan Hazelstone for the
 10 grilling the Kommandant intended to give
 him. Seating himself at the desk in a large
 leather-covered chair, the Kommandant
 assumed a posture and mien he felt sure
 would remind the prisoner of his father. To
 15 this end he toyed with a miniature brass
 gallows complete with trap and dangling
 victim which he found on the desk serving
 as a paperweight. It was a gift, he noted,
 from "The Executioner in gratitude for
 Judge Hazelstone's many favours".
 20 Confident that he looked very much as the
 great lawmaker must have done when he
 interrogated his son about some childish
 misdemeanour, the Kommandant ordered
 the prisoner to be brought in.

25 Whatever resemblance there might
 have been between the Kommandant and
 Judge Hazelstone of the Supreme Court,
 and it was practically non-existent, there
 was absolutely none between the manacled
 30 and naked creature that hobbled into the
 study still wearing the absurd bathing-cap,
 and any High Church dignitary. Staring
 wild-eyed at the Kommandant, the Bishop
 looked the picture of depravity.

35 "Name?" said the Kommandant putting
 down the paperweight and reaching for a
 pen.

40 "I'm hard of hearing," said the Bishop.

"So am I," said the Kommandant.
 "Comes of firing that bloody elephant
 gun."

45 "I said I can't hear what you're saying."

Kommandant van Heerden looked up
 from the desk. "What the hell are you
 wearing that cap for?" he asked, and
 50 signalled to a konstabel to take it off. The
 konstabel laid the bathing-cap on the desk
 and Kommandant van Heerden looked at
 it suspiciously. "Do you make a habit of
 wearing rubber clothes?" he inquired.

55 The Bishop chose to ignore the
 question. It had too much of the nightmare
 about it and he wanted to get back to the
 everyday world.

60 "I must protest against the assaults

El Kommandant van Heerden no había
 elegido por casualidad el despacho del juez
 Hazelstone para interrogar al detenido. Su
 infalible sentido de la psicología le había di-
 cho que el despacho, que evocaba la severi-
 dad judicial y estaba lleno de asociaciones
 de la infancia, predispondría a Jonathan
 Hazelstone para el severo interrogatorio a
 que pensaba someterle el comandante. Éste,
 sentándose a la mesa en una silla grande ta-
 pizada de cuero, asumió una actitud y un
 porte que, estaba seguro, le recordarían a su
 padre. Con ese fin, jugueteaba con una hor-
 ca de bronce en miniatura, con trampilla y
 todo, y víctima balanceante, que había en-
 contrado en la mesa y que hacía la función
 de pisapapeles. Pudo ver que era un obse-
 quio de «El verdugo, en gratitud por los mu-
 chos favores del juez Hazelstone». Seguro
 de parecerse mucho al gran legislador cuan-
 do interrogaba a su hijo sobre alguna trave-
 sura infantil, el Kommandant ordenó que
 hicieran pasar al detenido.

Fuera cual fuese la semejanza que pudiera
 haber entre el Kommandant y el juez
 Hazelstone, magistrado del tribunal supremo,
 y no la había prácticamente, no había ninguna,
 en absoluto, entre la criatura esposada y des-
 nuda que entró tambaleante en el despacho, aún
 con aquel ridículo gorro de baño puesto, y un
 dignatario de la High Church. Mirando al
 Kommandant con ojos extraviados, el obispo
 parecía la imagen de la depravación.

—¿Nombre? —dijo el Kommandant,
 posando el pisapapeles y cogiendo una
 pluma.

—No oigo bien —dijo el obispo.

—Tampoco yo —dijo el
 Kommandant—. Es por disparar ese mal-
 dito rifle de cazar elefantes.

—Le repito que no puedo oír lo que me dice.

El Kommandant van Heerden levantó la vista de la mesa.
 —¿Por qué demonios lleva usted
 puesto ese gorro? —preguntó, e indicó
 a un Konstabel que se lo quitara.

El Konstabel dejó el gorro de baño en la mesa y
 el Kommandant van Heerden lo miró con recelo.

—¿Tiene usted la costumbre de llevar
 prendas de goma? —preguntó.

El obispo decidió ignorar la
 pregunta. Ya bastaba de pesadi-
 llas. Quería volver al mundo
 normal.

—Quiero protestar por las ofensas que se

made on my person," he began, and was surprised at the reaction this simple statement provoked.

5 "You want to do what?" yelled the Kommandant.

"I have been assaulted by several of your men," went on the Bishop. "They have treated me absolutely abominably."

10 Kommandant van Heerden couldn't believe his ears. "And what do you think you were doing to them yesterday afternoon, playing kiss-in-the-fucking-ring? You butcher half my bloody men, ruin a perfectly good Saracen and murder your sister's Zulu bleeding cook and you've got the nerve to come in here and protest at the assaults on..." Kommandant van Heerden was at a loss for words. When he recovered his temper he went on more quietly. "Anything else you would like to ask me?" he said.

25 "Yes," said the Bishop. "I demand to see my lawyer."

The Kommandant shook his head. "Confession first," he said.

30 "I'm entitled to see my lawyer."

Kommandant van Heerden had to smile. "You're not."

35 "I am entitled by law to consult my lawyer."

"You'll be bleating about Habeas Corpus next."

40 "I most certainly will unless you bring me before a magistrate in forty-eight hours."

Kommandant van Heerden sat back in his chair and **grinned** cheerfully. "You think you know your law, don't you? Being the son of a judge, you'd know all about it, wouldn't you?"

50 The Bishop wasn't going to be drawn. "I know my basic rights," he said.

55 "Well, let me tell you something now. I'm holding you under the Terrorism Act and that means you can see no lawyer and there's no Habeas Corpus, nothing." He paused to let this sink in. "I can detain you till the day you die, and you never so much as get a whiff of a lawyer, and as for charging you before a magistrate, that can
60 wait for forty-eight years or four hundred

han hecho a mi persona —comenzó, y le dejó muy sorprendido la reacción que provocó una afirmación tan simple.

—¿Qué dice usted que quiere hacer? —gritó el Kommandant.

—He sido agredido por varios de sus hombres —continuó el obispo—. Me han tratado de un modo abominable.

El Kommandant van Heerden no podía creer lo que oía.

—¿Y qué me dice de lo que les estuvo haciendo usted a ellos ayer por la tarde? ¿Acaso cree que aquello era jugar a besar el jodido anillo? Liquidó usted a la mitad de mis hombres, destrozó un Saracen en perfecto estado y asesinó a ese maldito cocinero de su hermana y aún tiene el descaro de entrar aquí y protestar por las agresiones.

El Kommandant van Heerden no encontraba palabras. Cuando se controló, continuó más sosegadamente.

—¿Quiere usted decirme algo más? —preguntó.

—Sí —dijo el obispo—. Quiero ver a mi abogado.

El Kommandant movió la cabeza. —Primero la confesión —dijo.

—Tengo derecho a ver a mi abogado.

El Kommandant van Heerden tuvo que sonreír. —No lo tiene.

—Tengo derecho a consultar a mi abogado, según la ley.

—Ya tendrá tiempo después de balar por el *habeas corpus*.

—Desde luego que sí, a menos que me lleve usted ante un magistrado en un plazo de cuarenta y ocho horas.

El Kommandant van Heerden se retrepó en su asiento y **sonrió** alegremente.

—Cree usted conocer la ley, ¿eh? Siendo hijo de juez, tiene que conocerla, ¿no?

El obispo no estaba dispuesto a ceder. —Conozco mis derechos elementales.

—Bien, permítame decirle algo. Le detengo a usted aplicándole la Ley Antiterrorista, y eso significa que no puede ver usted a un abogado, que no hay *habeas corpus* ni nada de nada —hizo una pausa para dejarle asimilar esto—. Puedo tenerle detenido hasta el día de su muerte, y no tendrá usted ni esto así siquiera de abogado; y en cuanto a lo de llevarle ante un magistrado, para eso puedo esperar cuarenta y ocho años o

grin : mueca o contorsión del rostro 1 a facial expression characterized by turning up the corners of the mouth; usually shows pleasure or amusement
2 to draw back the lips and reveal the teeth, in a smile, grimace, or snarl.
1 *intr.* a smile broadly, showing the teeth, smiled toothily, unrestrained, or stupid smile.
2 *tr.* express by grinning (*grinned his satisfaction*). Sonreír abiertamente: *the little boy grinned from ear to ear*, el pequeño sonreía de oreja a oreja.
Sonreír con algún tipo de una mueca (desdeñosa, burlona, etc.)

and eighty, for that matter.”

The Bishop tried to say something, but the Kommandant continued, “I’ll tell you something else. Under the Terrorism Act you have to prove yourself innocent. I don’t have to go to the bother of proving you guilty. Really rather convenient from my point of view,” and the Kommandant picked up the paper-weight with what he hoped was a meaningful gesture.

The Bishop groped for something to say. “But the Terrorism Act doesn’t apply to me. I’m not a terrorist.”

“And what would you call a person who went round murdering twenty-one policemen if not a bloody terrorist?”

“I’ve no idea what you’re talking about.”

“I’ll tell you what I am talking about,” shouted the Kommandant, “I’ll spell it out for you. Early yesterday afternoon you attempted to destroy the evidence of a bestial crime committed upon the person of your sister’s Zulu cook by shooting him with a monstrous elephant gun. You then forced your sister to confess to the crime to save your skin, while you went up to the main gate and shot down twenty-one of my men as they tried to enter the Park.”

The Bishop looked wildly round the room and tried to pull himself together.

“You’ve got it all wrong,” he said at last, “I didn’t kill Fivepence—”

Kommandant van Heerden interrupted him quickly. “Thank you,” he said, and started to write, “Confesses to killing twenty-one police officers.”

“I didn’t say that,” screamed the Bishop. “I said I didn’t kill Fivepence.”

“Denies killing Zulu cook,” continued the Kommandant painstakingly writing it down.

“I deny killing twenty-one policemen too,” shouted the Bishop.

“Retracts previous confession,” said the Kommandant.

“There was no previous confession. I never said anything about killing the policemen.”

Kommandant van Heerden looked

cuatrocientos ochenta si me da la gana.

El obispo intentó decir algo, pero el Kommandant prosiguió:

—Le diré algo más. Según la Ley Antiterrorista, tiene que demostrar usted que es inocente. Yo no tengo que molestarle en demostrar su culpabilidad. Lo cual es muy ventajoso, desde mi punto de vista —y el Kommandant cogió el pisapapeles con lo que esperaba que fuese un gesto significativo.

El obispo no sabía qué decir.

—Pero la Ley Antiterrorista no se aplica en mi caso. Yo no soy un terrorista.

—¿Y qué es entonces una persona que va y se liquida a veintiún policías? ¿Acaso no es un terrorista?

—No sé de qué me habla.

—Le diré de qué le hablo —gritó el Kommandant—. Se lo diré bien claro. Ayer por la tarde intentó usted destruir las pruebas de un crimen salvaje cometido en la persona del cocinero zulú de su hermana disparando contra él con un monstruoso rifle de cazar elefantes. Luego, obligó a su hermana a confesarse autora del crimen para salvar usted el pellejo, y luego se fue a la entrada principal y liquidó a tiros a veintiuno de mis hombres cuando intentaban entrar en el parque.

El obispo miró desconcertado en su alrededor, intentando serenarse.

—Está usted en un error —dijo al fin—. Yo no maté a Cinco Peniques...

El Kommandant van Heerden le interrumpió rápidamente.

—Gracias —dijo, y empezó a escribir—. Confiesa haber matado a veintiún agentes de policía.

—Yo no he dicho eso —gritó el obispo—. Le he dicho que no había matado a Cinco Peniques.

—Niega haber matado al cocinero zulú —continuó el Kommandant, escribiendo laboriosamente.

—Niego también haber matado a veintiún policías —gritó el obispo.

—Se retracta de la confesión anterior —dijo el Kommandant.

—No ha habido confesión anterior de ningún tipo. Yo no he dicho en ningún momento que hubiera matado a los policías.

El Kommandant van Heerden miró a los

at the two konstabels. "You men heard him confess to killing twenty-one police officers, didn't you?" he said. The two konstabels weren't
5 sure what they heard but they knew better than to disagree with the Kommandant. They nodded.

10 "There you are," the Kommandant continued. "They heard you."

"But I didn't say it," the Bishop yelled. "What would I want to kill twenty-one policemen for?"

15 The Kommandant considered the question. "To hide the crime you'd committed on the Zulu cook," he said at last.

20 "How would killing twenty-one policemen help to hide Fivence's murder?" wailed the Bishop.

"You should have thought of that before you did it," said the
25 Kommandant smugly.

30 "But I didn't do it, I tell you. I never went anywhere near the main gate yesterday afternoon. I was too drunk to go anywhere."

The Kommandant started to write again. "Claims he acted under the influence of alcohol," he said.

35 "No I don't. I said I was too drunk to go anywhere. I couldn't have got up to the gate if I had wanted to."

40 Kommandant van Heerden put down his pen and looked at the prisoner. "Then perhaps you'll be good enough to tell me," he said, "how it was that sixty-nine tracker dogs when put on your trail followed your scent up to the main gate and then back to
45 the swimming-pool where you were disposing of the murder weapons?"

"I don't know."

50 "Expert witnesses, tracker dogs," said the Kommandant. "And perhaps you'll explain how your wallet and handkerchief came to be inside a blockhouse from which my men had been shot down."

55 "I've got no idea."

"Right, then if you'll just sign here," said the Kommandant holding out the statement to him.
60

dos Konstabels.

—Ustedes le oyeron confesar que mató a veintidós agentes de policía, ¿no es cierto? —dijo.

Los dos konstabels no estaban seguros de lo que habían oído. Pero sabían lo suficiente para no arriesgarse a llevarle la contraria al Kommandant. Asintieron.

—Ahí tiene usted —continuó el Kommandant—. Ellos le oyeron.

—Pero no lo he dicho —aulló el obispo—. ¿Para qué iba a querer yo matar a veintidós policías?

El Kommandant consideró el asunto.

—Para ocultar el crimen del cocinero zulú que había cometido —dijo al fin.

—¿Y cómo me iba a ayudar a ocultar el asesinato de Cinco Peniques el matar a veintidós policías? —chilló el obispo.

—Eso debería haberlo pensado usted antes de hacerlo —dijo limpiamente el Kommandant.

—Pero es que no lo hice, ¿cómo quiere que se lo diga a usted? Ayer por la tarde no me acerqué siquiera a la entrada principal. Estaba demasiado borracho para moverme.

El Kommandant empezó a escribir de nuevo.

—Afirma haber actuado bajo la influencia del alcohol —dijo.

—No, ni hablar. Dije que estaba demasiado borracho para ir a ninguna parte. No podría haber llegado hasta la entrada principal aunque hubiese querido.

El Kommandant van Heerden posó la pluma y miró al detenido.

—Entonces, quizá sea usted capaz de decirme —dijo— por qué sesenta y nueve perros rastreadores siguieron el olor en cuanto les di su pista hasta la entrada principal y luego volvieron a la piscina donde estaba usted desembarazándose de las armas del crimen.

—No sé, francamente.

—Testigos especialistas, perros rastreadores —dijo el Kommandant—. Y quizá pueda también explicarme cómo es que su cartera y su pañuelo estaban en el bunker desde el que fueron abatidos mis hombres.

—Pues no tengo ni idea.

—Eso es, ahora, si es tan amable, firme aquí —dijo el Kommandant ofreciéndole la declaración.

The Bishop bent forward and read the statement. It was a confession that he had murdered Fivepence and twenty-one police officers.

5 “Of course I won’t sign it,” he said straightening up at last. “None of the crimes you mention there have anything to do with me.”

10 “No? Well then just you tell me who committed them.”

15 “My sister shot Fivepence ...” the Bishop began, and realized he was making a mistake. In front of him the Kommandant’s face had turned purple.

20 “You sordid bastard,” he yelled. “Call yourself an English gentleman, do you, and try and shift the blame for a murder on your poor dear sister. What sort of a man are you? Doesn’t the family name mean a bleeding thing to you?”

25 At a signal from the Kommandant the two konstabels grabbed the Bishop and hurled him to the floor. In a **flurry** of boots and truncheons, the Bishop rolled about the floor of the study. Just as he thought he was about to die, he was hauled to his feet in front of the desk.

30 “We’ll continue this conversation when you feel up to it,” the Kommandant said more calmly, and the Bishop thanked the dear Lord for sparing him another encounter with Kommandant van Heerden. He knew he would never feel up to it. “In the meantime I am sending for Luitenant Verkramp. This is clearly a political case, and in future he will interrogate you,” and with this dire threat the Kommandant 40 ordered the two konstabels to take the prisoner back to the cellar.

45 As Kommandant van Heerden waited for Miss Hazelstone to be brought to him, he fingered the bathing-cap thoughtfully and wondered what had happened to Luitenant Verkramp. He had no great hope that the Luitenant was dead. “The crafty swine is probably holed up somewhere,” 50 he thought and idly poked his finger into the bathing-cap. He was beginning to wish the Luitenant was around to consult about the case. Kommandant van Heerden was no great one for theories and the cross-examination had not turned into a confession quite as easily as he had 55 expected. He had to admit, if only to himself, that there were certain aspects of Jonathan’s story that had the ring of truth about them. He had been dead drunk on 60 the bed in Jacaranda House. The

El obispo se inclinó y leyó la declaración. Era una confesión de que había asesinado a Cinco Peniques y a veintiún agentes de policía.

—No firmaré, por supuesto —dijo irguiéndose al fin—. No tengo nada que ver con ninguno de los delitos que menciona usted.

—¿No? Muy bien, entonces dígame quién los cometió.

—Mi hermana mató a Cinco Peniques... —comenzó el obispo, y comprendió que estaba cometiendo un error. El Kommandant se había puesto rojo de furia.

—¡Cabrón, asqueroso! —gritó—. Pretende ser un caballero inglés e intenta echar la culpa de un asesinato que usted ha cometido a su pobre hermana querida. ¿Qué clase de hombre es usted? ¿No significa nada para usted el honor de la familia?

A una señal del Kommandant, los dos policías agarraron al obispo y le derribaron. En una **algarabía** de botas y porras, el obispo rodó por el suelo del despacho. En el momento en que pensaba que ya estaba a punto de morir, le levantaron otra vez y le pusieron frente a la mesa.

—Continuaremos esta conversación cuando se sienta usted con ánimos —dijo el Kommandant, más tranquilo, y el obispo dio gracias a Dios por ahorrarle otra entrevista con el Kommandant van Heerden. Sabía que nunca se sentiría con ánimos para soportarlo.

—Y entre tanto, le mandaré con el Luitenant Verkramp. Se trata, evidentemente, de un caso político y en el futuro le interrogará él —y con esta terrible amenaza, el Kommandant ordenó a los dos oficiales que volvieran a llevarse al prisionero al sótano.

El Kommandant van Heerden, mientras esperaba que llevaran a su presencia a la señorita Hazelstone, acariciaba pensativo el gorro de baño y se preguntaba qué habría sido del Luitenant Verkramp. No albergaba demasiadas esperanzas de que el Luitenant estuviera muerto. «Seguro que ese cerdo astuto se ha escondido en algún sitio», pensó, metiendo caviloso un dedo en el gorro de baño. Empezaba a desear tener al Luitenant al lado para consultarle sobre el caso. El Kommandant van Heerden no era muy bueno elaborando teorías y el interrogatorio no se había convertido tan fácilmente como esperaba en una confesión. Tenía que admitir, aunque sólo fuera para él, que había ciertos aspectos de la versión de los hechos que daba Jonathan, que tenían un aire de verosimilitud. Era cierto que estaba borracho en la cama en la mansión de Jacaranda Park. El

flurry n. 1 (de viento, nieve, granizo) ráfaga: *snow flurries are expected tonight, se esperan nevascas esta noche* 2 agitación: *there has been a flurry of protests, hubo una oleada de protestas.*

flurry 1 a gust or squall (of snow, rain, etc.). 2 a sudden burst of activity. 3 a commotion; excitement; nervous agitation (*a flurry of speculation; the flurry of the city*).
- confuse by haste or noise; agitate, aturullar

Kommandant had seen him there with his own eyes and yet the shooting at the gate had started only minutes later. The Kommandant could not see how a man who
 5 was dead drunk one minute half a mile from the blockhouse, could the next be firing with remarkable accuracy at the plainclothes men. And where the hell had Els disappeared to? The whole thing was a bloody mystery.

10

“Oh well, never look a gift horse in the mouth,” he thought. “After all my whole career is at stake and it doesn’t do to be choosy.”

15

* * *

The Kommandant hadn’t been far wrong in his assessment of Luitenant Verkramp’s position. He was indeed holed
 20 up. Of all the people who slept in Piemburg that night, Luitenant Verkramp was perhaps the least restless and certainly the least refreshed when dawn broke. His sleep had been disturbed, very disturbed, but in spite
 25 of his discomfort he had not dared to move. Below him and in some cases actually inside him, the dreadful spikes made the slightest movement an exceedingly unrewarding experience.

30

Above him the moving finger of an enormous light swung eerily back and forth through a great pall of greasy smoke. A nauseating smell of burning flesh filled the air, and Luitenant Verkramp in his delirium
 35 began to believe in the hell his grandfather’s sermons had promised for sinners. At intervals during the long night he woke and considered what he had done to deserve this dreadful fate, and his mind
 40 was filled with visions of the prisoners he had tortured by tying plastic bags over their heads, or by administering electric **shocks** to their genitals. If only he were given another chance in life, he promised he would never torture another suspect and
 45 realized as he did so that it was a promise he would never be able to keep.

There was only one portion of his anatomy he could move without too much
 50 pain. His left arm was free and as he lay staring up into the smoke and flames of hell, he used his hand to feel about him. He felt the iron spikes and underneath him he discovered the body of another damned
 55 soul stiff and cold. Luitenant Verkramp envied that man. He had evidently passed on to some other more pleasant place like oblivion, and he envied him all the more a moment later when an extremely unpleasant sound farther down the ditch
 60 drew his attention to new and more horrible

Kommandant le había visto allí con sus propios ojos, y, sin embargo, el tiroteo en la entrada había empezado sólo unos minutos después. El Kommandant no podía entender cómo un hombre que estaba borracho perdido en determinado momento, a medio kilómetro del bunker, podía estar al instante siguiente disparando con notable precisión contra los policías de paisano. ¿Y dónde demonios se había metido Els? Todo aquello era un terrible misterio.

«Bueno, en fin, a caballo regalado no le mires el diente», pensó. «Después de todo, lo que está en juego es mi carrera, no se puede ser tan puntilloso.»

El Kommandant no se había equivocado mucho al valorar la posición del Luitenant Verkramp. Estaba realmente escondido, sí. De toda la gente que dormía en Piemburgo aquella noche, el Luitenant Verkramp quizá fuera el menos inquieto y desde luego el que menos repuesto se sentía cuando llegó el amanecer. Había tenido un sueño agitado, muy agitado, pero a pesar de su desasosiego no se había atrevido a moverse. Debajo de él y en ciertos casos realmente dentro, las terribles estacas puntiagudas hacían que el más leve movimiento fuese una experiencia excesivamente desagradable.

Sobre él, el dedo móvil de una luz enorme se balanceaba extrañamente a través de una gran nube de humo grasiento. Llenaba el aire un olor nauseabundo a carne quemada, y el Luitenant Verkramp empezó a creer, en su delirio, en el infierno que los sermones de su abuelo habían prometido a los pecadores. Se despertó a intervalos durante la larga noche, pensando qué habría hecho para merecer tan espantoso destino, y se le llenaba la cabeza de visiones de los presos que había torturado, metiéndoles la cabeza en bolsas de plástico o administrándoles **descargas** eléctricas en los genitales. Si le dieran otra oportunidad en la vida, prometía no volver a torturar jamás a ningún sospechoso, y al hacerlo comprendería que era una promesa que nunca podría cumplir.

Sólo había una porción de su anatomía que podía moverse sin demasiado dolor. Tenía el brazo izquierdo libre y, mientras estaba allí tumbado mirando fijamente hacia arriba, hacia el humo y las llamas del infierno, utilizó la mano para tantear alrededor. Tocó las estacas puntiagudas de hierro y descubrió debajo de él el cuerpo rígido y frío de otra alma condenada. El Luitenant Verkramp envidió a aquel hombre. Era evidente que había pasado a otro lugar más agradable, como el olvido, y le envidió aún más un momento después, cuando atrajo su atención hacia posibilidades nuevas y aún más horribles un sonido sumamente desagradable que procedía del

possibilities.

He thought at first that someone was being undressed in a great hurry, and by a person with little respect for his clothes. Whoever was busy down there certainly wasn't bothering to undo buttons very carefully. It sounded as if some poor devil was having the clothes ripped off him unceremoniously indeed. Luitenant Verkramp was sure they would never be fit to wear again. "Probably preparing some poor devil for roasting," he thought and hoped that his camouflage would help to prevent them finding him for some time.

Raising his head inch by inch he peered down the moat. At first it was too dark to see anything. The sound of undressing had ceased and was followed by noises more awful than anything he had ever heard. Whatever was going on down there didn't bear thinking about, but still horribly fascinated he continued to peer into the darkness. Above him the great probing light swung slowly back towards the moat, and as it passed overhead Luitenant Verkramp knew that his encounter with the wildlife of the hedgerow in the shape of the giant spider had been as nothing to the appalling agonies death held in store for him. Down the ditch a great vulture was up to its neck in plain-clothes policemen. Luitenant Verkramp passed out yet again.

When dawn broke over the varied remains of Konstabel Els' defence of Jacaranda Park, the policemen guarding the gate discovered the haha and its inhabitants living and dead and clambered gingerly down to collect what had not already flapped gorged out of the moat. They had some difficulty at first in recognizing Luitenant Verkramp under his vegetation and when they had decided that he was at least partially human, they had even more difficulty deciding whether he was alive or dead. Certainly the creature they hauled onto the grass seemed more dead than alive, and was clearly suffering from a pronounced persecution complex.

"Don't roast me, please don't roast me. I promise I won't do it again," Luitenant Verkramp yelled and he was still screaming when he was lifted into the ambulance and driven down to the hospital.

extremo de la fosa.

Al principio pensó que estaban desvistiendo a alguien muy de prisa y que lo hacía alguien que manifestaba muy poco respeto por sus ropas. Quienquiera que estuviera allí al fondo trajinando, no se molestaba, desde luego, en desabotonar las prendas con cuidado. Parecía que estuvieran realmente arrancándole la ropa a algún pobre diablo sin ceremonia de ningún tipo. El Luitenant Verkramp estaba seguro de que aquellas prendas no podrían volver a usarse. «Probablemente estén preparando a algún pobre diablo para asarle», pensó, albergando la esperanza de que su camuflaje permitiese evitar durante algún tiempo el que le hallasen.

Alzando la cabeza centímetro a centímetro, miró hacia el fondo del foso. Al principio, no podía ver nada por la oscuridad. El rumor aquel de desvestir había cesado y fue seguido de ruidos más horribles, Verkramp no había oído en su vida ruidos tan espantosos. Fuera lo que fuese lo que pasaba allá abajo, debía ser algo inconcebible e insoportable, pero, de todos modos, se sentía extraordinariamente fascinado y siguió atisbando en la oscuridad. Arriba, sobre él, la gran luz tanteante giraba lenta de nuevo hacia el foso, y, cuando pasó por encima del Luitenant Verkramp, supo que su encuentro con la vida salvaje del seto en la forma de la araña gigante había sido como nada frente a los sobrecogedores calvarios que le tenía reservados la muerte. Al fondo del foso había un gran buitre cubierto hasta el cuello de policías vestidos de paisanos. El Luitenant Verkramp se desmayó otra vez.

Cuando amaneció sobre los variados restos de la defensa que el Konstabel Els había hecho de Jacaranda Park, los policías que vigilaban la entrada descubrieron el foso y a sus habitantes vivos y muertos, y bajaron cautelosamente a recogerlos. Tuviron ciertas dificultades al principio para reconocer al Luitenant Verkramp bajo su vegetación y, cuando decidieron por fin que era al menos parcialmente humano, tuviron más dificultades aún para determinar si estaba vivo o muerto. Desde luego, la criatura a la que izaron hasta el césped parecía más muerta que viva y padecía, evidentemente, una manía persecutoria muy aguda.

—No me asen, por favor, no. Prometo que no volveré a hacerlo —chillaba el Luitenant Verkramp, y aún seguía gritando cuando le metieron en la ambulancia para llevarle al hospital.

Chapter 10

10

As Luitenant Verkramp was being admitted to Piemburg Hospital, Konstabel
5 Els was being discharged.

“I tell you I’ve got rabies,” Els shouted at the doctor who told him there was nothing physically wrong with him. “I’ve been bitten by a mad dog and I am dying.”
10

“No such luck,” said the doctor. “You’ll live to bite another day,” and left Els standing on the steps cursing the inefficiency of the medical profession. He
15 was trying to make up his mind what he should do next when the police car that had accompanied the ambulance carrying Luitenant Verkramp to hospital stopped next to him.

20 “Hey, Els, where the hell have you been?” said the Sergeant next to the driver. “The old man has been yelling blue murder for you.”

25 “I’ve been in hospital,” said Els. “Suspected rabies.”

“You’d better hop in. We’ll go by the station and pick up your little toy.”
30

“What little toy?” asked Els, hoping it wasn’t the elephant gun.

35 “The electric-shock machine. You’ve got a customer up at Jacaranda House.”

As they drove up the hill Els sat silent. He wasn’t looking forward to seeing the Kommandant and having to explain why
40 he had left his post. As they passed the burnt-out Saracen, Els couldn’t restrain a little **giggle**.

giggle reírse nerviosamente, con disimulo; soltar una risita tonta, ahogada o entre dientes; twist laughingly, laugh in silly (bobalicona) manner.

titter : to laugh in a nervous, affected, or partly suppressed manner or in a furtive or restrained way

45 “I don’t know what you’re laughing at,” said the Sergeant sourly. “Might have been you in there.”

“Not me,” said Els. “You wouldn’t find me in one of those things. Asking for trouble they are.”
50

“Safe enough normally.”

be up against enfrentarse

55 “Not when you’re **up against** a good man with the right sort of weapon,” Els said.

“You sound as though you had something to do with it, you know so much about it.”
60

“Who? Me? Nothing to do with me.

En el momento en que el Luitenant Verkramp ingresaba en el hospital de Piemburgo, salía de él, dado de alta, el Konstabel Els.

—Le aseguro que tengo la rabia —gritaba Els al médico que le dijo que no sufría ningún trastorno físico—. Me mordió un perro rabioso y estoy muriéndome.

—No tendremos tanta suerte —dijo el médico—. Vivirá usted para morder otro día —y dejó a Els plantado en las escaleras, maldiciendo la ineficacia de los médicos.

Estaba intentando determinar lo que debía hacer, cuando se detuvo a su lado el coche policial que había acompañado a la ambulancia que llevaba al Luitenant Verkramp al hospital.

—Vaya, Els, ¿dónde demonios has estado? —preguntó el sargento que iba al lado del conductor—. El viejo se puso a dar voces porque no aparecías.

—He estado en el hospital —dijo Els—. Posible caso de rabia.

—Será mejor que subas al coche. Tenemos que ir a la comisaría a recoger tu jugueteo.

—¿Qué jugueteo? —preguntó Els, esperando que no se tratara del rifle de cazar elefantes.

—La máquina de los electrochoques. Te hemos conseguido un cliente allá arriba en Jacaranda Park.

Mientras subían la cuesta, Els guardó silencio. No le apetecía gran cosa tener que ver al Kommandant y explicarle por qué había abandonado su puesto. Cuando pasaron por delante del Saracen destrozado, Els no pudo contener una **risilla**.

—No sé de qué te ríes —dijo el sargento con acritud—. Podrías haber estado tú ahí dentro.

—Yo no —dijo Els—. Yo no me dejaría cazar en uno de esos chismes. Son trampas mortales.

—Normalmente son muy seguros.

—No cuando **se enfrentan** a un hombre con valor y que tenga el tipo de armamento adecuado —dijo Els.

—Parece que tuvieras algo que ver con el asunto, sabes tanto...

—¿Quién? ¿Yo? Yo no tengo nada que ver con

Why should I knock out a Saracen?"

"God alone knows," said the Sergeant,
"but it's just the sort of stupid thing you
5 would get up to."

Konstabel Els cursed himself for
opening his mouth. He would have to be
more careful with the Kommandant. He
began to wonder what the symptoms of
10 bubonic plague were. He might have to
develop them as a last resort.

Kommandant van Heerden's
examination of Miss Hazelstone had got
15 off to a bad start. Nothing that he could
say would convince her that she hadn't
murdered Fivepence.

"All right, suppose for the moment
20 that you did shoot him," he said for
the umpteenth time. "What was your
motive?"

"He was my lover."

25 "Most people love their lovers,
Miss Hazelstone, yet you say you
shot him."

"Correct. I did."

30 "Hardly a normal reaction."

"I'm not a normal person," said Miss
Hazelstone. "Nor are you. Nor is the
konstabel outside the door. We are none of
35 us normal people."

"I would have said I was fairly normal,"
said the Kommandant smugly.

40 "That's just the sort of asinine
remark I would expect you to make and
it only goes to prove how abnormal you
are. Most people like to think that they
are unique. You evidently don't and
45 since you seem to consider normality to
consist of being like other people, in so
far as you possess qualities that make
you unlike other people, you are
abnormal. Do I make myself clear?"

50 "No," said the Kommandant, "you
don't."

"Let me put it another way," said Miss
Hazelstone. "Normality is a concept. Do
55 you follow me?"

"I'm trying to," the Kommandant said
despairingly.

"Good. As I have said, normality is
60 a concept. It is not a state of being. You

eso. ¿Por qué iba a cargarme yo un Saracen?

—Sabe Dios —dijo el sargento—,
pero es exactamente el tipo de estupidez
del que tú serías capaz.

El Konstabel Els se maldijo por haber
abierto la boca. Tendría que tener más cui-
dado con el Kommandant. Empezó a pre-
guntarse cuáles serían los síntomas de la
peste bubónica. Quizá tuviera que
fingirlos, como último recurso.

El interrogatorio de la señorita Hazelstone
había tenido un mal principio. Nada de lo que
podiera decir el Kommandant van Heerden po-
día convencerla de que no había matado ella a
Cinco Peniques.

—Está bien, supongamos por el momen-
to que le disparó usted —dijo por enésima
vez el Kommandant—. ¿Qué motivos tenía
para hacerlo?

—Era mi amante.

—La mayoría de la gente quiere a sus aman-
tes, señorita Hazelstone. Usted, sin embargo, dice
que le mató a tiros.

—Correcto. Eso hice.

—No es una reacción normal, precisamente.

—Yo no soy una persona normal —dijo la
señorita Hazelstone—. Ni lo es usted. Ni lo es el
konstabel que está a la puerta. Ninguno de no-
sotros es gente normal.

—Pues yo diría que soy bastante normal —
dijo el Kommandant pulcramente.

—Ése es exactamente el tipo de comentario
estúpido que yo esperaba que hiciera usted, y lo
único que viene a demostrar es lo anormal que
es usted. A la mayoría de las personas les gusta
pensar que son seres únicos. A usted, evidente-
mente, no. Y como parece usted pensar que la
normalidad consiste en ser como otras personas,
en la medida en que posee usted cualidades que
le hacen distinto a otras personas, es usted anor-
mal. ¿Me he explicado bien?

—No —dijo el Kommandant—. No lo ha
hecho.

—Déjeme que se lo explique de otro modo,
entonces —dijo la señorita Hazeystone—. Nor-
malidad es un concepto. ¿Me entiende?

—Estoy intentándolo —dijo el
Kommandant, desesperado.

—Bueno. Como he dicho, normalidad es un
concepto. No es una condición ni un modo de

are confusing it with the desire to conform. You have a strong urge to conform. I have none.”

5 Kommandant van Heerden groped his way after her. He couldn't understand a word of what she was saying but it didn't sound very complimentary.

10 “What about motive?” he asked, trying to get back on to more familiar ground.

“What about it?” Miss Hazelstone countered.

15 “If you killed Fivepence you must have had a motive.”

Miss Hazelstone thought for a moment. “It doesn't follow,” she said at last, “though I suppose you could argue that a motiveless
20 act is an impossibility because it inevitably presupposes an intention to act without motive which is a motive in itself.”

25 Kommandant van Heerden looked desperately round the room. The woman was driving him mad.

“You didn't have one then?” he asked after counting to twenty slowly.

30 “If you insist on my having one, I suppose I'll have to supply it. You can say it was jealousy.”

35 The Kommandant perked up. This was much better. He was getting on to familiar ground again.

“And who were you jealous of?”

40 “No one.”

“No one?”

“That's what I said.”

45 Kommandant van Heerden peered over the edge of an abyss. “No one,” he almost screamed. “How in the name of hell can you be jealous of no one?” He paused, and looked at her suspiciously.
50 “No One is not the name of another kaffir, is it?”

“Of course not. It means exactly what it says. I was jealous of no one.”

55 “You can't be jealous of no one. It's not possible. You've got to be jealous of somebody else.”

60 “I haven't, you know.” Miss Hazelstone looked at him

ser. Usted lo confunde con el deseo de adaptarse. Usted tiene un intenso deseo de adaptarse. Yo no tengo ninguno.

El Kommandant van Heerden se abría torpemente paso tras ella. No podía entender una palabra de lo que decía, pero no parecía muy halagador.

—¿Y el motivo? —preguntó, intentado volver a un terreno más familiar.

—¿Qué me dice usted de eso? —replicó la señorita Hazelstone.

—Si mató usted a Cinco Peniques, tuvo que tener un motivo para hacerlo.

La señorita Hazelstone se quedó un momento pensando.

—No es preciso —dijo al fin—. Aunque supongo que podría usted argüir que un acto inmotivado es imposible porque presupone inevitablemente una intención de actuar sin motivación, lo cual es una motivación en sí.

El Kommandant van Heerden miró a su alrededor desesperado. Aquella mujer le estaba volviendo loco.

—¿No tenía usted ninguno, entonces? —preguntó, tras contar despacio hasta veinte.

—Si insiste usted en que lo tenga, supongo que tendré que darle uno. Puede decir usted que fueron los celos.

El Kommandant se animó un poco. Aquello estaba mejor. Volvía a pisar terreno familiar.

—¿Y de quién estaba usted celosa?

—De nadie.

—¿De nadie?

—Eso dije.

El Kommandant van Heerden se asomó y miró por el borde de un abismo.

—¿De nadie! —chilló casi—. ¿Cómo demonios puede estar usted celosa de nadie?

Hizo una pausa y la miró con recelo. Luego dijo:
—Nadie no será el nombre de otro kaffre, ¿verdad?

—Pues claro que no. Significa exactamente lo que es. Nadie, nadie.

—No puede usted estar celosa de nadie. Eso no es posible. Tiene usted que estar celosa de alguien.

—Pues no lo estoy, ya ve usted —dijo la señorita Hazelstone mirándole

pityingly.

Beneath him the Kommandant could feel the abyss yawning. It was the abyss of all abysses.

“No one. No one,” he repeated almost pathetically, shaking his head. “Someone tell me how somebody can be jealous of no one.”

“Oh it’s really quite simple,” Miss Hazelstone continued, “I was just jealous.”

“Just jealous,” the Kommandant repeated slowly.

“That’s right. I didn’t want to lose dear Fivence.”

Teetering above the unfathomable void of abstraction the Kommandant clutched at Fivence. There had once been something substantial about the Zulu cook and the Kommandant needed something substantial to hang on to.

“You were frightened you were going to lose him?” he pondered aloud, and then realized the terrible contradiction he was stepping into. “But you say you shot him. Isn’t that the best way of losing the brute?” He was almost beside himself.

“It was the only way I had of making sure I kept him,” Miss Hazelstone replied.

Kommandant van Heerden pulled himself back from the void. He was losing control of the interview. He started again at the beginning.

“Let’s forget for the moment that you shot Fivence so that you wouldn’t lose him,” he said slowly and very patiently. “Let’s start at the other end. What was your motive for falling in love with him?” It was not a topic he particularly wanted to investigate, not that he believed for a moment that she had ever been in love with the swine, but it was better than harping on about no one. Besides he felt pretty sure she would give herself away now. The Hazelstones couldn’t fall in love with Zulu cooks.

“Fivence and I shared certain mutual interests,” said Miss Hazelstone slowly. “For one thing we had the same fetish.”

“Oh really. The same fetish?” In his mind the Kommandant **conjured up** a

compasivamente.

El Kommandant sintió abrirse bajo él un abismo que iba haciéndose cada vez mayor. Era el más abismático de todos los abismos.

—Nadie. Nadie —repitió casi patéticamente, moviendo la cabeza—. A ver quién me explica a mí cómo puede estar alguien celoso de nadie.

—Pero si es muy simple —continuó la señorita Hazelstone—. Yo estaba simplemente celosa.

—Simplemente celosa... —repitió lentamente el Kommandant.

—Eso es. Yo no quería perder al buen Cinco Peniques.

Tambaleándose sobre un vacío insondable de abstracción, el Kommandant se asió a Cinco Peniques. Había habido algo sustancial en el cocinero zulú, y el Kommandant necesitaba algo sustancial a lo que asirse.

—¿Tenía usted miedo a perderle? —caviló en voz alta y luego comprendió la terrible contradicción en que estaba incurriendo—. Pero dice usted que le pegó un tiro. ¿No era ése el mejor medio de perder a aquel animal? —estaba casi fuera de sí.

—Era el único medio que tenía de asegurarme de que le conservaba —replicó la señorita Hazelstone.

El Kommandant van Heerden huyó del vacío. Estaba perdiendo el control del interrogatorio. Empezó de nuevo desde el principio.

—Olvidemos por un instante que mató usted a Cinco Peniques para no perderle —dijo, despacio, con mucha paciencia—. Empecemos por el otro extremo. ¿Por qué motivo se enamoró usted de él?

No era un tema que deseara particularmente investigar, pues no creía, ni por un instante, que ella hubiera estado enamorada en ningún momento de aquel cerdo, pero era mejor aquello que insistir en lo de nadie. Además, estaba bastante seguro de que ahora ella cedería ya. Los Hazelstone no podían enamorarse de los cocineros zulúes.

—Cinco Peniques y yo teníamos algunas cosas en común —dijo lentamente la señorita Hazelstone—. Por un lado, teníamos el mismo fetiche.

—Vaya. ¿El mismo fetiche?

El Kommandant **conjuró** en su pensamien-

conjure up sacar por arte de magia de la chistera
conjure up 1 bring into existence or cause to appear as if
by magic. **2** cause to appear to the eye or mind; evoke.

picture of the little native idols he had seen in the Piemburg Museum.

“Naturally,” said Miss Hazelstone, “it
5 provided a bond between us.”

“Yes, it must have done, and I suppose you sacrificed goats to it,” the Kommandant said sarcastically.

10 “What an extraordinary thing to say,” Miss Hazelstone looked puzzled. “Of course we didn’t. It wasn’t that sort of fetish.”

15 “Wasn’t it? What sort was it? Wooden or stone?”

20 “Rubber,” said Miss Hazelstone briefly.

Kommandant van Heerden leant back in his chair angrily. He had had about as much of Miss Hazelstone’s leg-pulling as he could take. If the old girl seriously
25 supposed that he was going to believe some cock-and-bull story about a rubber idol, she had another think coming.

30 “Now listen to me, Miss Hazelstone,” he said seriously. “I can appreciate what you are trying to do and I must say I admire you for it. Family loyalty is a fine thing and trying to save your brother is a fine thing too, but I have my duty to do and nothing you can say is going to
35 prevent me doing it. Now if you will be good enough to get to the point and admit that you had nothing whatever to do with the murder of your cook and were never approximately in love with him, I will
40 allow you to go. If not I shall be forced to take some drastic action against you. You are obstructing the course of justice and you leave me no alternative. Now then, be
45 **sensible** and admit that all this talk about fetishes is **nonsense**.”

Miss Hazelstone looked at him icily.

“Are you easily stimulated?” she asked. “Sexually, I mean.”

50 “That has got nothing whatever to do with you.”

55 “It has got a lot to do with this case,” said Miss Hazelstone, and hesitated. Kommandant van Heerden shifted uneasily in his chair. He had come to recognize that Miss Hazelstone’s hesitations tended to augur some new and revolting disclosure.

60

to la imagen de pequeños ídolos nativos que había visto en el museo de Piemburgo.

—Naturalmente, eso establecía un lazo entre los dos —dijo la señorita Hazelstone.

—Sí, es natural, supongo que le sacrificaban cabras —dijo sarcásticamente el Kommandant.

—¡Qué ocurrencia tan extraña! —dijo la señorita Hazelstone, que parecía desconcertada ante el comentario del Kommandant—. Claro que no hacíamos tal cosa. No era ese tipo de fetiche.

—¿No lo era? ¿Qué clase de fetiche era entonces? ¿De madera o de piedra?

—Goma —dijo secamente la señorita Hazelstone.

El Kommandant van Heerden se retrepó furioso en su asiento. Estaba harto ya de que la señorita Hazelstone le tomara el pelo. Si se suponía en serio que él era capaz de creerse historias absurdas sobre un ídolo de goma, estaba lista.

—Escúcheme usted, señorita Hazelstone —dijo muy serio—. Soy capaz de apreciar lo que intenta usted hacer. Y he de decirle que la admiro por ello. La lealtad a la familia es algo magnífico, e intentar salvar a su hermano es algo muy encomiable también, pero yo tengo que cumplir con mi deber, y nada de lo que usted diga me impedirá hacerlo. Pero si fuese usted tan buena que se decidiese a admitir que no ha tenido nada que ver con el asesinato de su cocinero y que jamás estuvo enamorada de él, ni muchísimo menos, la dejaré irse. De lo contrario, me veré obligado a tomar algunas medidas drásticas contra usted. Está obstaculizando la acción de la justicia y no me deja alternativa. Vamos, sea **razonable** y admita que toda esta historia de los fetiches es un **disparate**.

La señorita Hazelstone le miró gélidamente.

—¿Se estimula usted fácilmente? —preguntó—. Desde el punto de vista sexual, quiero decir.

—Eso es algo que no tiene nada que ver con usted.

—Tiene mucho que ver con este caso —dijo la señorita Hazelstone, y vaciló. El Kommandant van Heerden se movió inquieto en su asiento. Había empezado a darse cuenta de que las vacilaciones de la señorita Hazelstone solían augurar alguna revelación nueva e inquietante.

sensible se refiere a *cuerdo, razonable, acertado* [gusto, idea, plan], *sensato, módico* [precio], *prudente, lógico, consciente, práctico / cómodo* [ropa, calzado], mientras que el español *sensible* traduce **sensitive, feeling, sentient, regrettable, noticeable / marked, sizable, deplorable, tender, sore** [adolorido]. **Sensibility** es *sensibilidad*, en el sentido de *habilidad de sentir, receptividad*, en el mundo personal, y además *precisión*, en el mundo mecánico; el plural *sensibilities* se usa para *susceptibilidad, sentimientos delicados, delicadeza*; a su vez, *sensibilidad* traduce *sensitivity*, como *percepción* por los sentidos, radio, TV, foto.

arouse incite, awaken, suscitar, incitar, despertar

“I have to admit that I am not easily **aroused**,” she said at last. The Kommandant was delighted to hear it. “I need the presence of rubber to stimulate my sexual appetite.”

The Kommandant was just about to say that in his case the presence of rubber had quite the opposite effect, but he thought better of it.

“You see I am a rubber fetishist,” Miss Hazelstone continued.

Kommandant van Heerden tried to grasp the implications of the remark.

“You are?” he said.

“I have a passion for rubber.”

“You have?”

“I can only make love when I am dressed in rubber.”

“You can?”

“It was rubber that drew Fivence and me together.”

“It was?”

“Fivence had the same propensity.”

“He did?”

“When I first met him he was working in a garage retreading tyres.”

“He was?”

“I had taken my tyres in for a retread and Fivence was there. I recognized him at once as the man I had been looking for all my life.”

“You did?”

“I might almost say that our love affair was cemented over a Michelin X.”

“You might?”

Miss Hazelstone stopped. The Kommandant's inability to say more than two words at a time and those two in the form of a question she had already answered was beginning to irritate her.

“Do you have any idea what I am talking about?” she asked.

“No,” said the Kommandant.

—He de admitir que no me excito fácilmente —dijo por fin la señorita Hazelstone. Al Kommandant le encantó oír esto—. Necesito goma para estimular mi impulso sexual.

El Kommandant estaba a punto de decir que en su caso la presencia de goma producía un efecto contrario, pero se lo pensó mejor.

—Soy, en realidad, una fetichista de la goma —continuó la señorita Hazelstone.

El Kommandant van Heerden intentó captar las implicaciones del comentario.

—¿De veras? —preguntó.

—Tengo pasión por la goma.

—¿De veras?

—Sólo puedo hacer el amor cuando estoy vestida de goma.

—¿De veras?

—Fue la goma lo que nos unió, a Cinco Peniques y a mí.

—¿Sí?

—Cinco Peniques tenía la misma tendencia.

—¿Sí?

—Cuando le conocí estaba trabajando en un taller de recauchutado de neumáticos.

—¿De veras?

—Yo había llevado los neumáticos a recauchutar y allí estaba Cinco Peniques. En cuanto le vi, me di cuenta de que era el hombre que llevaba buscando toda la vida.

—¿De veras?

—Casi podría decir que nuestra relación amorosa se apoyó en una Michelin X.

—¿De veras?

La señorita Hazelstone se detuvo. La incapacidad del Kommandant para responder más que con una o dos palabras, en forma, además, de pregunta, a una pregunta que ella había contestado ya, empezaba a irritarla.

—¿Tiene usted idea de las cosas de las que estoy hablando? —preguntó.

—No —dijo el Kommandant.

“I don't know what more I can do to make my meaning plain,” Miss Hazelstone said. “I have tried to explain as simply as I can what I found attractive about
5 Fivepence.”

Kommandant van Heerden closed his mouth which had been hanging open and tried to focus his mind on something comprehensible. What Miss Hazelstone
10 had just told him so simply had not, he had to admit, been in the least abstract, but if just before he had hovered over a void of unfathomable abstractions, the simple facts she had placed before him now were so far
15 beyond anything his experience had prepared him to expect that he began to think that on the whole he preferred the conceptual abyss. In an effort to regain his sense of reality, he resorted to healthy
20 vulgarity.

“Are you trying to tell me,” he said, picking the bathing-cap off the desk and dangling it from his finger a few inches in front of Miss Hazelstone's face, “that this
25 rubber cap gives you an overwhelming desire to lay me?”

In front of him Miss Hazelstone nodded.

30 “And if I were to wear it you wouldn't be able to control your sexual impulses?” he went on.

“Yes,” said Miss Hazelstone
35 frantically. “Yes, I would. I mean, no I wouldn't.” Torn between a raging torrent of desire and an overwhelming aversion for the person of the Kommandant, she hardly knew what was
40 happening to her.

“And I suppose you're going to tell me that your Zulu cook had the same taste for rubber?”

45 Miss Hazelstone nodded again.

“And I suppose all those rubber clothes I found in the bedroom upstairs belong to you too?” Miss Hazelstone agreed that they
50 did. “And Fivepence would put on a rubber suit and you would wear a rubber nightdress? Is that right?”

Kommandant van Heerden could see
55 from the expression on Miss Hazelstone's face that at long last he had regained the initiative. She was sitting mute and staring at him hypnotized.

“Is that what used to happen?” he
60 continued remorselessly.

—No sé qué más puedo hacer para explicar claramente las cosas —dijo la señorita Hazelstone—. He intentado explicar lo más llanamente posible lo que me atraía de Cinco Peniques.

El Kommandant van Heerden cerró la boca que tenía abierta e intentó concentrar el pensamiento en algo comprensible. Lo que acababa de decirle con tanta sencillez la señorita Hazelstone no había sido, tenía que admitirlo, un concepto abstracto, ni mucho menos, pero si un momento antes se había visto al borde de vacíos de abstracciones insondables, los simples hechos que ella le había explicado ahora estaban tan alejados de todo aquello para lo que le había preparado su experiencia, que empezó a pensar que prefería en realidad el abismo conceptual. Intentando recuperar su sentido de la realidad, recurrió a la sana grosería.

—¿Acaso intenta usted decirme —dijo, cogiendo el gorro de baño de encima de la mesa y balanceándolo en un dedo a unos centímetros de la cara de la señorita Hazelstone— que este gorro de goma produce en usted un deseo abrumador de acostarse conmigo?

La señorita Hazelstone asintió, allí, delante de él.

—¿Y que si me lo pusiera, no podría usted controlar sus impulsos sexuales? —continuó.

—Sí —dijo frenéticamente la señorita Hazelstone—. Sí, por supuesto. Quiero decir, no, no podría.

Escindida entre un impetuoso torrente de deseo y una aversión horripilante a la persona del Kommandant, la señorita Hazelstone apenas sabía lo que le pasaba.

—Y supongo que me dirá usted que su cocinero zulú tenía la misma afición a la goma...

La señorita Hazelstone asintió de nuevo.

—Y supongo que todas las prendas de ropa que encontré arriba en el dormitorio le pertenecen a usted también —la señorita Hazelstone asintió también—. ¿Y Cinco Peniques se ponía un traje de goma y usted un vestido de noche de goma? ¿Es cierto eso?

El Kommandant van Heerden se daba cuenta, por la expresión de la señorita Hazelstone, que al fin había recuperado él la iniciativa: Ella estaba sentada allí, muda, mirándole como hipnotizada.

—¿Era eso lo que solía pasar? —continuó implacable.

- Miss Hazelstone shook her head. "No," she said, "it was the other way round."
- 5 "Oh really? What was the other way round?"
- "The clothes were."
- "The clothes were the other way round?"
- 10 "Yes."
- "Inside out I suppose, or was it back to front?"
- 15 "You could put it like that."
- Kommandant van Heerden's experience of rubber clothing during the night hadn't induced in him any desire to put it like anything.
- 20 "Like what?" he said.
- "I wore the men's suits and Fivepence wore the dresses," Miss Hazelstone said. "As you've probably noticed I have some marked masculine characteristics and Fivepence, poor dear, was a transvestite."
- 30 The Kommandant staring at her with increasing disgust could see what she meant. Masculine characteristics indeed! A taste for tall and revolting stories for one thing. And if for one moment he really believed that a fat Zulu cook had been dressing up in his missus' clothes then he was a very lucky Zulu to have gone the way he had. The Kommandant knew what he'd do to any houseboy of his he found prancing around in ladies' clothes, rubber or not, and it included pulling more than his vest tight too.
- 40 He dragged his attention back from the prospect and tried to think about the case. He had known there was something sinister about the bedroom with the rubber sheets, and now Miss Hazelstone had explained its purpose.
- 45 "It's no good your going on trying to cover up for your brother," he said. "We've enough evidence to hang him with already. What you tell me about the rubber clothes merely confirms what we already know. When your brother was arrested last night, he was wearing this cap." He held it up in front of her again.
- 50 "Of course he was," said Miss Hazelstone. "He has to when he goes swimming. He has trouble with his ears."
- La señorita Hazelstone movió la cabeza. —No —dijo—. Era al revés.
- ¿Ah sí? ¿Qué era al revés?
- Lo de la ropa.
- ¿Quiere decir que la ropa se la ponían al revés?
- Sí.
- ¿Lo fuera para dentro, o lo de atrás para delante?
- Bueno, no exactamente.
- La experiencia que había tenido el Kommandant van Heerden con la goma durante la noche, no le había inducido a desear usarla de ninguna manera.
- ¿Cómo, entonces? —preguntó.
- Yo me ponía los trajes de hombre y Cinco Peniques los vestidos de mujer —dijo la señorita Hazelstone—. Como habrá advertido usted ya, me imagino, yo tengo ciertas características masculinas marcadas y Cinco Peniques, pobrecillo, era travesti.
- Mirándola fijamente con creciente repugnancia, el Kommandant pudo darse cuenta de lo que quería decir. ¡Características masculinas, sí! Un gusto por las historias increíbles y repugnantes, por una parte. Y, si por un momento había creído realmente que un gordo cocinero zulú se había dedicado a ponerse las ropas de su ama, no había duda de que era un zulú muy afortunado si había muerto de la forma en que parecía haber muerto. El Kommandant sabía muy bien lo que le habría hecho a cualquier criado suyo al que encontrase haciendo el payaso con ropa de mujer, fuese o no de goma.
- Pero el Kommandant procuró apartar la atención de estas consideraciones e intentó pensar en el caso. Ya se había dado cuenta de que había algo siniestro en aquel dormitorio de las sábanas de goma, y ahora la señorita Hazelstone le había explicado su finalidad.
- Es inútil que siga intentando usted encubrir a su hermano —dijo—. Tenemos pruebas suficientes ya para ahorcarle. Lo que me cuenta usted de la ropa de goma no hace más que confirmar lo que ya sabíamos. Cuando detuvimos a su hermano anoche, llevaba este gorro puesto. Y lo alzó ante ella de nuevo.
- Claro que lo llevaba —dijo la señorita Hazelstone—. No puede bañarse sin él. Padece de los oídos.

Kommandant van Heerden smiled. "Sometimes listening to you, Miss Hazelstone, I fancy there's something
5 wrong with my ears too, but I don't go around with a rubber bathing-cap on all the time."

"Nor does Jonathan."

10 "No? Well then perhaps you'll explain how it came about that when he was brought before me this morning, he was still wearing it. Your brother evidently likes wearing rubber things."

15 "He probably forgot to take it off," Miss Hazelstone said, "He's very absent-minded you know. He's always forgetting where he's left things."

20 "So I've noticed," said the Kommandant. He paused and leant back in the chair expansively. "The pattern of the case seems to go like this. Your brother
25 comes home from Rhodesia, probably because things got too hot for him up there."

"Nonsense," interrupted Miss Hazelstone. "Barotseland does get very
30 hot, I know, but Jonathan's used to the heat."

"You can say that again," said the Kommandant. "Well, whatever the reason,
35 he comes home. He brings with him all the rubber clothes he's so fond of and he starts trying to seduce your Zulu cook."

"What utter rubbish," said Miss
40 Hazelstone. "Jonathan wouldn't dream of any such thing. You're forgetting that he is a bishop."

The Kommandant wasn't forgetting
45 anything of the sort since he had never known it.

"That's maybe what he has told
50 you," he said. "Our information is that he is a convicted criminal. There is a file on him down at the station. Luitenant Verkramp has the details."

"But this is insane. Jonathan is the Bishop of Barotseland."

55 "Probably his alias," said the Kommandant. "Right. We've got to the part where he tries to make Fivepence. The cook objects and runs out on to the lawn, and your brother shoots him down."
60

El Kommandant van Heerden sonrió.

—A veces, escuchándola, señorita Hazelstone, también yo tengo la sensación de que padezco de los oídos. Pero no ando siempre por ahí con un gorro de baño en la cabeza.

—Ni tampoco Jonathan.

—¿No? Bueno, entonces quizás pueda explicarme usted por qué aún lo llevaba puesto cuando le trajeron por la mañana aquí. Es evidente que a su hermano le gusta llevar cosas de goma.

—Lo más probable es que no se acordase de quitárselo —dijo la señorita Hazelstone—. Es muy distraído. Siempre se olvida de dónde deja las cosas.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo el Kommandant.

Luego hizo una pausa, se retrepó expansivo en su asiento, y añadió:

—El esquema del caso parece ser éste. Su hermano vuelve a casa de Rhodesia probablemente porque se pusieron las cosas calientes allá arriba.

—¡Qué disparate! —interrumpió la señorita Hazelstone—. En Barotselandia hace mucho calor, sí, pero Jonathan está acostumbrado al calor.

—Sí, sí, por supuesto —dijo el Kommandant—. En fin, fuera cual fuese el motivo, el caso es que se vino aquí. Se trajo consigo las ropas de goma que tanto le gustan y empezó a intentar seducir a su cocinero zulú.

—¡Qué disparate! —dijo la señorita Hazelstone—. A Jonathan no se le pasaría siquiera por la cabeza una cosa así. ¿Es que se olvida usted que es un obispo?

El Kommandant no había olvidado tal cosa, por el simple hecho de que nunca la había sabido.

—Eso es lo que él le ha dicho a usted —dijo—. Los informes que nosotros tenemos indican que es un delincuente convicto. Tenemos una ficha suya en la comisaría. El Luitenant Verkramp conoce los detalles.

—¡Pero esto es un disparate! Jonathan es obispo de Barotselandia.

—Probablemente sea su alias —dijo el Kommandant—. Bien. Hemos llegado a la parte en que él intenta hacerlo con Cinco Peniques. El cocinero no quiere y escapa al jardín, y su hermano lo mata de un tiro.

“You’re mad,” Miss Hazelstone shouted and stood up. “You’re quite mad. My brother was in the swimming-bath when I shot Fivepence. He came running when he heard the shot and tried to administer the last rites.”

“Last rites is one way of putting it,” said the Kommandant. “And I suppose that’s how he got blood all over himself?”

“Exactly.”

“And you honestly expect me to believe that a nice old lady like you shot your cook, and that your brother whom I find dead drunk on a bed, naked and covered with blood, is a bishop and had nothing to do with the killing? Really Miss Hazelstone, you must take me for an idiot.”

“I do,” said Miss Hazelstone simply.

“And another thing,” the Kommandant continued hurriedly, “some maniac shot down twenty-one of my men yesterday afternoon up at the gate to the Park. Now you’re not going to try to tell me that you murdered them too, are you?”

“If the wish were father to the thought, yes,” said Miss Hazelstone.

Kommandant van Heerden smiled. “It’s not, I’m afraid. I wish I could hush this whole case up and if it were simply the death of your cook, I daresay it would be possible, but there is nothing I can do now. Justice must run its course.”

He swung his chair round and faced the bookshelves. He was feeling quite pleased with himself. Everything had sorted itself out in his own mind and he had no doubt that he would be able to convince the State Attorney. Kommandant van Heerden’s career had been saved. Behind him Miss Hazelstone acted promptly. Seizing both the opportunity provided by the back of the Kommandant’s head, and the brass paperweight, she brought the two together with as much strength as she could muster. The Kommandant slumped to the floor.

Miss Hazelstone stepped nimbly across to the door. “The Kommandant has had a stroke,” she said to the two konstabels on duty there. “Help me take him up to his bedroom,” and she led the way upstairs. When the two konstabels had deposited Kommandant van Heerden on the bed in the blue bedroom, she sent them downstairs to ring the hospital for

—Usted está loco —gritó la señorita Hazelstone levantándose—. Está loco de remate. Mi hermano estaba en la piscina cuando yo disparé contra Cinco Peniques. Vino corriendo cuando oyó el tiro e intentó administrarle los últimos ritos.

—Últimos ritos es un modo de expresarlo —dijo el Kommandant—. ¿Y fue así como se llenó todo de sangre?

—Exactamente.

—¿Y espera usted de veras que yo me crea que una señora como usted mató a su cocinero a tiros, y que su hermano, al que encontré borracho perdido en una cama, desnudo y cubierto de sangre, es un obispo y no tuvo nada que ver con el asesinato? La verdad, señorita Hazelstone, tengo la impresión de que me toma usted por un imbécil.

—Desde luego —dijo sencillamente la señorita Hazelstone.

—Y otra cosa —continuó el Kommandant precipitadamente—, un maníaco liquidó a veintinueve de mis hombres ayer por la tarde a la entrada del parque. Ahora intentará usted convencerme de que también los mató usted, ¿no?

—No sería por falta de ganas, desde luego —dijo la señorita Hazelstone.

El Kommandant van Heerden sonrió.

—Vamos, no diga eso. Ojalá se pudiera echar tierra al asunto. Quizá fuera posible si se tratase sólo de la muerte del cocinero, pero ahora ya no hay nada que hacer. La justicia debe seguir su curso.

Hizo girar en redondo su asiento y miró hacia las estanterías de libros. Estaba muy satisfecho de sí mismo. Todo se había aclarado en su cabeza y no le cabía la menor duda de que sería capaz de convencer al fiscal del Estado. La carrera del Kommandant van Heerden estaba salvada. Detrás de él, la señorita Hazelstone actuó rápidamente. Aprovechando la oportunidad que le proporcionaban la nuca del Kommandant y el pisapapeles de bronce, los unió a ambos con toda la fuerza de que fue capaz. El Kommandant se desplomó en el suelo.

La señorita Hazelstone enfiló ágilmente hacia la puerta.

—El Kommandant ha tenido un ataque —dijo a los dos konstabels que permanecían allí de guardia—. Ayúdenme a llevarle a su dormitorio —y les guió escaleras arriba.

Después de que los dos policías depositaran al Kommandant van Heerden en la cama del dormitorio azul, la señorita Hazelstone les man-

an ambulance and the two men, accustomed to obeying orders without question, dashed down the corridor and told Sergeant de Kock. As soon as they had gone Miss Hazelstone stepped to the door of the bedroom and whistled. A Dobermann Pinscher that had been asleep on the rug in the drawing-room heard the whistle and left its sanctuary. Silently it climbed the stairs and loped down the passage to its mistress.

By the time Sergeant de Kock had telephoned Piemburg Hospital and had arranged for an ambulance to be sent up to the house, a call which necessitated explaining to the telephonist that Kommandant van Heerden was white and didn't need a non-European ambulance, it was clear that van Heerden's condition had taken a turn for the worse.

The Sergeant found Miss Hazelstone waiting for him at the end of the passage. She stood demurely and with that air of melancholy the Kommandant had so much admired the day before, and in her hands she held something that was decidedly melancholy and not in the least demure. It was not the size of the elephant gun and it quite clearly couldn't incapacitate a charging elephant at a thousand yards, but in its own small way it was suited to the purpose Miss Hazelstone very clearly had in mind.

"That's right," she said as the Sergeant stopped on the landing. "Stand quite still and you won't get hurt. This is a scatter gun and if you want to find out how many cartridges the magazine holds I suggest you try to rush me. You'll need a lot of men." Beside her the great Dobermann growled encouragingly. It had obviously had enough of policemen to last it a lifetime. On the landing Sergeant de Kock stood very still. It was obvious from the tone of Miss Hazelstone's voice that whatever the capabilities of the scatter gun, she was not in the habit of repeating herself.

"That's right," she continued as the Sergeant stared at her. "Have a good look and while you're about it have a good look at the weapons on the walls. They are all in working order and I have enough ammunition in my bedroom to last me quite some time." She paused, and the Sergeant obediently looked at the guns. "Now then, you trot off downstairs and don't attempt to come up again. Toby will tell me if you do." The dog growled again knowingly. "And when you get

dó bajar a telefonar al hospital pidiendo una ambulancia, y los dos hombres, acostumbrados a obedecer órdenes sin hacer preguntas, enfilaron el pasillo y fueron a comunicarle la noticia al sargento de Kock. En cuanto salieron, la señorita Hazelstone se asomó a la puerta del dormitorio y silbó. El doberman, que estaba durmiendo en la alfombra del salón, oyó el silbido y abandonó su santuario. Subió silenciosamente las escaleras y recorrió el pasillo hasta donde estaba su dueña.

Cuando el sargento de Kock telephoneó al hospital de Piemburgo y consiguió que le envasen una ambulancia a la casa, una llamada que exigió explicar a la telefonista que el Kommandant van Heerden era blanco y no necesitaba una ambulancia no europea, se hizo patente que el estado de van Heerden había empeorado.

El sargento encontró a la señorita Hazelstone esperándole al final del pasillo. Allí estaba con aire modesto y melancólico, aquel aire que el Kommandant había admirado tanto el día antes, y sostenía en sus manos algo que era decididamente melancólico y nada modesto. No era de las dimensiones del rifle de matar elefantes y no podía, desde luego, incapacitar a un elefante en pleno ataque a mil metros de distancia, pero, a su modo modesto, se ajustaba a los propósitos que, muy claramente, se había marcado la señorita Hazelstone.

—Está bien —dijo cuando el sargento se paró en el descansillo—. Quédese quieto y no sufrirá daño. Esto es un arma de dispersión y si quiere saber cuántos proyectiles hay en la recámara le sugiero que intente atacarme. Necesitará muchos hombres.

Junto a la señorita Hazelstone gruñía, alentadoramente, el gran doberman. Evidentemente estaba harto de policías, había tenido ya suficiente relación con ellos para toda su vida. El sargento de Kock se quedó muy quieto allí, en el descansillo. Era evidente, por el tono de voz de la señorita Hazelstone, que, fueran cuales fuesen las características de aquella arma que esgrimía, no parecía tener por costumbre repetirse.

—Muy bien —continuó, mientras el sargento la miraba fijamente—. Puede echar usted un vistazo a las armas que hay en las paredes. Están todas en perfecto estado y tengo suficientes municiones en mi dormitorio para que me duren bastante tiempo.

Hizo una pausa y el sargento examinó dócilmente las armas.

—Bueno, ahora baje la escalera y no intente volver a subirlas. Toby me lo indicará si lo intenta.

Él perro gruñó de nuevo, dándose por enterado.

—Y cuando baje usted —continuó la seño-

ability no es exactamente *habilidad*, sino *capacidad*, *inteligencia*, aptitud, talento, ingenio de una persona. La voz inglesa supone mental capability, mientras que la voz española hace hincapié en la *destreza manual* [manual skill] Buena traducción de *habilidad* es skill, dexterity, expertise. El plural abilities traduce *talento, ingenio, dotes*.

intercourse 1 trato, relaciones, communication or dealings between individuals, nations, etc. 2 sexual intercourse, acto sexual, coito. 3 communion between human beings and God.

formidable [person] formidable; [opponent] temible; [task, challenge, obstacle] tremendo, impresionante
formidable y **formidable** coinciden en una doble dimensión, como *temible* y como *tremendo*. Cada lengua interpreta esa 'enormidad temible' de modo distinto: el inglés formidable da más énfasis a la dificultad, al miedo y a la fuerza, por eso equivale a *temible, imponente, poderoso, tremendo, fabuloso, aterradorante, impresionante*; en cambio el español *formidable* pone más atención en la sorpresa y calidad, y traduce marvelous, wonderful, terrific, fantastic, huge [*enorme*].

down there," she went on, "you are to release my brother. I shall give you ten minutes and then I shall expect to see him walk up the drive freely and without let or hindrance. If not I shall shoot Kommandant van Heerden. If you have any doubts about my **ability** to kill I suggest you look at the gum trees in the garden. I think you'll find the evidence you need there."

Sergeant de Kock needed no such evidence. He felt sure she could kill. "Good, it seems you understand me. Now I will remain in **intercourse** with Kommandant van Heerden until I receive a telephone call from my brother in Barotseland. When I receive that call I will release the Kommandant. If I hear nothing from Jonathan within forty-eight hours I will release the Kommandant dead. Do you understand me?"

The Sergeant nodded.

"Now then, get out."

Sergeant de Kock dashed downstairs and as he went Miss Hazelstone fired one shot by way of warning down the passage. Its results justified every expectation the Sergeant had entertained about the gun's lethal capacity. Sixty-four large holes appeared suddenly in the bathroom door.

Miss Hazelstone surveyed the holes with satisfaction and went back into the bedroom. Then having fastened the Kommandant by his wrists to the head of the bed with the handcuffs he had noted in the chest of drawers, she walked quietly along the corridor. Five minutes later she had collected a small arsenal from the walls and had erected two **formidable** barricades which would stop any attempt to rush her long enough for her to start using the scatter gun and other assorted weapons she had **piled outside** the bedroom door. Finally and for good measure she dragged several mattresses and a chaise-longue down the passage and built herself a bullet-proof barricade.

When she had finished, she surveyed her handiwork and smiled. "I don't think we're likely to be disturbed just yet, Toby," she said to the Dobermann which had climbed on to the chaise-longue, and patting the dog on the head she went into the bedroom and began to undress Kommandant van Heerden.

rita Hazelstone—, tendrá que poner en libertad a mi hermano. Le daré bien minutos de plazo, transcurridos los cuales espero verle subir caminando hacia la salida del parque, libre y sin impedimentos ni obstáculos. De lo contrario, liquidaré al Kommandant van Heerden. Si tiene usted dudas sobre mi **capacidad** de matar, le sugiero que examine los troncos de las coníferas que hay en el jardín. Creo que encontrará en ellos las pruebas necesarias.

El sargento de Kock no necesitaba ninguna prueba. Estaba seguro de que la señorita Hazelstone era capaz de matar.

—Bien, parece que lo entiende usted. Ahora, yo seguiré aquí **unida** al Kommandant van Heerden hasta que reciba una llamada telefónica de mi hermano desde Barotselandia. Cuando reciba la llamada, pondré en libertad al Kommandant. Y si no recibo noticias de Jonathan en un plazo de cuarenta y ocho horas, soltaré al Kommandant, pero muerto, ¿me ha entendido?

El sargento asintió.

—Está bien, entonces lárguese.

El sargento bajó rápidamente las escaleras, y mientras las bajaba la señorita Hazelstone hizo un disparo de advertencia hacia el fondo del pasillo. Sus resultados justificaron cualquier hipótesis que el sargento hubiese elaborado sobre la capacidad mortífera del arma. De pronto aparecieron en la puerta del cuarto de baño sesenta y cuatro grandes agujeros.

La señorita Hazelstone contempló los agujeros muy satisfecha y volvió a entrar en el dormitorio. Después de encadenar al Kommandant a la cabecera de la cama con las esposas, aquellas que él había visto en la cómoda, recorrió silenciosamente el pasillo. Cinco minutos después había recogido un pequeño arsenal de las paredes y había alzado dos **formidables** barricadas que contendrían cualquier tentativa de ataque con antelación suficiente como para que pudiera empezar a utilizar el arma de dispersión y otras armas diversas que había **apilado** a la puerta del dormitorio. Por último, y por si acaso, arrastró varios colchones y un sofá por el pasillo y se construyó una barricada a prueba de balas.

Cuando terminó, examinó su obra y sonrió.

—No creo que nos molesten de momento, Toby —le dijo al doberman, que se había subido al sofá. Y, dándole unas palmaditas en la cabeza al animal, entró en el dormitorio y empezó a desvestirse al Kommandant van Heerden.

Chapter 11

11

Downstairs Konstabel Els was having a heated argument with Sergeant de Kock.

“I tell you,” he kept shouting. “I’m no more like a flaming bishop than—”

“Than he is?” suggested the Sergeant, pointing at the manacled figure of Jonathan. “He doesn’t look like a bishop either.”

Konstabel Els had to admit that this was true. “I don’t care. I’m still not going to walk down the drive dressed up in his clothes. She’d spot me a mile off.”

“So what? She’s only an old woman. She couldn’t shoot straight if she tried,” said the Sergeant.

“Are you mad?” Els shouted. “I’ve seen what that old bird can do with a gun. Why she blew that Zulu cook of hers to pieces without batting an eyelid. I should know. I had to pick the bugger up.”

“Listen to me, Els,” said the Sergeant, “she won’t have time to take a pot shot at you. She’ll go to the window to have a look and—”

“And the next moment I’ll be scattered in little bits over half the fucking Park. No thank you. If anyone has to pick the bits up afterwards, I’ll pick up yours. I’ve had more experience.”

“If you would let me finish,” said the Sergeant. “As soon as she goes to the window, we’ll rush her down the passage. She won’t have time to take a shot at you.”

“In that case, why not make him walk down the drive?” asked Els. “I’ll keep him covered, and as soon as you’ve got his sister, we’ll take him in again.”

Sergeant de Kock wasn’t to be persuaded. “That sod’s killed twenty-one men already. I wouldn’t let him out of those handcuffs if you paid me,” he said.

Konstabel Els had an answer to that one, but he decided not to use it.

“What’s going to be happening to the Kommandant while all this is going on?” he asked. “She’ll kill him for sure.”

“Good riddance,” said the Sergeant. “He got himself into her clutches, let him get himself out.”

En el piso de abajo, el Konstabel Els sostenía una discusión acalorada con el sargento de Kock.

—De veras —gritaba—. Yo no me parezco absolutamente nada a un obispo.

—¿Acaso se parece él? —preguntó el sargento, señalando al esposado Jonathan—. Tampoco él parece un obispo.

El Konstabel Els tuvo que admitir que era verdad. —Me da igual. De todos modos, no estoy dispuesto a salir vestido con sus ropas. Ella se dará cuenta en seguida.

—¿Y qué? Es sólo una anciana. No podría acertarle a usted si disparase, por mucho que quisiese —dijo el sargento.

—¿Está usted loco? —gritó Els—. He visto lo que esa pájara es capaz de hacer con un arma. Hizo pedazos al cocinero zulú sin pestañear. Y bien lo sabe usted, que tuvo que recoger los restos.

—Escúcheme, Els —dijo el sargento—. Ella no tendrá tiempo ni para dispararle un tiro a voleo a usted. Saldrá a la ventana para mirar y...

—Y un instante después estaré esparcido en pedacitos por todo el parque. No, gracias. Si alguien tiene que recoger pedazos después, prefiero ser yo quien recoja los de usted. Tengo más experiencia.

—Déjeme terminar —dijo el sargento—. En cuanto ella salga a la ventana, nosotros entraremos en el dormitorio. No tendrá tiempo de disparar contra usted.

—¿Por qué no le dejan salir entonces a él? —preguntó Els—. Yo estaré cubriéndole, y, cuando ustedes hayan cogido a su hermana, nosotros volveremos a cogerle a él.

El sargento de Kock no se dejó convencer. —Ese cerdo mató ya a veintiún hombres. No estoy dispuesto a quitarle las esposas por nada —dijo.

El Konstabel Els tenía una respuesta para eso, pero decidió no hacer uso de ella.

—¿Qué le pasará al Kommandant mientras tanto? —preguntó—. Ella le matará seguro.

—Pues que lo mate —dijo el sargento—. Fue él quien se puso en sus garras. ¡Que se las arregle!

“In that case, why don't we just sit tight and starve the old bag out?”

Sergeant de Kock smiled. “The Kommandant will be pleased when he hears you wanted to let her knock him off. Now then, stop messing about and get into his clothes.”

Konstabel Els realized his mistake. Without Kommandant van Heerden's incompetence he was likely to have to answer a charge of killing twenty-one fellow officers. Els decided he had better see to it that the old man didn't get killed after all. He didn't want an efficient officer taking his place. He started to put on the Bishop's clothes.

Upstairs Miss Hazelstone had been having almost as much difficulty getting Kommandant van Heerden out of his clothes as the Sergeant was in getting Els to put on the Bishop's. It wasn't that he put up any resistance, but his bulk and unconscious lack of cooperation hardly helped. When he was finally naked, she went to the wardrobe and picked out a pink rubber nightdress with a matching hood and squeezed him into them. She was just putting the finishing touches to her own ensemble when she heard a movement on the bed. Kommandant van Heerden was coming round.

In the days to come the Kommandant was wont to say that it was this fresh and horrifying experience which had led to the trouble with his heart. As he regained consciousness, the first thought to enter the disordered labyrinth of his mind was that he would never touch a drop again. Nothing less than a bottle of Old Rhino Skin could account for the pain in his head and the horrible sensation of something hot and sticky and tight adhering to his face. It was even worse when he opened his eyes. He had evidently gone down with the DTs or perhaps the fever he had suspected in the night had finally struck him down delirious. He shut his eyes and tried to work out what was wrong. His arms appeared to be tied to something above his head and his body dressed in something very tight and elastic. He tried to open his mouth to speak but some horrible stuff prevented a sound coming out. Unable to move or to speak he lifted his head and peered at the apparition that sat down on the bed beside him.

It appeared to be an elderly man with unspeakable feminine characteristics and it was dressed in a double-breasted suit of salmon-pink rubber with a yellow pinstripe.

—En tal caso, ¿por qué no nos limitamos a vencer a la vieja por hambre?

El sargento de Kock sonrió.

—El Kommandant se alegrará mucho cuando se entere de que usted quería que la dejásemos liquidarle. Vamos, vamos, cálese de una vez y póngase la ropa.

El Konstabel Els comprendió su error. Sin la incompetencia del Kommandant van Heerden era probable que él tuviera que responder a la acusación de haber liquidado a veintidós funcionarios de policía, colegas suyos. Decidió que lo mejor era procurar que no liquidasen al viejo. No quería que ocupara su puesto un funcionario eficiente. Empezó a ponerse la ropa del obispo.

Arriba, la señorita Hazelstone tenía casi las mismas dificultades para desnudar al Kommandant van Heerden que el sargento para conseguir que Els se pusiera la ropa del obispo. No era que el Kommandant opusiera resistencia; pero su volumen y su inconsciente falta de cooperación no ayudaban nada. Cuando consiguió al fin desnudarlo, se acercó al armario ropero y sacó un camisón rosa de goma con un gorro a juego y se lo puso al Kommandant. Estaba dando precisamente los últimos toques a su propio atuendo, cuando oyó un movimiento en la cama. El Kommandant van Heerden empezaba a volver en sí.

En los días siguientes, el Kommandant diría que fue esta experiencia nueva y espantosa la que dio origen a sus trastornos cardíacos. Cuando recuperó la conciencia, el primer pensamiento que penetró en el desordenado laberinto de su mente fue que no volvería a beber ni una gota de alcohol. Sólo una botella de Oíd Rhino Skin podía explicar el dolor de cabeza que tenía y la horrible sensación de algo cálido y pegajoso y opresivo en la cara. Aún fue peor cuando abrió los ojos. Era evidente que se hallaba bajo los efectos de un ataque de *delirium tremens* o quizá la fiebre que durante la noche había sospechado que tenía, le había sumido al fin en un delirio. Cerró los ojos e intentó descubrir qué pasaba. Parecía tener los brazos atados a algo por encima de la cabeza y el cuerpo envuelto en algo muy prieto y elástico. Intentó abrir la boca para hablar, pero cierto material espantoso impedía que saliera el sonido. Incapaz de moverse o hablar, alzó la cabeza y examinó la aparición que estaba sentada en la cama, a su lado.

Parecía ser un hombre ya de edad con indefinibles características femeninas, que vestía un traje cruzado de goma rosa salmón, con finas rayas amarillas. Por si esto

polka dot a round dot as one of many forming a regular pattern on a textile fabric etc.

polka dot=design consisting of a pattern of regularly spaced circular spots **pattern 2** design, figure a decorative or artistic work; «the coach had a design on the doors» artefact, ornament, figure,

topo Dibujo con forma de lunar en una tela o papel.

revulsion repugnance, asco, repulsión, distaste noun dislike, horror, disgust, loathing, aversion, displeasure, antipathy, abhorrence, repugnance, odium, disfavour, detestation

frills florituras

As if that wasn't bad enough it had on a shirt of off-white latex and a mauve rubber tie complete with **polka dots**. For a moment the Kommandant gaped at the creature and was horrified to see it **leer** at him. The Kommandant shut his eyes and tried to conjure the apparition away by thinking about the pain in his head, but when he opened them again it was still there, leering for all it was worth. Kommandant van Heerden couldn't remember when last he had been leered at by an elderly gent but he knew that it must have been a long time since and certainly when and if it had last happened, it had not produced anything like the degree of aversion he felt now. He was shutting his eyes for the second time when he opened them again hurriedly and in horror. A hand had settled gently on his knee and was beginning to tickle his thigh. In his **revulsion** from its touch the Kommandant jerked his legs into the air and for the first time caught a glimpse of what he was wearing and realized what he was not. He was wearing a pink rubber nightdress with **frills** along the bottom. The Kommandant shuddered and, aware that he had left himself open by his seizure to whatever depredations the ghastly old man had in mind, he straightened his legs abruptly and vowed that no temptation would make him open them again. The apparition continued to leer and to tickle, and the Kommandant turned his head hurriedly away from the leer and faced the wall.

Directly in front of his face was a small table and on it lay something which made the leer seem preferable if not actually alluring, and which forced the Kommandant into an attempt to scream. He opened his mouth, but nothing like a scream came out. Instead he sucked in a mouthful of thin rubber which immediately popped out again and left him gasping and he was just recovering from the attempt when a growl from the passage attracted the old man's attention. He rose from the bed, picked up a gun and went to the door.

Kommandant van Heerden seized the opportunity to try to break loose from the bed. He bounced and thrashed, oblivious of the pain in his head, and as he thrashed he saw the barrel of the gun point round the door at him. In the face of its menace he lay still and tried to forget what he had seen lying ready for use on the table by the bed. It was a hypodermic syringe and an ampoule marked "Novocaine".

The difficulties which from the word go had been attendant on getting

no bastase, llevaba una camisa de caucho blanquecino y una corbata de goma malva **con lunares**. El Kommandant examinó asombrado unos instantes aquella criatura y comprobó horrorizado que le **miraba con lujuria**. El Kommandant cerró los ojos e intentó borrar la aparición, pensando en su dolor de cabeza, pero cuando volvió a abrirlos aún seguía allí, y aún seguía sonriendo. El Kommandant van Heerden no era capaz de recordar cuándo le había mirado lujuriosamente por última vez una persona de edad, pero sabía que tenía que hacer muchísimo de eso, y, desde luego, cuando había sucedido por última vez, si es que había sucedido, no le había causado, ni mucho menos, el grado de aversión que ahora sentía. Iba a cerrar los ojos por segunda vez cuando los abrió aun más precipitadamente, horrorizado. Se le había posado en las rodillas una mano suave que empezaba a cosquillearle el muslo. La **repugnancia** que le causaba aquel contacto impulsó al Kommandant a agitar las piernas en el aire y, por primera vez, se dio cuenta de lo que tenía puesto y de lo que no. Llevaba un camisón de goma color rosa **con volantes**. El Kommandant se estremeció al pensarlo y, consciente de que se hallaba a merced de cualquier ataque, de las depredaciones que tuviera previstas aquel viejo espantoso, estiró bruscamente las piernas y se juró que ninguna tentación le haría abrirlas de nuevo. La aparición seguía mirando lujuriosamente y haciéndole cosquillas, y el Kommandant apartó rápidamente la cara de la mirada y la volvió hacia la pared.

Directamente enfrente de su cara había una mesita y en ella algo que hacía que pareciese preferible, y hasta atrayente incluso, la mirada, y que indujo al Kommandant a intentar chillar. Abrió la boca, pero no brotó ningún sonido de ella. Por el contrario, sintió la boca invadida por una goma fina que salió otra vez, inmediatamente, de ella y le dejó sin aliento y estaba justo recuperándose de aquel intento cuando se oyó un gruñido en el pasillo que atrajo la atención del viejo. Éste se levantó de la cama, cogió un arma y se dirigió hacia la puerta.

El Kommandant van Heerden aprovechó la oportunidad para intentar soltarse de la cama. Saltó y se debatió, olvidando el dolor de cabeza, y vio de pronto que el viejo asomaba por la puerta y le apuntaba el cañón del arma. Ante tal amenaza, se quedó inmóvil e intentó olvidar lo que había visto, dispuesto para el uso, en la mesita que había junto a la cama. Era una jeringuilla hipodérmica y una ampolla en la que decía: «Novocaína.»

Las dificultades que había tenido desde el principio el Konstabel Els para em-

Konstabel Els into the Bishop's clothes, had not been lessened by the discovery that they were not quite his size. The jacket was still the greatcoat it had been the night before, and the trousers made him look like a seal. They made his plan to run down the drive utterly impracticable. It was not a plan he had mentioned to the Sergeant who, he felt, would take it amiss, but now that he had **flippers** where his boots should have been, running was definitely out. At this rate he would be lucky to waddle let alone run, and Els who had once been privileged to shoot a kaffir with a wooden leg knew that waddling targets were as good as dead ones. It was at this point that Els had his second attack of rabies.

It was as ineffectual as his first, and after he had got himself severely kicked for biting Sergeant de Kock in the ankle, and had loosened several teeth by champing on a wrought-iron table leg he had mistaken for wood, he gave up the attempt at deception and was shepherded outside to begin his imitation of a bishop.

"Do it half as well as you do a dog with rabies and they'll make you an archbishop, Els," said the Sergeant giving him a shove which sent him on his way. As the Sergeant and his men climbed stealthily to the top of the stairs, Els flapped off miserably on what he knew was to be his last walk. His hat was too large for him and made it difficult to see where he was going and when he did try to run he only succeeded in falling flat on his face. He gave up the attempt as more likely to lead to dire consequences than the waddle. Behind him he heard a konstabel snigger. Els felt aggrieved. He knew that he must look like a large black duck. He was certain he would soon be a dead one.

Warned by the Dobermann's growl Miss Hazelstone peered down the corridor and listened to the boots creaking on the stairs. Behind her the Kommandant, evidently in ecstasy at the thought of the pleasures that lay ahead of him, thrashed wildly on the bed. She pointed the gun round the door at him and the anticipatory wriggles ceased abruptly. A voice from the stairs shouted, "He's on his way. The Bishop is going down the drive now."

"I'll just go and have a look," Miss Hazelstone shouted back, and stayed where she was.

It was doubtful who was most

butirse en la ropa del obispo, no se habían reducido tras el descubrimiento de que las prendas no eran precisamente de su talla. La chaqueta seguía siendo el abrigo que era la noche anterior, y los pantalones le hacían parecer una foca. Hacían absolutamente impracticable su plan de bajar por el camino corriendo. Era un plan que no había mencionado al sargento que, estaba seguro, lo tomaría a mal, pero ahora que tenía **aletas** donde debería haber tenido botas, lo de correr quedaba definitivamente descartado. Dadas las circunstancias, tendría que considerarse afortunado si era capaz de desplazarse a saltitos, y era inconcebible de todo punto de vista correr, y Els, que había tenido una vez el privilegio de abatir a un cafre que tenía una pata de palo, sabía que los blancos móviles de aquel género eran tan buenos como los muertos. Fue entonces cuando Els tuvo el segundo ataque de rabia.

Fue tan ineficaz como el primero, y después de recibir vigorosas patadas por morder al sargento de Kock en el tobillo y de perder varios dientes por morder una pata de hierro forjado de una mesa, que creyó erróneamente de madera, desistió de su tentativa de engaño y se dejó guiar afuera para iniciar su imitación del obispo.

—Si lo hace usted la mitad de bien que hace lo del perro rabioso, le nombrarán arzobispo, Els —dijo el sargento dándole un empujón que le puso en marcha. Mientras el sargento y sus hombres subían sigilosamente la escalera, Els, tambaleante y abatido, inició lo que sabía que iba a ser su último paseo. El sombrero le quedaba demasiado grande y apenas podía saber por dónde iba. Y cuando intentó correr, todo cuanto logró fue caerse de bruces. Abandonó la tentativa considerando que era muy probable que tuviera consecuencias más terribles que el intentar desplazarse a saltitos. Oyó detrás las risas de un policía. Se sintió ofendido. Sabía que debía parecer un gran pato negro. Estaba seguro de que pronto sería un pato muerto.

La señorita Hazelstone, avisada por el gruñido del doberman, se asomó al pasillo y oyó el crujir de las botas por las escaleras. Detrás de ella, el Kommandant, evidentemente en éxtasis ante la perspectiva de los placeres que le aguardaban, se debatía fieramente en la cama. La señorita Hazelstone asomó el cañón por la puerta y le apuntó, y las agitaciones anticipatorias cesaron bruscamente. Alguien gritó desde las escaleras.

—Ha salido ya. El obispo está bajando ya por el camino. —Iré a echar un vistazo —contestó la señorita Hazelstone, quedándose donde estaba.

Es difícil saber quién se quedó más atónito

astonished by what followed. Certainly Sergeant de Kock was amazed to find himself in the land of the living after Miss Hazelstone had fired her first volley as the assault force tried to breast her first barricade. He wasn't to know that she had fired high less to avoid casualties than to preserve her defences. This time sixty-four large holes appeared in the ceiling and the corridor was filled with a fine fog of powdered plaster. Under cover of this smokescreen the Sergeant and his men fell back thankfully and gathered among the potted plants in the hall.

Miss Hazelstone on the other hand surveyed her handiwork for a moment with satisfaction, and then went back to the bedroom window to watch whatever it was that was trying to run up the drive.

That it was nothing like her brother was obvious at first glance. With the enormous hat wedged down over his ears preventing him from seeing where he was heading and with the trouser bottoms splaying out behind him with each step he took, Els hopped across the Park. Miss Hazelstone burst out laughing and hearing the laughter Konstabel Els redoubled his efforts to win the sack race. As Miss Hazelstone fired, he fell on his face involuntarily. He need not have bothered. Miss Hazelstone was laughing too much to aim straight. Her bullets crashed through the leaves of a tree some distance from him and merely wounded a large and well-fed vulture that had been digesting its breakfast there. As it fluttered to the ground near him and belched, Konstabel Els lying helpless on the grass looked at it speculatively. He could see nothing in the world to laugh at.

Kommandant van Heerden felt the same way about the laughter. It bore too many of the hallmarks of the expert in refined living to leave him in any doubt who the creature in the salmon-pink suit was. Nobody else of his acquaintance laughed like that, shot like that or had such a marked propensity for administering intramuscular injections of novocaine.

Miss Hazelstone returned to her seat on the bed and picked up the hypodermic. "You won't feel anything," she said inserting the ampoule. "Not a thing."

"I know I won't," shouted the Kommandant inside the rubber hood. "That's what's bothering me," but Miss Hazelstone didn't hear him. The grunts and muffled screams that came out of the hood

ante lo que siguió.

Desde luego, el sargento de Kock se quedó asombrado al ver que seguía en la tierra de los vivos después de que la señorita Hazelstone lanzase su primera andanada, cuando la fuerza de asalto intentó tomar la primera barricada. No sabía que la señorita Hazelstone había disparado alto menos por evitar víctimas que por preservar sus defensas. Esta vez aparecieron sesenta y cuatro agujeros grandes en el techo y el pasillo se llenó de una fina niebla de yeso en polvo. Bajo la protección de esta pantalla de humo, el sargento y sus hombres retrocedieron agraciados y se agruparon entre las plantas enmacetadas del vestíbulo.

La señorita Hazelstone, por su parte, examinó su obra un momento, muy satisfecha, y volvió a la ventana del dormitorio para ver qué era lo que intentaba subir por el camino.

Que no se trataba de su hermano, era evidente a primera vista. Con el enorme sombrero encasquetado sobre las orejas, que le impedía ver a dónde se dirigía, y los extremos de las perneras del pantalón que arrastraban a cada paso que daba, Els caminaba a saltitos cruzando el parque. La señorita Hazelstone rompió a reír y, al oír su risa, el Konstabel Els redobló sus esfuerzos para ganar la carrera de sacos. Cuando la señorita Hazelstone disparó, Els cayó involuntariamente de bruces. No tenía por qué haberse molestado. La señorita Hazelstone se reía demasiado para que pudiese apuntar correctamente. Las balas atravesaron las hojas de un árbol que quedaba a cierta distancia del Konstabel Els y sólo hirieron a un buitre grande y bien alimentado que estaba allí digiriendo el desayuno. Cuando revoloteó hasta el suelo y se posó cerca de él y eructó, el Konstabel Els, que yacía inerte en la yerba, le miró caviloso. No había nada en el mundo que le indujese a reír.

El Kommandant van Heerden sentía exactamente lo mismo respecto a la risa. Reflejaba demasiado todas las características de la persona experta en vida refinada para que le cupiese duda alguna de quién era la criatura del traje rosa salmón. Ninguna otra persona que conociese él se reía de aquel modo, disparaba de aquel modo o tenía una propensión tan marcada a administrar inyecciones intramusculares de novocaína.

La señorita Hazelstone volvió a sentarse en la cama y cogió la hipodérmica.

—No sentirá usted nada —dijo, insertando la ampolla—. Absolutamente nada.

—Ya lo sé —gritó el Kommandant dentro del gorro de goma—. Eso es lo que me fastidia.

Pero la señorita Hazelstone no le oía. Los gruñidos y los gritos apagados que salían del gorro no podían diferenciarse

were quite indistinguishable as words.

“Just a little prick to begin with,” said Miss Hazelstone soothingly. She lifted the skirt of his nightdress and the Kommandant tried to make it even smaller. Eyeing the needle he found was the best way of maintaining his flaccidity, and he concentrated on it with grim determination.

“You’ll have to do better than that,” said Miss Hazelstone after a moment’s speculation and evidently thinking at cross-purposes to the Kommandant.

Inside the hood the Kommandant continued his attempt to explain that he wasn’t afflicted with the same complaint as the Zulu cook.

“It’s just the opposite with me,” he yelled. “I take hours and hours.”

“You are a shy man,” said Miss Hazelstone, and thought for a moment. “Perhaps you would find a little whipping helpful. Some men do, you know,” and she got up from the bed and rummaged in the wardrobe, emerging at last with a particularly horrid-looking riding crop.

“No I wouldn’t,” yelled the Kommandant. “I wouldn’t find it helpful at all.”

“Yes or no?” said Miss Hazelstone as the muffled cries subsided. “Nod for yes, shake your head for no.”

Kommandant van Heerden shook his head as hard as he could.

“Not your cup of tea, eh?” said Miss Hazelstone. “Well then, how about some nasty pictures.” This time she fetched a folder from the wardrobe and the Kommandant found himself gazing fascinated at photographs that had evidently been taken by some lunatic with a taste for contortionists and dwarfs.

“Take the disgusting things away,” he yelled as she pressed an exceptionally **perverse** one on his attention.

“You like that one, do you?” Miss Hazelstone asked. “It’s a position Fivepence was particularly fond of. I’ll see if I can get you in the right position.”

“No, I don’t,” the Kommandant screamed. “I loathe it. It’s revolting.”

del todo como palabras.

—Sólo un pequeño picor al empezar —dijo suavemente la señorita Hazelstone.

Luego, le alzó la falda del camión y el Kommandant se estremeció. Mirar la aguja era el mejor medio de mantener la flaccidez, y se concentró en ella con hosca resolución.

—Tendrá que mejorar usted un poco esto —dijo la señorita Hazelstone, tras cavilar un poco y pensando evidentemente con un objetivo distinto al del Kommandant.

El Kommandant continuaba intentando explicar desde dentro del gorro, que él no padecía el mismo trastorno que el cocinero zulú.

—A mí me pasa lo contrario —gritaba—. Demoro horas y horas.

—Es que usted es un hombre tímido —dijo la señorita Hazelstone, y se quedó pensando un momento—. Quizás unos latigazos le ayudasen. Pasa con algunos hombres, sabe.

Y se levantó de la cama, y hurgó en el armario ropero, sacando al fin una fusta que tenía un aspecto de lo más horroroso.

—No, nada de eso —gritó el Kommandant—. Eso no me ayudaría en absoluto.

—¿Si o no? —dijo la señorita Hazelstone cuando cesaron los gritos apagados—. Mueva la cabeza arriba y abajo para decir sí y de izquierda a derecha para decir no.

El Kommandant van Heerden movió la cabeza de izquierda a derecha con todo el vigor que pudo.

—No es su caprichito, ¿eh? —dijo la señorita Hazelstone—. Bueno, bien, ¿qué le parecen entonces unas fotos pornográficas?

Sacó del armario ropero una carpeta y el Kommandant se vio de pronto mirando fascinado unas fotos que, evidentemente, había sacado algún lunático aficionado a los contorsionistas y a los enanos.

—¡Aparte de mi vista esas cosas repugnantes! —gritó el Kommandant mientras la señorita Hazelstone llamaba su atención hacia una excepcionalmente **perversa**.

—Ésta, le gusta, ¿a que sí? —dijo la señorita Hazelstone—. Es una postura que le gustaba muchísimo a Cinco Peniques. Voy a ver si puedo colocarle a usted en la posición correcta.

—No, ni hablar —gritó el Kommandant—. Es repugnante. Es horrible.

But before he could shake his head to indicate his desire not to have his back broken, Miss Hazelstone had seized the hood with one hand and one of his legs with the other, and was trying to bring them together. With a desperate heave he broke loose and sent her spinning across the room.

Out in the Park, Els had recovered his composure. Once he had established that he was not about to become part of the vulture's daily intake of protein, Els decided that his impersonation of the Bishop had gone on long enough. He got up and hobbled to a tree and rid himself of the ridiculous trousers. Then clad in his vest and pants he returned to the house, and found Sergeant de Kock covered in white dust and suffering from **shock**.

shock¹ VT 1 (= *startle*) sobresaltar, asustar 2 (= *affect emotionally*) (= *upset*) conmover, chocar; (= *offend*) escandalizar; **easily shocked** que se escandaliza por nada; **shocked corn** a stack or bundle of bound or unbound corn piled upright for curing or drying
c CPD ã **shock absorber** N (Aut) amortiguador *m* ã **shock jock*** N *presentador(a) polémico/a de coloquios radiofónicos abiertos al público* ã **shock tactics** NPL (*fig*) provocación *f* ã **shock therapy, shock treatment** N (*Med*) (also **electric shock treatment**) tratamiento *m* por electrochoque ã **shock troops** NPL guardias *mpl* de asalto ã **shock wave** N onda *f* de choque
shock 1 (*emotional*) conmoción *f*, golpe *m*, impresión *f*; (= *start*) susto *m*; **the shock killed him** la impresión le mató; **to come as a shock** resultar sorprendente or asombroso, causar estupefacción; **to get a shock** llevarse or pegarse un susto 2 (= *impact*) sacudida *f*; (= *shake-up*) choque *m*, sacudida *f*; **shock resistant** antichoque; **it was a shock to the establishment** sacudió el sistema, fue un serio golpe para el sistema 3 (*Elec*) descarga *f*; **she got a shock from the refrigerator** la nevera le dio una descarga or un calambre 4 (*Med*) shock *m*, postración *f* nerviosa; **to be suffering from shock** G **be in (a state of) shock** estar en estado de shock, padecer una postración nerviosa

"I don't know what to do," the Sergeant said. "She's got barricades up and nothing will get past them."

Pero antes de que pudiera mover la cabeza de izquierda a derecha para indicar que no quería que le partieran la espalda, la señorita Hazelstone había asido el gorro con una mano y una de las piernas del Kommandant con la otra, e intentaba unir ambas cosas. Con un empujón desesperado, el Kommandant se soltó y lanzó a la señorita Hazelstone tambaleante al centro de la habitación.

Fuera, en el parque, Els había recuperado la compostura. Una vez convencido de que no estaba a punto de convertirse en parte de la ingestión diaria de proteínas del buitre, decidió que su representación del obispo había durado ya suficiente. Se levantó y se encaminó a saltitos hasta un árbol y se liberó tras él de aquellos pantalones ridículos. Luego, ataviado con camiseta y calzoncillos, propios en este caso, volvió a la casa y halló al sargento de Kock cubierto de polvo blanco y víctima de una **conmoción**.

"I know something that will," said Els. "Where's that elephant gun?"

—No sé qué hacer —gimió el sargento—. Ha construido barricadas allá arriba y no hay quien las pase.

—Yo sé algo que puede traspasarlas —dijo él—. ¿Dónde está ese rifle de cazar elefantes?

"You're not using that fucking thing," Sergeant de Kock told him. "You'll bring the whole building down round our ears, and besides it's evidence."

—No le permitiré utilizar ese trasto maldito —le dijo el sargento de Kock—. Echaría usted abajo todo el edificio, y, además, es material de prueba.

"What does it matter, so long as we get the old bag?"

—¿Eso qué más da, si conseguimos atrapar a la vieja?

"Never mind about her, if you fire that gun inside the house, you'll blow the end wall out and probably kill the Kommandant as well."

—Lo de menos es ella, si dispara usted el rifle ése dentro de la casa, echaría abajo la pared del fondo y probablemente muriese también el Kommandant.

Els sat back and thought. "All right," he said at last, "you let me have the machine guns out of the Saracen turrets and I'll fix her for sure."

Els se sentó caviloso.
—Está bien —dijo al fin—. Déjeme sacar las ametralladoras de las torrelas del Saracen y la liquidaré, puede estar seguro.

Sergeant de Kock was doubtful. "Go carefully, Els," he said, "and try not to shoot the Kommandant."

El sargento de Kock tenía sus dudas.
—Tenga cuidado, Els —dijo—. Y procure no herir al Kommandant.

"I'll try, but I can't promise anything," said Els, and when the four Browning machine guns had been taken out of the armoured cars, he silently stole up the stairs with them. He laid the four guns on a small coffee table pointing down the corridor and tied them down. Konstabel Els had learnt the value of overwhelming firepower up at the blockhouse and he was putting his experience of it to good use. True, the Brownings hadn't anything like the power of the elephant gun, but what they lacked in calibre they made up for in rapid fire.

—Lo procuraré, pero no puedo prometerle nada —dijo Els, y, una vez desmontadas las cuatro ametralladoras Browning de los coches blindados, subió sigilosamente las escaleras con ellas. Las colocó, las cuatro, sobre una mesita de café, apuntando al fondo del pasillo y las ató allí. El Konstabel Els había aprendido el valor de la potencia de fuego abrumadora en el bunker y aplicaba convenientemente la experiencia adquirida. Las Brownings no tenían, desde luego, ni mucho menos, la potencia de fuego del rifle de cazar elefantes, pero lo que les faltaba en calibre lo compensaban en rapidez de fuego.

“Five thousand rounds a minute pumped down the passage will make matchwood of all that furniture and mincemeat of the old girl,” he thought happily, and went downstairs to collect more belts of ammunition. On his return he fastened a cord to the triggers of the guns and prepared his next move.

The Doberman lying asleep on the chaise-longue and dreaming of his battle with Els smelt the Konstabel coming. It had long entertained the hope that it would be able to renew the challenge Els had thrown down to it on the lawn and now it sensed that the chance had come. It stretched lazily and dropped to the floor. With no warning growl and with a stealth and silence surpassing even that of the Konstabel it crept down the corridor and threaded its way through the barricades of furniture.

Miss Hazelstone had not been in the least put out by the Kommandant's rejection of her attempts to get him into an interesting position. The very violence and strength of his effort had increased her admiration for him.

“What a strong boy you are,” she said picking herself up off the floor. “Quite the little judo expert,” and for the next few minutes the Kommandant had to resist the manual encouragement to virility Miss Hazelstone seemed determined to administer. By dint of concentrating on Konstabel Els as a sexual object, the Kommandant even managed to maintain his lack of interest and finally Miss Hazelstone had to admit herself defeated.

“One can see you're no great shakes as a ladies' man,” she said to the Kommandant, and before he could expostulate with so much as a meaningless grunt that if she must dress as a man she couldn't expect anything else, she had picked up the hypodermic again. “Perhaps an injection of novocaine will put lead in your pencil,” she said. “You'll probably feel like a new man afterwards.”

“I feel like a new man now,” the Kommandant shouted through the hood, squirming **furiously**, but Miss Hazelstone was too intent about her business to take any notice of his protests. As the needle approached the Kommandant shut his eyes and waited, already numb with terror for the jab and at that moment all hell broke loose on the landing. Miss Hazelstone dropped the syringe and seizing her gun made for the door. The sounds emanating

«Cinco mil proyectiles por minuto harán astillas todos esos muebles y picadillo a la vieja», pensó feliz el Konstabel Els, y bajó a la planta baja por más municiones. En cuanto regresó, ató un cordel a los gatillos de las Brownings y se preparó para la maniobra siguiente.

El doberman estaba dormido en el sofá y soñaba con el combate que había librado con Els cuando olió que subía el Konstabel. El animal había acariciado durante mucho tiempo la esperanza de poder reanudar el combate que había librado con Els abajo en el jardín, y percibía que ahora había llegado la oportunidad. Se estiró perezosamente y bajó del sofá. Sin ningún gruñido de aviso, y con un sigilo y un silencio superiores incluso a los del Konstabel, bajó por el pasillo y se abrió paso a través de las barricadas de muebles.

La señorita Hazelstone no se había sentido defraudada, ni mucho menos, por el rechazo del Kommandant a sus intentos de colocarle en una postura interesante. La violencia misma y el vigor de los esfuerzos del Kommandant había hecho crecer la admiración que la señorita Hazelstone sentía por él.

—Qué chico tan fuerte es usted —dijo levantándose del suelo—. Un verdadero campeón de judo.

Y, durante unos minutos, el Kommandant hubo de soportar el estímulo manual a su virilidad, que parecía decidida a administrarle la señorita Hazelstone. Concentrándose en el Konstabel Els como objeto sexual, el Kommandant logró mantener su falta de interés y, por fin, la señorita Hazelstone hubo de confesarse derrotada.

—Se ve que no vale usted mucho como Donjuán —le dijo, y antes de que él pudiera protestar, ni siquiera con un gruñido incoherente, alegando que si ella se vestía de hombre no podía esperar otra cosa de él, la señorita Hazelstone había cogido de nuevo la hipodérmica.

—Puede que una inyección de novocaína ponga mina en su lápiz —le dijo—. Es muy posible que después de esto se sienta usted un hombre nuevo.

—Ya me siento un hombre nuevo —gritó el Kommandant a través de la capucha, agitando **furioso**, pero la señorita Hazelstone estaba demasiado concentrada en sus tareas para percibir sus protestas. Cuando se aproximó la aguja, el Kommandant cerró los ojos y esperó, paralizado ya de terror por el pinchazo, y, en aquel preciso momento, se desencadenó fuera, en el rellano, un auténtico infierno. La señorita Hazelstone dejó la jeringuilla y tomó el arma y se dirigió hacia la puer-

furious y *furioso* indican un estado mental de *rabia, cólera, enojo*; la discrepancia entre las dos lenguas está en que *furioso* pone énfasis en la pérdida de la razón, y una buena traducción es *insane, out of one's mind*, mientras que **furious** acentúa la parte violenta que acompaña a la cólera; por eso algunas interpretaciones son *furibundo, airado, febril, violento, frenético, a toda furia*.

from the passage indicated that some terrible and bestial encounter had just begun, and the Kommandant, stung into action by the hypodermic which Miss Hazelstone had dropped in her haste and which had landed like a dart in his groin and was leaking novocaine into some artery or other, made one last desperate attempt to escape. With a herculean effort he managed to reach the floor and dragging the bed behind him leapt out of the window.

* * *

If Kommandant van Heerden and Miss Hazelstone were astonished at the extraordinary turn events had taken, Konstabel Els was even more surprised. He had just finished putting the final touches to what he hoped was going to be Miss Hazelstone's execution when he was vaguely aware that something unforeseen was in the air. Like some dark premonition he glimpsed a black blur as the Doberman leapt through the mist of powdered plaster that filled the corridor. The dog's mouth was already open and its eye was fastened prematurely on Els' jugular vein. Els dug his chin firmly into his chest and butted the beast's nuzzle with the top of his head. The dog's teeth, missing the vein, fastened on Els' shoulder and a moment later the two animals were locked in their interrupted struggle for supremacy.

As they rolled across the landing, knocking chairs and tables over left, right and centre, as Miss Hazelstone opened up with the scatter gun and the barricades began to disintegrate above them, the Browning machine guns, thrown off target and now pointing up at the ceiling began to pour tracer bullets at the rate of five thousand rounds a minute out through the roof of Jacaranda House. A lame vulture which had only a few minutes before managed to take off after a long and painful run and was flying gamely above the house which had already provided supper, breakfast and very nearly lunch, evaporated in the hail of bullets with an explosion of feathers and odds and ends. It was the only casualty of the gun-battle that raged in Jacaranda House.

The only other person who nearly received a burst of gunfire in his vital parts was Kommandant van Heerden. The sudden eruption of violence on the landing which had allowed him the opportunity to eject himself with double bed attached, out of the window of the bedroom, had found Sergeant de Kock waiting in the garden in the hope of getting a chance to take a pot

ta. Los sonidos que llegaban del pasillo indicaban que acababa de iniciarse allí un enfrentamiento terrible y brutal, y el Kommandant, agujoneado por la hipodérmica que la señorita Hazelstone había dejado caer en su precipitación y que había aterrizado como un dardo en su entrepierna y estaba derramando novocaína en alguna arteria, hizo una última tentativa desesperada de fuga. Con un esfuerzo hercúleo, logró llegar al suelo y, arrastrando tras sí la cama, saltó por la ventana.

Si al Kommandant van Heerden y a la señorita Hazelstone les había asombrado el giro extraordinario que habían tomado los acontecimientos, aún le habían asombrado más al Konstabel Els. Cuando acababa de dar los últimos toques a lo que esperaba que fuera la ejecución de la señorita Hazelstone, tuvo la vaga conciencia de que se palpaba en el aire algo imprevisto. Vislumbró, como una oscura premonición, un manchón negro cuando el doberman saltó a través de la niebla de polvo de yeso que llenaba el pasillo. El perro tenía ya la boca abierta y los ojos prematuramente fijos en la vena yugular de Els. Els clavó el mentón con firmeza en el pecho y con la cabeza dio un topetazo en el hocico del animal. Los dientes del perro, al errar la yugular, se hundieron en el hombro de Els y, al cabo de un instante, los dos animales estaban enzarzados en su lucha interrumpida por la supremacía.

Mientras rodaban por el descansillo, derribando sillas y mesas a izquierda, derecha y centro, mientras la señorita Hazelstone abría fuego con su arma de dispersión y las barricadas empezaban a desintegrarse sobre ellos, las ametralladoras Browning, desviadas de todo objetivo posible y apuntando al techo, empezaron a escupir balas trazadoras al ritmo de cinco mil proyectiles por minutos, que atravesaron el techo de la mansión de Jacaranda Park. Un buitre cojo que sólo unos minutos antes había logrado tomar vuelo tras una carrera larga y dolorosa, y que aleteaba animosamente volando sobre la casa, aquella casa que ya le había proporcionado cena, desayuno y casi comida, se evaporó en la granizada de balas con una explosión de plumas y restos diversos. Fue la única víctima de la batalla que estalló en la mansión de Jacaranda Park.

Sólo otra persona estuvo a punto de recibir una andanada en sus partes vitales: el Kommandant van Heerden. La súbita erupción de violencia del descansillo, que le había permitido arrojarse, seguido del lecho matrimonial, por la ventana del dormitorio, había sorprendido al sargento de Kock aguardando en el jardín con la esperanza de tener la oportunidad de pegarle un tiro a la

clatter estrépito *n.* *a rattling noise (often produced by rapid movement); "the shutters clattered against the house"; "the clatter of iron wheels on cobblestones"*

v. clatter hacer ruido estrepitoso, clack, brattle *make a rattling sound; "clattering dishes"*

1 : to make a rattling sound <the dishes clattered on the shelf> 2 : to talk noisily or rapidly 3 : to move or go with a clatter <clattered down the stairs> pound, thump

shot at Miss Hazelstone from below. The Sergeant had been regretting his decision to allow Konstabel Els to use the machine guns and was fully expecting the plan to end in disaster. As the roar of gunfire 5 erupted in the house, the Sergeant threw himself to the ground, and was lying there when there was a **clatter** of breaking glass followed by an awful thud just above his head. He got to his feet and stared up at the thing that hung dangling from the window above him.

The Sergeant was by no means a squeamish man and not in the least averse 15 to shooting women. Plenty of Zulu widowers could attest to that. And had he been able to imagine for one moment that the corpulent creature in the pink nightdress who squirmed and struggled against the wall of the house some twenty feet up was 20 Miss Hazelstone, he would have shot her without a moment's thought. But it was all too apparent that what was dangling there was not the old lady. She wasn't fat like that, she wasn't hairy like that, and above 25 all, he felt sure she didn't have reproductive organs like that. It was difficult enough for the Sergeant to believe that anything could look like that. Sergeant de Kock stood and wrestled with the problem of the thing's 30 identity. He peered up at its face and saw that it was wearing a mask.

Of all the queer comings and goings Sergeant de Kock had seen since he arrived at the house, this was undoubtedly the 35 queerest. And queer was the word that sprang most naturally to mind. Whatever was hanging hooded and partially dressed up there was exposing itself to him in a manner that was shameful and indecent 40 beyond belief. The Sergeant didn't like pansies at the best of times and he certainly didn't relish being solicited by one in this disgusting fashion. He was just making up his mind to put an end to the obscene 45 display by a burst from his Sten gun when he was stunned by something that dropped out of the sky on to him. Enveloped in a cloud of feathers and draped with what appeared to be the half-digested contents of a stomach that had recently indulged in 50 an enormous meal of raw meat, Sergeant de Kock staggered about the garden in a state of shock.

As he tried desperately to disentangle 55 himself from the mess of entrails and feathers, he was temporarily put off his idea of ridding the world of the raving transvestite jerking spasmodically below the bedroom window. The discovery in the detritus that covered him of several brass 60 buttons and a South African Police cap

señorita Hazelstone desde abajo. El sargento lamentaba ya su decisión de permitir al Konstabel Els utilizar las ametralladoras y tenía la impresión de que aquel plan acabaría en desastre. Cuando se alzó el estruendo del tiroteo en la casa, el sargento se echó al suelo, y allá estaba tumbado cuando le llegó el estruendo de cristal roto seguido de un terrible golpe justo encima de su cabeza. El sargento se levantó y miró hacia arriba, hacia aquella cosa que colgaba balanceándose de la ventana encima de él.

El sargento no era, en modo alguno, un hombre melindroso, y no era contrario, ni mucho menos, a disparar contra las mujeres. Eran muchos los viudos zulúes que podían atestiguarlo. Y si hubiera sido capaz de imaginar por un instante que aquella criatura corpulenta del camión rosa que se retorció y se debatía contra la fachada de la casa a unos seis metros de altura era la señorita Hazelstone, le habría pegado un tiro sin pensarlo siquiera. Pero era demasiado evidente que lo que colgaba allá arriba no era la señorita Hazelstone. Ella no era tan gorda, ni tan peluda, y, sobre todo, el sargento estaba absolutamente seguro de que no tenía órganos reproductores como aquellos. Al sargento le costó bastante trabajo convencerse de que hubiera algo que pudiera tener aquel aspecto. El sargento de Kock se debatía angustiado con el problema de la identidad de aquella cosa. Le miró a la cara y vio que llevaba una máscara.

De todos los extraños acontecimientos que el sargento de Kock había presenciado desde que llegara a la casa, aquel era, sin lugar a dudas, el más extraño de todos. Fuera lo que fuese, lo que colgaba allí encapuchado y parcialmente vestido se exhibía de un modo tan vergonzoso e indecente que resultaba increíble. Al sargento no le gustaban los maricas en ninguna circunstancia, y, desde luego, no le emocionaba que uno de ellos le tentase de aquel modo repugnante. En el momento en que se disponía ya a poner fin a aquella obscena exhibición con una andanada de su Sten, le inmovilizó y le dejó sobrecogido algo que le cayó encima. Envuelto en una nube de plumas y cubierto por lo que parecía ser el contenido a medio digerir de un estómago al que se había administrado recientemente una enorme pitanza consistente en carne cruda, el sargento se alejó tambaleante por el jardín en un estado de conmoción.

Mientras intentaba desesperadamente des- embarazarse de aquella masa de entrañas y plumas, dejó de momento a un lado la idea de librar al mundo de aquel frenético travesti que se agitaba espasmódicamente bajo la ventana del dormitorio. Al descubrir entre los detritos que le cubrían varios botones de bronce y una placa de la policía sudafricana, el sargento se preguntó

badge was making him wonder what the hell had hit him. He was still debating the point when a new burst of gunfire above his head told him that the gun-battle was
 5 by no means over. He glanced up and saw the mattress above the hooded figure erupt into an enormous cloud of feathers, and as they floated down and adhered to the blood and guts covering him, Sergeant de Kock turned and ran. Behind him a muffled voice
 10 yelled "Chicken".

qué demonios le habría caído encima. Aún estaba debatiendo este punto, cuando estalló una nueva andanada sobre su cabeza indicándole que la batalla no había terminado, ni mucho menos. Alzó la vista y vio que el colchón que había sobre la figura encapuchada estallaba en una erupción enorme, en una nube de plumas, y mientras éstas bajaban flotando y se adherían a la sangre y a las vísceras que le cubrían, el sargento de Kock se dio la vuelta y echó a correr. Una voz apagada gritó tras él: «Gallina.»

15

20

Chapter 12

12

The failure of her rapid fire down the corridor to silence for an instant the roar of the machine guns and the screams and
 25 snarls that were part and parcel of all Konstabel Els' encounters with the Dobermann forced Miss Hazelstone to the realization that her plans were not running true to form. As repeated volleys of shot smashed through her Louis Quinze
 30 barricades and riddled with new authenticity several pieces of mock-Jacobean furniture and an irreplaceable eighteenth-century escritoire previously inlaid with ivory, the din of battle on the
 35 landing increased. Above her head a fountain of tiles hurtled up into the air under the impact of the machine-gun bullets and crashed back on the roof like enormous hailstones. Miss Hazelstone gave up her
 40 attempt to peer through the fog of plaster and went back into the bedroom.

Su fracaso con el arma de tiro rápido en el pasillo, que no pudo silenciar el estruendo de las ametralladoras ni los gritos y gruñidos que formaban parte de todos los enfrentamientos del Konstabel Els con el doberman, obligó a la señorita Hazelstone a admitir que sus planes no se desarrollaban según lo previsto. A medida que las repetidas andanadas de proyectiles atravesaban sus barricadas Luis XV y salpicaban con una autenticidad nueva varias piezas de muebles jacobinos de imitación, y un escritorio dieciochesco único, anteriormente taraceado de marfil, el estruendo de la batalla en el descansillo aumentaba. Sobre la cabeza de la señorita Hazelstone, arrancadas por el impacto de las balas de ametralladora, estallaron en el aire, en un chorro como de surtidor, las tejas, que volvieron a caer de nuevo sobre el tejado, como gigantesca granizada. La señorita Hazelstone renunció a su intento de ver a través de la niebla de yeso y volvió al dormitorio.

It was immediately apparent to her that here too something had gone astray. The room was pitch dark and some large object
 45 was completely obscuring the view of the Park she had previously enjoyed from the window. She switched on the light and stood gazing at the underside of the bed on which but a few minutes before she
 50 had sat encouraging Kommandant van Heerden to be a man. Looking at the enormous bed she realized for the first time what a tremendously powerful man the Kommandant was. It had taken ten
 55 men to manhandle that bed up the stairs and along the corridor, and now one man had lifted it by himself and had carried it to the window where he was evidently standing on the sill holding it at arm's
 60 length, a feat of strength she would never have believed possible. As she looked

En seguida se dio cuenta de que también allí había pasado algo. La habitación estaba absolutamente a oscuras y un objeto grande bloqueaba totalmente la visión que, del parque, había gozado hasta entonces por aquella ventana. La señorita Hazelstone encendió la luz y contempló la parte inferior del lecho, en el cual sólo unos minutos antes había estado sentada animando al Kommandant van Heerden a ser un hombre. Contemplando el enorme lecho, la señorita Hazelstone comprendió por primera vez que el Kommandant era un hombre extraordinariamente vigoroso. Habían hecho falta diez hombres para subir aquella cama por las escaleras y para llevarla por el pasillo, y ahora un solo hombre la había alzado y la había llevado hasta la ventana, y allí estaba, evidentemente, de pie en el alféizar sujetándola con los brazos, una demostración de fuerza que la señorita Hazelstone jamás habría creído posible. Mientras contemplaba admirada

and wondered, a muffled yell came through the mattress.

“Let me down,” the Kommandant was shouting. “Let me down. Let me down. That bloody woman will be the death of me.” Miss Hazelstone smiled to herself. “Just as you say,” she murmured and aimed the scatter gun at the bedsprings. As she pulled the trigger she noted how appropriate it was that the Kommandant should meet his Maker strapped in a rubber nightdress to a mattress labelled Everrest and as the bed-springs twanged and the feathers flew, Miss Hazelstone turned and went out into the corridor with a sob.

It was in all likelihood the sound of that sob that led to the death of her beloved Toby. The Doberman which had until then felt secure in the hold it had fastened on Konstabel Els’ face relaxed for one fatal second. It raised its head and pricked its ears for the last faithful time and in that second, Els, half asphyxiated by the dog’s persistent hold on his nose, seized his opportunity and clamped his jaws on the dog’s throat. With one hand he clasped the dog to him and with the other grabbed the dog’s scrotum and squeezed. Squeezed was hardly adequate to describe the immense pressure he exerted.

Unable, thanks to Els’ grip on its windpipe, to protest this infringement of the Queensberry rules, the dog hurled itself sideways and scabbled furiously with all four feet in an attempt to free itself. Dragging the limpet-like Els with it, it accelerated from a standing start, hurtled towards the top of the stairs and a second later the two maddened animals were airborne several feet above the great staircase. As they avalanched into the hall, the portraits of Sir Theophilus and Judge Hazelstone gazed grimly down on the sordid spectacle. Only the wild boar, itself strapped to an unrelenting iron frame, can have appreciated what its modern counterpart was suffering.

Three minutes later Konstabel Els, lying on the marble floor of the hall, knew that he had won. The Doberman lay still in death and Els relaxed his grip on its throat and rose unsteadily to his feet. Around him the heads of stuffed wart-hogs and buffaloes were his only audience in the moment of triumph. Dragging the dog by the tail Konstabel Els went out into the Park to look for the vulture. It had looked at him ravenously enough, and he thought it might like a change of diet. He had some

aquella hazaña, le llegó a través del colchón un grito ahogado.

—Ayúdenme a bajar —gritaba el Kommandant—. Ayúdenme a bajar, ayúdenme. Esa mujer maldita será mi muerte.

La señorita Hazelstone sonrió.

—Tú lo has dicho —murmuró, y apuntó con el arma de dispersión al colchón.

Al apretar el gatillo, pensó que era muy propio que el Kommandant recibiera al Creador ataviado con un camión de goma y atado a un colchón que se llamaba, según la etiqueta, Descanso Eterno, y cuando los muelles del colchón se dispararon y volaron las plumas, la señorita Hazelstone se volvió y salió al pasillo con un gemido.

Y este gemido fue, con toda seguridad, lo que llevó a la muerte a su amado Toby. El doberman, que estaba hasta entonces muy seguro de la presa que había hecho en la cara del Konstabel Els, la aflojó durante un segundo fatídico. Alzó la cabeza, alzó las orejas, por última vez, inducido por su lealtad, y en aquel segundo, Els, medio asfixiado por la presa obstinada del perro en su nariz, aprovechó la oportunidad y le clavó los dientes en la garganta. Con una mano apretó al animal contra sí y con la otra le asió por el escroto y empezó a apretar. Apretar no era, ni mucho menos, un término adecuado para describir la inmensa presión que ejercía.

El perro, que, a causa de la presión que ejercía Els sobre su tráquea, no podía protestar por esta infracción de las normas de Queensberry, se lanzó hacia un lado y empezó a debatirse furioso con las cuatro patas, intentando liberarse. Arrastrando tras de sí a Els, que permanecía pegado a él como una lapa, se lanzó hacia el borde de la escalera y, un instante después, los dos animales, enloquecidos, rodaron por ella llegando en avalancha hasta el vestíbulo, mientras los retratos de Sir Theophilus y del juez Hazelstone contemplaban adustos el sórdido espectáculo. Sólo el jabalí, inmovilizado por un implacable entramado de acero, podía apreciar lo que estaban padeciendo sus colegas modernos.

Tres minutos después, el Konstabel Els, tumbado en el suelo de mármol del vestíbulo, se dio cuenta de que había ganado. El doberman estaba inmovilizado por la muerte y Els aflojó la presa que había hecho en el cuello del perro y se levantó tambaleante. A su alrededor, las cabezas disecadas de búfalos y jabalíes verrugosos eran el único público de aquel momento de triunfo. Arrastrando al perro por el rabo, el Konstabel salió fuera de la casa en busca del buitres. El animal le había mirado bastante vorazmente y el Konstabel pensaba que quizás le apeteciera cambiar de dieta. Tuvo ciertas dificultades para en-

difficulty in finding it, and when he did, even Konstabel Els could see that it had not died of hunger.

5 The shots that had indirectly led to the death of Toby had come very near to causing the death of Kommandant van Heerden. Near but rather too high, for the Kommandant had had the good fortune to be hanging by his wrists from what was
10 now the bottom of the bed. He had chewed through the hood and was staring down at Sergeant de Kock who had from the look of him just emerged from a nasty accident in a turkey abattoir. It didn't
15 seem a likely explanation of the Sergeant's condition but after his recent experience of perversion the Kommandant wouldn't have been at all surprised to learn that the Sergeant had
20 been acting out some depraved obsession connected with his name.

He was just speculating on the matter when his thoughts were drowned by the roar of a gun just above his head and a
25 cloud of feathers suddenly obscured his view of the garden. "Chicken," he yelled as the Sergeant disappeared round the corner of the house, and he was still screaming abuse some minutes later when the Sergeant followed by several
30 Konstabels reappeared. It seemed that his voice issuing through the hole he had managed to chew in the rubber hood carried less than its normal quota of authority. The little group of policemen gathered below
35 him seemed more amused by his orders than likely to obey them.

"Let me down," yelled the Kommandant. "Let me down." Against
40 this background of ignored instructions, Sergeant de Kock was explaining the nastier facts of life to the young konstabels.

"What you see before you," he said
45 **portentously**, "is a transvestite."

"What's that mean, Sergeant," inquired a konstabel.

"It means a man who likes dressing up in women's clothes. This transvestite is also a pervert."

"Let me down, you sod," yelled the Kommandant.
55

"It's a pervert," continued the Sergeant, "because it is a homosexual and it's a pervert twice over because it's a rubber fetishist."
60

contrarlo y, cuando lo encontró, hasta el Konstabel Els pudo darse cuenta de que no se había muerto de hambre.

Los disparos que habían conducido indirectamente a la muerte de Toby habían estado casi a punto de causar la muerte del Kommandant van Heerden. Le habían pasado cerca los proyectiles, algo altos, pues el Kommandant había tenido la buena suerte de estar colgando de las muñecas de lo que era ahora la parte inferior de la cama. Había logrado rasgar a mordiscos la capucha y miraba hacia el sargento de Kock, que parecía, por la pinta, haber sufrido un desagradable accidente en un matadero de pavos. Esto no parecía una explicación probable del estado del sargento, pero el Kommandant, después de su reciente experiencia de perversión, no se habría sorprendido lo más mínimo si le hubieran dicho que el sargento de Kock había estado entregándose a alguna obsesión depravada relacionada con su nombre.

Estaba cavilando sobre este asunto cuando dispersó sus pensamientos el estruendo de un arma que sonó justo sobre su cabeza, y oscureció bruscamente su visión del jardín una nube de plumas.

—¡Gallina! —gritó, al ver desaparecer al sargento por la esquina de la casa, y aún seguía gritando unos minutos después cuando reapareció el sargento seguido de varios konstabels. Parecía que su voz, al tener que salir a través del agujero que había logrado practicar con los dientes en la capucha de goma, transmitía una cuota de autoridad inferior a la normal. El grupo de policías reunidos bajo él parecían más animados a reírse de sus órdenes que inclinados a obedecerlas.

—¡Bájenme de aquí! —gritaba el Kommandant—. ¡Bájenme de aquí!

Con este fondo de instrucciones ignoradas, el sargento de Kock explicaba a los jóvenes konstabels los hechos más repugnantes de la vida.

—Lo que están viendo ustedes —decía **sinistramente**— es un travesti.

—¿Qué significa eso, sargento? —preguntó un konstabel.

—Significa un hombre al que le gusta vestirse con ropa de mujer. Este travesti es también un pervertido.

—¡Bájeme de aquí, cerdo! —gritó el Kommandant.

—Es un pervertido —siguió el sargento—, porque es homosexual; y es doblemente pervertido porque es un fetichista de la goma.

portentous *adj.* 1 grandiloquent, overblown, pompous, pontifical, **portentous** *puffed up with vanity; «a grandiloquent and boastful manner»; «overblown oratory»; «a pompous speech»; «pseudo-scientific gobbledygook and pontifical hooey»- Newsweek* 2 fateful, foreboding(a), **portentous** *of ominous significance* 3 **portentous**, prodigious *of momentous or ominous significance; «such a portentous...monster raised all my curiosity»- Herman Melville; «a prodigious vision»*

portentous : boding evil, threatening, siniestro, de mal agüero, ominoso, fatídico

portentoso maravilloso, prodigioso

"I'll have you stripped of your stripes if you don't get me down."

—¡Le quitaré los galones si no me baja ahora mismo de aquí!

"What's a rubber fetishist, Sergeant?"

—¿Qué es un fetichista de la goma, sargento?

5 "It's someone who dresses up in rubber nighties and hangs out of other people's bedroom windows soliciting people below," continued the Sergeant plucking feathers and lights off his uniform. "It's also
10 a product of the permissive society and as you all know South Africa is not a permissive society. What this swine is doing is against the law here, and what I suggest is that we shove a bullet or two up
15 his arse and give him the thrill to end all thrills."

—Es una persona que se viste con camisones de goma y se cuelga de las ventanas de los dormitorios de otras personas haciendo proposiciones inmorales a la gente que hay abajo —prosiguió el sargento, sacudiéndose plumas del uniforme—. Es también un producto de la sociedad permisiva; y, como todos ustedes saben, Sudáfrica no es una sociedad permisiva. Lo que está haciendo este cerdo infringe las leyes de este país. Lo que propongo es que le metamos unas cuantas balas por el culo para que se mueva de gusto.

The suggestion was greeted with nods of approval from the konstabels and a crescendo of screams from the hooded
20 dangling figure. Only one naive konstabel objected.

La propuesta fue recibida con cabeceos de aprobación de los konstabels y un crescendo de alaridos del individuo que se balanceaba encapuchado junto a la ventana. Sólo un konstabel ingenuo puso objeciones.

"But wouldn't that be murder, Sergeant?" he inquired.

—¿Pero eso no sería un asesinato, sargento? —preguntó.

25 Sergeant de Kock looked at him sternly. "Are you telling me," he asked, "that you think that blokes should be allowed to run around the country dressed in women's
30 nighties?"

El sargento de Kock lo miró con dureza. —¿Va usted a decirme —preguntó— que cree que debe dejarse a estos tipos andar por ahí vestidos con camisones de mujer?

"No, Sergeant. It's against the law."

—No, sargento. Eso es contrario a las leyes.

35 "That's what I just said, so we'd be doing our duty if we put a bullet in him."

—Pues eso es lo que acabo de decir, así que si le pegamos un tiro no haremos más que cumplir con nuestro deber.

"Couldn't we just arrest him?" the konstabel asked.

—¿Pero no podríamos simplemente detenerle? —preguntó el policía.

40 "This is your commanding officer, and I order you to let me down."

—¡Soy su superior, y les ordeno que me bajen de aquí!

45 "It's guilty of another crime now, Sergeant," said another konstabel. "It's impersonating a police officer."

—Ahora ha cometido otro delito, sargento —dijo otro konstabel—. Quiere hacerse pasar por oficial de policía.

50 "You young konstabels know the **procedure** or you bloody well ought to," continued the Sergeant. "In the case of a criminal apprehended in the commission of a crime, what do you do?"

—Ustedes, jóvenes konstabels, ya saben cuál es el **procedimiento** a seguir, o deberían saberlo —continuó el sargento—. ¿Qué tienen que hacer ustedes en caso de que sorprendan a un delincuente cuando está cometiendo un delito?

"Arrest him," chorused the konstabels.

—Detenerle —dijeron a coro los konstabels.

55 "And if you can't arrest him? If he tries to escape?"

—¿Y si no puede usted detenerle? ¿Y si intenta escapar?

"You give him a warning."

—Pues se le da un aviso.

60 "And what if he doesn't stop trying to escape?"

—¿Y si sigue intentando escapar?

"You shoot him. Sergeant."

—Se le dispara, sargento.

"Right," said the Sergeant. "Now are you trying to tell me that that bastard isn't a criminal caught in the commission of a crime, and that he isn't trying to escape?"

—Muy bien —dijo el sargento—. ¿Va usted a decirme que ese cabrón no es un delincuente sorprendido en pleno delito, y que no está intentando escapar?

The konstabels had to agree that the Sergeant was right, and they had just reached this point in their deliberations when Konstabel Els came limping triumphantly round the corner dragging the Dobermann after him.

Los konstabels hubieron de aceptar que el sargento tenía razón y habían llegado justamente a este punto de sus deliberaciones cuando asomó por la esquina, cojeando triunfalmente, el Konstabel Els, arrastrando tras sí al doberman.

"Look what I've got," he said proudly.

—Mirad lo que he cazado —proclamaba orgulloso.

Sergeant de Kock's little group were not impressed. "Look what we've got," they said, and Konstabel Els had to admit that what was hanging squirming from the window made his own trophy look pretty tame.

El grupito del sargento de Kock no parecía muy impresionado.

—Mira lo que tenemos nosotros —dijeron, y el Konstabel Els hubo de admitir que lo que colgaba retorciéndose de la ventana eclipsaba bastante su propio trofeo.

"Just doing a queer in," said Sergeant de Kock. "Want to join in, Els, should be just up your street?"

—Vamos a liquidar a un marica —dijo el sargento de Kock—. ¿Quiere usted ayudarnos, Els, o no es lo suyo?

"Not my street," said Els peering up at the figure. "That's Kommandant van Heerden's street, that's what that is. I'd know it anywhere."

—No es lo mío, no —dijo Els examinando al individuo que colgaba de la ventana—. Es el Kommandant van Heerden, él mismo en persona. Le conocería en cualquier sitio.

As the firing party broke up in confusion at the news that it was the Kommandant who was hanging there, the woman largely responsible for his predicament was debating what to do next. She thought that she must have at last got it into the thick head of the Kommandant that she was capable of killing Fivepence and while she realized that Kommandant van Heerden's opinion no longer mattered, she hoped that his successor would have enough sense to arrest her promptly.

Mientras se disolvía la fiesta del tiroteo entre la confusión de la noticia de que era el Kommandant quien estaba colgando allí, la principal responsable de la situación del Kommandant cavilaba qué hacer a continuación. Creía que había conseguido al fin meter en la cabeza dura del Kommandant que ella era capaz de matar a Cinco Peniques, y aunque comprendía que la opinión del Kommandant van Heerden no importaba ya, tenía la esperanza de que su sucesor sería un hombre con suficiente sentido como para detenerla de inmediato.

She went downstairs to look for a policeman to escort her to her cell in Piemburg Police Station, but the house appeared to be deserted.

Bajó a la planta inferior a buscar a un policía que la condujese a una celda de la comisaría de policía de Piemburgo, pero la casa parecía estar desierta.

"I must have scared them off," she said to herself and went to fetch her car. Halfway to the garage she realized that Fivepence had the keys with him and instead she climbed into one of the police Land Rovers and started the engine.

«He debido asustarles y se han escapado» se dijo, y fue por el coche. A mitad del camino del garaje, cayó en la cuenta de que era Cinco Peniques quien tenía las llaves, así que se metió en uno de los Land Rovers de la policía y lo puso en marcha.

As the konstabels on the other side of Jacaranda House assisted the Kommandant down the ladder, they gave no thought to the Land Rover that sailed unsteadily up the drive. At the gate the sentry signalled it out and the car disappeared round the corner and down

Los konstabels del otro lado de la casa estaban ayudando al Kommandant a bajar por la escalerilla y no prestaron atención al Land Rover que enfiló vacilante el camino de coches. El centinela apostado en la entrada del parque dejó pasar el coche, y ése desapareció doblando la curva y siguió carretera abajo hacia

the road into Piemburgo.

Piemburgo.

* * *

5 Most of the events of the day had passed
clean over the head of the Bishop of
Barotseland. Manacled and naked, he lay
in the cellar and tried to concentrate on
spiritual questions as being less painful
10 than the affairs of the flesh. He wasn't
particularly successful in this effort; hunger
and pain competed with fear to occupy his
attention, and over them all there hung the
awful dread that he was going mad. It was
15 less in fact fear at the thought that he was
going than that he had already gone. In
twenty-four hours he had seen the accepted
tenets of his world abused in a way which
had, he had to admit, all the hallmarks of
insanity.

20 "I am a bishop and my sister is a
murderess," he said to himself reassuringly.
"If my sister is not a murderess, it is
possible that I am not a bishop." This line
of logic didn't seem very helpful and he
25 gave it up as likely to disturb what little
balance of mind he had left. "Someone is
mad," he concluded, and began to wonder
if the voices he had heard in the depths of
the swimming-bath were not after all
30 symptoms of the insanity he seemed to be
suffering from.

On the other hand his firm belief in the
intervention of the Lord in the affairs of
the world led him to wonder how he had
35 transgressed so gravely as to warrant the
punishment that had fallen on him. He came
to the conclusion that he had been guilty
of hubris. "Pride comes before a fall," he
said, but he couldn't imagine what height
40 of pride could justify the depths to which
he had fallen. Certainly the little bit of self-
congratulation he had allowed himself on
his appointment to Barotseland hardly
called for the appalling punishment he was
45 now undergoing. He preferred to believe
that his present sufferings were a
preparation for better things to come, and
a test of his faith. He consoled himself with
the thought that there must be some people
50 in the world in even worse plights, though
he couldn't think who they were or what
they were suffering.

"I shall bear my tribulations gladly and
my soul will be renewed," he said smugly
55 and gave himself up to meditation.

Kommandant van Heerden had come to
quite different conclusions. He had borne
enough tribulations in the past twenty-four
hours to last him a lifetime. He knew now
60 that there were three things he never wanted

La mayoría de los acontecimientos del día
no habían afectado al obispo de Barotselandia.
Esposado y desnudo, yacía en la bodega in-
tentando concentrarse en cuestiones espiritua-
les, menos dolorosas que las de la carne. No
tenía demasiado éxito en sus propósitos. El
hambre y el dolor competían con el miedo para
ocupar su atención, y por encima de todo se
cernía el horrible temor a estar volviéndose
loco. En realidad, era menos el miedo ante la
idea de estar volviéndose loco que el miedo a
haberse vuelto loco ya. En veinticuatro horas
había visto profanados los dogmas inamovi-
bles de su mundo de un modo que, tenía que
admitirlo, mostraba todos los indicios de la
locura.

«Yo soy un obispo y mi hermana es una
asesina», se dijo tranquilizadamente. «Si
mi hermana no es una asesina, es posible
que yo no sea un obispo.» Esta vía de razo-
namiento no pareció ayudarle mucho y la
abandonó pensando que alteraba el escaso
equilibrio mental que le quedaba aún. «Al-
guien está loco», concluyó, y empezó a pre-
guntarse si las voces que había oído en las
profundidades de la piscina no serían, en
realidad, síntomas de la locura que parecía
estar padeciendo.

Por otra parte, su firme creencia en la
intervención del Señor en los asuntos del
mundo le inducía a preguntarse cómo habría
podido transgredir tan gravemente las nor-
mas divinas como para merecer el castigo
que había caído sobre él. Llegó a la conclu-
sión de que había sido culpable de *hubris*.
«El orgullo precede a la caída», dijo, pero
no podía concebir una cuantía de orgullo que
pudiese justificar las profundidades a las que
había caído. Desde luego, el pequeño orgu-
llo que había sentido con su nombramiento
en Barotselandia, difícilmente justificaba el
terrible castigo que estaba padeciendo. Pre-
fería creer que sus padecimientos eran una
preparación para cosas mejores que habrían
de venir, y una manera de poner a prueba su
fe. Se consoló con la idea de que debía ha-
ber personas en el mundo en situaciones aún
peores, aunque no podía imaginar quiénes o
qué podían padecer.

«Soportaré mis tribulaciones con alegría y
mi espíritu se renovará con ello», dijo
pulcramente y se entregó a la meditación.

El Kommandant van Heerden había llegado
a conclusiones completamente distintas. Había
soportado suficientes tribulaciones en las últimas
veinticuatro horas como para que le durasen toda
una vida. Ahora sabía que había tres cosas que no

to see again. Rubber nightdresses, Sergeant de Kock and Jacaranda House. All three had lost whatever charm they had once held for him, and in the case of the first two that was nil.

As for Jacaranda House, he had to admit he had once liked the place, but he could see now that his feelings were not reciprocated. The house evidently reserved its favours for those of impeccable social standing and British descent. For lesser mortals it held terrors. In decreasing order of social standing he placed himself, Els, the Dobermann, Fivepence and the vulture. He himself had been **trussed**, terrified and threatened with death. Els had been savaged on two separate occasions. The Dobermann had been bitten to death. Fivepence had been deposited all over the garden and the vulture all over Sergeant de Kock. All in all, these indignities had been too closely related to the class of the recipients for there to be any doubt that the reputation for snobbery the Hazelstones enjoyed was not without foundation in fact. On the whole he thought Els had come off pretty lightly, considering his origins and social standing.

On the other hand he had cause to suspect that Els' share of misfortune was yet to come. True, he had been instrumental in saving the Kommandant's life on two occasions. Kommandant van Heerden had to admit that the Konstabel's intervention on the landing had given him time to jump out of the window, and once there it had been Els who had stopped Sergeant de Kock exceeding his duty. But then again, there was the little matter of the fracas up at the gateway. It had too many of the trademarks of Els to be ignored entirely. Els had some explaining to do.

As he dressed in the study Kommandant van Heerden eyed Els warily. The Konstabel was dabbing antiseptic on his nose and playing with the paperweight. By the time he had put on his trousers, the Kommandant had come to some definite conclusions. Miss Hazelstone had made her point, and the Kommandant was convinced that in all probability she had killed Fivepence. Unfortunately, she could not, he knew, have butchered the policemen at the gate. Someone else was responsible for that, and while the evidence pointed to Jonathan Hazelstone, the Kommandant had seen him asleep on the bed just before the firing began. It followed that if Jonathan was innocent, the guilty person was Els. It was but a step from this conclusion to the

quería volver a ver. Los camisones de goma, al sargento de Kock y la mansión de Jacaranda Park. Estas tres cosas habían perdido el atractivo que pudiesen haber poseído para él, y que en el caso de las dos primeras había sido inexistente.

En cuanto a la mansión de Jacaranda, tenía que admitir que le había gustado, pero ahora se daba cuenta de que era un sentimiento no correspondido. La casa, evidentemente, reservaba sus favores para los de posición social impecable y ascendencia británica. Para mortales inferiores, albergaba terrores. El Kommandant se clasificaba, en la escala social, el primero, luego a Els, el doberman, Cinco Peniques y el buitre. Él había sido encadenado, aterrorizado y amenazado de muerte. A Els le habían atacado en dos ocasiones distintas. El doberman había perecido a mordiscos. A Cinco Peniques le habían esparcido por todo el jardín y al buitre por todo el sargento de Kock. En conjunto, tales indignidades habían estado demasiado estrechamente relacionadas con la clase de los que las habían padecido para que cupiese duda alguna de que la reputación de presunción aristocrática de que gozaban los Hazelstone no carecía de fundamento, en realidad. El Kommandant pensaba que, en conjunto, Els había salido bastante bien librado, considerando sus orígenes y su posición social.

Por otra parte, tenía motivos para sospechar que la dosis de desdicha de Els no se había completado todavía. Aunque era cierto que había ayudado a salvar la vida del Kommandant en dos ocasiones, el Kommandant tenía que admitir que la intervención del Konstabel en el descansillo le había dado tiempo para saltar por la ventana y, una vez allí, había sido Els quien había impedido que el sargento de Kock se excediese en el cumplimiento de su deber. Pero no podía olvidar de ningún modo aquel asuntillo de la trifurca en la entrada del parque; había demasiados indicios de la participación de Els para que pudiera ignorarse por completo. Els tenía que dar alguna explicación.

Mientras se vestía en el despacho, el Kommandant van Heerden miraba receloso a Els. El Konstabel se echaba antiséptico en la nariz y jugueteaba con el pisapapeles. Cuando terminó de ponerse los pantalones, el Kommandant había llegado a ciertas conclusiones definidas. La señorita Hazelstone había dado su versión de los hechos y el Kommandant estaba convencido de que había sido ella, con toda seguridad, quien había matado a Cinco Peniques. Por desgracia, ella no podía, y él lo sabía, haber liquidado a los policías a la entrada del parque. Tenía que haber otro responsable de eso; y aunque las pruebas acusaban a Jonathan Hazelstone, el Kommandant le había visto dormido en la cama poco antes de iniciarse el tiroteo. De lo que se deducía que si Jonathan era inocente, el culpable era Els. Sólo había un paso de esta conclusión a la cuestión

truss 1 a : to secure tightly : *secure with or as if with ropes*; «*tie down the prisoners*»; «*tie up the old newspapers and bring them to the recycling shed*»; **b** : *tie the wings and legs of a bird before cooking it*; to arrange for cooking by binding close the wings or legs of (a fowl) = **embroquetar** tr. Sujetar con broquetas las piernas de las aves para asarlas. **2** : to support, strengthen, or stiffen by or as if by a truss; support structurally; «*truss the roofs*»; «*trussed bridges*» **3** Brit. a bundle of old hay

question of responsibility. Who, it would be asked, had allowed a homicidal maniac like Els to have possession of a multi-barrelled elephant gun, and had given him
5 permission to use it?

Weighing up the various debts he owed to Konstabel Els and the ugly possibilities that faced his career, the Kommandant came to a rapid decision.
10

“Els,” he said quietly, seating himself behind the desk, “I want you to think carefully before you answer the next question. Very carefully indeed.”
15

Konstabel Els looked up nervously. He didn't like the tone of the Kommandant's voice.

“What time was it when you deserted your post at the gate yesterday afternoon?” the Kommandant continued.
20

“I didn't desert my post, sir,” said Els.
25

The Kommandant shivered. This was worse than he expected. The idiot was going to claim he stayed there all afternoon.

“I think you did desert your post, Els,” he said. “In fact, I know you did. At half past three to be precise.”
30

“No, sir,” said Els, “I was relieved.”

“Relieved?”
35

“Yes, sir, by a large black-haired konstabel who had left his revolver at the station.”

“By a large black-haired konstabel who had left his revolver at the station?” the Kommandant repeated slowly, wondering where the trap was.
40

“That's right. That's what he told me, sir. That he had left his revolver at the station. He asked to borrow mine.”
45

“He asked to borrow yours?”

“Yes, sir.”
50

Kommandant van Heerden mulled this statement over in his mind before going on. He had to admit that it had the ring of utility about it.
55

“Would you be able to identify this large black-haired Konstabel again if you saw him?” he asked.
60

de la responsabilidad. ¿Quién, preguntarían, había permitido que un maniaco homicida como Els pudiera tener en sus manos un rifle de matar elefantes de varios cañones y le había dado permiso para usarlo?

Sopesando las diversas deudas que había contraído con el Konstabel Els y las desagradables posibilidades que amenazaban su carrera, el Kommandant tomó una rápida decisión.

—Els —dijo quedamente, sentándose tras el escritorio—. Quiero que piense bien antes de contestar a la pregunta siguiente: Piénselo con toda la calma posible.

El Konstabel Els alzó la vista nervioso. No le gustaba el tono de voz del Kommandant.

—¿Qué hora era cuando abandonó usted su puesto a la entrada del recinto ayer por la tarde? —continuó el Kommandant.

—Yo no abandoné mi puesto, señor —aseguró Els.

El Kommandant se estremeció. Aquello era peor de lo que esperaba. El muy idiota iba a decir que había estado allí todo el tiempo.

—Yo creo que abandonó usted su puesto, Els —dijo—. En realidad, sé que lo hizo. A las tres y media, para ser exactos.

—No, señor —dijo Els—. Me relevaron.

—¿Le relevaron?

—Sí, señor, un konstabel alto de pelo negro que se había dejado el revólver en la comisaría.

—¿Un konstabel alto de pelo negro que se había dejado el revólver en la comisaría? —repitió despacio el Kommandant, preguntándose dónde estaría la trampa.

—Eso es. Eso fue lo que me dijo, señor. Que se había dejado el revólver en la comisaría. Me pidió prestado el mío.

—¿Le pidió prestado el suyo?

—Sí, señor.

El Kommandant van Heerden sopesó esta información mentalmente antes de seguir. Hubo de admitir que se apreciaba en ella el sello de la utilidad.

—¿Sería usted capaz de identificar a ese konstabel alto de pelo negro si lo viera? —preguntó.

“Oh yes, sir,” Els said. “He’s sitting in the cellar.”

“Sitting in the cellar, is he?”
5 Kommandant van Heerden glanced out of the window and pondered. Outside Sergeant de Kock was patrolling up and down on the path. Looking out at the Sergeant, the Kommandant began to think he might have a use for him after all. He
10 went to the window and shouted.

“Sergeant de Kock,” he ordered, “I want you in here at the double.”

15 A moment later the Sergeant was standing in front of the Judge’s desk and regretting that he had ever mistaken the Kommandant for a transvestite.

20 “How many times have I told you, Sergeant,” the Kommandant said sternly, “that I will not have my men walking about in untidy uniforms. You’re supposed to set an example too. Look at your uniform, man. It’s disgusting. You’re a **disgrace** to the South African Police.”

disgrace 1 (= *state of shame*) deshonra *f*, ignominia *f*; **to be in disgrace** [*adult*] estar totalmente desacreditado, haber caído en desgracia; [*pet, child*] estar castigado; **to bring disgrace on** deshonrar 2 (= *shameful thing*) vergüenza *f*; **it’s a disgrace** es una vergüenza; **you’re a disgrace!** ¡lo tuyo es una vergüenza!; **to be a disgrace to the school/family** ser una deshonra para la escuela/la familia

30 “Got dirty in the line of duty, sir,” said the Sergeant. “Flipping vulture died on me, sir.”

“Birds of a feather, Sergeant de Kock, stick together,” said the Kommandant.

35 “Very funny, I’m sure, sir,” said the Sergeant unpleasantly.

“Hm.” said the Kommandant. “Well, as far as I’m concerned, it’s inexcusable.”

40 “I didn’t choose to be there.”

45 “Don’t make excuses. I didn’t choose to be where I was just now, and I didn’t notice any consideration on your part for my state, so you needn’t expect any from me. Get out of that filthy uniform at once. Konstabel Els, fetch the prisoner.”

50 As the Sergeant undressed, the Kommandant continued to lecture him, and by the time he was out of his uniform, he had learnt a great deal about himself that he would have preferred to have remained ignorant about.

55 “And what do you think I’m going to wear back to the barracks?” he asked.

60 Kommandant van Heerden tossed him the rubber nightdress. “Try this for size,” he snarled.

—Oh, sí, señor —dijo Els—. Está sentado abajo en el sótano.

—Así que sentado en el sótano, ¿eh? — el Kommandant van Heerden miró por la ventana, caviloso. Fuera patrullaba por el camino, subiendo y bajando, el sargento de Kock. Contemplando al sargento, el Kommandant empezó a pensar que podría tener una utilidad para él después de todo. Se asomó a la ventana y gritó:

—Sargento de Kock —ordenó—, acérquese ahora mismo a paso ligero.

Al cabo de un momento, el sargento estaba plantado ante el escritorio del juez, lamentando haber confundido al Kommandant con un travesti.

—¿Cuántas veces le he dicho a usted, sargento —comenzó con aspereza el Kommandant—, que no estoy dispuesto a que mis hombres anden por ahí con los uniformes sucios y arrugados? Usted tiene que dar ejemplo, además. Fíjese en ese uniforme que lleva. Es repugnante. Es usted una **vergüenza** para la policía de Sudáfrica.

—Me ensucié en el cumplimiento del deber, señor —se disculpó el sargento—. Se me murió encima un buitre, señor.

—Dios los cría y ellos se juntan, sargento de Kock —sentenció el Kommandant.

—Muy divertido, señor —dijo irritado el sargento.

—Mmmmm —prosiguió el Kommandant—. Bueno, a mi modo de ver, es imperdonable.

—Yo no decidí estar allí.

—No invente excusas. Yo no elegí estar donde estaba tampoco, y no vi que tuviese usted en cuenta en ningún momento mi situación, así que no tiene por qué esperar nada de mí. Quítese inmediatamente ese uniforme asqueroso. Konstabel Els, traiga al preso.

Mientras el sargento se desvestía, el Kommandant continuó con su conferencia, y cuando acabó de quitarse el uniforme sabía muchísimo más de sí mismo, muchas cosas que habría preferido seguir ignorando.

—¿Y qué voy a ponerme para volver a la comisaría? —preguntó.

El Kommandant van Heerden le tiró el camisón de goma. —Pruébese eso, a ver si le sirve —masculló.

“You don’t expect me to go down into town wearing this?” Sergeant de Kock asked incredulously. The Kommandant
5 nodded.

“What’s good for the goose ...” he said smugly.

“I’m not going to be made the laughing-
10 stock of the barracks,” the Sergeant insisted.

“Nobody will know who you are. You’ll be wearing this as well,” and the
15 Kommandant gave him the hood.

Sergeant de Kock hesitated miserably. “I don’t know...” he said.

“I bloody well do,” yelled the
20 Kommandant. “Get into those clothes. That’s an order,” and as the Sergeant, bowing before his wrath, squeezed himself into the revolting garments and wondered how he would explain his presence in them
25 to his wife, the Kommandant continued, “You’re incognito now, Sergeant, and provided you keep your trap shut, you’ll stay that way.”

“I sure as hell won’t,” said the Sergeant.
30 “I’ll be out of the fucking things as quick as I can. I don’t know how the hell you expect me to keep discipline when you make me look bloody ridiculous.”

“Nonsense,” said the Kommandant.
35 “That hood is a perfect disguise. You ought to know that. And another thing, you keep quiet about what you’ve seen and I’ll keep my mouth shut about you. Right?”

40 “I suppose it will have to be.”

In the next few minutes Sergeant de Kock learnt that he had never so much as
45 seen a vulture and that he hadn’t visited Jacaranda Park. He had, it seemed, been away on compassionate leave visiting his sick mother. The fact that his mother had died ten years before didn’t seem worth mentioning. With the knowledge that he
50 would be known for the rest of his life as Rubber Cock unless he did what he was told, the Sergeant didn’t feel he was in any position to argue with the Kommandant.

The Bishop of Barotseland had reached
55 much the same conclusion. The whole thing was a mistake, and the police would soon discover their error, he told himself as Konstabel Els frogmarched him up to the study. He was delighted to find the
60 Kommandant in a much friendlier state of

—¿No esperará usted que baje a la ciudad con eso puesto? —dijo, incrédulo, el sargento de Kock. El Kommandant asintió.

—Lo que es bueno para el pato... —insinuó.

—No estoy dispuesto a ser el hazmerreír del cuerpo de policía —insistió el sargento.

—Nadie sabrá quién es usted. También llevará usted puesto esto —y el Kommandant le dio la capucha.

El sargento de Kock vacilaba angustiado. —No sé... —decía.

—¡Yo sí que lo sé! —gritó el Kommandant—. Póngase esa ropa. Es una orden.

Y mientras el sargento, cediendo ante su cólera, se ponía aquellas prendas repugnantes y se preguntaba cómo podría explicarle su presencia dentro de ellas a su esposa, el Kommandant prosiguió:

—Ahora va usted de absoluto incógnito, sargento, y si mantiene usted la boca cerrada, nadie se enterará, aunque siga usted con ese atuendo.

—Por supuesto que no —dijo el sargento—. No seguiré así. Me quitaré estas cosas repugnantes en cuanto pueda. No sé cómo demonios piensa usted mantener la disciplina si me convierte en el hazmerreír de todos.

—Tonterías —dijo el Kommandant—. La capucha es un disfraz perfecto. Debería usted saberlo bien. Y otra cosa, mucho cuidado con explicar por ahí lo que ha visto; yo no diré tampoco nada de usted. ¿De acuerdo?

—Supongo que así tendrá que ser.

En los minutos siguientes, el sargento de Kock supo que nunca jamás había visto un buitre y que no había visitado Jacaranda Park. Había estado, al parecer, en un permiso de caridad filial, visitando a su madre enferma. El que su madre hubiera muerto hacía diez años era algo que, al parecer, no merecía la pena mencionar. Era seguro que sería el hazmerreír del cuerpo durante el resto de su vida, a menos que hiciera lo que le decían. El sargento no creía estar en posición de discutir con el Kommandant.

El obispo de Barotselandia había llegado a una conclusión muy parecida. Todo aquello era un error, y la policía descubriría pronto su error, se decía mientras el Konstabel Els le conducía al despacho a buen paso. Le complació mucho hallar al Kommandant, que parecía hallarse en un estado de ánimo mucho

mind than he had been earlier in the day.

“You can take the handcuffs off him, Els,” said the Kommandant. “Now then, Mr Hazelstone,” he continued when this
5 had been done. “We just want to make a little experiment. It concerns this uniform.” He held Sergeant de Kock’s bloodstained tunic up. “We have reason to believe that the man responsible for
10 the murders yesterday was wearing this uniform. I just want you to try it on for size. If it doesn’t fit you, and I don’t for one moment suppose that it will, you will be free to leave here.”

15 The Bishop looked at the uniform doubtfully. It was clearly several sizes too small for him.

20 “I don’t suppose I could get into it,” he said.

“Well, just put it on and we’ll see,” said the Kommandant encouragingly and the Bishop climbed into the uniform. In the
25 corner a grim figure in a nightdress and hood smiled to itself. Sergeant de Kock had begun to see daylight.

30 Finally, the Bishop was ready to prove his innocence. The trousers were too short by a foot. The fly wouldn’t do up and the arms of the tunic just covered his elbows. It was obvious that he had never worn the uniform before. He could hardly move in the thing.

35 He turned cheerfully to the Kommandant. “T here you are,” he said. “I told you it wouldn’t fit.”

40 Kommandant van Heerden put the Sergeant’s cap on his head where it perched precariously. Then he stood back and regarded him appreciatively.

45 “Just one more thing,” he said. “We’ll have to have an identity parade.”

50 Five minutes later the Bishop was standing in a row of twenty policemen while Konstabel Els walked slowly down the line. For the sake of verisimilitude, Els chose to hesitate in front of several other men before finally halting before the Bishop.

55 “This is the man who relieved me, sir,” he said emphatically. “I’d know him anywhere. I never forget a face.”

60 “You’re quite sure about it?” the

más amistoso que el del día anterior.

—Puede usted quitarle las esposas, Els — dijo el Kommandant—. Bueno, veamos, señor Hazelstone —continuó, una vez hecho eso—. Sólo queremos hacer un pequeño experimento. Con este uniforme.

Y alzó la guerrera del uniforme del sargento de Kock, manchada de sangre.

—Tengo razones para creer —continuó el Kommandant— que el responsable de los asesinatos de ayer llevaba este uniforme. Sólo quiero que se lo pruebe usted para ver si es su talla. Si no lo es, y no es que yo piense ni mucho menos que lo sea, tendrá usted libertad para irse de aquí.

El obispo miró titubeante el uniforme. Era patente que necesitaba una talla bastante mayor.

—No creo que pueda ponérmelo —dijo.

—Bueno, usted póngaselo y veremos —dijo el Kommandant, alentándole, y el obispo se puso el uniforme. En el rincón una figura lúgubre de camisón y capucha sonreía para sí. El sargento de Kock había empezado a ver la luz.

El obispo podía, por fin, demostrar su inocencia. Los pantalones le quedaban demasiado cortos, le faltaban por lo menos treinta centímetros. No podía abotonarse la bragueta y las mangas de la guerrera le llegaban a los codos. Era evidente que nunca jamás había utilizado aquel uniforme. Apenas podía moverse con él puesto.

El obispo se volvió muy satisfecho al Kommandant.

—Ve, ve usted —dijo—. Ya le dije yo que no me cabía.

El Kommandant van Heerden le puso en la cabeza la gorra del sargento y allá quedó precariamente encaramada. Luego, retrocedió y le miró calculadoramente.

—Sólo falta una cosa —dijo—. Haremos una identificación en regla.

A los cinco minutos, el obispo se hallaba en una hilera de veinte policías, que el Konstabel Els iba recorriendo lentamente. Para que resultase más verosímil, Els decidió dudar frente a varios hombres antes de detenerse finalmente delante del obispo.

—Éste fue el hombre que me relevó, señor —exclamó enfáticamente—. Le conocería en cualquier parte que le viera. Yo nunca olvido una cara.

—¿Está usted completamente seguro de eso?

Kommandant asked.

“Positive, sir,” said Els.

5 “Just as I thought,” said the Kommandant. “Put the handcuffs on the swine.”

10 Before he knew what was happening the Bishop was manacled once more and being bundled into the back of a police car. Beside him, hooded and hot, sat the grim figure from the study.

15 “It’s a lie. It’s a mistake,” the Bishop shouted as the car began to move off. “I’ve been framed.”

20 “You can say that again,” murmured the figure in the hood. The Bishop looked at it. “Who are you?” he asked.

25 “I’m the executioner,” said the hooded man and chuckled. In the back of the police car the Bishop of Barotseland fainted.

30 On the front steps of Jacaranda House, Kommandant van Heerden was giving his orders. They were quite explicit. Find, restrain and transfer Miss Hazelstone to Fort Rapier Lunatic Asylum. Find, collect, and transfer every lethal weapon in Jacaranda House to the police armoury. Find, collect and transfer every piece of rubber including bathmats and raincoats to the Piemburg Police Station. In short, collect every piece of evidence and get the hell out. No, the Bubonic Plague and Rabies noticeboards could be left up. They were relevant, and if anything understated the dangers Jacaranda Park held for visitors. From now on Kommandant van Heerden was going to conduct the case from a more secure base. His headquarters would be in Piemburg Prison itself where Jonathan Hazelstone couldn’t get out, and more important, his sister couldn’t get in. And get that damned hypodermic syringe out of his sight. He’d seen enough hypodermics to last a lifetime.

55 As the men dispersed to carry out his orders, the Kommandant called Konstabel Els back.

“Very good, Els,” he said charitably. “There was only one little mistake you made.”

60 “Mistake? What was that?”

—preguntó el Kommandant.

—Del todo, señor —dijo Els.

—Justo lo que yo pensaba —dijo el Kommandant—. Pónganle las esposas a ese cerdo.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, el obispo estaba esposado una vez más y le metían de nuevo en la parte trasera de un coche celular. A su lado, sudando y encapuchado, iba un lúgubre personaje, el mismo del rincón del despacho.

—¡Es mentira! ¡Es un error! —gritaba el obispo mientras el coche se ponía en marcha—. Me han tendido una trampa.

—Y que lo diga —murmuró el personaje de la capucha.

El obispo se volvió hacia él.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Yo soy el verdugo —dijo el hombre encapuchado, y se echó a reír.

El obispo de Barotselandia se desmayó en el asiento trasero del coche celular.

El Kommandant van Heerden estaba en la escalera de entrada de la mansión de Jacaranda Park, dando órdenes. Se trataba de órdenes muy explícitas. Localizar, detener y trasladar a la señorita Hazelstone al manicomio de Fort Rapier. Localizar, reunir y trasladar al arsenal de la policía todas las armas mortíferas que pudiera haber en la mansión de Jacaranda Park. Localizar, reunir y trasladar todos los artículos de goma, alfombrillas de baño, impermeables incluidos, a la comisaría de policía de Piemburgo. Reunir, en suma, todas las pruebas y poner al descubierto todo el pastel. No, los carteles de la peste bubónica y de la rabia se podían dejar allí donde estaban. Tenía su sentido nacerlo así, y en cualquier caso no exageraban en modo alguno los peligros que acechaban a los que visitasen Jacaranda Park. En el futuro, el Kommandant van Heerden pensaba dirigir el caso desde una base más segura. Instalaría su cuartel general en la propia cárcel de Piemburgo, de donde Jonathan Hazelstone no podía salir y, aún más importante, su hermana no podría entrar. Y dijo que apartasen aquella maldita jeringuilla hipodérmica de su vista. No quería volver a ver una jeringuilla en su vida.

Cuando los hombres se dispersaban para cumplir sus órdenes, el Kommandant llamó otra vez al Konstabel Els.

—Muy bien, Els —dijo, bondadosamente—. Cometió usted sólo un pequeño error.

—¿Error? ¿Qué error?

The Kommandant smiled. "It wasn't a konstabel who took over from you at the gate, it was a sergeant."

5 "Oh yes, so it was. I remember now. A sergeant."

10

15

Chapter 13

The prison in Piemburg is situated on the edge of town. It is old and looks from the outside not altogether unattractive. An air of faded severity lingers about its stuccoed walls. Above the huge iron doorway are printed the words "Piemburg Tronk and Gaol", and the door itself is painted a cheerful black. On either side the barred windows of the administrative block break the monotony of the walls whose heights are delicately topped with cast-iron cacti which give the whole building a faintly horticultural air. The visitor to Piemburg who passes the great rectangle of masonry might well imagine that he was in the neighbourhood of some enormous kitchen garden were it not for the frequent and persistent screams that float up over the ornamental ironwork and suggest that something more voracious than a Venus Flytrap has closed upon a victim.

Inside the impression is less deceptive. Opened by Sir Theophilus in 1897, the Viceroy had complimented the architect in his speech at the unveiling of the flogging post for "creating in this building a sense of security it is hard to find in the world today", a remark which, coming as it did from a man in whom a sense of insecurity was so manifest, spoke for itself. Sir Theophilus' enthusiasm was not shared by most of the people who entered Piemburg Prison. Notorious throughout South Africa for the severity of its warden, Governor Schnapps, it had the reputation for being escape-proof and having the fewest recidivists.

55 If the prison was escape-proof, the Maximum Security Block was doubly so. Set near the execution shed which was appropriately nicknamed Top, the Security block huddling half underground was known as Bottom.

60

El Kommandant sonrió.

—No fue un konstabel el que le relevó a usted a la entrada, fue un sargento.

—Oh sí, claro. Ahora caigo. Fue un sargento.

13

La cárcel de Piemburgo se halla situada a las afueras de la población. Es vieja y no resulta demasiado fea vista desde fuera. Impregna sus paredes estucadas un aire de rancia severidad. Encima del inmenso portón de hierro están escritas las palabras «Calabozo y prisión de Piemburgo», y la puerta propiamente dicha pintada de un alegre color negro. A ambos lados, las ventanas enrejadas del edificio de oficinas rompen la monotonía de las paredes delicadamente coronadas con cactus de hierro forjado que dan a todo el edificio un aire vagamente horticultícola. Los que visitan la ciudad y pasan ante el gran rectángulo de albañilería pueden suponer con razón que se hallan en las proximidades de un enorme huerto, si no fuese por los frecuentes y persistentes gritos que brotan del hierro forjado ornamental y sugieren que ha cerrado su boca sobre una víctima algo más voraz que un atrapamoscas.

En el interior, la impresión es menos engañosa. Inaugurada por Sir Theophilus en 1897, el virrey felicitó al arquitecto en su discurso al descubrir el poste de flagelación por «crear en este edificio una sensación de seguridad que es difícil de encontrar hoy en el mundo», comentario que, procediendo como procedía de un hombre en el que era tan manifiesta la sensación de inseguridad, hablaba por sí solo. La mayoría de la gente que ingresaba en la prisión de Piemburgo no compartía el entusiasmo de Sir Theophilus. Famosa en toda Sudáfrica por la severidad de su director, el alcaide Schnapps, tenía también fama de que era imposible fugarse de ella y de que era la que contaba con el menor número de reincidentes.

Si la prisión era a prueba de fugas, el edificio de seguridad máxima lo era por partida doble. Este bloque de seguridad estaba situado junto al lugar donde se efectuaban las ejecuciones y donde se alzaba el viejo patíbulo.

The Bishop could find no fault with the name. "I can see it's the bottom," he said to the warder who pushed him into his tiny cell. "I don't have to be told."

5 "I could tell you a few other things," said the warder through the grille.

10 "I'm sure you could," said the Bishop hastily. His experience with the hooded man in the car had taught him not to ask unnecessary questions.

15 "I have always kept this cell for murderers," the warder continued. "It's convenient for the door, you see."

20 "I should have thought that was a disadvantage with prisoners who have such strong motives to escape," the Bishop said, reconciling himself to the thought that he was a captive audience.

25 "Oh, no. They didn't escape. It made it easy to take them across to Top. We rushed them along the passage and up the steps and they were gone before they knew it."

30 The Bishop was relieved to hear this. "I am glad you put so much emphasis on the past," he said. "I gather there hasn't been a hanging for some time."

35 "Not for twenty years. Not in Piemburg, that is. They hang them all in Pretoria these days. Taken all the fun out of life."

40 The Bishop was just considering the dreariness of a life that found hangings fun when the warder went on, "Mind you, it will be different in your case. You're a Hazelstone and you're privileged," the warder said enviously.

45 For once in his life the Bishop was thankful to be a Hazelstone. "Why's that?" he asked hopefully.

50 "You've got the right to be hanged in Piemburg. It's something to do with your grandfather. Don't know what, but I'll see if I can find out for you," and he went down the passage and left the Bishop cursing himself for asking yet another silly question. As he paced his cell he heard the sound of vehicles outside and peering out through the tiny barred window saw that 55 the Kommandant had arrived.

60 The Kommandant had taken the precaution of driving down from Jacaranda House in an armoured car and was busy explaining to Governor Schnapps that he

—No es un espectáculo alentador —comentó el obispo al guardián que le metió en su pequeña celda.

—Podría contarle a usted algunas cosas de ese patíbulo —dijo el guardián a través de la rejilla.

—De eso estoy seguro —se apresuró a decir el obispo. Su experiencia con el individuo encauchado del coche le había enseñado a no hacer preguntas innecesarias.

—Siempre he reservado esta celda para los asesinos —continuó el guardián—. Es muy adecuada para ellos, por la puerta, ¿comprende?

—Pues yo había pensado que era una desventaja en el caso de presos que han de tener motivos tan poderosos para querer fugarse —dijo el obispo, resignándose a la idea de que era ya un oyente cautivo.

—Oh, no, no escapaban. Resultaba más fácil para trasladarles luego al lugar de la ejecución. Les llevábamos por el corredor, subíamos la escalera y, antes de que se dieran cuenta, estaban ya allí.

El obispo se sintió aliviado al oír esto. —Me alegra que utilice usted el pasado —dijo—. Tengo entendido que hace mucho que no se ahorca a nadie.

—Veinte años. En Piemburgo, claro. Ahora los ahorcan a todos en Pretoria. Están acabando con todas las alegrías de la vida.

El obispo estaba considerando el horror de una vida en la que los ahorcamientos significaban una alegría, cuando el guardián prosiguió:

—No se preocupe, en su caso será distinto. Usted es un Hazelstone, es un privilegiado —dijo envidioso el guardián.

Por una vez en su vida, el obispo dio gracias por ser un Hazelstone.

—¿Por qué lo dice? —preguntó, esperanzado.

—Tiene usted derecho a que le ahorquen en Piemburgo. Es por algo relacionado con su abuelo. No sé la razón, pero veré si puedo enterarme para decírselo —y se fue pasillo adelante, dejando al obispo maldiciéndose por haber hecho otra pregunta estúpida. Mientras paseaba por su celda, oyó fuera ruido de vehículos y atisbo por la ventanita enrejada y vio que había llegado el Kommandant.

El Kommandant había tenido la precaución de bajar de Jacaranda Park en un coche blindado, y estaba explicándole afanosamente al alcaide Schnapps que se hacía cargo de

was taking over his office.

“You can't do that,” the Governor protested.

5 “Can and will,” said the Kommandant. “Got Emergency Powers. Now then if you'll be good enough to show me where your office is, I'll have my camp bed
10 moved in and we can get down to business.”

And leaving the Governor to write a letter of complaint to Pretoria, the
15 Kommandant installed himself in Schnapps' office and sent for Konstabel Els.

20 “Where's Luitenant Verkramp?” he asked. “That's what I want to know.”

For once Konstabel Els was better informed. “He's in hospital,” he said. “Got himself wounded up at the gate.”

25 “That fellow shot him, did he? Deserves a medal.”

30 Els was surprised. What he had seen of Luitenant Verkramp's courage didn't seem to him to warrant a medal.

“Who? Verkramp?” he asked.

35 “No, of course not. The fellow who shot him.”

“He didn't get shot,” said Els. “Threw himself into a ditch.”

40 “Typical,” said the Kommandant. “Anyway, I want you to go and fetch him from the hospital. Tell him he's got to interrogate the prisoner. I want a full confession and quick.”

45 Konstabel Els hesitated. He was not anxious to renew his acquaintance with the Luitenant.

50 “He won't take orders from me,” he said. “Besides he may have hurt himself seriously falling into that ditch.”

55 “I wish I had your optimism, Els,” said the Kommandant, “but I doubt it. The swine's malingering.”

“Why not leave him where he is? I don't mind getting a confession out of the prisoner.”

60 The Kommandant shook his head. The

su despacho.

—No puede usted hacerlo —protestaba el alcaide.

—Puedo hacerlo y lo haré —dijo el Kommandant—. Tengo Poderes Especiales: se ha declarado situación de emergencia. Veamos, tenga usted la bondad de indicarme dónde está su despacho. Haré que trasladen allí mi lecho de campaña y así podremos empezar a trabajar en este asunto.

Y, dejando al alcaide escribiendo una carta de queja a Pretoria, el Kommandant se instaló en la oficina de éste y mandó llamar al Konstabel Els.

—¿Dónde está el Luitenant Verkramp? —preguntó—. Eso es lo que quiero saber.

Por una vez, el Konstabel Els estaba mejor informado.

—Está en el hospital —dijo—. Resultó herido allá en la entrada del Parque.

—Le hirió el tipo ése, ¿verdad? Se merece una medalla.

Els se quedó sorprendido. Las pruebas de valor que había visto del Luitenant Verkramp no le parecían dignas de medallas.

—¿Quién? ¿Verkramp? —preguntó.

—No, por supuesto que no. El tipo que le hirió.

—Pero si no le hirieron —dijo Els—. Se tiró él mismo en un foso.

—Típico —dijo el Kommandant—. En fin, quiero que vaya usted al hospital y me lo traiga aquí. Dígale que tiene que interrogar al preso. Quiero una confesión completa y rápida.

El Konstabel Els vaciló. No estaba precisamente ansioso por renovar su relación con el Luitenant.

—No aceptará órdenes mías —dijo—. Además, quizá se haya causado heridas graves al caer en aquel foso.

—Ojalá fuera yo tan optimista como usted, Els —dijo el Kommandant—. Lo dudo. Ese cerdo está fingiéndose enfermo.

—¿Por qué no le deja dónde está? A mí no me importa sacarle la confesión al preso.

El Kommandant movió la cabeza. Era un caso

case was too important to have Els botching it up with his dreadful methods.

“It’s kind of you to offer,” he said, “but I think we’ll leave it to Luitenant Verkramp.”

“There’s gratitude for you,” thought Els, as he went off to fetch Verkramp from the hospital.

He found the Luitenant lying on his stomach taking nourishment through a straw. Verkramp’s back, it appeared, made it impossible to eat in any other position.

“Well?” he asked grumpily when Konstabel Els reported to him. “What do you want?”

“Came to see how you were,” Els said tactfully.

“You can see how I am,” Verkramp answered, regarding Els’ dirty boots with disapproval. “I have been seriously wounded.”

“I can see that,” Els said, grateful that the Luitenant couldn’t study his face. He regretted having peered down into the moat now. “Got you in the back, did he?”

“Came at me from behind,” said the Luitenant who didn’t like the imputation that he had been trying to escape.

“Nasty. Very nasty. Well, you’ll be glad to know we’ve got the bastard. The Kommandant wants you to start interrogating him straight away.”

Verkramp choked on his straw. “He wants what?” he shouted at the Konstabel’s boots.

“He says you’re to come straight away.”

“Well, he can say what he likes, but I’m not budging. Besides,” he added, “the doctors wouldn’t let me.”

“Would you like to tell him yourself?” asked Els. “He won’t believe me.”

In the end a telephone was brought to the Luitenant’s bedside and the Kommandant had a word with him. It was rather more than one word and in the end Luitenant Verkramp was persuaded to report for duty. Short of facing a court martial for cowardice, desertion in the face of the enemy, and incompetence in that he allowed twenty-one policemen under his

demasiado importante para que Els aplicase sus terribles métodos chapuceros.

—Le agradezco su ofrecimiento —dijo—, pero creo que se lo dejaremos para el Luitenant Verkramp.

«Vaya modo de agradecer las cosas», pensó Els, mientras se iba a sacar a Verkramp del hospital.

Encontró al Luitenant tumbado boca abajo tomando alimento a través de una paja. Al parecer, las heridas que tenía en la espalda no le permitían comer en otra posición.

—¿Sí? —preguntó malhumorado cuando se presentó ante él el Konstabel Els—. ¿Qué quiere usted?

—Vine a ver cómo estaba —dijo prudentemente Els.

—Ya ve cómo estoy —contestó Verkramp, mirando críticamente las botas sucias de Els—. Tengo heridas muy graves.

—Ya veo, ya —dijo Els, agradeciendo que el Luitenant no pudiera haberle visto la cara; lamentaba haberse asomado al foso—. Le hicieron en la espalda, ¿verdad?

—Me atacaron por detrás —contestó el Luitenant, al que no le gustaba su insinuación de que había intentado huir.

—Desagradable. Muy desagradable. Bueno, supongo que le agrada saber que hemos detenido a ese cabrón. El Kommandant quiere que empiece usted a interrogarle de inmediato.

Verkramp se atragantó.
—¿Que quiere qué? —gritó hacia las botas del Konstabel.

—Dice que tiene usted que venir inmediatamente.

—Bueno, él puede decir lo que guste, pero yo no puedo moverme. Además —añadió—, los médicos no me dejarían salir del hospital.

—¿No preferiría decírselo usted mismo? —preguntó Els—. A mí no me creerá.

Al final, trajeron un teléfono a la cama del Luitenant y el Kommandant habló unas palabras con él. Fueron bastantes palabras y al final el Luitenant Verkramp se convenció de que tenía que incorporarse al servicio. O, de lo contrario, enfrentarse a un tribunal militar acusado de cobardía, desertión frente al enemigo e incompetencia, una incompetencia que había sido causa de que

command to be slaughtered, there didn't seem much he could do to remain in hospital. Verkramp was in a very ugly mood and not altogether clearheaded when he arrived at the prison to question Jonathan Hazelstone.

It was hardly less ugly than the mood Kommandant van Heerden was in. After a momentary spasm of optimism that the case was as good as closed now that the prisoner was in Bottom, the Kommandant had succumbed to a state of extreme pessimism on learning that Miss Hazelstone was still at large. Since leaving the Park she had not been seen. The police Land Rover had been found abandoned but of Miss Hazelstone there was no trace, and while the Kommandant felt pretty sure she wouldn't break into the prison to renew their acquaintance, he had no doubt that what she might do outside was just as likely to jeopardize his future.

For one thing he couldn't afford to allow her to run about the country telling all and sundry that she had had him trussed to a bed in a rubber nightdress and that he hadn't been man enough to take an injection. He was just consoling himself with the thought that Miss Hazelstone's circle of friends was pretty exclusive, when he remembered that among other assets like gold mines, the Hazelstone family owned the local newspaper, whose editor had never shown any great regard for the police. Kommandant van Heerden had no desire whatsoever to provide copy for the *Natal Chronicle* and the thought of headlines like: "The Tiny Prick. Kommandant in Rubber Nightie says No to Needle", made his blood run cold.

He gave orders that road blocks be set up on all roads leading out of Piemburg and that the homes of all Miss Hazelstone's friends were to be raided. Every hotel and guesthouse in the town was to be checked and plainclothes men were to mingle with the crowds in the shops. Finally, the Kommandant ordered that notices be put up announcing a large reward for information leading to the capture of Miss Hazelstone, but just to make sure that Miss Hazelstone's confessions did not reach the public, he plucked up courage and left the safety of the prison to pay a personal call on the editor of the *Natal Chronicle*.

"I'm acting under Emergency Powers," he told the man, "and I am ordering you to publish nothing Miss

pereciesen veintiún policías a su mando. No podía, pues, permitirse seguir en el hospital. Cuando llegó a la cárcel a interrogar a Jonathan Hazelstone, Verkramp estaba de pésimo humor y no tenía la cabeza despejada del todo.

Pero, de todos modos, su humor no era peor que el del Kommandant van Heerden. Tras un breve arrebató de optimismo, propiciado por la idea de que el caso estaba prácticamente cerrado ahora que tenían al preso en la cárcel, el Kommandant había caído en un estado de pesimismo extremo al enterarse de que la señorita Hazelstone seguía en libertad. Nadie la había visto desde que había abandonado Jacaranda Park. El Land Rover lo habían encontrado abandonado, pero de la señorita Hazelstone no había ni rastro, y, mientras el Kommandant no estuviera bien seguro de que la señorita Hazelstone no irrumpiría en la prisión para reanudar sus relaciones, no le cabía duda alguna de que lo que ella pudiera hacer allí fuera igualmente podría amenazar a su futuro y a su carrera.

Por una parte, el Kommandant no podía permitirse dejarla andar suelta explicando a todo el mundo que le había tenido atado a una cama, vestido con un camisón de goma y que él no había sido lo bastante hombre como para dejarse poner una inyección. Estaba precisamente consolándose con la idea de que el círculo de amistades de la señorita Hazelstone era un círculo muy selecto, cuando recordó que además de otros bienes, como minas de oro, la familia Hazelstone era propietaria del periódico local, cuyo director nunca había mostrado gran respeto por la policía. El Kommandant van Heerden no tenía ninguna gana de proporcionar material informativo al *Natal Chronicle*, y se le helaba la sangre en las venas imaginar titulares como: «El Pollapequeña. El Comandante del camisón de goma dice no a la jeringa.»

Dio orden de que se montaran controles de carretera por todas las vías públicas que salían de Piemburgo y que se registrasen todos los domicilios de todas las amistades de la señorita Hazelstone. Ordenó registrar también todos los hoteles y casas de huéspedes de la población, así que a las masas de compradores de tiendas y almacenes se sumaron numerosos agentes de la policía secreta. Por último, el Kommandant ordenó colocar carteles prometiendo una recompensa cuantiosa para quien facilitase información que permitiese capturar a la señorita Hazelstone, pero, sólo para asegurarse de que las confesiones de la señorita Hazelstone no llegaran al público, reunió el valor suficiente para abandonar la seguridad de la cárcel y hacer una visita personal al director del *Natal Chronicle*.

—Estoy actuando con Poderes Especiales. Se ha proclamado el estado de excepción —le explicó—. Le ordeno que no publique nada que

Hazelstone may submit. In fact, if anything is submitted by her you're to forward it to me unread," and the editor had gone off to cancel Miss Hazelstone's current contributions to the women's page which was called, "How to Convert a Zulu Kraal into a Country Cottage". He read it through to see if there was anything subversive in it, but apart from the recommendation to use latex for loose covers, he couldn't find anything unusual in it. In any case he had his hands full trying to find out how many victims there were in the bubonic plague and rabies epidemics that had apparently hit the community. As far as he had been able to ascertain, the only people exhibiting symptoms of rabies were the Piemburg police.

Throughout the night and the following day the search for Miss Hazelstone continued. Hundreds of plain-clothes men **scoured** the town or hung about indecisively in shops making life difficult for store detectives on the lookout for shoplifters. A number of elderly ladies suddenly found themselves in handcuffs and being driven at high speed in police cars to Fort Rapier Mental Hospital, where several had to be admitted with nervous breakdowns as a result of the experience.

On the roads out of Piemburg queues of cars and lorries waited for hours while policemen ransacked each vehicle. There were particularly tiresome delays on the Durban road where trucks carrying offal from the abattoir to the Jojo Dog and Servant Meat Cannery had to be searched. Since Kommandant van Heerden had impressed upon his men the need to search every square inch of every vehicle no matter how unlikely a hiding-place it seemed to be and since the Jojo trucks contained twenty-five tons of pig brains, ox guts and the inedible and doubtless nutritious entrails of every conceivable diseased animal that contributed its share to the liver and love Jojo promised the dogs and servants, the men at the Durban road search-point had to go to considerable trouble to make **absolutely** sure that Miss Hazelstone was not hiding in the disgusting mess that greeted them every time they stopped one of the lorries. The occupants of the cars piling up behind were astonished to see policemen clad only in bathing-trunks and with facemasks and schnorkels clambering aboard the Jojo lorries and diving into

pueda presentarle la señorita Hazelstone. Y más aún, si llega a sus manos algo escrito por ella, debe entregármelo a mí sin leerlo.

El director del periódico se vio obligado además a paralizar las colaboraciones de la señorita Hazelstone en la página femenina, la última de las cuales se titulaba «Cómo transformar un corral zulú en una casa de campo». El Kommandant lo leyó detenidamente para ver si contenía algo subversivo. Pero, aparte de la recomendación de utilizar cobertores de goma, no pudo hallar nada insólito en aquel escrito. En cualquier caso, el director estaba muy ocupado intentando descubrir cuántas víctimas había de las epidemias de la peste bubónica y rabia que habían invadido, al parecer, a la comunidad. Por lo que había podido averiguar hasta el momento, los únicos que mostraban síntomas de rabia eran los agentes de la policía de Piemburgo.

La búsqueda de la señorita Hazelstone se prolongó durante toda la noche y el día siguiente. Cientos de agentes de la policía secreta **recorrían** la ciudad o vagaban indecisos por tiendas y almacenes planteando graves problemas a los vigilantes de estos establecimientos encargados de controlar a los ladrones. Muchas señoras de edad se vieron de pronto esposadas y conducidas a gran velocidad en coches celulares al manicomio de Fort Rapiers, donde hubieron de quedar ingresadas varias de ellas con crisis nerviosas como resultado de la experiencia.

En las carreteras que salían de Piemburgo, las caravanas de coches y camiones se prolongaron durante horas, mientras los policías registraban todos los vehículos. Hubo retrasos particularmente tediosos en la carretera de Durban, donde hubo que revisar los camiones que llevaban restos del matadero de la empresa enlatadora de carne Jojo, especializada en alimentos para perros y criados. Como el Kommandant van Heerden había insistido mucho en la necesidad de que todos los vehículos fueran revisados meticulosamente y centímetro a centímetro, por muy improbable que pareciese el que se ocultase en ellos la señorita Hazelstone, y dado que los camiones de la empresa enlatadora transportaban veinticinco toneladas de sesos de cerdo, vísceras de buey y las entrañas incomedibles y dudosamente nutritivas de todos los animales enfermos imaginables que aportaban su cuota a los manjares que la empresa preparaba para perros y criados, los agentes del puesto de control de la carretera de Durban tuvieron que superar considerables obstáculos para asegurarse plenamente de que la señorita Hazelstone no estaba oculta entre aquella masa repugnante que les aguardaba cada vez que paraban uno de los camiones. Los ocupantes de los coches que hacían cola detrás se quedaron asombrados al ver a unos policías ataviados sólo con trajes de baño, gafas de bucear y tubos de respiración

scour **1** **1** a cleanse or brighten by rubbing, esp. with soap, chemicals, sand, etc. **b** (usu. foll. by *away, off*, etc.) clear (rust, stains, reputation, etc.) by rubbing, hard work, etc. (*scoured the slur from his name*). **2** (of water, or a person with water) clear out (a pipe, channel, etc.) by flushing through. **3** *hist.* purge (the bowels) drastically.
scour **1** [*floor*] fregar, restregar (*esp LAm*) **2** (= *search*) registrar; *we scoured the countryside for him* hicimos una batida por el campo buscándole

5 piles of semi-liquid meat so enormous that even the late and unlamented vulture would have been put off its feed. The policemen who finally emerged from their prolonged and fruitless search were hardly a sight to reassure the citizens of Piemburg that the police were looking after their interests, and faced with the prospect of so thorough a search a good many motorists decided to cancel the trips they were making and go quietly home. Those that stayed had the upholstery of their cars irremediably stained by the half-naked and bloodsoaked cops who climbed in and poked under seats and inside glove compartments for the elusive Miss Hazelstone.

20 In the meantime the homes of Miss Hazelstone's friends were being searched with equal thoroughness, and a good many people, who had boasted of an acquaintanceship with her which they had never enjoyed, found that Miss Hazelstone's friendship carried with it some awesome consequences, not the least of which was the knowledge that they were suspected of harbouring a wanted criminal.

30 In spite of all these drastic measures, Miss Hazelstone remained at large and cheerfully unaware that she was the object of such a meticulous manhunt.

35 After driving the police Land Rover through the gates of Jacaranda Park she had followed the main road to town, had parked the car in the main street, and had walked into the Police Station to give herself up.

40 "I'm Miss Hazelstone of Jacaranda Park, and I've come here to be arrested," she said to the elderly Konstabel on duty at the desk, who was in fact one of the post-operative cases Kommandant van Heerden had insisted return to duty. Missing his gall bladder and the lower portion of his intestines, he had not lost his wits as well, and he had been in the police long enough to have got used to the queer customers who came in regularly to make false confessions. He looked the old gentleman in the salmon-pink suit up and down for a minute before replying.

55 "Oh yes," he said sympathetically. "So you're Miss Hazelstone are you, sir? And what do you want to be arrested for?"

"I've murdered my cook."

60 "Lucky to have one to murder," said the

que subían a bordo de los camiones y se sumergían en las pilas de carne semilíquida, tan nauseabundas que hasta el difunto y nada llorado buitre las habría rechazado como alimento. Los policías que afloraban al fin de su prolongada e infructuosa búsqueda, no eran en modo alguno una visión tranquilizadora que convenciese a los ciudadanos de Piemburgo de que la policía estaba velando por sus intereses, y, ante la perspectiva de unos registros tan meticulosos, buen número de automovilistas decidieron suspender el viaje que habían emprendido y volver sigilosamente a casa. Los que se quedaron, acabaron con la tapicería de los coches irremediablemente embadurnada por obra de los policías semidesnudos y cubiertos de sangre que entraron a investigar debajo de los asientos y dentro de las guanteras en busca de la escurridiza señorita Hazelstone.

Entretanto, fueron registrados con la misma meticulosidad los domicilios de las amistades de la señorita Hazelstone, y muchas personas que se habían ufano de mantener una relación con ella, que de hecho nunca habían tenido, descubrieron que la amistad de la señorita Hazelstone traía consigo ciertas consecuencias embarazosas, una de las cuales, y no la menor, era la de pasar a ser considerado sospechoso de dar cobijo a una criminal perseguida por la justicia.

A pesar de todas estas medidas drásticas, la señorita Hazelstone seguía en libertad y alegremente ignorante de que fuese objeto de una persecución tan encarnizada.

Cuando salió de Jacaranda Park con el Land Rover de la policía, siguió la carretera principal hasta la población, aparcó el vehículo en la calle principal y se dirigió a la comisaría de policía con el fin de entregarse.

—Soy la señorita Hazelstone, de Jacaranda Park; y vengo a que me detenga —le dijo al viejo konstabel que estaba de guardia, precisamente uno de los recién operados a los que el Kommandant van Heerden había obligado a reincorporarse al servicio. El policia, que había perdido la vesícula y la parte inferior de los intestinos en la operación, no había perdido el juicio y llevaba tiempo suficiente en el cuerpo policial como para haber llegado a acostumbrarse a los extraños individuos que aparecían con regularidad a hacer confesiones falsas. El konstabel examinó al viejo caballero del traje rosa salmón durante un minuto, antes de contestar.

—Vaya, vaya —dijo, comprensivo—. ¿Es usted la señorita Hazelstone, verdad, caballero? ¿Y por qué quiere que le detengan?

—He asesinado a mi cocinero.

—Es una suerte tener uno para poder

gall 1 *n.* 1sl. impudence. 2 asperity, rancour. 3 bitterness; anything bitter (*gall and wormwood*). 4 the bile of animals. 5 the gall-bladder and its contents.

gall 2 1a sore on the skin made by chafing. 2 a mental soreness or vexation. b a cause of this. 3 a place rubbed bare.

— *v.tr.* 1 rub sore; injure by rubbing. 2 vex, annoy, humiliate.

gall 3 *n.* 1 a growth produced by insects or fungus etc. on plants and trees, esp. on oak. 2 (*attrib.*) of insects producing galls (*gall-fly*).

gall (sl.) descaro, morro, jeta, cara

gall 1 : molestar, irritar to fret and wear away by friction : CHAFE <the loose saddle *galled* the horse's back> <the *galling* of a metal bearing> 2 : IRRITATE, VEX <sarcasm *galls* her> *intransitive verb*

1 : to become sore or worn by rubbing 2 : SEIZE 1 descaro a: BILE; *especially* : bile obtained from an animal and used in the arts or medicine b : something bitter to endure c : bitterness of spirit : RANCOR 2 : brazen boldness coupled with impudent assurance and insolence 60 synonym see TEMERITY

old Konstabel. "My old woman cooks for me and if the state of my insides or what remains of them is anything to go by, she's been trying to murder me for years, and it's only thanks to the miracles of modern surgery that she hasn't bloody well succeeded. Do you know," he went on confidentially, "it took the surgeons four hours to cut away all the rotten stuff there was in me. They took my gall bladder and then my..."

"I have not come here to discuss the state of your health," Miss Hazelstone snapped. "It's not of the slightest interest to me."

Konstabel Oosthuizen wasn't amused. "If that's the way you want it," he said, "that's the way it's going to be. Now hop it."

Miss Hazelstone wasn't going to be brushed off so easily. "I have come here to be arrested for murder," she insisted.

Konstabel Oosthuizen looked up from the medical dictionary he had been reading. "Look," he said, "you've just told me you're not interested in my physical condition. Well, I'm bloody well not interested in your mental state either. So shove off."

"Are you telling me you refuse to arrest me?"

Konstabel Oosthuizen sighed. "I'll arrest you for loitering if you don't get out of here double quick," he said.

"Good, that's what I've come for," Miss Hazelstone sat down on a bench against the wall.

"You're making a bloody nuisance of yourself, that's what you're doing. All right come on down to the cells," and leading the way down to the basement he locked her in. "Give me a shout when you want to come out," he said, and went back to read about diseases of the intestinal tract. He was still so engrossed in his own pathology when he went off duty that he forgot to mention her presence in the cells to the konstabel who relieved him, and she was still sitting quietly in her rubber suit next morning when he came on duty once more.

It wasn't until mid-morning that he remembered that the old gent was still down in the cells, and he went down to let him out.

asesinarlo —dijo el viejo konstabel—. Mi vieja es la que me hace a mí la comida, y si el estado de mis tripas o de lo que queda de ellas demuestra algo, es que lleva años intentando asesinarme. Y si no lo ha conseguido, es sólo gracias a los milagros de la cirugía moderna. Los cirujanos —continuó confidencialmente—, sabe usted, tardaron cuatro horas en eliminar todo el material podrido que tenía dentro. Me quitaron la vesícula y luego...

—No he venido a hablar de su salud —masculló la señorita Hazelstone—. No me interesa lo más mínimo.

Esto no le agradó nada al Konstabel Oosthuizen. —Si se pone usted en este plan —dijo—, de acuerdo. Lárguese.

La señorita Hazelstone no estaba dispuesta a que la echasen tan fácilmente.

—He venido a que me detengan por asesinato —insistió.

El Konstabel alzó la vista del diccionario médico que había estado leyendo.

—Mire —dijo—. Acaba de decirme que no le interesa nada mi salud. Pues bien, a mí no me interesa nada tampoco su estado mental. Así que lárguese.

—¿Quiere decir con eso que se niega a detenerme?

El Konstabel Oosthuizen suspiró.

—La detendré a usted por vagancia si no sale de aquí rápido.

—Bueno, a eso he venido, a que me detengan —la señorita Hazelstone se sentó en un banco que había pegado a la pared.

—Está usted molestando y fastidiando, ¿se ha enterado? Muy bien, vamos abajo a las celdas —y se levantó y se encaminó hacia el sótano y la encerró allí—. Cuando quiera salir, déme una voz —dijo, y volvió arriba a seguir leyendo sobre enfermedades del tracto intestinal. Cuando terminó el servicio estaba aún tan ensimismado en su propia patología, que se olvidó de mencionar la presencia del nuevo preso al agente que le relevó, así que la señorita Hazelstone seguía allí sentada muy tranquila con su traje de goma, cuando se incorporó de nuevo al servicio a la mañana siguiente.

Hasta media mañana no recordó que aún seguía abajo a aquel señor mayor. Bajó a sacarle.

“Had enough?” he asked, unlocking the door.

—¿Ha tenido ya bastante? —preguntó, abriendo la puerta.

“Have you come to question me?” Miss Hazelstone asked hopefully. She had been looking forward to third degree.

—¿Viene usted a interrogarme? —preguntó esperanzada la señorita Hazelstone. Estaba deseosa de que la sometieran al tercer grado.

“I haven't come to bring you breakfast if that's what you think.”

—No he venido a traerle el desayuno, si es eso lo que cree.

“Good,” said Miss Hazelstone. “Let's get on with it.”

—Bueno —dijo la señorita Hazelstone—. Sigamos así, pues.

Konstabel Oosthuizen looked bewildered. “You're a weird old buzzard,” he said. “Senile if you ask me.”

El Konstabel Oosthuizen miró desconcertado a su preso. —Es usted un tipo raro —dijo—. Creo que está chocho, la verdad.

“What are you going to do?”

—¿Qué es lo que va a hacer?”

“Kick you out,” said the Konstabel. “I can't have you cluttering up the station.”

—Sacarle de aquí a patadas —dijo el konstabel—. No hace más que estorbar aquí en la comisaría.

clutter 1 a crowded and untidy collection of things. 2 an untidy state.
v.tr. (often foll. by *up*, *with*) crowd untidily, fill with clutter.

clutter 1 nombre (*de papeles, etc*) revoltijo, desorden: can you move your clutter?, ¿puedes quitar tus trastos?

2 verbo transitivo to clutter (up), abarrotar, atestar, estar plagado

his desk is always cluttered, su mesa siempre está desordenada to be crowded untidily

clatter 1 a rattling sound as of many hard objects struck together. 2 noisy talk.

1 intr. **a** make a clatter. **b** fall or move etc. with a clatter. 2 tr. cause (plates etc.) to clatter.

“I'm Miss Hazelstone of Jacaranda Park, and I'm wanted for murder. It's your duty to arrest me.”

—Soy la señorita Hazelstone de Jacaranda Park y me buscan por asesinato. Su deber es detenerme.

“And I'm the Queen of England,” said Konstabel Oosthuizen. “Go on, clear out of here before you get me into trouble.”

—Yo soy la reina de Inglaterra —dijo el Konstabel Oosthuizen—. Vamos, líguese de aquí antes de que me organice algún lío.

“I tell you I'm wanted for murder,” Miss Hazelstone insisted.

—Le repito que me buscan por asesinato —insistió la señorita Hazelstone.

“You're certainly not wanted for anything else,” and the Konstabel picked up his medical dictionary and began to read about gynecomastia.

—¿Está seguro de que no le buscan por ninguna otra cosa? —y el policía cogió su diccionario médico y empezó a leer lo que significaba ginecomastia.

Miss Hazelstone tried to make him see reason. “What do I have to do to get myself arrested if you won't arrest me for murder?” she asked.

La señorita Hazelstone intentó hacer entrar en razón a aquel konstabel.

—¿Qué es lo que tengo que hacer para que me detengan si no quiere detenerme usted por asesinato? —preguntó.

“Try fucking a kaffir for a start,” suggested the Konstabel. “That usually works wonders.”

—Pruebe a tirarse a un cafre, por ejemplo —sugirió el konstabel—. Eso suele dar maravillosos resultados.

“But that's what I've been doing for the last eight years,” Miss Hazelstone told him.

—Pues eso es precisamente lo que he estado haciendo en los últimos ocho años —le explicó la señorita Hazelstone.

“Get along with you. I doubt if you've got the wherewithal,” was all the answer she got, and with the final comment that she looked as though she might have gynecomastia, which Konstabel Oosthuizen had just learnt was unusual development of the breasts of a male, the Konstabel went back to his book.

—Sí claro, cómo no. Dudo que tenga usted los medios siquiera —fue toda la respuesta que obtuvo y, con el comentario final de que daba la impresión de que pudiera padecer ginecomastia, lo cual el Konstabel Oosthuizen acababa de enterarse que era un desarrollo insólito de los pechos del varón, el konstabel volvió a su lectura.

“If you won't arrest me, I demand to be taken home,” Miss Hazelstone said.

—Si no va a detenerme usted, exijo que me lleven a casa —dijo la señorita Hazelstone.

Konstabel Oosthuizen knew when to compromise. "Where do you live?" he asked.

5 "Jacaranda Park of course," said Miss Hazelstone.

"I might have known it," said the Konstabel, and glad to be rid of her took her out into the station yard. "Take the old gent up to Jacaranda Park," he said to the driver of a police car that was just leaving, and with all the speed and social deference to which she was accustomed. Miss Hazelstone was driven to the gates of Jacaranda Park and deposited there. The car hadn't been stopped at the police checkpoints for obvious reasons.

10
15
20

25

Chapter 14

30

When Luitenant Verkramp arrived from hospital to begin his interrogation of the prisoner, he found the Kommandant waiting for him. He hobbled into the Governor's office to report for duty.

35

"I'm a sick man," he said grumpily. "The doctors didn't want me to leave the hospital."

40 "Quite so, Luitenant," said the Kommandant cheerfully. "Quite so, but now that you're here, let's not waste time. I need your help."

45 "What is it this time?" Verkramp asked. Kommandant van Heerden was always needing his help, but this was the first time he had known him acknowledge the fact.

50 "I have here the Hazelstone family file," the Kommandant said. "It includes the security report you submitted to the Bureau of State Security. I've read it through, and I must say, Luitenant, you showed more perspicacity than I gave you credit for."

55

Luitenant Verkramp smiled. The Kommandant had never been so complimentary before.

60

El Konstabel Oosthuizen sabía cuándo había que llegar a un compromiso.

—¿Dónde vive usted? —preguntó.

—En Jacaranda Park, por supuesto —dijo la señorita Hazelstone.

—Sí, claro, debería haberme dado cuenta —dijo el konstabel, y, satisfecho de poder librarse de ella, la sacó de la comisaría y la acompañó hasta el aparcamiento.

Una vez allí, le dijo al chofer de un coche celular que salía en aquel momento:

—Lleva a este señor hasta Jacaranda Park. Y, con la velocidad y el respeto social a los que estaba acostumbrada, la señorita Hazelstone fue conducida hasta la entrada de Jacaranda Park y depositada allí. En los puestos de control policiales, no pararon el coche para registrarlo, por razones obvias.

14

Cuando el Luitenant Verkramp llegó del hospital para iniciar el interrogatorio del preso, encontró al Kommandant esperándole. Entró, pues, vacilante en el despacho del alcaide a recibir órdenes.

—Estoy enfermo —dijo, malhumorado—. Los médicos no querían dejarme salir del hospital.

—Muy bien, Luitenant —dijo alegremente el Kommandant—. Muy bien, pero ahora ya está usted aquí. No perdamos tiempo. Necesito su ayuda.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó Verkramp. El Kommandant van Heerden siempre necesitaba ayuda, pero ésta era la primera vez que reconocía el hecho.

—Tengo aquí la ficha de la familia Hazelstone —dijo el Kommandant—. Está incluido en ella el informe de seguridad que envió usted al Departamento de Seguridad del Estado. Lo he leído detenidamente. Y he de decir, Luitenant, que demostró usted más perspicacia de la que yo le atribuía.

El Luitenant Verkramp sonrió. El Kommandant nunca había sido tan amable con él.

“You say here,” continued the Kommandant, tapping the report, “that the Hazelstones are noted for their left-wing and Communist leanings. I would like to know what made you say that.”

“Everybody knows they are Marxists,” said Verkramp.

“I don’t,” said the Kommandant, “and I would like to hear why you do.”

“Well, for one thing Miss Hazelstone’s nephew is at the university.”

“Doesn’t make him a Commie.”

“He believes in evolution.”

“Hm,” said the Kommandant doubtfully. He knew it was a subversive doctrine, but with Els around it seemed irrefutable to him.

“What else?” he asked.

“I checked the library. It’s full of Communist literature. They’ve got The Red Badge of Courage, Black Beauty, the collected works of Dostoyevsky, even Bertrand Russell’s banned book, Why I am not a Christian. I tell you, they are all dangerous books.”

Kommandant van Heerden was impressed. Evidently Verkramp had gone more thoroughly into the matter than he had imagined. “That seems conclusive enough,” he said. “What about the brother, Jonathan Hazelstone. You say here he’s got a criminal record.”

“That’s right. He lives in Rhodesia and he’s done time.”

“He says he’s a bishop.”

“He can say what he bloody well pleases,” said Verkramp. “It doesn’t alter the facts. I checked them with the Rhodesian Police. You’ll find the telegram they sent back in the file.”

Kommandant van Heerden pulled out the telegram. “I can’t make head or tail of it,” he said. “It’s in code or something. You read it,” and he handed the telegram to Verkramp.

The Luitenant peered at the hieroglyphs. “It’s pretty obvious,” he said at last. “Jonathan Hazelstone 2 yrs parson Bulawayo 3 yrs Barotse incumbent at present convocation 3 wks Umtali.’ Any

—Dice usted aquí —continuó el Kommandant, indicando el informe— que los Hazelstone son conocidos por sus tendencias comunistas e izquierdistas. Me gustaría saber por qué escribió usted eso.

—Todo el mundo sabe que son marxistas —dijo Verkramp.

—Yo no —dijo el Kommandant—. Y me gustaría saber por qué lo sabe usted.

—Bueno, por una parte el sobrino de la señorita Hazelstone está en la universidad.

—Pero por eso no se es rojo.

—Cree en la evolución.

—Mmmm —dijo el Kommandant, dubitativo. Sabía que era una doctrina subversiva, pero con Els por allí, le parecía irrefutable.

—¿Qué más? —preguntó.

—Registré la biblioteca. Está llena de literatura comunista. Tienen *La enseña roja del valor*, *Belleza negra*, las obras completas de Dostoyevsky. Tienen incluso el libro prohibido de Bertrand Russel, *Porqué no soy cristiano*. Todos son libros peligrosos, puede estar bien seguro.

El Kommandant van Heerden se quedó impresionado. Era evidente que Verkramp había investigado el asunto más meticulosamente de lo que había supuesto él.

—Parece bastante concluyente —dijo—. Y, respecto al hermano, a Jonathan Hazelstone. Dice usted aquí que tiene antecedentes penales.

—Eso es. Vive en Rhodesia y ha estado en la cárcel.

—Él dice que es obispo.

—Él puede decir lo que le dé la gana —dijo Verkramp—. Eso no cambia las cosas. Hice una comprobación con la policía rhodesiana. Ahí en la ficha está el telegrama que me mandaron.

El Kommandant van Heerden sacó el telegrama.

—La verdad es que no entiendo ni palabra de este telegrama —dijo—. Está en clave o algo por el estilo. Léalo usted —y le entregó el telegrama.

El Luitenant examinó los jeroglíficos.

—Pero si está clarísimo —dijo, al fin—. «Jonathan Hazelstone 2 años Bulawayo 3 años Barotse titular asamblea 3 semanas Umtali.» Hasta un im-

fool can understand that," he said.

"Well, this one can't," snapped the Kommandant. "You tell me what it means."

Verkramp sighed. This was what came from having an illiterate Kommandant.

"It's quite simple. He's done two years in Bulawayo Prison for burning a building down. Three years for murdering a Barotse native who was having a nap and three weeks in Umtali for convoking."

Kommandant van Heerden thought for a moment. "What's convoking?" he asked.

"You've heard of con men, haven't you? It's fraud and swindling. It's convoking people into buying phoney shares and things."

"Oh, is that what it is? You would think they'd have given him more than three weeks for a thing like that. After all he got three years for killing the coon boy which was a bit steep," the Kommandant said, relieved to know that he had got the right man. There was no doubt now in his mind that he could make the case stick. A man who had killed a Barotse while the poor bastard was asleep was hardly likely to hesitate when it came to killing a Zulu cook.

"Well, all we need now is a nice tidy confession," he said. "I'll expect you to have it on my desk in the morning."

Luitenant Verkramp shrugged. "If you require it so quick you had better ask Els. My methods require that the prisoner be kept awake for at least three days and with a hardened professional like this fellow it will probably take more."

"I can't ask Els. We can't have a Hazelstone hobbling into court with no toenails and his balls the size of pumpkins. Think what the defence attorney would make of that one. Use your head. No, the interrogation has got to be handled discreetly and I'm putting you in charge of it," the Kommandant said, resorting to flattery. "Do what you like with him, but see he's all in one piece when you've finished."

With this *carte blanche*, the Kommandant ended the interview and ordered his supper.

In the Maximum Security Block, there

bécil puede entenderlo —comentó.

—Bueno, pues éste no —masculló el Kommandant—. Explíqueme usted qué quiere decir.

Verkramp suspiró. Ésas eran las consecuencias de tener un Kommandant analfabeto.

—Es muy sencillo. Ha estado dos años en la cárcel de Bulawayo. Luego, tres años en la de Barotse y luego tres semanas en la de Umtali por asamblea.

El Kommandant van Heerden se lo pensó un momento. —¿Qué es eso de asamblea? —preguntó.

—_____

Pues es convocar a la gente para acciones subversivas.

—Ah, ¿así que es eso? ¿Y cómo es que le condenaron sólo a tres semanas por algo así? _____
_____ —preguntó Kommandant, aliviado al saber que había apresado al verdadero delincuente. Ya no le había duda alguna de que podía resolver el caso. Un individuo _____
_____ con tales antecedentes no era muy probable que vacilase a la hora de matar a un cocinero zulú.

—Bueno, lo único que necesitamos ya es una buena confesión —dijo—. Espero tenerla lista en mi mesa por la mañana.

El Luitenant Verkramp se encogió de hombros. —Si la necesita con tanta urgencia, habría sido mejor que se la encargase a Els. Según mis métodos, hay que mantener al preso por lo menos tres días despierto y con un profesional de experiencia como ese tipo, es muy posible que lleve aún más tiempo.

—No puedo encargarle este asunto a Els. No podemos permitir que un Hazelstone aparezca en la sala del juicio cojeando, sin uñas en los pies y con las pelotas del tamaño de calabazas. Piense lo que podría decir el abogado defensor. Hay que usar la cabeza. No, el interrogatorio ha de hacerse de modo discreto y le encargo a usted de él —dijo el Kommandant, recurriendo al halago—. Haga con él lo que guste, pero procure que siga entero y de una pieza cuando haya terminado.

Con esta carta blanca, el Kommandant concluyó la entrevista y pidió la cena.

En el edificio de máxima seguridad no

was no supper for Jonathan Hazelstone, and if there had been it is doubtful if he would have had much appetite for it. He had just learnt from the old warder how it was he enjoyed the unusual privilege of being able
5 to be hanged in Top.

“It’s to do with something your grandfather said in his speech when he opened the prison,” the warder told him.
10 “He said he wanted the gallows to be kept in working order in case his family wanted to use them.”

“I’m sure he meant well,” the Bishop
15 said sadly, wondering at the appalling legacy his grandfather had bequeathed the family.

“Your father, the late Judge, he was a great one for the gallows. Why some of the men who’ve had their last meal in that cell,
20 where you’re standing now, have told me that they were certain they were going to get off free as the air, and damn me if your old dad didn’t go and put the black cap on
25 and condemn them.”

“I have always regretted my father’s reputation,” said the Bishop.

“I wouldn’t worry about it now,” said
30 the warder. “It’s the gallows would put me in a sweat if I were in your shoes.”

“I have every faith in the fairness of the court,” said the Bishop.
35

“They haven’t been used for twenty years,” continued the warder. “They’re not safe.”

“No?” queried the Bishop. “Is that
40 unusual?”

“They’ve got the death watch beetle. You’d be lucky to get up the steps alive, if you ask me,” said the warder and shuffled
45 off down the passage to let Luitenant Verkramp and Konstabel Els into Bottom. The interrogation was about to begin.

In spite of the fact that he was still
50 feeling the effects of his injuries, Luitenant Verkramp was determined to apply the standard South African technique to the prisoner.

“I’ll butter him up,” he told Konstabel
55 Els, “and make him feel I’m sympathetic and you can be the hard man and threaten him.”

“Can I use the electric-shock machine?”
60 Els asked eagerly.

hubo cena para Jonathan Hazelstone, y, de haberla habido, es dudoso que hubiera tenido muchas ganas de ella. Acababa de enterarse por el viejo guardián de que disfrutaba del insólito privilegio de poder dejarse ahorcar allí mismo.

—Tiene que ver con algo que dijo su abuelo en su discurso inaugural de la prisión —le explicó el guardián—. Dijo que quería que se mantuviese en buen estado el patíbulo por si su familia quería utilizarlo.

—Estoy seguro de que su intención era buena —dijo con tristeza el obispo, asombrado ante aquel legado sobrecogedor que su abuelo había dejado a la familia.

—Su padre, el difunto juez, era muy partidario de la horca. En fin, algunos de los hombres que han hecho su última cena en esta celda, donde está usted ahora, me dijeron que estaban seguros de que iban a salir libres como el aire, y, maldita sea, vino su papá y les puso encima el capuchón negro y les condenó.

—Siempre he lamentado la reputación de mi padre.

—Yo no me preocuparía ya por eso —dijo el guardián—. Si yo estuviera en su pellejo, lo que ahora me preocuparía sería la horca.

—Tengo absoluta fe en la justicia del tribunal —dijo el obispo.

—Hace veinte años que no se utiliza —prosiguió el guardián—. No es segura.

—¿No? —preguntó el obispo—. ¿Es insólito eso?

—Suerte tendrá si logra subir esas escaleras con vida, la verdad —dijo el guardián, y se alejó por el pasillo para abrirles al Luitenant Verkramp y al Konstabel Els. Estaba a punto de iniciarse el interrogatorio.

Pese al hecho de que aún sentía los efectos de sus heridas, el Luitenant Verkramp estaba decidido a aplicar al preso la técnica sudafricana habitual.

—Yo le daré coba —le explicó al Konstabel Els— y procuraré caerle simpático y parecer comprensivo; usted será el hombre duro y le amenazará.

—¿Puedo utilizar la máquina eléctrica? —preguntó ávidamente Els.

“He’s too important,” said Verkramp, “and you’re not to beat him up too much either.”

5 “What are we going to do then?” said Els, who couldn’t imagine getting a confession out of an innocent man without some violence.

10 “Keep him awake until he’s ready to drop. I’ve never known it to fail.”

Luitenant Verkramp seated himself behind the desk and ordering the prisoner
15 to be brought in, assumed what he supposed to be an air of sympathetic understanding. To the Bishop, when he entered the room, the expression on the Luitenant’s face suggested only a pained and vicious hostility. In the hours that followed, this
20 first impression proved if anything to have been over-optimistic. Luitenant Verkramp’s attempts at sympathetic understanding inspired in the Bishop the conviction that he was locked alone in a room with a
25 sadistic homosexual suffering from an overdose of several powerful hallucinatory drugs. Certainly nothing else could explain the overtures the Luitenant was making nor the distorted version of his own life which
30 Verkramp insisted he corroborate. Everything the Bishop imagined he had done took on an entirely contrary character as seen through the eyes of Verkramp.

He had not for instance been an
35 undergraduate in Cambridge studying theology. He had, he learnt, been indoctrinated in Marxist-Leninist theory by a man whom he had previously imagined to be a leading Anglo-Catholic
40 professor, but who had apparently been a Moscow-trained theoretician. As the hours dragged by the Bishop’s faint hold on reality grew fainter. The illusions he had nourished for a lifetime slipped
45 away and were replaced by the new certitudes his deranged interrogator insisted he subscribe to.

By the time they had arrived at the events of the previous day, the Bishop, who
50 had eaten nothing for thirty-six hours, and who had been standing with his hands above his head for six, was prepared to admit to murdering the entire South African Police force, if doing so would allow him to sit down for five minutes.
55

“I shot them with a multi-barrelled rocket launcher supplied by the Chinese consul in Dar-es-Salaam,” he repeated slowly while Verkramp copied the
60 admission down.

—Es un tipo demasiado importante —dijo Verkramp—. Y tampoco podrá usted pegarle demasiado.

—¿Y entonces qué vamos a hacer? —dijo Els, que no podía entender cómo iban a conseguir que confesara un inocente sin algo de violencia.

—Mantenerle despierto hasta que esté a punto de desmayarse. Es un método infalible.

El Luitenant Verkramp se sentó en el escritorio y ordenó que le trajesen al preso, adoptando lo que él suponía una actitud cordial y comprensiva. Al obispo, cuando entró en la habitación, la expresión del Luitenant le pareció sólo de hostilidad tortuosa y malévola. En las horas que siguieron se demostró que esta primera impresión había sido, en realidad, demasiado optimista. Las tentativas del Luitenant Verkramp de mostrarse comprensivo y afable, inspiraron al obispo la certeza de que estaba encerrado a solas en una habitación con un homosexual sádico que padecía una sobredosis de diversas drogas alucinógenas potentísimas. Desde luego, ninguna otra cosa podía explicar las insinuaciones que le estaba haciendo el Luitenant ni la versión deformada de su propia vida, que Verkramp insistía en que corroborase. Todo cuanto el obispo imaginaba haber hecho adquiriría un carácter totalmente contrario a los ojos de Verkramp.

No había sido, por ejemplo, un pregraduado de Cambridge que había estudiado arqueología. Había sido, según pudo saber, adoctrinado en teoría marxista—leninista por un individuo al cual previamente él había supuesto destacado profesor anglocatólico, pero que, al parecer era, en realidad, un teórico adiestrado en Moscú. A medida que pasaban las horas, el débil asidero que tenía el obispo en la realidad, iba debilitándose más y más. Las ilusiones que había alimentado durante toda una vida, se escurrían y se esfumaban, sustituidas por las nuevas realidades que su trastornado interrogador insistía en obligarle a suscribir.

Cuando llegaron a los acontecimientos del día anterior, el obispo, que llevaba treinta y seis horas sin probar bocado, y seis de pie con las manos encima de la cabeza, estaba dispuesto a admitir haber asesinado a todas las fuerzas policiales de Sudáfrica, si haciéndolo lograba sentarse cinco minutos.

—Les disparé con un lanzacohetes de varios cañones suministrado por el cónsul chino de Dar—es—Salaam —repitió lentamente mientras Verkramp anotaba la confesión.

“Good,” said the Luitenant finally, “that seems pretty conclusive.”

5 “I’m glad to hear it. Now if you don’t mind I would like time to think about my future,” the Bishop said.

10 “I think you can safely leave that to us,” said the Luitenant. “There’s just one more matter I want to get straightened out. Why did you shoot your sister’s cook?”

15 “I discovered he was a CIA agent,” said the Bishop, who by this time knew the lines along which Verkramp’s mind was working. He had long since discovered that there was no point in arguing with the man, and since Verkramp’s imagination had evidently been nurtured on spy-thrillers, this seemed the sort of explanation he would swallow.

20 “Oh, was he?” said Verkramp, and made a mental note to investigate the cooks of Piemburg to discover how many more were in the pay of the Americans.

30 By the time Verkramp had finished with him, the Bishop had decided that his only hope of escaping execution on the scaffold reserved for him by his grandfather lay in concocting a confession so absurd that it would either be thrown out of court by the judge, or allow him to plead insanity. “I may as well be hanged for a sheep as a lamb,” he said to himself when Els came to take over the interrogation and wondered what new crimes he could add to the list he had already agreed to. Konstabel Els was glad to suggest some.

40 “I hear you want us to go around marrying kaffirs,” Els began. He knew he was supposed to be questioning a Communist and the only thing he knew about Communists was that they wanted white people to marry blacks.

50 “I can’t remember having advocated it in public,” the Bishop said cautiously.

55 “I don’t suppose you would in public,” said Els, whose own advocacy of sexual intercourse with blacks had always been undertaken in strictest privacy. “You’d get arrested for it.”

The Bishop was puzzled. “For what?” he asked.

60 “For advocating a black woman in public. What about in private?”

—Bueno —dijo al fin el Luitenant—. Esto parece bastante concluyente.

—Me alegro de oírlo. Ahora, si no le importa, me gustaría tener un poco de tiempo para pensar en mi futuro —dijo el obispo.

—Yo creo que eso puede dejarlo en nuestras manos sin problema —dijo el Luitenant—. Hay sólo una cosa más que quiero aclarar. ¿Por qué mató usted al cocinero de su hermana?

—Descubrí que era agente de la CÍA —contestó el obispo, que para entonces sabía ya cuál era la trayectoria que seguía el pensamiento de Verkramp. Había descubierto hacía mucho que no tenía » objeto discutir con aquel hombre y, dado que la imaginación de Verkramp había sido alimentada, evidentemente, con novelas de espías, aquello parecía el tipo de explicación que él podía tragarse.

—Vaya, ¿de veras? —dijo Verkramp, y tomó nota mentalmente de que tenía que investigar a los cocineros de Piemburgo para descubrir cuántos más recibían dinero de los norteamericanos.

Cuando Verkramp terminó con él, el obispo había decidido ya que su única esperanza de eludir la ejecución en aquel patíbulo reservado para él por su abuelo, era hacer una confesión tan absurda que o bien el juez le hacía expulsar de la sala del juicio, o bien le permitía alegar locura. «Me da igual que me ahorquen por uno que por mil» se dijo, cuando Els pasó a hacerse cargo del interrogatorio, y se preguntó qué nuevos delitos podría añadir a la listas de los que había confesado ya. El Konstabel Els sugirió muy gustoso unos cuantos.

—Tengo entendido que quiere usted que andemos por ahí casándonos con los cafres —comenzó Els. Els sabía que la persona a la que estaba interrogando era comunista, y lo único que sabía él de los comunistas era que querían que los blancos se casaran con los negros.

—No recuerdo haber abogado por eso en público —dijo cautamente el obispo.

—Ya me supongo que no lo haría usted en público —respondió Els, que sólo había abogado por el **contacto** sexual con gentes de raza negra en la intimidad más estricta—. Le habrían detenido.

El obispo se quedó perplejo. —¿Por qué? —preguntó.

—Por abogar a una mujer negra en público. ¿Pero qué me dice en privado?

intercourse 1 trato, relaciones, communication or dealings between individuals, nations, etc. 2 sexual intercourse, acto sexual, coito. 3 communion between human beings and God.

“It’s true I have given the matter some thought.”

—No le negaré que he pensado algunas veces en el asunto.

5 “Come on, admit it. You haven’t just thought about it. You have done it too.”

—Vamos, admítalo. No sólo ha pensado en ello. Lo ha hecho, también.

The Bishop couldn’t see much harm in admitting it. “Well, once or twice I have raised the matter. I’ve brought it up at meetings of the parish council.”

El obispo no veía que pudiera perjudicar mucho admitirlo.

—Bueno, una o dos veces he planteado el asunto. Lo he sacado a colación en asambleas del consejo parroquial.

“At meetings, eh?” said Els. “Sort of group gropes?”

—¿En asambleas, eh? —dijo Els—. ¿Una especie de grupos de magreo, verdad?

15 “I suppose you could put it that way,” said the Bishop who had never heard the expression before.

—Supongo que sí, que podría expresarse en esos términos, —dijo el obispo, que nunca había oído aquella expresión.

20 Els leered at him. “I suppose you put it other ways too?”

Els le miró con una sonrisilla.

—¿Supongo que usted lo expresa de otro modo también?

“I put it to them straight, man to man,” said the Bishop, 25 wondering what all this had to do with murdering policemen.

—No, yo lo digo directamente, de hombre a hombre —dijo el obispo, preguntándose qué podía tener que ver todo aquello con el asesinato de los policías.

30 Konstabel Els had difficulty imagining how you could put it man to man and call it straight at the same time.

Al Konstabel Els le resultaba difícil entender cómo se podía decir de hombre a hombre y hacerlo directamente al mismo tiempo.

“I didn’t beat about the bush.”

—No me ando por las ramas.

35 “I don’t suppose you’d have to with men,” Els agreed.

—Supongo que no, con los hombres —aceptó Els.

“Oh, there were women present too,” said the Bishop. “It’s the sort of question where a woman’s viewpoint often helps.”

—Oh, había también mujeres presentes —dijo el obispo—. Son asuntos en los que suele resultar útil el punto de vista de la mujer.

40 “You can say that again.”

—Sí claro, por supuesto.

“Funnily enough, I found the women more receptive to the idea than the men.”

—Es curioso, las mujeres suelen ser más receptivas a la idea que los hombres.

45 “I should think you would.”

—Es natural, claro.

50 “Of course, it’s not something most people will accept at one go. I put it to them gradually, but on the whole they could see there was something to be said for it.”

—Por supuesto, no es algo que la gente acepte de un modo inmediato. Yo procuro introducirlo de modo gradual, pero, en conjunto, todos se hicieron cargo de que era una cuestión que había que considerar.

“Hell,” said Els, “you must have had some parties.”

—Demonios —dijo Els—, vaya fiestas que ha debido celebrar usted.

55 “I hope I’m not boring you,” the Bishop said hopefully.

—Espero no aburrirle —dijo esperanzado el obispo.

60 “I’m never bored by sex,” said Els.

—A mí las cosas sexuales nunca me aburren —dijo Els.

"Do you mind if I take a seat?" the Bishop said on the spur of the moment, taking advantage of Els' evident interest.

5 "Help yourself." Els couldn't get enough of the Bishop's tales of group gropes and similar perversions.

"Now then," said the Bishop, when he was seated, "where was I?"

10 "You were saying how the women liked it in the tail," said Els.

15 "Was I really?" said the Bishop. "How extraordinary. I had no idea."

20 As the night wore on, Konstabel Els sat rapt in admiration for the prisoner. Here at last, was a man after his own heart, a man for whom there was no shame, no remorse, no regret, only a dedication to lust unequalled in Els' experience.

25 The difficulty for the Bishop was that his imagination was hardly adequate for the task Els set it. Faced with such rapacious curiosity, he stuck to his calling and Els listened fascinated to descriptions of midnight orgies involving chasubles and
30 albs. Among the other invaluable pieces of information that the Konstabel picked up there were three facts which were particularly damning. The Bishop, he learned, wore a frock, possessed a **rubric** and owned a biretta.

35 "What the hell is a rubric?" Kommandant van Heerden asked him in the morning when he read the Bishop's signed confession.

40 "Short for rubber prick," said Els. "He uses it for genuflexion." "Does he really?" said the Kommandant and read the astonishing document through for the
45 second time. If half of what the Bishop had confessed to was true, thought van Heerden, the sod should have been hanged years ago.

50

55

60

—¿Le importa que me siente? —preguntó el obispo, sin pensarlo, aprovechando el evidente interés de Els.

—Haga lo que quiera —a Els le emocionaban aquellas historias de magreo de grupo y perversiones similares del obispo.

—Bueno, veamos —prosiguió el obispo, una vez sentado—. ¿Dónde estaba yo?

—Estaba usted explicando lo de que a las mujeres les gustaba mucho —dijo Els.

—¿De veras? —dijo el obispo—. Qué extraordinario. No tenía ni idea.

El Konstabel Els, mientras pasaba la noche, oía admirado y extasiado al preso. Tenía ante sí a un hombre que seguía por lo menos los dictados de su corazón, un hombre que no se planteaba vergüenzas ni remordimientos, que no lamentaba nada, que estaba consagrado y dedicado a la lujuria y el placer. Els no había conocido a nadie igual en toda su vida.

El problema que tenía el obispo era que su imaginación no se adaptaba muy bien a la tarea que le marcaba Els. Frente a una curiosidad tan voraz, se atuvo a su vocación y Els escuchó fascinado descripciones de orgías a medianoche con casullas y albas. Entre las otras valiosas informaciones que el Konstabel recogió, había tres hechos particularmente notables. El obispo, según pudo saber el Konstabel, llevaba a veces un vestido talar, poseía una **rúbrica** y era propietario de un birrete.

—¿Qué demonios es una lúbrica? —preguntó el Kommandant van Heerden por la mañana, cuando leyó la confesión firmada por el obispo.

—Ya lo dice la palabra —dijo Els—. Lúbrica. La utiliza para la genuflexión.

—¿De veras? —dijo el Kommandant, y leyó por segunda vez aquel documento asombroso. Si era verdad la mitad de lo que había confesado el obispo, pensó van Heerden, deberían haber ahorcado a aquel cerdo hacía años.

15

rubric *n.* título, encabezamiento (de un capítulo, etc.), rótulo, epígrafe, reglas, preceptos
rubric *n.* 1 a direction for the conduct of divine service inserted in a liturgical book. 2 a heading or passage in red or special lettering. 3 explanatory words. 4 an established custom.

Chapter 15

15

While the case against Jonathan Hazelstone was being prepared, Kommandant van Heerden wrestled with the problem posed by the continuing disappearance of the prisoner's sister. In spite of the most intensive manhunt Miss Hazelstone continued to elude the police. Kommandant van Heerden increased the reward offered but still no information worth the telling was telephoned into the Piemburg police station. The only consolation the Kommandant could find was that Miss Hazelstone had not added to his problems by communicating with her lawyer or with newspapers outside his province.

"She's a cunning old devil," he told Luitenant Verkramp, and was alarmed to note in himself a return of the admiration he had previously felt for her.

"I wouldn't worry about the old bag, she'll probably turn up at the trial," Verkramp answered optimistically. His fall had not, the Kommandant noted, deprived the Luitenant of his capacity to say things calculated to upset his commanding officer.

"If you're so bloody clever, where do you suggest we start looking for her?" the Kommandant growled.

"Probably sitting in Jacaranda House laughing to herself," and Verkramp took himself off to compile a list of black cooks known to favour Chicken Maryland.

"Sarcastic bastard," muttered the Kommandant. "One of these days somebody will fix him properly."

It was in fact Konstabel Els whose initiative led to the capture of Miss Hazelstone. Ever since his battle with the Dobermann, Els had been regretting his decision to leave the body lying on the lawn of Jacaranda House.

"I should have had it stuffed. It would look nice in the hall," he said to the Kommandant during an idle moment.

"I should have thought it had been stuffed enough already," the Kommandant had replied. "Besides, whoever heard of having a dog stuffed."

"There are lots of stuffed lions and wart-hogs and things in the hall of Jacaranda House. Why shouldn't I have a stuffed dog in

Mientras se preparaba el proceso contra Jonathan Hazelstone, el Kommandant van Heerden se debatía con el problema planteado por la desaparición de la hermana del detenido. Pese a una búsqueda minuciosa, la señorita Hazelstone seguía eludiendo a la policía. El Kommandant van Heerden aumentó la recompensa ofrecida, pero, a pesar de ello, no llegó a la comisaría de policía de Piemburgo ninguna información digna de mención. El único consuelo que pudo hallar el Kommandant fue que la señorita Hazelstone no había aumentado sus problemas poniéndose en contacto con su abogado ni con periódicos de fuera de su jurisdicción.

—Esa vieja es lista como el diablo —le dijo al Luitenant Verkramp y apreció, alarmado, que había vuelto a sentir la admiración que antes sentía por ella.

—Yo no me preocuparía por la vieja, lo más probable es que aparezca durante el juicio —contestó optimista Verkramp. La caída que había sufrido el Luitenant no le privaba, advirtió el Kommandant, de su capacidad para decir cosas que parecían calculadas para inquietar a su superior.

—Si es usted tan listo, ¿dónde cree que hemos de buscarla? —gruñó el Kommandant.

—Probablemente esté sentada en su mansión de Jacaranda Park riéndose a carcajadas —dijo Verkramp, y salió a hacer una lista de cocineros negros partidarios del Pollo Maryland.

—Cabrón sarcástico —masculló el Kommandant—. Un día de éstos alguien le dará su merecido.

Fue en realidad el Konstabel Els quien propició la detención de la señorita Hazelstone. Desde su pelea con el doberman, Els seguía lamentando su decisión de dejar el cadáver de su enemigo en Jacaranda Park.

—Debería haberlo hecho disecar. Quedaría precioso en el vestíbulo —le sugirió al Kommandant en un momento de ocio.

—Vamos —dijo el Kommandant—, ¿a quién se le ocurre disecar un perro?

—Pues allí en el vestíbulo de la mansión de Jacaranda hay montones de leones disecados, y jabalíes verrugosos. ¿Por qué no iba a poder tener yo un perro disecado en el vestíbu-

my hall?"

"You're getting ideas above your station," the Kommandant said. Els had gone off to ask the warder in Bottom about getting dogs stuffed. The old man seemed to know about things like that.

"You want to take it to a taxidermist," the warder told him. "There's one in the museum but I'd ask for a quote first. Stuffing's a costly business."

"I don't mind spending a bit of money on it," Els said and together they went to ask the Bishop about the dog.

"I believe it had a pedigree," the Bishop told them.

"What's a pedigree?" Els asked.

"A family tree," said the Bishop, wondering if killing the dog was going to be added to the list of crimes he was supposed to have committed.

"Fussy sort of dog, having a family tree," Els said to the warder. "You'd think it would pee against lamp-posts like any other dogs."

"Spoilt if you ask me," said the warder. "Sounds more like a lapdog than a real Dobermann. I'm not surprised you could kill it so easily. Probably died of fright."

"It bloody well didn't. It fought like mad. Fiercest dog I ever saw," said Els, annoyed.

"I'll believe it when I see it," said the warder and Els had promptly made up his mind to fetch the Dobermann to get rid of the slur on his honour.

"Permission to visit Jacaranda House," he said to the Kommandant, later that day.

"Permission to do what?" the Kommandant asked incredulously.

"To go up to Jacaranda House. I want to get that dog's body."

"You must be out of your mind, Els," said the Kommandant. "I should have thought you'd had enough of that bloody place by now."

"It's not a bad place," said Els whose own memories of the Park were quite different from those of the Kommandant.

lo de mi casa?

—Se plantea usted cosas que no corresponden a su posición —dijo el Kommandant. Els se había ido a preguntarle al guardián de la cárcel cómo se podían diseccionar perros. El viejo parecía saber mucho de estas cosas.

—Tienes que llevarlo a un taxidermista —le dijo el guardián—. Hay uno en el museo, pero yo pediría antes presupuesto. Diseccionar cuesta mucho.

—No me importa tener que gastar un poco de dinero en eso —dijo Els, y ambos fueron a preguntarle al obispo cosas del perro.

—Creo que tenía pedigree —les contestó el obispo.

—¿Qué es eso? —preguntó Els.

—Un árbol genealógico —le informó el obispo, preguntándose si matar al perro iría a añadirse a la lista de delitos que había cometido él, supuestamente.

—Pues vaya perro más fino, con árbol genealógico y todo —le dijo Els al guardián—. Y parecía que era un perro que meaba en las farolas, como los demás.

—Un perro mimado, sin duda —dijo el guardián—. Parece más propio de un perro faldero que de un doberman de verdad. No me choca que pudieras matarlo tan fácilmente. Debí morir de miedo.

—Nada de eso. Luchó como un loco. Era el perro más feroz que he visto en mi vida —protestó Els, enojado.

—Cuando lo vea, lo creeré —dijo el guardián. Y Els había decidido de inmediato ir por el doberman para limpiar aquella mancha sobre su honor.

—Quiero que me dé permiso para visitar Jacaranda Park —le dijo al Kommandant aquel mismo día, más tarde.

—¿Permiso para qué? —preguntó incrédulo el Kommandant.

—Para subir a Jacaranda Park. Quiero recoger el cadáver de aquel perro.

—Usted está chiflado, Els —dijo el Kommandant—. Yo creí que estaba ya bastante harto de aquel maldito lugar.

—No es un mal sitio —dijo Els, cuyos recuerdos del parque eran muy distintos a los del Kommandant.

“It’s a bloody awful place, and you’ve done enough harm up there already,” said the Kommandant. “You keep your nose out of it, do you hear me?” and Els had vented his anger by bullying some black convicts in the prison yard.

That evening Kommandant van Heerden decided to make a spot check on the road blocks around Piemburg. He was beginning to suspect that his enforced absence from the outside world was having a bad effect on the morale of his men, and since he thought it improbable that Miss Hazelstone would be out and about at eleven o’clock at night, and wouldn’t be able to see him in the police car if she were, he decided to make his rounds when it seemed most likely his men would be asleep on the job.

“Drive slowly,” he told Els when he was seated in the back of the car. “I just want to have a look around.” For an hour men on duty at street corners and at the road blocks were harassed by van Heerden’s questions.

“How do you know she didn’t come through here disguised as a coon?” he asked the sergeant on duty on the Vlockfontein road who had been complaining about the numbers of cars he had had to search.

“We’ve checked them all, sir,” said the sergeant.

“Checked them? How have you checked them?”

“We give them the skin test, sir.”

“The skin test? Never heard of it.”

“We use a bit of sandpaper, sir. Rub their skin with it and if the black comes off they’re white. If it doesn’t they’re not.”

Kommandant van Heerden was impressed. “Shows initiative, Sergeant,” he said and they drove on.

It was shortly after this and as they were driving up Town Hill to inspect the road block there that Konstabel Els noticed that the Kommandant had fallen asleep.

“It’s only the old man making his rounds,” Els told the Konstabel on duty, and was about to turn round and return to

—Es un sitio horroroso, y ya ha hecho usted bastante daño allá arriba —sentenció el Kommandant—. No meta usted la nariz allí, ¿me ha oído?

Els hubo de desahogar su cólera con unos presos negros en el patio de la cárcel.

Al anochecer, el Kommandant van Heerden decidió hacer una comprobación en los puestos de control montados alrededor de Piemburgo. Estaba empezando a sospechar que su obligada ausencia del mundo exterior producía efectos negativos en la moral de sus hombres, y como juzgaba improbable que la señorita Hazelstone estuviera fuera, siendo ya las once de la noche, y considerando que no podría verle en un coche celular de todos modos, decidió hacer la ronda en el momento en que le parecía más probable que sus hombres pudieran dormirse en pleno servicio.

—Vaya despacio —le dijo a Els cuando se sentó en la parte trasera del coche—. Sólo quiero echar un vistazo. Durante una hora, los hombres que estaban de servicio en los cruces de las calles y en los puestos de control de las carreteras se vieron asediados por las preguntas de van Heerden.

—¿Cómo sabe usted que no ha pasado por aquí disfrazada de negro? —le preguntó al sargento de guardia en la carretera de Vlockfontein, que se le había quejado de los muchos vehículos que había tenido que registrar.

—Los hemos registrado todos, señor —dijo el sargento.

—¿Los han registrado? ¿Y cómo han comprobado?

—Les hicimos la prueba de la piel, señor.

—¿La prueba de la piel? Nunca he oído hablar de ella.

—Utilizamos un poquito de papel de lija, señor. Se les frota la piel y si el negro se va, son blancos. Si no se va, no lo son.

Esto le impresionó muchísimo al Kommandant van Heerden.

—Eso demuestra iniciativa, sargento —dijo y continuaron la ronda.

Poco después de esto, cuando subían hacia Town Hill a inspeccionar el control que había allí, el Konstabel Els se dio cuenta de que el Kommandant se había quedado dormido.

—Es sólo el viejo haciendo la ronda —le dijo Els al konstabel que estaba de servicio en el control, y cuando iba ya a dar la vuelta para re-

the prison when he realized that they were quite close to Jacaranda Park. He looked over his shoulder and regarded the sleeping figure in the back of the car.

5 “Permission to go up to Jacaranda House, sir,” he said softly. In the back the Kommandant was snoring loudly. “Thank you, sir.” said Els with a smile and the car moved off past the road block and
10 up the hill to Jacaranda House. On either side of the road the headlights illuminated the billboards which stood like advertisements for macabre holiday resorts: Bubonic Plague, some sinister
15 beach and Rabies, a game reserve. Unaware of his destination, Kommandant van Heerden slept noisily in the back as the car passed through the gate of Jacaranda House, and with a crunch of tyres on gravel,
20 moved slowly down the long drive.-

Els parked the car in front of the house and stepped quietly out into the night to collect his trophy. It was dark and clouds obscured the moon, and he
25 had some difficulty finding the Dobermann's corpse.

“That's funny,” he said to himself, as he searched the lawn. “I could have sworn
30 I left the bugger here,” and continued to look for the beast.

In the back of the car Kommandant van Heerden snored more loudly than ever. He slipped sideways across the seat and
35 bumped his head on the window. The next moment he was wide awake and staring out into the darkness.

“Els,” he said loudly, “what have you
40 stopped for and why are the headlights off?” From the driver's seat there came no comforting reply and as Kommandant van Heerden sat terrified in the back of the car and wondered where the hell Els had got
45 to, the cloud slipped gently from the moon, and the Kommandant saw before him the front door of Jacaranda House. With a whimper the Kommandant crouched down in the cushions and cursed his own foolishness for leaving the prison. Above
50 him the facade of the great house loomed threateningly, its unlighted windows dark with menace. Moaning with terror, the Kommandant opened the door and stepped on to the forecourt. A moment later he was
55 in the driver's seat and searching for the keys. They had gone.

“I might have known the swine would do something like this,” the Kommandant
60 gibbered and promising himself that more than the Dobermann would get himself

gresar a la cárcel, cayó en la cuenta de que estaba muy cerca de Jacaranda Park. Miró por encima del hombro y vio que el Kommandant seguía dormido.

—¿Me da usted permiso para subir hasta Jacaranda Park, señor? —preguntó en voz baja. El Kommandant roncaba sonoramente atrás.

—Gracias, señor —dijo Els, con una sonrisa, y el coche pasó ante el control de carretera y enfiló la cuesta hacia la mansión de Jacaranda. Los faros iluminaron a ambos lados de la carretera los carteles que se alzaban como anuncios de lugares macabros de vacaciones: «Peste Bubónica», alguna playa siniestra, y «Rabia», una reserva de caza. El Kommandant van Heerden, ignorante de su destino, dormía ruidosamente en el asiento trasero del coche cuando cruzaron la entrada de Jacaranda Park y bajaron lentamente, con un rechinar de neumáticos sobre grava, por el largo camino de coches.

Els aparcó el vehículo delante de la casa y bajó sigilosamente y se perdió en la noche buscando su trofeo. Era una noche oscura, las nubes tapaban la luna, y tuvo ciertas dificultades para hallar el cadáver del doberman.

«Es curioso», se dijo, mientras buscaba por el césped. «Yo habría jurado que dejé por aquí a ese maricón», y continuó buscando al animal.

El Kommandant van Heerden roncaba más escandalosamente que nunca en la parte de atrás del coche. De pronto, se deslizó hacia un lado y fue a dar con la cabeza en la ventanilla. Inmediatamente despertó y miró a su alrededor en la oscuridad.

—¡Els! —gritó sonoramente—. ¿Por qué se ha parado y por qué están apagados los faros?

No llegó ninguna respuesta tranquilizadora del asiento del conductor, y mientras el Kommandant van Heerden, aterrado allí en el asiento de atrás del coche, se preguntaba dónde demonios había ido Els, la nube se apartó suavemente de la luna y el Kommandant vio ante sí la entrada principal de la mansión de Jacaranda Park. El Kommandant, con un gemido, se encogió en el asiento y maldijo su propia estupidez por salir de la cárcel.

Sobre él, la fachada de la mansión se recortaba amenazadora, y la sensación de amenaza aumentaba aún más por las ventanas sin luz. Gimiendo de terror, el Kommandant abrió la puerta y salió. Al cabo de un momento estaba otra vez dentro del coche, en el asiento del conductor, buscando las llaves. Habían desaparecido.

—Debería haber supuesto que ese cerdo iba a hacerme algo así —masculló el Kommandant y se prometió darle una lección a Els en cuanto

stuffed, waited for Els to return. As the minutes passed and Els continued his search for the elusive Toby, the Kommandant's terror grew.

5 "I can't sit here all night," he thought. "I'll have to go and find him," and he climbed out and moving stealthily stole into the garden. Around him bushes assumed strange and terrifying shapes and the moon
10 which had proved so illuminating but a few minutes before discovered a convenient cloud to hide behind. In the darkness and not daring to shout, Kommandant van Heerden stumbled on a flowerbed and fell
15 flat on his face. "Dog roses," he thought bitterly, clutching his face and as he clambered to his feet, Kommandant van Heerden's ears and eyes caught sight and sound of two things that sent his heart racing in his breast. The car's engine had
20 started on the forecourt. Els had found the Dobermann and was departing. As the car's headlights swung round floodlighting the front of Jacaranda House, the Kommandant stood rigid in the flowerbed staring into the
25 night sky at something far more sinister than the house itself. A faint plume of smoke was issuing slowly but steadily from one of the chimneys of the deserted mansion. Kommandant van Heerden was
30 not alone.

Clutching his heart, the Kommandant fell back among the roses and passed out. When he came round from what he chose to call his first heart
35 attack, it was to hear a voice he had hoped never to hear again.

"Nights of wine and roses, Kommandant?" it inquired, and as the
40 Kommandant stared up he saw outlined against the drifting clouds the elegant figure of Miss Hazelstone. She was dressed as he had seen her first, and not, he thanked heaven, in the dreadful salmon-pink suit.
45

"You're not going to lie there all night, I hope," Miss Hazelstone continued. "Come into the house and I'll make you some coffee."
50

"Don't want any coffee," the Kommandant mumbled, disengaging himself from the rose bushes.

"You may not want it, but that's
55 what you obviously need to **sober you up**. I'm not having drunken policemen stumbling about my garden ruining the flowerbeds at this time of night," and bowing to that authority he could
60 never resist, Kommandant van

regresase. Pero pasaban los minutos y Els seguía su búsqueda del escurridizo Toby, y el terror del Kommandant iba en aumento.

«No puedo pasarme toda la noche aquí sentado», pensaba. «Tendré que salir a buscarle», y se apeó del coche, y avanzando cautelosamente, entró en el jardín. A su alrededor, matorrales y arbustos asumían formas extrañas y terribles y la luna, que, sólo unos minutos antes, había resultado tan iluminadora, descubrió una nube oportuna para esconderse detrás. Sin ver nada y sin atreverse a gritar, el Kommandant van Heerden tropezó con un seto de flores y cayó al suelo de bruces. «Rosas caninas», pensó irritado, llevándose la mano a la cara y poniéndose de pie torpemente. Y en ese momento, los oídos y los ojos del Kommandant van Heerden captaron una visión y un sonido de dos cosas que le pusieron a cabalgar el corazón desbocado en el pecho. El coche se había puesto en marcha. Els había encontrado el doberman y se iba. Mientras los faros giraban y bañaban de luz la fachada de la mansión, el Kommandant, plantado allí, rígido entre las flores, mirando fijamente al cielo nocturno, vio algo mucho más siniestro que la casa misma. Una nubécula de humo se alzaba despacio, pero firme, por una de las chimeneas de la mansión abandonada. El Kommandant van Heerden no estaba solo.

Llevándose las manos al pecho, el Kommandant cayó de espaldas entre las rosas y se desmayó. Cuando volvió en sí de lo que decidió llamar su primer ataque cardíaco, oyó una voz que había tenido la esperanza de no volver a oír más.

—Noches de vino y rosas, ¿eh Kommandant? —preguntaba, y el Kommandant alzó la vista y vio perfilada contra móviles nubes, la elegante silueta de la señorita Hazelstone. Vestía como la primera vez que la había visto y no llevaba, y el Kommandant dio gracias al cielo por ello, aquel traje rosa salmón tan horroroso.

—Supongo que no pensará pasarse toda la noche ahí —continuó la señorita Hazelstone—. Vamos a casa, le prepararé un café.

—No quiero café —masculló el Kommandant, librándose de las ramas del rosal.

—Quizás usted no lo quiera, pero es, evidentemente, lo que necesita para **despejarse**. No estoy dispuesta a dejar que policías borrachos anden dando tumbos por mi jardín y destrozándome los setos de flores a estas horas de la noche —e inclinándose a aquella autoridad a la que nunca era capaz de oponerse, el

sober *adj.* & *n.* 1 not affected by alcohol, sobrio. 2 not given to excessive drinking of alcohol. 3 moderate, well-balanced, tranquil, sedate, serio, formal, sensato, sereno. 4 not fanciful or exaggerated (*the sober truth, la pura verdad*). 5 (of a colour etc.) quiet and inconspicuous, discreto.
— *v.tr.* & *intr.* 1 (often foll. by *down, up*) make or become sober or less wild, reckless, enthusiastic, visionary, serenarse, calmarse, etc. (*a sobering thought*). 2 Decir con seriedad

Heerden found himself once more in the drawing-room of Jacaranda House. The room was in darkness except for the lamp on a film projector which stood on a small table.

“I was just running through some old films I took, before I burn them,” Miss Hazelstone said, and the Kommandant understood the faint plume of smoke he had seen issuing from the chimney. “I shan’t be able to see them in prison, and besides I think it’s better to forget the past, don’t you, Kommandant?”

The Kommandant had to agree. The past was something he would have paid a fortune to forget. Unfortunately, it was all too present in his mind’s eye. Trapped between his own terror and a sense of deference made all the more persuasive by the erratic beating of his heart, the Kommandant allowed himself to be seated in a low chair from which he expected never to rise, while Miss Hazelstone turned on a reading lamp.

“There’s some coffee left over from supper,” Miss Hazelstone said. “I’ll have to heat it up, I’m afraid. In the normal way I would have some fresh made, but I’m rather short of home help at the moment.”

“I don’t need any coffee,” the Kommandant said, and regretted his words immediately. He might have had a chance to escape if Miss Hazelstone had gone to the kitchen. Instead she looked at him doubtfully and sat down opposite him in the wing-backed armchair.

“Just as you like,” she said. “You don’t look unusually drunk. Just rather pale.”

“I’m not drunk. It’s my heart,” said the Kommandant.

“In that case, coffee is the worst thing for you. It’s a stimulant, you know. You should try to avoid any form of stimulation.”

“I know that,” said the Kommandant.

There was a pause, broken finally by Miss Hazelstone.

“I suppose you’ve finally come to arrest me,” she said. The Kommandant couldn’t think of anything he would like to do more, but he didn’t seem to have the energy. Mesmerized by the house and the air of gentle melancholy he found so fascinating in the old woman, he sat in his chair

Kommandant van Heerden se vio una vez más en el salón de la mansión de Jacaranda. La habitación estaba a oscuras salvo por la lámpara que había sobre un proyector cinematográfico instalado en una mesa pequeña.

—Estaba precisamente viendo unas películas antiguas que tomé, antes de quemarlas —dijo la señorita Hazelstone, y el Kommandant comprendió el origen de la nubécula de humo que había visto salir por la chimenea—. En la cárcel no podré verlas, y, además, creo que es mejor olvidar el pasado, ¿no cree usted, Kommandant?

El Kommandant estaba de acuerdo, por supuesto. El pasado era algo que él habría pagado una fortuna por olvidar. Por desgracia, estaba demasiado presente en su pensamiento. Atrapado entre su propio terror y una sensación de respeto que hacía mucho más persuasivo el errático latir de su corazón, el Kommandant aceptó sentarse en un sillón del que esperaba no levantarse nunca, mientras la señorita Hazelstone encendía una lamparita.

—Queda un poco de café de la cena —dijo la señorita Hazelstone—. Creo que tendré que calentarlo. Normalmente habría tenido café recién hecho, pero en este momento, estoy sin servicio, prácticamente.

—No necesito café —dijo el Kommandant, y lamentó de inmediato haberlo dicho. Podría haber tenido ocasión de escapar si la señorita Hazelstone se hubiera ido a la cocina. Pero, en vez de eso, le miró dubitativa y se sentó frente a él, en el sillón de orejas.

—Como guste —contestó—. No parece estar usted demasiado borracho. Sólo un poco pálido.

—No estoy borracho. Es el corazón.

—En ese caso, el café es lo peor para usted. Es un estimulante, sabe. Debe usted procurar evitar todo tipo de estimulación.

—Ya lo sé, ya.

Luego hubo una pausa que rompió al fin la señorita Hazelstone.

—Supongo que ha venido usted por fin a detenerme —dijo. El Kommandant no podía pensar en nada que le gustase más que detenerla, pero no parecía tener energía suficiente. Hipnotizado por la casa y el aire de elegante melancolía de aquella mujer que tanto le fascinaba, siguió allí sentado escuchando el

listening to his palpitations.

“I suppose Jonathan has confessed already,” Miss Hazelstone said by way of polite conversation. The Kommandant nodded.

“Such a waste,” Miss Hazelstone continued. “The poor boy suffers from such a sense of guilt. I can’t imagine why. I suspect it’s because he had such a blameless childhood. Guilt is so often a substitute for good honest-to-goodness evil. You must find that in your profession, Kommandant.”

In his profession, the Kommandant had to agree it very often was, but he couldn’t see the relevance in the case of a man who had several prison sentences behind him. He felt himself once more succumbing not only to deference but also to a sense of unease that Miss Hazelstone’s conversation seemed to induce in him.

“I never suffered from the same weakness,” Miss Hazelstone continued primly. “If anything, I had difficulty finding anything to do that wasn’t depressingly good. Like the Devil, I too have felt how awful goodness is. So boring, but I daresay you don’t have the same opportunity for being nauseated by it.”

“I daresay you’re right,” said the Kommandant whose feeling of nausea sprang from quite different causes.

“As you must have gathered, I have done my best to bring a little gaiety into my life,” Miss Hazelstone went on. “I write for the papers, you know.”

Kommandant van Heerden knew only too well.

“A little column every now and then on fashion and tasteful living.”

“I have read some of your articles,” said the Kommandant.

“I do hope you didn’t follow my advice,” Miss Hazelstone went on. “They were written with my tongue in my cheek, and I had great fun thinking up the most awful combinations of colours. Everybody took my recommendations seriously too. I think I can honestly say that I have made more homes un-liveable in than all the termites in South Africa.”

Kommandant van Heerden gaped at her. “Why on earth should you want to do that?” he asked.

palpitar de su corazón.

—Supongo que Jonathan ya habrá confesado —dijo la señorita Hazelstone en el tono de quien inicia una charla social. El Kommandant asintió.

—Qué lástima —continuó la señorita Hazelstone—. Ese pobre chico padece de complejo de culpabilidad. No entiendo por qué. Sospecho que es porque ha tenido una niñez impecable. La culpa suele ser tantas veces un sustituto de la maldad honrada y decente. Supongo que eso debe verse muy a menudo en su profesión, Kommandant.

El Kommandant hubo de aceptar que era muy frecuente en su profesión, pero no podía entender la importancia que podía tener en el caso de un hombre que tenía varias penas de cárcel a la espalda. Sintió que sucumbía una vez más no sólo al respeto sino también a una sensación de desasosiego que parecía provocar en él la conversación de la señorita Hazelstone.

—Yo jamás he padecido esa debilidad —continuó tranquilamente la señorita Hazelstone—. En realidad, me resultaba difícil encontrar cosas que hacer que no fueran deprimentemente buenas. Yo, como el diablo, he sentido también lo horroroso que es el bien. Es tan aburrido. Pero estoy segura de que usted no tiene la misma posibilidad de que le repugne.

—Creo que tiene usted razón —dijo el Kommandant, a quien le causaban repugnancia otras cosas muy distintas.

—Como debe haber deducido usted, he hecho todo lo posible por introducir un poquito de alegría en mi vida —continuó la señorita Hazelstone—. Escribo para los periódicos, sabe.

El Kommandant van Heerden lo sabía demasiado bien.

—Una columnita de vez en cuando sobre moda y sobre la vida elegante.

—He leído algunos artículos suyos —dijo el Kommandant.

—Espero que no haya seguido mis consejos —continuó la señorita Hazelstone—. Los escribí irónicamente. Y lo pasé muy bien imaginando las combinaciones más espantosas de colores. Además, todo el mundo se tomó mis consejos en serio. Creo que puedo decir honradamente que he hecho inhabitables más hogares de Sudáfrica que todas las termitas juntas.

El Kommandant van Heerden la miró asombrado. —¿Y porqué demonios quiso hacer una cosa así? —preguntó.

“A sense of moral duty,” Miss Hazelstone murmured. “My brother has given his life to spread light and goodness, I have merely sought to redress the balance. If people choose to follow my advice to put maroon wallpaper next to orange curtains, who am I to say them nay? People who believe that having a pink skin makes them civilized, while having a black one makes a man a savage, will believe anything.”

“You mean to say you don’t believe in apartheid?” the Kommandant asked in astonishment.

“Really, Kommandant, what a silly question,” Miss Hazelstone replied. “Do I behave as though I believed in it?”

Kommandant van Heerden had to admit that she didn’t.

“You can’t live with a Zulu for eight years and still believe in segregation,” Miss Hazelstone went on. “As a matter of fact, the films I have just been looking at are ones I took of Fivepence. I wonder if you would care to see one.”

Kommandant van Heerden hesitated. What he had already seen of the cook didn’t dispose him to want to see any more.

“I admire your delicacy of feeling,” Miss Hazelstone said, “but you need not hesitate. I don’t in the least mind sharing my memories with you,” and she started the projector.

A moment later the Kommandant saw on a screen at the far end of the room, the object of Miss Hazelstone’s passion, moving about the garden of Jacaranda House as it had been in the summer some years before. The film had been shot from the same angle and in the same corner of the garden as had its actor nearly a decade later. At first sight the Kommandant had the illusion that there had been no murder and that he had dreamt the events of the preceding days. It was an illusion that did not last. As the image of Fivepence grew larger on the screen, the Kommandant decided that he preferred the reality he had known to the fantastic scene he was now witnessing. There had, he noted, been something almost healthy about the corpse of Fivepence. Living, the Zulu cook had quite clearly been diseased.

romp *A noun* **1** play, frolic, **romp**, gambol, caper *gay or light-hearted recreational activity for diversion or amusement; «it was all done in play»; «their frolic in the surf threatened to become ugly»* **2** runaway, blowout, **romp**, laughter, shoo-in, walkaway *an easy victory* **3** tomboy, **romp**, hoyden *a girl who behaves in a boyish manner*
B verb **1 romp** win easily; «*romp a race*» **2** frolic, lark, rollick, skylark, disport, sport, **cavort**, gambol, frisk, run around, lark about *play boisterously; «The children frolicked in the garden»; «the gamboling lambs in the meadows»; «The toddlers romped in the playroom»* **3 romp** run easily and fairly fast
romp *n.* retozo, jugueteo

—Por una sensación de deber moral —murmuró la señorita Hazelstone—. Mi hermano ha consagrado su vida a propagar la luz y el bien, yo he buscado sólo equilibrar la balanza. Si la gente decide seguir mis consejos de poner un empapelado marrón con cortinas naranja, ¿quién soy yo para decirles que no lo hagan? La gente que cree que por tener la piel de color rosa es civilizada mientras que tenerla negra le convierte a uno en un salvaje, puede creer cualquier cosa.

—¿Quiere usted decir que no cree en el *apartheid*? —preguntó atónito el Kommandant.

—Kommandant, por Dios, qué pregunta tan tonta —contestó la señorita Hazelstone—. ¿Me comporto como si creyera en él?

El Kommandant van Heerden hubo de admitir que no.

—No se puede vivir con un zulú ocho años y seguir creyendo en la segregación —prosiguió la señorita Hazelstone—. En realidad, las películas que acabo de ver son unas que le hice a Cinco Peniques. ¿Le gustaría ver una?

El Kommandant van Heerden vaciló. Lo que había visto ya del cocinero no le predisponía a querer ver más.

—Admiro sus delicados sentimientos —dijo la señorita Hazelstone—, pero no tiene por qué vacilar. No me importa en absoluto compartir mis recuerdos con usted.

Y, dicho esto, puso el proyector en marcha. Al cabo de un momento, el Kommandant vio en la pantalla del fondo de la estancia el objeto de la pasión de la señorita Hazelstone moviéndose por el jardín de Jacaranda Park tal como era hacía unos cuantos veranos. La película se había tomado desde el mismo ángulo y en el mismo rincón del jardín en que había perecido su actor casi una década después. Al principio, el Kommandant tuvo la ilusión de que no había habido ningún asesinato y que había soñado los sucesos de los días precedentes. Fue una ilusión que no duró mucho. Cuando la imagen de Cinco Peniques se hizo mayor en la pantalla, el Kommandant decidió que prefería la realidad que había conocido a la escena fantástica que estaba presenciando. Había habido, consideró, algo casi saludable en el cadáver de Cinco Peniques. Pero, vivo, el cocinero zulú resultaba un ser patentemente enfermo.

cavort retozar, tontear

Tall and heavily built, he **cavorted** about the lawn like some appalling black nymph, and paused a moment to caress

Alto y corpulento, **cabrioleaba** por el césped como una sobre—cogedora ninfa negra, y paraba un momento a acariciar el

the bust of Sir Theophilus before kissing it passionately upon its unresponding mouth. Then he was off again, flitting about the garden and displaying his repulsive charms in a series of swirls and flounces designed to show off his garments to their very worst advantage. He was wearing a very short crimson frock trimmed with violet; as the Kommandant might have anticipated, it was made of rubber. As Fivepence executed his last pirouette and ended his performance with a curtsy, the Kommandant understood why Miss Hazelstone had murdered him. If the film was anything to go by, he had asked for it.

The film ended and Miss Hazelstone switched off the projector. "Well?" she said.

"I can see why you shot him," said the Kommandant.

"You can see nothing," Miss Hazelstone snapped. "What you have just seen appears to your crude mind to be quite horrible. To me it is beautiful." She paused. "That is life, a black man pretending to be a white woman, dancing steps of a ballet he has never seen, dressed in clothes made of a material totally unsuited to a hot climate on a lawn which was imported from England, and kissing the stone face of a man who destroyed his nation, filmed by a woman who is widely regarded as the arbiter of good taste. Nothing could better express the quality of life in South Africa."

Kommandant van Heerden was about to say that he didn't think she was very patriotic, when Miss Hazelstone stood up.

"I'll get my suitcase. I have one packed ready," she said, and was moving towards the door when a dark shape hurtled through the french windows and threw her to the ground.

It had taken Konstabel Els some time to locate the body of the Dobermann in the darkness, and in the end he had been guided more by smell than sight to the rubbish dump behind the house where Miss Hazelstone had deposited the dog. Carrying it carefully Els went back to the car and put the body in the boot. He climbed in and started the engine, and drove slowly off thankful that the Kommandant had not woken. It wasn't until he had got halfway down the hill into town that the absence of snores from the back led him to realize that he had been mistaken.

busto de Sir Theophilus antes de besarlo apasionadamente en la boca inmóvil. Se alejaba luego revoloteando por el jardín y desplegando sus encantos repugnantes en una serie de giros y contorsiones destinados a exhibir sus prendas del modo menos atractivo. Llevaba un vestido muy corto color carmesí guarnecido de violeta. Como podría haber supuesto el Kommandant, era de goma. Cuando Cinco Peniques ejecutó la última pirueta y concluyó su representación con un saludo, el Kommandant comprendió por qué le había asesinado la señorita Hazelstone. Y si la película era indicativa, él se lo había merecido, en realidad lo estaba pidiendo.

Concluyó la película y la señorita Hazelstone apagó el proyector.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Ahora entiendo por qué le mató.

—No entiende usted nada —replicó la señorita Hazelstone—. Lo que acaba de ver le parece a usted horroroso por la tosqueidad de su mente. Para mí, es bello —hizo una pausa—. Eso es la vida, un negro que pretende ser una mujer blanca, dando pasos de baile de un ballet que no ha visto jamás, ataviado con ropas hechas de un material totalmente impropio de un clima cálido, en un césped importado de Inglaterra, y besando el rostro pétreo de un hombre que destruyó su nación, filmado por una mujer a quien se considera el arbitro del buen gusto. Nada podría expresar mejor el carácter de la vida en Sudáfrica.

El Kommandant van Heerden estaba a punto de decir que no la consideraba muy patriota, cuando la señorita Hazelstone se levantó.

—Iré a por la maleta. Ya la tengo preparada —dijo, y se dirigía ya hacia la puerta cuando una forma oscura irrumpió por la puertaventana, derribando a la señorita Hazelstone.

El Konstabel Els había demorado un rato en localizar el cuerpo del doberman en la oscuridad y, al final, se había orientado más por el olor que por la vista para llegar al estercolero que había detrás de la casa, donde la señorita Hazelstone había depositado al perro. Agarrándolo con cuidado, Els había vuelto al coche y lo había metido en el maletero. Luego, se había puesto al volante y había prendido el motor y se había alejado de allí despacio, dando gracias porque el Kommandant no se hubiera despertado. Hasta que no iba ya a medio camino de la ciudad, la ausencia de ronquidos atrás le llevó a pensar que se había equivocado.

With a curse he turned the car and headed back to the Park. He stopped in the drive and looked about. Kommandant van Heerden was nowhere to be seen. Els left the car and walked round the house and found himself looking into the lighted drawing-room where the Kommandant and Miss Hazelstone were talking. In the darkness Els wondered what the hell was going on. "The sly old devil," he thought to himself at last. "No wonder he wouldn't give me permission to come up here," and Els began to think he understood how it was that the Kommandant should be sitting chatting in a very friendly way with a woman who had a reward on her head. He knew now why the Kommandant had been so eager to pin the murder of Fivepence on Jonathan Hazelstone.

"The old sod's courting her," he thought, and a new respect for the Kommandant grew in Konstabel Els' mind. His own courtships were always accompanied by threats of violence or blackmail and it seemed obvious that the Kommandant, whose own lack of charm almost equalled that of Els, would have to employ pretty drastic methods to make himself at all attractive to a woman of Miss Hazelstone's wealth and social standing.

"He goes and arrests her brother for murder, and then puts a price on the old bag's head. What a way to get a dowry," Els exclaimed, and immediately thought how he could forestall the plan. With a rush he was across the lawn and into the room. As he hurled himself on the Kommandant's fiancée he yelled, "I claim the reward. I captured her," and from the floor looked up and wondered why the Kommandant was looking so relieved.

45

Chapter 16

To Kommandant van Heerden the transition of Miss Hazelstone from the mistress of Jacaranda House to the inmate of Fort Rapier Mental Hospital was a sad affair. As he watched the stretcher on which the old lady lay carried for the last time past the portraits of her ancestors in the fern-infested hall, he knew that an epoch was ending. No longer would Jacaranda House stand supreme in the eyes of Zululand society,

Con una maldición, dio la vuelta y enfiló de nuevo hacia la mansión. Paró en el camino de coches e investigó. El Kommandant van Heerden no aparecía por ninguna parte. Els dejó el coche y dio una vuelta a la casa y de pronto se vio frente al salón iluminado donde hablaban el Kommandant y la señorita Hazelstone. Els se preguntó, en la oscuridad, qué demonios pasaría. «Ese viejo zorro», pensó al fin. «Ahora entiendo por qué no me daba permiso para venir aquí», y Els empezó a pensar que entendía ya por qué el Kommandant estaba allí sentado charlando muy amistosamente con una mujer a cuya cabeza había puesto precio. Ahora sabía por qué el Kommandant tenía tantas ganas de colgarle el asesinato de Cinco Peniques a Jonathan Hazelstone.

«Ese viejo cerdo está cortejándola», pensó, y sintió un nuevo respeto por el Kommandant. Porque Els, cuando solicitaba a una mujer, acompañaba siempre su solicitud con amenazas de violencia o chantaje y parecía evidente que el Kommandant, cuya falta de encanto igualaba casi a la de Els, tenía que haber empleado métodos muy drásticos para resultar atractivo de algún modo a una mujer de la riqueza y posición social de la señorita Hazelstone.

«El tipo va y detiene a su hermano por asesinato, y luego pone precio a la cabeza de la vieja. Vaya sistema para conseguir una dote», exclamó Els, e inmediatamente pensó en cómo podría desbaratarle el plan. Rápidamente, cruzó el césped e irrumpió en la habitación. Mientras se lanzaba sobre la prometida del Kommandant, gritó:

—Reclamo la recompensa. La capturé yo.

Y alzó la vista del suelo y se preguntó por qué parecería tan aliviado el Kommandant.

16

Para el Kommandant van Heerden, el traslado de la señorita Hazelstone, su paso de dueña de la mansión de Jacaranda Park a la condición de interna en el manicomio de Fort Rapier, fue un asunto triste. Mientras contemplaba la camilla en la que llevaban a la vieja dama por última vez por entre los retratos de sus antepasados del vestíbulo infestado de helechos, el Kommandant van Heerden se daba cuenta de que concluía una época. La mansión de Jacaranda Park ya no se alzaría como bastión supremo a los ojos de la

the symbol of all that was best in the British occupation of Africa and an emblem of an aristocratic way of life. No more garden parties, no more grand balls, no more of those dinner parties for which Miss Hazelstone had such a reputation, nothing of importance would happen within these walls. The house would stand empty and sepulchral until the white ants or the demolition men cleared it away to make room for a new suburb. As Kommandant van Heerden turned off the lights and the house stood dark under the moon, he was filled with a great sense of loss. The old arrogance on which he had relied to sharpen his servility was gone. He was a free man, and the architect of his own freedom. It was the last thing that he wanted.

It was a cortège which passed up the drive and out the contorted gates, a funeral cortège of motorcycles and police cars accompanying the ambulance in which Miss Hazelstone slept the sleep of the heavily sedated. In the driver's seat of the leading car sat Konstabel Els, happy in the knowledge that he had earned his just reward, and behind him in the darkness Kommandant van Heerden wondered at the strangeness of fate which had made a creature like Els the instrument of the fall of the house of Hazelstone.

It was not as if Els was clever, the Kommandant thought, as the procession wound its way through the unlighted streets of Piemburg, nor was there anything vaguely intentional about his activities which would explain their effect. Els was merely chance, random and trivial in its ways.

"Entropy made man," the Kommandant said to himself, and opened the window. The car had begun to smell quite intolerable.

"Els," said the Kommandant, "you need a bath."

"Me, sir?" said Els.

"You, Els. You stink."

"Not me, sir. That's Toby."

"Who the hell's Toby?"

"The Dobermann, sir. He's a bit high."

"You mean you've got the carcass of a rotting dog in the car?" shouted the Kommandant.

60

sociedad de Zululandia, como símbolo de todo lo mejor de la ocupación británica en África y como emblema de un género de vida aristocrática. No habría ya más fiestas en sus jardines, no habría ya grandes bailes, no habría ya aquellos banquetes que habían hecho tan famosa a la señorita Hazelstone, no sucedería ya nada importante entre aquellas cuatro paredes. La casa se quedaría vacía, sepulchral, hasta que las hormigas blancas o los equipos de derribo la barrieran para dejar sitio a una nueva urbanización. El Kommandant van Heerden, mientras apagaba las luces y veía cómo la casa se sumía en la oscuridad bajo la luz de la luna, se sentía embargado por una gran sensación de vacío, de pérdida. La vieja arrogancia en la que se había apoyado para aguzar su servilismo había desaparecido. Era un hombre libre, y era el arquitecto de su propia libertad. Y eso era lo que menos deseaba.

Era un cortejo lo que subió por el camino de coches y salió por los portones retorcidos, un cortejo fúnebre de motos y coches celulares que acompañaban a la ambulancia en que la señorita Hazelstone dormía el sueño de los potentemente sedados. Al volante del primer vehículo iba el Konstabel Els, feliz por la certeza de que había ganado una justa recompensa y, tras él, en la oscuridad, el Kommandant van Heerden ponderaba las paradojas del destino que había hecho que una criatura como Els fuese el instrumento de la caída de la casa Hazelstone.

Eso no significaba que Els fuera más listo, pensaba el Kommandant, mientras la procesión se abría paso tortuosa a través de las oscuras calles de Piemburgo, ni que hubiese nada vagamente intencional siquiera en sus actividades que explicase los efectos de éstas. Els era tan sólo azar, casualidad y trivialidad en todos sus actos.

«La entropía hizo al hombre», se dijo el Kommandant, y abrió la ventanilla. El coche había empezado a oler de un modo insoportable.

—Els —dijo el Kommandant—, a ver si se baña usted.

—¿Yo, señor? —preguntó Els.

—Usted, Els, apesta.

—Yo no, señor. Eso es Toby.

—¿Y quién diablos es Toby?

—El doberman, señor. Huele un poco.

—¿Quiere decir usted que ha metido el cadáver putrefacto de un perro en el coche? —gritó Kommandant.

“Oh no, sir,” said Els. “He’s in the boot.”

The Kommandant was about to say that he wasn’t going to share his car with a putrefying Dobermann, when they passed through the gates of Fort Rapier and drove up the drive to the hospital.

In the moonlight the buildings of Fort Rapier looked much as they had done when the garrison occupied the barracks. A few bars had been added here and there to convert an establishment which had been designed to keep people out into one that served to keep them in, but the atmosphere had not altered. Irrationality had kept its hold on the place.

“Old traditions die hard,” the Kommandant thought as the car stopped at the edge of the parade ground. He stepped out and patted a field gun that had once seen service at Paardeberg where his grandfather had slept through its bombardment and which now stood like an iron pensioner overlooking the lunacies of another generation.

While Miss Hazelstone was taken into a ward reserved for the criminally insane, Kommandant van Heerden explained her case to the Superintendent, Dr Herzog, who had been summoned from his bed to deal with the case.

“Couldn’t you have waited till morning?” he asked grumpily. “I didn’t get to bed until one.”

“I haven’t been to bed at all,” said the Kommandant, “and in any case this is an emergency. Miss Hazelstone is something of a celebrity and her committal may arouse public comment.”

“She certainly is, and it certainly will,” said the doctor. “She happens to be the chief benefactress of this hospital.”

“She has evidently been providing for her own future which will be to remain here until she decides to die,” said the Kommandant.

“Who has diagnosed her?” asked Dr Herzog.

“I have,” said the Kommandant.

“I wouldn’t have thought you were qualified to.”

“I know a criminal lunatic when I see one. The police surgeon and her own doctor

—Oh no, señor —dijo Els—. Está en el maletero.

El Kommandant estaba a punto de decir que no estaba dispuesto a compartir su coche con un doberman en estado de descomposición, cuando cruzaron ya la entrada de Fort Rapier y enfilaron la cuesta hacia el hospital.

A la luz de la luna, los edificios de Fort Rapier se parecían mucho al aspecto que habían tenido cuando la guarnición ocupaba los cuarteles. Habían añadido unos cuantos barrotes aquí y allá, para convertir un establecimiento proyectado para que la gente no entrase en otro que servía para que no saliese. Pero la atmósfera no se había alterado. Seguía imperando allí el irracionalismo.

«Las viejas tradiciones tardan en morir» pensó el Kommandant cuando el coche paró al borde de la zona de instrucción. El Kommandant salió del vehículo y acarició un cañón de campaña que había servido en Paardeberg, donde su abuelo se había quedado dormido durante el combate y que ahora estaba allí plantado como un vigía de hierro dominando a los lunáticos de otra generación.

Mientras llevaban a la señorita Hazelstone a un pabellón reservado a los locos peligrosos, el Kommandant van Heerden explicó su caso al director, el doctor Herzog, al que habían levantado de la cama para ponerle en antecedentes del caso.

—¿No podía haber esperado usted hasta mañana?—preguntó, malhumorado—. Me acosté a la una.

—Pues yo no me he acostado todavía —dijo el Kommandant—, y, de cualquier modo, se trata de una emergencia. La señorita Hazelstone es una personalidad célebre y su ingreso puede provocar comentarios públicos.

—Lo es, desde luego, y los provocará sin duda —dijo el médico—. Además, es la principal benefactora de este centro.

—No hay duda de que ha estado proveyendo para su propio futuro, que será vivir aquí hasta que decida morir —dijo el Kommandant.

—¿Quién ha diagnosticado eso?—preguntó el doctor Herzog.

—Yo —dijo el Kommandant.

—No me parece que esté usted cualificado para hacer tal cosa.

—Conozco a un criminal lunático en cuanto lo veo. El médico de la policía y su propio médi-

will be up in the morning, and committal papers will arrive in due course.”

“It seems rather irregular,” said the doctor.

“As a matter of fact, it is irregular,” said the Kommandant. “But if you really want to know, we have pretty incontrovertible evidence that she has murdered someone. I won’t go into details but I can assure you that we have enough evidence to have her tried for murder. I think you understand that the trial of such a prominent person would not be in the public interest.”

“Good God,” said the doctor, “what is Zululand coming to? First her brother and now Miss Hazelstone.”

“Quite,” said the Kommandant. “It’s a reflection on our times.”

Having ensured that Miss Hazelstone would be allowed no visitors and that she would have no access to the Press or to her lawyers, the Kommandant took his leave. Dawn had broken when he crossed the great parade ground, and a few grey figures had emerged from the wards and were shuffling about sadly in the early sunlight.

“To think it had to end like this,” the Kommandant thought and his mind dwelt not so much on Miss Hazelstone as on the Imperial splendour that had once marched red-coated and supreme across the square. He stood for a moment imagining the regiments that had passed the saluting base on which Miss Hazelstone’s grandfather had stood before going to their deaths on Majuba Hill and Spion Kop and then he turned away and climbed into his reeking car.

When Miss Hazelstone woke to find herself in bed in a ward, she had difficulty understanding where she was. The decor and the row of beds brought back to her memories of her boarding school but her companions were hardly the gay carefree girls of her youth. Not that they were really gay, she thought lying back and studying the ceiling, merely expectant, which passed for gaiety. There was nothing remotely gay or expectant about the figures she could see now. Withdrawn into remote provinces of their own imaginations the patients wandered **listlessly** among the obstacles presented by reality. Miss Hazelstone looked at them and was tempted to follow their example. Only a sense of pride prevented her. “Such

co vendrán por la mañana y los documentos reglamentarios llegarán a su debido tiempo.

—Todo eso parece un poco irregular —dijo el médico.

—En realidad, lo es —corroboró el Kommandant—. Pero, si quiere usted saber la verdad, tenemos pruebas absolutamente irrefutables de que ha asesinado a una persona. No entraré en detalles, pero puedo asegurarle que tenemos pruebas suficientes para que se la juzgue por asesinato. Creo que comprenderá usted que el juicio de una persona tan distinguida sería contrario al interés público.

—¡Dios santo! —exclamó el médico—. ¿En qué se está convirtiendo Zululandia? Primero su hermano y ahora la señorita Hazelstone.

—Desde luego, sí —dijo el Kommandant—. Es un reflejo de los tiempos.

Tras asegurarse de que no se permitiría a nadie visitar a la señorita Hazelstone y que ésta no tendría acceso a la prensa ni a sus abogados, el Kommandant se fue. Había amanecido ya cuando cruzó la gran explanada donde hacían instrucción las tropas en otros tiempos, y habían surgido unas cuantas figuras grises de los pabellones del hospital que paseaban tristes a la primera luz del día.

«Pensar que iba a acabar así», pensó el Kommandant, y se refería no tanto a la señorita Hazelstone como al esplendor imperial que, invicto y supremo, había desfilado con casaca roja por la plaza. Se paró un momento e imaginó los regimientos que habían desfilado ante el estrado en el que el abuelo de la señorita Hazelstone les pasaba revista antes de ir a morir en Majuba Hill y en Spion Kop y luego dio la vuelta y subió a su apuesto vehículo.

La señorita Hazelstone se encontró, al despertar, en la cama de un pabellón hospitalario. No tuvo, sin embargo, muchas dificultades para hacerse cargo de dónde se encontraba. La decoración y la hilera de camas volvieron a traerle recuerdos del colegio donde había estado interna, aunque sus acompañantes no fuesen, precisamente, las chicas alegres y despreocupadas de su juventud. Ni era tampoco que hubieran sido alegres, en realidad, pensaba ella, allí echada y mirando al techo, sino meramente expectantes, lo cual pasaba por alegría. No había nada que fuese remotamente alegre ni expectante en las personas que podía ver ahora. Retirados en las regiones remotas de su propia imaginación, los pacientes vagaban **inertes** entre los obstáculos que les interponía la realidad. La señorita Hazelstone les miraba y sentía la tentación de seguir su ejemplo. Sólo el orgullo se lo impedía. «Qué

listless *adj.* lacking energy or enthusiasm; disinclined for exertion. Apático, indiferente, desganado, lánguido

lack of style,” she said to herself, and sitting on the edge of her bed looked round for her clothes.

5 In the days that followed she clung grimly to her arrogance, firmly rejecting the unreal worlds the other patients pressed on her.

10 “You may be,” she told a patient who introduced himself as Napoleon, “though I doubt it. I am Miss Hazelstone of Jacaranda House,” and even the staff learnt that it was unwise to address her simply as Hazelstone.

15 “Miss Hazelstone to you,” she snapped at a sister who made the mistake.

20 “One must keep up appearances,” she told Dr von Blimenstein, the psychiatrist who had been assigned to deal with the new patient, and who was trying vainly to get Miss Hazelstone to recognize the sexual origins of her illness. Dr von Blimenstein was so wildly eclectic in her approach that 25 it was difficult to tell which school of psychology she most favoured. She was known to prescribe electric-shock therapy in unlimited doses to the black patients, but with whites placed particular stress on sexual guilt as the cause of psychoses. She 30 was so successful in this approach that she had once even managed to cure a keeper at the Durban Snake Park of his anxiety neurosis about snakes. His phobia had, he claimed, been brought on by his having 35 been bitten on forty-eight separate occasions by snakes as venomous and varied as puff-adders, cobras, Gabon vipers, ringhals and asps, each of which had brought him to the verge of death. Dr von 40 Blimenstein had convinced the poor man that his fears were purely sexual in origin and resulted from a feeling of inadequacy brought on by the realization that his penis was neither so long nor so potent as a 45 mature python and had sent him back to work at the Snake Park where three weeks later he had been bitten, this time with fatal results, by a black mamba whose length he had been trying to measure by comparing it with his own erect member which he 50 knew to be six inches long. “Nine feet three inches,” he had just concluded, laying the mamba’s head against his glans penis. It was practically the last thing he could conclude, as the mamba with a ferocity 55 fully justified by the absurd comparison plunged its fangs into its symbolic counterpart. After that Dr von Blimenstein had turned away from psychoanalysis and had favoured a more behaviourist approach.

60

falta de estilo», se dijo, y, sentándose al borde de la cama, miró alrededor buscando su ropa.

En los días que siguieron, la señorita Hazelstone se aferró hoscamente a su orgullo, rechazando con firmeza los mundos irreales que los demás pacientes pretendían imponerle.

—Puede que lo sea —le dijo a una paciente que se le presentó como Napoleón—, aunque lo dudo. Yo soy la señorita Hazelstone de Jacaranda Park. Y hasta el personal de la institución aprendió que era imprudente dirigirse a ella llamándola simplemente Hazelstone.

—Señorita Hazelstone para usted —le dijo a una monja que cometió este error.

—Hay que mantener las apariencias —le dijo a la doctora von Blimenstein, la psiquiatra a la que habían asignado la nueva paciente y que intentaba en vano conseguir que la señorita Hazelstone reconociese los orígenes sexuales de su enfermedad. La doctora von Blimenstein era tan desmesuradamente ecléctica en su enfoque, que resultaba difícil determinar por qué escuela de psicología se inclinaba más. Era notorio que prescribía electrochoques en dosis ilimitadas a los pacientes negros, pero con los blancos insistía en la culpabilidad sexual como causa de psicosis. Tenía tanto éxito en su actividad, que en cierta ocasión había logrado incluso curar a un guarda del Serpentario de Durban de su neurosis de ansiedad relacionada con las serpientes. Él decía que su fobia se debía al hecho de que le habían mordido en cuarenta y ocho ocasiones diferentes serpientes tan venenosas y variadas como víboras del desierto, cobras, víboras del Gabón, y áspides, cada una de las cuales le había puesto al borde de la muerte. La doctora von Blimenstein había convencido al pobre hombre de que sus temores tenían un origen puramente sexual y eran consecuencia de una sensación de desajuste provocada por la idea de que su pene no era tan largo ni tan potente como una pitón adulta y le había enviado de nuevo a trabajar en el serpentario, donde, tres semanas después, le había mordido, esta vez con fatales consecuencias, una mamba negra cuya longitud intentaba él comparar con la de su propio miembro erecto, el cual sabía que alcanzaba los dieciocho centímetros de longitud. «Treinta y cinco centímetros», acababa de deducir, apoyando la cabeza de la mamba contra su *glans penis*. Fue prácticamente lo último que pudo decir, pues la mamba, con ferocidad plenamente justificada por la absurda comparación, hundió los colmillos en su contrapartida simbólica. Tras lo cual, la doctora von Blimenstein se había apartado del psicoanálisis y se había decidido por un enfoque más conductista.

With Miss Hazelstone she decided there was no danger of such tragic results and she had encouraged the patient to record her dreams so that these could be examined for the symbolic meaning which would explain all her problems. The trouble was that Miss Hazelstone never dreamt and the concocted dreams that she supplied the doctor with were down-to-earth in the extreme. They were for one thing punctuated with phalluses and vaginas which no amount of symbolic interpretation could turn into anything else.

“How about snakes, or steeples?” Miss Hazelstone inquired when the doctor explained how difficult it was.

“I’ve never heard of people having dreams about penises before,” said the doctor.

“Probably **wish-fulfilment dreams**,” Miss Hazelstone said and went on to describe a dream in which a creature called Els had struggled with a black dog on a lawn.

“Extraordinary,” said von Blimenstein, “**absolutely** archetypal,” and had begun to talk about the Shadow struggling with Instinctual Libido.

“Yes, it struck me like that at the time,” said Miss Hazelstone cryptically. After several weeks of these dreams the doctor had begun to think she would be able to write a monograph on “The Policeman Archetype in South African Psychology” using this material.

For Miss Hazelstone these interviews provided a break from the boredom of life in Fort Rapier.

“Madness is so monotonous,” she told the doctor. “You would think that fantasies would be more interesting, but really one has to conclude that insanity is a poor substitute for reality.”

Then again, when she looked around her, there didn’t seem to be any significant difference between life in the mental hospital and life in South Africa as a whole. Black madmen did all the work, while white lunatics lounged about imagining they were God.

“I’m sure the Almighty has more dignity,” Miss Hazelstone said to herself, as she watched the shuffling figures moving aimlessly about the grounds. “And I’m sure He hasn’t **delusions** of

Con la señorita Hazelstone la doctora decidió que no había peligro alguno de que pudieran darse resultados tan trágicos, y había animado a la paciente a explicar sus sueños de modo que pudiese examinarlos y extraer el significado simbólico que explicaría todos los problemas de la paciente. El problema era que la señorita Hazelstone jamás soñaba, y los sueños inventados que suministró a la doctora eran sumamente realistas y vulgares. Estaban, por una parte, salpicados de falos y vaginas, que ninguna cuantía de interpretación simbólica podía convertir en algo diferente.

—¿Y serpientes, o campanarios? —preguntó la señorita Hazelstone, cuando la doctora explicó lo difícil que era.

—Nunca en mi vida he oído que alguien sueñe con penes —dijo la doctora.

—Probablemente sean **sueños de cumplimiento de deseos** —dijo la señorita Hazelstone, y continuó describiendo un sueño en que una criatura llamada Els había luchado con un perro negro en el césped de un jardín.

—Extraordinario —dijo von Blimenstein—, **absolutamente** arquetípico. Y luego, se había puesto a hablar del Espíritu luchando con la Libido Instintiva.

—Sí, eso mismo me pareció a mí en el momento —dijo crípticamente la señorita Hazelstone. Después de varias semanas de sueños de este tipo, la doctora había empezado a pensar que podía escribir una monografía sobre «El arquetipo del policía en la psicología sudafricana», utilizando aquel material.

Para la señorita Hazelstone, estas entrevistas constituían una diversión frente al aburrimiento de la existencia en Fort Rapier.

—La locura es tan monótona —le explicaba a la doctora—. En principio, uno piensa que las fantasías pueden resultar más interesantes que la realidad, pero, al final, llegas a la conclusión de que la locura es un pobre sustituto de la realidad.

Por otra parte, cuando miraba en torno suyo, no parecía existir ninguna diferencia significativa entre la vida en un manicomio y la vida en Sudáfrica en su conjunto. Todo el trabajo lo hacían los locos negros, mientras que los locos blancos vagaban por allí imaginándose que eran Dios.

«Estoy segura de que el Todopoderoso tiene más dignidad», se decía la señorita Hazelstone, observando a aquellos sujetos que vagaban sin rumbo por el recinto del manicomio. «Estoy segura, además, de que Él no tiene

absolute es un adjetivo de moda en EEUU que no solo traduce *absoluto* [*independiente, decisivo, ilimitado, terminante, categórico*], sino otros conceptos más o menos similares, como *total, completo, verdadero, pleno, perfecto, rotundo, incondicional, indiscutible, auténtico*. El adverbio **absolutely** es *absolutamente*, y sigue los pasos del adjetivo en frecuencia y en significados.

An absolute idiot = un perfecto idiota.

An absolute goddess = toda una diosa.

Absolute nonsense = pura tontería.

This cathedral is an absolute jewel. = Esta catedral es una verdadera joya.

The newlyweds enjoy absolute happiness. = Los recién casados gozan de completa felicidad.

You can rely on my absolute support. = Cuenta con mi apoyo incondicional.

He’s an absolute coward. = Es un perfecto cobarde.

grandeur.”

The news that his sister had finally been found and was now an inmate in Fort Rapiér Mental Hospital came as no surprise to the Bishop of Barotseland. “She was never very sane,” he told the Kommandant who came to see him personally to break the news, and demonstrated once more that lack of family loyalty the Kommandant found so deplorable in one who belonged to such an illustrious line, by adding, “The best place for her. She should have been certified years ago.” The Bishop was shedding all his illusions, it seemed, and certainly he had ceased to feel kindly towards his sister and had stopped thinking she was merely mildly eccentric.

“I have a great admiration for Miss Hazelstone,” said the Kommandant coldly. “She was a remarkable woman and Zululand will be the poorer for her passing.”

“You speak of her as though she were already dead,” said the Bishop, whose thoughts about mortality were markedly more frequent since he had moved into Bottom. “I suppose in a way she has gone to a better life.”

“She won’t be leaving there until she is dead,” said the Kommandant grimly. “By the way, your trial starts next week so if you have anything to say in your defence you had better start thinking about it now,” and the Kommandant had gone away convinced that Jonathan Hazelstone deserved his fate.

The Bishop, left alone in his cell, decided that there was really nothing he could do to add to the confession he had made. It seemed to him a perfectly adequate defence in itself. Nobody on earth could possibly believe he had committed the crimes he had admitted to, and he doubted if any but an expert on High Church ritual could disentangle criminal offences from ecclesiastical practices. No judge worth his salt could ever condemn him for latitudinarianism. The Bishop lay down on the mat on the floor of his cell which served as his bed and looked forward to the verdict he was sure would free him.

“It probably won’t even come to that,” he thought cheerfully. “The judge will throw the prosecution case out of court.”

As usual with the Bishop of Barotseland’s prognostications events were to prove him entirely wrong. The Judge

delirios de grandeza.»

La noticia de que al fin habían encontrado a su hermana y de que la habían internado en el manicomio de Fort Rapiér no fue ninguna sorpresa para el obispo de Barotselandia.

—Mi hermana nunca estuvo bien de la cabeza —le dijo al Kommandant, que fue a verle personalmente para darle la noticia, y una vez más demostró aquella falta de lealtad familiar que tan deplorable consideraba el Kommandant en alguien que pertenecía a una estirpe tan ilustre; añadió—: Para ella es el mejor sitio. Hace años que debería estar internada.

El obispo abandonaba todas sus ilusiones, al parecer, y desde luego, había dejado de sentir aprecio por su hermana y de considerarla sólo un poco excéntrica.

—Yo siento una gran admiración por la señorita Hazelstone —dijo fríamente el Kommandant—. Fue una mujer notable y una gran pérdida para Zululandia.

—Habla usted de ella como si hubiera muerto —dijo el obispo, que pensaba mucho más en la mortalidad desde que se encontraba en la cárcel—. Supongo que, en cierto modo, ha pasado a mejor vida.

—No saldrá de allí hasta su muerte —dijo lúgubrememente el Kommandant—. Por cierto, su juicio se celebrará la semana que viene, de modo que si tiene algo que decir en su defensa, será mejor que empiece a pensar en ello —y el Kommandant se había ido convencido de que Jonathan Hazelstone se merecía su destino.

Al quedarse solo en la celda, el obispo decidió que nada podía hacer, en realidad, para modificar la confesión que ya había hecho. Le parecía una defensa perfectamente razonable en sí misma. Nadie en el mundo podía llegar a creer que él hubiera cometido los crímenes que confesaba, y dudaba de que alguien que no fuera un especialista en el ritual de la High Church pudiera diferenciar las infracciones penales de las prácticas eclesiales. Ningún juez digno de tal nombre podría condenarle jamás por latitudinarianismo. El obispo se tumbó en el colchón que había en el suelo de la celda, que le servía de cama, deseoso de que llegase el veredicto que, estaba seguro, dispondría su puesta en libertad.

«Seguramente ni se llegue siquiera a eso», pensó alegremente. «El juez sobreseerá el caso sin más.»

Los pronósticos del obispo de Barotselandia, como siempre, resultaron totalmente erróneos. Se eligió para ver el caso

chosen to hear the case was Justice Schalkwyk, whose mother had died in a British concentration camp and who was noted both for his deafness and his loathing
 5 for all things British. The attorney for the defence, Mr Leopold Jackson, was likewise handicapped physically by a cleft palate which made his speeches almost inaudible, and who was in any case known for his tendency to defer to the authority of judges.
 10 He had been chosen to conduct the defence by the accused man's heirs, distant cousins who lived in a poor section of Capetown and who hoped by speeding the course of justice to avoid any further unwelcome
 15 publicity which would besmirch the family name. Mr Jackson was only allowed to see his client a few days before the trial began, and then only in the presence of Konstabel Els.

20 The interview took place in Bottom and was marked by an almost complete misunderstanding from the start.

"You thay you've thigned a confethion. 25 Motht unfortunate," said Mr Jackson.

"It was made under duress," said the Bishop.

30 "It wasn't," said Els. "It was made in here."

"Under dureth," said Mr Jackson. "Then it won't thtand up."

35 "I don't expect it to," said the Bishop.

"It can't," said Els. "Confessions never do."

40 "How wath it forthed out of you?"

"I was made to stand up."

45 "You weren't," said Els. "I let you sit down."

"So you did," said the Bishop.

"Tho it wathn't made under dureth," said Mr Jackson.

50 "I told you just now. It was made in here," said Els.

55 "It was partly made under duress," said the Bishop.

"Don't listen to him," said Els. "I know where it was made. It was made in here."

60 "Wath it made in here?" asked Mr Jackson.

al juez Schalkwyk, cuya madre había muerto en un campo de concentración inglés, y famoso por su sordera y por su desprecio a todo lo británico. El abogado defensor, el señor Leopold Jackson, también tenía cierta limitación física, consistente en una fisura palatina que hacía casi inaudibles sus discursos, y era también famoso por su tendencia a someterse a la autoridad de los jueces. Le habían elegido para llevar la defensa los herederos del acusado, primos lejanos que vivían en un barrio pobre de Ciudad del Cabo y que albergaban la esperanza de acelerar el curso de la justicia para evitar más publicidad desagradable que empañaría el buen nombre de la familia. Al señor Jackson sólo le permitieron ver a su cliente unos días antes de iniciarse el juicio, y, además, sólo en presencia del Konstabel Els.

La entrevista tuvo lugar en la cárcel y se distinguió, desde un principio, por la falta de comunicación entre los interlocutores.

—Y dice uztez que firmó una confesión. Qué láztima —dijo el señor Jackson.

—Se hizo bajo coacción —corrigió el obispo.

—No es verdad —dijo Els—. Se hizo aquí.

—Bajo coacción —dijo el señor Jackson—. Entoncez no cervirá.

—No creo —dijo el obispo.

—Cómo no va a servir —dijo Els—. Pues claro que sí.

—¿Cómo le coaccionaron para que confezara?

—Me obligaron a mantenerme de pie.

—No es verdad —dijo Els—. Yo le dejé sentarse.

—Sí, eso es cierto —admitió el obispo.

—Ací que no hubo coacción —dijo el señor Jackson.

—Acabo de decírselo. Se hizo aquí —dijo Els.

—Hubo coacción en parte —dijo el obispo.

—No le haga caso —dijo Els—. Yo sé dónde se hizo. Se hizo aquí.

—¿Ce hizo aquí? —preguntó el señor Jackson.

- “Yeth,” said the Bishop, lapsing into legal jargon. —Sí —dijo el obispo.
- 5 “There you are. I told you it was,” said Els. —Ahí tiene. ¿Qué le dije yo? —dijo Els.
- “There theemth to be thome confuthion,” said Mr Jackson. “What did you confeth to?” —Parece que ecizte una confución —dijo el señor Jackson—. ¿Qué confezó uztez?
- 10 “Genuflexion with a rubber prick,” said Els hurriedly forestalling lesser crimes. —Genuflexión con una lúbrica —se apresuró a decir Els, desechando delitos menores.
- “Genuflecthion with a what?” Mr Jackson asked. —¿Genuflección con qué? —preguntó el señor Jackson.
- “He means a rubric, I think,” said the Bishop. —Quiere decir rúbrica, creo —dijo el obispo.
- 20 “I don’t. I mean a rubber prick,” said Els indignantly. —No no. Quiero decir lúbrica —dijo Els indignado.
- “Thoundth a thrange thort of offenth,” said Mr Jackson. —Qué delito tan eztraño —dijo el señor Jackson.
- 25 “You’re telling me,” said Els. —Y que lo diga —dijo Els.
- “I thought thith wath a capital cathe,” said Mr Jackson. —Yo creía que ce trataba de un cazo capital —dijo el señor Jackson.
- 30 “It is,” said Els, “I’m enjoying it no end.” —Lo es —dijo Els—. Yo estoy disfrutándolo muchísimo.
- “Genuflecthing ithn’t a crime under Thouth African law.” —Genuflección no ez un delito, cegún el derecho zuzaficano.
- 35 “It is with a rubber prick,” said Els. —Es con una lúbrica —dijo Els.
- “There were some other crimes in my confession,” said the Bishop. —Hay más delitos en mi confesión —dijo el obispo.
- 40 “Thuthch ath?” —¿Cuález?
- “Murder,” said the Bishop. —Asesinato —dijo el obispo.
- “Lesbianism,” said Els. —Lesbianismo —continuó Els.
- 45 “Lethbianithm? Thatth impothible. A man can’t commit lethbianithm. Are you thure you’ve got the right cathe?” —¿Lezbianizmo? Ezo ez impocible. Un hombre no puede cometer lezbianizmo. ¿Eztá uztez ceguro de que ez el cazo correcto?
- “Positive,” said Els. —Segurísimo —dijo Els.
- 50 “Would you mind allowing my client to thpeak for himthelf?” Mr Jackson asked Els. —¿Le importaría dejar que mi cliente hablaze por zí mizmo? —preguntó el señor Jackson a Els.
- 55 “I’m just trying to help,” said Els aggrieved. —Yo sólo intento ayudar —dijo Els, ofendido.
- “Now then,” Mr Jackson went on, “ith it true that you have admitted to being a lethbian?” —Vamoz a ver —continuó el señor Jackson—. ¿Ez cierto que ha admitido uztez cer lezbiana?
- 60

“As a matter of fact, yes,” said the Bishop.

“And a murderer?”

5 “It does seem strange, doesn’t it?” said the Bishop.

10 “It thoundth fantathtic. What elth did you confeth?”

The Bishop hesitated. He did not want Mr Jackson to object to his confession before it was read out in court. Everything depended on the absurdity of the document and Mr Jackson did not look like a lawyer who would understand that.

20 “I think I would prefer the case to go forward as it is,” he said, and excusing himself on the ground that he was tired, ushered the attorney out of the cell.

“Thee you on the day,” Mr Jackson said cheerily, and left Bottom.

25 It was not due to Mr Jackson however, that Jonathan Hazelstone’s confession never reached the court in its unabridged version. It was thanks rather to the conscientiousness of Luitenant Verkramp who, eager for praise, had sent a copy of the confession to BOSS in Pretoria. The head of the Bureau of State Security found the document on his desk one morning and read the thing through with a growing sense of disbelief. It wasn’t that he was unused to reading extravagant confessions. After all the Security Branch existed to manufacture them and he could boast that it had a reputation in this respect second to none. One hundred and eighty days in solitary confinement and days of standing up without sleep while being questioned had the tendency to produce some pretty damning admissions from the suspects, but the confession that Verkramp had sent him made all previous ones look positively tame.

30 “The man’s out of his mind,” he said after ploughing through a catalogue of crimes that included necrophilia, flagellation and liturgy, but it was not certain which man he was referring to. After a conference with leading members of the Government, BOSS decided to intervene in the interests of Western civilization incarnate in the Republic of South Africa and using the powers bestowed on it by Parliament, ordered the suppression of nine-tenths of the confession. Judge Schalkwyk was to try, convict, and condemn the prisoner, with no opportunity to appeal, on charges of murdering one

—Pues sí, la verdad —dijo el obispo.

—¿Y acecino?

—Parece extraño, ¿verdad? —dijo el obispo.

—Parece fantástico. ¿Qué más confezó uztez?

El obispo vaciló. No quería que el señor Jackson pusiera objeciones a su confesión, antes de que la leyeran en el juicio. Todo se basaba en lo absurdo de tal documento y el señor Jackson no parecía un abogado capaz de entenderlo.

—Creo que preferiría que el caso siguiera adelante tal como está —dijo, y excusándose, con el pretexto de que estaba cansado, hizo salir al abogado de la celda.

—Le veré el día del juicio —dijo el señor Jackson alegremente, y se fue.

Sin embargo, no se debió al señor Jackson el que la confesión de Jonathan Hazelstone no llegara al juicio en su versión completa. Fue más bien, debido a la meticulosidad del Luitenant Verkramp, que, deseoso de halagar, había enviado la confesión al departamento de Seguridad del Estado, a Pretoria. El jefe del departamento de seguridad del Estado encontró una mañana el documento en su escritorio y lo leyó con una creciente sensación de incredulidad. Estaba acostumbrado a leer confesiones extravagantes. En realidad, la sección de seguridad existía para manufacturarlas y él podía ufanarse de tener, a este respecto, una reputación superior a la de cualquiera. Ciento ochenta días en confinamiento solitario y días de pie sin dormir sin que cesasen los interrogatorios un instante, solían producir confesiones bastante curiosas, pero, de todos modos, la confesión que le había enviado Verkramp eclipsaba absolutamente todas las anteriores.

—Este hombre está loco —dijo después de repasar el catálogo de delitos entre los que se incluían la necrofilia, la flagelación y la liturgia, pero no estaba claro a qué hombre se refería. Tras una conferencia con miembros directivos del gobierno, el departamento de seguridad del Estado decidió intervenir para defender los intereses de la civilización occidental encarnada en la república de Sudáfrica y, utilizando los poderes otorgados por el parlamento, ordenó la supresión de nueve décimas partes de la confesión. El juez Schalkwyk debía juzgar y condenar al preso, sin posibilidad de apelación, por las acusaciones de asesinato de un cocinero zulú y cía

Zulu cook and twenty-one policemen. No other charges were to be preferred and no evidence prejudicial to State security was to be presented in court. Grumbling
 5 furiously, the old Judge was forced in accordance with South African law to obey. Jonathan Hazelstone was to be hanged, there must be no miscarriage of justice, but he was after all to be hanged for a lamb.

10 The trial took place in Piemburg and in the very courtroom in which the accused's father had made such a great reputation.

15 "The old order changeth," Jonathan murmured to his lawyer as he took his seat in the dock. Mr Jackson was not amused.

20 "It hardly becometh you to make mockery of my defect," he said. "Bethideth from what I have heard you would do better to thay 'The wortht ith yet to come.'"

Mr Jackson for once was right. The discovery that his confession had been
 25 expurgated came as the real shock of the trial to the Bishop. In the adjournment that followed the announcement that he was only to be tried for murder, Jonathan consulted with his attorney.

30 "I thould plead inthanity. It theemth your only chanth," was Mr Jackson's advice.

35 "But I'm entirely innocent. I had nothing to do with the murder of twenty-one policemen."

"I darethay but it ith an unfortunate fact that you have confethed to killing them."

40 "I was forced to. Why on earth should I want to murder them?"

45 "I have no idea," said Mr Jackson. "My clienth motiveth are alwayth a mythtery to me. The point ith that the evidenth againtht you theemth pretty concluthive. You had the opportunity and the weaponth were found in your pothethion. Furthermore you have admitted in a thigned confethion to
 50 having killed them. I thuggetht you change your plea from not guilty to guilty but inthane."

"I'm not inthane," shouted the Bishop.

55 "I haven't come here to be inthulted," said Mr Jackson.

60 "I'm thorry," said the Bishop. "I mean I'm sorry."

veintiún policías. Las demás acusaciones quedaban marginadas y no debía presentarse en juicio ninguna prueba que pusiera en peligro la seguridad del Estado. Furioso, el juez se vio obligado, de acuerdo con el derecho sudafricano a obedecer. Jonathan Hazelstone debía ser ahorcado, de eso no había duda, pero sería ahorcado sólo por una mínima parte de lo que declaraba en su confesión.

El juicio se celebró en Piemburgo y en la misma sala en la que el padre del acusado se había hecho tan famoso.

—El viejo orden cambia, ¿no le parece a uztez? —susurró Jonathan a su abogado cuando se sentó en el banquillo de los acusados. Al señor Jackson no le hizo gracia.

—No ez tá bien que ce burle uztez de mi defecto. Ademáz, por lo que he oído, máz le valdría decir: «Aún no ha llegado lo bueno.»

El señor Jackson tenía razón por una vez. El descubrimiento de que habían expurgado su confesión fue lo que más afectó al obispo de todo el juicio. En la suspensión que siguió al anuncio de que sólo iban a juzgarle por asesinato, Jonathan consultó con su abogado.

—Yo alegaría locura. Me parece que ez zu única oportunidad —aconsejó el señor Jackson.

—Pero soy absolutamente inocente. No tengo nada que ver con el asesinato de veintiún policías.

—Zí, zí, pero dezgraciadamente, ha confezado uztez los hechoz.

—Me obligaron. ¿Por qué demonios iba a querer matarles?

—No tengo ni idea —dijo el señor Jackson—. Loz motivoz de miz clientez zon ciempre un mizterio para mí. El problema ez que laz pruebas que hay contra uztez zon bastante concluyentez. Tuvo uztez ocación de hacerlo y laz armaz ce hallaron en zu poder. Ademáz, lo ha admitido uztez en una confeción firmada. Le zugiero que ce declare culpable, pero loco.

—¡Pero ci no eztoy loco! —gritó el obispo.

—No he venido aquí a que ce rían de mí —dijo el señor Jackson.

—Lo ciento —dijo el obispo—. Quiero decir, lo siento.

"I shall change the plea," said Mr Jackson finally. "Inthanity it ith."

"I suppose so," said the Bishop.

5 "It' th better than being hanged," said Mr Jackson. They went back into the courtroom.

10 The trial proceeded rapidly. By the end of the afternoon the prosecution's case had been presented and Mr Jackson had made no attempt at a reasoned defence. He was relying on the leniency of the court in the face of the accused's obvious insanity.

15 In his summing-up to a jury handpicked from close relatives of the murdered policemen, Judge Schalkwyk spoke with a brevity and degree of impartiality quite unusual for him.

20 "You have heard it said," he mumbled, though it was certain that thanks to his own deafness he hadn't, "by the prosecuting counsel that the accused committed these
25 crimes. You have seen the accused's confession with your own eyes, and you have heard the defence counsel's plea that his client is insane. Now you may think that there is something to be said for the
30 hypothesis that a man who murders twenty-one policemen and then signs a confession saying that he has done so is manifestly not of his right mind. It is my duty however to point out to you that to plead insanity in the light of the overwhelming evidence
35 against him is not the action of an insane person. It is a highly rational action and one that indicates a degree of perception only to be found in an intelligent and healthy mind. I think therefore that you can
40 disregard the question of insanity altogether in your deliberations. You need only concern yourselves with the matter of guilt. There is in my mind no shadow of doubt that the defendant committed the murders of which he is accused. He
45 possessed, as we have heard from the expert evidence presented by the prosecution, both the opportunity and the means. He was found in possession of the murder weapons and in the act of disposing
50 of them. His wallet and handkerchief were found at the scene of the crime, and he has given no adequate explanation of how they got there. Finally, he has admitted in a signed confession that he was responsible for the murders. I think I need say no more.
55 You and I both know that the defendant is guilty. Now go away and come back and say so."

The jury filed out of the courtroom.
60 Two minutes later they returned. Their

—Cambiaremoz de táctica —dijo al fin el señor Jackson—. Alegaremoz locura.

—Está bien —dijo el obispo.

—Ez mejor que morir en la horca —dijo el señor Jackson. Volvieron a la sala de juntas.

El juicio se desarrolló con mucha rapidez. A última hora de la tarde, el fiscal había presentado sus conclusiones y el señor Jackson no había intentado siquiera una defensa razonada. Confiaba en que el tribunal tendría en cuenta la evidente locura del acusado.

En su resumen a un jurado elegido entre los parientes cercanos de los policías asesinados, el juez Schalkwyk habló con una brevedad y un nivel de imparcialidad insólitos en él.

—Ya han oído ustedes —masculló, aunque, debido a su sordera, él no lo había oído—, en el alegato de la acusación que el acusado cometió los crímenes que se le imputan. Han visto ustedes la confesión del acusado con sus propios ojos, y han oído que la defensa alega que su cliente está loco. Quizá consideren ustedes razonable la hipótesis de que un hombre que mata a veintiún policías y firma luego una confesión diciendo que lo ha hecho, no está, evidentemente, bien de la cabeza. Pero es mi deber indicarles que alegar locura frente a las pruebas abrumadoras que le acusan no es propio de un loco. Es un acto sumamente razonable y que indica un grado de percepción que sólo puede hallarse en una mente sana e inteligente. Creo, por tanto, que deben prescindir por completo de la cuestión de la locura en sus deliberaciones. Deben centrarse únicamente en la cuestión de la culpabilidad. No me cabe duda alguna de que el acusado cometió los crímenes que se le imputan. Poseía, como se ha visto por las pruebas periciales que ha presentado la acusación, la ocasión y los medios. Se le halló en posesión de las armas homicidas y en el momento en que intentaba deshacerse de ellas. Su cartera y un pañuelo suyo aparecieron en el escenario del crimen, y no ha podido explicar correctamente cómo llegaron allí. Por último, el acusado admite en una confesión firmada que es el responsable de esos asesinatos. Creo que no tengo que añadir nada más. Ustedes y yo sabemos que el acusado es culpable. Ahora vayan y reúnanse y vuelvan y díganlo así.

El jurado salió de la sala del juicio. Volvieron a los dos minutos. El vere-

verdict was unanimous. Jonathan Hazelstone was guilty of murder twenty-one and a quarter times over.

5 In passing sentence Judge Schalkwyk allowed himself to depart from the lack of bias he had shown in his summing-up. He took into account a previous conviction which concerned a motoring offence. The convicted man had failed to give adequate
10 notice of intention to make a left-hand turn at an intersection and as the Judge pointed out, this threatened the very existence of the South African constitution which was based on a series of consistent moves to
15 the right.

“You are a threat to the values of Western civilization,” said the Judge, “and it is the duty of this court to stamp
20 Communism out,” and he ordered the prisoner to be taken from the court and hanged by the neck until he was dead. He was about to leave the courtroom when Mr Jackson asked to have a word with him in private.

25 “I would like to draw your Honour’s attention to a privilege which belongeth to the Hazelthtone family,” he gurgled.

30 “The Hazelstone family doesn’t have any privileges any more, I’m glad to say,” said the Judge.

“It’s a prerogative of long thtanding. It dateth back to the dayth of Thir
35 Theophiluth.”

“Long standing, what do you mean? There’s no question of his standing long. He’ll be hanged shortly.”

40 “I mean the privilege of being hanged in Piemburg Prithon. It wath conferred on the family for perpetuity,” Mr Jackson tried to explain.

45 “Mr Jackson,” the Judge shouted, “you are wasting my time and that of this court, not to mention that of your client who has little enough left of it as it is. Perpetuity
50 means the quality of preserving something from oblivion. The quality of the sentence I have just passed is in intent quite the opposite. I think I need say no more, and I should advise you to do the same.”

55 Mr Jackson made one last effort. “Can my client be hanged in Piemburg Prithon?” he shouted.

60 “Of course he can,” the Judge yelled.

dicto fue unánime. Jonathan Hazelstone era culpable de veintiún asesinatos y cuarto.

Al leer la sentencia, el juez se permitió desviarse de la imparcialidad que había mostrado en su resumen. Tuvo en cuenta un hecho previo, relacionado con una infracción de tráfico. El acusado no había avisado correctamente de su intención de girar a la izquierda en un cruce y, tal como indicó el juez, esto ponía en peligro la existencia misma de la Constitución sudafricana, basada en una serie de sólidos giros a la derecha.

—Es usted un peligro para los valores de la civilización occidental —dijo el juez, y es deber de este tribunal acabar con el comunismo.

Y, tras decir esto, ordenó que se llevaran al preso y que le colgasen por el cuello hasta que muriera. Estaba a punto ya de abandonar la sala del juicio, cuando el señor Jackson pidió que le permitiera hablar con él un momento a solas.

—Quería llamar la atención de su cenoria sobre un privilegio de la familia Hazelctone —masculló.

—Tengo la satisfacción de decirle que la familia Hazelstone ya no tiene privilegios —dijo el juez.

—Ez una prerrogativa muy antigua. Data de loz tiempos de Cir Theophiluz.

—¿Qué quiere decir usted con eso? _____

—Me refiero al privilegio de la familia de que zuz miembroz cean ahorcadoz en la prición de Piemburgo. Ce concedió ece privilegio a la familia a perpetuidad —intentó explicar el señor Jackson.

—Señor Jackson —gritó el juez—, está usted haciéndonos perder el tiempo a mí y a este tribunal, y no digamos ya a su cliente, al que le queda poquísimo, además. Perpetuidad significa la cualidad de preservar algo del olvido. La cualidad básica de la sentencia que acabo de aprobar tiene un sentido completamente distinto. Creo que no necesito añadir nada más, y le aconsejaría que hiciera otro tanto.

Sin embargo, el señor Jackson hizo un último esfuerzo.

—¿Puede cer ahorcado mi cliente en la prición de Piemburgo? —gritó.

—Por supuesto que puede —gritó el juez—

“He has to be. It’s a long-standing privilege of the Hazelstone family.”

“Thank you,” said Mr Jackson. As the court was cleared Jonathan Hazelstone was taken back to his cell in a state of numbed shock.

10

15

Chapter 17

It was with something of the same sense of shock that Governor Schnapps learnt that it had fallen to him to preside over the first hanging Piemburg Prison had seen for twenty years. Not that he was in the least squeamish or upset at the thought of having to attend an execution. He had in his time as a prison officer attended any number of hangings, mostly unofficial ones carried out by black convicts anxious to escape once and for all from the regime he had prescribed for them, but none the less hangings and the prospect of having at least one official execution to his credit filled him with a feeling of satisfaction. The sense of shock stemmed from quite other considerations.

There was for instance the question of the gallows which had not been used for twenty years except as a convenient place in which to store **odds and ends**. Governor Schnapps inspected Top himself and, from the little of it he could see across the buckets and garden rollers that were packed inside, came to the conclusion that the scaffold was in no shape to hang anyone. The same might well be said of the prospective executioners. The old warder volunteered to advise whoever was chosen as hangman but adamantly refused to attend the execution in person on the grounds that the Death House was unsafe, and the Governor’s attempts to persuade one of the other warders to accept the job of executioner met with no success. No one it seemed was anxious to join Jonathan Hazelstone on his last walk if this entailed climbing the rickety steps up to Top.

In desperation Governor Schnapps telephoned the official executioner in Pretoria to ask him if he could come down to Piemburg for the day but the executioner was far too busy.

60

. Tiene que ser así, además, es un antiguo privilegio de la familia Hazelstone.

—Gracias —dijo el señor Jackson.

Cuando la sala se despejó, Jonathan Hazelstone, pasmado y aturdido, fue conducido a su celda.

17

El alcaide Schnapps se quedó también pasmado y aturdido cuando se enteró de que le correspondería la tarea de presidir la primera ejecución que se realizaba en la prisión de Piemburgo desde hacía veinte años. No se trataba de que le inquietara o repugnase la idea de tener que asistir a una ejecución. En sus tiempos como funcionario de prisiones, había asistido a muchos ahorcamientos, sobre todo ahorcamientos extraoficiales organizados por presos negros deseosos de escapar de una vez por todas al régimen que él les había prescrito, pero aun así, los ahorcamientos y la perspectiva de tener al menos una ejecución oficial en su hoja de servicio le llenaban de satisfacción. El aturdimiento y el pasmo se debían a consideraciones completamente distintas.

Estaba, por una parte, la cuestión de la horca, que hacía veinte años que no se usaba más que como cobertizo para almacenamiento _____. El alcaide la inspeccionó y, por lo poco que pudo ver por encima de los cubos y rodillos de jardín allí amontonados, llegó a la conclusión de que la horca no estaba en condiciones de poder ser utilizada. Lo mismo podía decirse de los presuntos verdugos. El viejo guardián se ofreció voluntariamente a asesorar a quien eligiesen como verdugo, pero se negó en redondo a asistir en persona a la ejecución, basándose en que la horca no era segura. Y aunque el alcaide intentó convencer a unos de los otros guardianes para que aceptase el puesto de verdugo, no lo consiguió. Nadie parecía deseoso de acompañar a Jonathan Hazelstone en su último paseo si esto entrañaba tener que subir las rechinantes escaleras del patíbulo.

El alcaide telefoneó, desesperado, al verdugo oficial de Pretoria para preguntarle si podría acercarse a Piemburgo el día señalado, pero el verdugo estaba ocupadísimo.

odds and ends (*bits and pieces*) trozos, pedacitos; [*of food*] restos, sobras.

“Out of the question,” he told Schnapps, “I’ve got thirty-two customers that day and besides I never hang singles. I can’t remember when I last did one man. I always
5 do mine in batches of six at a time and in any case I have my reputation to think of. I hang more people every year than any other executioner in the world, more than all the other executioners in the free world put together as a matter of fact, and if it once
10 got about that I hanged a single man, people would think I was losing my touch.”

As a last resort Governor Schnapps raised the question of privilege with the
15 State Attorney.

“I can’t see why this man Hazelstone should be privileged,” he said. “Everyone else is hanged in Pretoria. It seems wrong to me that a fellow who knocks off twenty-
20 one policemen should be entitled to privileges which are denied to ordinary common-or-garden murderers.”

“I’m afraid there’s nothing I can do
25 about it,” the State Attorney told him. “Judge Schalkwyk allowed the privilege to stand and I can’t alter his decision.”

“But how did the Hazelstone family ever get the right to be hanged in Piemburg
30 in the first place?”

The State Attorney looked up the records.

“It dates from the speech made by Sir
35 Theophilus at the opening of the prison in 1888,” he told the Governor. “In the course of that speech Sir Theophilus said, and I quote, ‘Capital punishment and flogging
40 are essential to the peace and tranquillity of Zululand. They confer upon the native races a sense of the innate superiority of the white man and in declaring this prison open I should like to say that it is my considered opinion that the very future of
45 white civilization in this dark continent depends, one might almost say, hangs, on the frequent use of the scaffold we have been privileged to see here today. It will be a sad day for this country when the
50 gallows trap falls for the last time and one that I trust no member of my family will live to see.’ Unquote.”

“All very commendable,” said the
55 Governor, “but I don’t see that it necessarily means that we have to keep the gallows for the exclusive use of the Hazelstone family.”

The State Attorney picked up another
60 document.

—Es completamente imposible —le dijo—. Precisamente ese día tengo treinta y dos clientes y, además, nunca hago ejecuciones individuales. Ya ni recuerdo la última que hice. Siempre las hago en grupos, seis de cada vez, porque, claro, ha de comprender usted que tengo que pensar en mi reputación. Ejecuto más personas por año que ningún otro verdugo del mundo, más que todos los otros verdugos del mundo juntos, en realidad, y si se propagase la noticia de que había hecho un ahorcamiento individual, la gente creería que estoy perdiendo facultades.

Como último recurso, el alcaide planteó la cuestión del privilegio ante el fiscal del Estado.

—No veo por qué este señor Hazelstone ha de tener privilegios —dijo—. A todos los demás se les ahorca en Pretoria. A mí no me parece bien que un tipo que ha liquidado a veintidós policías tenga derecho a privilegios que se les niegan a los criminales comunes y corrientes.

—Lo siento, pero creo que no puedo hacer nada —le dijo el fiscal del Estado—. El juez permitió que se mantuviera el privilegio y yo no puedo cambiar su decisión.

—Pero, dígame, ¿cómo logró la familia Hazelstone ese derecho a la ejecución en Piemburgo?

El fiscal del Estado repasó los archivos.

—Data del discurso que pronunció Sir Theophilus cuando se inauguró la cárcel en mil ochocientos ochenta y ocho —le explicó al alcaide—. En ese discurso, Sir Theophilus dijo, cito sus palabras: «La pena capital y la flagelación son elementos básicos para conseguir que paz y tranquilidad imperen en Zululandia. Imponen a las razas indígenas el sentido de la superioridad innata del hombre blanco y, al declarar inaugurada esta prisión, me gustaría añadir que, según mi meditada opinión, el futuro mismo de la civilización blanca en este continente negro depende del frecuente uso del patíbulo que hoy tenemos el privilegio de ver aquí instalado.

Será un día triste para este país aquél en el que la trampilla de la horca se abra por última vez y confío en que ningún miembro de mi familia viva para ver ese triste día.»

—Un discurso muy encomiable —dijo el alcaide—, pero no entiendo por qué se deduce de él que haya que conservar la horca para uso exclusivo de la familia Hazelstone.

El fiscal del Estado cogió otro documento:

“Now here we have the statement of the late Judge Hazelstone made at the time all executions were transferred to Pretoria. The Judge was asked what he thought his father had meant in his speech. His answer was, I quote ‘It’s perfectly obvious. The gallows and the Hazelstone family stand or fall together. My father believed and rightly believed that our family should set an example to Zululand. I can think of no finer example than that of having our own private gallows in Piemburg Prison.’ Unquote. Pretty conclusive, don’t you think?”

Governor Schnapps had to concede that it was and returned to the prison still faced with the problem of finding an executioner.

In the end it was Konstabel Els who became the official hangman. The Konstabel was still happily contemplating how he was going to spend the reward money he had earned from the capture of Miss Hazelstone and was looking forward to the ceremony in the police drill hall when he would be presented with the cheque by the Commissioner of Police. He had decided it was worth the price asked by the taxidermist at the Piemburg Museum to have Toby stuffed.

“I’m having the Dobermann stuffed,” he announced to Kommandant van Heerden one day.

“Then I expect you wouldn’t mind earning some pocket money,” said the Kommandant.

“How?” asked Els suspiciously.

“Nothing arduous,” said the Kommandant. “It certainly doesn’t require any effort on your part. In fact when I come to think of it I wonder you haven’t tried your hand at it already. I can’t think of a better man for the job.”

“Hm,” said Els who didn’t like the Kommandant’s beguiling tone.

“I’d say you’ve probably got a natural talent for it.”

Els tried to think what dirty jobs needed doing round the police station. “What is it?” he asked shortly.

“It’s the sort of job you’d really like,” said the Kommandant, “and for once you would be doing it legally.”

Els tried to think of something he would

—Veamos, aquí está la declaración que hizo el difunto juez Hazelstone cuando se transfirieron a Pretoria todas las ejecuciones. Le preguntaron qué creía que había querido decir su padre en su discurso y el juez dijo lo siguiente: «Es claro y evidente. La horca y la familia Hazelstone se mantienen o caen juntas. Mi padre creía, con toda razón, que nuestra familia debía dar ejemplo a toda Zululandia. Y no puedo imaginar mejor ejemplo que el de tener nuestro propio patíbulo particular en la prisión de Piemburgo.» Es concluyente, ¿no le parece a usted?

El alcaide hubo de admitir que lo era y volvió a la prisión debatiéndose aún con el problema de encontrar verdugo.

Al final, fue el Konstabel Els quien se convirtió en verdugo oficial. El Konstabel seguía pensando muy satisfecho en cómo iba a gastar el dinero de la recompensa que se había ganado con la captura de la señorita Hazelstone, y estaba deseando que llegara el día de la ceremonia en que le entregarían el cheque en el patio de ejercicios del cuartel de la policía. Efectuaría la entrega al comisario general. Els había decidido que merecería la pena pagar el precio que había pedido el taxidermista del museo de Piemburgo por disechar a Toby.

—He mandado que me disequen el doberman —comunicó un día al Kommandant van Heerden.

—Entonces, supongo que no le vendría mal ganarse un poquito de dinero extra —dijo el Kommandant.

—¿Cómo? —preguntó Els, receloso.

—No es nada pesado —dijo el Kommandant—. Desde luego, no exigirá ningún esfuerzo por su parte. De hecho, cuando lo pienso me pregunto por qué no lo habrá intentado usted ya antes. Creo que es usted el hombre más indicado para la tarea.

—Mmmmm —dijo Els, a quien no le gustaba el tono meloso del Kommandant.

—Yo diría que es probable que posea usted un talento natural para ello.

Els intentó adivinar qué trabajos sucios habría que hacer en la comisaría de policía.
—¿De qué se trata? —preguntó.

—Es el tipo de trabajo que a usted le gusta realmente —dijo el Kommandant—. Y, por una vez, lo haría legalmente.

Els intentó pensar en algo que le gus-

really like which wasn't legal. Having it off with black women seemed the most obvious thing.

5 "Of course you'd get the usual fee," continued the Kommandant.

"The usual fee?"

10 "Twenty-five rand, I think it is," said the Kommandant, "though it may have gone up."

"Hm," said Els who was beginning to think his ears were deceiving him.

15 "Not bad for a bit of fun," said the Kommandant, who knew that Konstabel Els had shot at least fifteen people in the course of duty and twenty-one for pure pleasure. "Of course the method would take
20 some getting used to."

Konstabel Els searched his memory to find some method he hadn't used. As far as he knew he'd used every position in the
25 book and a few more besides.

"What method had you in mind?" he inquired.

30 The Kommandant was getting fed up with Els' **diffidence**.
diffidence, self-doubt, self-distrust *lack of self-confidence* inseguridad, falta de confianza en uno mismo

"With a rope round the neck and a ten-foot drop," he snapped. "That ought to do for a start."

35 Els was appalled. If that was how it was going to start, he hated to think what the finish would be like.

40 "Wouldn't that be a bit dangerous?" he said.

"Of course not. Safe as houses."

45 It was not as safe as any house Konstabel Els could think of.

"Of course if you're scared," began the Kommandant.

50 "I'm not scared," said Els. "If you really want me to do it, I will, but I'm not taking any responsibility for what will happen to the poor bitch. I mean you can't drop a woman ten feet with a rope tied round her neck without doing her some
55 injury, not even a kaffir woman. And as for stuffing—"

60 "What the hell are you talking about, Els?" the Kommandant asked. "Who said anything about women? I'm talking about

tase realmente y que no fuese legal. Las relaciones con mujeres negras parecían la posibilidad más obvia.

—Recibiría usted la paga establecida, claro está —continuó el Kommandant.

—¿La paga establecida?

—Veinticinco rands, según creo —dijo el Kommandant—, aunque tal vez lo hayan subido.

—Mmmm —dijo Els, que estaba empezando a pensar que le engañaban sus oídos.

—No está mal por un poco de diversión —dijo el Kommandant, que sabía que Els había liquidado por lo menos a quince personas en el desempeño de su cargo y a veintiuna por puro placer—. Claro que tendría usted que hacer alguna práctica para acostumbrarse al método.

El Konstabel Els hurgó en su memoria buscando algún método que no hubiera utilizado. Que él supiera, había utilizado todas las posiciones del manual y algunas más.

—¿En qué método había pensado usted? —preguntó.

El Kommandant estaba empezando a hartarse del **apocamiento** de Els.

—El de una cuerda alrededor del cuello y una caída de tres metros —masculló—. Eso valdría como principio.

Els se quedó sobrecogido. Si el principio era así, no quería siquiera pensar como sería el final.

—¿No le parece un poco peligroso? —dijo.

—Claro que no. Es absolutamente seguro.

Al Konstabel Els no le parecía seguro en absoluto.

—Claro que si a usted le asusta... —comenzó el Kommandant.

—No es que me asuste, no —dijo Els—. Si quiere usted realmente que lo haga, lo haré; pero no me responsabilizo de lo que pueda pasarle a la pobre zorra. En fin, no se puede arrojar a una mujer desde tres metros con una— cuerda atada al cuello sin que sufra algo, aunque se trata de una cafre. Y, en cuanto a lo de disecar...

—¿Pero de qué diablos habla usted, Els? —preguntó el Kommandant—. ¿Quién ha dicho nada de mujeres? Yo estoy hablando de ahorcar

hanging Jonathan Hazelstone. I'm offering you the job of hangman and you keep going on like a maniac about women. Are you feeling all right?"

5 "Yes sir. I am now," said Els.

"Well, then will you do it or not?"

10 "Oh yes. I'll hang him all right. I don't mind doing that," and Els had gone off to practise on the gallows at Piemburg Prison.

grandly in a grand manner; «*the mansion seemed grandly large by today's standards*»
suntuosa, pomposa, majestuosa, grandiosa, solemnemente, preminente, de maravilla, a lo grande, por todo lo alto, de fantasía, etc.
presuntuosamente 1. adv. m. Vanamente, con vanagloria y demasiada confianza.

15 "I'm Executioner Els," he announced **grandly** to the warder at the gate. "I'm the official hangman."

20 Left alone in his office Kommandant van Heerden listened to his heart. Ever since the night he had found himself alone in the garden of Jacaranda House, he had known that there was something seriously wrong with it.

25 "It's all that running about and jumping out of windows," he said to himself. "Bound to be bad for a man of my age." He had visited his doctor several times only to be told that he needed to take more exercise.

30 "You must be mad," the Kommandant told him. "I've been running about all over the place."

35 "You're overweight. That's the only thing wrong with you," said the doctor.

"I've collapsed twice," the Kommandant insisted. "Once at Jacaranda House and the second time in court."

40 "Probably bad conscience," said the doctor cheerfully, and the Kommandant had gone away in a foul temper to take it out on Luitenant Verkramp.

45 Kommandant van Heerden's third seizure came during the ceremony in the drill hall at which the Commissioner of Police presented the reward to Konstabel Els. The Kommandant had regretted giving
50 Els the reward as soon as he heard that it would be presented by the Commissioner before an audience of five hundred and seventy-nine policemen and their families. The prospect of Els standing up and making
55 a speech of thanks was not one that Kommandant van Heerden could look forward to with any enthusiasm.

60 "Listen, Els," he said before climbing on to the platform where the Commissioner was waiting. "You don't have to say

a Jonathan Hazelstone. Estoy ofreciéndole el puesto de verdugo y usted se pone a hablar de mujeres como un maníaco. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí señor. Ahora sí —dijo Els.

—Bueno, ¿está dispuesto a hacerlo o no?

—Oh sí. Le ahorcaré, por supuesto. No me importa hacerlo —y se fue a practicar con el patíbulo de la prisión de Piemburgo.

—Soy el verdugo Els —proclamó **presuntuosamente** a la entrada, dirigiéndose al guardián—. El verdugo oficial.

Cuando el Kommandant van Heerden se quedó solo en su despacho, se puso a escuchar su corazón. Desde la noche en que se había encontrado de pronto solo en el jardín de la mansión de Jacaranda, sabía que a su corazón le pasaba algo grave.

«Esto es de tanto andar corriendo por ahí y saltando ventanas —se decía—. Para un hombre de mi edad eso no puede ser bueno.»

Había visitado varias veces a su médico, que se había limitado a decirle que necesitaba hacer más ejercicio.

—Está usted loco —le dijo el Kommandant—. He estado corriendo sin parar por todas partes.

—Le sobran kilos. Ése es su único problema —dijo el médico.

—Me he desmayado dos veces —insistió el Kommandant—. Una vez en Jacaranda Park y otra en el juzgado.

—Mala conciencia, probablemente —dijo alegremente el médico, y el Kommandant había salido de la visita de mal humor y había ido a desahogarlo con el Luitenant Verkramp.

El tercer ataque del Kommandant van Heerden tuvo lugar en el patio de ejercicios durante la ceremonia de entrega de la recompensa al Konstabel Els. El Kommandant había lamentado otorgarle la recompensa a Els tan pronto, en cuanto se enteró de que la entregaría el comisario general ante un público de quinientos setenta y nueve policías y sus familias. La perspectiva de Els allí plantado pronunciando un discurso de agradecimiento realmente no entusiasmaba al Kommandant van Heerden.

—Escúcheme, Els —dijo antes de subir al estrado en que aguardaba el comisario—. Usted sólo tiene

anything more than "Thank you very much." I don't want to listen to a long speech."

Konstabel Els nodded. He wasn't given to making speeches, long or short. The two men entered the hall.

In the event, the evening was worse than even the Kommandant had anticipated. The Commissioner had just heard of the new honour conferred on Konstabel Els and he had decided to end his speech by announcing the news to the assembled men.

"And so I call on Konstabel Els to come up and receive his reward," he said finally, "or should I say. Executioner Els."

A wild burst of laughter and applause greeted the remark. "That's right, call him Executioner Els," someone shouted, and another voice yelled, "Kaffir-Killer Els."

The Commissioner held up his hand for silence as Els scrambled on to the platform.

"We all know what a vital contribution Konstabel Els has made to the solution of the racial problem in South Africa," he continued amid laughter. "I think I can honestly say that there can be few men in the South African Police force who have disposed of more obstacles to the establishment of a racially pure and truly white South Africa than Konstabel Els. But I am not referring now to Konstabel Els' excellence of aim nor to the sacrifices he has seen fit to make in pursuit of our common dream, a South Africa with no blacks in it. I speak now of his new duty. Konstabel Els has been chosen to carry out the duty of hanging the man whom we have to thank for our depleted ranks here tonight." He paused and turned to Konstabel Els. "I have great pleasure in presenting you with this cheque in reward for the capture of a dangerous criminal," he said shaking Els by the hand. "Hangman Els, you have done your fellow policemen proud."

A great round of applause greeted the news of Els' appointment. Els took the cheque and turned to go back to his seat.

"Thank God for that," said the Kommandant out loud, but the next moment there were shouts of "Speech. Speech. You've got to make a speech," and "Tell us how you're going to kill the bastard," and Els standing awkwardly on the edge of the platform was finally persuaded to say something.

que decir «Muchas gracias». Nada de discursos largos.

El Konstabel Els asintió. No haría discursos, ni largos ni cortos. Entraron los dos en el patio.

Lo cierto es que la velada fue incluso peor de lo que el Kommandant había previsto. El comisario acababa de enterarse del nuevo honor otorgado al Konstabel Els y decidió terminar su discurso comunicando la noticia a los presentes.

—Así pues, pido al Konstabel Els que suba aquí a recibir su recompensa —dijo finalmente—. O quizá debiera decir al verdugo Els.

Una algarabía de risas y aplausos celebró el comentario.

—Eso es, llámele verdugo Els —gritó alguien. —Els Matacafres —gritó otra voz.

El comisario alzó la mano pidiendo silencio, mientras Els subía al estrado.

—Todos conocemos la aportación vital del Konstabel Els a la solución del problema racial en Sudáfrica —continuó, entre risas—. Creo poder decir honradamente que pocos hombres en la policía sudafricana han despejado más obstáculos para el establecimiento de una patria sudafricana racialmente pura y auténticamente blanca que el Konstabel Els. Pero ahora no me refiero a la magnífica puntería del Konstabel Els ni a los sacrificios que ha juzgado oportuno hacer en la consecución de nuestro sueño común, una Sudáfrica sin negros. Ahora hablo de su nueva tarea. El Konstabel Els ha sido elegido para cumplir la misión de ahorcar al hombre al que tenemos que agradecer que nuestras filas estén mermaidas aquí esta noche.

Hizo una pausa, se volvió al Konstabel Els y dijo:

—Tengo la enorme satisfacción de hacerle entrega del cheque como recompensa por la captura de una peligrosa delincuente —y estrechó la mano de Els y añadió—: Verdugo Els, es usted el orgullo de las fuerzas policiales.

Una gran salva de aplausos saludó la noticia del nombramiento de Els. Este cogió el cheque y se dio la vuelta, dispuesto a volver a su asiento.

—Gracias a Dios —dijo el Kommandant en voz alta, pero inmediatamente se oyeron gritos de «que hable, que hable, que pronuncie un discurso». Y «Explícanos cómo matarás a ese cabrón». Els se irguió torpemente en el borde del estrado y al fin cedió a pronunciar unas palabras.

scramble *n.* 1 scamper, scurry *rushing about hastily in an undignified way* 2 scuffle, make one's way to, pasar como se pueda *an unceremonious and disorganized struggle* 3 *scramble to one's feet* ponerse de pie como pueda con dificultad. 4 *tr. Revolver* mix together indiscriminately. **b** jumble or muddle.

v. 1 make unintelligible; "scramble the message so that nobody can understand it" 2 beat, stir vigorously; "beat the egg whites"; "beat the cream" 3 jumble, throw together *bring into random order* 4 *to move hurriedly arreglarse a toda prisa; "The friend scrambled after them"* 5 clamber, shin, shinny, skin, struggle, sputter *climb awkwardly, as if by scrambling*

scramble *I v. tr.* 1 mezclar 2 *Tele (mensaje)* codificar

II v. intr. 1 ir gateando *to scramble across a field*, cruzar un campo gateando; *to scramble up a tree*, trepar a un árbol 2 *pe-learnse* [for, por], andar a la rebatiña [for, por]: *fans were scrambling for the concert tickets*, los fans se tiraban de los pelos por una entrada para el concierto 3 *Dep* hacer motocross

III n. 1 subida o escalada difícil 2 *confusión, rebatiña* 3 *Dep* carrera de motocross

“Well,” he said hesitantly, when the shouting had died down, “I expect you all want to know how I’m going to spend the money.” He paused and the Kommandant shut his eyes. “Well, first of all I’m going to stuff a Doberman.”

The audience roared its approval, and the Kommandant opened his eyes for a moment to see how the Commissioner of Police was taking it. The Commissioner was not laughing.

“It’s a dog, sir,” whispered the Kommandant hurriedly.

“I know it’s a dog. I know what a Doberman is,” said the Commissioner icily, and before the Kommandant could explain the true nature of Els’ intentions the Konstabel had started again.

“It’s a big black one,” said Els, “and it’s been dead a few weeks now, so it’s not going to be an easy job.”

The audience was delighted. Shouts and the stamping of boots greeted Els’ news.

“Do your men make a habit of stuffing dogs?” asked the Commissioner.

“He’s not using the word in its usual sense, sir,” said the Kommandant desperately.

“I’m fully aware of that,” said the Commissioner. “I know exactly what he means.”

“I don’t think you do, sir,” the Kommandant began, but Els had started to speak again and he had to keep quiet.

“It’s sort of stiff,” said Els, “and that’s what makes it difficult to get at its insides.”

“You’ve got to stop him,” the Commissioner shouted at Kommandant van Heerden, as the hall erupted with hysterical laughter.

“You don’t understand, sir,” the Kommandant shouted back. “He killed the dog and-”

“I’m not at all surprised. It’s a pity he didn’t kill himself in the process.”

Around them in the hall pandemonium raged. Konstabel Els couldn’t see anything in what he had said to laugh at.

—Bueno —dijo, titubeante, una vez acallados los gritos—, supongo que todos ustedes querrán saber cómo voy a gastar el dinero.

Y, tras decir esto, hizo una pausa. El Kommandant cerró los ojos.

—Bueno, en primer lugar, voy a diseccionar un doberman.

El público aprobó esto con gritos, y el Kommandant abrió los ojos un instante para ver cómo se lo tomaba el comisario general. El comisario no se reía.

—Es un perro, señor —cuchicheó precipitadamente el Kommandant.

—Ya sé que es un perro. Sé lo que es un doberman —dijo el comisario gélidamente, y antes de que el Kommandant pudiera explicar el verdadero carácter de las intenciones de Els, éste había retomado la palabra.

—Es un doberman negro, grande —dijo Els—. Y lleva ya unas cuantas semanas muerto, así que no será un trabajo fácil.

El público estaba encantado. Gritos y pateos saludaban las palabras de Els.

—¿Tienen sus hombres por costumbre diseccionar perros? —preguntó el comisario general.

—Él no está utilizando la palabra en su sentido habitual, señor —dijo desesperadamente el Kommandant.

—Me doy perfecta cuenta de ello —dijo el comisario general—. Sé muy bien lo que quiere decir.

—No creo que lo sepa usted, señor —empezó el Kommandant, pero Els estaba hablando de nuevo, y tuvo que callarse.

—Está un poco rígido —dijo Els— y eso hace que resulte más difícil llegar a dentro.

—Dígale que se calle —gritó el comisario general al Kommandant van Heerden, mientras la algarabía de risas histéricas inundaba el patio.

—No entiende usted, señor —gritó el Kommandant—. Él mató al perro y...

—No me sorprende, no. Es una lástima que no se matara él también, al mismo tiempo.

El estruendo llenaba el patio. El Konstabel Els no podía ver nada gracioso en lo que había dicho.

“You can laugh,” he shouted above the din, “you can bloody laugh, but I bet you haven’t got a dog with a family tree. My dog had a special tree ...”
5 The rest of his sentence was drowned in the laughter.

“I’m not sitting here listening to any more of this filth,” shouted the
10 Commissioner.

“If you’d just wait for a moment, sir,” the Kommandant screamed. “I can explain what he means. He’s going to take the dog
15 to a taxidermist.”

But the Commissioner had already risen from his seat and had left the platform.

“Damned disgusting,” he said to his
20 adjutant as he entered his car. “The fellow’s a sexual maniac.”

Behind him in the hall Els had left the stage and was telling a plain-clothes cop
25 in the front row how he would stuff him if he went on laughing. On the platform Kommandant van Heerden had had his third heart attack.

In Piemburg Prison Jonathan did not
30 share his sister’s belief in the dignity of God. After a lifetime spent in the service of the Lord and a month in Bottom he felt unable any longer to believe that whatever had chosen to reveal itself to him in the
35 depths of the swimming-pool had been even vaguely beneficent. As to its having been sane, his view of the world and its ways led him to suppose that its Maker must have been out of His mind.

“I should think He must have needed a
40 rest on the seventh day,” he told the old warder who insisted on bringing him consolation, “and as for its being good. I think the facts speak for themselves.
45 Whatever was responsible for the Creation cannot possibly have had anything good in mind. Quite the opposite if you ask me.”

The old warder was shocked.
50 “You’re the first man to occupy that cell,” he said, “that didn’t come round to being converted before he was hanged.”

“It may have something to do with the
55 fact that I am innocent,” said the Bishop.

“Oh is that what it is,” said the old warder with a yawn. “They all say that,” and shuffled off to give his advice to
60 Konstabel Els who was practising in

—Pueden reírse —gritó por encima de la algarabía—. Ríanse cuanto quieran. Pero apuesto a que ninguno de ustedes tiene un perro con árbol genealógico. El mío tiene un árbol especial...

El resto de la frase quedó ahogado por las risas.

—No estoy dispuesto a seguir aquí sentado oyendo estas porquerías —gritó el comisario general.

—Aguarde un momento, señor —chilló el Kommandant—. Puedo explicarle lo que significa. Es que va a llevar el perro a un taxidermista.

Pero el comisario general ya se había levantado y había abandonado el estrado.

—¡Qué asco! —le dijo a su ayudante al entrar en el coche—. Ese tipo es un maníaco sexual.

En el patio, Els había dejado el estrado y estaba diciéndole a un secreta de la primera fila que si seguía riéndose le disecaría a él. El Kommandant van Heerden sufrió allí en el estrado el tercer ataque al corazón.

En la prisión de Piemburgo, Jonathan no compartía la fe de su hermana en la dignidad de Dios. Tras una vida entera consagrado al servicio del Señor y un mes en la cárcel, ya no se sentía capaz de creer que lo que había decidido revelársele en las profundidades de la piscina hubiera tenido un carácter ni siquiera vagamente benéfico. En cuanto a su cordura, dada la perspectiva que el mundo y sus acciones le ofrecían, Jonathan pensaba que su Hacedor tenía que estar completamente loco.

—Desde luego debió necesitar un descanso el séptimo día —le dijo al viejo guardián, que insistía en consolarle—. Y en cuanto a lo de que es bueno, creo que los hechos hablan por sí solos. Fuese quien fuese el responsable de la Creación, es seguro que no pensó en el bien. Yo creo que debió pensar exactamente en lo contrario.

El viejo guardián estaba muy impresionado por estas consideraciones.

—Es usted el primer hombre que ocupa esta celda que no se convierte antes de que le ahorquen.

—Quizá se deba en parte al hecho de que soy inocente —dijo el obispo.

—Oh, sí, claro —dijo el viejo guardián, con un bostezo—. Todos dicen lo mismo —y se alejó, para aconsejar al Konstabel Els que estaba practicando con

Top. Alone in his cell the Bishop lay on the floor and listened to the noises that reached him from the gallows. By the sound of things he was less likely to die
5 from a broken neck than from some appalling form of hernia.

Executioner Els wasn't finding his new job at all easy. For one thing he was fed up with all the work it entailed. He had had to
10 empty the Gallows Shed of all the junk that had accumulated there for the past twenty years. With the help of half a dozen black convicts, he had moved several tons of old furniture, garden rollers, disused cat-o'-
15 nine-tails, and corroded lavatory buckets before he could begin to get the scaffold ready for its task, and when the shed was empty he was not sure what to do.

"Pull the lever," the old warder told him
20 when Els asked him how the thing worked, and the new hangman had returned to the shed and had pulled the lever. After falling twenty feet to the floor of the shed as the trap opened beneath him, Els began to think
25 he was getting the hang of the contraption. He tried it out with several unsuspecting black convicts standing there, and they seemed to disappear quite satisfactorily. He was disappointed that he wasn't allowed
30 to try it out properly.

"You can't do that," the old warder told him, "it's not legal. The best thing I can suggest is a sack filled with sand."

"Fussy old sod," thought Els and sent
35 the convicts off to fill some sacks with sand. They were quite satisfactory as stand-ins and didn't complain when the noose was fitted round their necks which
40 was more than could be said for the black convicts. The trouble was that the bottom dropped out every time one was hanged. Els went back into Bottom to consult the old warder.

"He's not here any longer," the
45 Bishop told him.

"Where's he gone to?" Els asked.

"He's applied for sick leave," the
50 Bishop said. "He's got stomach trouble."

"It's the same with those sacks," said
55 Els and left the Bishop wondering which was worse, hanging or disembowelling.

"I don't suppose it makes a great deal of difference," he thought finally. "In any case there is nothing I can do about it."

60 Kommandant van Heerden did not

el patíbulo.

Solo en su celda, el obispo se echó en el suelo y escuchó los ruidos que le llegaban del patíbulo. A juzgar por los sonidos parecía más probable que muriese de alguna espantosa hernia que de rotura de cuello por ahorcamiento.

Al verdugo Els no le resultaba nada fácil su nuevo trabajo. Por un lado, estaba harto del esfuerzo que exigía aquella tarea. Había tenido que vaciar el cobertizo del patíbulo de todos los trastos que habían ido acumulándose allí a lo largo de veinte años. Con ayuda de media docena de presos negros, había sacado de allí varias toneladas de muebles viejos, rodillos de jardín, látigos en desuso y cubos corroídos antes de poder empezar a disponer el patíbulo para su tarea; y una vez vaciado el cobertizo, no estaba seguro de lo que tenía que hacer.

—Tira de la palanca le dijo el viejo guardián cuando Els le preguntó cómo funcionaba aquel chisme, y el nuevo verdugo había vuelto al cobertizo y había tirado de la palanca. Después de caer al suelo desde una altura de seis metros al abrirse la trampilla bajo sus pies, Els empezó a pensar que estaba cogiéndole el tranquillo al aparato. Lo probó con varios presos negros a los que pilló desprevenidos y que desaparecieron satisfactoriamente, en apariencia. Era decepcionante, pensó, que no le permitiesen probar con ellos como era debido.

—No puedes hacerlo —le dijo el viejo guardián—. No es legal. Lo mejor para eso es un saco de arena.

«Maldita sea», se dijo Els, y envió a los presos negros a llenar sacos de arena. Resultaban muy satisfactorios como sustitutos y no se quejaban cuando se les ponía la soga al cuello, cosa que no podía decirse de los presos negros. El problema era que los sacos se rompían por el fondo al ahorcarlos. Els volvió a la cárcel a consultar con el viejo guardián.

—Ya no está aquí —le explicó el obispo.

—¿A dónde se ha ido? —preguntó Els.

—Ha pedido baja por enfermedad —dijo el obispo—. Tenía problemas de vientre.

—Lo mismo les pasa a los sacos —dijo Els, y dejó al obispo, preguntándose qué sería peor, si morir ahorcado o morir destripado.

«No creo que haya mucha diferencia», pensó al fin. «En cualquier caso, nada puedo hacer al respecto.»

El Kommandant van Heerden no com-

share the Bishop's fatalism. His third heart attack had convinced him that he too was under sentence of death, but he had decided that there was something he could do about it. He had been assisted in reaching this conclusion by Konstabel Oosthuizen whose experience of major surgery made him an unrivalled source of medical information.

10 "The most important thing is to have a healthy donor," the Konstabel told him, "after that it's a piece of cake, compared to my operation." Kommandant van Heerden had hurried off to avoid having to listen to a description of the operation in which the greater portion of Konstabel Oosthuizen's digestive tract figured so memorably.

20 Sitting in his office he listened to Luitenant Verkramp discussing very loudly the case of his uncle who had died of heart trouble. The Kommandant had noticed recently that an extraordinarily large proportion of the Verkramp family had succumbed to what was evidently an hereditary defect and the manner of their passing had been uniformly so atrocious that he could only hope that Verkramp would go the same way. The Luitenant's **solicitude** was getting on his nerves, and he was equally tired of inquiries about how he felt.

"I feel all right, damn it," he told Verkramp a hundred times.

"Ah," Verkramp said sadly, "that's often the way it seems. Now my Uncle Piet said he was feeling fine the day he died but it came on all of a sudden."

40 "I don't suppose it was quick," the Kommandant said.

"Oh no. Very slow and agonizing."

45 "I thought it would be," said the Kommandant.

"A dreadful business," said Verkramp. "He-"

50 "I don't want to hear any more," the Kommandant shouted.

"I just thought you'd like to know," said Verkramp and went out to tell Konstabel Oosthuizen that irritability was a sure sign of incurable heart disease.

In the meantime the Kommandant had tried to occupy his mind by devising a suitably **caustic** reply to the Commissioner

partía el fatalismo del obispo. Su tercer ataque cardíaco le había convencido de que también él estaba condenado a muerte, pero había decidido que podía hacer algo para salvarse. Le había ayudado a llegar a esta conclusión el Konstabel Oosthuizen, cuya experiencia quirúrgica le convertía en fuente inagotable de información médica.

—Lo más importante es conseguir un donante sano —explicó—. Una vez conseguido eso, ya no hay problemas, es coser y cantar, comparado con mi operación.

El Kommandant van Heerden había huido rápidamente para evitar una descripción de la operación en la que figuraba tan memorablemente la mayor parte del tracto digestivo del Konstabel Oosthuizen.

Sentado en su despacho, el Kommandant oyó al Luitenant Verkramp explicar a voz en grito el caso de su tío que había muerto de un ataque cardíaco. El Kommandant se había dado cuenta de que últimamente una proporción extraordinariamente grande de la familia Verkramp había sucumbido a lo que sin duda alguna era un defecto hereditario y la forma de fallecimiento había sido en todos los casos tan atroz que sólo cabía esperar que Verkramp falleciese del mismo modo. La actitud **solícita** de Verkramp le sacaba de quicio, y también estaba ya harto de sus preguntas de cómo se sentía y cómo estaba de salud.

—Me siento perfectamente, demonios —le dijo un centenar de veces.

—Bueno —dijo tristemente Verkramp—, eso es lo que parece muchas veces. Recuerdo que mi tío Piet se sentía muy bien el día que murió. Se sentía muy bien, pero, de pronto...

—No creo que fuese tan rápido —dijo el Kommandant.

—Oh no. Fue muy lento y muy doloroso.

—Ya suponía que lo había sido —dijo el Kommandant.

—Una cosa horrible —dijo Verkramp—. Resulta que...

—¡No quiero saber más de ese asunto! —gritó el Kommandant.

—Bueno, bueno, yo creí que le gustaría saber... —dijo Verkramp, y se fue a explicarle a Konstabel Oosthuizen que la irritabilidad era un síntoma seguro de trastorno cardíaco incurable.

Entretanto, el Kommandant había intentado distraerse ideando una respuesta adecuadamente **caústica** al comisario general de po-

solicitude traduce *solicitud*, como *cuidado*, *afán*, *ansiedad*, pero *solicitud* es la voz común para **request**, **application** [para *trabajos*, *cheques*], y **solicitous** traduce *solícito*, como *diligente*, *deseoso*, *gustoso*, pero a veces rebaja su significado a *inquieto*, *aprensivo*, *receloso*, *molesto*.

solicitous ansioso, aprensivo, atento, esmerado, receloso, solícito=diligente, cuidadoso, diligente [pronto, presto, activo], cuidado-

solicitude n. 1 the state of being solicitous; solicitous behaviour. 2 anxiety or concern. Cuidado, afán, ansiedad, solícitousness, a feeling of excessive concern, preocupación, ansiedad, atención

of Police, who had written ordering him to see that the men under his command got plenty of outdoor exercise and had even hinted that it might be a good thing to
 5 organize a brothel for the police barracks in Piemburg. The Kommandant could see that Konstabel Els' confession was still preying on the mind of the Police Commissioner.

10 "How do you spell taxidermist?" he asked Konstabel Oosthuizen.

"Oh, I wouldn't go to one of them," the Konstabel replied. "You need a proper
 15 surgeon."

"I wasn't thinking of going to a taxidermist," the Kommandant shouted. "I just want to know how to spell the word."

20 "The first thing to do is to find a suitable donor," the Konstabel went on, and the Kommandant had given up the attempt to finish the letter. "Why don't you have a word with Els? He should be able to fix
 25 you up with one."

"I'm not having a kaffir," said the Kommandant firmly. "I'd rather die."

30 "That's what my cousin said the very day he passed on," Verkramp began.

"Shut up," snarled the Kommandant, and went into his office and shut the door. He sat down at his desk and began to think
 35 about Konstabel Els' capacity for supplying a donor. Half an hour later he picked up the phone.

It was with some surprise that Jonathan
 40 Hazelstone learnt that Kommandant van Heerden had put in a request to see him.

"Come to gloat, I suppose," he said when the Governor brought him the note from the Kommandant. He was even more
 45 astonished at the way the request had been worded. Kommandant van Heerden did not actually beg an audience with the Bishop, but his note spoke of "a meeting perhaps in the privacy of the prison chapel, to
 50 discuss a matter of mutual interest to us both". Jonathan racked his brains to think of some matter of mutual interest, and apart from his coming execution which Kommandant van Heerden must have had
 55 considerable interest in if his pains to achieve it were anything to go by, he couldn't think of any interests he might share with the Kommandant. At first he was inclined to refuse the request, but he was persuaded to go by the old warder, whose
 60 bowel trouble had stopped, now that Els

licía, que había escrito ordenándole que procurase que los hombres que estaban a su mando hicieran mucho ejercicio al aire libre y hasta llegaba a insinuar incluso que podría ser aconsejable organizar un burdel para el cuerpo policial de Piemburgo. El Kommandant se daba cuenta de que la confesión del Konstabel Els torturaba aún al comisario general de policía.

—¿Cómo se escribe exactamente taxidermista? —le preguntó al Konstabel Oosthuizen.

—Oh, yo no iría a uno de éstos —contestó él—. Necesita usted un buen cirujano.

—No estaba pensando en ir yo a un taxidermista —gritó el Kommandant—. Sólo quiero saber cómo se escribe la palabra.

—Lo primero que tiene que hacer usted es encontrar un donante adecuado —continuó Oosthuizen y el Kommandant renunció a su intento de terminar la carta—. ¿Por qué no habla usted con Els? Seguro que él puede proporcionarle alguno.

—Si es de un cafre, ni hablar —dijo el Kommandant con firmeza—. Prefiero morir.

—Eso mismo dijo mi primo el mismo día que falleció —comenzó Verkramp.

—Cállese —gruñó el Kommandant, y entró en su despacho y cerró la puerta. Se sentó a la mesa y empezó a pensar en las posibilidades de Els de proporcionarle un donante. Al cabo de media hora, agarró el teléfono.

A Jonathan Hazelstone le sorprendió mucho que el Kommandant van Heerden solicitase verle.

—Viene a disfrutar, imagino —dijo, cuando el alcaide le llevó la nota del Kommandant. Le sorprendió aún más la redacción de la nota. El Kommandant van Heerden no suplicaba, en realidad, al obispo que le concediera audiencia, sino que su nota hablaba de «una entrevista quizás en la intimidad de la capilla de la prisión, para tratar de un asunto de mutuo interés». Jonathan se estrujaba los sesos pensando en algún asunto de interés común entre él y el Kommandant, y, aparte de su inminente ejecución, en la que el Kommandant van Heerden debía haber tenido considerable interés a juzgar por lo mucho que se había esforzado en lograrla, no veía ninguna otra cosa, no caía en ninguna cuestión que pudiera compartir con el Kommandant. Al principio, sintió deseos de rechazar la petición, pero el viejo guardián se había librado de sus problemas intestinales, después de que Els hubiera deja-

had ceased rupturing the sacks.

“You never know. He might have some good news for you,” the warder said, and the Bishop had agreed to the meeting.

They met in the prison chapel one afternoon just a week before the execution was due to take place. The Bishop clanked over firmly chained and manacled to find the Kommandant sitting in a pew waiting for him. At the Kommandant's suggestion the two men made their way up the aisle and knelt side by side at the altar rail, out of hearing of the warders at the chapel door. Above them in the windows scenes of edifying horror done in late nineteenth-century stained glass filtered the sunlight that managed to penetrate the dense colours and the bars behind the glass, until the whole chapel was glowing with maroon gore.

While Kommandant van Heerden offered a short prayer the Bishop, having declined the Kommandant's invitation to say one, gazed up at the windows awestruck. He had never realized before how many ways there were of putting people to death. The windows provided a comprehensive catalogue of executions and ranged from simple crucifixion to burning at the stake. St Catherine on the wheel entirely merited her fame as a firework, the Bishop decided, while St Sebastian would have made an ideal trademark for pincushions. One after another the martyrs met their terrible ends with a degree of realism that seemed to mark the artist out as a genius and an insane one at that. The Bishop particularly liked the electric chair in one window. With a truly Victorian obsession for naturalism combined with high drama, the figure in the chair was portrayed encased in an aura of electric-blue sparks. Looking up at it, the Bishop was glad that he had agreed to the meeting. To have seen these windows was to know that his own end on the gallows, no matter how badly bungled by the incompetent Els, would be positively enjoyable by comparison with the sufferings portrayed here.

“I suppose I can be grateful for small mercies,” he said to himself as the Kommandant mumbled his final prayer which in the circumstances the Bishop thought was rather curiously worded.

“For what we are about to receive may the good Lord make us truly thankful, Amen,” said the Kommandant.

do de romper sacos.

—Uno nunca sabe. Quizá le traiga buenas noticias —dijo el guardián, y el obispo aceptó la entrevista.

Se entrevistaron en la capilla de la cárcel, una tarde, una semana antes de la fecha prevista para la ejecución. El obispo apareció lleno de cadenas y esposado, y se encontró al Kommandant esperándole sentado en un banco. A propuesta del Kommandant, caminaron ambos por el pasillo y se arrodillaron, hombro con hombro, ante la barandilla del altar, fuera del campo de audición de los guardianes que estaban apostados a la puerta de la capilla. Sobre ellos, en las ventanas, escenas de horror edificante, hechas en vidrieras esmaltadas de finales del siglo diecinueve, filtraban la luz del sol que lograba atravesar los densos colores y las rejas de detrás del cristal, hasta que toda la capilla brilló con una claridad parda como de sangre coagulada.

Mientras el Kommandant van Heerden rezaba una breve oración, el obispo, que rechazó la invitación del Kommandant a rezar, miraba hacia las vidrieras sobrecogido. Nunca había caído en la cuenta, hasta aquel momento, de cuántas formas había de ejecutar a la gente. Las vidrieras aportaban un amplio catálogo de ejecuciones, que abarcaban desde la simple crucifixión a la quema en la hoguera. Santa Catalina en la rueda merecía sin discusión su fama como alarde pirotécnico, decidió el obispo, mientras que San Sebastián habría sido una marca ideal para alfilereros o acericos. Uno tras otro, los mártires encontraban sus terribles destinos con un grado de realismo que parecía indicar que el artista era un genio y, además, un genio demente. Al obispo le gustaba en especial aquella silla eléctrica de una de las vidrieras. Con una obsesión verdaderamente victoriana por el naturalismo combinado con la solemnidad dramática, el individuo de la silla aparecía envuelto en un aura de chispas de un azul eléctrico. Contemplándolo, el obispo se alegraba de haber aceptado aquella entrevista. Haber visto aquellas vidrieras era saber que su propio fin en la horca, por muy mal que la manejase el incompetente Els, sería placentero, sin lugar a dudas, comparado con los sufrimientos que se representaban allí.

«Supongo que puedo estar agradecido por estas pequeñas mercedes», se dijo, mientras el Kommandant murmuraba su última oración, que, dadas las circunstancias, le parecía al obispo un tanto extraña.

—Por lo que voy a recibir, y por que sepa agradecérselo verdaderamente al señor. Amén —dijo el Kommandant.

“Well?” said the Bishop after a short pause.

“You’ll be glad to hear that your sister is doing very well at Fort Rapier,” the Kommandant whispered.

“It’s nice to know.”

“Yes, she is in the best of health,” said the Kommandant.

“Hm,” said the Bishop.

“She has put on some weight,” said the Kommandant. “But that is only to be expected with hospital food.” He paused, and the Bishop began to wonder when he was coming to the point.

“Overweight is something to be avoided,” said the Kommandant. “Obesity is the cause of more premature deaths than cancer.”

“I daresay,” said the Bishop, who had lost two stone since he had been in prison.

“Particularly in middle age,” whispered the Kommandant. The Bishop turned his head and looked at him. He was beginning to suspect that the Kommandant was indulging in a rather tasteless joke.

“You haven’t come here to lecture me on the dangers of being overweight, I hope,” he said. “I thought your note said that you wanted to discuss something of interest to us both, and frankly obesity isn’t one of my problems.”

“I don’t suppose it is,” said the Kommandant sadly.

“Well then?”

“I have trouble with it myself.”

“I don’t see what that has to do with me,” said the Bishop.

“It can lead to all sorts of complications. It’s one of the main causes of heart disease,” said the Kommandant.

“Anyone would think from the way you go on that I was in danger of having a coronary when in fact I don’t think I am going to be allowed that particular luxury.”

“I wasn’t really thinking of you,” said the Kommandant.

—¿Sí? Dígame —dijo el obispo, tras una leve pausa.

—Supongo que le alegrará saber que su hermana se encuentra muy bien en Fort Rapier —cuchicheó el Kommandant.

—Me alegro de saberlo, sí.

—Sí, está muy bien de salud —dijo el Kommandant.

—Mmmm —dijo el obispo.

—Ha engordado un poco —dijo el Kommandant—. Pero eso es natural, es la comida del hospital.

El Kommandant hizo una pausa y el obispo empezó a preguntarse cuándo iría de una vez al grano:

—Hay que procurar no engordar demasiado —dijo el Kommandant—. La obesidad provoca más muertes prematuras que el cáncer.

—Ciertamente, sí —dijo el obispo, que había perdido más de diez kilos desde que estaba en la cárcel.

—Sobre todo en la mediana edad —cuchicheó el Kommandant.

El obispo volvió la cabeza y le miró. Empezaba a sospechar que el Kommandant se estaba permitiendo una broma de bastante mal gusto.

—Usted no ha venido aquí a hablarme de los peligros de la obesidad, supongo —dijo—. En su nota, me decía que quería discutir algo de interés mutuo y, francamente, la obesidad no es uno de mis problemas.

—Sí, ya me lo imagino, claro —dijo con tristeza el Kommandant.

—¿Entonces?

—Yo tengo problemas con la obesidad.

—No veo que eso tenga nada que ver conmigo —dijo el obispo.

—Bueno, puede crear muchas complicaciones. Es una de las causas principales de las enfermedades cardíacas —dijo el Kommandant.

—Cualquiera diría oyéndole que yo corriese peligro de sufrir un infarto, cuando no creo, en realidad, que se me permita ese lujo.

—Bueno, en realidad, no pensaba en usted —dijo el Kommandant.

"I didn't suppose you were."

—Ya me lo imaginaba.

"It's more my own obesity I'm thinking of," continued van Heerden.

—Pensaba más en mi obesidad —continuó van Heerden.

5 "Well, if that's the only thing you've come here to talk to me about, I think I'll go back to my cell, I have something better to think about in the hours left to me than the state of your health."

—Bueno, si ése es el único tema del que ha venido a hablarme, creo que me volveré a la celda. Tengo mejores cosas en que pensar en las horas que me quedan, que en su estado de salud.

10 "I was afraid you'd say that," said the Kommandant mournfully.

—Ya me temía yo que me dijera eso —dijo quejumbrosamente el Kommandant.

15 "I can't think what else you supposed I would do. You surely didn't come here for sympathy. Have a heart."

—No puedo entender qué otra cosa podría hacer. No ha venido usted aquí, supongo, por **X simpatía**. Por un buen corazón.

sympathy no es *simpatía*, sino *pésame, condolencia, comprensión, compasión, afinidad, lástima, acuerdo, apoyo*, mientras que *simpatía* traduce **charm, affection, liking, attraction, friendliness / warmth** [ambiente], **fondness**. De igual modo, **sympathetic** sugiere *compasivo, dispuesto, favorable, comprensivo*; en cambio *simpático* se usa para **likeable, nice, friendly, pleasant**. El inglés tomó la voz **simpático** del español con el significado original, pero la palabra cayó pronto en desuso. **To sympathize** equivale a *comprender, compartir, compadecerse, condolerse, dar el pésame, apoyar*; en cambio *simpatizar* significa **to like, be friendly, hit it off** [congeniar].

"Thank you," said the Kommandant.

—Gracias —dijo el Kommandant.

"What did you say?"

—¿Qué dice?

"Thank you," said the Kommandant.

—Gracias —dijo el Kommandant.

"Thank you for what?"

—¿Gracias por qué?

25 "For a heart."

—Por el corazón.

"For a what?"

—¿Por qué?

"A heart."

—Por un corazón.

30 The Bishop looked at him incredulously. "A heart?" he said finally. "What the hell are you talking about?"

El obispo le miró incrédulo. —¿Un corazón? —dijo al fin—. ¿Pero de qué demonios me habla usted?

35 Kommandant van Heerden hesitated before continuing. "I need a new heart," he said finally.

El Kommandant van Heerden vaciló antes de continuar. —Es que necesito cambiar de corazón —dijo al fin.

40 "It hasn't escaped my notice," said the Bishop, "that a change of heart would do you a power of good, but to be frank I think you're too far gone for any prayers of mine to help you. In any case I am afraid that I have lost faith in the power of prayer."

—Ya me he dado cuenta —dijo el obispo— de que un cambio de corazón le haría a usted mucho bien, pero creo, la verdad, que ha ido ya demasiado lejos para que puedan ayudarle mis oraciones. Y, de todos modos, creo que he perdido la fe en el poder de la oración.

45 "I've tried prayer already," said the Kommandant, "but it hasn't done any good. I still get palpitations."

—He intentado ya rezar —dijo el Kommandant—, pero no ha servido de nada. Sigo teniendo palpitaciones.

50 "Perhaps if you truly repented," the Bishop said.

—Quizá si se arrepintiese sinceramente —dijo el obispo.

"It's no good. I'm a doomed man," said the Kommandant.

—De nada vale. Soy un hombre condenado —dijo el Kommandant.

55 "Metaphorically I suppose we all are," said the Bishop. "It happens to be part of the condition of man, but if you don't mind my saying so I'm a damned sight more doomed than you are, and it's thanks to you that I'm going to be hanged
60 next Friday."

—Metafóricamente, supongo que lo somos todos —dijo el obispo—. Forma parte de la condición humana, en realidad, pero si me permite decirle, yo estoy mucho más condenado que usted, y gracias a usted, precisamente, me ahorcarán el próximo viernes.

- There was a long silence in the chapel while the two men considered their futures. It was broken by the Kommandant.
- 5 “I don’t suppose you’d do something for me,” he said at last. “A last bequest.”
- “A last bequest?”
- 10 “A small thing really and nothing you’ll have much use for.”
- “You’ve got a nerve coming here and asking to be included in my will,” the Bishop said irritably.
- 15 “It’s not in your will,” the Kommandant said desperately.
- 20 “No? Well where the hell is it?”
- “In your chest.”
- “What is?”
- 25 “Your heart.”
- “You keep going on about my heart,” said the Bishop. “I wish you would stop it. It’s bad enough knowing you’re going to die without having someone harp on about your heart. Anyone would think you wanted the thing.”
- 30 “I do,” said the Kommandant simply.
- 35 “What?” screamed the Bishop, struggling to his feet with a clanking of chains. “You want what?”
- 40 “Only your heart,” said the Kommandant. “I need it for a transplant.”
- “I’m going insane,” shouted the Bishop. “I must be. It isn’t possible. Do you mean to tell me that you’ve gone to all this trouble just so you could have my heart for a transplant operation?”
- 45 “It was no trouble,” said the Kommandant. “I hadn’t got anything to do this afternoon.”
- 50 “I’m not talking about this afternoon,” the Bishop screamed. “I’m talking about the murders and the trial and having me condemned to death for crimes you knew I couldn’t have committed. You did all that just so that you could hoik my heart out of my body to stick it in your own? It’s incredible. You’re a ghoul. You’re...”
- 55 The Bishop couldn’t find words to express his horror.
- Hubo un largo silencio en la capilla, mientras los dos hombres consideraban su futuro. Lo rompió el Kommandant.
- Supongo que no querrá usted hacer nada por mí —dijo al fin—. Un legado final.
- ¿Un legado final?
- Una cosita que en realidad a usted no le servirá de nada.
- Tiene usted el descaro de venir aquí a pedirme que le incluya en mi testamento —dijo irritado el obispo.
- No se trata de su testamento —dijo desesperado el Kommandant.
- ¿No? ¿Entonces, de qué?
- De otra cosa. De algo que está en su pecho.
- ¿Qué es?
- Su corazón.
- No hace más que hablar de mi corazón —dijo el obispo—. Quiero que deje usted de hacerlo. Ya es bastante terrible saber que va a morirse uno, sin necesidad de que alguien esté hablándole y hablándole del corazón. Cualquiera pensaría que quiere usted quedarse con él.
- Quiero, sí —dijo sencillamente el Kommandant.
- ¿Qué? —gritó el obispo, poniéndose de pie con un tintineo de cadenas—. ¿Qué quiere usted qué?
- Sólo su corazón —dijo el Kommandant—. Lo necesito para un trasplante.
- Estoy volviéndome loco —gritó el obispo—. Tengo que estar volviéndome loco. No es posible. ¿Quiere usted decir que ha venido aquí y se ha tomado tantas molestias sólo para poder conseguir mi corazón para un trasplante?
- No ha sido ninguna molestia —dijo el Kommandant—. No tenía nada que hacer esta tarde.
- No estoy hablando de esta tarde —gritó el obispo—. Hablo de los asesinatos y el juicio, y del haberme condenado a muerte por delitos que sabía usted que yo no podía haber cometido. ¿Hizo usted todo eso sólo para poder arrebatarme el corazón del pecho y meterlo en el suyo? Es increíble. Es usted un vampiro. Es usted...
- El obispo no encontraba palabras que pudieran expresar el horror que sentía.

Kommandant van Heerden was horrified too. He had never been accused of anything so **disgraceful** in his life.

5 “Good God,” he shouted back. “What do you take me for?”

He could see it was the wrong thing to ask. It was perfectly obvious what the
10 Bishop took him for. For one terrible moment it looked as if the manacled and chained prisoner was going to hurl himself on him. Then quite suddenly the Bishop's fury evaporated and the Kommandant saw
15 that he was staring up at one of the stained-glass windows. Following the Bishop's gaze he found himself looking at the particularly grisly portrayal of a martyr in the process of being hanged, drawn and quartered. To Kommandant van Heerden
20 the change in the prisoner's demeanour could only be explained by miraculous intervention. In some strange way the stained-glass window had communicated a sense of peace and tranquillity to his
25 soul.

And this in its own way was true, for Jonathan Hazelstone had suddenly realized that the second verse of “The Forerunners”
30 needed revising. It wasn't his brain they wanted. It was his heart.

“Good men ye be, to leave me my best room,
Ev'n all my heart, and what is lodged there.”

35 Turning back to the Kommandant, the Bishop was a picture of truly Christian generosity.

40 “Yes,” he said quietly. “If you want my heart, of course you can have it,” and without another word he turned from the altar rail and clanked down the aisle towards the door. And as he went he composed the lines afresh.

45 “Bad men ye be, to pilfer my best room
Ev'n all my heart...”

The Bishop smiled happily to himself. It was extraordinarily appropriate, he
50 thought, and he was still smiling beatifically when Kommandant van Heerden caught up with him and overcome with emotion grabbed his manacled hand and shook it as vigorously as the handcuffs would allow.
55

“You're a real gentleman.” he gasped, “a real English gentleman.”

60 “Noblesse oblige,” murmured the Bishop, whose heart had been chronically

También el Kommandant van Heerden estaba horrorizado. Nunca jamás, en toda su vida, le habían acusado de cosas tan **terribles**.

—¡Dios santo! —respondió a gritos—. ¿Por quién me toma?

Se dio cuenta de que había sido un error preguntarlo. Era evidente y obvio por lo que le tomaba el obispo. Durante un instante terrible, pareció que el preso esposado y encadenado fuera a lanzarse sobre él. Luego, bruscamente, la furia del obispo se evaporó y el Kommandant vio que miraba hacia arriba fijamente, hacia una de las vidrieras. Siguiendo la mirada del obispo, el Kommandant contempló el retrato particularmente lúgubre de un mártir en proceso de ser colgado, destripado y descuartizado. Para el Kommandant van Heerden, el cambio de conducta del preso sólo podía explicarse por una intervención milagrosa. De algún modo extraño, la vidriera había infundido en su alma una sensación de paz y sosiego.

Y esto, en cierto modo, era verdad, pues Jonathan Hazelstone había comprendido de pronto que el segundo verso de «Los precursores» necesitaba una corrección. Lo que ellos querían no era su cerebro, era su corazón.

*Sed buenos, pues, dejadme la mejor estancia,
Dejadme mi corazón entero, y lo que en él hay.*

Volviéndose al Kommandant, el obispo era una imagen de auténtica generosidad cristiana.

—Sí —dijo quedamente—. Si quiere mi corazón, por supuesto, puede disponer de él.

Y, sin decir más, se apartó de la barandilla del altar y bajó por el pasillo hacia la puerta. Y, mientras caminaba, iba componiendo de nuevo los versos.

*Malos sois, sí, por robarme mi estancia mejor
Y mi corazón entero, incluso...*

El obispo se sonreía, feliz. Era muy razonable, sí, pensaba, y aún seguía sonriendo beatíficamente cuando le alcanzó el Kommandant van Heerden y, lleno de emoción, asió su mano encadenada y la estrechó con fuerza.

—Es usted un auténtico caballero —jadeó—. Un auténtico caballero inglés.

—*Noblesse oblige* —murmuró el obispo, que tenía una afección cardíaca

weak since he had suffered from rheumatic fever as a child.

crónica por haber padecido de niño fiebres reumáticas.

5

10

Chapter 18

18

The Bishop was still in a cheerful frame of mind when Hangman Els visited him to weigh him for the drop.

El obispo estaba aún de buen humor cuando le visitó el verdugo Els para pesarle.

“You can smile,” Els said as he dragged him out of the cell and shoved him on to the weighing machine. “It’s all right for you. You don’t have to do anything. I’m the one who has to do all the work.”

—Puede sonreír usted, sí —dijo Els, mientras le sacaba de la celda y le colocaba en la máquina—. No tiene usted problema. No tendrá que hacer nada. Yo haré todo el trabajo.

“Each of us has his little part to play,” said the Bishop.

—Los dos tenemos nuestro pequeño papel que jugar —dijo el obispo.

“Play?” said Els. “I don’t call what I’m doing playing. I’m having to work my guts out.”

—¿Jugar? —dijo Els—. Yo no llamo jugar a lo que estoy haciendo. Estoy reventado.

“Just so long as you don’t achieve the same result in my case,” said the Bishop uneasily. “By the way, how are you getting on with those sacks?”

—Siempre que no logre usted conmigo el mismo resultado —dijo el obispo, inquieto—. Por cierto, ¿cómo le va con esos sacos?

“I’ve practised with them till I’m fit to drop,” Els said, “and I still don’t seem to get it right. It’s got to do with the weight how far you have to fall.” He tried to read the scales. “I can’t make these things out at all,” he said finally. “What do you make your weight out to be?”

—He estado practicando con ellos hasta caerme de cansancio —dijo Els—. Y no hay manera de que salga bien. El problema es el peso y la altura de caída —intentó leer la escala—. No soy capaz de descifrar esas cosas —dijo, por fin—. ¿Cuánto cree usted que pesa?

The Bishop came to his assistance.

El obispo acudió en su ayuda.

“Three hundred and ninety-eight pounds,” he said.

—Ciento sesenta kilos —dijo.

Els consulted a little black book entitled, *The Hangman’s Handbook*, which he had borrowed from the old warder.

Els consultó un librito negro titulado *Manual del verdugo*, que le había prestado el viejo guardián.

“You’re too heavy,” he said at last. “It only goes up to three hundred pounds. Are you sure that’s what the weighing machine said?”

—Pesa usted demasiado —dijo al fin—. Esto sólo llega a los ciento veinte kilos. ¿Está usted seguro que es ése el peso que indica la máquina?

The Bishop checked. “Three hundred and ninety-eight pounds exactly.”

El obispo comprobó.

—Ciento sesenta kilos exactamente.

“Well I don’t know what I’m going to do. It doesn’t look as if you need any drop at all.”

—En fin, no sé lo que voy a hacer. Parece que no necesita usted caída siquiera.

60

- “That’s a nice thought,” Jonathan said, adding hopefully. “Perhaps fat men don’t commit murders.”
- 5 “Well, if they do, nobody seems to hang them,” said Els. “Perhaps they shoot them.” On the whole he much preferred shooting. It was quicker and involved a lot less effort on his part.
- 10 “No, no,” said the Bishop hurriedly. “They definitely have to be hanged.” He thought for a moment. “What does it say is the drop for a man weighing two hundred pounds?” he asked.
- 15 Els consulted his little compendium. “Six feet,” he said at last.
- “Then three feet should be just about right,” said the Bishop.
- 20 “Why?” Els didn’t like the sound of a shortened drop at all. It **smacked** too much of an attempt to avoid death.
- 25 “Double the weight and halve the drop,” the Bishop explained.
- Els wasn’t fool enough to fall into that trap. “Double the weight and double the drop, you mean.”
- 30 The Bishop tried to explain. “The heavier someone is the shorter the fall needed to break his neck. The light man needs a much longer drop to achieve the necessary momentum.”
- Els tried to work it out. He found it very difficult.
- 40 “Why is a momentum necessary?” he asked. “Nobody told me to get one.”
- “Momentum is the product of a moving body’s mass by its velocity.”
- 45 “I thought death was,” said Els.
- 50 “Yes, but you won’t get death without momentum. It’s not possible.”
- “Oh, isn’t it?” said Els. “Well, I’ll have a bloody good shot at it, don’t you worry.”
- 55 Alarmed by the constant reference to shots, the Bishop tried again.
- “When a man is hanged, how does he die?” he asked.
- 60
- Un pensamiento agradable —dijo Jonathan, añadiendo esperanzado—: Quizá los gordos no cometan asesinatos.
- Bueno, si los cometen, al parecer no les ahorca nadie —dijo Els—. Quizá los fusilen.
- El, en líneas generales, prefería el fusilamiento. Era más rápido y le exigía mucho menos esfuerzo.
- No, no —dijo apresuradamente el obispo—. Se les ahorca, sin duda.
- Se quedó pensando un momento.
- ¿Qué caída es la que indica para un hombre que pesa ochenta kilos? —preguntó.
- Els consultó el manual.
- Uno ochenta —dijo al fin.
- Entonces bastarían noventa centímetros —dijo el obispo.
- ¿Por qué? —a Els no le gustó nada que indicara una caída tan corta. Le parecía una tentativa demasiado evidente de eludir la muerte.
- El doble de peso y la mitad de altura de caída —explicó el obispo.
- Els no era tan tonto como para caer en aquella trampa.
- Doble del peso y doble de altura de caída querrá decir usted.
- El obispo intentó explicar.
- Cuanto más pesa un individuo, de menos altura necesita caer para romperse el cuello. El que pesa poco necesita una caída mucho mayor para alcanzar el impulso necesario.
- Els intentó comprenderle. Le resultaba muy difícil.
- ¿Qué es eso del impulso necesario? —preguntó—. Nadie me ha dicho que tuviera que utilizar eso.
- El impulso es el producto de la masa de un cuerpo en movimiento por su velocidad. Eso es lo básico.
- Yo creí que lo básico era la muerte —dijo Els.
- Sí, pero no hay muerte si no se da este proceso. No es posible.
- ¿De veras? —dijo Els—. En fin, se puede añadir un tiro de propina, no se preocupe.
- El obispo lo intentó de nuevo.
- Cuando se ahorca a un hombre, ¿cómo muere? —preguntó.

Els thought about it. "By hanging," he said finally.

Els lo pensó.
—Ahorcado —dijo al fin.

"And hanging means doing what to him?"

—¿Y ahorcarle significa hacer qué?

"Dropping him down a hole with a rope round his neck."

—Tirarlo por un agujero con una soga al cuello.

"And what happens then?"

—¿Y qué pasa entonces?

"He dies."

—Que se muere.

"Yes," said the Bishop patiently, "but what does the rope do?"

—Sí —dijo pacientemente el obispo—. Pero, ¿qué es lo que hace la cuerda?

"Holds him up."

—Le sostiene.

"No, no. It breaks his neck."

—No, no, le rompe el cuello.

Els knew better than that. "Oh no, it doesn't," he said. "I've been practising with sacks and it doesn't break their necks. Their bottoms drop out. It makes no end of a mess."

Pero Els sabía más.
—Ah no, ni hablar —dijo—. He estado practicando con sacos y lo que se rompe no es el cuello. Se les rompe el trasero. Y lo ponen todo perdido.

The Bishop shuddered. "I'm sure it must," he said. "Now we don't want that to happen to me, do we? That's why we've got to get the length of the drop right."

El obispo se estremeció.
—Me lo imagino —dijo—. Pero no queremos que me suceda a mí eso, ¿verdad? Por eso nos esforzamos por saber cuál es la altura necesaria de caída.

"Oh, it wouldn't happen to you," Els assured him. "The old warder says it's the other way round with you. He says your head would..."

—Oh, a usted no le pasaría eso —le aseguró Els—. El viejo guardián dice que con usted pasará al contrario. Dice que en su caso, la cabeza...

The Bishop didn't want to know what the old warder had said. He had had enough of his **morbid** interest in anatomy already.

El obispo no quería saber lo que había dicho el viejo guardián. Ya estaba harto de su **morbida** curiosidad anatómica.

morbid no es *mórbido*, sino *morboso*, *enfermizo* [*de mente*]: (*Med*) *mórbido*, patológico, *malsano*, *unhealthy*;

a morbid scene, un espectáculo morbozo; **morbid curiosity** (*macabre or obsessive interest in sth*) curiosidad morbosa], *pesimista*, *deprimido*, mientras que *mórbido* se refiere a escenas o historias que son **gruesome** [*horrendo*], **grisly** [*horripilante*], aunque en literatura es más positivo, como **soft**, **delicate**, **tender**.

mórbido 1 que padece enfermedad 2 blando, suave, delicado

My daughter has a morbid interest in death. = Mi hija tiene un interés enfermizo en la muerte.

/ **His morbid attitude won't help him to recover.** = Su actitud pesimista no le ayudaría a recuperarse.

/ **Do you like Dracula's grisly scenes?** = ¿Te gustan los escenas mórbidos (horripilantes) de *Dracula*?

"Look, if you're really so keen to get a permanent job as a hangman, you'll have to make a success of this execution. Nobody is going to employ you if you don't make a go of your first hanging."

—Mire, si tiene usted de veras tantas ganas de conseguir un puesto permanente como verdugo, esta ejecución tendrá que ser un éxito. Nadie le dará trabajo si no consigue usted realizar con éxito su primer ahorcamiento.

Els looked pathetically at the Bishop. "I know that," he said, "but what can I do if your weight isn't in the handbook?"

Els miró patéticamente al obispo.
—Ya lo sé —dijo—, pero, ¿qué puedo hacer yo si su peso no viene en el manual?

"You could make me lighter," the Bishop suggested looking at his manacles and chains.

—Podría usted aligerarlo un poco —sugirió el obispo mirando cadenas y grilletes.

"Done," said Els delighted. "I'll have you put on a nil diet at once."

—Hecho —dijo encantado Els—. Le pondré a usted inmediatamente a dieta absoluta.

"I didn't mean that," said the Bishop who couldn't imagine anything nillier than the diet he was already on. "What I had in mind was taking all these chains off and weighing me without them. I think you might find me a lot lighter."

—No me refería a eso —dijo el obispo, que no podía concebir dieta más absoluta que la que ya le administraban—. Yo pensaba que podía quitarme estas cadenas y pesarme sin ellas. Creo que me encontraría usted mucho más ligero.

“I doubt if I'd find you at all,”
said Els.

—Dudo que le encontrase a usted siquiera
—dijo Els.

“Well, if you won't take these
5 chains off I don't see how I can help
you,” said the Bishop wearily.

—Bueno, si no me quita estas cadenas, no
sé cómo voy a poder ayudarle —dijo
cansinamente el obispo.

“If I were to take them off, I'm
damned sure you would not help me
either,” said Els.

—Si yo se las quitase, estoy absolutamente
seguro de que tampoco me ayudaría usted —
dijo Els.

“In that case I don't know what to
suggest. You're not going to find my proper
weight with the chains on and if you won't
take them off ...” He paused as he
15 remembered another scene in the chapel
window. “You don't surely intend to hang
me in chains?” he asked.

—En tal caso, no sé qué proponer. Con las
cadenas puestas no podrá usted saber cuánto
peso, en realidad. Y si no me las quita usted...

El obispo hizo una pausa, al recordar otra
escena del ventanal de la capilla.

—Supongo que no pretenderá ahorcarme
con las cadenas puestas —dijo.

“No,” said Els, “there's a special set of
20 leather straps and a cloth bag for your
head.”

—No —dijo Els—. Hay unas correas
especiales y una bolsa de tela para taparle
la cabeza.

“Dear God what a way to go,”
murmured the Bishop.

—Dios santo, qué modo de morir —mur-
muró el obispo.

“I've put boot polish on the
straps and shone them up. They
look quite smart,” Els went on.
The Bishop wasn't listening to him. He had
suddenly thought of a way round the
30 problem of weight.

—He limpiado las correas con be-
tún y las he dejado brillantes. Que-
dan elegantísimas —continuó Els.

El obispo no le escuchaba. Se le había ocu-
rrido de pronto un medio de resolver el proble-
ma del peso.

“I know what we can do,” he said. “You
go and get another set of chains and
manacles and bring them here, and we'll
weigh them by themselves.”

—Ya sé lo que podemos ha-
cer —dijo—. Traiga usted
otras cadenas como éstas y
las pesaremos.

“I don't see how that's going to help,”
said Els. “I've just told you we won't be
using chains on the day. You don't think
I've been polishing those straps for
40 nothing, do you?”

—No sé de qué nos serviría eso —dijo
Els—. Acabo de decirle que no vamos a
usar cadenas el día de la ejecución. ¿Para
qué se cree» usted que he estado yo lim-
piando las correas?

The Bishop was beginning to think that
he would never be able to get Els to
understand anything.

El obispo empezaba a pensar que
jamás lograría hacerle entender nada
a Els.

“Once we know how much the chains
weigh by themselves we can subtract their
weight from three hundred and ninety-eight
pounds and then we'll know how much I
weigh by myself.”

—En cuanto sepamos lo que
pesan las cadenas solas, podemos
restar ese peso de los ciento se-
senta kilos y sabremos lo que
peso yo solo.

Els considered the proposal for a
moment, but in the end he shook his head.

Els consideró la propuesta unos instan-
tes, pero al final movió la cabeza y dijo:

“It wouldn't work,” he said.

—No serviría de nada.

“Why on earth not?”

—¿Por qué demonios no iba a servir?

“I could never do subtraction at
school,” Els confessed finally.

—Porque no aprendí a restar en la escuela
—confesó al fin Els.

“Never mind,” said the Bishop. “I was

—Eso no importa —dijo el obispo—. Yo

very good at it and I'll do the sum myself."

"How do I know you won't cheat?"

5 "My dear Hangman Els," said the Bishop. "I can think of two good reasons why I am as anxious as you are that this hanging should go with a swing. Possibly three. One is that if you make the drop too short, I shall strangle to death and I really don't want to. Two is that if you make it too long you'll probably decapitate me."

"I won't," said Els. "Your head will come off."

15 "Quite," said the Bishop hurriedly. "Nothing like calling a spade a bloody shovel, is there?"

20 "What's three?" asked Els, who didn't care what a bloody shovel was called.

"Oh yes, three. I had almost forgotten three. Well three is that you are obviously 25 a born executioner and while you've got a lot to learn about hanging, I like to see a man make use of the gifts he's been given. Yes, I know about the cloth bag," the Bishop continued, as Els tried to interrupt with the news that he wouldn't see anything 30 on the scaffold, "but I am speaking metaphorically, and speaking metaphorically I hope you'll go on to greater things, one might almost say to the top of your profession."

35 "You really think I'll make a good hangman?" Els asked eagerly.

"I'm sure of it," said the Bishop. "I can 40 feel it in my bones that you will make a name for yourself among executioners the world over," and having given the hangman the reassurance Els so desperately needed the Bishop went back to his cell while Els went off to fetch another set 45 of chains and manacles. In the end they discovered that Jonathan Hazelstone weighed one hundred and eighty pounds and needed a seven-foot drop.

50 If the Bishop was having difficulty persuading Els to kill him properly, Kommandant van Heerden was finding it almost as difficult to persuade the surgeons at Piemburg Hospital to undertake the operation he needed to save his life. They seemed to insist on raising quite **irrelevant** objections, and the Kommandant found particularly irritating their insistence that there was nothing wrong with his heart. When he had disposed of that 60 difficulty by threatening to charge them with

aprendí muy bien y haré yo la resta.

—¿Y cómo sé que no me engañará?

—Mi querido Verdugo —dijo el obispo—. Puedo darle dos buenas razones por las que estoy tan deseoso como usted de que la ejecución salga bien. Posiblemente, tres. Una, que si hace usted la caída demasiado corta, moriré estrangulado y no me apetece, francamente. Dos, que si la hace demasiado larga, lo más probable es que acabe decapitado.

—No lo haré —dijo Els—. Se le soltaría la cabeza.

—Claro —dijo rápidamente el obispo—. No hay nada como llamarle espada a una pala condenada, ¿verdad?

—¿Cuál es la tercera razón? —preguntó Els, al que le daba igual cómo se llamase a las palas condenadas.

—Ah sí, tres. Me había olvidado de la tercera. Bueno, pues la tercera es que usted es, sin lugar a dudas, un verdugo nato y aunque tenga que aprender todavía mucho sobre la horca, me satisface ver a un hombre utilizar los dones que se le han otorgado. Sí, sé lo de la bolsa de tela —continuó el obispo, mientras Els intentaba interrumpir con la noticia de que no vería nada en el patíbulo—. Pero hablo metafóricamente y, hablando metafóricamente, tengo la esperanza de que llegará usted a hacer grandes cosas, casi me atrevería a decir que llegará usted a la cúspide de su profesión.

—¿De veras lo cree, cree que seré un buen verdugo? —preguntó Els ávidamente.

—Estoy seguro de ello —dijo el obispo—. Estoy seguro de que se hará usted famoso entre los verdugos del mundo entero.

Y, tras proporcionarle la seguridad que Els necesitaba tan desesperadamente, el obispo volvió a su celda, mientras Els iba a por otro juego de cadenas y grilletes. Al final, descubrieron que Jonathan Hazelstone pesaba setenta y dos kilos y necesitaba una caída de dos metros diez centímetros.

Si al obispo le resultaba difícil persuadir a Els de que le matase correctamente, al Kommandant van Heerden le estaba resultando casi tan difícil convencer a los cirujanos del hospital de Piemburgo de que iniciasen la operación que él necesitaba para salvar la vida. Los cirujanos parecían insistir en plantear objeciones absolutamente **intrascendentes**, y al Kommandant le resultaba particularmente irritante su insistencia en que no tenía ningún trastorno cardíaco. Una vez eliminada esta dificultad mediante el procedimiento de amena-

irrelevant es más frecuente que **irrelevante** para **carente de importancia**. En español se usan más voces como **ajeno, no pertinente, fuera de lugar, inadecuado, inoportuno y**, por supuesto, expresiones verbales que son equivalentes semánticos de los adjetivos.

Irrelevant remark = comentario fuera de lugar. 55 **That's irrelevant = eso no viene al caso.**

His lectures often stray to interesting but irrelevant subjects.

= Sus conferencias se desvían hacia temas interesantes pero fuera de lugar (inadecuados).

Your remark is irrelevant to our discussion.

= Tu comentario no viene al caso en esta discusión. 60

attempted murder if they didn't agree with his diagnosis, they spent another hour discussing the ethical problems involved in transferring the heart of a murderer into the
 5 body of a man, who, as they pointed out, was so manifestly non-homicidal. The Kommandant soon set their minds at rest on that score, and it was only when they raised the technical problems of tissue typing and rejection and tried to explain
 10 how unlikely it was that the condemned man's tissues would match those of a purebred Afrikaaner, like Kommandant van Heerden, that he lost his temper.

15 "Are you telling me that I'm not a human being?" the Kommandant yelled at Dr Erasmus who led the transplant team. "Are you telling me I'm a bloody baboon?"

20 "I'm not saying anything of the sort," Dr Erasmus protested. "You don't seem to understand. Each human being has a different type of tissue and yours may not be the same type as that of the donor."

25 "You're telling me I've got coloured blood in me," the Kommandant yelled. "You're saying I can't have an Englishman's heart because I'm part-kaffir. Is that what you're saying?"
 30

"I'm not saying anything of the sort. There's no reason at all why you shouldn't have a kaffir's heart," Dr Erasmus said desperately. He
 35 found Kommandant van Heerden's violence positively **unnerving**.

"There you are. You said it. You said I could have a kaffir's heart," shouted the
 40 Kommandant.

"I didn't mean that you had to have one. There's no reason why a black man's heart should not be put into a white man's body any more than there is any reason why a
 45 white man's organs shouldn't be transferred to a black man."

Kommandant van Heerden had never heard such a flagrant violation of the basic
 50 concepts of apartheid in his life.

"There's every bloody reason," he shouted, "why a white man's organs shouldn't be put into a black man. No white
 55 man is allowed to put any portion of his body into a black man. It's against the fucking law."

Dr Erasmus had never heard of the Fucking Law but he
 60 assumed it was police slang

zar con acusarles de intento de asesinato si no confirmaban su diagnóstico, perdieron otra hora discutiendo los problemas éticos planteados por el hecho de trasplantar el corazón de un asesino en el cuerpo de un hombre que, como indicaban ellos, era manifiestamente no homicida. El Kommandant les tranquilizó en seguida en tal sentido, y sólo cuando plantearon los problemas técnicos del análisis de tejidos y del rechazo e intentaron explicar lo improbable que era que los tejidos del condenado correspondiesen a los de un afrikaaner de pura raza como el Kommandant van Heerden, perdió éste el control.

—¿Quieren decirme con esto que no soy un ser humano? —gritó el Kommandant al doctor Erasmus, que dirigía el equipo de trasplante—. ¿Quiere usted decir que soy un jodido babuino?

—Yo no digo nada de eso —protestó el doctor Erasmus—. Usted al parecer no entiende. Los seres humanos tenemos tipos distintos de tejidos, y el suyo puede que no sea del mismo tipo que el del donante.

—Usted lo que quiere decir es que yo tengo sangre negra —gritó el Kommandant—. Lo que dice es que no puedo ponerme el corazón de un inglés porque soy cafre en parte. ¿Eso es lo que quiere decir, verdad?

—No quiero decir nada de eso. No hay ningún motivo por el que no pudiera usted tener el corazón de un cafre —dijo el doctor Erasmus desesperado.

La violencia del Kommandant van Heerden le resultaba absolutamente **enervante**.

—Eso es. Usted lo ha dicho. Usted dice que yo podría tener el corazón de un cafre —gritó el Kommandant.

—No quería decir que tuviera usted que tener un corazón de cafre. No hay ningún motivo por el que no se le pueda poner el corazón de un negro en el cuerpo de un blanco, como no hay ninguna razón por la que los órganos de un blanco no puedan trasplantarse a un negro.

El Kommandant van Heerden no había oído jamás en su vida una violación tan flagrante de los principios básicos del *Apartheid*.

—Hay todas las razones —gritó— para no trasplantarle a un negro órganos de un blanco. No se permite a ningún blanco introducir ninguna porción de su cuerpo en un negro. Va contra la ley jodida.

El doctor Erasmus no había oído nunca hablar de la Ley Jodida, pero supuso que era un término coloquial que utilizaba la policía para

for the Immorality Act.

“You misunderstand me,” he said. “I wasn’t referring to sexual organs.”

5 “There you go again,” bellowed the Kommandant. “I’ll charge you with incitement to inter-racial homosexuality if you don’t shut up.”

10 Dr Erasmus was silenced.

“Calm yourself, Kommandant,” he said soothingly. “For goodness sake calm yourself. You’ll do yourself an injury
15 carrying on like this.”

“I’ll do you an injury, you bastard,” yelled the Kommandant who wasn’t going to be ordered about by any pig of a doctor who told him he had coloured blood. “I
20 know your sort. You’re an enemy of South Africa, that’s what you are. You’re a bloody Communist. I’ll have you in under the Terrorist Act and we’ll soon see how you like organ transplants.”

25 “For the sake of your health, please stop shouting,” the doctor pleaded.

“My health? You talk about my health? It’s your health you should be worrying
30 about if you don’t do as I say,” the Kommandant screamed before he realized just what Dr Erasmus had meant. With a tremendous effort of will he calmed himself. Now he had not the slightest doubt
35 that his heart needed changing. Dr Erasmus had admitted it in so many words.

In a quiet voice and with the authority he still possessed under Emergency
40 Powers, Kommandant van Heerden gave his orders to the surgical team. They were to make all the necessary preparations for the transplant operation and were ordered not to divulge any information to the Press,
45 the public or their families. The whole operation was to be conducted in the utmost secrecy. It was the only welcome piece of news the doctors could glean from the Kommandant’s brief.

50 The only other consolation was the knowledge that Kommandant van Heerden’s body would almost certainly reject the new heart. As Dr Erasmus pointed out to him, he was probably committing suicide. The Kommandant knew better.
55 He had been eating in the police canteen for years and if his stomach could keep down the food they served there, he couldn’t imagine that his body would reject a perfectly good heart.

60

referirse a la Ley de Inmoralidad.

—Me interpreta usted mal —dijo—. Yo no me refería a órganos sexuales.

—Ya está usted de nuevo —gritó el Kommandant—. Le acusaré de fomentar la homosexualidad interracial si no se calla de una vez.

El doctor Erasmus se calló.

—Cálmese usted, Kommandant —dijo suavemente—. Por amor de Dios, cálmese. Le va a dar un ataque si sigue así.

—El ataque lo sufrirá usted, cabrón —gritó el Kommandant, que no admitía que le diese órdenes ningún médico asqueroso como aquél que se había atrevido a decirle que tenía sangre negra—. Conozco muy bien a los de su tipo. Es usted enemigo de Sudáfrica, ¿me ha oído? Es usted un condenado comunista. Le detendré aplicándole la Ley Antiterrorista y verá muy pronto cómo le gustan los trasplantes de órganos.

—Piense usted en su salud, Kommandant, y cálmese y deje de gritar —suplicó el médico.

—¿Mi salud? ¿Habla usted de mi salud? De su salud deberá preocuparse usted si no hace lo que le digo —gritó el Kommandant—, hasta que comprendió qué era lo que quería decirle exactamente el doctor Erasmus. Con un gran esfuerzo de voluntad, logró calmarse. Ya no tenía la menor duda de que necesitaba un trasplante de corazón. El doctor Erasmus lo había admitido claramente.

Con voz queda y con la autoridad que aún poseía, dado que aún seguía vigente el Estado de Excepción y disponía de Poderes Especiales, el Kommandant van Heerden dio órdenes al equipo quirúrgico. Debían tomar todas las medidas precisas para efectuar la operación de trasplante y no debían, además, informar de nada ni a la prensa ni al público ni a sus familias. Debía realizarse toda la operación en el más absoluto secreto. Fue la única noticia agradable para los médicos de todo el comunicado del Kommandant.

El único consuelo que tuvieron, aparte de éste fue la certeza casi absoluta de que el organismo del Kommandant van Heerden rechazaría el trasplante. Como le había dicho el doctor Erasmus, probablemente estuviese cometiendo un suicidio. Pero el Kommandant no era tan tonto. Llevaba años comiendo en la cantina de la policía y si su estómago era capaz de aguantar la comida que servían allí, era inconcebible que su cuerpo rechazase un corazón perfectamente sano.

Leaving the hospital still smarting at the affront to his origins and the good name of his family, but pleased with the way he had handled the situation, Kommandant van Heerden decided the time had come to pay a visit to Fort Rapier. His interest in the fortunes of Miss Hazelstone was undimmed by the events of the past month and his respect had if anything been increased by the old lady's remarkable resilience in the face of the misfortunes which had overtaken the Hazelstone family. The reports that had reached him from Fort Rapier indicated that Miss Hazelstone had maintained her dignity and sense of social prerogative in a situation which would have induced a feeling of **despondency** if not of inferiority in a less vigorous woman. Miss Hazelstone had succumbed to none of the temptations of madness. She neither shuffled lost in some interior wilderness nor imagined herself to be other than she was.

despondent *adj.* in low spirits, dejected.
Abatido, alicaído,
despondency abatimiento, dejection=low spirits, desaliento

"I am Miss Hazelstone of Jacaranda Park," she insisted in the face of attempts to turn her into a model patient with problems amenable to psychotherapy, and instead of conforming to the indolence that marked the lives of the other patients, she had found plenty of interest to occupy her time. The history of Fort Rapier and the part played by her ancestors in the creation of the garrison particularly fascinated her.

"My grandfather was C-in-C Zululand when this fort was built," she told Dr Herzog when she met him one day crossing the parade ground, and had astonished the Superintendent by her grasp of military history.

"On this very parade ground in 1876 the Greys, the Welsh Regiment and the 12th Hussars marched past my grandfather before leaving for the Zulu War," she told the astonished doctor, and went on to give details of the uniforms of the various branches and the character of the officers in command.

"What a remarkable memory you have," he said, "to remember these things."

"Part of the family history," said Miss Hazelstone and had gone on to explain the mistakes made in the campaign, and in particular at the Battle of Isandhlwana. Dr Herzog was so impressed with her interest, and especially by her knowledge of the Boer War and the part played in it by Dr Herzog's own grandfather, that he invited her to his house for tea and the discussion was continued until supper.

Al salir del hospital, aún le dolía aquella afrenta a sus orígenes y al buen nombre de la familia, pero estaba contento de cómo había manejado la situación. De pronto, decidió que había llegado el momento de hacer una visita a Fort Rapier. Su interés por la suerte de la señorita Hazelstone no había disminuido por los acontecimientos del último mes y su respeto había aumentado, en realidad, ante la notable flexibilidad que había mostrado la señorita Hazelstone frente a las desdichas que se habían abatido sobre su familia. Los informes que le llegaban de Fort Rapier indicaban que la señorita Hazelstone había mantenido su dignidad y su sentido de la distinción social en una situación que habría producido una sensación de **abatimiento** e incluso de inferioridad en una mujer más débil. La señorita Hazelstone no había sucumbido a ninguna de las tentaciones de la locura. Ni vagaba perdida por algún páramo interior ni imaginaba ser otra persona que la que era.

—Soy la señorita Hazelstone de Jacaranda Park —insistía frente a las tentativas de convertirla en una paciente modelo con problemas asequibles a la psicoterapia, y en vez de adaptarse a la indolencia que caracterizaba la vida de los demás pacientes, había hallado muchas cosas en que ocupar su tiempo. La historia de Fort Rapier y el papel que habían jugado sus antepasados en la creación de la guarnición era un tema que la fascinaba particularmente.

—Mi abuelo era C—in—C de Zululandia cuando se construyó este fuerte —le dijo al doctor Herzog cuando le encontró un día cruzando la zona de instrucción, y luego asombró al director por sus conocimientos de historia militar.

—En este mismo terreno de instrucción, en mil ochocientos setenta y seis, desfilaron ante mi abuelo antes de partir para la guerra zulú los Grays, el regimiento de Gales y el Doceavo de Húsares —le explicó al asombrado doctor Herzog, y siguió luego dando detalles de los diversos uniformes y del carácter de los oficiales.

—Qué memoria tan notable tiene usted —dijo el médico— no sé cómo puede recordar esas cosas.

—Es una parte de la historia de mi familia —dijo la señorita Hazelstone, y luego se había puesto a explicar los errores cometidos en la campaña, y, en particular, en la Batalla de Isandhlwana. Al doctor Herzog le impresionó tanto el interés de la señorita Hazelstone en aquel tema, y, en especial, lo mucho que sabía sobre la guerra de los boers y el papel que había jugado en ella el abuelo del propio doctor Herzog, que la invitó a tomar el té a su casa y la charla se prolongó hasta la cena.

“Quite extraordinary,” he said to his wife when Miss Hazelstone went back to the ward. “I had no idea my grandfather was responsible for our victory at Magersfontein.”

The following day he sent a memorandum to the staff, instructing them that Miss Hazelstone was to be given all the help and encouragement she needed to continue her study of military history and the part played in it by Fort Rapier.

“We have a duty to encourage patients to pursue their hobbies, particularly when they may well be of benefit to the hospital,” he told Dr von Blimenstein who complained that Miss Hazelstone had stopped attending her therapy classes.

“Miss Hazelstone hopes to publish the history of Fort Rapier and any publicity must surely rebound to our credit. It’s not every day that lunatics publish military history.”

Dr von Blimenstein had reservations on that score, but she kept her thoughts to herself and Miss Hazelstone had continued her researches with growing enthusiasm. She had discovered regimental records in a trunk in the basement of what was now the staff canteen, but which had in earlier days been the officers’ mess. These had led her to unearth even more interesting relics in the shape of discarded uniforms in the quartermaster’s stores.

“We really ought to hold a pageant,” she told the Superintendent. “The uniforms are there and while they do need patching up in places, because the cockroaches have got at them you see, there’s no doubt they are authentic and it will give all the patients something to work for. It’s so important for morale to create a common aim and something to look forward to.”

Dr Herzog had been impressed by the idea.

“A pageant of Fort Rapier’s history,” he said, “what a splendid idea,” and his mind toyed with the idea of an open day in which the public and the Press could see the wonderful work being done on behalf of mental health in Zululand.

“I thought we might start with a march-past,” Miss Hazelstone continued, “followed by several tableaux commemorating particularly memorable

—Qué cosa tan extraordinaria —le explicó a su esposa cuando la señorita Hazelstone volvió a su pabellón—. No tenía ni idea de que se debiese a mi abuelo nuestra victoria en Magersfontein.

Al día siguiente envió un memorándum a todo el personal dándoles instrucciones de que se prestase a la señorita Hazelstone la ayuda y el estímulo necesarios para que prosiguiese sus estudios sobre la historia militar del país y el papel que había jugado en ella Fort Rapier.

—Tenemos el deber de animar a nuestros pacientes a practicar sus aficiones, sobre todo cuando muy bien pueden significar un beneficio para el hospital —le explicó a la doctora von Blimenstein, que se quejaba de que la señorita Hazelstone había dejado de asistir a sus clases de terapia.

—La señorita Hazelstone espera publicar la historia de Fort Rapier, lo cual redundará, sin duda, en beneficio nuestro. No aparecen todos los días chiflados que publiquen libros de historia militar.

La doctora von Blimenstein tenía sus reservas a este respecto, pero se las guardaba para sí, y la señorita Hazelstone había continuado sus investigaciones con un entusiasmo creciente. Había descubierto documentos diversos en un baúl del sótano de lo que era ahora la cantina del personal, pero que había sido en otros tiempos el comedor de oficiales. Estos documentos la habían llevado a desenterrar reliquias aún más interesantes, consistentes en uniformes desechados de los almacenes de Intendencia.

—Deberíamos hacer una representación —le dijo al director—. Tenemos los uniformes, y aunque haya que remendar algunos, porque los han roídos un poco las cucarachas, no hay duda de que son auténticos y les dará a los pacientes algo en que ocuparse. Es tan importante para la moral crear un objetivo común y una esperanza en algo...

Al doctor Herzog le había impresionado mucho la idea.

—Una representación de la historia de Fort Rapier —dijo—. Qué idea tan espléndida. Y acarició mentalmente la idea de una fiesta abierta al exterior, en la que el público y la prensa pudieran ver la obra maravillosa que estaban haciendo en beneficio de la salud mental de Zululandia.

—Yo he pensado que podríamos empezar con un desfile —continuó la señorita Hazelstone—. Seguido de varios cuadros escénicos conmemorativos de hazañas particu-

feats of courage in the history of South Africa.”

Dr Herzog was hesitant. “I don’t want any mock battles,” he said anxiously.

“Oh no, nothing like that,” Miss Hazelstone assured him, “I was thinking more of purely stationary representations of the events.”

“We can’t have the patients getting too excited.”

excited y **excitado** conllevan la idea de *alegre, entusiasta*, pero **excited** tiene más denotaciones, como *nervioso, agitado, acalorado, emocionante*. To *excite* y *excitar* se refieren a *estimular, entusiasmar*, pero to *excite* significa además *emocionar / conmover, poner nervioso / agitado, provocar* [emociones], *instigar* [desórdenes], *alborotar* [gente], y to *get excited* es *acalorarse*. A su vez, *excitar* se usa para to *raise* [dudas], *arouse* [curiosidad, apetito]. *Excitedly* significa *agitada- o acaloradamente*.
Don’t get excited = *no te pongas nervioso*.

“Quite,” said Miss Hazelstone who had long since ceased to think of herself as a patient. “I take your point. We shall have to see that the whole affair is conducted with truly military discipline. I was thinking of including as one of the set-pieces your great-grandfather’s heroic defence of his homestead in the 6th Kaffir War.”

Dr Herzog was flattered. “Were you really?” he said. “I had no idea my family played such an important role in the military history of the country.”

“The Herzogs were practically the Afrikaans counterpart of the Hazelstones,” Miss Hazelstone told him, and with the knowledge that the pageant would enhance the reputation of the Herzog family as well as that of the hospital, the Superintendent gave his permission for the event to be held.

In the weeks that followed Miss Hazelstone threw herself into the preparations with an enthusiasm that communicated itself to the other inmates of Fort Rapier. She took command of the organization with all the natural authority of Sir Theophilus’ granddaughter and with an attention to detail made possible by her wealth. Bales of red cloth were ordered from Durban on Miss Hazelstone’s account, and the patients in the sewing-rooms were kept busy making new uniforms.

“It certainly brightens the place up,” Dr Herzog said to Dr von Blimenstein as they watched Miss Hazelstone drilling a squad of manic depressives on the parade ground one day.

“I can’t help feeling uneasy,” Dr von Blimenstein said. “Is it really necessary to include the Battle of Blood River in the programme? I’m sure it will have an unfortunate effect on the black patients.”

“Our chief responsibility is to the

larmente memorables de la historia de Sudáfrica.

El doctor Herzog vacilaba.

—No quiero batallas simuladas —dijo, inquieto.

—Oh no, nada de eso —le tranquilizó la señorita Hazelstone—. Yo pensaba más bien en representaciones puramente estáticas de los acontecimientos.

—Es que no podemos poner demasiado **nerviosos** a los pacientes.

—Claro, claro —dijo la señorita Hazelstone, que hacía mucho que había dejado de considerarse una paciente—. Le comprendo perfectamente. Tendremos que procurar que se haga todo con una disciplina auténticamente militar. Yo pensaba incluir como una de las piezas clave la defensa heroica que hizo su bisabuelo de su hacienda durante la sexta guerra contra los cafres.

El doctor Herzog se sintió halagado.

—¿De veras? —dijo—. No tenía ni idea de que mi familia hubiera jugado un papel tan importante en la historia militar del país.

—Los Herzog fueron prácticamente la contrapartida afrikaaner de los Hazelstone —le dijo la señorita Hazelstone, y con la seguridad de que la representación aumentaría la fama de la familia Herzog, además de la del hospital, el director dio permiso para que se celebrara la representación.

En las semanas siguientes, la señorita Hazelstone se consagró a los preparativos con un entusiasmo que contagió a los demás internos. Tomó el mando de la organización con toda la autoridad natural de la nieta de sir Theophilus, demostrando toda la atención a los detalles que le permitía su riqueza personal. Se pidieron balas de tela roja a Durban, a cargo de la señorita Hazelstone, y las pacientes de la sala de costura estuvieron ocupadas fabricando nuevos uniformes.

—Desde luego, esto alegra el lugar —le dijo el doctor Herzog a la doctora von Blimenstein, mientras observaban a la señorita Hazelstone, que estaba enseñando instrucción a un escuadrón de maniaco—depresivos.

—Pues yo estoy inquieta, no puedo evitarlo —dijo la doctora von Blimenstein—. ¿Es necesario incluir la batalla de Blood River en el programa? Estoy segura de que tendrá efectos negativos en los pacientes negros.

—Nuestra principal responsabilidad es con

whites,” said Dr Herzog, “and it can only help them to see the great events of the past re-enacted here. I have every hope that by participating in them our patients will come to see that there is still a place for the mentally sick in modern South Africa. I like to think of this pageant as drama therapy on a vast scale.”

“But surely, Doctor, you don’t consider insanity to be simply a matter of morale?” Dr von Blimenstein said.

“Yes, I do, and if it isn’t it ought to be. Besides,” said the Superintendent, “the pageant will help to sublimate some of their aggression.”

On the parade ground Miss Hazelstone’s squad marched past the saluting base which the carpenters had erected between the two field guns.

“Eyes right,” Miss Hazelstone shouted, and two hundred pairs of eyes fixed themselves manically on Dr Herzog. The Superintendent saluted.

“Eyes front,” and the squad marched on.

“Most impressive,” said Dr Herzog. “What a pity we didn’t think of this before.”

“I just hope we don’t have cause to regret it,” said Dr von Blimenstein pessimistically.

As the day of the pageant approached, Miss Hazelstone had to deal with several problems. One was the question of assegais for the Zulu warriors. Dr Herzog was adamant.

“I’m not having hundreds of black patients running around brandishing spears. God alone knows what would happen.”

In the end the problem was solved by the purchase of one thousand rubber spears which had been used in the making of a film a year or two before.

Another problem centred round the question of the music and the sound effects to accompany the tableaux.

“I was thinking of the 1812 Overture” Miss Hazelstone explained to the **conductor** of the hospital band.

“We can’t reach those heights,” the bandmaster objected, “and in any case we haven’t got a cannon.”

los blancos —dijo el doctor Herzog—, y les ayudará sin duda ver representados aquí los grandes acontecimientos del pasado. Tengo la esperanza de que, participando en ello, nuestros pacientes lleguen a ver que aún hay sitio para los enfermos mentales en la Sudáfrica moderna. Me gusta enfocar esta representación como una especie de terapia teatral a gran escala.

—Pero bueno, doctor, ¿no cree usted que la locura es simplemente una cuestión de moral? —dijo la doctora von Blimenstein.

—Sí que lo creo, y si no lo es, debería serlo. Además, —continuó el doctor—, la representación les ayudará a sublimar parte de su agresividad.

El escuadrón de la señorita Hazelstone pasaba en aquel momento ante la tribuna que habían levantado los carpinteros entre los dos cañones.

—Vista a la derecha —gritó la señorita Hazelstone, y doscientos pares de ojos se clavaron demencialmente en el doctor Herzog. El director saludó.

—Vista al frente —y el escuadrón siguió su marcha.

—Muy impresionante —dijo el doctor Herzog—. Qué lastima que no se nos ocurriera esto antes.

—Sólo espero que no tengamos que lamentarlo —dijo, pesimista, la doctora von Blimenstein.

Cuando ya se acercaba el día de la representación, la señorita Hazelstone tuvo que enfrentarse con varios problemas. Uno de ellos era la cuestión de las **azagallas** de los guerreros zulúes. El doctor Herzog se mostró inflexible.

—No estoy dispuesto a permitir que cientos de pacientes negros anden por ahí sueltos blandiendo lanzas. Sabe Dios lo que podría pasar.

Al final, se resolvió el problema comprando mil lanzas de goma que se habían usado en una película uno o dos años atrás.

Otro problema fue el de la música y los efectos sonoros que habrían de acompañar a la representación.

—Yo había pensado en la *Obertura, 1812* —explicó la señorita Hazelstone al **director** de la banda del hospital.

—No podemos llegar a niveles tan altos —objetó el director de la banda—. Y no tenemos cañón, además.

“We could use the field guns,” Miss Hazelstone said.

—Podríamos utilizar los cañones de campo antiguos que tenemos —dijo la señorita Hazelstone.

5 “We can’t go round letting off loud bangs in the hospital grounds. It would have a terrible effect on the anxiety cases.”

—No podemos andar soltando cañonazos en el interior del recinto del hospital. Afectaría mucho a los casos de angustia y ansiedad.

10 In the end it was agreed that the band would restrict itself to simple marches like Colonel Bogey and tunes like Goodbye Dolly Gray and that a recording of the 1812 Overture should be played over loudspeakers to accompany the battle
15 scenes.

Se acordó al final que la banda se limitase a marchas sencillas como *Colonel Bogey* y melodías como *Godby Dolly Grey* y que se pusiera por los altavoces para acompañar las escenas de combate una grabación de la *Obertura 1812*.

20 A dress rehearsal was held the day before the pageant and Superintendent Herzog and the staff attended.

Se celebró un ensayo general el día antes de la representación y asistieron el director del hospital, el doctor Herzog, y todo el personal a su cargo.

“Simply splendid,” Dr Herzog said afterwards. “One has the feeling that one is actually present, it’s so real.”

—Sencillamente espléndido —dijo después el doctor Herzog—. Tiene uno la sensación de estar presente de verdad, es tan real.

25 It was quite by chance that Kommandant van Heerden chose the afternoon of the pageant for his visit to the hospital. Unlike the Mayor of Piemburg and other notables, he had not been invited because it was felt that Miss Hazelstone
30 might not like it.

Fue pura casualidad el que el Kommandant van Heerden eligiese la tarde de la representación para hacer su visita al hospital. No había sido invitado, a diferencia del alcalde de Piemburgo y otros notables, por considerar que quizá no le gustase a la señorita Hazelstone.

35 “We don’t want anything to put the old lady off her stride, and having the police here would only remind her of her brother’s execution,” the Superintendent said.

—No queremos hacer nada que contraríe a la señorita, y la presencia de la policía le recordaría la ejecución de su hermano —dijo el director del hospital.

40 As his car passed into the grounds of Fort Rapier Kommandant van Heerden noticed that a new air of festivity seemed to have come to the hospital.

El Kommandant van Heerden notó, al entrar el coche en el recinto de Fort Rapier, que parecía haber invadido el hospital una atmósfera nueva de fiesta.

45 “I hope it isn’t too open,” he said to the driver who had replaced Konstabel Els, as the car passed under a banner which announced Open Day. They drove up to the parade ground which was decked with regimental flags and Kommandant van Heerden got out.

—Espero que no sea demasiado libre —le dijo al conductor que había sustituido al Konstabel Els, cuando el coche pasó bajo un cartel que anunciaba Día Libre. Subieron hasta la zona de instrucción, que estaba salpicada de banderas y el Kommandant van Heerden se bajó del vehículo.

50 “Glad you could make it Kommandant,” Dr Herzog said, and led the way to the saluting base, where the Mayor and his party were already seated. The Kommandant looked nervously around as he took his seat.

—Me alegro de que haya venido, Kommandant —dijo el doctor Herzog, conduciéndole hasta la tribuna donde estaban ya sentados el alcalde y su grupo. El Kommandant se sentó mirando nervioso alrededor.

55 “What’s going on?” he asked one of the aldermen.

—¿Pero qué pasa? —le preguntó a uno de los concejales.

60 “It’s some sort of publicity stunt to foster public interest in mental health,” the alderman said.

—Es una especie de montaje publicitario para fomentar el interés del público por la salud mental —explicó el concejal.

“Funny place to hold it,” said the Kommandant. “I thought everyone up here was supposed to be barmy. Good heavens, look at those kaffirs.”

A detachment of schizophrenic Zulus marched across the parade ground to take up their position for the tableaux.

“Who the hell gave them those spears?”

“Oh it’s all right, they’re only rubber,” said the councillor.

The Kommandant sank down in his chair in horror. “Don’t tell me,” he said, “this whole thing has been organized by Miss Hazelstone.”

“Right first time,” said the councillor. “Put up the money herself. Just as well she did too. I hate to think what this little lot cost.”

Kommandant van Heerden wasn’t listening. He rose from his chair and looked desperately round for some way of escaping, but the crowd round the saluting base was too dense to pass through, and in front the march-past had already begun. He sank back into his chair in despair.

As the band played the regiments formed up and marched towards the stand. Red-coated and surprisingly well drilled for their mental health, they swung past the Superintendent and at their head there marched the familiar figure of Miss Hazelstone. For a moment the Kommandant thought he was back in the hall at Jacaranda House, and staring once more at the portrait of Sir Theophilus. Miss Hazelstone’s uniform was a replica of the one the Viceroy had worn in the painting. Her face was partially obscured by a plumed pith helmet but on her chest were the stars and medals of her grandfather’s disastrous campaigns. Behind the first regiment which was the Welsh Guards, came the others, the county regiments of England, appropriately less in step than the Guards (it had been difficult to find enough compulsive cases to be really smart) but shuffling along with determination all the time. After them came the Scots regiments recruited from women patients wearing kilts and led by a chronic depressive playing the bagpipes. Last of all was a small detachment of frogmen in rubber suits with flippers who had difficulty keeping in step.

—Pues es un lugar un poco raro para hacerlo —dijo el Kommandant—. Yo pensaba que aquí estaban todos chiflados. Dios Santo, fíjese en aquello cafres.

Un destacamento de zulúes esquizofrénicos cruzaba la zona de instrucción, para ocupar su lugar en la representación.

—¿Quién demonios les dio esas lanzas?

—Oh, sólo son de goma, no hay problema —dijo el concejal.

El Kommandant se hundió horrorizado en su asiento.

—No me diga que todo este asunto lo ha organizado la señorita Hazelstone.

—Acierta usted por primera vez —dijo el concejal—. Puso ella misma el dinero. Y sabe Dios lo que costaron todas estas cosas.

El Kommandant van Heerden no escuchaba. Se levantó de su asiento y miró desesperadamente a su alrededor, buscando una vía de escape, pero la multitud que rodeaba el estrado era demasiado densa para pasar, y delante se había iniciado ya el desfile. Volvió a hundirse en su asiento, desesperado.

Mientras tocaba la banda, los regimientos formaban y marchaban hacia el estrado. Con sus casacas rojas y sorprendentemente bien adiestrados para su salud mental, pasaban ante el director del hospital y a su cabeza iba la imagen familiar de la señorita Hazelstone. El Kommandant pensó por un instante que estaba de nuevo en el salón de la mansión de Jacaranda, y que contemplaba una vez más el retrato de Sir Theophilus. El uniforme de la señorita Hazelstone era una réplica del que llevaba el Virrey en el cuadro. La señorita Hazelstone tenía la cara parcialmente oscurecida por un casco emplumado de médula, pero llevaba al pecho las estrellas y medallas de las campañas desastrosas de su abuelo. Detrás del primer regimiento, que era el de los guardias galeses, venían los otros, los regimientos de los condados de Inglaterra, que, muy propiamente, llevaban peor el paso que los guardias (había sido difícil encontrar un número suficiente de enfermos compulsivos lo bastante elegantes) pero que avanzaban con resolución, de todos modos. Tras ellos, iban los regimientos escoceses, reclutados entre las pacientes, ataviadas con las típicas faldillas y dirigidas por una depresiva crónica que tocaba la gaita. Por último, cerrando la marcha, iba un pequeño destacamento de hombres rana con trajes de goma y aletas que hacían muy difícil y trabajoso mantener el paso.

“A nice touch of modernity, don't you think?” Dr Herzog murmured to the Mayor as twenty crazed faces turned their masks towards the stand.

5 “I hope those kaffirs aren't going to come too close,” said the Mayor anxiously. There was no need to worry. The black lunatics were not allowed the privilege of marching past the stand.
10 Miss Hazelstone was arranging them for the first tableau.

In the interval Kommandant van Heerden left his seat and spoke to the
15 Superintendent.

“I thought I told you to keep Miss Hazelstone under close surveillance,” he said angrily.

20 “She's made remarkable progress since she has been here,” Dr Herzog answered. “We like to see our patients taking an interest in their hobbies.”

25 “You may,” said the Kommandant, “but I don't. Miss Hazelstone's hobbies happen to include murder and you go and let her organize a military parade.
30 You must be out of your mind.”

aggressive enérgico, audaz, activo, atrevido, beligerante

“Nothing like allowing the patients to dramatize their **aggressive** tendencies,” said the Superintendent.

35 “She's done that quite enough already,” said the Kommandant. “My advice is to stop this thing before it's too late.”

40 But already the first tableau had begun. A square of cardboard ox wagons stood in the centre of the parade ground and around them gathered the Zulu schizophrenics brandishing their spears. After several minutes the Zulus lay down
45 on the tarmac in attitudes supposed to represent agonizing death.

“Blood River,” said the Superintendent.

50 “Very realistic,” said the Mayor.

“Bloody insane,” said Kommandant van Heerden.

55 A polite round of clapping greeted the end of the battle. For the next hour the history of South Africa unfurled before the spectators in a series of blood-curdling battles in which the blacks were invariably massacred by the whites.
60

—Un delicioso toque de modernidad, ¿no le parece? —murmuró el doctor Herzog al alcalde, cuando veinte rostros enloquecidos giraron sus máscaras hacia la tribuna.

—Espero que esos cafres no se acerquen demasiado —dijo angustiado el alcalde.

No había necesidad de preocuparse. A los locos negros no se les concedía el privilegio de desfilar ante la tribuna. La señorita Hazelstone estaba situándolos para la primera representación.

En el intermedio, el Kommandant van Heerden dejó su asiento y habló con el director del hospital.

—Creo haberle dicho que debía tener vigilada a la señorita Hazelstone —dijo furioso.

—Bueno, es que ha hecho unos progresos notables en el tiempo que lleva aquí —contestó el doctor Herzog—. Nos agrada que nuestros pacientes se tomen interés por sus aficiones.

—Quizás a ustedes les agrade —dijo el Kommandant—, pero a mí no. La señorita Hazelstone suele incluir el asesinato entre sus aficiones, y usted va y le permite que organice un desfile militar. Está usted mal de la cabeza.

—Es muy aconsejable permitir a los pacientes representar sus tendencias **agresivas** y darles salida —dijo el director.

—Ella ya les ha dado salida. Suficientemente —dijo el Kommandant—. Mi consejo es que interrumpa esto de inmediato, antes de que sea demasiado tarde.

Pero se había iniciado ya la primera representación. En el centro del terreno de instrucción había un grupo de carros de bueyes de cartón y a su alrededor se agrupaban los esquizofrénicos zulúes blandiendo sus lanzas. Tras varios minutos, los zulúes se tendieron en el suelo asfaltado en actitudes que, supuestamente, representaban la agonía de la muerte.

—Blood River —dijo el director.

—Muy realista —dijo el alcalde.

—Una locura —dijo el Kommandant van Heerden.

Una salva cortés de aplausos saludó el final de la batalla. Durante la hora siguiente, se desplegó ante los espectadores la historia de Sudáfrica en una serie de batallas estremecedoras y horripilantes, en que los blancos masacraban invariablemente a los negros.

“You would think they’d get tired of lying down and getting up and lying down again,” the Mayor said when the Zulus had gone through their death agonies for the umpteenth time. “Must keep them physically fit, I suppose.”

“So long as the bastards don’t win, I’m happy,” said the Kommandant.

“I think they do have a moment of triumph in the finale,” said Dr Herzog. “It’s the Battle of Isandhlwana. The British ran out of ammunition and were massacred.”

“Do you mean to tell me,” said the Kommandant, “that you have allowed white men to be defeated by blacks? It’s insane. What’s more it’s illegal. You are encouraging racial hatred.”

Dr Herzog was nonplussed. “I hadn’t thought of it like that,” he said.

“Well, you had better think of it now. You’re breaking the law. You’ve got to put a stop to it. I’m not prepared to sit here and watch anything so outrageous,” the Kommandant said firmly.

“Nor am I,” said the Mayor. Several councillors nodded in agreement.

“I don’t really see how I can,” Dr Herzog said. “They’re about to begin.”

In the middle of the parade ground Miss Hazelstone had organized the British camp and was superintending the placement of the two old field guns. Several hundred yards away the Zulu army was gathered ready for its moment of triumph.

“I insist that you stop the battle,” said the Kommandant.

“So do I,” said the Mayor, who still didn’t feel very comfortable about the rubber spears.

Dr Herzog hesitated. “Oh dear, I do wish you had told me it was illegal before. I don’t see what I can do now,” he said anxiously.

“Well, if you won’t stop it, I will,” said the Kommandant. “Good man,” said the Mayor, seconded by the councillors.

Before he could think about the likely

—Tienen que cansarse de tanto tirarse al suelo y levantarse y tirarse otra vez —dijo el alcalde, cuando los zulúes habían pasado ya por la agonía y la muerte por enésima vez—. Debe mantenerles físicamente en forma, imagino.

—Mientras no ganen los muy cabrones, estoy contento —dijo el Kommandant.

—Creo que tienen un momento de triunfo al final —dijo el doctor Herzog—. En la Batalla de Isandhlwana. Los ingleses se quedaron sin municiones y los masacraron.

—¿Va a decirme —dijo el Kommandant— que ha permitido usted que los negros derroten a los blancos? Eso es un disparate. Más aún, es ilegal. Está usted fomentando el odio racial.

Pero el doctor Herzog se quedó un tanto desconcertado ante estas palabras del Kommandant.

—Vaya, yo no lo había enfocado de ese modo —dijo.

—Bueno, pues debía haberlo hecho. Está usted quebrantando la ley. Tiene que parar esto. No estoy dispuesto a estar sentado aquí viendo una cosa tan ofensiva —dijo con firmeza el Kommandant.

—Ni yo —dijo el alcalde.

Algunos concejales asintieron, indicando su coincidencia de criterio.

—Es que no voy a poder —dijo el doctor Herzog—. Ya está a punto de empezar.

La señorita Hazelstone había organizado en el centro de la zona de instrucción el campamento inglés y estaba supervisando el emplazamiento de los dos viejos cañones de campo. El ejército zulú se agrupaba a unos cientos de metros de distancia, disponiéndose para su momento de triunfo.

—Insisto en que pare el combate —dijo el Kommandant.

—Y yo también —dijo el alcalde, que seguía sintiéndose intranquilo con aquellas lanzas de goma.

El doctor Herzog vaciló.

—Oh, querido, ojalá me hubiera dicho usted antes que esto era ilegal. Ahora ya no sé lo que podré hacer —dijo angustiado.

—Bueno, si no interrumpes esto, lo haré yo mismo —dijo el Kommandant.

—Eso es, sí —dijo el alcalde, secundado por los concejales.

Antes de que pudiera pensar en las po-

consequences of his intervention, Kommandant van Heerden found himself being helped off the saluting base and on to the parade ground. He marched slowly towards the two armies, and as he went the realization of his position slowly dawned on him. In the middle of the square halfway between the two opposing forces of lunatics, he began to regret his precipitate decision to intervene. On one side of him five hundred Zulu schizophrenics pawed the ground and waved their spears ferociously, while on the other, an equal number of white madmen awaited defeat with a determination made all the more awful by foreknowledge.

Kommandant van Heerden halted and raised his hand. Silence fell over the two armies.

“This is Kommandant van Heerden speaking,” he shouted. “I am ordering you to disperse and return to your wards. This is an illegal gathering and contravenes the Riotous Assemblies Act.”

He stopped and waited for the armies to retire. There was no sign of their doing anything of the sort. As his words echoed away, both sides stared insanely at their adversaries and there were murmurs in the ranks. Miss Hazelstone finished sighting the field guns and stepped forward. On the Zulu side an enormous warrior followed suit.

“What is the meaning of this nonsense?” Miss Hazelstone shouted.

“You heard me,” said the Kommandant. “This battle constitutes a **breach** of the peace. I insist you disperse.”

In the space between the armies Kommandant van Heerden found his new role as keeper of the peace becoming more difficult.

“You’ve no right to come here and interfere with our pageant,” Miss Hazelstone insisted. “And it’s not a breach of the peace.”

“We won,” said the Zulu chief. “We won the battle of Isandhlwana and now we win it again.”

“Over my dead body,” said the Kommandant and regretted the words as soon as he had said them. The murmurs in the ranks of the two armies indicated all too clearly that the spirit of belligerency was spreading.

sibles consecuencias de su intervención, el Kommandant van Heerden se encontró con que le ayudaban a bajar de la tribuna y avanzaba por el terreno de instrucción. Avanzaba despacio, hacia los dos ejércitos, y, al hacerlo, iba tomando conciencia poco a poco de su situación. En medio de las dos fuerzas opuestas de locos, empezó a lamentar su precipitada decisión de intervenir. A un lado, quinientos zulúes esquizofrénicos pateaban el suelo y esgrimían feroces sus lanzas, mientras que al otro un número idéntico de locos blancos aguardaban la derrota con una resolución que resultaba aún más sobre—cogedora por lo prevista.

El Kommandant van Heerden se detuvo y alzó una mano. Se hizo el silencio en ambos ejércitos.

—Les habla el Kommandant van Heerden —gritó—. Les ordeno que se dispersen y vuelvan a sus pabellones. Esto es una reunión ilegal y va contra la Ley de Asambleas Tumultuosas.

No dijo más; aguardó a que los ejércitos se retirasen. Pero no se veían indicios de que los combatientes fueran a hacerle caso. Cuando se apagó el eco de sus palabras, ambos bandos se miraban demencialmente y recorrían sus filas los murmullos. La señorita Hazelstone terminó de colocar los cañones y avanzó. Un guerrero enorme siguió su ejemplo, en el bando zulú.

—¿Qué significa todo este disparate? —gritó la señorita Hazelstone.

—Ya me ha oído —dijo el Kommandant—. Este combate constituye una **alteración** del orden. Insisto en que se dispersen.

El Kommandant van Heerden, allí en aquel espacio entre los dos ejércitos, veía que iba resultando cada vez más difícil su papel de mantenedor de la paz.

—No tiene usted ningún derecho a venir aquí a interrumpir nuestra representación —insistió la señorita Hazelstone—. No estamos alterando el orden.

—Ganamos nosotros —dijo el jefe zulú—. La batalla de Isandhlwana la ganamos nosotros, y ahora volveremos a ganarla.

—Tendréis que pasar por encima de mi cadáver —dijo el Kommandant, y lamentó estas palabras nada más decirlas.

Los murmullos que recorrían las filas de ambos bandos indicaban con demasiada claridad que se extendía el espíritu bélico.

breach *n.* 1 (often foll. by *of*) the breaking of or failure to observe a law, contract, etc. 2 **a** a breaking of relations; an estrangement. **b** a quarrel. 3 **a** a broken state. **b** a gap, esp. one made by artillery in fortifications.

v. tr. 1 break through; make a gap in. 2 break (a law, contract, etc.).

breach of the peace an infringement or violation of the public peace by any disturbance or riot etc.

breach of promise the breaking of a promise, esp. a promise to marry.

stand in the breach bear the brunt of an attack. **step into the breach** give help in a crisis, esp. by replacing someone who has dropped out.

breach

I nombre 1 brecha, grieta

2 *Jur (de la ley)* incumplimiento

breach of contract, incumplimiento de contrato

breach of the peace, alteración del orden público

breach of trust, abuso de confianza

Jur prevaricación

3 *Pol (de relaciones)* ruptura

II verbo transitivo incumplir

breach 1 break through; make a gap in. 2 break (a law, contract, etc.). Hacer brecha (ballena, ejército), irrumpir, salir a la superficie.

whale breaching salto de la ballena

breach of the peace an infringement or violation of the public peace by any disturbance or riot etc.

breach of promise the breaking of a promise, esp. a promise to marry.

stand in the breach bear the brunt [**brunt** *n.* the chief or initial impact of an

On the saluting base the spectators were growing as restless as the lunatics.

En la tribuna, los espectadores ya estaban nerviosos con los locos.

“Are those axes made of rubber too?” the Mayor asked as he watched several Zulus flourishing choppers in place of their spears.

—¿Son de goma también las hachas? —preguntó el alcalde, al ver a varios zulúes esgrimiendo hachas en vez de lanzas.

“I certainly hope so,” said the Superintendent.

—Espero que sí —dijo el director del hospital.

“The British appear to be loading those field guns,” said the Mayor.

—Parece que los ingleses están cargando sus cañones —dijo el alcalde.

“Impossible,” said the Superintendent. “They’ve nothing to load them with.”

—Imposible —dijo el director—. No tienen nada con que cargarlos.

“They’re putting something up the spout,” said the Mayor. “And those Zulus seem to be putting something on the ends of their spears. They look like knitting needles to me. Either that or bicycle spokes.”

—Pues están metiendo algo por el cañón —dijo el alcalde—. Y parece que esos zulúes están poniendo algo en la punta de las lanzas. Parecen agujas de hacer punto. O eso o radios de bicicleta.

The alarm of the Mayor was as nothing to the panic that Kommandant van Heerden was beginning to feel. Miss Hazelstone and the Zulu chief were engaged in a fierce argument about who had won the Battle of Isandhlwana.

La alarma del alcalde no era nada comparada con el pánico que empezaba a sentir el Kommandant van Heerden. La señorita Hazelstone y el jefe zulú estaban enzarzados en una feroz discusión sobre quién había ganado la batalla de Isandhlwana.

“My grandfather was there,” said Miss Hazelstone.

—Mi abuelo estuvo allí —dijo la señorita Hazelstone.

“So was mine,” said the Zulu.

—Y el mío también —dijo el zulú.

“Mine wasn’t,” said the Kommandant, “and in any case I don’t care a stuff who won the battle, no one is going to win it here. I demand you withdraw your forces.”

—El mío no estaba —dijo el Kommandant—. Y, de todos modos, me importa un carajo quién ganara la batalla. Aquí no va a ganarla nadie. Les exijo que retiren sus fuerzas.

“We’re going to win,” said the Zulu. “We’ve been losing all afternoon and we’ve a right to win.”

—Ganaremos nosotros —dijo el zulú—. Llevamos toda la tarde perdiendo y tenemos derecho a ganar.

“Nonsense,” said Miss Hazelstone. “My grandfather won the victory and that’s all there is to be said.”

—Tonterías —dijo la señorita Hazelstone—. Mi abuelo alcanzó la victoria y no hay más que decir.

“My grandfather told my father and my father told me that your grandfather ran away,” the Zulu said.

—Mi abuelo le dijo a mi padre y mi padre me dijo a mí que el abuelo de usted huyó —dijo el zulú.

“How dare you?” Miss Hazelstone shrieked. “How dare you insult a Hazelstone?”

—¿Cómo te atreves? —gritó la señorita Hazelstone—. ¿Cómo te atreves a insultar a una Hazelstone?

Kommandant van Heerden was horrified too. He knew from experience what was likely to be the result of any altercation between Miss Hazelstone and a Zulu. As the old lady wrestled with the sword that hung from her belt and the Zulu took refuge behind his enormous shield,

También el Kommandant van Heerden estaba horrorizado. Sabía, por experiencia, cuál sería el resultado probable de un enfrentamiento entre la señorita Hazelstone y un zulú. Mientras la señorita Hazelstone se debatía con la espada que llevaba al cinto y el jefe zulú se refugiaba tras su enorme escudo, el

Kommandant van Heerden made one last effort to restore harmony.

“I order you to leave this parade ground,” he yelled, drawing his revolver from its holster, but it was already too late. With an upward sweep of her sword Miss Hazelstone knocked the Kommandant’s arm into the air. The revolver fired harmlessly into the sky and with a great roar the two armies of the insane surged towards one another.

As Miss Hazelstone’s sword swept through the air and the Zulu parried with his shield, Kommandant van Heerden turned to flee. One glance at the Zulu schizophrenics convinced him that if safety lay anywhere, it was with the British Army and he dashed towards the advancing lines of redcoats. A moment later he regretted his decision. Advancing at a run, a regiment of paranoid women in kilts still headed by the depressed piper playing *The Road to the Isles*, swept over the Kommandant and he had just time to turn and run with them before he was bowled over and thrown to the ground. He lay still and was trodden on several times before the regiment was past. Then raising his head, he surveyed the scene around him.

It was immediately clear that the Zulus had no intention of forgoing their victory. Nonplussed for a moment by the charge of the paranoid women, they had recovered their nerve and had counter-attacked to good effect. Using their short rubber spears now tipped with knitting needles, they were stabbing their way forward very successfully. On the left flank the Welsh Guards were making a desperate defence but their wooden rifles were no match for the assegais. As the Black Watch wavered and began to retreat Kommandant van Heerden scrambled to his feet and ran before them. Around him the parade ground echoed to the war-cry of the Zulu hordes, the screams of the wounded women, and the weird noises coming from the bagpipes. To add to the din a tape-recorder struck up the 1812 Overture through the loudspeakers. In the middle of the battle, Miss Hazelstone’s pith helmet could be seen bobbing about. Kommandant van Heerden made it to the British camp and collapsed inside one of the tents.

To the spectators on the stand the re-enactment of history appeared at first to be entirely convincing. The valiant charge of the British and their subsequent retreat had an air of authenticity about them which the previous tableaux had lacked.

Kommandant van Heerden hizo un último esfuerzo por restaurar la armonía.

—Les ordeno que abandonen este terreno de instrucción —gritó, sacando el revólver de la funda, pero ya era demasiado tarde. La señorita Hazelstone dio un mandoble en el brazo al Kommandant. El revólver disparó inofensivo al cielo y, con gran estruendo, los dos ejércitos de locos avanzaron para enfrentarse.

Mientras la espada de la señorita Hazelstone lanzaba mandobles y el zulú los paraba con su escudo, el Kommandant van Heerden se volvió para huir. Tras echar una ojeada a los esquizofrénicos zulúes se convenció de que si en alguna parte había seguridad era en el ejército británico y corrió hacia las líneas de casacas rojas que avanzaban. Pero pronto lamentaría la decisión. Un regimiento de paranoicas de faldilla escocesa avanzaba a la carrera, dirigido por la gaitera maniaco depresiva que iba tocando *The Road to the Isles*, y alcanzó al Kommandant, que tuvo tiempo justo para volverse y correr con ellas hasta ser arrollado y derribado. Se quedó allí en el suelo inmóvil y le pisaron varias veces antes de pasar todo el regimiento. Luego, alzó la cabeza y contempló la escena que se desarrollaba a su alrededor.

Se hizo patente en seguida que los zulúes no estaban dispuestos a renunciar a su victoria. Desconcertados por un momento, por la carga de las paranoicas, habían recuperado su brío y habían contraatacado con buenos resultados. Utilizando las lanzas de goma cortas, las azagallas, con agujas de tejer en la punta, se abrían paso a lanzazos con bastante éxito. En el flanco izquierdo, los guardias galeses se defendían a la desesperada, pero de nada valían sus fusiles de madera frente a las azagallas. Cuando la Patrulla Negra empezó a retroceder, el Kommandant van Heerden se puso de pie y echó a correr delante de ellos. Por todas partes resonaba el grito de guerra de las hordas zulúes, junto con los chillidos de las mujeres heridas y los extraños sonidos que brotaban de las gaitas. Luego, al estruendo se añadió por los altavoces la *Oberitura 1812*. Y en medio del combate podía verse subir y bajar flotando el casco de médula emplumado de la señorita Hazelstone. El Kommandant van Heerden logró llegar al campamento inglés y se desplomó dentro de una de las tiendas.

A los espectadores de la tribuna, aquella representación de la historia les parecía al principio muy convincente. El valeroso ataque de los británicos y su retirada posterior tenían un aire de autenticidad que no habían tenido las representaciones previas.

“Amazing realism,” said the Mayor, who had just seen a Guardsman run through with a spear.

5 “I think the music helps too,” said the Superintendent.

The Mayor had to agree. “People seem to be screaming rather a lot,” he said.

10 “I’m sure this sort of thing helps the patients,” Dr Herzog continued. “Tends to take their minds off their problems.”

15 “I suppose it must,” said the Mayor. “Certainly takes other things off. There’s a fellow over there who seems to have lost a leg.”

20 On the square in front of them glimpses of a terrible reality were beginning to appear through the pageant of history. Increasingly it was becoming difficult to tell what was illusion from what was fact. History and present tragedy mingled inextricably. In some places, death was being mimed with a series of violent contortions whose realism far surpassed the agonies of those whose deaths were in no way rehearsed. To the strains of Tchaikovsky a number of patients in the Black Watch found themselves being raped by Zulu warriors while a detachment of frogmen who had never been anywhere near Isandhlwana threw themselves into the fray with all the vigour their flippers would allow.

fray 2 *n.* 1 conflict, fighting (*eager for the fray*). 2 a noisy quarrel or brawl or fight. Refriega, trifulca

35 From the shelter of the tent into which he had crawled the Kommandant watched as the crew of a field gun aimed the weapon into the crowd of struggling combatants and was horrified to see Miss Hazelstone, minus her pith helmet and stained with blood, superintending the operation.

45 “More chlorate and less sugar,” he heard her say to a man who was filling what appeared to be a pillowcase with powder. The Kommandant waited no longer. He knew too well Miss Hazelstone’s remarkable skill with large-calibre weapons to risk being in the line of fire. 50 Disentangling himself from the canvas and refusing the passionate overtures of a private of the Black Watch who had crawled in beside him, the Kommandant dashed for shelter towards the saluting base. He had covered some twenty yards when he heard Miss Hazelstone give the order to fire, and a moment later a sheet of flame enveloped the British camp. As an enormous explosion threw him to the ground and the blast slid him across the 60 tarmac the Kommandant shut his eyes and

—Un realismo sorprendente —dijo el alcalde, que acababa de ver cómo atravesaban de un lanzazo a un guardia galés.

—Bueno, yo creo que la música ayuda mucho —dijo el director.

El alcalde tuvo que aceptar que así era. —Parece que la gente grita mucho —dijo.

—Estoy seguro de que estas cosas ayudan a los pacientes —continuó el doctor Herzog—. Les separa el pensamiento de sus problemas.

—Supongo que sí —dijo el alcalde—. Y también otras cosas. Ahí hay un tipo que parece haber perdido una pierna.

Frente a ellos, comenzaban a verse escenas de una realidad terrible. Resultaba cada vez más difícil diferenciar fantasía de realidad. La historia y la tragedia presente se mezclaban inextricablemente. En algunos lugares, empezaba a remedarse la muerte con una serie de contorsiones violentas cuyo realismo sobrepasaba con mucho los calvarios agónicos de los que no habían ensayado su muerte. Al ritmo de la música de Tchaikovsky, los guerreros zulúes violaban y ultrajaban a pacientes de la Patrulla Negra, mientras un destacamento de hombres rana que jamás se había acercado por Isandhlwana se lanzaba al combate con todo el vigor que les permitían las aletas.

Al cobijo de la tienda de campaña en que se había refugiado, el Kommandant vio a los artilleros enfilarse el cañón de campo contra la multitud de combatientes y vio horrorizado a la señorita Hazelstone, sin el casco de médula emplumado y cubierta toda de sangre supervisando la operación.

—Más clorato y menos azúcar —oyó que le decía a un tipo que estaba llenando de pólvora lo que parecía la funda de una almohada. El Kommandant no esperó más. Conocía demasiado bien la notable habilidad de la señorita Hazelstone con armas de grueso calibre para arriesgarse a permanecer en la línea de fuego. Librándose de la lona y rechazando las propuestas apasionadas de un soldado de la Patrulla Negra que se había refugiado junto a él, el Kommandant buscó refugio en la tribuna de las autoridades. Cuando había recorrido unos veinte metros, oyó a la señorita Hazelstone dar la orden de abrir fuego, y un momento después una pantalla de llamas envolvió el campo británico. Una explosión enorme arrojó al Kommandant al suelo y el impulso le arrastró por el pavimento. El Kommandant cerró los ojos y rezó. Sobre su cabeza, se mezclaban frag-

prayed. Above his head portions of field gun mingled with combatants interrupted in their struggles. Miss Hazelstone had not merely fired the gun, she had exploded it. As he slid to a halt under the saluting base, Kommandant van Heerden raised his head and looked around at the subsiding chaos. The actors in the tableau had assumed a new and altogether convincing stillness and it was clear that nobody had won the Battle of Isandhlwana.

The parade ground was littered with black and white bodies while what survivors there were had lost all interest in history. With all the marks of an entirely sane instinct for self-preservation, they crawled towards the sick bay.

Only the staff seemed to have taken leave of their senses. On the stand above him the Kommandant could hear Dr Herzog still trying to reassure the late Mayor that the spears were made of rubber. To Kommandant van Heerden the assurance seemed quite unnecessary. Whatever had hit the Mayor had been made of something much more lethal.

The Kommandant waited until Dr Herzog had been taken away before crawling from his hiding-place. He stood up and looked around. History had not merely been portrayed, he thought, it had been made. Not only the past but the present and future of South Africa was to be seen in the devastation that greeted his eyes. Picking his way over the bodies, the Kommandant made his way towards a large crater which had been blown in the middle of the parade ground. Beside it, there lay the remains of a plumed pith helmet and the Star Miss Hazelstone had been wearing.

“A last memento,” he murmured, and picked them up. Then still dazed and shaken he turned and made his way back to the car.

mentos del cañón de campo mezclados con combatientes interrumpidos en sus luchas. La señorita Hazelstone no sólo había disparado el cañón, lo había hecho estallar. El Kommandant van Heerden se detuvo bajo la tribuna, alzó la cabeza y miró a su alrededor, contemplando el caos imperante. Los actores de la representación habían adoptado una inmovilidad nueva y absolutamente convincente y era evidente ya que la batalla de Isandhlwana no la había ganado nadie.

El terreno de instrucción estaba cubierto de cadáveres negros y blancos y los supervivientes que pudiera haber parecían haber perdido todo interés por la historia. Con todos los indicios de un instinto de auto conservación absolutamente cuerdo y sano, se arrastraban hacia la enfermería.

Sólo el personal de la institución parecía haber enloquecido. El Kommandant oyó arriba en el estrado de la tribuna al doctor Herzog que aún intentaba tranquilizar al difunto alcalde, explicándole que las lanzas eran de goma. Al Kommandant van Heerden esta insistencia le parecía absolutamente innecesaria. Lo que había herido al alcalde parecía hecho de algo mucho más mortífero.

El Kommandant esperó a que se llevaran al doctor Herzog para salir de su escondite debajo de la tribuna. Salió y miró a su alrededor. No sólo se había retratado la historia, pensó, sino que se había hecho historia. No sólo el pasado, sino el presente y el futuro de Sudáfrica podían verse en la devastación que se ofrecía a sus ojos. Caminando entre cadáveres, el Kommandant se abrió paso hacia un gran cráter que había en medio del terreno de instrucción. Junto a él, estaban los restos de un casco emplumado de médula y la estrella que había llevado la señorita Hazelstone.

—Un último recuerdo —murmuró, y recogió ambas cosas. Luego, aún conmocionado y aturdido, dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia su coche.

Chapter 19

19

On the morning of his execution Jonathan Hazelstone was denied the usual privilege of choosing a hearty breakfast on the grounds that before all major operations patients had to do with light refreshment. Instead of the bacon and eggs he had ordered, he was allowed a cup of coffee and a visit from an Anglican chaplain. Jonathan found it difficult to decide which was the more unpleasant. On the whole he thought he preferred the coffee.

His ties with the Church had been severed at the time of his trial and the Bishop had reached the conclusion that the refusal of the Church authorities to testify on his behalf had been due to the jealousy he knew to exist among his colleagues at the rapidity of his promotion to a bishopric. He had no idea that parts of his confession, particularly those chosen by Konstabel Els, had been shown to the Archbishop.

“I knew the fellow was progressive,” the Archbishop muttered as he read the extraordinary document, “but really this time he has gone too far,” and he recalled Jonathan’s admission that he had used every possible method to attract people into the Church. “High Church in ritual, Low Church in approach, that’s my way,” Jonathan had said and the Archbishop could see that he had meant it. To combine sodomy with genuflection was to be High Church and Low with a vengeance and it was hardly surprising his congregations had grown so quickly.

“I think the least said the soonest mended,” the Archbishop had decided, and in short the Church had disowned him.

The Chaplain who came to visit him in his last hours was not a South African. It had been impossible to persuade any self-respecting parson to minister to the needs of a man who had brought **disgrace** on his cloth and even the Bishop of Piemburg had declined the invitation.

“There are moments when a man needs to be alone,” he explained to Governor Schnapps over the telephone, “and this is surely one of them,” and had gone back to compose a sermon on the Brotherhood of Man.

In the end it was the Chaplain of a Cambridge college who was visiting Piemburg during the long vacation who was inveigled into Piemburg Prison to attend to the prisoner’s spiritual needs.

A Jonathan Hazelstone le negaron la mañana de su ejecución el privilegio habitual de elegir un buen desayuno, alegando que antes de todas las operaciones importantes, los pacientes tenían que contentarse con un ligero refrigerio. En vez de los huevos con jamón que había pedido, le permitieron tomar una taza de café y recibir la visita de un capellán anglicano. A Jonathan le resultaba difícil decidir qué era más desagradable. Pero, en realidad, le parecía que era preferible el café.

Sus lazos con la Iglesia se habían cortado durante el juicio y el obispo había llegado a la conclusión de que la negativa de las autoridades eclesiásticas a intervenir en su favor se debía a la envidia que sabía que le tenían muchos de sus colegas por la rapidez con que había ascendido al obispado. No tenía ni idea de qué partes de su confesión, especialmente elegidas por el Konstable Els, habían sido enviadas al arzobispo.

—Yo sabía que el tipo era progresista —murmuró el arzobispo al leer aquel documento extraordinario—. Pero la verdad es que esta vez ha ido demasiado lejos.

Y recordó cómo Jonathan había admitido que había utilizado todos los métodos posibles para atraer a la gente a la Iglesia.

«High Church en ritual, Low Church en el enfoque, ése es mi sistema», había dicho Jonathan, y el arzobispo comprendía ahora lo que había querido decir. Combinar sodomía con genuflexión era ser High Church y Low Church y no era sorprendente que sus congregaciones hubieran crecido tan de prisa.

«Creo que cuanto menos se hable de este asunto, mejor», había decidido el arzobispo, y la Iglesia le había abandonado por completo.

El capellán que fue a visitarle en sus últimas horas no era sudafricano. No habían podido convencer a ningún párroco respetable para que atendiera a las necesidades espirituales de un hombre que había **deshonrado** a la institución, y hasta el obispo de Piemburgo había rechazado la invitación.

—Hay momentos en que un hombre necesita estar solo —explicó por teléfono al alcaide de la prisión—. Y éste es sin duda uno de ellos —y había vuelto a la tarea que estaba realizando, que era redactar un sermón sobre la hermandad del hombre.

Al final, fue a un capellán de Cambridge, que estaba visitando Piemburgo durante sus largas vacaciones, al que engatusaron y llevaron a la prisión de Piemburgo para atender a las necesidades espirituales del preso.

disgrace 1 (= *state of shame*) deshonra *f.*, ignominia *f.*; **to be in disgrace** [*adult*] estar totalmente desacreditado, haber caído en desgracia; [*pet, child*] estar castigado; **to bring disgrace on** deshonrar 2 (= *shameful thing*) vergüenza *f.*; **it's a disgrace** es una vergüenza; **you're a disgrace!** ¡lo tuyo es una vergüenza!; **to be a disgrace to the school/family** ser una deshonra para la escuela/la familia

“I understand there is a particularly fine display of prickly pears in the prison garden,” the Vicar of Piemburg explained to the Chaplain who was far more interested in the physical needs of rock plants than in the spiritual ones of his fellow men and the Chaplain had jumped at the opportunity afforded by the hanging to see a riot of prickly pears.

10 Standing in the cell, the Chaplain found it difficult to know what to say.

“You weren’t by any chance in the Navy?” he asked finally.

15 Jonathan shook his head.

“I just wondered,” the Chaplain continued. “There was a midy on HMS *Clodius* in ’43 I think it was, or it might have been ’44. His name was Hazelnut.”

“Mine’s Hazelstone,” said the Bishop.

25 “So it is. How forgetful of me. One meets so many people in my profession.”

“I suppose so,” said the Bishop.

30 The Chaplain paused, and looked at the manacles and chains. “Do you wear those all the time?” he asked. “They must be frightfully uncomfortable.”

35 “Only when I’m going to be hanged,” said the Bishop.

40 The Chaplain thought he detected a note of bitterness in the remark, and recollected the reason for his visit.

“Is there anything you would like to tell me?” he asked.

45 The Bishop could think of a great many things he would like to tell him, but there didn’t seem much point.

“No,” he said, “I have made my confession.”

50 The Chaplain sighed with relief. These occasions are so embarrassing, he thought.

“I’ve never actually attended an execution before,” he mumbled at last.

55 “Nor have I,” said the Bishop.

60 “Nasty things,” continued the Chaplain, “nasty but necessary. Still they do say hanging is quick and

—Tengo entendido que hay unas chumberas sumamente interesantes en el huerto de la cárcel —le explicó el vicario de Piemburgo al capellán, al que le interesaban mucho más las necesidades físicas de las plantas de terreno pedregoso que las espirituales de sus semejantes, y el capellán había querido aprovechar la oportunidad que le brindaba la ejecución para ver aquellas magníficas chumberas.

Una vez en la celda, el capellán no sabía muy bien qué decir.

—¿No estuvo usted por casualidad en la marina? —preguntó por fin.

Jonathan negó con un gesto.

—Es que me parecía —continuó el capellán—. Había un guardia—marina en el *Clodius* en el cuarenta y tres, creo que fue, o quizá fuera en el cuarenta y cuatro. Se llamaba Hazelnut.

—Yo me llamo Hazelstone —dijo el obispo.

—Así se llamaba. Qué olvidadizo soy. En mi profesión, conoce uno tanta gente.

—Me lo imagino —dijo el obispo.

El capellán hizo una pausa y contempló cadenas y grilletes.

—¿Lleva usted eso siempre? —preguntó—. Debe ser incomodísimo.

—Sólo cuando me van a ahorcar —dijo el obispo.

El capellán creyó detectar cierta aspereza en el comentario y recordó la razón de su visita.

—¿Le gustaría decirme algo? —preguntó.

El obispo pensó que le gustaría decirle muchas cosas pero no le parecía que tuviera mucho sentido hacerlo.

—No —dijo—, ya me he confesado.

El capellán suspiró aliviado. Aquellos trances eran tan embarazosos, pensó.

—Yo, en realidad, nunca he asistido a una ejecución —murmuró al fin.

—Tampoco yo —dijo el obispo.

—Cosas desagradables —continuó el capellán—, desagradables pero necesarias. Y, de todos modos, dicen que la horca es rápida e indo-

painless. I daresay you'll be quite relieved when it is all over."

The Bishop, whose hope of eternal life had vanished along with his faith, doubted if relieved was quite the right word. He tried to change the subject.

"Do you come here often?" he asked.

"To the prison?"

"To South Africa, though it's much the same thing."

The Chaplain ignored the remark. He was a **staunch** supporter of the South African point of view at high table in his college, and had no time for liberals.

"I try to get away to summer climes at least once a year," he said. "Undergraduates are so irreligious these days and my real interest lies in gardening. South Africa is full of lovely gardens."

"Then perhaps you'll appreciate this poem," said the Bishop and began to recite "The Forerunners".

"Lovely enchanting language, sugar cane, Hony of roses, whither wilt thou flie?"

He was still reciting when Governor Schnapps and Hangman Els arrived. As the chains were removed and he was strapped into the harness that held his arms, the Bishop continued:

"True beautie dwells on high: ours is a flame
But borrow'd thence to light us thither.
Beautie and beauteous words should go together."

"Bugger these buckles," said Els, who was having difficulty with the straps.

The solemn procession passed out of Bottom into the bright sunshine of the prison courtyard. Stumbling between Els and the old warder, Jonathan looked round him for the last time. Incongruous against the dead black paint of the Death House stood a white ambulance. To everyone's amazement, the condemned man laughed.

"Bleak paleness chalkes the doore," he shouted.

"The **harbingers** are come.
See, see their mark
White is their colour and behold my head."

The two ambulance men stared in horror at the shouting figure whose corpse

lora. Estoy seguro de que se quedará usted muy aliviado cuando termine todo.

El obispo, cuya esperanza en la vida eterna se había esfumado junto con su fe, no estaba seguro de que «aliviado» fuera la palabra correcta. Intentó cambiar de tema.

—¿Viene usted a menudo aquí? —preguntó.

—¿A la cárcel?

—A Sudáfrica, aunque es más o menos lo mismo.

El capellán ignoró el comentario. Era un **firme** defensor del punto de vista sudafricano en su facultad, y no hacía caso a los liberales.

—Procuro desplazarme a climas veraniegos por lo menos una vez al año —dijo—. Los pregraduados son tan irreligiosos en estos tiempos... Y, además, lo que a mí me interesa de veras es la horticultura y la jardinería. Y Sudáfrica está llena de huertos y jardines maravillosos.

—Entonces quizá sea capaz usted de apreciar este poema —dijo el obispo, y empezó a recitar «Los heraldos»:

*Lenguaje encantador y delicioso, caña de azúcar,
Miel de rosas, ¿a dónde marchito vuelas?*

Aún seguía recitando cuando llegaron el alcaide y el verdugo Els. Mientras le quitaban las cadenas y le colocaban el arnés para sujetarle los brazos, el obispo prosiguió:

*La auténtica belleza mora en lo alto: la nuestra es una llama,
Pero de allí tomada para allá iluminarnos.
La belleza y las bellas palabras deberían ir unidas.*

—Estas hebillas cabronas —decía Els, que tenía dificultades con las correas.

La solemne procesión salió a la luz del sol, a la claridad del patio de la cárcel. Jonathan, tambaleante, entre Els y el viejo guardián, miró por última vez a su alrededor. Frente a la pintura negra de la Casa de la Muerte había una ambulancia blanca incongruente. Para desconcierto de todos, el condenado se echó a reír.

—Lúgubre palidez mancha la puerta —gritó.

*Los heraldos vienen.
Ved, ved su señal
Blanco es su color y miran mi cabeza.*

Los dos hombres de la ambulancia miraban horrorizados a aquel hombre que daba gritos y

staunch 1 *adj.* (also **stanch**) 1 trustworthy, loyal (*my staunch friend and supporter*). 2 (of a ship, joint, etc.) strong, watertight, airtight, etc. (—).
staunch 1 *v.tr.* (also **stanch**) 1 restrain the flow of (esp. blood). 2 restrain the flow from (esp. a wound). Restañar, parar o detener el curso de un líquido

harbinger heraldo, precursor, heraldo, lucero, presagio,

they had been sent to collect for the transplant operation.

“But must they have my heart? Must they dispart
5 Those sparkling feelings which therein were bred?”

The little group hurried on up the steps to the scaffold. The old warder helped Els to get the Bishop on to the trap and then rushed down the ladder and across the
10 courtyard to his office. It wasn't that he was squeamish but he had no intention of being anywhere near the gallows when Els pulled the lever, and besides he had a good excuse for his absence. He had to phone the
15 hospital the moment the ambulance left the prison.

Standing on the trap the Bishop continued his recitation. Governor Schnapps asked the Chaplain what a
20 harbinger was. The Chaplain said he thought it was probably a member of the hydrangea family though he seemed to remember having served under a Captain Harbinger during the war. Els was trying
25 to get the cloth bag over the Bishop's head. He was having some difficulty because the Bishop was so tall and the bag had evidently been made for a much smaller head. Els couldn't get the Bishop to bend
30 his legs because the straps prevented any movement. In the end Governor Schnapps had to give Els a lift up before he could drag the hood down into position. He had to repeat the performance when it came to putting the noose round the condemned
35 man's neck, and then Els pulled the rope so tight the Bishop was forced to stop his recitation.

“Must dulnesse turn me to a clo-” He
40 ground to a halt.

“For goodness sake, Els, loosen the bloody thing,” Governor Schnapps shouted as the poem throttled to a stop. “You're
45 supposed to hang him down there, not strangle him up here.”

“They seem to grow best in sandy soil,” said the Chaplain.

“Is that loose enough for you?” Els
50 asked after he had pulled the rope and loosened the noose so that it hung limply on the Bishop's shoulders. He was sick of people telling him how to do his job. If the Governor was so bloody knowledgeable
55 about hangings, why didn't he do the job himself.

“What do?” Governor Schnapps said to the Chaplain.

60

cuyo cadáver tenían que recoger y trasladar al hospital para la operación de trasplante.

*¿Pero han de llevarse mi corazón?
¿Deben apagar Esos encendidos sentimientos que allí se engendraron?*

El grupito subió las escaleras del patíbulo precipitadamente. El viejo guardián ayudó a Els a colocar al obispo sobre la trampilla y bajó luego la escalera apresurado y cruzó el patio y se metió en su despacho. No es que fuese melindroso, pero no quería estar cerca de la horca cuando él accionase la palanca, y, además, tenía una buena excusa para justificar su ausencia. Tenía que telefonar al hospital en el momento en que la ambulancia saliera de la cárcel.

El obispo seguía recitando allí sobre la trampilla. El alcaide le preguntó al capellán qué era un heraldo. El capellán le dijo que creía que debía ser un miembro del género *Hydrangea*, aunque le parecía recordar haber servido a las órdenes de un capitán Heraldo durante la guerra. Els intentaba colocarle la bolsa de tela en la cabeza al obispo. Le resultaba un poco difícil porque el obispo era muy alto y evidentemente la bolsa había sido hecha para una cabeza mucho más pequeña. Els no podía obligar al obispo a doblar las piernas, porque las correas le impedían todo movimiento. Al final, el alcaide tuvo que aupar a Els para que pudiera colocar bien la capucha. Y tuvo que repetir la suerte cuando llegó el momento de poner el lazo corredizo alrededor del cuello del condenado y entonces Els apretó tanto el nudo que el obispo se vio obligado a interrumpir su recitado.

—Ha de transformarme la torpeza en un ne... —y ahí se detuvo.

—Pero por Dios, Els, aflójelo un poco —gritó el alcaide al interrumpirse el poema—. Tiene usted que ahorcarle, no que estrangularle.

—Creo que crecen mucho mejor en terreno arenoso —dijo el capellán.

—¿Le parece que queda suficientemente flojo así? —preguntó Els después de aflojar el lazo hasta el punto de que colgaba inerte sobre los hombros del obispo. Estaba harto de que la gente le dijese cómo tenía que hacer su trabajo. Si el alcaide sabía tanto de horcas y ahorcamientos, por qué no hacía él mismo el trabajo.

—¿Qué dice? —preguntó el alcaide al capellán.

“Hydrangeas.”

—Las hydrangeas.

“Clod,” said the Bishop resuming his recital.

—Necio —dijo el obispo reanudando el recitado.

5 Els stepped over to the lever.

Els se acercó a la palanca.

“Yet have they left me,” the Bishop’s muffled voice came through the cloth bag. Els pulled the lever and the hooded figure disappeared through the trap into the well below, and his voice, already indistinct, was silenced by the dreadful thud that followed. As the trapdoor slammed and the scaffold rocked alarmingly under the impact, the Chaplain, recalled to the purpose of his visit by the **intimations** of mortality he had just witnessed, offered a prayer for the dead man.

—Aún me han dejado —continuó la voz apagada del obispo a través de la bolsa de tela.

Els accionó la palanca y el encapuchado desapareció por la trampilla y su voz, confusa ya, quedó silenciada por el golpe aterrador que siguió. Mientras la tapa de la trampilla caía de golpe y el patíbulo se balanceaba inquietantemente por el impacto, el capellán, al que los **indicios** de mortalidad que acababa de presenciar le recordaron el objetivo de su visita, rezó una oración por el muerto.

intimations hints, insinuaciones, indicios
intimation 1 (= *suggestion*) indicación *f*; did you have any intimation that this would happen? ¿hubo algo que te hiciera pensar que esto sucedería?
 2 (= *hint*) insinuación *f*
intimación exigencia, requerimiento
intimar. 1. tr. Requerir, exigir el cumplimiento de algo, especialmente con autoridad o fuerza para obligar a hacerlo. 2. intr. Introducirse en el afecto o ánimo de alguien, estrechar la amistad con él. *Intimó con mi hermano*. 3. prnl. Dicho de un cuerpo u otra cosa material: Introducirse por los poros o espacios huecos de algo.

20 “Let us pray for the soul of the departed wherever it may be,” he said, and lowered his head. Governor Schnapps and Els closed their eyes and listened with bowed heads as he prayed. For several minutes the Chaplain mumbled on before ending, “And may Thy Servant depart in Peace, Amen.”

—Recemos por el alma de los que han partido aunque no sepamos hacia dónde —dijo, y bajó la cabeza.

El alcaide y Els cerraron los ojos y escucharon con la cabeza baja, mientras él rezaba. El capellán murmuró durante varios minutos, hasta que concluyó al fin:

—Y que tu siervo pueda partir en paz, amén.

30 “Amen,” said Governor Schnapps and Els together. The men on the scaffold raised their heads and Els stepped forward to peer down into the well. The rope had stopped swinging and hung rather limply, Els thought, considering the weight of its burden. As his eyes became accustomed to the darkness below Els began to realize that something was missing. The noose on the rope hung loose and empty. The Chaplain’s prayer had been answered. Wherever God’s servant might be, he had certainly departed and evidently in one piece too. The well of the scaffold was **absolutely empty**.

—Amén —dijeron a la vez el alcaide y Els.

Los hombres que estaban en el patíbulo alzaron la cabeza y Els dio un paso al frente para atisbar por la trampilla. La soga había dejado de balancearse y colgaba más bien fláccidamente, pensó Els, considerando el peso de su carga. Cuando se le acostumbró la vista a la oscuridad de abajo, Els empezó a darse cuenta de que faltaba algo. El lazo corredizo de la soga colgaba vacío y suelto. La oración del capellán había tenido éxito. El siervo de Dios había partido sin lugar a dudas, y, evidentemente, en una pieza, además, Dios sabía hacia dónde. La parte inferior del patíbulo estaba **absolutamente** vacía.

absolute es un adjetivo de moda en EEUU que no solo traduce *absoluto* [*independiente, decisivo, ilimitado, terminante, categórico*], sino otros conceptos más o menos similares, como *total, completo, verdadero, pleno, perfecto, rotundo, incondicional, indiscutible, auténtico*. El adverbio **absolutely** es *absolutamente*, y sigue los pasos del adjetivo en frecuencia y en significados.

An absolute idiot = un perfecto idiota.

An absolute goddess = toda una diosa.

Absolute nonsense = pura tontería.

This cathedral is an absolute jewel. = Esta catedral es una verdadera joya.

The newlyweds enjoy absolute happiness. = Los recién casados gozan de completa felicidad.

You can rely on my absolute support. = Cuenta con mi apoyo incondicional.

He’s an absolute coward. = Es un perfecto cobarde.

45 As the Bishop dropped into eternity he thought how appropriate his last words had been and was glad he hadn’t reached the next line which went, “Thou art still my God,” because he no longer believed. He braced himself for the awful shock to his neck, but the pain came from another extremity altogether. “Corns,” he thought, as he hit the ground with a tremendous crash and rolled sideways, through the door and out into the sunlit courtyard. His cloth bag was ripped and his legs felt decidedly painful, but it was evident that whatever else had been broken, his neck had not. He lay still, waiting for Els to fetch him for a second attempt and wasn’t surprised when he felt hands lifting his feet and shoulders.

El obispo, mientras caía hacia la eternidad, pensaba que eran muy correctas las últimas palabras que había dicho y se alegraba de no haber llegado al verso siguiente que decía: «Vos aún sois mi Señor», porque ya no creía. Se preparó para el terrible golpe en el cuello, pero el dolor llegó de otra extremidad completamente distinta. «Los callos», pensó, al dar en el suelo con un golpe tremendo. Rodó luego de costado, atravesó la puerta y salió al patio iluminado por el sol. La bolsa de tela se había rasgado y tenía dolores intensos en las piernas, pero era evidente que no tenía el cuello roto, aunque pudiera tener rotas otras partes del cuerpo. Permaneció inmóvil, esperando a que Els bajara a recogerlo para un segundo intento y no se sorprendió en absoluto cuando sintió que unas manos le agarraban por los pies y los hombros.

60 A moment later he was lying on a

Instantes después se encontraba en

stretcher and had been lifted into the ambulance. As the doors were slammed the ambulance moved off hurriedly, stopped for a moment while the prison gates were
5 opened, and hurtled out into the street, its siren whirring.

Behind it the Death House had begun to fulfil the predictions of the old warder. Under the impact of the stampede that
10 followed on the scaffold when the **distraught** hangman peering into the well slipped and grabbed Governor Schnapps' legs to prevent himself falling, the walls of the gallows slowly toppled inwards and with a roar of falling masonry, Governors,
15 Hangmen and Chaplains, disappeared from view in a dense cloud of black dust. The old warder sat in his office and thanked his lucky stars. "I said it wasn't safe," he murmured and
20 picked up the phone to dial the hospital.

As the ambulance sped through the streets of Piemburg, Jonathan Hazelstone felt the attendant
25 undoing the straps that held his arms and legs. A hand slid inside his shirt and felt his chest.

"It's all right. It's still beating," he heard the attendant tell the driver. Jonathan held
30 his breath until the hand went away. Then he relaxed slowly. Around him the sounds of the city filtered through the canvas bag and as he lay there Jonathan Hazelstone realized for the first time that what lay in
35 store for him might make death by hanging seem infinitely preferable.

"I'll be hanged if anyone is going to cut my heart out now," he thought to himself
40 as the ambulance swung through the gates of Piemburg Hospital, and stopped outside the mortuary.

Inside the hospital the news of the execution had been accompanied by the old
45 warder's insistence that several more ambulances be sent to the prison to deal with the victims of the disastrous collapse of the Death House. The air of tension that was already present in the hospital
50 developed into a state of wholesale panic. The Kommandant, already prepared for the operation, was given a general anaesthetic and wheeled unconscious into the operating theatre. While the surgeons prepared for
55 the transplant, ambulance drivers rushed to their vehicles and preparations were made to receive the expected influx of victims from the prison. Nurses already **distraught** at having to deal with scores of lunatics injured in the massacre at Fort Rapier tried
60 to ready themselves for this fresh disaster.

una camilla y le metían en una ambulancia. Se cerraron las puertas, la ambulancia arrancó, se detuvo un momento mientras abrían las puertas de la prisión, y luego se lanzó a la calle, con la sirena aullando.

Atrás, la Casa de la Muerte había comenzado a cumplir las predicciones del viejo guardián. Bajo el impacto de la estampida que se produjo en el patíbulo cuando el **aturdido** verdugo que atisbaba por la trampilla resbaló y se agarró a las piernas del alcaide para no caer, las paredes del patíbulo se inclinaron lentamente hacia dentro y, con estruendo de paredes que se desmoronaban, alcaides, verdugos y capellanes desaparecieron de la vista en una densa nube de polvo negro. El viejo guardián, sentado en su despacho, dio gracias al cielo por su buena suerte.

—Yo ya dije que no era segura —murmuró, y cogió el teléfono para llamar al hospital.

Mientras la ambulancia recorría veloz las calles de Piemburgo, Jonathan Hazelstone sentía que en el enfermero iba soltándole las correas que le sujetaban brazos y piernas. Notó que se deslizaba una mano bajo su camisa y le palpaba el pecho.

—Está perfectamente. Aún late —oyó que le decía el enfermero al chofer. Jonathan contuvo el aliento hasta que la mano se retiró. Entonces, se relajó lentamente. A su alrededor se filtraban los ruidos de la ciudad a través de la bolsa de lona y mientras estaba tendido allí, Jonathan Hazelstone comprendió por vez primera que, ante lo que le esperaba, morir ahorcado podría resultar infinitamente preferible.

«No puedo permitir que me roben el corazón», se dijo, mientras la ambulancia cruzaba las puertas del hospital de Piemburgo y se paraba a la entrada del depósito de cadáveres.

Dentro del hospital la noticia de la ejecución había llegado acompañada de la petición del viejo guardián de que enviaran a la cárcel varias ambulancias más para llevarse a las víctimas del desastroso derrumbamiento de la Casa de la Muerte. La atmósfera tensa del hospital se convirtió en un estado de pánico absoluto. Al Kommandant, preparado ya para la operación, le administraron un anestésico general y le llevaron inconsciente al teatro de operaciones. Mientras los cirujanos se preparaban para el trasplante, los conductores de ambulancias corrían a sus vehículos y se hacían preparativos para recibir el esperado aflujo de víctimas de la cárcel. Enfermeras **aturdidas** ya por haber tenido que tratar con todos los lunáticos heridos en la matanza de Fort Rapier, se preparaban para afrontar el nue-

distraught 1 consternado, desconsolado, afligido, alterado, confuso, perplejo, aturdido, consternado 2 desconsuelo [distress], turbado, fuera de sí

distraught *adj.* distracted with worry, fear, etc.; extremely agitated with doubt or mental conflict 2 : INSANE. **a** : mentally confused, troubled, or remote **b** : maddened or deranged especially by grief or anxiety

When the ambulance carrying Jonathan Hazelstone arrived at the mortuary it was caught up in the general confusion.

vo desastre. Cuando llegó la ambulancia con Jonathan Hazelstone al depósito, la recibió un desconcierto general.

orderly *n.* (pl. **-ies**) 1 an esp. male cleaner in a hospital. 2 a soldier who carries orders for an officer etc. (*Mil*) ordenanza; (*Med*) celador(a)

snug 1 a cosy, comfortable, sheltered; well enclosed or placed or arranged. **b** cosily protected from the weather or cold. 2 (of an income etc.) allowing comfort and comparative ease.

snugly 1 cómodamente, acogedoramente 2 to fit snugly, (*la ropa*) ajustarse bien

5 “Get back to the prison,” yelled an **orderly** from a window when the two attendants carried the donor into the mortuary and deposited him on a trolley. “There’s been a major catastrophe there.”
10 The two men dashed back to their ambulance and drove off. Alone in the mortuary for a moment the Bishop leapt off his trolley and snatched the cloth bag from his head and looked around him. Under the sheets that covered still forms on their slabs
15 he found what he was looking for, and by the time two orderlies arrived to fetch the donor for the transplant, the body lying **snugly** under its white sheet and with its head covered by a grey cloth bag contained
20 a heart that was far too cold and still to be of much assistance to Kommandant van Heerden.

As the operation got under way, what remained of the late Bishop of Barotseland
25 was strolling with the faint suggestion of a limp up the hill towards Jacaranda House, and as it strolled it was singing:

“Yet if you go, I passe not; take your way:
30 For Thou art still my God, is all that ye Perhaps with more embellishment can say. Go birds of spring: let winter have his fee. Let a bleak paleness chalke the door. So all within be livelier than before.”

35 Jonathan Hazelstone had begun to think that there might, after all, be reasons for recovering his faith.

The state of panic that reigned at
40 Piemburg Hospital when the ambulance containing the Bishop arrived was as nothing to the chaos and hysteria which began in the operating theatre when the body of the donor arrived on the trolley. An incision had already been made in
45 Kommandant van Heerden’s chest when it was discovered that whoever had been responsible for the execution had made an altogether too thorough job of it. The corpse on the trolley had multiple injuries
50 of the most appalling sort. The only thing that didn’t appear to be broken on it was the neck. Not only was it fractured in a score of places but it had been dead for at least forty-eight hours. And when it was
55 further revealed to be the corpse of a woman of eighty-nine, the surgeons knew that what they had considered stupid from the start, not to say criminal, had degenerated now to the point of sheer **lunacy**.

60

—Vuelvan a la cárcel —gritó un **enfermero** desde una ventana cuando los dos camilleros llevaban al donante al depósito—. Ha habido una gran catástrofe.

Los dos hombres regresaron rápidamente a su ambulancia y se pusieron en marcha. Solo en el depósito de cadáveres y tras unos instantes de inmovilidad, el obispo saltó de la camilla y se quitó la bolsa de tela de la cabeza y miró a su alrededor. Bajo las sábanas que cubrían formas inmóviles, descubrió lo que buscaba, y cuando los dos enfermeros llegaron a llevarse al donante para el trasplante, el cadáver que yacía bajo la sábana blanca, con la cabeza cubierta con una bolsa de tela gris, contenía un corazón que estaba demasiado frío e inmóvil para poder servir de mucho al Kommandant van Heerden.

Mientras se iniciaba la operación, lo que quedaba del difunto obispo de Barotselandia caminaba cuesta arriba con una leve cojera, hacia la mansión de Jacaranda y, mientras caminaba, cantaba lo siguiente:

*Aunque os vayáis, yo no me voy; seguid vuestro camino:
Pues Tú aún eres mi Dios, es todo lo que vos
Quizá con más ornato podéis decir.
Marchad, aves de primavera: dejad sitio al invierno.
Dejad que una palidez lúgubre manche la puerta.
Para que todo lo que hay tras ella sea más vivo que antes.*

Jonathan Hazelstone había empezado a pensar que quizá hubiera, en realidad, motivos para recuperar la fe.

El estado de pánico que reinaba en el hospital de Piemburgo cuando llegó la ambulancia que llevaba al obispo no fue nada comparado con el caos y la histeria que se desencadenaron en el escenario de operaciones cuando llegó el cadáver del donante. El Dr. Erasmus le había practicado ya una incisión en el pecho al Kommandant van Heerden cuando se descubrió que, quienquiera que fuese el responsable de la ejecución, había hecho un trabajo bastante criticable. El cadáver tenía heridas múltiples, y terribles además. Lo único que no parecía tener roto era el cuello. No sólo tenía fracturas múltiples, sino que, además, llevaba muerto cuarenta y ocho horas lo menos. Y cuando se descubrió luego, que era el cadáver de una mujer de ochenta y nueve años, los cirujanos comprendieron que lo que les había parecido estúpido desde el principio, por no decir criminal, había degenerado ya hasta el punto de la más completa **locura**.

Dr Erasmus was frantic. "Who said this was beating?" he yelled, slapping the withered object that hung out of the old lady's chest. (She had in fact been run over by a twenty-five-ton truck while crossing the road.) "This hasn't beaten for days and, when it last worked, it didn't bloody beat. It winced once in a while. I wouldn't feed this heart to a starving dog let alone put it into that maniac's body." He sat down and wept.

After half an hour during which the mortuary was searched again and again, and various possible donors in the hospital wards had their deaths hastened by teams of desperate surgeons who came masked and predatory to stare at them and feel their pulses hopefully, Dr Erasmus pulled himself together and taking a quick tot of ether addressed the heart team.

"Gentlemen and ladies," he said, "what we have all been witness to this afternoon is of such a regrettable and dreadful nature that the sooner we forget about it the better. As you know I never wanted to undertake this transplant in the first place. We were forced to agree to it by that bloody lunatic there." He pointed to Kommandant van Heerden's unconscious body. "We acted under immense pressure and, thank heaven, in absolute secrecy. And now owing to the prison authorities' delay in letting us have the donor, and looking at her injuries I can fully appreciate why there was this delay, we are quite unable to proceed with the operation. I intend to stitch the patient's chest up and leave his own heart beating perfectly healthily in place."

There were murmurs of protest from the other members of the transplant team.

"Yes, I know how you feel and given any further provocation I would agree to remove his heart and let the bastard rot. But I have decided against it. Thanks to the secrecy that surrounds this whole irregular business I have a better plan. I think it will be better to allow the Kommandant to remain in complete ignorance of the good fortune that has prevented him from getting this," and Dr Erasmus slapped the old woman's heart again. "We will simply maintain the fiction that the transplant has been completed successfully and I have every confidence that his stupidity is so colossal that it will never cross his mind to question our statement that he has a new heart."

Amid congratulations and a few cheers, the eminent surgeon turned to Kommandant

El doctor Erasmus estaba frenético.

—¿Quién dijo que esto latía? —gritó, abofeteando el órgano marchito que colgaba fuera del pecho de la vieja. (En realidad la había atropellado un camión de veinticinco toneladas cuando cruzaba una carretera)—. Esto hace días que no late, y ya latía poco cuando latía. Algún guiño de cuando en cuando. No le pondría este corazón ni a un perro hambriento, no digamos ya a un loco.

Y tras decir esto, se sentó y se echó a llorar.

Al cabo de media hora, durante la cual se registró una y otra vez el depósito de cadáveres y varios posibles donantes de los pabellones del hospital vieron adelantadas sus muertes por los equipos de cirujanos desesperados que cayeron sobre ellos enmascarados y voraces para examinarlos y tomarles el pulso esperanzados, el doctor Erasmus recuperó el control de sí mismo y, tras administrarse un poquito de éter, se dirigió al equipo de trasplantes.

—Señoras y señores —dijo—, lo que hemos presenciado esta tarde es de un carácter tan lamentable y horroroso que cuanto antes lo olvidemos mejor. Como ustedes saben, yo nunca quise realizar este trasplante. Nos obligaron a aceptarlo, nos obligó ese maldito loco que está ahí —y señaló el cuerpo inerte del Kommandant van Heerden—. Actuamos bajo una enorme presión y, gracias a Dios, con absoluto secreto. Y ahora, debido al retraso de las autoridades de la cárcel en la entrega de la donante y, dadas las heridas que presenta, está claro a qué se debió tal dilación, no podemos, en modo alguno, realizar la operación prevista. Me propongo, por tanto, volver a coser el pecho del paciente y dejarle su corazón, que funciona perfectamente.

Hubo murmullos de protesta de los otros miembros del equipo de trasplantes.

—Sí, ya sé lo que piensan ustedes y lo que sienten; y si se nos provoca más, yo también aceptaría amputarle el corazón y dejarle pudrirse. Pero he decidido no hacerlo. Gracias al secreto que rodea todo este asunto tan irregular, tengo un plan mejor. Creo que es preferible que el Kommandant no sepa nunca la buena suerte que ha tenido y que le ha impedido recibir esto —y el doctor Erasmus abofeteó de nuevo el corazón de la anciana—. Fingiremos que se ha realizado con todo éxito el trasplante y tengo confianza absoluta en que su estupidez es tan inmensa que nunca se le pasará por la cabeza poner en tela de juicio nuestra afirmación de que tiene un corazón nuevo.

Entre felicitaciones y unos cuantos vítores, el eminente cirujano se acercó al Kommandant

van Heerden and stitched him up.

van Heerden y le cosió.

An hour later the Kommandant woke up in his room. He felt rather sick and the wound in his chest hurt when he moved but otherwise he didn't seem to feel any ill-effects from his operation. He took a deep **tentative** breath and listened to his new heart. It sounded perfect.

Al cabo de una hora, el Kommandant despertó en su habitación. Se sentía desazonado e incómodo y le dolía la herida del pecho al moverse pero, por lo demás, no percibía ningún efecto negativo de la operación. Hizo una **túmida** inspiración y oyó su nuevo corazón. Funcionaba perfectamente.

tentative 1 vacilante, cauteloso, incierto, indeciso 2. provisorio, provisional

tentative 1 done by way of trial, experimental. 2 hesitant, not definite (*tentative suggestion; tentative acceptance*).

15

Chapter 20

20

As the great cloud of black dust swelled out in the centre of the prison courtyard and the last piece of rotten masonry fell with a final thud, an awestruck silence settled on the black convicts cowering in their cells. Konstabel Els, treading on Governor Schnapps' scrotum as a last tribute to the man who had ruined his career as a hangman, clambered painfully to the top of the pile of debris and stared into the murk. It was hardly a peak in Darien and the prospect ahead could hardly be called pacific but in his own way ex-Hangman Els was a proud man. At the very centre of a slowly expanding ball of black dust, Konstabel Els knew that he had once again put his great gifts of annihilation to good use. Below him lay the bodies of Governor Schnapps, the Chaplain and, he still hoped, the man he had attempted to hang. He, Hangman Els, had topped them all and no one would ever forget the day that Els had hanged a man in Piemburg Prison. He had made more than a reputation for himself, he had made a name, a great name. And as Els clambered down from the mound of debris and emerged dazed from the black cloud, he had no regrets.

Cuando la gran nube de polvo negro se alzó en el centro del patio de la prisión y cayó con un golpe final el último fragmento de albañilería podrida, un silencio sobrecogedor invadió a los presos negros que estaban encogidos en sus celdas. El Konstabel Els, pisando el escroto del alcaide como último tributo al hombre que había destrozado su carrera como verdugo, subió laboriosamente hasta la cúspide del montón de escombros y miró hacia la oscuridad. La perspectiva no podía considerarse tranquilizadora en modo alguno pero, a su manera, el ex verdugo Els era un hombre orgulloso. En el centro mismo de una bola de polvo negro en lenta expansión, sabía que había utilizado una vez más sus grandes dotes de aniquilación sabia y provechosamente. Bajo él yacían los cuerpos del alcaide, el capellán y, Els tenía aún la esperanza, del hombre al que había intentado ahorcar. Él, el verdugo Els, los había superado a todos y nadie olvidaría jamás el día en que Els había ahorcado a un hombre en la cárcel de Piemburgo. Se había labrado algo más que una reputación, se había hecho un nombre, se había hecho famoso para siempre. Y mientras bajaba tambaleante del montón de escombros y salía aturdido de la nube negra, no se lamentaba ni se dolía de nada.

Naked, bruised and black as the ace of spades, Els stepped forth to meet the world. He walked slowly and unsteadily up the great courtyard and as he walked men began to pour out of their prison cells where they had been waiting in silent fear, while the first hanging Piemburg Prison had known for twenty years took place. From every doorway overlooking the courtyard the convicts poured to gaze at the scene of disaster.

Desnudo, magullado y negro como el carbón, Els avanzó al encuentro del mundo. Caminaba con paso lento e inseguro y recorrió el gran patio, y mientras lo hacía empezaron a brotar hombres de las celdas donde habían estado aguardando silenciosos y atemorizados, mientras se realizaba el primer ahorcamiento que tenía lugar en la cárcel de Piemburgo desde hacía veinte años. Por todas las puertas que daban al patio salían los presos a contemplar el desastre.

At first they stood and stared in silent wonder, and then a great cry went up, followed by shouts of joy and presently

Al principio, se quedaban parados mirando, silenciosos, maravillados, pero luego se alzó un gran griterío, seguido de aclamaciones de

a man broke into song and a moment
later the great courtyard was a mass of
dancing and singing men who stamped
their feet and clapped their hands in an
ecstatic and triumphant dance. One
5 thousand black convicts, Zulus to a man,
danced as they had never danced before
round the mound that had once been the
dreaded Death House. Rank after rank
they stamped and swayed and as the
10 earth and sky reverberated to their dance
they sang.

And their song was a great requiem of
joy at the passing of Els, Kaffir-Killer Els,
15 Hangman Els, the scourge of the Zulus. In
their midst stamping and dancing and
singing for dear life, naked and black as
the best of them, was Els.

Someone threw a match on to the pile
20 of masonry and rotten wood and a moment
later the remains of the scaffold were
ablaze. As the dust slowly subsided a plume
of black smoke arose into the cloudless sky.
Rising almost vertically in the still air the
25 black plume signalled far and wide that
something extraordinary and significant
had occurred.

The swaying convicts, advancing with
30 their knees raised high for the emphatic
stamp of their feet and backing again for
another triumphant surge, accompanied the
flames and the roar of the fire with their
endless chant.

35 "Els is dead, Kaffir-Killer Els,
Gone to the devil where his soul belongs
Raper of our women, killer of our men
We won't see the swine again."

40 The song was picked up by the Zulus
in the street outside the prison and they took
up the **refrain**. From house to house, from
street to street, the chant spread like
wildfire as servants poured into the streets
to watch the smoke of the funeral pyre rise
45 over Piemburg Prison. Within an hour all
Piemburg reverberated to the Zulus' chant.
Lying in his bed in Piemburg Hospital
Kommandant van Heerden dozily caught
the refrain and smiled. It seemed a good
50 omen. He began to hum it cheerfully. It put
him in good heart.

As dusk fell the convicts were still
dancing and singing. In the administrative
55 block the warders cowered in terror and
peered fearfully through the bars at the
black figures silhouetted against the flames.
The old warder cursed Els and his bloody
hanging but he knew better than to try to
put a stop to the celebrations. He wasn't
60 going to get himself torn to bits by the mob

alegría y luego uno de los presos empezó a cantar y muy pronto todo el gran patio de la cárcel era una masa de hombres que bailaban y cantaban y taconeaban y batían palmas en una danza extasiada y triunfal. Un millar de presos negros, zulúes todos sin excepción, bailaban como jamás habían bailado alrededor del montón de escombros de lo que había sido la temida Casa de la Muerte. Hilera tras hilera, taconeaban y saltaban y se meneaban y, mientras tierra y cielo reverberaban por su danza, cantaban y cantaban también.

Y su canción era un gran réquiem de alegría por la muerte de Els, Els Matacafres, Els el Verdugo, el azote de los zulúes. Y en medio de ellos, taconeando y bailando y cantando a voz en grito, desnudo y negro como el que más, estaba el propio Els.

Alguien echó una cerilla en el montón de escombros y madera podrida y pronto los restos del patíbulo quedaron envueltos en llamas. Mientras se iba posando poco a poco el polvo, surgía una nube de humo negro que ascendía hacia un cielo azul. La nube negra, que subía casi en vertical por el aire inmóvil, proclamaba que había ocurrido algo extraordinario y significativo.

Los presos avanzaban alzando las rodillas para taconear y patear mejor en el suelo y retrocedían para iniciar luego otro avance triunfal, acompañando a las llamas y al crepitar del fuego con su canción interminable.

*Ha muerto por fin Els, Els el Matacafres,
Se ha ido a su sitio, se ha ido al infierno
Violaba a nuestras mujeres, mataba a nuestros hombres.
No volveremos a ver a ese cerdo.*

Los zulúes de fuera de la cárcel oyeron desde la calle la canción y adoptaron el **estribillo**; y la canción fue bajando de casa en casa, de calle en calle, como un incendio, y los criados salían a la calle a mirar el humo de la pira funeraria de la cárcel de Piemburgo. Al cabo de una hora, todo Piemburgo reverberaba con el canto de los zulúes. El Kommandant van Heerden, que estaba en su cama del hospital de Piemburgo, captó soñoliento el estribillo y sonrió. Parecía un buen presagio. Comenzó a tararearlo alegremente. Le alegraba el corazón.

Cuando cayó la noche, los presos seguían bailando y cantando. En el edificio de oficinas, los guardianes, encogidos de terror, atisbaban medrosos por las rejas, contemplando las siluetas de los negros perfiladas contra las llamas. El viejo guardián maldecía a Els pero sabía muy bien que no debía intentar siquiera interrumpir la celebración. No estaba dispuesto a que le hiciese pedazos la

refrain traduce *coro / estribillo* [de canciones, poemas] y, en sentido figurado, *muletillas, bordón*; en cambio *refrán* es **saying** [dicho], **proverb**. **To refrain** se usa para *abstenerse de, guardarse de*, mientras que *refrenar* es **to curb, restraint, check, control**.

by trying to intervene and when he rang the police station to ask for reinforcements he had been told by Luitenant Verkramp that the police station was itself under
 5 siege and he would have to pray and wait for the exuberance to die down of its own accord. Verkramp had not been exaggerating. The streets of Piemburgo were filled with dancing crowds. Traffic ground to a halt and white drivers walked
 10 home or spent the night in their offices rather than risk trying to drive through the excited mobs. Not that there was any sign of anger among the crowds, only a great sense of liberation and joy.

15

* * *

As the plane for London passed low over Piemburgo that night a large cheerful
 20 clergyman drew the attention of his companion to the fire and the crowds dancing in the streets.

“So all within is livelier than before,” he remarked enigmatically.

25

His companion put down the catalogue of rubber goods she had been reading. “I’m sure you’ll make a very good college chaplain,” she said and sighed,
 30 “but I doubt if I’ll find a Zulu cook in London.”

It was only a month before Kommandant van Heerden was well enough to leave hospital. His new heart had
 35 shown no signs of being rejected and the doctors were delighted with his progress. There had been a little trouble over the matter of injections and it had taken six male nurses all their strength to hold the
 40 Kommandant down, but apart from that he had been a model patient. After a fortnight he had been allowed out of bed and only then had he learnt the full story of the tragedy at Piemburgo Prison.

45 “It was a miracle the ambulance men managed to get the body away in time,” he told Dr Erasmus. “Another minute and I wouldn’t be here today.”

50 Dr Erasmus had to agree. “A genuine miracle,” he said.

“You’re quite certain there won’t be any rejection of the new heart?” the Kommandant asked, and was relieved that
 55 the doctor was so confident all would be well.

“I can honestly say,” said Dr Erasmus, “that **to all intents** and purposes the heart
 60 that beats in your chest at this moment

chusma por intentar intervenir, y cuando llamó por teléfono a la comisaría de policía para pedir refuerzos, el Luitenant Verkramp le dijo que también la comisaría estaba cer-
 cada y que tendría que rezar y esperar a que el entusiasmo se apaciguara solo. Verkramp no exageraba. Las calles de Piemburgo es-
 taban llenas de multitudes que bailaban y cantaban. El tráfico se paralizó y los auto-
 movilistas blancos iban a casa andando o se pasaron la noche en sus despachos para no arriesgarse a conducir entre aquellas masas
 exaltadas. No es que hubiese signos de có-
 lera entre las masas, sólo una gran sensa-
 ción de gozo y de libertad.

Cuando el avión que iba hacia Londres voló bajo sobre Piemburgo aquella noche, un eclesiástico alto y alegre llamó la aten-
 ción de su compañera hacia el fuego y las multitudes que se veían por las calles.

—Vaya, parece que ahí está todo mucho más animado —comentó enigmáticamente.

Su acompañante dejó el catálogo de artícu-
 los de goma que había estado leyendo.

—Estoy segura de que resultarás un cape-
 llán universitario excelente —dijo, y suspiró—. Pero dudo que yo encuentre en Londres un co-
 cinero zulú.

Al cabo de un mes, el Kommandant van Heerden se recuperó lo suficiente para salir del hospital. No había indicios de rechazo del nue-
 vo corazón y los médicos estaban encantados con la evolución del caso. Había habido algún
 problemilla por el asunto de las inyecciones, y habían hecho falta seis enfermeros que hubie-
 ron de emplear todas sus fuerzas para sujetar al Kommandant, pero, por lo demás, éste había sido
 un paciente modélico. A los quince días, le ha-
 bían permitido levantarse de la cama y fue en-
 tonces cuando se enteró de todo el asunto, de la tragedia de la cárcel de Piemburgo.

—Fue un milagro que los de la ambulancia consiguieran llevarse el cadáver a tiempo —le dijo al doctor Erasmus—. Un minuto más y yo no estaría hoy aquí.

El doctor Erasmus tuvo que darle la razón.
 —Un auténtico milagro, sí —dijo.

—¿Está usted seguro de que no habrá un rechazo del nuevo corazón? —preguntó el Kommandant, y le tranquilizó ver que el mé-
 dico tenía tanta confianza en que todo iría bien.

—Puedo decirle honradamente —dijo el doctor Erasmus— que, **a todos los efectos**, el co-
 razón que late en su pecho en este momen-

might well have been the one you were born with," and with this assurance that there would be no rejection, the Kommandant smiled happily to himself.

5 When he finally left hospital, the Kommandant took a month's leave and spent it on the beach at Umhloti acquiring a healthy tan and reading books about the Hazelstone family. For a while he toyed
10 with the idea of changing his name to van Heerden-Hazelstone. "After all, I'm practically one of the family," he thought, but he gave up the idea finally as being not in the best of taste. Instead he cultivated
15 an air of arrogance which irritated Luitenant Verkramp and was ignored by everybody else. The doctors had told him that his new heart needed plenty of exercise and the Kommandant tried to get out of his office and walk about the town as much as
20 possible.

His favourite stroll took him up Town Hill to Jacaranda Park where he would wander down the drive to the house. It was
25 still empty and there was talk of turning it into a museum or even a National Park. In the meantime Kommandant van Heerden liked to go and sit on the stoep and recall the events of the week that had changed
30 his life so momentarily.

He often thought of Konstabel Els and now that Els was dead he felt quite sorry. There had been a good side to the Konstabel's nature, he supposed, and he
35 had to admit that Els had saved his life more than once.

"If it hadn't been for Els and that damned gun, I wouldn't be here today," he said to himself before remembering that it
40 had been Els' lunacy that had caused his heart trouble in the first place. Still he could afford to be magnanimous now. Els died as he had lived, killing people. "He went with a swing," he thought, and recalled
45 nostalgically the Konstabel's epic struggle with the Dobermann. It reminded him of a case he had read about in the paper recently. It concerned a coloured convict on a prison farm in Northern Zululand who
50 had bitten a guard dog to death before hanging it. The fellow's name had been Harbinger, which the Kommandant thought sounded vaguely familiar. Anyway he had been given twenty lashes for indecent assault and the Kommandant
55 thought he deserved them.

He settled himself comfortably in a wicker chair and looked out over the lawn at the new bust of Sir Theophilus which he
60 had had erected at his own expense - or

to es como el corazón mismo con que usted nació —y, con esta seguridad de que no habría rechazo, el Kommandant sonrió muy satisfecho.

Cuando salió al fin del hospital, se tomó un mes de vacaciones y lo pasó en la playa de Umhloti, adquiriendo un saludable bronceado y leyendo libros sobre la familia Hazelstone. Durante un tiempo, acarició la idea de cambiar su apellido por van Heerden—Hazelstone. «Después de todo, soy prácticamente de la familia», pensaba, pero renunció al final a la idea, porque no le pareció de buen gusto. En vez de eso, pasó a adoptar un aire arrogante que irritaba al Luitenant Verkramp y que ignoraban los demás. Los médicos le habían dicho que el nuevo corazón necesitaba mucho ejercicio y el Kommandant procuraba salir del despacho y caminar todo lo posible por la ciudad.

Su paseo favorito le llevaba, cuesta arriba, hasta Jacaranda Park, donde continuaba, por el camino de coches, hasta la casa. Aún seguía vacía y se hablaba de convertirla en museo, o incluso de convertir la finca toda en parque nacional. Entretanto, al Kommandant van Heerden le gustaba llegarse hasta allí y sentarse en la *stoep* y recordar los sucesos de aquella semana que había cambiado tan decisivamente su vida.

Pensaba a menudo en el Konstabel Els y ahora que Els estaba muerto, le daba mucha lástima. Había un aspecto bueno en el carácter del Konstabel Els, creía, y tenía que admitir que Els le había salvado la vida más de una vez.

«Si no hubiera sido por Els y aquel maldito rifle, yo no estaría aquí hoy», se decía, hasta que recordaba que había sido la **locura** de Els la causa de sus problemas cardíacos en primer término. Aun así, podía permitirse ya ser magnánimo. Els había muerto tal como había vivido, matando gente. «Fue una despedida triunfal», pensaba el Kommandant, recordando nostálgico el combate épico del Konstabel con el doberman. Esto le hizo pensar en un caso que había leído recientemente en el periódico. El caso de un preso de color de una granja penitenciaria del norte de Zululandia que había matado a mordiscos a un perro guardián antes de ahorcarlo. El tipo, al parecer, se llamaba Herald, nombre que al Kommandant le resultaba vagamente familiar. En fin, le habían condenado a veinte latigazos por su delito y al Kommandant le parecía que se los merecía.

El Kommandant se acomodó en una butaca de mimbre y contempló el nuevo busto de Sir Theophilus que había hecho colocar él a sus expensas... o, más bien, a expensas de la

rather at the expense of the reward money
 Els no longer had any use for. He had paid
 the taxidermist too for his trouble, and had
 taken the stuffed Toby and put it in his
 5 office at the police station where it gave
 him an opportunity to wax eloquent to the
 new Konstabels on the virtues of Konstabel
 Els who had killed the dog to save his
 Kommandant's life.

10 All in all, the Kommandant reflected,
 he had good cause to be happy. The world
 was a good place to be in. South Africa was
 white still and would remain so. But above
 all he knew that he merited the high place
 15 he held in Piemburgo and that his greatest
 ambition had finally been achieved. Within
 his chest there beat the heart of an English
 gentleman.

recompensa que Els no necesitaba ya. El
 Kommandant también había pagado sus ho-
 norarios al taxidermista y se había llevado a
 Toby disecado y lo había colocado en su des-
 pacho de la comisaría, donde le daba la opor-
 tunidad de explicar elocuentemente a los nue-
 vos policías las virtudes del Konstabel Els, que
 había matado a aquel perro para salvarle la vida
 a su Kommandant.

En líneas generales, pensaba el
 Kommandant, tenía buenos motivos para sen-
 tirse feliz. El mundo era un buen lugar.
 Sudáfrica aún era blanca, y seguiría siéndolo.
 Pero, sobre todo, sabía que se merecía la ele-
 vada posición que ostentaba en Piemburgo y
 que había logrado, por fin, su máxima ambi-
 ción. Allí, dentro de su pecho, latía el corazón
 de un caballero inglés.

About The Author

Tom Sharpe was born in 1928 and educated at Lancing
 and Pembroke College, Cambridge. He did his National
 Service in the Marines before going to South Africa in 1951,
 where he did social work for the Non-European Affairs
 Department before teaching in Natal. He had a photographic
 studio in Pietermaritzburg from 1957 until 1961, when he
 was deported. From 1963-72 he was a lecturer in history at
 the Cambridge College of Arts and Technology. His second
 novel, the **sequel** to *Riotous Assembly*, is called *Indecent
 Exposure*. His *The Great Pursuit*, *Wilt*, *Porterhouse Blue*
 and *Blott on the Landscape* are also available in Pan. Tom
 Sharpe is married and lives in Dorset

sequel resultado, efecto final, final, secuela, consecuencia,
 continuación, concordancia, sequence that supports a
 general design or intention